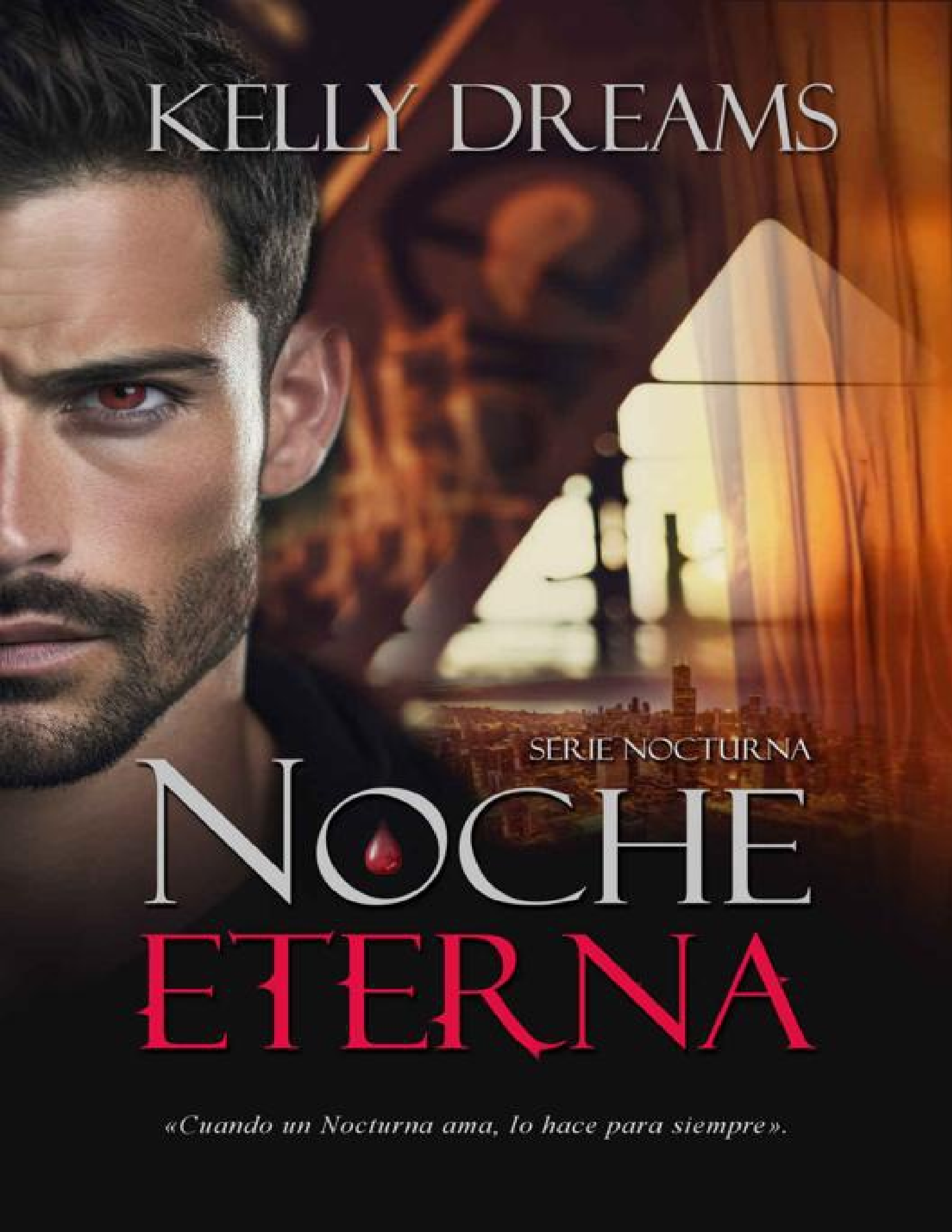
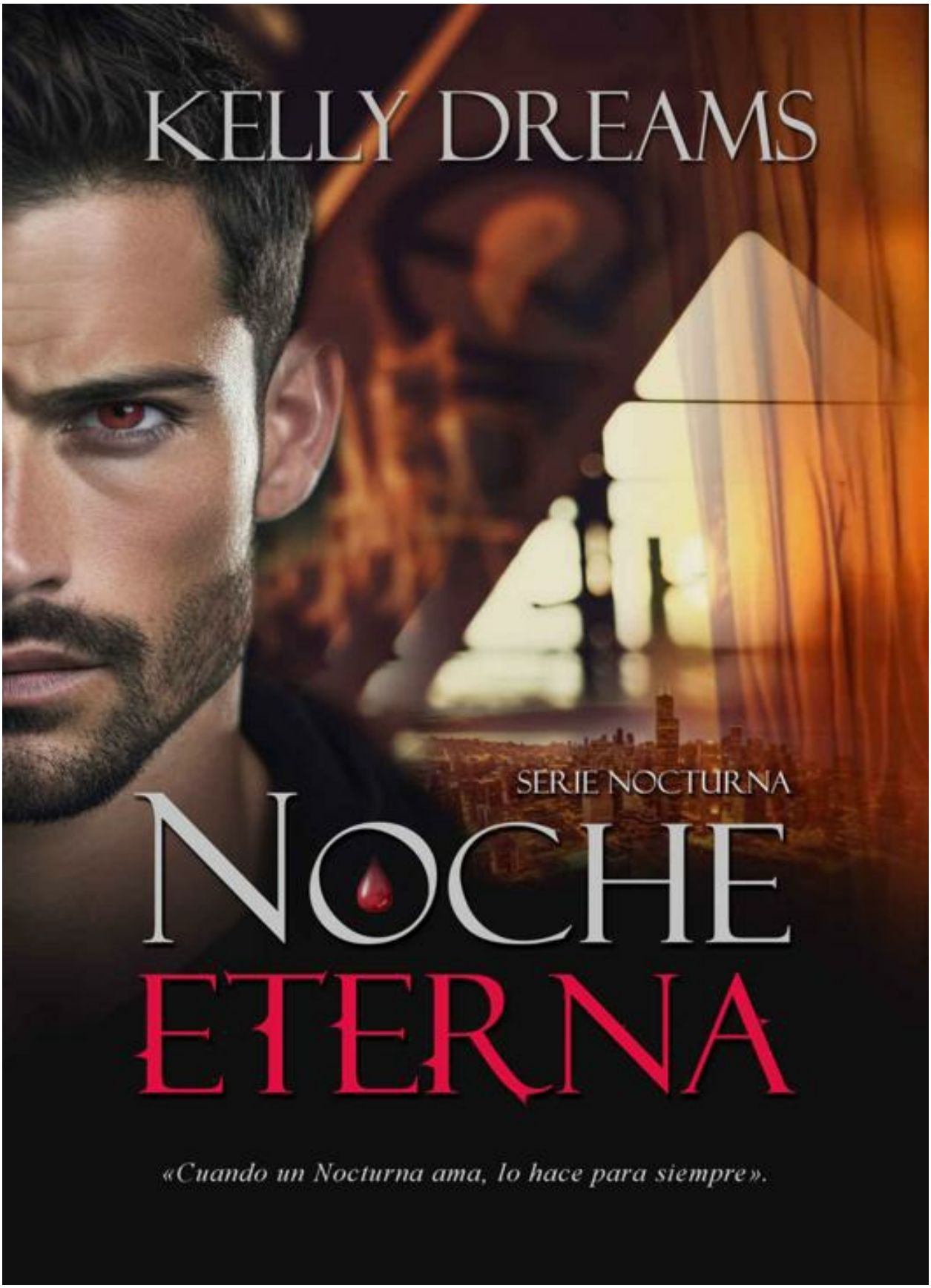

KELLY DREAMS
SERIE NOCTURNA
NOCHE
ETERNA
«Cuando un Nocturna ama, lo hace para siempre».


KELLY DREAMS
SERIE NOCTURNA
NOCHE
ETERNA
«Cuando un Nocturna ama, lo hace para siempre».

NOCHE ETERNA

Serie Nocturna

KELLY DREAMS

COPYRIGHT

NOCHE ETERNA
Serie *Nocturna*
© edición marzo de 2025
© Kelly Dreams
Portada: https://stock.adobe.com
Diseño y Maquetación: Kelly Dreams
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler u otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

A ti, que llegaste para iluminar esta noche eterna
y mostrarme el camino por el que está dispuesto
a transitar un vampiro.

ARGUMENTO

A Sebastian solo le interesa una cosa de los humanos: su sangre. La camarera que atendía la barra de aquel local de copas de Chicago no debería ser una excepción. Seducirla, obtener de ella lo que necesitaba y borrarle los recuerdos de su efímero momento juntos habría sido sencillo, pero Victoria no era una mujer cualquiera. Ella debería haber muerto un año atrás y no estar aquí ahora como una viva, irritante y peligrosa tentación.

Bast no tiene tiempo para una hembra como ella. Sus noches están dedicadas a perseguir y eliminar al mal que acecha y hace presa en los vampiros, una tarea que ningún *nocturna* puede permitirse desatender. Con los despiadados *nosferu* acechando entre las sombras y varios chicos de una de las colonias subterráneas en paradero desconocido, el tiempo que tiene para encontrarlos con vida se agota rápidamente. Necesitará un milagro para traerlos a casa sanos y salvos o contar con la inesperada y oportuna intervención de una problemática mujer dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa.

Tori es terca y valiente, un hermoso problema con el que no contaba, y que lo llevará a descubrir hasta dónde está dispuesto a llegar para mantenerla a salvo. Esa humana no tiene la menor idea de en qué se ha metido, pero descubrirlo le abrirá las puertas de un mundo en el que el más mínimo error puede llegar a costarle la vida. Él sabe qué hará cualquier cosa por protegerla, porque cuando un *nocturna* ama, lo hace para siempre. Y la eternidad puede llegar a ser muy solitaria si no se tiene a la mujer que ama al lado.

ÍNDICE

COPYRIGHT
ARGUMENTO
ÍNDICE
GLOSARIO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61

CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
EPÍLOGO

GLOSARIO

Ascenso, El: Proceso que atraviesan los vampiros jóvenes para convertirse oficialmente en adultos. Al *ascender* también pueden aparecer los dones inherentes a su raza.

Beso del Sire, El: Suero que utilizan los *nosferu* para infectar a los vampiros con la intención de convertirlos.

Buen sueño: El equivalente a los *«buenos días»* para los vampiros.

Brecha de traslado/ La Brecha: Apertura en el espacio para viajar entre lugares. Es una habilidad específica de los *nocturna*.

Casa Primera Sangre: Casa de la *Familia de Sangre* mediante a la que se accede a las colonias subterra.

Colmena nosferu: Sistema de clases en las que se basan los *nosferu.*

Concilium: Grupo de vampiros que pertenecían a la alta sociedad vampira. En la actualidad ya no existe.

Crisom, Alerta: Sistema de aviso de evacuación de las subterra. Se activa cuando existe una vulneración grave de las defensas de la colonia.

Descenso, El: Proceso inverso al *Ascenso*. Solo se da en las hembras *nocturna* de sangre real y marca el final de su reinado.

Escriba, La: Escribiente de los vampiros que redacta las leyes y lleva un registro histórico de los sucesos acontecidos en la raza.

Familia de sangre: Familia humana que está a cargo de los asuntos de los vampiros y los protegen de agentes externos.

Guarda de Sangre: *Nocturna* que transmite las órdenes de *La Sanguia* y las ejecuta en caso de ser necesario.

Heredera de sangre: La última vampira de sangre *Nocturna*, también conocida como *La Sanguia*. Es la reina de los vampiros.

Lore: Vampiro de alto rango. Son los dirigentes de las colonias subterra.

***Nocturna*, casta:** Vampiros pura sangre.

***Nocturna*, La:** Colonia subterránea de los *nocturna*. Hogar de la familia real.

Nosferu: Vampiros afectados y transformados por un virus que los deja sin emociones o empatía. Seguidores del *rey maldito*.

Primada: Mujer elegida como compañera de vida de un vampiro con la que forma un vínculo a través de su sangre. Es el equivalente a *«esposa»*.

Primera Comunidad: Colonia original de los vampiros establecida en el *Viejo Mundo*. También conocida como la *Primera Corte*.

Rey Maldito: Consorte de la reina Ileana y antiguo rey de los vampiros. Es el líder y creador de los *nosferu*.

Sanguia, La: Hembra de sangre *nocturna*, también se la conoce como la *heredera de sangre*. Es la reina de los vampiros.

Sanguia Regis: *Sangre real.* Se les da ese nombre a todos los hijos nacidos de una reina *nocturna*.

***Sangre Liberta*:** Humanos que se dedican a cazar vampiros. Su misión es proteger a la humanidad de aquellos que quieren hacer presa sobre ellos.

Subterra, colonia: Cada una de las comunidades subterráneas en las que reside el pueblo vampírico.

Tejedor, El: Sobrenombre de uno de los *Nocturna*.

Transmutación: Proceso por el que un vampiro infectado se convierte en *nosferu*.

CAPÍTULO 1

Old Joliet Prison
Joliet
Illinois

—Joder. Qué frío hace.

Tori ladeó la cabeza y deslizó la mirada sobre ella.

—¿En serio? Pensé que el gorro, la bufanda y los guantes eran solo una cuestión de moda.

—Hostia, ¿esa es la cárcel? —La puerta de la furgoneta se cerró de golpe tras esa apreciación en voz alta.

—Impresiona, ¿verdad? —mencionó orgulloso el culpable de que todos ellos se encontrasen en el parking, a esas horas y con unas temperaturas de las que solo disfrutarían los pingüinos.

—Sobre todo porque son las diez de la noche, hace un frío que pela y esa construcción monumental, con pinta de castillo, resulta a primera vista de todo menos acogedora. —Señaló el complejo de edificios de color arenisca ante el que habían aparcado a modo de resumen.

—Tu amiga es toda una aventurera, ¿eh, Lotte?

—Querías a una escéptica convencida, Eddie, pues aquí la tienes.

—¿Eres de las que grita cuando ve un ratón?

—¿Y tú, de los que queda en evidencia con solo abrir la boca?

El chico, que se ponía la cámara al hombro, esbozó una irónica sonrisa y miró a la otra mujer del grupo.

—Va a ser una noche de lo más interesante. Buen trabajo, Lotte.

La aludida puso sus ojos azules en blanco y se encogió dentro de su abrigo acolchado de color rosa. Desde luego, no había forma en la que Charlotte Geilis pasase desapercibida; no con ese brillante tono.

—Este lugar tiene una energía muy negativa —mencionó tras extender las palmas de las manos y pasearlas por el aire.

—Será cosa del frío. Es difícil encontrar positividad cuando estás a menos cuatro grados.

—Jason, comprueba la cámara y las baterías. Quiero abrir con un plano exterior. Empezaremos desde allí. Asegúrate de coger la entrada con el nombre. Después seguiremos con un barrido lateral y, cuando me enfoques, empezaré a caminar hacia ti. Haré una breve introducción sobre el edificio y ya luego pasamos al interior.

—Eso será si aparece nuestra guía —replicó el aludido con un resoplido. Levantó la muñeca y la giró señalando lo evidente—. Ya tendría que estar aquí.

—Es probable que nos esté esperando en la puerta este. —Lotte hizo un gesto en dirección a la calle paralela al recinto amurallado—. Puedo adelantarme con Tori y avisarla de que ya estamos aquí.

—Sí, hazlo —confirmó el responsable de aquella absurda visita *nocturna*—. Filmaremos esto y nos reuniremos con vosotras allí.

Decidiendo el curso de acción para la noche, la chica le pellizcó el abrigo y tiró de ella en dirección a la calle. Pasaron bajo el famoso arco de metal con alambre espinado enredado en torno a él y las viejas letras de latón que formaban las palabras *Old Joliet Prison* y continuaron por la acera que discurría junto al muro de la abandonada penitenciaría.

Las luces del alumbrado público hacían brillar la húmeda pared de piedra con una enorme lona propagandística. El que hubiesen elegido la antigua fotografía de una fila de presidiarios vestidos con el uniforme de rayas para acompañar el eslogan *«Echa un vistazo»*, catalogando el lugar como *sitio histórico*, te daba una idea de lo que había sido este lugar. Pero sin duda, era el cartel aún más grande, ubicado en el muro al otro lado de la calle, el que anunciaba a bombo y platillo en lo que se había convertido dicho edificio: *The Old Joliet Hunted Prison.*

«La única casa encantada en el interior de una prisión real en el área de Chicago» rezaba el eslogan. Un reclamo turístico que atraía también a investigadores de lo paranormal y a idiotas con algún canal de *YouTube* en el que subían vídeos, en su mayoría amañados, buscando que se hicieran virales.

E, inexplicablemente, ella acababa de terminar en el grupo de los segundos.

—No sé por qué he dejado que me convencieras para venir contigo a esta excursión —resopló, echando un último vistazo al cartel que dejaban atrás.

—Porque soy tu mejor amiga y puedo ser un coñazo cuando quiero —aseguró con una risita, entonces añadió—. Y porque tenías que venir aquí. Cosas del destino.

—¿Es cosa del destino que esté en medio de ninguna parte y en compañía de un grupo de *caza fantasmas*?

—Vale. No. Eso es cosa mía. Y son *Investigadores paranormales* —puntualizó Lotte con su habitual buen humor—. Se dedican a documentar los fenómenos extraños e intentar probar la existencia de estos y de las energías que los provocan. Venga, Tori. Será una experiencia distinta. Eddie ha conseguido un permiso especial para visitar la prisión por la noche. No te

haces una idea de lo difícil que es eso.

—No tanto si llevas dos meses tirándote a la tía que hace las visitas guiadas durante el día —le recordó sus propias palabras, las que esgrimió al pedirle que se uniese a esa investigación *nocturna*. Necesitaban a alguien escéptico y que pudiese dar fe de que lo que quiera que ocurriese durante esas horas, si es que ocurría algo, era real y no un truco.

—Eddie está muy comprometido con la investigación paranormal.

—Oh, sí, desde luego que su polla está la mar de comprometida con *la investigación*.

Solo fue necesario un cruce de miradas entre ambas para que estallaran en risas. Y ese breve inciso fue sin duda el mejor remedio para quitarse el nerviosismo de encima. Encantada o no, una prisión era una prisión y visitar un lugar como aquel, aunque estuviese abandonado y en plena noche, no estaba en su libro de *«cosas que deberías hacer al menos una vez en la vida»*.

Si se tratase de hacer un recorrido histórico y durante el día, no le habría importado tanto. Quizá incluso lo hubiese encontrado interesante. Pero la quietud de la noche, así como el hecho de que no haber visto ni un solo coche por la carretera desde que llegaron, la ponía nerviosa.

La señal que indicaba que estaban ante la *puerta este* al fin apareció entre ellas. Un viejo y oxidado cajón de barras de hierro encerraba la sección del muro que daba acceso al interior. Estaba pegada a una pequeña torre que, en su época en funcionamiento, debería haber albergado algún puesto de vigilancia. Un nuevo cartel, esta vez con un código QR, invitaba a los visitantes a reservar un tour para visitar la penitenciaría.

—Bueno, al menos no está cerrada. —Tori señaló la verja exterior, así como la pesada puerta metálica posterior, ambas abiertas, que permitían la entrada al recinto—. Aunque no hay ni rastro de vuestra guía.

—Habíamos quedado a las diez y son casi y cuarto… —mencionó su amiga echando un vistazo desde su posición.

—Quizá esté dentro —sugirió cruzando el umbral y penetrando en los dominios de la prisión—. ¡Con permiso!

—Joder, Tori. —La escuchó sisear a su espalda.

—¿Qué? ¿No le pedís permiso a los fantasmas para entrar en su morada? —preguntó con total inocencia. A pesar de su actitud burlona, el corazón le iba a mil y el que la luz de la farola del lado contrario de la calle no iluminase más allá de su posición, tampoco hacía gran cosa para tranquilizarla—. ¿Hola? ¿Hay alguien?

El haz de luz de la linterna le llegó desde atrás, desterrando la oscuridad y dejando a la vista los esqueletos de los edificios y barracones más inmediatos.

—¿Maggie? Soy Charlotte Geilis, del grupo de investigación paranormal de Eddie Combs. —La voz de Lotte sonó menos firme de lo que esperaba, lo que hizo que se volviese hacia ella. Su rostro era una máscara de pura concentración—. ¿Hola? Maggie, ¿estás aquí?

Un inesperado y potente golpe, el cual vino de algún punto a su izquierda, las hizo dar un salto. Ambas reaccionaron al unísono, dando media vuelta para volver al otro lado del muro.

—¡La leche!

—¡Puta mierda! —El corazón le latía a toda velocidad.

—¿Chicas? ¿Qué ocurre?

Ambas se volvieron hacia los hombres con los que habían llegado, quienes no dudaron en acelerar el paso al verlas salir como si las persiguiese un fantasma.

—He oído algo. Juro por Dios que he oído algo. —Señaló con el dedo hacia el interior.

—¿Algo como qué?

—Un golpe. Ha sido un golpe fuerte —respondió Lotte, quien se recuperó con rapidez del susto—. Las puertas están abiertas, pero Maggie no aparece. La he llamado y…

—¿Eddie? —Una inesperada y musical voz precedió la llegada de una guapa pelirroja, con el pelo rizo escapando de un gorro de lana y tan abrigada como cualquiera de ellas—. Oh, por Dios. Qué susto me habéis dado. He escuchado mi nombre y cuando salía para ver si erais vosotros, se ha cerrado una verja a mi espalda…

—¿El golpe que oímos fue de una maldita verja? —La pregunta salió disparada como un misil de su boca.

—Sí —contestó la chica y la sonrisa que les dedicó a todos era ganadora de un millón de dólares—. Es algo que suele pasar mucho por aquí. Bueno, bienvenidos a *Old Joliet Prison*, uno de los lugares más embrujados de Illinois. Si os parece bien, os haré una pequeña introducción sobre la propiedad y lo que os podréis encontrar en su interior. Vamos, pasad.

—Sabía que me ibas a caer bien, señorita, *«pies para qué os quiero»* —le susurró Jason, pasando por su lado con la cámara lista para grabar.

Tori se mordió cualquier posible réplica y miró de nuevo a la guía, quien seguía parloteando con el investigador paranormal a cargo de aquella estúpida grabación. Ambos volvieron a cruzar el umbral, seguidos del cámara y de Lotte, la cual había vuelto a recuperar esa extraña serenidad con la que a veces se envolvía.

Ella era la que sobraba en ese particular cuadro, pensó. Era escéptica por naturaleza, creía en que la mayoría de las cosas tenían una explicación plausible, así que la idea de *«buscar fantasmas»* le parecía igual de absurda que una larga tarde de pesca; tiempo perdido. Y a pesar de ello, cuando Charlotte se había presentado en casa la otra noche para contarle en qué andaba metida y que necesitaba que la acompañase. Fue incapaz de convencerla de que su presencia era del todo innecesaria.

Ahora entendía el motivo de su insistencia. Necesitaban a alguien que no chillase emocionada ante cualquier posible ruidito, achacándolo a una presencia fantasmal. Requerían que actuase como cualquier persona razonable; una que se acojona cuando escucha algo en plena

noche que no sabe de dónde viene y no lo etiqueta de fenómeno paranormal.

—La prisión fue construida por los primeros presos que llegaron aquí allá por el 1858 para reemplazar la penitenciaría estatal en Alton… —La guía, quien tenía buenas dotes de oratoria, se ganó de inmediato a su exiguo público, el cual, linternas encendidas y en mano, se internaba ya en la sofocante oscuridad dejándola a ella atrás.

—Tori. —Se sacudió al escuchar su nombre. Parpadeó un par de veces y se encontró con la mirada de Eddie Combs sobre ella. Todo el grupo se había detenido y él le tendía la mano en una amable invitación. No había burla en su rostro, como sí la había encontrado en las palabras del camarógrafo; él se limitaba a esperar su respuesta—. ¿Vienes?

Vale. Ya has hecho bastante el ridículo saliendo por patas. Todo está pensado para sugestionarte. Estás en un lugar antiguo y abandonado, en plena noche y con un grupo de chalados que buscan fantasmas y una guía que sin duda querrá amenizar el tour con una historia truculenta para hacerlo más turístico.

Se enderezó, rescató su propia linterna del bolsillo en el que la había metido cuando se la dio Lotte en el coche y, tras encenderla, avanzó con decisión hacia ellos.

—Tranquila. Es normal asustarse al escuchar un sonido cuya procedencia desconoces —le dijo el tipo cuando se reunió con el grupo—. Te sorprendería la cantidad de veces que Jason y yo hemos salido corriendo de un lugar al escuchar un golpe…

—Más de los que puedo contar —corroboró el cámara, quien le guiñó el ojo.

—Maggie, ¿te parece si grabamos mientras nos cuentas un poco la historia de la prisión?

Una vez más, el equipo se puso manos a la obra, dispuesto a realizar la tarea que los había llevado allí en primer lugar. Los dos hombres tomaron la delantera con la guía, mientras Lotte se paraba de vez en cuando, escuchando atentamente, o se iba hacia algún lugar en concreto sin mencionar palabra.

—El ambiente está algo cargado esta noche. No sé, aquí hay algo raro. —Escuchó murmurar a la chica después de un buen rato vagabundeando por las instalaciones—. No me gusta lo que percibo. Es oscuro y… malvado.

Una apreciación que haría cualquiera que se estuviese congelando el culo en plena noche y en un sitio como este. Desde luego, no era el lugar que alguien elegiría para tener una cita romántica, a menos que fuese un asesino en serie o pariente de *Drácula.*

—El atrezo sin duda invita a ello… —mencionó mientras hacía un barrido con la linterna sobre los edificios con los que se encontraba en el camino—. Joder. Hace un frío de narices, ¿cuánto más tiempo vamos a quedarnos aquí fuera? Y no es que me emocione entrar en cualquiera de esos edificios, pero…

Un nuevo y sonoro golpe cortó en seco su queja.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eddie.

—Ha venido de allí. —Jason señaló el edificio en forma de castillo al que se estaban acercando.

—Vamos. Vamos —urgió el investigador paranormal dirigiéndose hacia el lugar del sonido—. Enfoca hacia allá.

—Venía del edificio principal —añadió Lotte, moviéndose contagiada por el entusiasmo general.

—No debería de haber nadie en las instalaciones —mencionó la guía—. Solo estamos nosotros.

¿En serio se habían ido corriendo en dirección al inmueble abandonado? La respuesta estaba ante sus ojos, pues podía ver tanto las figuras de Eddie y Lotte, así como la luz de sus linternas y de la cámara de Jason, corriendo tras ellos sin dejar de grabar.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —La voz de Eddie sonó firme mientras abría la puerta y entraba seguido del cámara—. ¿Hola?

—¿Oyes algo?

—Nada.

—¿Podemos entrar? —preguntó una vez más el investigador, dirigiéndose ahora a la guía.

—Sí. Solo deja que encienda las luces. Tenemos… —Interruptor para arriba, interruptor para abajo y las luces seguían apagadas—. ¿En serio? Pero si esta tarde funcionaban bien. Ha debido de ser algún fusible. La caja está aquí fuera, voy…

Un nuevo golpe. El sonido fue algo más apagado, pero estaba claro que venía del interior de ese edificio.

—Hostia puta. Dime que has oído eso —señaló el investigador.

—Lo he oído, tío. Lo he oído. —Jason estaba completamente exaltado. La luz de su cámara iluminando la entrada del edificio principal.

Entraron en tropel, uno detrás de otro. Las luces de las linternas deshacían las sombras e iluminaban las paredes desconchadas, las mesas abandonadas y la puerta que todavía se movía a la mitad de un largo corredor.

—¿Estás viendo eso? ¿Lo estás viendo?

—La puta puerta se está moviendo —afirmó el cámara, enfocando el presunto fenómeno que estaban presenciando en vivo.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? ¿Has sido tú quien ha abierto la puerta? —La exaltación había dado paso a una nerviosa emoción.

El silencio fue la única respuesta que obtuvieron y se hacía cada vez más intenso y sofocante.

—Esto no me gusta, chicos —musitó Lotte, adelantándose hasta quedar entre ellos. Su voz advertía lo mismo que sus palabras—. Aquí hay algo malo. Puedo sentirlo. No es como siempre.

El ambiente es mucho más espeso y… No, esto no está bien.

Tori miró a su alrededor, como si pudiese ver a qué se refería su amiga. Conocía a la chica desde hacía muchos años como para no fiarse de ese sexto sentido que tenía. No podía explicarse cómo lo hacía, pero pocas veces se equivocaba. Movió la linterna de manera frenética de un lado a otro, intentando encontrar algo, lo que fuera, cualquier cosa que hiciese que el corazón dejase de latirle a la velocidad que lo estaba haciendo.

—¿Qué es? —Las palabras salieron de su boca ante la necesidad de respuestas, de una explicación lógica que borrase de un plumazo la ansiedad que estaba haciendo presa en ella—. ¿Qué mierda está pasando? —Sacudió la cabeza y siguió moviendo el haz de luz cada vez más histérica—. No. No quiero estar aquí. Quiero irme. Vámonos. Lotte, esto ya no tiene gracia...

Sin embargo, ella no la escuchó. Se había alejado y caminaba hacia la entrada del corredor con la linterna apuntando hacia delante. Las paredes estaban desconchadas, los suelos sucios, el estado de abandono del lugar era más que evidente.

—¿Lotte? —La llamó al ver algo extraño en su postura, en la forma en que trastabilló hacia atrás, retrocediendo como hubiese recibido un impacto de alguna clase.

—No deberíamos estar aquí. —Fue lo que salió de su boca.

—*Ey*, creo que he visto una sombra por allí —apuntó Jason y movió la cámara para enfocar un área concreta del corredor.

—¿Dónde?

—Allí. Justo al final del pasillo. En el lado de la derech… —No terminó la frase, pues en ese momento la luz de su dispositivo de grabación se apagó—. Pero qué… No me jodas. Si le acabo de poner una batería nueva.

—¿Qué pasa? ¿Se la ha comido?

—Sí, está muerta —aseguró bajando la cámara y mostrándole a su compañero que estaba completamente muerta. Se había quedado sin batería.

—No. No deberíamos estar aquí. —Lotte volvió a repetir lo mismo que antes, pero ahora su voz sonaba casi ahogada. La vio girar con rapidez sobre sus talones y la expresión de su rostro la tomó por sorpresa. Estaba visiblemente aterrada cuando clavó los ojos en ella y le susurró—: *Encuéntrale.*

—¿Qué?

Ella la empujó entonces sin miramientos, obligándola a retroceder al tiempo que se dirigía a los demás.

—Tenemos que irnos… ¡Fuera!

—¿Pero qué…?

—¡Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo!

No hizo más que pronunciar la última palabra cuando las linternas empezaron a apagarse

una a una. La luz se extinguió y la oscuridad lo engulló todo. Con la opresiva negrura llegaron los sonidos, los exabruptos y jadeos de sus compañeros. Oyó siseos y golpes, tropiezos en la oscuridad cada vez más asfixiante al final del pasillo. El haz de luz de su linterna, la única que parecía resistirse a morir, a pesar de que empezaba a parpadear, no llegaba a alcanzar el final de esa espesa negrura. Creyó ver algo, un movimiento en algún punto del oscuro corredor, pero antes de que pudiese fijar bien la vista y ver de qué se trataba, la suya también se apagó.

¡Oh, Dios mío!

Las palabras se formaron en su mente al mismo tiempo que alguien gritaba y se oían golpes y ruptura de cristales.

—*¡Corred!*

Abrió la boca para dejar escapar un alarido de puro miedo cuando algo le rozó el rostro, provocándole el mayor terror de su vida.

—*¡Corre, Tori.*

¿Esa era Lotte? ¿Alguno de los chicos? No podía irse sin ella, no podía dejarla allí, pero… Un inesperado alarido decidió por ella. El miedo la inundó y echó a correr en medio de la oscuridad. Se movió a trompicones, ciega a su entorno, chocando con todo hasta que sintió que una puerta cedía bajo sus manos y el aire frío de la noche le abofeteaba en la cara.

—¿Lotte? —Llamó aterrada. Golpeó la linterna contra la mano, pero no funcionaba—. ¡Lotte!

Tiró el objeto y se llevó las manos a los bolsillos con gesto frenético. Temblaba como una hoja, el corazón le latía a los oídos, pero no podía irse de allí sin su amiga. No la dejaría atrás.

Giró sobre sus talones y volvió a entrar en aquella oscuridad, llamándola de nuevo.

—*¡Tori, sal de aquí!*

Algo se cernió sobre ella, la luz del móvil captó una figura en medio de la negrura. Se le congeló el aire en los pulmones, el horror la inundó y un alarido después, no sabía si suyo o de alguien más, se encontró corriendo de nuevo en la oscuridad, llevándose por delante todo a su paso. Cayó y se levantó, giró sobre sí misma, desorientada e histérica, arrastrándose por el suelo hasta que fue capaz de incorporarse de nuevo. Se esforzó en ver a través de las sombras, forzando los ojos llenos de lágrimas hasta que consiguió enfocarse en un punto de luz que parecía bailar en la distancia. Esprintó hacia lo que reconoció como algo seguro, se movió tan rápido como le permitían las piernas o al menos eso fue lo que creyó estar haciendo, pues para entonces su mente había dejado de registrar nada que no fuese el intenso y anulador terror que la invadía.

Luz. La luz de las farolas. Se fijó aquella meta y no se detuvo hasta encontrarse de nuevo en plena calle, deslumbrada ahora por un brillo mucho más intenso que la alcanzó de lleno sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 2

Área comunitaria de Dunning
Chicago
Illinois

Un año después…

La Muerte. Con el paso del tiempo, la dueña de la guadaña se había convertido en una compañera de viaje que hallaba allí donde fuese. Sebastian dejó de llevar la cuenta de los encuentros que tuvo con la dama pálida, pero estaba seguro de que ninguno se parecía remotamente a este.

—Hijo de la gran puta —maldijo Joel.

Levantó el brazo, deteniendo así al vampiro que se acercaba a zancadas a aquella mofa de altar.

—Está muerta —confirmó sin mostrar una sola emoción que desvelase qué era lo que sentía por dentro—. Era humana.

—Su pecho…

No era necesario que terminara la frase. Él también podía verlo. Era imposible no hacerlo.

—¿Vamos a dejarla ahí?

Negó con la cabeza. Era un hecho que no le gustaban los humanos, que no confiaba en ellos y que le importaba poco o nada lo que les ocurriese, pero privar a un ser vivo del último descanso no estaba en su sangre.

Dio un paso adelante y sintió que la ira crecía en su interior.

Conocía esa firma y la manera de torturar; solo había unos monstruos en todo el mundo capaces de llevar a cabo algo semejante sin el menor remordimiento.

—Hay tres cuerpos más al final del corredor —añadió Nix, apareciendo desde dicho lugar.

—¿Humanos?

—Dos de ellos lo son, el tercero… —La voz de Elijah bajó hasta extinguirse. Se volvió

hacia él y la mirada en sus ojos corroboró lo que ninguno habría querido ver confirmado.

—Es *él*. —El vampiro tatuado no se anduvo por las ramas.

—Nix… —Le advirtió Elijah.

—Negar la evidencia no alterará el resultado final —señaló él con su habitual desapasionamiento—. El chico ya ha abandonado la vida, no forma parte de este lado.

—¿Intacto? —preguntó y obtuvo la respuesta cuando lo vio sacudir la cabeza incluso antes de que lo confirmase en voz alta.

—Corrompido.

Lo que significaba que no podrían llevarlo a casa, que no tendría una ceremonia de despedida, más allá de la que ellos mismos pudieran darle aquí y ahora. Y no estaban en situación de perder el tiempo de esa manera.

Les iba a tocar presentarse en la colonia sin un cuerpo y con la noticia que llevaban meses intentando evitar tener que dar: el joven desaparecido ya no formaba parte del mundo de los vivos.

—*Cenizas a las cenizas* —ordenó. Era lo único que podía hacer por el alma que se había ido y por los padres que llorarían la pérdida de un hijo.

—Sí, *Lore*.

Cerró los ojos y los apretó. Cuando los abrió de nuevo, la muerte seguía presente en la forma de una burlona crucifixión.

—Bajémosla —indicó al hombre que permanecía junto a él.

Joel se encargó de quitar los anclajes mientras él sostenía el peso del cuerpo. Actuaron en muda sincronización, tratando a la muerta con el máximo respeto. La depositaron en el suelo. Los otros dos cadáveres, encontrados al final del corredor, los trasladaron a la misma zona. Por último escuchó como su lugarteniente pronunciaba una oración por sus almas en voz baja.

—Bast, tenemos compañía —anunció momentos después uno de sus camaradas. Kynan había estado montando guardia en la entrada del edificio—. Los *sabuesos* están aquí y vienen con todo.

—Que se encarguen de sus humanos —respondió Joel incorporándose y volviéndose al recién llegado—. Nos llevaremos las cenizas.

El semblante de Kynan se endureció entendiendo el significado de esas palabras.

—Está…

—Ha sido corrompido —respondió él y supo, en el mismo instante en que pronunció aquello, que estaba perdiendo el control—. Limpiad su rastro y salid de aquí.

El vampiro asintió y se internó en el edificio para cumplir sus órdenes.

—Maldito bastardo… —siseó, incapaz de contener por más tiempo la ira que hervía en su interior.

—Bast, es hora de irse —le recordó Joel. El vampiro seguía a su lado, como siempre, ejerciendo de enlace entre él y los *nocturna* y también de su propio contenedor de daños—. Aquí ya no queda nada para nosotros.

Apretó los dientes y se concentró en abrir una brecha de traslado en el espacio que los permitiese a ambos salir de aquel lugar. Cruzaron al otro lado y salieron a la calle, desde donde podían ver el par de vehículos de asalto y a los cazadores que saltaban de ellos tomando rápidamente posiciones.

Desnudó los labios en un amenazador gruñido. Sus colmillos, acariciados por el frío aire nocturno, eran una clara advertencia nacida de su primitiva naturaleza. Aquel grupo era también el enemigo, tanto como podía serlo cualquiera que se atreviese a amenazar a los vampiros, y su presencia solía irritarlo sobremanera. Casi tanto como el hecho de estar en el mismo espacio que el líder de ese grupo de mercenarios.

—Un día de estos os meteré a ambos en una habitación solo para ver quién tiene más ganas de apuñalar al otro, pero este no es ese día —murmuró Joel poniéndole una mano sobre el hombro a modo de advertencia—. A casa, Bast. *Ahora*.

Fulminó a su compañero con la mirada, pero este no se inmutó. Joel se limitó a enarcar una ceja oscura en respuesta a su siseo, diciéndole que le importaba una mierda que se pusiese en plan psicótico.

—¿Haces los honores o los hago yo?

Gruñó, dedicándole ahora al *nocturna* una mueca amenazante. Dado que todavía se aferraba a su lucidez, tuvo el sentido común de abrir una nueva brecha y, con la imagen de destino clara en su mente, los condujo a casa.

El resto del grupo ya los esperaban. Era casi una especie de ritual el comprobar que nadie se quedaba atrás y todos volvían a la colonia. Aun si solo se tratase de una misión de reconocimiento, como había sido el caso. El silencio era absoluto, lo cual no era sorprendente, ya que Kynan llevaba en sus manos el atado de tela con las cenizas del último miembro caído de la raza. El hombre permanecía con la cabeza inclinada. El pelo castaño oscuro le caía en ondas sobre el rostro, disimulando sus facciones y ocultándolas de quienes solían posar la mirada en él. A juzgar por la manera en que se movían sus labios, debía estar murmurando algún tipo de oración dedicada al descanso eterno del alma del difunto, algo que encajaba con su personalidad de pacificador; siempre y cuando no tuviese una pistola cargada en las manos. Era difícil pensar que el tipo de metro ochenta y cinco, de más de cien kilos de puro músculo y armado hasta los dientes, tal y como estaba en ese momento, disfrutaba de la jardinería o de la lectura en sus ratos libres. Nix, a su derecha, mantenía la cabeza ladeada, sus ojos rojos clavados en el hatillo como si pudiesen fundirlo y dar forma de nuevo a esas cenizas. El aro plateado en el lóbulo de su oreja brillaba bajo la luz de la sala y los tatuajes del cuello se hacían más evidentes en aquella

posición. El vampiro era una montaña de músculos e ira contenida, un silencioso asesino la mayoría de los días, pero no hoy, ni tampoco en ese momento.

Sebastian deslizó la mirada sobre el siguiente vampiro. Elijah mantenía una postura relajada, aunque sabía que era una fachada. Solo tenía que fijarse en la manera en la que movía los dedos, como si estuviese tocando alguna pieza de piano en su propia pierna, para darse cuenta de ello. Al igual que siempre, se mantenía cerca de Nix. El cómo dos tipos tan diferentes podían entenderse tan bien escapaba a su comprensión, pero no pensaba poner pegas a algo que llevaba funcionando siglos. El tipo era, con toda probabilidad, el más atlético del grupo. Si bien compartía la estatura de los demás, su físico era más refinado, no tan tosco, lo que hacía que atrajese las miradas. Y por último, de pie a su derecha, con los brazos cruzados sobre el inmenso pecho, estaba Joel, su propia sombra. Ese hombre era el único capaz de penetrar la niebla que envolvía su mente y traerle de vuelta cuando se dejaba dominar por la inmensa rabia que acumulaba en su interior. Llevaba a su lado desde el principio. Aun si no compartían los mismos padres, eran hermanos. Todos lo eran, en realidad, ya que los hermanaba una misión y una meta común. El vampiro poseía la calma y la claridad que a veces a él le faltaba y solía erigirse como un pilar en el que apoyarse en los momentos en los que todo parecía venirse abajo. Y era un jodido hijo de puta al que le importaba una mierda que lo encañonasen, apuñalasen o intentasen arrancarle la cabeza; quien lo hacía corría el riesgo de obtener justo lo que tenían pensado darle.

Deslizó una última vez la mirada sobre esos ocho pares de ojos rojos. Ojos *nocturna*, al igual que los suyos. Ellos eran los últimos de su casta, el cuerpo de élite de la raza y los únicos capaces de enfrentarse a la clase de mal que había infectado al pobre desgraciado sin verse afectados por el contagio. Los cuatro vampiros que tenía delante habían sobrevivido a la gran epidemia que diezmó su población hasta dejarles al borde la extinción, eran el último bastión protector de los miembros supervivientes de su raza.

Aunque no siempre lo conseguían, como evidenciaba la pérdida de aquella vida inocente.

—Cuando piensas que no hay nadie más tonto que un humano, aparece un vampiro que lo supera en gilipollez.

Todas las cabezas se giraron al unísono hacia el que había pronunciado esas palabras.

Kynan se incorporó y se encontró con las miradas de sus camaradas.

—¿Cuántas veces les hemos advertido de que tengan cuidado si salen de la protección de las subterra? ¿Cuántos más tienen que morir todavía para que nuestra gente entienda que la muerte está ahí fuera, agazapada y a la espera? —Esas eran preguntas que todos y cada uno de los presentes se habían hecho muchas veces a lo largo del tiempo, pero más que nunca en las últimas décadas—. ¿A cuántas familias más tendremos que llevarles las cenizas de sus hijos y decirles que no los volverán a ver para que entiendan que todos estamos expuestos a la visita de la *Parca*?

—Eso si conseguimos traer dichas cenizas —mencionó Joel.

Nix extendió el brazo y posó la mano sobre el hombro del portador en un gesto de apoyo inusual en él.

—La alternativa es mucho peor.

—La pérdida de todo lo que eres y fuiste alguna vez —resumió Elijah apretando los dientes—. Es preferible abandonar este mundo a tener que vagar por él siendo un *nosferu*.

Asintieron de forma generalizada y Sebastian no podía sino estar de acuerdo con ellos.

Una muerte agónica por la ponzoña o la conversión en algo grotesco. Era lo único que podía esperar un vampiro si se veía contaminado con la sangre de esas ratas. Los *transmutados* no poseían emociones y carecían de cualquier tipo de empatía, no tenían apegos o arraigos de ninguna clase. Sin lazos de sangre u honor a los que aferrarse, olvidaban quiénes fueron en otra vida y su voluntad quedaba sometida a la de su amo. Y eso sucedía solo si la víctima poseía la fuerza necesaria para superar dicha conversión. No todos los miembros de su raza eran aptos para ello. De hecho, hasta dónde sabían, existía una probabilidad demasiado baja de que el organismo vampírico consiguiese asimilar el virus y superar la transformación. Lo habitual era que este acabase con ellos, tal y como le había ocurrido al joven que habían encontrado. Pero si no era así, el desafortunado superviviente pasaría a formar parte de la colmena como servidor del traidor que los gobernaba; aquel al que, en otro tiempo, él mismo había jurado lealtad y fidelidad hasta la muerte.

—Llévale a casa, con los suyos —pidió al hombre que portaba las cenizas. Si había alguien capaz de prestar consuelo a los demás y empatizar con su dolor, ese era Kynan—. Elijah, Nix y Joel te escoltarán. —Una escolta protocolaria, en realidad, una forma de decirle a la familia del caído que el joven había sido valorado en vida del mismo modo en que lo sería en su muerte.

—Ellos tres son más que suficientes para representar a *La Nocturna* —le dijo Joel. La mirada en sus ojos dejaba claro que él iba a permanecer a su lado, lo quisiera o no—. Elijah, poned sobre aviso de vuestra llegada al *Lore* de la colonia oeste. Que os espere y os escolte ante la familia. Él sabrá cómo proceder.

—Estoy en ello —respondió el aludido mientras sacaba el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta de cuero negro y enviaba un mensaje de texto al líder de la colonia de Wheaton. La respuesta no tardó más que unos pocos segundos en llegar, lo que sin duda indicaba que había estado pendiente de cualquier mensaje entrante de la subterra *nocturna*—. Nos espera.

Asintió con la cabeza y cruzó la mirada con Kynan, quien bajó la barbilla como gesto de despedida. Nix abrió entonces la brecha de traslado y cruzaron los tres.

—Debí haberlo matado cuando tuve la oportunidad de hacerlo… —Las palabras salieron de su boca incluso antes de que pudiese pensar dos veces en sus implicaciones.

—Hiciste lo que tenías que hacer en aquel momento, poner *su vida* por encima de la de

todo lo demás —aseguró Joel, dejando caer la mano con pesadez sobre su hombro.

—No fue suficiente.

—Sigues repitiéndotelo, ¿eh? —chasqueó la lengua y señaló el corredor ante ellos con un gesto—. Vamos. Todavía quedan algunas horas antes de que amanezca y te vendrá bien despejar la cabeza.

—Puedo ir solo —resopló.

—Sí, claro que puedes. El problema está en que necesito que vuelvas después a casa. Y en estos momentos, eso no lo veo tan claro. —Sacudió la cabeza y añadió con total franqueza—. No podemos darnos el lujo de perder a un solo vampiro más y a ti, menos que a nadie.

No. No podían darse el lujo de perder a nadie más. La subsistencia de su raza dependía de ello. Ya eran bastantes menos de los que habían sido cuando abandonaron su tierra natal cuatro siglos atrás. Sin apenas nacimientos y con los *nosferu* y los cazadores humanos diezmando sus filas, su gente se dirigía inevitablemente hacia la extinción.

—Estás mirando en la dirección equivocada, hermanito, la persona que buscas está en el ala sur —le recordó, lanzando el pulgar sobre su hombro a modo de indicación.

—Y seguirá estando allí cuando volvamos. —Lo empujó, obligándole a caminar—. Venga. Muévete. Te vendrá bien desfogarte un poco.

Bast era consciente de que nada de lo que dijese evitaría que Joel lo siguiera, así que giro sobre sus *Dr. Martens* y se dirigió hacia el acceso principal que los llevaría a ambos a la superficie.

CAPÍTULO 3

Área comunitaria de Dunning
Chicago

—Hijos de la gran puta.

Esa era sin duda la frase adecuada para describir lo que acababan de encontrarse. Markus apretó los dientes y empezó a ladrar órdenes a los dos hombres que los acompañaban en la patrulla de esa noche.

—Precintad el lugar. Que envíen un equipo de limpieza —pidió antes de volverse hacia el tipo que había pronunciado aquella colorida frase y que se estaba acuclillando junto a uno de los cadáveres—. Sarik, ¿sabemos quiénes son?

El tipo de piel canela levantó la cabeza y posó sus ojos marrones sobre él. La luz de las linternas que ambos portaban era lo bastante potente como para abarcar el lugar y desterrar la oscuridad que había ocultado los cuerpos. La expresión del *Liberta* era dura. La manera en la que apretaba la mandíbula le decía que aquella dantesca escena lo había cabreado tanto o más que a él.

Señaló con un dedo uno de los cuerpos masculinos, antes de hacer lo mismo con el otro:

—Ese es Aaron Mullins —indicó el chico ante el que se había arrodillado—. Desaparecido en River West hace unos dos meses. Y él es Pedro Quiroga. También denunciaron su desaparición. —Se incorporó y pasó al tercer cuerpo, el cual se encontraba al otro lado de la habitación—. La mujer, sin embargo, no está en la base de datos. Al menos, no en la revisión que hice antes de salir.

Y él siempre se tomaba muy en serio esas revisiones. Su amigo tenía una memoria fotográfica prodigiosa. Si decía que no la recordaba, era porque no estaba entre las caras que habría memorizado.

—¿Es posible que la captasen recientemente?

—Yo diría que sí —admitió y añadió—. Los muy hijos de puta le arrancaron el corazón. —Negó con la cabeza y dejó escapar una letanía que no entendió—. A esos dos los dejaron

secos, pero con ella se ensañaron. Putos monstruos. Quiero ponerle las manos encima al cabrón que ha hecho esto y, si le puedo clavar además una estaca en el corazón, mejor que mejor.

No era el único que deseaba algo así.

—Alguien la ha bajado de ahí arriba. —Señaló con un gesto hacia la pared. Los anclajes, así como las cuerdas y los restos de sangre que había sobre esta, no dejaban lugar a duda.

—Bueno, tengo claro que ese cadáver no ha terminado dónde está por iniciativa propia —respondió, no sin cierta ironía.

—¿Te lo dice tu instinto o el tufillo a *O de Sanguijuela* que hay en el ambiente? —resopló y añadió—. Cualquiera que use esa colonia tiene poco aprecio por la vida.

Sarik se incorporó y dio un paso atrás como si necesitara tomar perspectiva.

—Sus muertes no se produjeron aquí —declaró al tiempo que dejaba vagar la mirada en torno a él—. Aunque se han molestado en dejar una elaborada puesta de escena.

Una recreación bastante grotesca con la que pretendían arrebatar la poca dignidad que les quedaba a sus víctimas. Y probablemente lo habían conseguido hasta que alguien decidió descolgar el cadáver de la chica y la depositaron junto a sus compañeros. La posición en la que estaba, con las manos cruzadas sobre el vientre y la falda del vestido cubriéndole las piernas y ocultando lo que le habían hecho, pretendía ofrecerle algo de dignidad.

Y ese acto era, precisamente, lo que no tenía sentido.

Las criaturas a las que perseguían y erradicaban no eran conocidas precisamente por su empatía y piedad, sino más bien por la ausencia de ambas cosas.

Vampiros.

Los putos chupasangre eran reales. Y también lo bastante inteligentes y letales como para llevar siglos haciendo presa de una humanidad completamente ciega a las criaturas sobrenaturales que existían en las sombras. Eran unos jodidos maestros de la seducción y del engaño, capaces de mimetizarse y ocultarse entre aquellos a los que usaban como sustento y masacraban sin piedad.

¿Y los humanos? Iban hacia ellos como corderos dispuestos para el sacrificio, inconscientes de que la única recompensa que obtendrían bajo su cruel embrujo sería una muerte lenta y agónica.

Markus lo sabía de primera mano. Había tenido los colmillos de esas sanguijuelas lo bastante cerca como para temer por su vida y darse cuenta de que los monstruos de los que su padre le había hablado en su infancia eran *muy reales.*

Como lo era también la tarea heredada, generación tras generación, por la rama masculina de su familia: exterminar a esas oscuras sanguijuelas.

Markus Geilis, hijo de *John Geilis*, nieto del gran Eustace Geilis y así unas cuantas generaciones más hacia atrás, era un *Sangre Liberta* y miembro de una organización cuya

existencia se remontaba al siglo dieciséis.

¿Quién iba a pensar que las historias que llevaba escuchando desde niño eran verdad y no solo una manera de meterle miedo en el cuerpo a un chiquillo revoltoso? Sus antecesores lo habían estado preparando para esto, para el momento en que tuviese que tomar las armas y salir ahí fuera a proteger a quienes no podían hacerlo por sí mismos.

El suyo era un trabajo peligroso y solitario, llevado a cabo en la más estricta clandestinidad y al que daría cumplimiento hasta que sus manos no pudiesen empuñar más un arma o una de esas sanguijuelas tuviese la jodida suerte de sacarlo de su camino.

Las historias y el cine solo tenían razón en algunas cosas con respecto a los vampiros, pero muchas otras eran pura ficción. Esos cabrones eran mucho más que chupadores de sangre. Su habilidad para drenar la energía de sus víctimas los transformaba también en una especie de *íncubos*. ¿Y su sangre? Su sangre no convertía a un humano en uno de ellos, sino que lo destrozaba por dentro, carcomiendo su interior como el más cruento y mortal de los virus.

Todavía se le revolvía el estómago al recordar la primera vez que contempló semejante visión y la agonía en la que se debatía la víctima en sus últimos momentos. Una vez que la ponzoña entraba en el torrente sanguíneo, era cuestión de veinticuatro horas se extendiese por el cuerpo, corroyendo sus órganos y revelándose a través de las venas como líneas negras bajo la piel.

No había manera de parar el proceso, por lo que el pobre desgraciado que fuese víctima de uno de esos intercambios, moría irremediablemente.

Markus se llevó la mano al dorso de su propio cuello en un movimiento involuntario. La cicatriz que rozó con los dedos le recordó una vez más lo cerca que había estado de unirse con el Creador al poco tiempo de empezar en este trabajo. Había sido una de sus primeras salidas y no habría vuelto de no ser por *él*. Apretó los dientes con rabia al recordar esos ojos rojos y la ensangrentada sonrisa socarrona en la que destacaban dos largos colmillos.

«La muerte es demasiado buena para alguien como tú, cazador. Vuelve cuando hayas aprendido a usar tu arma y estés dispuesto a empujarla a través de un corazón con cierta destreza».

Siseó rememorando esas palabras, la posición tan humillante en la que quedó. Ese vampiro no era como ninguno a los que se había enfrentado hasta entonces, ni tampoco de los que vinieron después. Sí, a lo largo de los últimos años se había cruzado alguna vez con unos ojos rojos, pero no con *él*.

Ojos rojos.

El Primero. Se hablaba sobre él en los antiguos escritos que se conservaban de la orden. De cómo ese vampiro había aparecido en una noche oscura y diezmado poblaciones a lo largo de varios días. De cómo engañó, sedujo y embaucó a los humanos hasta que estos se levantaron en

armas, dispuestos a ponerle fin. Y de cómo él no estaba solo, de cómo todo un pueblo emergió de las tinieblas y la tierra se cubrió de sangre.

Eran las narraciones del nacimiento de la orden guerrera de la que ahora formaba parte, una cuya misión era la de salvaguardar la vida humana y acabar con las *sanguijuelas* que la amenazaban.

Lamentablemente, no siempre era posible cumplir con dicha encomienda. La humanidad le había perdido el miedo a lo desconocido y ya no recelaba de lo sobrenatural; no como antes, al menos. Los había que incluso lo buscaban y en esa búsqueda a menudo se encontraban cara a cara con la muerte.

No vayas allí. Ahora no. Hoy no.

No podía darse el lujo de despistarse o bajar la guardia, porque hacerlo, en un trabajo como el suyo, significaba la muerte.

La noche estaba llegando a su fin. El amanecer aparecería en unas pocas horas y los cabrones a los que daba caza se ocultarían en sus agujeros hasta que el sol se pusiera de nuevo.

Esta no era más que una de las paradas de su ruta de hoy. Ahí fuera estaban otros equipos formados por cazadores de la orden y entre ellos, había dos hombres de su propio comando.

No estaría tranquilo hasta verlos a todos de vuelta en la base: vivos y enteros. Este no era un trabajo fácil, ni uno que hubiesen elegido. Era su legado y lo honrarían hasta las últimas consecuencias.

Le había fallado a *ella*, pero no volvería a ocurrir. Encontraría al vampiro o vampiros que entraron esa noche en la vieja prisión abandonada de Joliet y les haría pagar, con sus propias vidas, lo que le habían hecho.

No descansaría hasta conseguirlo.

—Que se encarguen de los cuerpos. —Señaló los tres cadáveres ante él—. El procedimiento de siempre.

No podían permitirse que estos crímenes saliesen a la luz y menos en una época en la que todo el mundo tenía un jodido teléfono móvil y el dedo listo para grabar. Deshacerse de las pruebas era casi tan importante como acabar con esos bastardos, aunque para ello tuviesen que dejar que familias y amigos siguiesen preguntándose qué habría sido de aquellos seres queridos a los que habían perdido la pista.

Esa era la peor parte de su trabajo, una que no podía cambiar, pues sabía de la importancia que tenía mantener aquella lucha en secreto.

—Ya he avisado para que nos envíen uno de los grupos de limpieza —le informó Sarik y señaló la entrada con un gesto de la cabeza—. James y Peter se quedarán aquí montando guardia hasta que lleguen. Nosotros tenemos que seguir. Gabriel y Roman se han ido al Loop.

—¿*El Loop*? —Eso estaba al otro lado de la ciudad. Un barrio bien, de alto poder

adquisitivo y con algunos de los locales nocturnos más exclusivos. Desde luego, sus camaradas no habrían ido allí por el entretenimiento, no a menos que este tuviese un par de colmillos y ellos pudiesen empujarles el cañón de su arma por la garganta.

—Ha habido movimientos extraños los últimos días en las inmediaciones de uno de los locales. Han interceptado una comunicación de la radio de la policía que informaba sobre una posible sobredosis… en grupo.

—Mierda.

—Sí, eso mismo —afirmó sacando ya las llaves del bolsillo y agitando el llavero delante de sus narices—. ¿Conduces tú o lo hago yo?

Markus no perdió el tiempo. Le arrancó las llaves de la mano y se dirigió hacia la salida ladrando órdenes por encima de su cabeza.

—No os mováis hasta que lleguen los de la limpieza y mantened los putos ojos bien abiertos. —Los cadáveres no serían un problema para ellos y no creía que los vampiros volviesen por allí cuando apenas quedaban un par de horas para el amanecer, pero no se había mantenido vivo hasta ahora con suposiciones—. Confiaos y seréis fiambres.

—Eso te ha quedado muy bonito —aseguró su compañero con una sonrisa divertida.

—Seguro que sí.

Ninguno volvió a hablar hasta que ambos estuvieron en el coche y derrapando por la carretera en dirección al lugar en el que estaban sus dos hermanos de armas.

Cuando estás obligado a dejar atrás todo lo que eres y a vivir con una máscara ante la sociedad, e incluso frente a tu propia familia con el fin de mantener en secreto tu misión, aquellos con los que lo compartes pasan a ser parte importante de tu vida. Sus hermanos de armas estaban en su misma situación. Y en un mundo en el que la diferencia está entre matar o que te maten, mantener al lado a alguien capaz de cubrirte las espaldas es primordial.

Los vínculos forjados en la noche, en situaciones al límite, hacían que valorases como nunca el fino hilo que separaba la vida de la muerte y a las personas que combatían a tu lado como si fuesen de tu propia sangre. Y el hombre sentado en el asiento del copiloto, el cual acariciaba inadvertidamente el cañón de su *Beretta,* era tan hermano suyo como lo eran los de su propia sangre.

—¿Qué te preocupa? —preguntó mirándolo de soslayo. Se había vuelto a rapar los laterales de la cabeza dejándose el pelo algo más largo por arriba, lo suficiente como para que se le pusiese de punta sin necesidad de embadurnarlo en gomina. El tatuaje de la cobra que emergía desde detrás de la oreja descendía por su cuello y se enroscaba en torno a su garganta como si quisiera estrangularle o simplemente le recordase, a quien estuviese demasiado cerca, que el cabrón era igual de peligroso que ese reptil.

—Se están adentrando en áreas que nos habían parecido demasiado masificadas para el

gusto de las *sanguijuelas* —mencionó echando la cabeza hacia atrás. Se llevó los dedos, que hacía tan solo un instante acariciaban la pistola, a la oscura perilla que le enmarcaba el mentón como si le picase, pero no era más que un gesto cotidiano y que evidenciaba que le estaba dando vueltas a algo—. Parece que están cambiando de hábitos.

Sarik tenía razón. Se venía notando los últimos meses, como si el coto de caza de los vampiros se hubiera ampliado. Y eso nunca era una buena noticia.

—¿Qué crees que pasaría si alguno de esos imbéciles acabase saliendo en la prensa? —inquirió su amigo—. ¿El mundo saltaría en pedazos o seguirían igual de ciegos que hasta ahora? Ya sabes, con toda la mierda que sale día a día en las noticias, un asesinato más aquí o allá no se notaría especialmente. Ni aunque este fuese grabado en pleno acto.

—No sé, Sarik, el que un bicho de esos te salte encima, con su horrible halitosis y dos colmillos despuntando en la boca, podría acojonar un poco —replicó con palpable ironía.

—Sí, ese tufo es peor que oler una jodida cloaca —convino él. Entonces señaló la próxima intersección—. Gira a la derecha. Acortaremos por aquí.

—Llama a los chicos. Quiero saber cómo está la cosa.

—*Sí, capitán. Mi capitán* —Se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el teléfono móvil. El segundo en lo que iba de mes. ¿O era el tercero? Desde luego Sarik no sentía mucho apego por ellos—. Hola, corazoncito. ¿Qué tal llevas la noche? ¿Ya has hecho algún amiguito nuevo?

—Jódete, Sar. —Escuchó el vozarrón de Roman del otro lado de la línea. Era inconfundible—. ¿Markus?

—Sentadito a mi lado, paseando a *Miss Daisy*. —No pudo hacer otra cosa que sonreír ante la cínica respuesta de su compañero. Estas pequeñas bromas solían surgir entre ellos cada vez que el ambiente estaba algo tenso. Una vez que te acostumbrabas a escuchar gilipolleces, ya no importaba nada más—. Te pongo en altavoz.

—¿Cómo están las cosas ahí, Roman?

—*Divinas de la muerte*, con énfasis en *«muerte»* —replicó el hombre. El tipo era un coloso en todos los sentidos. Con un metro noventa de puro músculo y una constitución digna de cualquiera de esos tíos de la *WWE*, había pocas cosas que se le pusieran por delante—. Dos mujeres. Veintitantos. Prostitutas de lujo, diría yo. Ojos inyectados en sangre, dedos ennegrecidos y ya sabes, esas venitas oscuras que discurren bajo la piel cuando la mierda de esos vampiros entra en el organismo humano. Encontraron a una de ellas contorsionándose en el suelo de la parte de atrás del local de copas. Llamaron inmediatamente a la poli, por eso de *«nosotros somos legales y pijos y no queremos que ninguna mierda que nos salpique»*.

—Y me lo quería perder… —chistó Sarik—. ¿Alguna sanguijuela en las inmediaciones?

—Uno, que sepamos. Y además pijo. Gabriel ha ido tras él.

—¿Solo? —Markus sabía que había sonado brusco, pero la primera regla era que *ninguno* saliera ahí fuera *solo*.

—Tranquilo, *papaíto*, se ha llevado al *gatillo fácil*.

—Joder. ¿Ya se ha cansado de esta vida que quiere que le peguen un tiro en el culo? —chasqueó su copiloto—. Acelera, Mark. Si tengo que remendarle a Gabriel otro agujero más, me declararé en huelga.

Puso los ojos en blanco, pero, no obstante, bajó el pie sobre el pedal.

—Por lo que hemos podido apreciar, la sanguijuela es igual de inútil que nuestro nuevo muchacho. —El hombre duplicó el chasqueo de su amigo—. El imbécil estaba disfrutando del espectáculo desde la puerta del club. Intuyo que esperaba que llegase algún nuevo y jugoso bocadito con el que entretenerse, pero aparecimos nosotros y se le jodió la fiesta. No sabía que esos cabrones podían perder el color de esa manera. El hijo de puta salió volando como si le hubiesen metido un cohete en el culo. Y ya sabes cómo son los nuevos reclutas, siguió al vampiro con enorme entusiasmo.

—Será imbécil.

—De manual. En la próxima salida que se lo quede Quinlan —corroboró el hombre al otro lado de la línea—. Callaghan está aquí, por cierto. Y le ha hecho una ilusión tremenda vernos. Gabe se encargó de suavizar las cosas. Nos cubrirá y, cito textualmente, «*solo por esta vez*».

—¿No es lo que dice siempre el buen poli?

Rob Callaghan era uno de los contactos que tenían en la policía de Chicago. Era un *«civil»* en toda regla, alguien que había descubierto la existencia de los vampiros de la peor manera posible y vivido para contarlo. O más bien, para callarse la boca y no decir *ni mu* para que no lo metiesen en una habitación acolchada y tirasen la llave. Él, al igual que algunos otros hombres de a pie, colaboraba con la sociedad, manteniendo la ilusión de que todo era *«normal»* de cara a los ámbitos en los que se movían. Fuerzas de seguridad y sanitarias. Un combo necesario en una era en la que todo era sacado en *streaming* casi al mismo tiempo que sucedía.

—Es ahí. Al final de la calle —le indicó Sarik—. Aparca donde te coja el ego.

Apagó las luces y dejó el vehículo a una distancia prudencial. El sub no era precisamente un utilitario que pasase desapercibido en ese lugar. Se bajaron del coche al mismo tiempo, intercambiaron una mirada y asintió en silenciosa respuesta al gesto de su compañero.

—Ya estamos aquí —comunicó entonces, cortó la llamada y devolvió el teléfono al interior de la chaqueta—. Seguiré a Gabe. No queremos que el novato le meta más plomo en el cuerpo.

Asintió y, mientras su compañero desaparecía por una calle estrecha, él cruzó la vía principal y se dirigió al lugar en el que ya se habían reunido unos cuantos curiosos. El coche de Policía con las luces puestas y la zona precintada eran como un cartel de neón que decía

«morbosos aquí».

—Joder, Cliff —escuchó a medida que se acercaba por un lateral—, echa a toda esa gente de aquí. No estamos en un puto teatro al aire libre.

—Callaghan. —Lo llamó y levantó la mano para decirle que estaba allí y no tener que lidiar con el tal Cliff.

El detective levantó la cabeza e hizo una mueca nada más verle.

—Es de los nuestros. Dejadlo pasar. —La voz del veterano policía sonó como un cañonazo.

Markus se coló por debajo de la cinta que levantaba el agente y fue directo al hombre que le había dado luz verde para acceder al escenario. Los servicios de emergencia ya habían colocado la ambulancia de manera que les diese un poco de privacidad, lo que les permitiría a todos moverse por el lugar y realizar su labor sin complicaciones.

Cruzó la mirada con uno de los sanitarios, quien asintió en silencioso reconocimiento. Bien, al menos no tendría que preocuparse por los médicos, ni tampoco de hacer desaparecer algún cadáver que no debería haber ido a parar a una morgue. Su gente ya estaba sobre el terreno y sabía exactamente lo que tenían que hacer en estos casos.

Dos personas más iban a desaparecer, dejando un vacío y un montón de respuestas en aquellos que los buscarían sin éxito.

Este trabajo es una jodida mierda.

—Markus. —Se volvió justo a tiempo para ver al viejo policía caminar con paso decidido hacia él—. ¿El *Loop*? ¿En serio? ¿Qué mierda hacen esos putos engendros tan lejos de su habitual coto de caza?

—No lo sé. —Una respuesta sincera, al fin y al cabo. No tenía la menor idea de qué había traído a los vampiros a esta zona de la ciudad.

—Markus. —Roman, quién estaba acuclillado junto a uno de los cadáveres, lo llamó con un gesto.

—¿Qué no lo sabes? —resopló el poli, haciendo caso omiso de la intromisión—. Vosotros sois los únicos que tenéis alguna respuesta sobre toda esta mierda, joder.

—No siempre, amigo, no siempre —replicó, le dio una palmada en el brazo y se reunió con su compañero—. ¿Qué?

El hombre señaló el cuerpo que ya había sido metido en una bolsa para cadáveres. Llevaba unos guantes de látex y apartó con sumo cuidado una parte del cabello de la víctima, como si esperase que se levantase de un momento a otro y le dijese alguna estupidez como *«no me toques el pelo»*. Markus se acuclilló para ver mejor; el desgarro en la carne era evidente. No se trataba de dos simples punciones. No. Esto era mucho más agresivo. Prácticamente le habían masacrado el cuello.

—Malditas sanguijuelas —masculló y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para contenerse y no salir él mismo tras el hijo de puta que había hecho eso.

La herida era lo bastante fresca como para que se hubiese producido en las últimas horas. Y en el caso de esta chica, faltaban las marcas de las que le había hablado por teléfono. Miró a su camarada y luego al otro cuerpo. Él asintió.

—La *ponzoña* es lo que ha matado a la otra chica. —Habló en voz baja, manteniendo la conversación entre ellos—. Esta parece haber sido un inesperado divertimento de última hora. —El acusado gesto que hizo hacia la mitad inferior de la bolsa le revolvió el estómago. Estaba claro que el culpable había hecho mucho más que desgarrarle el cuello con los dientes.

Su apariencia, su forma de actuar… Los vampiros podían hacerse pasar por humanos si así lo querían. Su físico se lo facilitaba más a menudo de lo que les gustaría. Y es que, cuando pensabas en un chupasangre, no tenías en mente un jodido modelo de pasarela, sino un puto monstruo. La realidad, sin embargo, superaba una vez más la ficción. Esos demonios proyectaban una atracción sobrenatural. Te subyugaban, casi podría decirse que resultaban hipnotizantes. Tanto que, aunque no fuese algo que te atrajese normalmente, no le ponías pegas a probarlo, pues solo querías comprobar si era tan bueno como prometía serlo.

Ladeó la cabeza y escupió al suelo. Todavía le removía todo por dentro al comprender lo bien que los conocía y el motivo de que así fuese.

Barrió el lugar con la mirada. Localizó la puerta trasera por la que las víctimas y su agresor habrían utilizado en algún momento de la noche y comprobó el callejón.

—Salieron juntos del local… —murmuró. Su mente trabajaba ya a toda velocidad para reconstruir la posible línea de acontecimientos—. La sanguijuela ya estaba dentro. Debieron encontrarse, le pareció una buena opción para pasar el rato y la trajo hasta aquí.

Roman asintió y apuntó con un gesto de la cabeza hacia la mentada salida.

—Gabe habló con uno de los camareros. Dijo que ambas chicas solían pasar tiempo en el lugar. Unas veces venían solas y otras con alguien del brazo. No se conocían entre ellas, eso sí —aclaró volviéndose hacia la bolsa que contenía el cadáver de la otra mujer—. Mencionó que Leslie, según dijo que se llamaba, no parecía encontrarse bien, que la vio más pálida que de costumbre, como si estuviese enferma. Ella le comentó que saldría a tomar el aire o algo así.

No. Desde luego que no se encontraba bien. La mujer había sido infectada con sangre de vampiro. El que hubiese acabado muriendo aquí y esta noche, solo podía significar que quienquiera que la hubiese infectado, sabía que no obtendría lo que deseaba.

Y aun así, seguían intentándolo una y otra vez, como si esperasen que en algún momento se produjese un horrible milagro.

El sonido del timbre de un teléfono interrumpió sus pensamientos. Roman se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y miró la pantalla.

—Es Sarik. Está con Gabe y el novato. *Vampiro abatido.*

Asintió en respuesta y se incorporó. Miró ambas bolsas para cadáveres y buscó a los sanitarios que estaban a la espera:

—Adelante. —Les dio luz verde para proceder. Roman lo imitó y se mantuvo a su lado mientras recogían los cuerpos y los introducían en la ambulancia. No eran necesarias más directrices. Cada uno conocía su labor a la perfección—. A partir de mañana empezaremos a reducir el cerco. Si esos hijos de puta están pensando frecuentar el centro en busca de un nuevo buffet libre, les espera una desagradable sorpresa.

—¿Quieres que nos limitemos solo al centro?

—Sí —asintió con rotundidad, mirando cómo se cerraban las puertas traseras de la ambulancia—. Esto no puede volver a repetirse.

—Bien. Asignaré uno de los grupos de apoyo a la periferia y nosotros nos quedaremos por el centro.

Volvió a asentir con la cabeza y, por fin, le dio la espalda a toda aquella muerte.

—Dile a Sarik que se lleve el coche. Volveré andando —le pidió. Sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó.

—Ten cuidado. —El que no le preguntase a dónde pensaba ir o si quería acompañarle le dejó claro que sabía cuál era su próxima parada. No es que hubiese cambiado de hábito en los últimos meses—. Y llámanos si nos necesitas. Estaremos ahí en un abrir y cerrar de ojos.

No contestó. Decirles que lo haría sería mentir y las únicas personas a las que no engañaría jamás eran los tres hombres con los que patrullaba cada noche las calles de Chicago.

CAPÍTULO 4

Bar La Azotea
Damen, Chicago

—Madre mía. Dime que pertenecen a la *WWE*, por favor.

Victoria levantó la cabeza al escuchar el comentario de su compañera y ella le señaló, con un discreto gesto, la entrada del local.

No había muchos hombres capaces de dejarla sin respiración con solo hacer acto de presencia, pero los recién llegados lo consiguieron.

La mención a la empresa de entretenimiento integrada en la lucha libre profesional era sin duda un referente adecuado para los dos tipos que hacían su entrada en *La Azotea.*

—Acabo de hacerme fan de esas gafas —suspiró la chica.

Y es que ambos llevaban unos lentes tintados de color rojo. Un complemento un tanto extraño para ir por la noche a un bar de copas. Observó cómo intercambiaban unas palabras; o más bien, cómo uno de ellos hablaba y el otro asentía. El primero se adelantó, pero ella mantuvo la mirada sobre su compañero. Pelo corto estilo militar, aunque quizá un poco más largo por arriba, mandíbula cuadrada, rostro fuerte, esas gafas ensombreciendo su mirada. Vestía de negro de la cabeza a los pies. Era una montaña de hombre. La anchura de esos hombros envueltos en cuero era excepcional, tenía un pecho amplio y, a juzgar por cómo se pegaba la camiseta que se adivinaba bajo la chaqueta, poseía además una buena musculatura. Siguió bajando sobre unas caderas estrechas y unas piernas largas enfundadas en vaqueros que terminaban en las enormes *Doc Martens.*

—Madre del amor hermoso, ¿y esa manera de caminar? —ronroneó la chica.

Sí. A pesar de su envergadura, se movía con elegancia. Ambos lo hacían, pero al mismo tiempo también marcaban el espacio con cada zancada.

Cuando la mirada del primer tipo, que estaba ya a la altura de la barra, cayó sobre ella, se estremeció. Los cristales tintados no impedían apreciar sus ojos, tan solo evitaban que adivinases su verdadero color. Fue extraño. Sintió como le bajaba un escalofrío por la espalda y no

precisamente de miedo.

—Dos *Bud Light* —pidió la montaña número uno, apoyándose de lado en la barra. Apenas despegó los labios al hablar, pero su voz era tan intensa y profunda que le produjo una sacudida. Sin duda encajaba a la perfección con su tamaño.

—En seguida —canturreó Emily, moviéndose de inmediato detrás de la barra en la que ambas se turnaban esa noche.

Victoria se apartó, haciéndose a un lado, y el cambio de posición hizo que se encontrase con un nuevo par de ojos sobre ella. Un segundo estremecimiento la recorrió clavándola al suelo. La dejó incapaz de moverse, como si el cerebro se le hubiese cortocircuitado en el proceso. Esa intensa mirada parecía atravesar los cristales rojizos, incidiendo en ella de una manera que la perturbaba. Le habría gustado saber de qué color eran esos ojos, aunque ese deseo quedó rápidamente aplastado cuando su expresión pasó a mostrar un inmediato desagrado.

Ese tipo la observaba como si ella fuese un molesto insecto.

Bien. Vale. No es que se viese a sí misma como un modelo de pasarela, pero los hombres que venían a *La Azotea* solían coquetear con las camareras, ya fuese de forma descarada o con sutileza. Era la primera vez que se encontraba con alguien que la mirase como si la creyese responsable de alguna plaga.

—¿Qué estás mirando?

Parpadeó ante la inesperada brusquedad de sus modales y la consiguiente impresión que le causó su voz.

—No estoy segura. —Las palabras salieron de su boca como si quisieran dar voz a su propio pensamiento. Sin embargo, no fue agresiva, ni sarcástica, se limitó a decir lo que pensaba en ese mismo instante.

A los clientes se les habla con respeto, aunque sean unos gilipollas integrales.

Las palabras de su jefe se colaron en su mente en ese instante y, para evitarse problemas, se volvió a su compañera y le susurró un *«todos tuyos»* para luego ocuparse de recoger los vasos y copas abandonados en una esquina.

Lo último que necesitaba para terminar su jornada era que un tipo, al que se le hubiese torcido el día, descargase su mal humor sobre ella. Hoy no tenía ganas de ejercer de *«terapeuta emocional»* detrás de la barra de un bar. A duras penas podía encargarse de sí misma.

Emily demostró ser inmune al mal humor del tipo y derrochó simpatía, así como algo de coqueteo, sobre el hombre que había pedido las consumiciones.

—¿Es la primera vez que venís por *La Azotea*?

No se molestó en escuchar la respuesta, atendió a una pareja que se acercaba a pagar y continuó con su labor en su esquina de la barra. Estaba recogiendo las botellas vacías cuando se topó de nuevo con esos cristales rojos y la mirada fija detrás de ellos. Continuaba observándola y

el gesto de disgusto seguía bailando en sus labios.

¿Pero qué coño le pasa?

Rompió el indeseado contacto visual y volvió a su tarea, aunque le resultaba difícil concentrarse. Le parecía sentir todavía los ojos clavados en ella y la necesidad de volverse y confirmarlo le generó una dura lucha interna.

—Que se vaya al cuerno… —murmuró para sí. Cogió el trapo y empezó a limpiar la superficie de madera hasta dejarla reluciente.

Los dos tipos pasaron por delante de ella de camino a la terraza, pero esta vez ninguno de ellos miró en su dirección.

La mayoría de los que subían a tomarse una copa lo hacían por las vistas del *skyline* de la ciudad. Los cócteles eran decentes, no solían darse trifulcas y permanecían abiertos hasta altas horas de la madrugada; así que no era raro encontrarse con nuevos clientes incluso a estas alturas de la noche.

Estaba dispuesta a ignorarles completamente, pero perdió la batalla. Manteniendo la cabeza gacha, los observó a través de las pestañas. Llegó a ver cómo el acompañante del tipo irritante le ponía una mano sobre el hombro y señalaba el lugar al que se dirigían con la botella de cerveza. Este se desprendió de su contacto y, cuando volvió el rostro hacia él, su compañero la retiró con un gesto que parecía decir *«no lo volveré a hacer más»*.

—¿Has visto alguna vez en tu vida dos hombretones semejantes? —Las palabras de su compañera la sacaron de ese momentáneo trance. Se volvió hacia ella y vio cómo se cruzaba de brazos sobre la barra y apoyaba la cara en una mano mientras los observaba descaradamente—. ¿Cómo pueden ser reales?

—La arrogancia del imbécil me pareció de lo más real —replicó obligándose a sí misma a darles la espalda y concentrarse de nuevo en su trabajo.

La sorpresa en la cara de Emily no era algo nuevo. Esa chica parecía que andaba en el mundo por andar. Nunca se enteraba de nada. A estas alturas ya no sabía si lo hacía a propósito o era así de verdad. Y no es que fuese mucho más joven que ella. Su jefe no contrataba a ningún camarero, ya fuese hombre o mujer, que estuviese por debajo de los veinticinco, pero la chica a veces se mostraba tan ingenua que la hacía cuestionarse su verdadera edad.

Con todo, era una buena trabajadora y compañera. Prefería mil veces hacer el turno de noche con ella que con el *pulpo* de Paul. Ese tío, además de imbécil, era un sobón. Y le daba igual que lo amenazases con denunciarlo. Se reía en tu cara y te decía que estabas delirando, que ni siquiera eras su tipo y que habías malinterpretado la situación.

La última vez que la malinterpretó se llevó igualmente una buena bofetada y una advertencia extra de uno de los clientes.

—A mí no me parecieron arrogantes —mencionó la chica en respuesta a su comentario—.

El que pidió las cervezas es muy amable y tiene una sonrisa de un millón de dólares.

—No me fijé —replicó con sequedad. Estaba demasiado ocupada preguntándose por qué el otro tío la miraba con tanto desagrado. Si algo tenía claro es que no le conocía de nada. Era imposible olvidarse de alguien como él.

O quizá no tanto.

¿Acaso no había olvidado ella un día entero? ¿El único día que debería habérsele quedado grabado a fuego en la mente?

Victoria se aferró al borde de la barra para no caerse. Cada vez que intentaba regresar a ese momento, la cabeza le daba punzadas, algo que los médicos habían considerado normal dentro de sus particulares circunstancias.

Despertarse en una habitación de hospital tras haber sufrido un brutal atropello y no poder recordar ni el accidente ni las veinticuatro horas previas a él eran motivos más que suficientes para justificar sus dolores de cabeza.

Y lo peor de todo es que en ese intervalo de tiempo había ocurrido algo de lo que estaba convencida de que tenía que tener constancia y de lo que, sin embargo, no poseía recuerdo alguno.

¿Cómo había acabado en las inmediaciones de la antigua prisión de Joliet? ¿Qué habían estado haciendo Lotte y ella allí? ¿Y qué mierda había pasado en ese lugar, para que su amiga hubiese terminado en semejante estado y a ella la hubiesen atropellado brutalmente y dado por muerta?

Esa era la versión oficial, la que había conocido en cuanto su mente estuvo lo bastante clara como para procesar algo más que el saber que estaba en una cama de hospital.

No fueron días fáciles. Todo el mundo opinaba que, el que estuviese viva, era un jodido milagro. En especial porque se le había parado el corazón dos veces; una en la ambulancia y otra en el quirófano en el que la operaron de urgencia. La habían hecho papilla, sí, pero sus tres meses en el hospital no podían compararse, ni remotamente, al estado actual de su amiga.

Charlotte llevaba un año en coma. Había dejado de necesitar respiración asistida hacía tan solo unos meses, pero su recuperación parecía demasiado lejana e incluso poco probable. Lo escuchó de la boca de los médicos, cuando hablaban con su hermano, y nunca se sintió tan culpable de estar viva como en ese puto momento.

Quienquiera que les hubiese hecho aquello a las dos, si es que tenían relación ambos sucesos, seguía en paradero desconocido.

Se obligó a hacer a un lado los nubarrones y centrarse en el aquí y el ahora. No podía darse el lujo de perder también este trabajo. Podía no tener el mejor de los horarios, ni estar tan bien remunerado como le gustaría, pero gracias a él había conseguido mantener a raya las pesadillas que la asaltaban por las noches. Como si el hecho de dormir durante el día alejase la oscuridad

que a veces creía ver elevándose sobre ella para tragársela.

—¿Por qué no te das una vuelta por la terraza y ves si hay algún vaso, copa o botella por recoger? —le sugirió entonces, queriendo abandonar el tema que la chica había comenzado—. Yo me ocupo mientras de la barra.

—¿Y tener de nuevo la oportunidad de echarles un buen vistazo a los dos bombones? ¿Dónde tengo que firmar? —canturreó y le dedicó una traviesa sonrisa que la hizo poner los ojos en blanco.

—Tienes unos gustos de lo más peligrosos —mencionó, pero ella misma dirigió la mirada hacia las puertas de corredera abiertas que daban a la zona *chill out*. Los individuos de los que hablaban ya no estaban a la vista. Probablemente disfrutaban de su bebida al aire libre.

Emily dejó escapar una risita y se inclinó para darle un rápido abrazo. Era una persona cariñosa y espontánea a la que nada parecía preocuparle nunca. Ya le gustaría a ella ser así de feliz.

—Puedes estar tranquila. Son del tipo de hombres a los que puedes mirar, con quienes puedes fantasear, pero que nunca te llevarían a su cama. —Lo dijo tan convencida que no pudo evitar quedársela mirando—. Son *gais.*

Si cualquiera de esas dos montañas de pura testosterona son gais, yo soy la Madre Teresa de Calcuta.

El pensamiento acudió como un rayo a su mente, del mismo modo en que lo hizo la mirada que le había dedicado el tipo irritante. Desde luego, no podía decirse que la mirase de manera apreciativa. Más bien parecía molestarle su sola presencia, pero de ahí a ser *gay* había un trecho largo.

—Mira el pedazo escote que llevo hoy y ni uno de ellos le ha echado siquiera una miradita —declaró señalándose el pecho.

—¿Y eso los convierte en *gais*? —Esta conversación se iba volviendo más rara por momentos.

—No he visto un hombre, ya sea soltero o casado, que no se le vayan los ojos, aunque sea de refilón, sobre un buen escote —aseguró con tal rotundidad que era difícil refutárselo—. A nosotras también se nos van los ojos detrás de un buen culo…

—Si tú lo dices…

—Lo digo —confirmó y señaló la terraza con un gesto del pulgar—. Me voy para allá y te traigo lo que encuentre.

—Solo si pertenece al local, gracias —apostilló, a lo que la chica puso los ojos en blanco.

—Si quisieras algo más, tendrías que ir tú misma a buscarlo, Tori —le aseguró abandonando la barra—. Nunca se me ha dado bien lo de hacer de casamentera.

A ella tampoco, pensó y al momento le vino la imagen de Lotte a la cabeza. Su amiga sí

era buena en eso. Parecía tener un sexto sentido para emparejar a la gente, aunque con ella nunca hubiese acertado.

«Tú sigues pensando en el príncipe azul, Tori, aun si este llega encima de una moto y no en un bonito corcel».

No era verdad. Ella no pensaba en ningún príncipe. Había dejado de hacerlo desde que la vida le enseñó a conformarse con la realidad y olvidarse de los sueños. Hoy por hoy ya no le importaba siquiera estar sola. Era preferible a tener que lidiar cada día con algún gilipollas que terminaba poniéndote los cuernos o con un hijo de puta que te levantaba la mano o te controlaba hasta el teléfono móvil. Era más fácil encontrar a alguien con quien echar un polvo esporádico que a esa persona con la que sabes que podrías pasar toda tu vida sin importarte que ronque o le huelan los pies.

—Es una suerte que el oficio de camarera lo bordes —acabó por responder y le señaló por última vez la terraza—. A trabajar.

La chica le echó la lengua y salió dispuesta a seguir con su labor.

Victoria sacudió la cabeza, terminó de despejar la barra y continuó atendiendo a los clientes que se acercaban a pagar o a pedir una nueva consumición.

CAPÍTULO 5

—Es ella, ¿verdad?

Bast no dijo una sola palabra. Cualquier cosa que saliese en esos momentos de sus labios podría asemejarse bastante a un gruñido o a un mortal juramento. Había perdido los papeles. Durante un breve instante, bajo el escrutinio de esa hembra, se dejó llevar por la mezcla de sorpresa e irritación que sentía en ese momento.

¿Qué hacía aquella humana allí? ¿Y cómo es que seguía viva?

Las preguntas podrían resultar de lo más extrañas de no ser por el hecho de que la recordaba. Sus caminos se habían cruzado un año atrás, pero en aquel instante la humana no era más que un cuerpo moribundo a los pies de la *Parca.*

—No está muerta.

—Sí, he podido constatarlo con mis propios ojos —afirmó Joel con su habitual tranquilidad.

Pero debería estarlo. Muerta. Después de la brutalidad con la que la atropelló aquel vehículo, enviando su cuerpo por los aires, para caer de cualquier manera sobre el asfalto, el destino de la hembra era claro. Podía sentir a la *Muerte* de pie a su lado, esperando a que exhalase su último aliento de vida antes de llevársela consigo. Dio por hecho de que sería cuestión de unos momentos, pero no se quedó para comprobarlo.

No estaba allí para salvar a los humanos, sino para evitar que uno de los suyos acabase cayendo en manos de uno de los *nosferu.* Aunque había llegado demasiado tarde para eso, tanto que se vieron obligados a liberarlo antes de que la infección lo matase o, en caso de sobrepasarla, se convirtiese en uno de ellos.

El engendro que lo infectó lo abandonó en el interior de la vieja prisión de Joliet. Suponía que con la intención de volver a la noche siguiente para comprobar si el vampiro había pasado la prueba o había muerto como tantos otros. Fue el *nosferu* que conducía el todoterreno quien alcanzó a la humana que apareció de repente en medio de la calzada. Mientras, su reciente creación daba muerte a los estúpidos humanos que habían tenido la gran idea de visitar el lugar esa misma noche.

Gritos, alaridos, desesperados gruñidos y el olor de la sangre envolvieron la noche como un sudario. El convertido había perdido la razón, cediendo a la sed de sangre y a la locura que venía con ella hasta el punto de que les costó reducirle sin resultar ellos mismos heridos.

Tuvieron que dividirse. Elijah y Nix se encargaron del *nosferu*, el cual parecía querer terminar la noche dándose un festín con la hembra humana a la que había atropellado accidentalmente. Mientras que Kynan, Joel y él mismo se internaban en el complejo penitenciario y se hacían cargo de la amenaza que el bastardo había creado. Nunca era fácil tener que acabar con la vida de uno de los suyos, pero ya no quedaba nada del joven vampiro que había desaparecido en el ser que encontraron allí dentro.

Solo al terminar con su labor se había permitido acercarse a la humana, al saco de huesos rotos y al rostro macilento. Su vida se apagaba. Estaba convencido de que no le quedaban más que un par de respiraciones en los pulmones. Era una vida que se iba a apagar como lo habían hecho ya la de los humanos que encontraron en el interior del edificio.

Y todo por estar en el lugar equivocado.

Los humanos no eran asunto suyo y, aun así, se quedó allí de pie, mirándola, esperando a que ese pecho dejase de alzarse y la muerte al fin se la llevase. Era casi como una necesidad morbosa el permanecer allí y asegurarse de que la hembra encontraba el fin de su sufrimiento.

Sin embargo, no llegó a verla satisfecha. La presencia de los *sabuesos* los obligó a retirarse.

Nunca había vuelto a pensar en ella. Dio por hecho que sería otra víctima más que desaparecería de la faz de la tierra y de la que nada se sabría. Así que encontrársela ahora… No podría habérselo imaginado ni en un millón de años.

«¿Qué estás mirando?».

Había sido brusco cuando lo normal para él era ignorar cualquier tipo de atención no deseada. Los sucesos de esta noche lo desequilibraron y todavía no se había repuesto. Ella, sin embargo, más que sonrojarse de vergüenza o asustarse por su brusquedad, había respondido con suavidad, como si se estuviese diciendo aquello también a sí misma.

«No estoy segura».

Un segundo después, esos ojos verdes abandonaron su rostro y, tras susurrarle un *«todos tuyos»* a su compañera, continuó con su labor.

Y entonces fue él quien se encontró sin poder quitarle los ojos de encima, preguntándose si se habría equivocado aquel día, si la estaría confundiendo con otra mujer. Pero no. Recordaba ese rostro, aun si nunca había visto sus ojos o su color, y conocía demasiado bien la presencia de la muerte como para equivocarse con respecto a su proximidad.

De algún modo, la chica había conseguido eludir a la *Parca* y negarle la vida que aún conservaba.

—Si quieres que nos vayamos… —sugirió Joel.

Negó con la cabeza, miró la botella de cerveza fría que sostenía entre los dedos y acto seguido las vistas de la ciudad que ofrecía aquella terraza. Se la llevó a los labios y le dio un

largo trago. El sabor le recordó otros tiempos y lugares. Sin duda este era el motivo de que Joel lo hubiese traído aquí y pedido tal consumición.

Su dieta no se diferenciaba gran cosa de la de los humanos. Había algunas cosas que sus organismos no toleraban bien, pero la comida seguía siendo una fuente de energía para los vampiros, una que se complementaba con una periódica ingesta de sangre que mantenía sus órganos en funcionamiento e impedía que su metabolismo se deteriorase.

Si bien su raza se había ido refinando con el paso del tiempo y habían adaptado su metabolismo a la ingesta de bolsas de plasma, los *nocturna* requerían de una dieta más vital y fresca, lo que los obligaba a seguir alimentándose de una vena humana.

A menudo eran los miembros de las *Familias de Sangre* los que ejercían de donadores, por lo que ya no era necesario dejar la colonia para buscar un donante adecuado, con todo lo que eso conllevaba, pero aquel era un arreglo al que hacía tiempo no acudía.

Sebastian solo podía dar gracias por contar con los Murphy, la familia humana que llevaba sirviendo en La *Nocturna* desde hacía generaciones y generaciones. Los antepasados de los actuales miembros se remontaban a la época anterior a la epidemia y eran completamente leales a los *nocturna* y a la familia real, motivo por el que se habían convertido también en los caseros de la subterra afincada en Bucktown. La casa *Primera Sangre*, como se conocía a la vivienda de los humanos, era tanto un hogar para la familia como el portal de acceso principal a las instalaciones subterráneas de la colonia.

Bajó la botella y contempló el oscuro entramado de edificios y calles de los suburbios a sus pies que se extendían hacia los rascacielos que formaban el típico *skyline* de Chicago. Esta era su ciudad, el lugar en el que cientos de vampiros intentaban encontrar su lugar y llevar una vida tranquila entre los humanos. Miró en torno a él y no pudo evitar pensar en el hecho de que esas parejas, los hombres y mujeres que también disfrutaban de una consumición y las vistas, no tenían ni idea de que compartían espacio con dos seres sobrenaturales. Así era la humanidad. A los humanos les daba exactamente igual quién fueras, mientras hablaras, respiraras y cagaras como la persona que tenían al lado. Los problemas venían cuando pertenecías a otra etnia, tenías otras creencias y las usabas para imponer tu criterio frente a los demás.

Si es que no había una raza más simple en el planeta, ni más autodestructiva.

—Este lugar está bien —mencionó en respuesta a la pregunta de su amigo—. Y la cerveza es de primera. ¿Cómo lo descubriste?

—No lo hice yo —negó, pero sus labios se estaban curvando en una particular sonrisa—. Lo creas o no, la recomendación fue cosa de Nix. No me preguntes cómo demonios ha llegado a conocer este lugar. Me dijo que aquí nadie te mira dos veces y que tenían una cerveza decente.

—Nix. —Si le hubiese dicho cualquier otro nombre, lo entendería, pero viniendo de ese *nocturna* en concreto… Era como si acabasen de comunicarle que habían encontrado el *Santo*

Grial.

—Sí, Nix —confirmó una vez más—. Y me atrevo a decir que no se ha equivocado. Cerveza decente, buenas vistas y… —Gesticuló con disimulo hacia las personas que había alrededor—. Nadie nos ha saltado todavía encima, lo cual es un plus.

Puso los ojos en blanco ante el jocoso comentario, sobre todo porque era verdad. No era culpa suya. Se trataba de genética, de algo que tenían los vampiros y los humanos no, una capacidad de atracción que podía resultar tan útil como molesta; todo dependía del momento.

En cierto modo, ese había sido también el motivo por el que había contestado con brusquedad a la mujer de la barra. Su forma de mirarle había parecido una invitación, al menos al principio, hasta que parpadeó y admitió no saber por qué se lo había quedado mirando. A partir de ese momento dejó de prestarle atención y fue él quien la contempló, hasta que esos ojos verdes se alzaron y sus miradas se cruzaron de nuevo. Y ahí fue cuando supo que no se trataba de una equivocación, que de verdad era *ella*, la hembra por quien había sentido una pizca de compasión.

Y eso lo molestó.

—No conozco su nombre…

—¿El nombre de quién? —preguntó Joel, dejando claro que él había dado voz a sus pensamientos.

No respondió y le dio un largo trago a su cerveza.

—Ah. La humana de la barra. —Joel no necesitaba demasiada información para sacar sus propias conclusiones. El *nocturna* era capaz de leerle mejor que nadie—. Hacía tiempo que ninguna mujer despertaba tu curiosidad…

—Es humana.

—Pero sigue siendo una hembra… —Apuntó su amigo antes de beber de su propia botella —. Y bastante atractiva, además.

Lo miró de soslayo y se encontró con la mirada del vampiro entrecerrada detrás de las gafas tras las que ocultaban sus particulares ojos. Los cristales tintados de rojo disimulaban el color de sus iris, les permitían ver con total nitidez en la oscuridad y no eran tan llamativas como unas gafas de sol; sobre todo en plena noche. La atención de su amigo recayó en la camarera que atravesaba en ese momento el umbral de la terraza con una bandeja redonda bajo el brazo. Era la que les había servido las cervezas, después de haberlos recorrido con la mirada como si fuesen dos jodidos helados. Joven, sin duda. Puede que tuviera la misma edad que una de las hijas de la *Familia de Sangre*, aunque, al contrario que sus niñas, la camarera no tenía problema alguno en enseñar sus encantos a cualquiera.

—Serías capaz de encerrarla y tirar la llave si a Scarlett se le diese por vestirse de esa manera —mencionó Joel en voz baja, visiblemente divertido.

—Deja de leerme.

—No lo hago a propósito, créeme —aseguró y añadió—. Y pensar que todavía nos queda la pequeña Glory. Si tengo que verla comiéndole la boca a un tipo, me dará algo.

—Eso no pasará hasta dentro de mucho, pero que mucho tiempo.

—¿Tú crees? —sonrió.

—Es demasiado joven.

—Tiene quince años, Bast.

—Sigue siendo una *niña*.

—Y es *nuestra* niña —convino Joel.

La menor de los Murphy era el ojito derecho de todos los *nocturna*. La adolescente había conseguido meterse en el bolsillo a todos ellos. Eran sus *«tíos»*, aun si eso hacía encanecer a su padre cada vez que la escuchaba referirse a ellos de esa manera.

Samuel era un hombre de tradiciones y se las había inculcado a su familia con bastante éxito, al menos hasta que llegó la pequeña Glory a la vida de todos. Esa chiquilla tenía el don de metérsete bajo la piel, de instalarse en tu corazón y, una vez que estaba allí, ya no había manera de deshacerse de ella. Para la adolescente no existían las palabras *«Lore»* o *«milord»* si se trataba de ellos. Eran parte de su familia, lo quisieran o no.

—Por cierto. Tiene examen de cálculo el martes —mencionó su compañero. Entonces sonrió y añadió, mirándole—. Y la mujer a la que le has echado el ojo se llama *Victoria.*

Victoria. Miró en dirección al interior del local, pero desde su posición no podía ver la barra del bar, motivo por el que se había puesto allí en primer lugar. No entendía de dónde nacía ese repentino interés por una hembra a la que había olvidado siquiera haber conocido; si se le podía llamar así a estar a punto de presenciar su muerte.

—Es una buena elección para esta noche y para ti. Tienes una hora, después arrastraré tu penoso culo de vuelta a casa —declaró Joel y, con una palmada en el hombro, lo dejó con sus propias cavilaciones para acercarse a la otra camarera.

Al parecer, su camarada había elegido ya la vena de la que bebería esa noche.

Y él también.

CAPÍTULO 6

¿Y ahora qué quiere este?

Victoria casi deja caer el paño que tenía en las manos cuando se encontró con una presencia enorme frente a ella. Y allí estaba de nuevo, de pie al otro lado de la barra, mirándola a través de esos cristales rojizos. No, no podía adivinar el color de sus ojos, pero podía ver su expresión con total claridad. Si bien ya no parecía que le desagradase su sola presencia, tampoco podía asegurar que estuviese encantado de verla.

—¿Otra cerveza? —sugirió al verlo poner la botella sobre la barra. Era todo un detalle que hubiese traído el casco de vuelta. Por regla general, acababan dispersos por la terraza y les tocaba a ellas recuperarlos.

—Que esté fría.

Y esa era *la voz,* pensó al escuchar de nuevo el tono profundo y fuerte. Sin la irritación que había exhibido en su brusca respuesta inicial, cambiaba por completo y resultaba de lo más sexy. *Nop. El tipo no es gay.*

—Todas están frías —respondió sin acritud. Devolvió el casco vacío a su caja y se volvió para sacar una cerveza nueva de la nevera—. Si encuentra una sola que esté caliente, me la bebo yo. Prometido. —La destapó y se la puso delante—. ¿Quiere un vaso?

Se limitó a negar con la cabeza y no dudó en darle un buen trago allí mismo.

¿Por qué nunca se había fijado en lo sensual que podía resultar ver a un hombre echar la cabeza hacia atrás y beber del cuello de una botella? Porque no solía quedarse mirando a ninguno como lo estaba haciendo con la montaña humana que tenía ante ella.

El tipo debía de rondar el metro noventa. ¿Y esos brazos? Abultaban tanto como troncos tensando la piel de la chaqueta que llevaba sobre la camiseta y que marcaba a la perfección un ancho y musculoso pecho. Dudaba que hubiese un solo gramo de grasa de más en ese cuerpo.

Tori estaba acostumbrada a estar entre hombres corpulentos. El hermano de Lotte era un toro. Y de un tiempo a esta parte su actitud para con ella era igual de intempestiva. No lo había expresado abiertamente, pero notaba su resentimiento ante su amnesia y el que no pudiese aportar nada a lo que quiera que hubiese ocurrido aquella noche.

Con todo, había algo en el tipo frente a ella que la inquietaba y la ponía en *modo alerta*, lo cual no le sucedía con todo el mundo. Aunque tampoco es que recibiese muy a menudo un *«¿qué*

estás mirando?».

Cuando al fin bajó la botella, calculó que debía haber bebido al menos la mitad. Si esa era la manera habitual en la que consumía, acabaría pedo muy pronto. La cerveza regresó a la barra y él se sentó en uno de los taburetes libres. El sonido que hizo el asiento al ser ocupado era una queja en toda regla. ¿Aguantaría su peso o se haría añicos?

—Tenías razón. Estaba fría.

Diablos. Esa voz podía hacer estragos. Sexy, masculina y encajando a la perfección con su tamaño.

—Ya te lo dije —afirmó y señaló la cerveza con un gesto de la barbilla—. Te convendría hacer que durara.

—Durará lo que tenga que durarme —replicó encontrándose con sus ojos. Tras esos cristales su mirada resultaba penetrante.

—Me gustan tus gafas. Aunque no sé cómo puedes ver algo con ellas —mencionó y movió el dedo señalando la iluminación del local—. No es que brille precisamente el sol aquí dentro.

—Y a mí me gusta tu lengua. Aunque no le pongas freno.

Desde luego, esa era una respuesta que no esperaba recibir, sobre todo después de cómo se comportó con ella.

—¿Eres siempre así de irritante o es solo esta noche? —preguntó Victoria, más por curiosidad que para recordarle su actitud borde.

—Depende a quién preguntes. —Su respuesta fue igual de evasiva que la anterior—. Aunque… puedo decirte que esta no ha sido la mejor de todas.

La forma en la que pronunció esas palabras y bajó la mirada fue bastante esclarecedora.

—Lamento oír eso. —Él volvió a levantar la cabeza y encontró de nuevo sus ojos a través de los tintados cristales—. Pero míralo de esta manera. Ya quedan pocas horas para terminar la noche y, cuando salga el sol, podrás dejar atrás todo lo ocurrido y empezar un nuevo día.

—Cuando salga el sol me iré a dormir —replicó con tanta rotundidad que no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Sí, bueno. Sin duda es algo que yo también haré.

—¿Sola? —La pregunta fue tan directa como inesperada.

—Es como mejor se duerme —aseguró al tiempo que se inclinaba hacia delante y poder así mirar más cerca esos ojos que guarecían los cristales—. No tienes que escuchar a nadie roncándote al oído.

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa, pero no llegaron a despegarse.

—Yo no ronco —afirmó. Hablaba de manera lenta, invitante, sin apenas gesticular.

—Y está claro que tampoco eres *gay*. —El comentario se le escapó. Estaba pensando en ello, en lo absurdo que era lo sugerido por Emily, cuando se encontró diciéndolo en voz alta.

—¿Disculpa?

Agitó la mano delante de la cara y se echó inmediatamente hacia atrás.

—Olvida lo que he dicho —se desdijo con rapidez—. Ha sido una tontería. Fue algo que mencionó mi compañera y… No me hagas caso. No he abierto la boca.

Él dejó escapar entonces un pequeño resoplido de risa.

—Me gustan las mujeres —añadió, recuperando su cerveza y llevándosela a esa boca rodeada por una recortada barba oscura que formaba una atractiva perilla y le salpicaba la línea del mentón—. Incluyéndote a ti.

—Apuesto a que le dices eso a todas las que te encuentras en tu camino.

—No, no lo hago. —No esperaba una réplica por su parte, así que la sorprendió la contundencia con la que habló—. Ni tampoco suelen retener mi interés tanto tiempo como lo estás haciendo tú…

—¿A ellas también sueles ladrarles un *«qué estás mirando»?* Eso podría marcar la diferencia —replicó y se encogió de hombros—. Aunque debo decir que tu nueva actitud está haciendo que dejes de parecerme un *capullo*.

No acababa de entender en qué momento pasó de verlo como un imbécil arrogante a alguien con quien no le importaba coquetear. Desde luego, el tipo le estaba resultando más interesante ahora, mucho más.

Espera, ¿estaba coqueteando con él? No, ni de coña. Solo estaba siendo amable, lanzándole alguna que otra pulla, pero no coqueteaba con él.

—No deberías fiarte de las apariencias.

—¿Me estás diciendo que en realidad sí eres un *capullo*?

—Soy mucho más que eso —afirmó él, la sonrisa tirando de nuevo de la comisura de sus labios—. Pero por ahora solo necesitas saber que me llamo Bast.

—*Bast.* —repitió ella y se encontró saboreándolo, como si pudiese probarlo a él en su nombre—. El diminutivo de…

—Sebastian —completó él.

Sebastian. Un nombre antiguo y con una entonación que ella no le habría dado. Su forma de pronunciarlo era europea, como si procediese de otro idioma y no del inglés. Pero le pegaba, podía verlo como alguien que llevase ese nombre.

—Tori —le dijo entonces, ofreciéndole el suyo a cambio—. Diminutivo de *Victoria.*

—Es un placer, *Victoria.*

Un inesperado escalofrío la recorrió de arriba abajo al escucharle pronunciar su nombre completo. El calor se extendió por sus venas, como si acabase de tragarse una bebida caliente y la templase por entero. Fue una reacción tan extraña como placentera, pero por algún motivo también le provocó un instantáneo desasosiego.

—¿Quién eres? —Una vez más las palabras surgieron por sí solas, empujadas por puro instinto.

—Alguien que necesita una cosa de ti. —Su voz parecía incluso más profunda que antes, más envolvente. Su cuerpo reaccionó por sí solo, como si la hubiese acariciado superficialmente, aun cuando no le había puesto un solo dedo encima.

—¿Qué cosa? —Le estaba costando concentrarse en algo que no fuese *él* y su apariencia. Era como si de repente Bast fuese un enorme pastel de chocolate al que quería pegarle un mordisco.

—Lo que quieras darme… —replicó y la manera en la que deslizó la mirada sobre ella le dejó claro qué era lo que quería. Una parte de Victoria gritaba *«sí, por favor»*, pero la otra, la que seguía atrapada en la neblina de la ausencia de recuerdos, parecía sugerir todo lo contrario: *«Huye, insensata»*. Sus ojos, esos que se refugiaban tras las gafas, se encontraron de nuevo con los de ella y su impacto fue tal que casi dejó de respirar—. *Ven a mí, Victoria.*

Tori se estremeció una vez más bajo ese bajo y profundo tono de voz, se lamió los labios y, durante una milésima de segundo, juraría que luchó por mantener los pies clavados en el suelo.

—No puedo… dejar la barra desatendida… —le informó. Su mente parecía conservar todavía un resquicio de cordura.

—No estará desatendida. —Lo dijo con tanta seguridad que le creyó.

Sin pararse a pensar en cómo demonios iba a ocuparse de ese pequeño detalle, se encontró recorriendo el estrecho pasillo hasta el final de este. Levantó la parte móvil de madera y abandonó el cubículo. Durante todo el tiempo le sostuvo la mirada, como si esos ojos la hubiesen atrapado y le impidiesen dar un solo paso sin su supervisión. Bast tampoco quedó inmóvil y recorrió la misma distancia que ella hasta estar frente a frente, sin la barra del bar de por medio.

Y por Dios, ¡sí era una jodida montaña! Ese hombre la doblaba en tamaño y ya no digamos en altura. Dejaba su metro sesenta y cinco al nivel de un enano, haciéndola sentirse más pequeña y desprotegida que nunca.

—Esto… Esto no está bien… —consiguió articular. Su mente quería decirle algo, la estaba poniendo sobre alerta, pero era incapaz de despabilarse lo suficiente como para percibir de qué —. Esto no…

Una caricia. Fue todo lo que necesitó para que dejase de intentar dar con la respuesta y se centrase en las sensaciones que le provocaron esos dedos sobre la mejilla.

—Curioso… —mencionó él y lo encontró observándola casi tan fascinado como lo estaba ella por él—. No eres como pensaba que serías…

¿Y qué pensaba que sería?

—Maleable —respondió como si le hubiese leído el pensamiento—. Pero no lo eres, ¿verdad? Posees un espíritu combativo y una fortaleza mental de lo más inesperada.

—¿Me estás llamando *cabezota*? —preguntó, totalmente perdida en esa mirada subyugante.

—Lo eres, ¿no?

—Puede que un poco —admitió y se encontró tambaleándose sobre sus propios pies. La manera en la que el suelo parecía moverse bajo ella la hizo estirar las manos y apoyarse en él. Y sí, el hombre era puro músculo. Su pecho era ancho y duro, perfecto para echarse una siesta sobre él. Y olía la mar de bien, aunque no podía identificar el tipo de colonia o loción que utilizaba—. Señor, eres demasiado perfecto para ser real. Tendrían que multarte por ello. Haces que los demás mortales parezcamos… *feos.*

—Tú no eres fea —declaró él y acto seguido se encontró con la caricia de su dedo bajo la barbilla. Le empujó la cabeza hacia arriba y sus ojos volvieron a encontrarse—. No lo eres, *Victoria.*

Escuchar de nuevo su nombre saliendo de su boca fue como recibir una descarga eléctrica.

—Tu voz es como sexo embotellado, ¿lo sabías? —Le dijo, perdiendo la batalla ante la búsqueda de cualquier pensamiento coherente—. Me gusta como pronuncias mi nombre, aunque no creo que pudiese repetirlo.

—Estoy seguro de que no —respondió un momento antes de notar como el dedo que permanecía bajo su barbilla descendía en una caliente caricia a lo largo de su cuello—. *Ven.*…

Perdió el calor de ese cuerpo en el instante en que Sebastian dio un paso atrás y la privó de su contacto. Una mano grande envolvió entonces una de las suyas y se encontró siguiéndole a través del local, en dirección a la puerta del almacén. Su mente se esforzó una vez más en analizar la situación. Aquel era un lugar privado y no podían acceder los clientes. De hecho, estaba cerrado con llave y, sin embargo, se abrió tan pronto como él tocó la puerta.

—¿Cómo has…?

Victoria no terminó la frase. Como si la guiase a través de un complicado baile, la hizo girar, empujándola hacia atrás solo para volver a atraerla hacia su cuerpo. Un segundo después ambos estaban dentro del pequeño espacio, su espalda contra la puerta y con el hombre sobre ella. Debería haberse sentido acorralada y sofocada, pero todo en lo que podía pensar era en lo bien que olía, en el calor de su cuerpo contra el suyo y en el deseo que empezaba a palpitar entre sus piernas. El miedo estaba allí, pero era algo secundario, como si lo estuviesen manteniendo a raya, como si *él* sujetase las riendas.

Un nuevo estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies.

—¿Qué eres? —No *quién,* se dio cuenta. Había dicho *«qué»*. Y tenía que haber una razón jodidamente buena para usar esa palabra.

—Alguien distinto a ti —contestó. Su voz, una vez más, le pareció embriagadora.

—¿Cómo de distinto? —inquirió.

—¿Siempre hablas tanto, Victoria?

—Solo cuando necesito respuestas.

Él volvió a acariciarle la mejilla y la necesidad de cerrar los ojos y suspirar de placer la envolvió.

—No puedo dártelas, pero sí puedo darte esto…

La boca masculina reclamó la suya en un contundente y exigente beso. Le atravesó los labios con la lengua y jugó con la de ella, seduciéndola al instante. Dios, ese hombre sabía cómo besar y cómo volatilizarle la cabeza con tan solo un beso.

Tori había perdido ya la batalla con la cordura cuando sus propias manos acabaron sobre el ancho pecho, tirando de la maldita camiseta que se interponía entre ella y la piel que había debajo. Quería tocarlo, convencerse de que él era de verdad y no un producto de su mente calenturienta. Y, según parecía, no era la única que deseaba ir más allá.

Unas fuertes manos resbalaron sobre su cuerpo, sobándole los pechos e introduciéndose por debajo de la falda y dentro de sus bragas. Jadeó en su boca tan pronto los dedos de Bast encontraron su sexo y empezaron a acariciarla íntimamente.

—Ay, Dios… —Gimió contra la boca masculina y obtuvo un bajo gruñido en respuesta. La mano entre sus piernas no era la única que estaba causando estragos. El pellizco sobre uno de sus pezones la excitó aún más. Ni siquiera sabía cuándo había hecho a un lado la copa del sujetador, aunque tampoco es que le importase mucho. Se conformaba con que siguiera haciéndolo, porque no podía pensar en nada que desease más en esos momentos.

Estaba en llamas. Jamás se había encontrado tan caliente como en ese jodido instante y era algo tan excitante como aterrador. Había perdido completamente el control. Estaba a merced de un tío al que no conocía de nada y era incapaz de encontrar un solo motivo para negarse a semejante experiencia.

—Bast… —musitó en su boca. Le acarició con la lengua, deslizándola por sus dientes y notando algo a lo que sabía que tenía que prestar atención. Su mente, sin embargo, era incapaz de llegar a una respuesta clara. Y cuando esos tortuosos dedos acabaron dentro de ella, ya le fue imposible usar el cerebro. Se le licuó hasta el punto de que no era capaz de formular una sola palabra.

Él abandonó entonces su boca con una risita, como si disfrutase de su abotargamiento, pero no fue demasiado lejos. Le deslizó los labios por la garganta, lamiéndola y mordisqueándola como si estuviese saboreando su piel.

—*Dámelo, Victoria…* —Su voz le sonó más ronca que nunca, tan profunda y grave que pensó que se correría solo con escucharle hablar—. *Ven a mí, dulzura, ven…*

Notó su lengua acariciándole el cuello, succionando la carne como si quisiera marcarla y entonces se quedó sin respiración. Un inesperado y agudo dolor le atravesó la garganta,

conectándose con su sexo para provocarle el orgasmo más intenso y demoledor que experimentó jamás. Dejó de respirar, el mundo empezó a dar vueltas a su alrededor y se vio obligada a cerrar los ojos para lidiar con las luces que titilaban detrás de los párpados. Podía notar, así mismo, la boca de su amante pegada a su garganta, succionándola como si quisiera tragársela entera.

Algo en ese pensamiento la hizo estremecerse. Aun así, fue incapaz de retenerlo o darle mayor importancia. El placer, que todavía no había desaparecido, parecía remontar como una ola en busca de la nueva liberación que aquellos codiciosos dedos estaban más que dispuestos a darle.

CAPÍTULO 7

Ella era como un vino antiguo, con cuerpo y un sabor profundo y terroso. Cada trago que le bajaba por la garganta lo nutría, dándole vida y energía al mismo tiempo que aplacaba la punzante hambre que siempre habitaba en su interior. Era como si nunca estuviese saciado del todo y hubiese espacio para un poco más. Incluso así, existía ese límite en el que su cuerpo y su mente se unían para decir *«ya es suficiente»*.

La notó estremecerse una segunda vez. Sus dedos, bañados por los fluidos vaginales, ceñidos de nuevo por las paredes del dulce coño en el que los había hundido. El olor almizclado del sexo femenino le acarició la nariz como un inesperado afrodisíaco, el cual, unido al aroma de su sangre, lo mantenía en un estado de absoluta excitación.

Desechó la idea de liberar su miembro y hundirse en ella para satisfacer sus propias necesidades. Victoria ya le había dado lo que necesitaba y no le quitaría nada más. No había sido fácil subyugarla; la humana tenía una increíble fuerza de voluntad. Su mente era robusta. Le había costado encontrar los resquicios necesarios para adentrarse en ella sin provocarle daños, unos que había visto que ya tenía.

Cicatrices temporales, heridas ocasionadas por un trauma que sin duda estaba relacionado con la noche en la que se la encontró moribunda, a punto de darle la mano a la muerte. En muchos aspectos era un milagro que estuviese viva, más aún, que conservase su mente intacta después de lo ocurrido. Si bien no podía acceder a sus recuerdos, sí notó los rescoldos de un intenso y paralizante terror, que sin duda habría formado parte de ese episodio.

Se retiró de su cuello con sumo cuidado y trató las punzadas dejadas por sus colmillos con la mayor suavidad posible. Lamió la zona perforada, limpiando cualquier rastro de sangre y dejando que los agentes cicatrizantes de su saliva hiciesen el trabajo de curar las heridas. No era inteligente dejar marcas que delatasen su naturaleza.

Y, con todo, la idea de dejar algo suyo sobre su piel le pasó por la mente. Un pensamiento de lo más irracional.

Sebastian abandonó el calor húmedo de su sexo y aspiró llenándose con el aroma femenino. Su polla reaccionó tensándose aún más, obligándole a recolocarse en los pantalones. Mierda. No tenía intención de llevar las cosas a un terreno sexual, pero todo cambió en el instante en que se encontró a solas con ella en este pequeño habitáculo y la probó. Solo quería

besarla, darse el capricho de conocer el sabor de esos labios y borrar de su mente el absurdo comentario que había brotado de su boca.

¿*Él*? ¿*Gay*? Venga ya.

Le gustaba demasiado hundirse en un coño como para siquiera pensar en hacerlo en otro lugar. Sus apetitos eran claramente heterosexuales, siempre lo habían sido. Le gustaban las mujeres y no sentía interés o inclinación alguna a cambiar eso después de tantos siglos.

Joel se iba a partir el culo de la risa cuando se enterase de ello, si es que no lo sabía ya. Victoria había dicho que el comentario venía de la otra camarera, la misma de la que su amigo pensaba alimentarse.

Concentrándose en la labor que tenía por delante y en la mujer que todavía temblaba a causa del segundo orgasmo que le había provocado, la recostó contra la puerta, dejando que esta sostuviese la mayor parte de su peso.

Victoria mantenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás mientras intentaba respirar. Su mente estaba todavía nublada por su control y por los efectos del desahogo sexual, así que aprovechó ese momento de vulnerabilidad para inducirle lo que deseaba que recordase.

—*Vas a volver detrás de la barra y beber algo de zumo.* —Dejó que su voz bajase de tono, bañándola en esa seductora coacción que influía en los humanos—. *No te extralimites durante el resto de la noche. Y cuando termines, vete directa a casa. Come algo y métete en la cama. Solo necesitas descansar. Ha sido una noche muy larga y estás cansada.*

La chica arrugó la nariz, ladeó la cabeza y, cuando abrió los ojos, tardó unos segundos en enfocar.

—Sebastian…

Le gustaba escuchar su nombre completo saliendo de esos labios. No había mucha gente que lo llamase así, no con la inflexión que ella le daba.

—*Vuelve a la barra, Victoria…* —pidió, empujando la orden en su mente—. *Me has indicado dónde está el baño. Has visto cómo me iba y volveré en cualquier momento.*

Esa pequeña nariz se arrugó una vez más, ladeó el rostro y cerró los ojos al tiempo que se llevaba la mano a la cabeza como si le doliese.

Sí, ella poseía una fortaleza mental inesperada.

—*Vete…* —Insistió y empujó un poco más fuerte—. *Has aprovechado mi ausencia para venir a buscar un paquete de servilletas.*

Mercancía que localizó por el rabillo del ojo y señalizó al tiempo que implantaba el pensamiento en su mente.

—*Vuelve a la barra…* —Presionó un poco más, pero se detuvo en el instante en que la vio hacer un gesto de dolor—. *Ve…*

Bast dio un paso atrás, luego otro y otro más. Se quitó de su línea de visión y abrió una

brecha a su espalda que lo tragó al momento.

Solo fue un paso, suficiente para trasladarse desde el pequeño almacén al corredor exterior de la planta en la que se ubicaba el local.

—Mierda. —Ahora fue él quien se dejó ir contra la pared y echó la cabeza hacia atrás, clavando la mirada en el techo.

Estaba excitado y lleno de deseo por esa humana.

¿A dónde mierda se había ido su autocontrol?

No solía dejarse llevar por sus deseos cuando se alimentaba. Procuraba mantener el momento en algo inocuo, especialmente cuando buscaba a sus donantes fuera de la colonia. Sus presas siempre eran anónimas. Intentaba establecer el menor contacto posible con ellos y, si la cosa iba un poco más allá, se encargaba de que ninguno recordase nada de lo ocurrido, lo que incluía borrar su presencia de sus mentes.

Hasta ahora las cosas habían funcionado bien de esa manera, pero con Victoria… Ella podía ser el primer verdadero problema que tuviese en mucho tiempo.

Esperó unos minutos, tanto para darle tiempo a la chica para que volviese a la barra con su presunto encargo, como para concederse a sí mismo unos instantes para lidiar con el deseo.

Cuando consideró estar en unas condiciones aceptables, volvió a entrar. Ella estaba detrás de la barra una vez más, bebiendo de un vaso algo de color amarillo y asintiendo a lo que decía Joel, quien ahora ocupaba el taburete que él había abandonado.

El *nocturna* le dedicó una mirada soslayada al notar su presencia y Bast asintió en silenciosa respuesta. Su camarada siguió charlando con Victoria, lo que le dio un par de segundos más para revestirse con su habitual templanza y dirigirse a ellos.

—¿Lo encontraste? —La pregunta de la chica tenía que ver con la excusa que había plantado en su mente para justificar su ausencia.

—Justo dónde me indicaste —respondió y la mentira le supo tan amarga que le molestó tener que hablar.

—¿Listo para irnos? —Joel sonrió de esa manera tan particular y fingió mirar el reloj—. Queda menos de una hora para el amanecer. Nos dejarán fuera si no llegamos antes del toque de queda.

Sí. Cada una de las subterra cerraba las puertas desde el amanecer al atardecer. Nadie entraba ni salía durante las horas de luz diurna a menos que fuese absolutamente indispensable. Y aun así, hacerlo implicaba lidiar con una exposición al sol que podía causar desde graves quemaduras a la propia muerte si esta era directa y prolongada. Una manera muy jodida de morir.

—Ya decía yo. Con esa estatura y fortaleza solo podíais dedicaros a una cosa. —Victoria hizo aquella apreciación en voz alta y, tan pronto como se dio cuenta de ello, su rostro se

encendió—. ¿Sois militares? ¿De algún cuerpo especial, quizás?

—¿Cuerpo especial? Sí. Ambos pertenecemos a… algo parecido a vuestros cuerpos especiales —confirmó Joel con un tono que resultaría incluso sospechoso para un humano y se encargó de agregar un poco más de misterio al inclinarse sobre la barra y susurrar—: Tú no nos has visto, ¿vale? O estaremos en problemas.

La chica alternó la mirada entre su hermano y él.

—Yo no os he visto —confirmó llevándose de nuevo el vaso a los labios para terminarse el zumo, que, por lo que podía oler, era de piña—. Ni os veré ninguna de las noches que decidáis pasaros a tomar algo.

Una invitación en toda regla, una que Bast no debería estar considerando siquiera.

—Gracias por la cerveza, *Tori*. —Esta vez utilizó el diminutivo de su nombre, ya que no le parecía tan íntimo como la manera en la que la había llamado hasta ahora—. Hasta la vista.

—*Gracias por vuestro servicio*, chicos —respondió ella en voz baja, manteniendo ese *«yo no he visto nada»* presente. La sonrisa que le curvaba ahora los labios le provocó un tirón en la ingle—. Tened cuidado ahí fuera.

Se limitó a asentir, miró a su amigo y ambos abandonaron el lugar. No habían alcanzado todavía el final del pasillo que llevaba a los ascensores cuando Joel abrió la brecha de traslado que los condujo a *La Nocturna.*

—Y yo pensando que solo buscabas una vena… —mencionó él una vez que estuvieron en su propio territorio—. Y mírate. Si hasta has hecho una nueva amiga, Bast.

Se sacó las gafas que todos ellos solían utilizar cuando estaban entre los humanos y se las metió en el bolsillo de la chaqueta. La mirada que le lanzó dejaba claro lo que podía hacer con su comentario.

—Te has salido con la tuya, así que no me jodas.

—Mi intención era que te distrajeras un rato y aprovechases para alimentarte —replicó encogiéndose de hombros—. Y parece que has hecho ambas cosas, así que no te pongas melodramático.

Entendía el punto de vista de su hermano. Él habría hecho lo mismo por cualquiera de los *nocturna* y, con toda probabilidad, hubiese sido más directo aún. No podía enfadarse con Joel por preocuparse de que siguiese con vida, aun si lo hacía a base de tretas. Estaba en su naturaleza y si en seiscientos años no había cambiado un ápice, ahora tampoco iba a hacerlo.

—Deberías habértela follado…

La sola sugerencia lo hizo sisear y mostrarle al vampiro los colmillos.

—Ni una sola palabra más. —Una advertencia que, si era listo, la tomaría en consideración.

El hombre levantó ambas manos y dio un paso atrás, lo que demostraba su inteligencia.

—Está bien, está bien —replicó de todas formas—. No he dicho nada.

—Sigue callado y nos harás un favor a ambos.

—Bast, no le hará daño a nadie que te permitas sentir de vez en cuando. De hecho, será bueno para todos —añadió Joel a pesar de su segunda advertencia—. Venga. Vete a dormir, hermanito. Cuando se ponga el sol podremos seguir hablando de ello, si así lo quieres, o enterrarlo tan hondo que será como si nunca hubiese sucedido.

No quería hablar de esto. Ni cuando se pusiera el sol, ni nunca. Pero tampoco enterrarlo. No estaba seguro de querer olvidar a la humana cuya sangre había saboreado y que ahora reconstituía su organismo.

—Buen sueño, hermano.

—Buen sueño, *Lore*.

CAPÍTULO 8

Hospital St. Anthony
Chicago

—Había sido un camino largo, tortuoso a veces, pero cada paso había merecido la pena para alcanzar este final. Ahora, sentada en ese banco, con la persona más importante de todas a su lado, supo que sería eternamente feliz.

Markus cerró el libro y miró a la *Bella Durmiente*.

El rostro pálido, un suave rosa en los labios y el pelo castaño claro rizado extendido sobre la almohada, tal y como le gustaba a ella. Era una visión triste, pero también esperanzadora. Hacía tan solo cuatro meses Charlotte estaba conectada a una máquina, pero ahora ya respiraba por sus propios medios.

Un pequeño paso en una recuperación que se le antojaba una hazaña colosal e interminable. El coma en el que estaba sumida era tan profundo que no tenía visos de que fuera a despertarse en un futuro inmediato. Si es que algún día lo hacía.

Un milagro. Eso era lo que necesitaba en estos momentos y no era algo de lo que pudiese echar mano con facilidad. Tendría que estar agradecido, pues el que su hermana pequeña estuviese hoy aquí y todavía con vida, si se le podía llamar así a ese estado, era ya de por sí uno de los milagros que tanto buscaba.

Debería estar muerta. De hecho, había llegado a estarlo durante unos minutos, hasta que logró traerla de vuelta y meterla en esa jodida ambulancia. Su corazón se había vuelto a parar dos veces más, una en la mesa de quirófano, nada más entró en el hospital, y otra un par de meses después, momento en el que pensó que la suerte se le había terminado.

Pero ella no era de las que se rendía, no su *Lotte*. Pelearía con uñas y dientes por su vida, como llevaba haciéndolo desde que podía recordar.

Miró la novela que tenía en las manos, una de las favoritas de la chica, y la dejó sobre la mesilla de noche. Esto era lo que hacía cada vez que terminaba su jornada laboral: atravesar la ciudad, desde donde quiera que estuviese, y entrar en esta habitación de hospital donde esperaba

a la salida del sol.

Charlotte era todo lo que le quedaba en el mundo, su única familia, y sentía que le había fallado de una forma estrepitosa. Sabía que tenía un compromiso vital con la orden. Su juramento lo hacía anteponer los *Sangre Liberta* a cualquier otra cosa. La labor que realizaba era para proteger a los suyos y a toda la humanidad. ¿Pero a qué costo?

Ni en sus más salvajes pesadillas previó un escenario como el que se encontró aquella noche. Su presencia en Joliet era algo rutinario, era el cuadrante que debían cubrir esa semana. Solían patrullar las inmediaciones de la antigua prisión, en especial cuando estaban en su temporada alta de *«tours paranormales»*. Si mucha de la gente que iba a estos sitios en busca de fantasmas y fenómenos inexplicables supiese realmente qué se escondía en la oscuridad, se pensaría dos veces el salir de sus casas. Pero así era la humanidad, curiosa por naturaleza, con un interés morboso en lo inexplicable y en encontrar una razón para lo que no lo tenía. Y ellos estaban en el mundo para evitar que esas *«criaturas sobrenaturales»* jamás dejasen de ser otra cosa que *«mitos»* o elementos de una ficticia casa del terror.

Se suponía que la temporada de visitas había terminado la semana anterior y no volverían a reanudarse hasta la primavera. El lugar no estaba en condiciones de ser visitado en pleno invierno, con temperaturas bajo cero y nevadas que podían convertir aquel conjunto de edificios ruinosos en una trampa mortal.

Y, a pesar de ello, alguien decidió que aquella noche era perfecta para colarse en el lugar y ponerse a grabar un programa de fenómenos paranormales.

Deslizó las manos sobre la sábana de la cama y cogió la de Charlotte entre las suyas. Le habían vuelto a crecer las uñas. Tendría que pedirle a una enfermera que se las cortase, porque él no tenía habilitad para ello. Recorrió sus dedos y se esforzó por no maldecir en voz alta al notar lo que ya solo eran cicatrices.

—¿Qué hacíais allí esa noche, Charlotte? ¿Qué?

Se dobló sobre ella, apoyando la frente conttra la mano de su hermana y maldiciéndose una vez más a sí mismo por no haber estado allí antes. Diez minutos, veinte minutos. ¿Quién sabía cuánto tiempo habría sido necesario para evitar esto?

Pasaba de la medianoche cuando volvieron a pasar por el área circundante a la prisión. Era su segunda visita de la noche, pues habían hecho una inspección preliminar de la zona poco después de ponerse el sol. La primera señal de alarma que recibieron fue encontrarse con un vehículo estacionado a un lado de la vía, con las luces puestas y la puerta del conductor abierta.

Gabriel, quien estaba esa noche al volante del *Chevrolet Suburban*, se detuvo unos metros antes. Ambos salieron del vehículo con las armas listas y los sentidos agudizados, buscando al posible propietario o víctima. Nada más poner un pie en la vía, se le erizó el vello y notó ese cosquilleo en la nuca que le advertía de la presencia de vampiros.

Y entonces fue cuando lo vieron, un cuerpo tirado en medio de la calzada y en una posición extraña.

«Santa mierda».

Nunca olvidaría las palabras de Gabriel ni el frío terror que lo recorrió al reconocer a la mujer que yacía en el suelo. Ni siquiera escuchó al cazador pidiendo refuerzos y asistencia médica. En un momento estaba mirándola desde arriba y al siguiente se inclinaba sobre ella, llamándola por su nombre a pesar de que era obvio que la chica estaba al borde de la muerte, si es que no se la había llevado ya.

Llevaría grabado a fuego para siempre el agónico intento de esos ojos por abrirse y el sutil movimiento de los labios que se esforzaban en modular una única palabra: *Lotte.*

Markus ciñó, sin apenas darse cuenta, la mano de su hermana entre las suyas y respiró hondo, llenándose los pulmones con el olor a antiséptico. Aquello lo devolvió al presente y a esta cama de hospital, al final de un episodio que vivía en su mente como una noche infernal en la que pensó que él mismo moriría, pero no por una herida infligida, sino de rabia y dolor.

El murmullo de una moribunda lo había lanzado a una carrera frenética, desoyendo el grito de advertencia de su compañero. Ningún *Liberta* entraba solo en acción, lo sabía, pero cuando escuchó el nombre de su hermana, perdió la cabeza por completo.

Le había prometido a su padre que la protegería, que no dejaría que le pasase nada a su familia. Se obligó a sí mismo a mantener cierta distancia con ella a partir del momento en que entró en la orden, pues lo último que quería era que Charlotte se viese envuelta en algo como aquello… Y no lo había conseguido.

Cuando entró en la prisión, con Gabriel pisándole los talones, supo que estaba poniendo en riesgo no solo su vida, sino también la de su amigo. Solo su entrenamiento, y el haber hecho aquello miles de veces, trajo algo de cordura en medio de tal desesperación y lo hizo actuar como el soldado que era. Se dejó guiar por el instinto, barrieron con rapidez el terreno, descartando edificios hasta llegar al principal y atravesar sus puertas.

Jamás olvidaría el olor en aquel lugar, ni cómo el haz de una linterna abandonada iluminaba los restos humanos con los que se toparon. Y en medio de lo que era a todas luces una masacre, la encontró a *ella*.

Se le paró el corazón. Se quedó allí quieto, mirando lo que pensaba que era un cadáver y permaneció así a saber durante cuánto tiempo. Hoy por hoy, recordaba vagamente a Gabriel gritándole. A su amigo, haciéndole la RCP a su hermana. A Sarik, que habría llegado en algún momento, relevándolo. Los técnicos de ambulancia entrando poco después en el lugar, con sus bolsas de suministros médicos y una camilla de palas, moviéndose sobre Lotte, arrancándola de su vista.

Y entonces fue cuando enloqueció. Recorrió el lugar a voz en grito, exigiendo al asesino de

la chica que diese la cara y saliese del agujero en el que se encontraba. Pero allí no había nadie, no quedaba otra cosa que los restos de sus víctimas, vidas segadas en un latido de corazón.

No recordaba mucho más de esa noche, ni de cómo había llegado al hospital donde estaban operando de urgencia a su hermana. *Viva*. Estaba viva, pero no sabrían durante cuánto tiempo.

—Tienes que despertarte, Lotte —susurró. Se quedó mirando el pacífico rostro—. No puedes hacerme esto, hermanita, no puedes hacerme esto.

No podía dejarlo solo y con el sentimiento de culpa que lo devoraba por dentro.

Ellos habían matado a los cabrones. No sabía por qué lo habían hecho, pero era una realidad que a día de hoy le costaba digerir. Su equipo se hiciera cargo del escenario de aquel horrendo crimen, rastreando cada pulgada del lugar como los jodidos sabuesos que eran y encontraron el rastro de una rápida intervención. No había cadáveres, tan solo los rescoldos de dos posibles víctimas no humanas. El rastro exterior lo situaba próximo al lugar en el que encontró a Tori y las llaves olvidadas del vehículo abandonado sugería quién era el responsable. Y en el interior, la lucha había sido encarnizada y posterior a las muertes. No tenía dudas al respecto, como tampoco lo tenía de la sangre emponzoñada que habían detectado en el lugar; esa cosa era la que había atacado a su hermana.

Vampiros matando *vampiros*.

Por más vueltas que le daba, por más elucubraciones que había hecho en los pasados meses, no tenía una respuesta para lo que había pasado allí. Y eso lo enervaba, lo cabreaba casi tanto como el hecho de que le hubiesen arrebatado la oportunidad de vengar a su hermana.

De algún modo intuía que *él* había estado detrás de aquel inusual ajuste de cuentas. Era como si sus caminos hubiesen quedado entrelazados en ese primer encuentro. Desde entonces, todo en lo que podía pensar era en verse de nuevo frente a ese jodido chupasangre de ojos rojos. Ansiaba meterle un tiro en la cabeza y acabar de una vez con todas sus elucubraciones.

Dejó escapar un suspiro y deslizó la mirada en torno a la habitación de hospital que ocupaba su hermana. Era tan aséptica como cualquier otra. La única nota de color era el pequeño peluche rosa que estaba sobre la mesilla a un lado de la cama y las flores violetas que rellenaban el jarrón junto a la ventana. Flores frescas, se dio cuenta y supo al momento de quién eran.

Se había comportado como un bastardo con Tori y lo sabía.

Victoria Philips era la mejor amiga de su hermana, su otra mitad, como le había referido Lotte en infinidad de ocasiones. Se conocieron en el último año de instituto y continuaron su amistad en los primeros años de universidad. Si bien Tori había dejado los estudios tras el primer año por motivos que desconocía, ambas habían mantenido un contacto estrecho mientras tanto. No había cumpleaños de una en el que no estuviese la otra, fiestas que no pasasen juntas… Y habían estado a punto de morir también juntas.

Clavó la mirada en las flores como si pudiese ver a la mujer en ellas.

Si había alguien que podía decirle exactamente qué coño pasó esa noche, era Tori, pero la chica no recordaba nada de las veinticuatro horas previas a haberla encontrado. No tenía idea de cómo o con quién había llegado allí o lo que habían ido a hacer. A juzgar por la gente con la que solía salir su hermana y las identidades de los cuerpos que encontraron, ambas estaban en compañía de un par de tipos que tenían una especie de canal de vídeos sobre investigación paranormal, así como con la guía de la propia prisión.

Dada la cantidad de gente implicada, la orden tuvo que ponerse creativa e incendiar el edificio. Un incendio que se encargaron de apagar los bomberos y que calcinó los cuerpos que se encontraban en el interior. Era necesario para que, a la hora de hacer las autopsias, no hallasen evidencias de los que les había pasado realmente a los pobres desgraciados.

El relato oficial era que habían conseguido rescatar a dos víctimas y las trasladaron al hospital en estado grave, lo que les permitió cubrir el ingreso de Charlotte y Victoria sin tener que dar más explicaciones al respecto.

Los medios locales aparecieron con todo tipo de titulares, cada cual más rocambolesco: sesiones de espiritismo que salieron mal, idiotas haciendo fuego para calentarse en el interior de la instalación abandonada, algún cortocircuito en las viejas conexiones que mantenían activas para los *«tours»*. El resultado final había sido la clausura definitiva del lugar. El alcalde, quien se preparaba para una reelección, no quería que un suceso como aquel manchase su currículum, así que al cerrar el lugar les había hecho, sin saberlo, un favor a todos.

—Tori ha venido a verte hoy, ¿eh?

Ella sí que había sido un jodido milagro. El hecho de que esa chica estuviese hoy también con vida era un puñetero milagro. Había sufrido múltiples fracturas, prácticamente la habían destrozado por dentro. Sus heridas eran las típicas de un brutal atropello y, a juzgar por la sangre que encontraron en la defensa del vehículo y la abolladura en el capó, estaba claro que el hijo de puta que conducía el vehículo ni siquiera hizo el intento de frenar al llevársela por delante.

¿Qué hacía ella en la calle? ¿Por qué no la había encontrado en el mismo lugar que a Charlotte? ¿Qué narices hacían ambas allí?

Preguntas y más preguntas, todas ellas sin respuesta.

La frustración podía convertirse con demasiada facilidad en culpabilidad y en resentimiento.

¿Por qué ella seguía viva, en pie y caminando mientras su hermana permanecía atada a una cama, en un coma tan profundo que ni siquiera sabían si despertaría?

Victoria agonizaba cuando la encontró, el que hubiese conseguido susurrar el nombre de Lotte… Markus cerró los ojos con fuerza sintiendo como la culpa lo corroía de nuevo.

La había abandonado. La dejó tirada en medio de la calle como si fuese un pedazo de basura y no una persona. Habría muerto sola si Gabriel no la hubiese asistido en los primeros

instantes, solicitando refuerzos.

Sí, la chica había sobrevivido, pero el cielo sabía que no había sido por él. Y su actitud con ella no es que hubiese mejorado durante este último año, más bien todo lo contrario.

¿Por qué ella estaba viva y caminando y Charlotte postrada en una cama, sin abrir los ojos?

La culpaba por ello, aun cuando la chica era inocente y en su desesperación volcó sobre ella toda su rabia y frustración. No tuvo en cuenta los tres meses que pasó en una cama de hospital luchando por su propia vida. Ni que, con toda probabilidad, hubiese sido Lotte la que la habría arrastrado a aquel lugar. Aquello tenía la firma de su hermana.

Era mucho más fácil culpar a los demás que tener que admitir que todo esto podría haberse evitado si él hubiese estado más pendiente de su hermana o esta supiera, aun si tuviese que hacerle jurar que no diría una palabra, la clase de mal que existía ahí fuera y al que sus compañeros y él perseguían para dar caza desde que se ponía el sol hasta que amanecía.

No. La culpable de aquello no era la víctima, sino esos chupasangre asesinos.

—No descansaré hasta haber matado al último de esos malditos vampiros —juró y volvió a mirar a su hermana—. Te lo juro. Haré que paguen por lo que os han hecho a las dos.

Se llevó la inerte mano femenina a los labios y la besó con suavidad antes de dejarla sobre la cama. La luz de un nuevo día empezaba a despejar ya las sombras de la noche; el amanecer había llegado y era hora de que él se fuese a dormir. Esa tarde, una vez que se pusiera el sol, volvería ahí fuera para cumplir con su palabra.

CAPÍTULO 9

Pub Boderland
South Loop
Chicago

Una semana después…

—Tengo que admitirlo, Maroon. Tú sí que sabes cómo celebrar un jodido cumpleaños.

Maroon Breiner levantó su copa en un satisfecho brindis hacia el cumpleañero, y también mejor amigo, Evan Trudel. Sus labios se despegaron dejando a la vista unos pequeños y perfectos colmillos que delataban su verdadera naturaleza. El local de copas al que habían venido a celebrar el veinticinco cumpleaños del primogénito de la familia de sangre de la subterra Lake Zurich, era perfecto para que los vampiros pasaran desapercibidos. Música alta, iluminación estridente y colorida, una pista de baile atestada de gente… Aquí los humanos venían a divertirse y a beber, no se fijaban en un puñado de alborotados veinteañeros ocupando uno de los reservados de la zona VIP del primer piso.

Las luces del área reservada escapaban de la pulsación de las que bañaban la pista de baile, lo que lo convertía en un espacio algo más tranquilo. De todas formas, hoy estaban aquí para celebrar, no para esconderse.

—Te dije que la fiesta corría de mi cuenta, Evan —declaró abriendo los brazos envueltos por una oscura camisa de seda y señalándose a sí mismo con ambos índices, en los que brillaban un par de ostentosos anillos de oro cortesía de su legado familiar—. Y conducir hasta Chicago, de la tuya.

El chico se rio, estiró la mano por encima de la mesa llena de consumiciones y chocaron los puños.

—Una gran hazaña. La de tomar la autopista y conducir casi una hora para venir a este antro —chasqueó Lizzy, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música. La hermana de

Evan era un año menor que el chico, pero actuaba como si fuese una cuarentona y no una muchacha de veinticuatro años. Comparada con la vampira, Serena, la cual había escogido un mini vestido y unos tacones de vértigo, Elizabeth era la versión conservadora de *Martha Stewart* —. No sé por qué me dejo convencer para estas cosas.

—Porque alguien tiene que coger el coche y conducir de vuelta a casa. Y tú eres la única abstemia reconocida que hay en el grupo —aseguró la vampira sentada entre ellos, al tiempo que deslizaba el brazo en torno a los hombros de la chica y la atraía hacia sí—. Si tengo que venir sola hasta aquí e irme después con ellos, me habría arriesgado con el jodido sol.

—*Auch.* —Se burló él y le lanzó un beso a su amiga—. Yo también te quiero, Sere.

Ella le devolvió el beso y la sonrisa que le curvó los labios, dejó también a la vista sus propios colmillos.

—Venga, arriba esas copas… —Se animó también Kilian, su primo y el tercer vampiro del grupo, levantando el coctel de un extraño color rojizo—. ¡Por Evan! ¡Porque hoy consigas meterla, tío!

Todos ellos se rieron, con excepción de Lizzy, quien se limitó a poner los ojos en blanco.

—Venga, Liz, el año que viene vendremos a celebrar tu cumpleaños también aquí. —La animó Serena. Las dos mujeres eran de la misma edad o tanto como podían serlo una humana y una vampira. Si bien Serena había entrado ya en su quinta década y en el periodo de madurez vampírico que marcaba el paso de la niñez a la vida adulta, en términos humanos era como entrar en la veintena, por lo que ambas se entendían a las mil maravillas.

—No, gracias. —Negó la *hija de sangre*—. Mi próximo cumpleaños pienso celebrarlo lejos, pero que muy lejos de todos vosotros.

—¡Qué bruja! —jadeó la vampira, pero su sonrisa dejaba a las claras que el comentario de su amiga no le había afectado lo más mínimo—. ¿Lo vas a celebrar sin mí?

—Te haré una videollamada para que soples las velas conmigo, Sere —le soltó y todos se echaron a reír al unísono. A estas alturas de la noche, el alcohol ya empezaba a hacerles efecto a todos ellos. A unos más que a otros, en realidad.

—Entonces, ¿ya es oficial, Liz? ¿Te vas a estudiar fuera? —inquirió Kilian, echándose hacia delante en el asiento para buscar los ojos de la chica.

—Me han dado la plaza, así que, la respuesta es un rotundo *sí*.

Maroon sabía que la humana había estado esperando como agua de mayo aquella noticia. Se había esforzado como nunca para conseguirlo y, a pesar de las diferencias que solía haber entre ellos, se alegraba de que la chica persiguiese su sueño.

Ojalá él pudiese hacer lo mismo.

En ocasiones le gustaría no ser el hijo del *Lore*, poder olvidarse de su apellido y hacer con su vida lo que le diese la gana. Pero entonces recordaba todas las ventajas que le daba su linaje:

posición, dinero, fama… Y se le pasaba.

—En ese caso te haremos una fiesta de bienvenida —le dijo a la chica, lo quien puso los ojos en blanco a modo de respuesta.

—Sí, me gusta la idea —apoyó Serena.

—Vosotros buscáis cualquier excusa para montar una fiesta —señaló la humana y apuntó a cada uno de los presentes con el dedo.

—Y no veas lo bien que les quedan —anotó el cumpleañero indicando el reservado con la copa en la mano.

—¿Cuántas de esas llevas ya? —le preguntó su hermana.

—¿Tres?

—Por lo menos cinco.

—¿Tantas? —Ahora fue él quien enarcó una ceja ante el presunto conteo—. Con esa cantidad de bebida ya tendría que estar gateando por el suelo o vomitando.

—O las dos cosas a la vez —afirmó Kilian.

—¡Oh, oh, oh! ¡Esta es mi canción! ¡Es mi canción! —exclamó Serena empezando a dar saltitos en el sofá. Se levantó, tiró del ajustado vestido hacia abajo y agitó los dedos en dirección al cumpleañero—. Venga, Evan, bailemos.

—¡A bailar! —Se apuntó de inmediato. Se bebió el resto de la bebida de golpe y se puso de pie con increíble rapidez. El que consiguiese mantener la verticalidad también era un milagro en sí mismo—. Venga. ¡Todos a bailar! ¡A *bailaaaaar*!

—Mejor que baile, a que siga bebiendo —mencionó Kilian con una mueca y también se puso de pie—. Si no regreso, no os preocupéis. Hay una rubia al final del acceso que lleva comiéndome con los ojos un buen rato.

—Mantén los colmillos dentro de la boca —le recordó.

—Los colmillos dentro y la polla fuera, lo tengo. —El vampiro enseñó el pulgar hacia arriba.

—Es imposible que él fuese el espermatozoide más rápido, ¿verdad? —preguntó Lizzy al tiempo que dejaba su lugar en la esquina del sofá, ahora que quedaba sitio libre, y se sentaba a su lado.

—Te sorprendería la cantidad de veces que me he hecho esa misma pregunta —aseguró estirando el brazo por encima del respaldo, pero sin llegar a tocarla. Ellos no tenían ese tipo de relación y no es porque no la encontrase atractiva, que lo hacía, pero había una regla no escrita en tener algo con la hermana de tu mejor amigo. Más aún cuando esta era humana e hija de una *familia de sangre*—. Gracias por aceptar acompañarnos. Para él también es importante, aunque no lo diga.

—Ya lo sé —admitió ella con un resoplido—. Pero no puedo evitar pensar que estamos

tentando a la suerte.

Puso los ojos en blanco ante lo que se avecinaba. Ya habían hablado de ello varias veces antes de decidir seguir adelante con sus planes.

—¿Vas a volver otra vez con lo mismo?

—Joder, Maroon, que hallaron muerto a uno de los vuestros la semana pasada.

—No era de nuestra colonia.

—Pero era un vampiro. Y lo encontraron aquí, en Chicago.

—Liz, es una ciudad enorme y solo estamos disfrutando de una noche de fiesta en una discoteca todos juntos. —Señaló lo obvio y añadió—. Cuando acabemos aquí, nos subiremos de nuevo al coche y tú nos llevarás a casa sanos y salvos.

—Si mi padre se entera de que estamos en la ciudad y no en alguno de los locales de Lake Zurich, matará a mi hermano y a mí me desheredará.

Sonrió ante la manera tan melodramática en la que dejó salir aquello.

—Hemos venido más veces a la ciudad y no ha pasado nada.

—A vosotros os importa una mierda el riesgo —resopló y, para su sorpresa, se dejó ir contra su costado y se quedó allí quieta, sin decir una palabra durante un buen rato—. Mierda, Maroon, ¿por qué no nos hemos acostado?

La pregunta lo cogió tan por sorpresa que acabó respondiendo con una carcajada.

—Siempre pensé que me cortarías las pelotas si te ponía la mano encima —admitió risueño, aunque estaba siendo sincero al respecto—. Por no hablar de que eres la hermana de mi mejor amigo.

—Lo más seguro es que lo hubiera hecho, sí —convino ella y dejó escapar un suspiro—. Realmente quiero hacerlo, quiero irme.

—Lo sé. —Llevaba mucho tiempo sabiéndolo, pensó mientras deslizaba la mano sobre el hombro, acariciándola con despreocupación—. Siempre tuve claro que nos dejarías más pronto que tarde.

—¿Vas a estar bien? —Los ojos marrones de la chica se alzaron hasta encontrarse con los suyos y se miraron durante unos instantes—. A veces olvido lo fácil que es perderse en esa mirada y dejar de pensar con coherencia.

—Juro que no estoy haciendo nada —le aseguró. Entendía a que se refería. Los humanos eran fácilmente subyugables, algunos más que otros, aunque no creía que Elizabeth Trudel entrase en el rango de los primeros.

—Sé que no lo estás haciendo —suspiró y se apartó con la misma naturalidad con la que se había sentado a su lado—. Y por eso, a pesar de todo, te considero un buen tío. No dejes que Evan se meta en problemas mientras estoy fuera, ¿vale? Prométemelo.

—Tu hermano no es tan cabeza hueca como crees, Liz, la mayoría de las veces solo finge

serlo.

—Prométemelo —insistió clavando esos bonitos ojos en él—. Por favor.

Asintió y lo confirmó con sus palabras.

—Está bien. Te lo prometo.

—Gracias —le dijo y acto seguido cogió su refresco de la mesa y le dio un buen sorbo. Su mirada cayó sobre la pista en la que se habían reunido los chicos. Era difícil no verlos, ya que el cumpleañero estaba dando una verdadera lección de *«como no bailar»* en medio de un grupo de gente—. Por Dios, parece como si lo hubiesen electrocutado.

—Oh, eso no es nada —mencionó y señaló con un gesto—. Espera a que empiece con el *«submarinista»*. Eso sí que resulta jodidamente aterrador.

Algo que ambos pudieron comprobar unos momentos después, cuando lo vieron llevarse los dedos a la nariz y hacer algo raro agitando los brazos mientras fingía hundirse hasta el suelo.

—Quiero arrancarme los ojos, te lo juro.

Maroon se carcajeó, se levantó del reservado y le tendió la mano a la humana.

—Venga. Bailemos. Prometo no hacer el *submarinista*.

—Si te veo hacer algo como eso, pediré audiencia con *La Sanguia* para que te exorcicen.

Él se rio entre dientes y se inclinó para cogerla de las manos y levantarla de golpe.

—A bailar, Liz —le dijo y, antes de que ella pudiera negarse, la arrastró hacia la pista de baile dispuesto a disfrutar del resto de la noche.

CAPÍTULO 10

El Loop
Chicago

Otra vez estaba atado a esa mesa. Sus manos y pies engrilletados, impidiendo el más mínimo movimiento. Apenas podía respirar mientras escuchaba el repiqueteo de los pasos en el exterior de aquella oscura y húmeda celda en la que lo habían encerrado. Él volvía a bajar una vez más al infierno, a regodearse de su éxito, el cual era al mismo tiempo su propio fracaso.

Muerta. Ella estaba muerta. El cuchillo se había deslizado por el delicado cuello, dejando tras de sí una línea rojo carmesí por la que se le escapaba la vida. Quería seguirla, reunirse con ella en el otro lado, si es que realmente existía uno en el que ambos pudiesen encontrarse de nuevo.

El tintineo de las llaves de hierro, entrechocando unas con otras, marcaba el inicio de una nueva jornada en manos de su captor. Volvería a perder la cabeza, si es que no lo había hecho ya, volvería a desgarrarse la garganta con sus propios gritos de agonía mientras ese monstruo le cortaba la carne, abriéndole en canal para verter ese ardiente veneno en su interior.

Esperaba que hoy fuese el día de su muerte. Su único anhelo era reunirse con ella, allá dónde estuviera. No merecía vivir, ya no era quien había sido y sabía que no podría volver a serlo. Él se había ocupado de ello y hoy volvería a hacerlo una vez más.

Varys se quedó mirando el reflejo que le devolvía el cristal de la ventana. Su mente había regresado a aquel lugar, a los días de interminable tortura, pero al contrario que entonces, hoy ya no sentía nada al revivir esos recuerdos. Examinó el rostro que le devolvía la mirada: los ojos del color de la sangre más oscura, los rizos negros que le rozaban unas cejas anchas y densas, la pronunciada línea de la mandíbula salpicada de una incipiente barba, el tono canela de su piel… Su exterior no había cambiado apenas en los cuatrocientos años; si acaso se había modernizado, adecuándose al paso del tiempo y a su modo de vida. Como siempre, la camisa blanca estaba impoluta, había prescindido de la tediosa corbata, pero seguía vistiendo la chaqueta del traje de *Kiton* y los *Ferragamo* que encontraba extrañamente confortables.

Iba hecho, ¿cómo decían los humanos? *Un pincel*. Era el epítome de la elegancia, un referente o eso murmuraban los que se creían entendidos en la materia. No es que su opinión

valiese algo para él, ninguna lo hacía, pero había descubierto que era mucho más sencillo fingir para conseguir lo que deseaba; sobre todo cuando sus deseos no eran precisamente mundanos.

Ignoró su reflejo y dejó vagar la mirada más allá del cristal. La ciudad se extendía hacia los suburbios, dejando tras de sí los altos rascacielos del centro y los edificios de varias plantas para tomar un cariz más confortable. Había todo tipo de vecindarios, áreas comunitarias que acogían el grueso de la población humana y que también cobijaban, ahora estaba más seguro que nunca, a la chusma de su propio pueblo. O los que una vez consideró su pueblo.

Los vampiros se habían convertido en seres mediocres, en criaturas fácilmente amedrentadas que preferían habitar en el anonimato de las sombras a dar signo alguno de su propia existencia. Eran refugiados invisibles, tanto que ni siquiera él había conseguido todavía dar con su paradero y no era por falta de interés. Los necesitaba, era una verdad tan amarga como simple. Ellos eran la piedra angular que requería para establecer su nuevo imperio, aquel que sometería fácilmente a la humanidad cuando su número fuese el adecuado.

Pero no eran lo único. Había algo que necesitaba incluso mucho más, algo que estaba por encima de cualquier otra cosa y cuya ausencia le generaba una frustración inconmensurable; la necesitaba a *ella*.

Tenía que haber adivinado que los *nocturna*, ese puñado de vampiros, no abandonarían su deber mientras hubiese un solo candidato de sangre real disponible. Su misión en la vida era proteger el corazón de la raza y asegurarse de darle continuidad.

Algo de lo que Sebastian se había encargado personalmente.

El bastardo ya había dado muestras en el pasado de lo que podría llegar a ser si se le permitía seguir viviendo. Era un azote y un peligro al mismo tiempo. Instalado en cosas como el honor y la lealtad, capaz de dar su vida si la causa era lo bastante noble. Un idealista, pero también un líder nato que supo actuar con astucia y prontitud.

No era un tonto. Eso le quedó claro en el momento en el que reunió los despojos de una raza moribunda y cruzó el océano para salvaguardar los restos de una sociedad condenada.

Posó los dedos sobre el cristal y ladeó la cabeza, como si de esa manera pudiese ver mejor. Ese *nocturna* estaba ahí fuera, oculto, dispuesto a mantenerla lejos de él. Aunque no era la única piedra que se interponía en su camino. Esos perros de los *Sangre Liberta* estaban causando más bajas de las deseadas, husmeando y persiguiendo a cualquier nocturno, independientemente de si eran *nosferu* o vampiros; esos idiotas no serían capaces de notar la diferencia ni aunque se la explicasen en una pizarra.

Chicago. Esta era la ciudad en la que parecían haberse congregado todos ellos a juzgar por la cantidad de vampiros que habían desaparecido en la zona; ya fuesen exterminados por los cazadores o sustraídos por sus *nosferu*. Pero no era solo su población la que había señalado la ciudad como el lugar adecuado en el que mantener una estrecha vigilancia, este era también el

territorio en el que la había encontrado después de tanto tiempo buscándola.

Deslizó la punta de la lengua sobre el labio superior en un acto involuntario reflejo de la excitación que emergió de su fría alma ante el solo recuerdo. Había sido una emoción real, una sacudida que trajo consigo un nuevo propósito a esta nueva vida que ganó tras su batalla con la Muerte.

La *heredera Nocturna* estaba con vida y en manos de su mayor enemigo.

El timbre del teléfono que había sobre la mesa del escritorio empezó a sonar sacándole de sus pensamientos. Atendió la llamada solo cuando vio el nombre que correspondía a uno de los pocos que contenía su agenda.

—Buenas noches, alcalde Mellers —saludó. Su voz era profunda, con un tono melódico que solía captar de inmediato la atención de sus interlocutores. Tan solo una herramienta más de la que valerse para obtener lo que necesitaba de los estúpidos humanos con los que solía hacer negocio.

Escuchó la aduladora representación del mundano sin prestarle demasiada atención. Una palabra aquí, otra allá, no había gran cosa en su propuesta que le interesase, pero no había llegado hasta dónde estaba sin saber fingir a la perfección.

Respondió con entusiasmo, concertando una cita para alguna noche de esa misma semana y tratar el asunto durante la cena en su mansión de Barrington. Aunque el humano podría resultar un buen aperitivo, prefería con diferencia la sangre procedente de un cuello femenino; resultaba mucho más estimulante a la hora de saciar sus apetitos.

Su sangre. Una vez más apareció esa tentadora imagen en su mente, tal y como la había visto en su día. Ella era todo lo que necesitaba, lo que se merecía y la que sin duda daría debido cumplimiento a sus deseos.

Colgó la llamada después de la excesivamente larga despedida y dejó caer el teléfono sobre el escritorio. Sus ojos se encontraron con la fotografía enmarcada que había sobre una esquina. No sintió absolutamente nada al verla, a pesar de que era a él a quien abrazaba la jovencita que miraba a la cámara con una enorme sonrisa.

Apariencias. El mundo era como un gran escenario dónde la gente esperaba que representases un papel. Daba igual que solo fuese una fachada, que debajo de ese traje caro y la sonrisa de un millón de dólares se encontrase en realidad un despiadado asesino. Los humanos solo querían ver que eras como ellos, así que mientras lo parecieras, no serías una amenaza.

Se inclinó hacia delante, cogió la instantánea y se la acercó para poder ver de cerca ese rostro. Ya no era una niña, se dio cuenta, se había convertido en una mujer adulta e independiente que solo deseaba una cosa; no ser su hija.

Varys no sabía bien qué mosca le había picado aquel día, pero después del infructuoso intento de conversión de los padres de la niña, había decidido llevársela consigo. Antes de darse

cuenta de lo que estaba pasando, Electra se había convertido en su hija a ojos de las leyes humanas y esta no guardaba ni un solo recuerdo del monstruo que había matado a sus verdaderos padres.

Ella había sido un capricho de tantos, uno que hizo convenientemente a un lado en el momento en que dejó de interesarle; lo mismo que había hecho ella.

Levantó la muñeca y le echó un vistazo al reloj de oro que lo adornaba. La noche no había hecho más que empezar, lo que significaba que tenía por delante una larga jornada de trabajo. Debía encontrar el lugar en el que se ocultaban esos *nocturna* y para ello, necesitaba que los vampiros a los que protegía dejasen de hacerlo. Era necesario encontrar a alguno que resistiese la conversión, pues solo así podría sacar a esos bastardos de su madriguera y recuperar lo que Sebastian le había robado.

CAPÍTULO 11

En los suburbios
Chicago

Tenía hambre.

Era una sensación incómoda y distractora que lo apartaba de sus pensamientos más profundos, aquellos que lo llevaban a otra época y a quién había sido una vez. No es que importasen demasiado. Los recuerdos solo eran un recordatorio de una vida que no le importaba, los rescoldos de unas emociones que ya no sentía y que no tenían cabida en su presente.

Everett Lison tenía otra vida y un cometido que estaba por encima de cosas tan insignificantes como su necesidad de desangrar al humano que tenía entre las manos. Esa criatura llorona y apestosa. La vejiga se le había soltado en el momento en que vio como sus colegas eran el aperitivo de sus hermanos. Debía admitir que hasta a él se le revolverían las tripas al ver la manera en que se alimentaban algunos de su clase. Era puro salvajismo, una falta absoluta de empatía y previsión, pero ¿quién podía culparles cuando el hambre les roía las entrañas?

Hacía falta tiempo y disciplina para aprender a dominar los instintos y el hambre, y estaba claro que esos dos no tenían ni lo uno ni lo otro.

Si no fuesen tan pocos, él mismo les cortaría la cabeza y pediría un reemplazo decente. Lamentablemente, su número en vez de aumentar disminuía y un asesinato injustificado por su parte podría ser considerada una falta imperdonable para su *sire*.

¿Cuántos habían perdido ya este año? Demasiados, según sus cálculos. Por cada cinco de los suyos, a duras penas conseguían un vampiro. ¿Y qué superaran la prueba? El porcentaje era tan bajo que resultaba agotador tanto esfuerzo para semejante resultado.

Un vampiro. Ese era el conteo que llevaban en lo que iba de año, el único éxito que habían tenido en las conversiones. Los demás individuos que habían reclutado no superaron la transmutación, eran demasiado débiles. Tanto o más que los humanos.

No. Esos monos sin pelo no eran aptos para la conversión, daba igual las veces que lo intentase, carecían de la genética necesaria para activar la mutación. Para lo único que servían

era para proveer de alimento y de algo de diversión.

Miró los cuerpos masacrados en el suelo y a los dos *nosferu* que permanecían en pie ante ellos. Su belleza y apostura estaba ahora machada por la sangre que les emborronaba la cara y había empapado sus camisas. Cualquiera que los mirase ahora, no vería en ellos más que un par de monstruos, una imagen muy lejana de la que debían dar para poder seguir caminando entre los humanos sin ser descubiertos.

—Haced el favor de deshaceros de las sobras y adecentaros. No voy a pasar la noche en compañía de un par de idiotas que parecen haber salido de una orgía de sangre. Un poco de clase, por Dios.

Ver a uno de ellos pasarse la manga de la camisa sobre la boca no mejoró en absoluto su visión de las cosas. Optó por ignorarlos y volvió a centrar su atención en el sucio y tembloroso humano cuya mente mantenía subyugada. Sí, podía ver y escuchar, comprender lo que veía, pero no tenía la fuerza para evitarlo y mucho menos para luchar contra él. Detestaba el olor a orín, pero las punzadas que había estado ignorando se hicieron cada vez más acuciantes a causa del aroma de la sangre derramada.

—Debiste hacer caso de tus propios consejos y dar media vuelta —dijo en voz alta, haciendo que los ojos de su captura se abrieran hasta casi salírsele de las órbitas—. Pero qué se le va a hacer. Lo de tomar decisiones inteligentes nunca estuvo en vuestra naturaleza.

Dio un paso hacia él le agarró la cabeza con una mano y la inclinó hacia un lado descubriendo así el cuello. Se lamió los labios, si bien disfrutaba del sabor de la sangre, no era el líquido rojo el que buscaba en realidad, eso ya solo era un conducto para alcanzar lo que realmente necesitaba del humano; su energía vital.

He aquí la gran diferencia entre lo que había sido una vez y el ser en el que se había convertido. Mientras que hubo un tiempo en el que la sangre era suficiente para calmar su hambre, ahora necesitaba la energía humana para mantenerse en pie.

Desnudó los labios y dejó que sus colmillos bajasen hasta adquirir el tamaño adecuado para su papel. Como una cobra que se abalanza sobre su presa, perforó su cuello, haciendo brotar la sangre que resbaló por su lengua como un bonus mientras succionaba al mismo tiempo la energía que calmaría las punzadas de su hambre.

Trago a trago, como si fuese un vino añejo, fue consumiendo a su víctima, sintiendo como se iba quedando flácido entre sus brazos, como la vida se escapaba del humano y entraba en él. Era únicamente en este momento cuando creía sentir algo distinto al frío constante que habitaba en su interior. Durante unas décimas de segundo parecía recuperar algo de quién había sido, pero la sensación era tan fugaz que pronto volvía a su estado impersonal habitual.

Desangró a su víctima hasta dejarla completamente seca de vida, no así de sangre, y, cuando terminó, la dejó caer al suelo. Se quedó observando esos ojos abiertos, mirando a la nada,

la expresión entre horror y plenitud que tenía en el rostro, un gesto muy distinto al de los otros cadáveres.

Todo era cuestión de tacto y elegancia. La muerte no tenía que ser algo grotesco y desaliñado. No daba una buena impresión dejar un desastre semejante al que habían montado sus congéneres.

Sacó un pañuelo del bolsillo de la americana, lo sacudió y se limpió con delicadeza la boca, asegurándose de que no quedase rastro del preciado líquido rojo. Satisfecho, lo plegó de nuevo y lo devolvió a su sitio. Pasó por encima del cadáver y miró a los dos idiotas que le habían tocado en suerte.

—¿A qué coño estáis esperando? ¿A que entren en combustión espontánea o se desintegren por sí mismos? —Escupió mirando al tonto uno y al tonto dos—. Limpiad esto. Ya. No he llegado hasta dónde estoy, con la cabeza todavía sobre los hombros, por dejar tirados por ahí los restos de la comida.

No. Lo había hecho a base de astucia, de saber evitar conflictos que no llevaban a ningún sitio y sobre todo, a los estúpidos cazadores humanos que patrullaban las calles dispuestos a cargarse a todo lo que tuviese colmillos, independientemente de su bando.

Esos sabuesos humanos eran como un grano en el culo, sí, pero nada en comparación con el azote de los *Nocturna*. Los colosales vampiros eran el premio gordo que llevaba persiguiendo desde que su *sire* lo puso al frente de esta particular cruzada de conversión, pero por lo mismo también eran los más peligrosos y los más esquivos. Sí, esos hijos de puta eran capaces de ocultarse en la noche como si ellos mismos formasen parte de ella. No sabías que estaban sobre ti hasta que notabas su aliento en la oreja y, para ese momento, ya estabas muerto.

Un nocturna. Ese era el premio que buscaba su *sire*, su máxima en esta ambiciosa empresa. El poder convertir a uno de esos ojos rojos y traerlo a sus filas supondría dar un paso más en la meta que su señor tenía en mente para todos los *nosferu*; convertirse en la única raza vampírica de la tierra y en los amos de la humanidad. Pero esos cabrones no eran corderitos dispuestos a sacrificarse. Ni uno solo de ellos le daría voluntariamente la espalda a la perra que tenían por reina.

—Vamos, caballeros. Que sea para hoy —instó a los dos subalternos a mover el culo. La noche no había hecho más que empezar y tenía asuntos que tratar. Necesitaban nuevos miembros que poder unir a su causa, así que tendría que salir en busca de algún vampiro que hubiese decidido abandonar su madriguera. No es que abundasen, no con esos *Sangre Liberta* cazando ahí fuera, pero Chicago había demostrado ser la ciudad capaz de darle lo que buscaba.

CAPÍTULO 12

La Nocturna
Bucktown
Chicago

—¿Qué tal la noche?

—Una puta mierda. —Tres palabras que equivalían a *«mejor no preguntes»* cuando se trataba de Nix.

—No está de humor. Le ha metido una bala en el culo a uno de los *nosferu*, pero se le ha escapado. Cojeando y sangrando como un cerdo, eso sí —mencionó Elijah que entraba justo detrás del primero—. De verdad, ¿de dónde sacan semejantes coches? Son a prueba de jodidas balas.

—Cuando lo descubra, haré volar por los aires el lugar. Lo juro —declaró Nix y, al pasar por delante de él, lo señaló—. Y ni se te ocurra decirme que no.

Bast levantó ambas manos en señal de rendición automática.

—Ni se me pasaría por la cabeza, hermano. Ni se me pasaría por la cabeza.

—¿A él le dejas volar por los aires un concesionario y a mí no me compras unas bolsas de Doritos? Ya te vale, Bast, ya te vale.

Puso los ojos en blanco ante el canturreo de Elijah. La sonrisa descubierta que mostraba los colmillos del *nocturna* dejaba clara su intención bromista. Era bueno que alguien dejase caer esos chascarrillos de vez en cuando, sobre todo cuando volvían de pasarse buena parte de la noche buscando a algún vampiro que había sido, una vez más, reportado como desaparecido.

—¿Joel y Kynan? —preguntó el vampiro.

—Joel está en el gimnasio, descargando su mal humor con el saco —le informó y señaló con un gesto el pasillo que partía de la sala común—. Ky se ha ido a tener un momento con sus plantas.

—Vale. Así que ha sido una mierda de noche para todo el mundo, ¿eh? —chasqueó su amigo—. Todos hemos vuelto mucho antes del amanecer.

Sí, lo habían hecho. Todos ellos. Lo que significaba que estaban demasiado cabreados y

desquiciados como para quedarse ahí fuera y actuar con seguridad. O con la cabeza en otro lugar, como era su caso, lo cual era todavía, si cabe más peligroso aún.

No era alguien que se obsesionara y mucho mejor con una hembra, pero esa misma noche había terminado delante del edificio en cuya última planta se encontraba el local de copas al que lo llevó Joel hacía ya una semana. *Victoria.* Un nombre que evocaba el breve interludio que habían mantenido en ese cuartucho y la sensación de esa rica sangre bajándole por la garganta.

Ni siquiera llegó a cruzar el umbral, pero el hecho de encontrarse allí de pie lo cabreó de tal manera que abrió inmediatamente una brecha y se trasladó a la colonia.

—Mejor así —respondió en voz alta—. Mejor cabreados aquí dentro que muertos ahí fuera.

—Amén a eso, amigo —admitió Elijah y añadió—. Voy a controlar a Nix un ratito. Si me necesitas para algo…

Estiró el brazo y le dio una palmada en el hombro a modo de agradecimiento.

—He recibido una orden directa nada más aparecerme aquí y temo que, si no la cumplo, Zuzanna haga algo más que fulminarme con la mirada cada vez que me ve.

Su amigo se rio entre dientes.

—¿Es que tiene otra forma de mirar? —Se hizo el inocente, entonces le devolvió la palmada y señaló el camino que debía seguir para llegar allí dónde lo esperaban—. Que no sea yo la causa de tu demora. Mueve el culo. Te hará tan bien la visita como a *ella*.

No estaba muy seguro de ello, pero tampoco podía seguir eludiendo su responsabilidad mucho tiempo más. Si no bajaba a sus dependencias, ella acabaría por presentarse aquí, en la casa común y entonces ya no solo tendría que lidiar él con las consecuencias, sino todos los demás.

Se despidió de su compañero y dejó la zona general para internarse en las profundidades de la colonia y personarse allí donde lo requerían. Tan pronto como atravesó la puerta principal, escuchó la voz inconfundible de Zuzanna enumerando una serie de eventos y fechas que a él mismo le hicieron poner los ojos en blanco.

Su pupila, por otro lado, tampoco es que prestase excesiva atención a la lección de historia; más bien al contrario, parecía estar a punto de echarse una siestecita. Y quizá lo hubiese hecho de no haber notado de inmediato su presencia. Bast esbozó un amago de sonrisa y negó con la cabeza cuando la vio levantar la cara y mirar en su dirección. Lo primero que detectó fue que el tono de sus ojos seguía siendo de un rico rojo y el rostro, en forma de óvalo, se aliviaba ante su presencia. El pelo rubio le caía en hondas sobre los hombros, encima de la camisa blanca de rayas rosas que llevaba metida por dentro de los vaqueros. Y esas viejas y gastadas deportivas seguían en sus pies. Desde que descubrió la existencia de ese calzado, se había negado a utilizar otro; a menos que fuese estrictamente necesario.

—¿Me estás escuchando, *Sanguia*?

—Dudo que haya escuchado una sola palabra —afirmó él en respuesta a la pregunta de la hembra que se esforzaba en aleccionar a su pupila.

—Sebastian. —La alegría en aquella voz juvenil le produjo una punzada en el corazón. Era consciente de que la había descuidado en los últimos días, posponiendo su visita, algo que había hecho a propósito.

—*Mi Sanguia.* —Se llevó el puño sobre el corazón e inclinó la cabeza en deferencia a la hembra que ostentaba la corona de su raza. Alice Sanguia era la *heredera Nocturna*, la reina de los vampiros.

—Hasta que al fin os dignáis a responder a la convocatoria de vuestra reina, *Lore* —replicó la mujer que acompañaba a la monarca y quien nunca se separaba de su lado. El tono reprobatorio de su voz era bien conocido por ambos—. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Problemas en alguna de nuestras colonias que requerían de tu presencia? ¿Demasiado trabajo ahí fuera? ¿Una borrachera épica?

—Zuzanna. —La reprobó la reina, levantándose de la silla que había estado ocupando junto a una mesa llena de papeles.

—No lo defiendas, *Sanguia*. Como tu guarda de sangre tiene la obligación de presentarse ante ti en el momento que así lo solicitas, no cuando le da la santa real gana —rezongó la vampira clavando una mirada de advertencia en él en un *«tú y yo no hemos terminado»*.

—Si tan aburrida estás, puedo darte trabajo extra, Zanna —replicó él casi de manera inmediata.

—Bast, por favor. —La chica, pues su apariencia juvenil ocultaba el hecho de que estuviesen ante una vampira de sangre real de más de quinientos años, le llamó la atención con una advertencia en la mirada—. Zuzanna, déjanos, por favor.

—¿Estás segura?

Bueno… Al parecer debía haber hecho algo que irritase tanto a la guardiana de la reina, porque estaba claro que quería sacarle los ojos y jugar a las canicas con ellos. Por regla general se limitaba a inclinar la cabeza y retirarse sin más aspavientos, pero hoy estaba de un humor de perros.

—Si hay unas manos en las que pondría mi vida sin dudar, son las suyas —afirmó la monarca. No eran necesarias más palabras.

—Más te vale dedicarle algo más de diez minutos, *Lore*, o te juro que la próxima vez que te despiertes, descubrirás que te han rapado la cabeza —declaró la hembra antes de inclinarse ante su ama y abandonar la amplia habitación dejándolos a solas.

Nada más cerrarse la puerta a sus espaldas, la chica arrancó en una breve carrera y se lanzó a sus brazos.

—Te he echado de menos.

Bast la abrazó y enterró la cara en el pelo rubio, aspirando su aroma y obteniendo una instantánea paz al hacerlo. Ella era la razón de toda su existencia, de los desafíos a los que se enfrentaba cada día, de los sacrificios que había tenido que hacer para mantener a la raza a salvo.

Le acarició el cuello con la nariz y la besó justo en el lugar en el que le latía el pulso.

—Siempre estoy cerca de ti, aun cuando no me ves —respondió al tiempo que se echaba hacia atrás y le apartaba el cabello de la cara para así contemplar más de cerca su rostro—. Aunque con un perro guardián como ese pegado al culo, no creo que te haga mucha falta.

Ella le dio un manotazo en el pecho y sacudió la cabeza.

—El día en que te escuche llamarla de esa manera, te cortará las pelotas.

—Creo que querría cortármelas incluso si no me oyese —afirmó y se dirigió hacia la mesa que ella había ocupado hasta su llegada—. ¿Y todo esto?

—Historia —resopló. Un segundo después se detuvo a su lado, apoyándose contra él y señalándole algunos documentos—. Y créeme, preferiría tener que hacer la contabilidad a bucear en nombres, fechas y eventos olvidados carentes de interés.

—Debemos saber de dónde venimos para saber a dónde nos dirigimos, Alice —comentó. Cogió una de las páginas y la ojeó por encima. Entendía su tedio ante la idea de tener que bucear en toda esa arcaica palabrería, pero comprendía el motivo. Se esperaba que la reina representase su papel y revalidase su posición como cabeza de la raza cada cien años. Una manera de recordarle a su gente que no estaban solos, que todavía había alguien al mando—. Y un poco de cultura antigua vampírica no te irá mal, aunque solo sea para impresionar al *populacho* cuando te presentes de nuevo ante él.

—Sebastian, el tiempo sigue pasando y no precisamente a mi favor —mencionó. Levantó el rostro y se encontró con su mirada—. Las cosas no están ahora mejor de lo que estaban hace cien o doscientos años; en realidad van a peor. Ya es hora de que…

—No. —Fue tajante. Demasiado, a juzgar por el mohín en ese precioso rostro—. Tú eres el motivo por el que seguimos vivos, *Sanguia*, eres la esperanza de la raza.

—¿Lo soy? ¿Su esperanza? No, Sebastian. Solo soy la heredera de una reina muerta y un rey que nos traicionó a todos —le dijo, separándose ahora de él y dándole la espalda—. Puedo parecerme a ellos, tener sus ojos y su color de pelo, pero soy una farsa andante.

—Eres la hija de la reina Ileana, la siguiente en la línea de sucesión y la única…

Ella lo fulminó con la mirada, desafiándolo a terminar esa frase.

—Mierda, Alice, ¿qué coño quieres de mí?

—Que des un paso adelante. —Señaló exasperada—. Ellos preferirían que los comandase el general que los sacó del infierno y los trajo al *Nuevo Mundo, el que* los protege de los *nosferu*, a que lo haga una reina joven carente de dones…

—Ellos no saben que…

—¡Pues deberían! —Explotó—. Todo el mundo debería saberlo. Que soy un fraude. Que mi linaje está contaminado y…

—¡Eres la jodida reina!

—¡No pedí serlo!

Ambos se enfrentaron, con los ojos echando chispas, conocedores de las reticencias del otro para dar ese paso necesario. Le tocó a él respirar hondo e intentar poner algo de sensatez en una discusión que se había repetido una y otra vez a lo largo del tiempo.

No. No había pedido ser reina, no estaba preparada para enfrentarse a un peso semejante, pero su sangre había marcado ese destino desde su mismo nacimiento. Ella era la heredera, la última hembra *nocturna* viva de linaje real y, por tanto, la única que podía ostentar la corona.

Y él y sus hermanos *nocturna* estaban obligados por nacimiento y juramento a protegerla con sus vidas.

—Habría sido mucho mejor que me dejaras atrás —murmuró ella en voz baja, dejando ir también la ira del momento.

—Y una mierda —juró y se obligó a darle la espalda para no acercarse a ella y sacudirla.

—Cuando te pones en ese plan, no hay quién te aguante —farfulló la vampira. La escuchó resoplar y un segundo después eran sus brazos los que lo rodeaban desde atrás. Sentir su cuerpo menudo contra su espalda lo hizo apretar los dientes porque quería consolarla, decirle que todo iría bien y que saldrían adelante.

—Y lo dice, precisamente, la que tiene peor carácter que yo —rezongó él, aún inmóvil—. Eres mi primera prioridad, Alice, siempre lo has sido y siempre lo serás.

Ella resopló y notó cómo apoyaba la frente contra el centro de su espalda.

—Me gustaría que ese privilegio lo tuviese cualquier otra hembra. ¿Cuándo piensas emparejarte?

El rostro de una mujer se formó en su mente y lo borró de un plumazo.

—¿Nunca? —sugirió volviéndose hacia ella—. Tengo bastante contigo.

La mirada que le dedicó era de lo más elocuente.

—¿De verdad tenemos que pelearnos? —continuó él. De nuevo volvían a estar cara a cara.

—Lo extraño sería que no lo hiciéramos, ¿no crees? —chasqueó ella. Alice miró a su alrededor, luego la mesa que había abandonado y sacudió la cabeza—. Son estos vivificantes momentos los que evitan que me vuelva loca y empiece a subirme por las paredes. Necesito salir de aquí, Sebastian. En serio. Necesito sentir el aire en la cara, ver el cielo sobre mi cabeza y uno de verdad, no una pintura llena de estrellas. —Señaló con un gesto el techo de la sala—. Ni siquiera tendríamos que alejarnos. Me conformo con el parque al lado de la casa *Primera Sangre*.

—No. —Su respuesta fue tajante.

—Soy tu *Sanguia*, no te lo estoy pidiendo.

—Eres un grano en el culo y la respuesta sigue siendo *no* —afirmó con total convicción—. Tu sangre es como un jodido faro para *él* y lo sabes. Lo último que necesitamos es que envíe a alguno de sus engendros a comprobar si eres tú y acabe llamando a la puerta de *La Nocturna*.

Ni loco iba a arriesgarla de nuevo. Una vez había sido suficiente para toda una jodida vida.

Ella era la esperanza hecha carne, el único motivo por el que su gente le había seguido a este país, a esta ciudad y habían abrazado una existencia anónima. Para muchos era un símbolo de los viejos tiempos, de la vida que habían tenido en el pasado y la promesa de que algún día las cosas mejorarían.

No podía permitirse que descubriesen la verdad; que la reina a la que querían era también el motivo por el que los *nosferu* los habían seguido al otro lado del océano y la mayor obsesión de Varys, su líder.

—Las cosas ahora son muy distintas a entonces, Bast, yo…

—Eres *nocturna* —la interrumpió con brusquedad.

—No lo seré mucho tiempo más…

Apretó los dientes al escuchar aquellas palabras saliendo de su boca.

—Encontraré la manera de…

Sacudió la cabeza y su pelo rubio se movió con suavidad.

—Deja de huir de la realidad. —Ahora fue ella la que lo interrumpió, aunque se aseguró de mantener el tono bajo y confidencial, como cada vez que llegaban a este punto—. Está pasando, Sebastian. El que no quieras verlo no significa que no esté sucediendo. Es necesario que pongamos las cartas sobre la mesa y tomemos una decisión antes de que sea demasiado tarde y todo lo que has conseguido para mantener a nuestro pueblo unido y a salvo se pierda para siempre. —Alice volvió a su lado y lo cogió de ambas manos. Era tan menuda, tan delicada en comparación a él y aun así, tenía el porte de una guerrera, de alguien que ha nacido para ser reina y reinar sobre sus súbditos; entre los cuales se encontraba él—. Tienes de margen unas cuantas semanas. No creo que dispongamos de mucho tiempo más.

—Alice… —Se le quebró la voz.

—No me obligues a ordenártelo. No me hagas romper esa promesa —pidió, ciñéndole las manos—. Mantente firme, Sebastian. Por nuestro pueblo y por mí, mantente firme.

Inclinó la cabeza y se obligó a tragarse la sarta de maldiciones que pugnaba por salir.

—*Oigo y obedezco, mi Sanguia.* —Utilizó la fórmula oficial, la que la reconocía a ella como su reina y a él como uno de sus soldados.

—Bien. Y ahora que ya estamos de acuerdo, ¿qué te parece si me cuentas qué has estado haciendo estas últimas noches? —pidió. Le soltó las manos y señaló la mesa con los papeles—.

Despejaré esto y pediré a Zuzanna que nos traiga algo para picar. No quiero que te levantes mañana con la cabeza rapada.

—Como si fuese a permitirle a esa víbora hacer tal cosa.

Alice puso los ojos en blanco, como si no acabasen de hablar ahora mismo de su propio final. Maldita fuera. Él no se iba a rendir con facilidad. Sin importar lo que ella le ordenase, no descansaría hasta encontrar respuestas y una manera de parar lo que parecía inevitable.

—No la llames así, no le pega —chasqueó ella, quien ya empezaba a recoger todos aquellos papeles.

—¿*Serpiente* te parece mejor?

La mirada fulminante que le dedicó fue suficiente respuesta.

Que fuese *serpiente*, entonces decidió mientras se decía a sí mismo que era una pena que no hubiese traspasado la puerta de aquel local, pues se habría evitado esta nueva discusión.

CAPÍTULO 13

Lincoln Park Ave.
Chicago

—Mierda. No puedo caminar derecho.

La obviedad estaba presente en el bamboleo con el que Evan se movía por la acera. Tenía que admitir que, después de todo lo que había bebido, el que siguiese en pie era un milagro.

Kilian, quien camina a su lado, lo rodeó con el brazo y, durante un instante, los vio en el suelo. El vampiro también iba bastante perjudicado, aunque era raro que a los de su clase les afectase el alcohol de esa manera. Suponía que tan solo se estaba solidarizando con él.

—Me duelen los pies —mencionó Serena, caminando a su lado—. Estos tacones me están matando.

—Quítatelos y ve descalza.

—¿Y perder mi glamour? ¿Estás loco? —jadeó ella y sacudió la cabeza haciendo volar su pelo—. Antes muerta.

Lizzy puso los ojos en blanco y miró de nuevo el reloj de pulsera. Tenían dos horas hasta el amanecer y al menos una para volver a casa. Lo último que quería era perder más tiempo allí.

—Voy a vomitar.

El anuncio de la noche.

—Ay, mierda.

Su hermano se llevó la mano a la boca y corrió hacia un lateral para dejar salir el exceso de alcohol de su organismo. No podía decir que le sorprendiera.

—Míralo por el lado bueno. Si vomita ahora, no lo hará dentro del coche —apuntó Maroon, el cual cerraba la comitiva.

Él caminaba detrás de ellos en silencio, atento a todo lo que los rodeaba, como si esperase que saliese algo de debajo de un coche o similar. El hecho de que estuviesen yendo por una avenida totalmente iluminada no parecía importarle lo más mínimo.

En aquellos momentos era muy distinto a como había sido en el pub, pero casi lo prefería así. El chico estaba próximo a su *Ascenso*, el momento en el que un vampiro alcanzaba la

centena de años y descubría si obtenía algún don o, como la mayoría, tan solo se agudizaban un poco más sus sentidos ya de por sí desarrollados. Una vez que pasaban ese umbral, eran considerados oficialmente adultos dentro de la comunidad.

Era difícil asimilar que un chico que a duras penas había llegado a la treintena en apariencia estuviese cerca de cumplir los cien. Su manera de ser y comportarse era la de un veinteañero y no la de un hombre que había vivido casi un siglo.

Maroon siempre había estado ahí. Desde que podía recordar, su hermano y él habían sido amigos, pero su relación pasó a ser de uña y carne en el momento en que Evan llegó a la adolescencia y la diferencia física entre ellos se redujo al mínimo. Los vampiros maduraban mucho más despacio que los humanos. La mayoría no alcanzaba la adolescencia hasta los cincuenta. Su desarrollo físico era igual de lento, por lo que siempre se los veía muchísimo más jóvenes de lo que eran en realidad.

Y esa noche, por primera vez, ambos se habían acercado más de lo que lo habían hecho hasta entonces. Bailar con él, estar entre sus brazos no hizo sino confirmar que la decisión tomada era la correcta. Seguía siendo el mejor amigo de su hermano, el hijo del *Lore* de la *subterra* a la que servía su familia, y estaba claro que para él no era otra cosa que la hermana pequeña de su compañero de correrías y una buena amiga.

Y ella le había soltado que por qué no se habían acostado aún.

Menos mal que el vampiro se lo había tomado como una broma y no le dio la mayor importancia. Eso había evitado que quisiera esconderse debajo de una mesa o desear no tener que conducir para poder emborracharse también.

Era lo mejor. Lo último que necesitaba en esos momentos era declararse a alguien y ser rechazada. Bastante tenía ya con lidiar con el tema del viaje, de irse a estudiar fuera, como para tener que añadir mal de amores a la lista.

Sacudió la cabeza y dijo tanto para sí misma como en respuesta al comentario del vampiro.

—Valiente consuelo.

—¿Dónde está el coche? ¿Nos lo hemos pasado? —Serena se detuvo y observó la larga fila de vehículos estacionados a lo largo de la avenida—. No recuerdo que tuviésemos que caminar tanto para llegar al local.

—Eso es porque la ida siempre resulta mucho más rápida que la vuelta —aseguró Kilian echando la cabeza hacia atrás para mirar a la chica—. Sobre todo porque todavía recuerdas dónde lo has aparcado.

—No, no nos lo hemos pasado —les dijo a todos. Levantó el brazo y accionó el mando a distancia. Al momento el pitido y las luces intermitentes indicaron su posición unos metros más adelante—. Ahí lo tenéis.

—Eres una maga, *corazoncito*. —Kilian le guiñó el ojo, entonces se volvió a Evan, quien

seguía inclinado, ahora apoyándose con una mano en la pared—. ¿Cómo lo llevas, Ev?

Su hermano levantó el pulgar antes de volver a doblarse y vomitar una vez más.

—Sí. De puta madre —chistó el vampiro y una vez más se volvió hacia ellas—. Chicas, seguid adelante y esperad en el coche. A este le va a llevar un rato reponerse.

—Buena idea. Necesito sacármelos, pero ya —declaró la vampira agachándose y soltándose las pulseras de los zapatos.

—Me pido ir delante —añadió el vampiro.

—Delante que vaya Evan, o te vomitará encima. —Señaló la chica y su compañero asintió con rotundidad.

—Sí. Bien pensado. *Sr. Vomitona* delante.

Lizzy se limitó a poner los ojos en blanco durante un momento, para luego volverse hacia el hombre que cerraba el grupo y que no había intervenido en aquella absurda conversación. Sin embargo, el vampiro ni siquiera les prestaba atención. De hecho, se había detenido un par de metros más atrás y escudriñaba la oscuridad del parque a su derecha con cierta intensidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó volviéndose completamente hacia él.

Maroon se llevó un dedo a los labios, un gesto que la sorprendió y preocupó al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —Kilian, quien había estado junto a Evan frunció el ceño al mirar a su primo—. ¿Te han entrado ganas de cagar? No sé yo si hay baños públicos cerca, pero siempre puedes plantar un pino…

—Tú siempre tan sutil —rezongó Serena. Se había quitado los zapatos y los llevaba en una mano—. Adiós, *glamour*.

—Callaos. —La orden salió de sus propios labios mientras escudriñaba también a su alrededor. Como si ella, con sus ojos humanos, pudiese ver algo más.

—Oye. No le juzgo. Yo me fui a mear a una esquina porque no aguantaba más.

—Cállate de una puta vez, Kilian —insistió Evan, limpiándose la boca en la manga de la camisa y miraba a su mejor amigo con renovada intensidad—. Algo no va bien.

—¿Cómo que…?

—*¡Corred!*

El terror en la voz del vampiro de mayor edad y la urgencia que vio en sus facciones eran el prólogo perfecto para lo que estaba a punto de suceder.

CAPÍTULO 14

Hospital St. Anthony
Chicago

Al día siguiente.
Por la tarde…

—¿Sabes cuando tienes la sensación de que está pasando algo, pero tú no te enteras? Pues así llevo yo toda la semana.

Victoria dejó escapar un suspiro de puro cansancio mientras arreglaba las flores que había traído. Quitar las marchitas y rellenar el jarrón con las nuevas le daba ese momento que necesitaba para sobreponerse al hecho de estar en esa habitación. El corazón se le resquebrajaba cada vez que entraba por la puerta y la veía tendida en aquella cama.

A Lotte le había crecido el pelo, lo cual no dejaba de ser una señal inequívoca del paso del tiempo. Parecía dormir con tanta placidez, aunque aquel no fuese un sueño reparador de unas pocas horas y sí una inconsciencia profunda a la que parecía resistirse a abandonar.

Recordaba la primera vez que la vio en esa cama. El estado de su rostro, los vendajes, el tubo endotraqueal y las máquinas que, en definitiva, intentaban mantenerla con vida. Se había venido abajo y llorado igual que una niña, ¿cómo había sucedido aquello?

Esa era la pregunta que se había hecho y que, a día de hoy, seguía sin tener respuesta.

—Duermo de pena. Si vieses mis ojeras, te espantarías —añadió mientras continuaba con aquella rutinaria tarea—. A ver. Sé que el trabajar por la noche no es que ayude realmente a mis ciclos de sueño, pero… Joder, me despierto empapada en sudor, con el corazón acelerado y unas ganas enormes de estrangular a alguien; aun si no sé quién es ese alguien.

Siempre había sido del tipo de personas que soñaban cosas raras, pero estos últimos días ni siquiera podía recordar qué era lo que aparecía en sus sueños. Cuando abría los ojos, era como si su mente dejase escapar esas imágenes y le quedasen tan solo las sensaciones que estas le

provocaban.

Extraño. Muy extraño, en verdad.

Se llevó la mano al cuello y se lo frotó con los dedos. Su piel estaba intacta y, aun así, no hacía más que tocarse esa zona como si le picase. Había llegado incluso a cambiar las sábanas y lavar toda su ropa con un detergente nuevo por si era causa de algún alérgeno, pero la incómoda sensación seguía apareciendo y desapareciendo como un fantasma.

—He empezado a tomar melisa, valeriana… Ya sabes, cualquier infusión que me ayude a dormir —continuó hablando aun sin saber si ella le escuchaba. Deseaba que así fuese—. Y lo único que he conseguido es tener que levantarme a hacer pis más a menudo. Menudo panorama.

Sacudió la cabeza y terminó con el arreglo.

—Ya está. Flores nuevas para alegrar la habitación —mencionó y se dio la vuelta, volviéndose ahora hacia ella.

Como cada semana, arrastró el sillón al borde de la cama y se sentó en él. Posó la mano sobre la de la chica y se la acarició con suavidad.

—Las enfermeras del turno de mañana me han dicho que has tenido una visita de lo más atractiva. —Siguió con aquel monólogo—. ¿Te estás citando con alguien y ni siquiera me lo has dicho? Ya te vale, Lotte. —Sonrió y ladeó la cabeza—. *Nah.* Ya sé que es Markus. Me han dicho que suele venir un ratito todos los días. Tan temprano que a veces no ha salido el sol. Siempre ha sido un ave *nocturna*, ¿verdad? Me alegra mucho que esté aquí para ti. Ojalá yo pudiese venir más a menudo, pero… Entiendes que no lo haga, ¿verdad?

El hospital le recordaba su propia experiencia cercana a la muerte y los encontronazos que había tenido con el hermano de Charlotte. No quería ser la causa del dolor de ninguna persona y estaba claro que para el hombre ella era un crudo recordatorio de que su hermana no había tenido tanta suerte en la vida.

¿Y Tori? ¿Lo que le había pasado podía considerarse suerte? ¿Que la atropellasen, la destrozasen y que ella fuera incapaz de recordar nada de aquello era una suerte?

Victoria no lo veía así.

—Esta semana hemos tenido de todo en el bar —continuó. No había muchas más cosas de las que pudiese hablarle, pues su vida tampoco es que fuese demasiado interesante—. La verdad, no es un lugar en el que pensarías para pedirle matrimonio a alguien, pero admito que fue muy bonito y emotivo. Y pidieron una botella de champán, del caro, para celebrarlo. Eso sí que hizo llorar a mi jefe de alegría. También tuvimos un grupo de chicas muy majas. Turistas europeas. Hicieron buenas migas con Emily, mi compañera. Creo que incluso se intercambiaron los teléfonos. —Hizo una pausa y se encogió de hombros—. Al principio pensé que me costaría más. Ya sabes. Sobre todo por el horario. Pero creo que me he acostumbrado ya. Aunque a lo que no me acostumbraré mientras viva es al gilipollas integral de Paul. A este tío le gusta que le

crucen la cara.

Sacudió la cabeza y miró la figura que permanecía completamente ajena a su presencia.

—Cuando te despiertes, nos tomaremos dos cócteles en la terraza. Las vistas de la ciudad desde allí son espectaculares —añadió, ciñéndole la mano que tenía entre las suyas—. Así que ve pensando ya en abrir los ojos, Lotte. Te estás perdiendo muchas cosas. Algunas son tan impactantes que no sé si puedo describirlas.

No. No sabía cómo poner en palabras la mirada de aquel hombre sobre ella, ni el cosquilleo que sentía en el bajo vientre cada vez que pensaba en él. Volvió a acariciarse el lateral del cuello con los dedos y se estremeció.

Sebastian. Recordaba su nombre y la manera en que lo había pronunciado. Esa voz profunda y fuerte que parecía acariciarla como un amante, aunque nunca hubiesen llegado tan lejos. O quizá lo hicieran, pero solo en su calenturienta mente.

—El otro día aparecieron un par de tipos en *La Azotea*. Eran de la clase de hombres con los que te preguntas si lo que estás viendo es real. Enormes y fuertes. Como un par de jodidos armarios empotrados, ya me entiendes. —Se lamió los labios. De repente sentía que se le secaba la garganta—. Vestían de negro y llevaban unas de esas gafas con los cristales tintados en color rojo. La verdad es que la primera impresión que tuve de uno de ellos no fue muy agradable. ¿Sabes qué me dijo? *«Qué estás mirando»*. Lo etiqueté de capullo al instante, pero después… No sé. Estuvo un rato en la barra, charlamos y… Ya no me pareció tan capullo. Se llama Sebastian y, no sé, pero hay algo en él que resulta peligroso y seductor al mismo tiempo.

«Ven a mí, Victoria».

Se estremeció y sacudió la cabeza. Se frotó la sien que empezaba a palpitarle e hizo una mueca.

—Mi imaginación al poder, ya sabes —le dijo a su amiga—. Él tiene esa voz con la que no te importaría escuchar todo tipo de insinuaciones eróticas. Y su sabor es…

¿Su sabor? Pero si ella no…

Se pasó la mano por el rostro, frotándoselo en un intento por espabilarse.

—Como ya dije, estoy durmiendo fatal y eso me está haciendo perder la poca cordura que me queda —aseguró acariciando de nuevo la mano de su amiga—. Hoy es mi noche libre y ya he concertado una cita conmigo misma. Peli, pizza y una de esas tarrinas de helado que venden en la tienda de siempre. Dios, se me hace la boca agua con solo pensar en ello.

Aquel era un ritual que solían compartir una vez al mes. Ya fuese en su casa o en la de Lotte, se juntaban para ver una película y ponerse moradas de pizza y helado. Victoria lo seguía manteniendo. Ponía dos platos y dos cucharas sobre la mesa auxiliar y se las imaginaba a ambas allí de nuevo, como si esta pesadilla nunca hubiese sucedido y la mujer en coma estuviese todavía en su vida.

—Ojalá pudiese recordar lo que pasó… —musitó mirando aquel rostro pacífico—. Ojalá no hubiese un oscuro agujero donde deberían estar los recuerdos de esa noche. —Empezaron a picarle los ojos y no pasó mucho tiempo hasta que se le nublaran con las lágrimas—. ¿Qué narices hacíamos allí, Lotte? ¿Qué hacías con ese grupo de investigadores de lo paranormal? ¿Qué demonios hacía en las inmediaciones de la cárcel? ¿Quién me atropelló?

Un helador escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza, haciéndola temblar. Se le puso la piel de gallina y ese irracional miedo que habitaba en su subconsciente, y que no tenía idea de a qué obedecía, resurgió.

Casi como si esperase que algo saliese de alguna esquina y la atacase, soltó la mano de su amiga y se puso a mirar de un lado a otro con repentina angustia. ¿Qué era lo que la asustaba tanto? ¿Por qué se ponía alerta cada vez que intentaba pensar en lo ocurrido esa noche?

Se frotó los brazos y caminó directa a una de las ventanas, apartó un poco la cortina y dejó que la luz entrase en su interior. Victoria dejó escapar un tembloroso suspiro y repitió la letanía a la que llevaba aferrándose todo ese año: *Estás bien. Nadie te hará daño. Eres más fuerte de lo que crees.*

Había regresado de la muerte dos veces, ¿no? Su corazón se había parado, pero consiguieron que volviese a funcionar. Si había podido superar eso, también superaría lo que quiera que se ocultase en la oscuridad de su memoria.

Respiró hondo y dejó salir el aire. Le dio la espalda a la ventana y regresó al lado de la cama, justo en el instante en que la puerta se abría y un tipo enorme entraba en la habitación. Victoria se congeló en el acto, del mismo modo que lo hizo él.

—Lo siento, no sabía… —murmuró el recién llegado.

Ella sacudió la cabeza, dándose cuenta de su parálisis.

—Está bien, solo… Me has sorprendido.

—Perdona. No pretendía asustarte. —Se disculpó él y acto seguido posó esos bonitos ojos verdes sobre la ocupante de la habitación—. Venía a ver cómo estaba Charlotte, pero puedo volver en otro momento…

Ella negó con la cabeza y, superada la sorpresa inicial, se movió con rapidez. Recogió sus cosas, se acercó a la cama para darle un beso de despedida a su amiga y se dirigió a la puerta por la que había entrado Gabriel Hills. Se trataba de uno de los amigos de Markus, un tipo grande y bien parecido, con una presencia arrolladora y una voz capaz de derretir el hielo. Las pocas veces que intercambió algunas palabras con el tipo, lo encontró amable y cortés, pero había algo en él que le provocaba escalofríos. Del mismo modo en que lo hacían los tíos con los que solía salir el hermano de Lotte.

—Yo estaba a punto de irme, así que no hay problema —mencionó echando un último vistazo a su amiga. Alcanzó la manija lista para tirar y salir de la habitación, pero él se lo impidió

plantando la mano sobre la superficie de esta.

—¿Ahora huyes de mí?

Parpadeó un par de veces ante la inesperada pregunta. No era algo que esperaba escuchar salir de la boca de ese hombre.

—No estoy huyendo —respondió mirándole a los ojos—. Pero no quiero quedarme cuando lo más probable es que Markus aparezca pronto por aquí. ¿Estoy equivocada?

El tipo dejó caer la mano y negó con la cabeza.

—Está abajo. Hablando por teléfono —confirmó. La mueca que le curvó los labios por un instante fue casi cómica—. Por qué no esperas y… habláis.

—No puedes hablar con alguien que se niega a escuchar —le dijo sin pensárselo dos veces, entonces chasqueó la lengua y sacudió la cabeza—. Mira. Lo mejor será que me vaya.

—Me alegra ver que estás bien. —Mencionó él cuando ya tiraba de la puerta. Tori levantó la cabeza y se encontró con su mirada—. De verdad.

Sus palabras parecían sinceras. De hecho, le creyó y asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—Gracias —murmuró y salió dejando tras de sí un simple—: Adiós.

Victoria se puso el abrigo y pasó la tira del bolso bandolera por la cabeza mientras caminaba. Intercambió un par de breves saludos con alguna enfermera conocida y se dirigió al ascensor con paso decidido.

Le alegraba ver que Lotte no estaba sola, que tanto su hermano como los amigos de este se preocupaban por ir a verla y hacerle compañía. Eso hacía que se sintiese un poco mejor por no poder venir más a menudo a estar con ella.

Había mentido. Sí que estaba huyendo, pero no lo hacía de Gabriel, sino de Markus. Lo último que quería era enfrentar otra pelea con él.

Charlotte adoraba a su hermano, aun cuando él nunca había estado allí realmente para ella. No era alguien a quien viese con asiduidad. La mayoría de las veces se limitaba a llamarla por teléfono y sabía de primera mano lo que eso había significado para su amiga. Una cosa era no tener familia, como era su caso, pero ¿tenerla y que nunca estuviese ahí para ti?

Nunca se había metido entre ellos. Se había limitado a ver, oír y callar, pero eso no quería decir que no se diese cuenta de lo que sentía su amiga. Quizá por ello no pudo seguir manteniéndose al margen cuando Markus la increpó, descargando sobre ella la frustración y el dolor que sentía. Tendría que haber seguido callada, pero en la situación en la que se encontraba no tenía fuerzas ni siquiera para medir sus palabras. Solo ocurrió una vez, pero fue suficiente para decirle a la cara todo lo que pensaba de él y del sufrimiento que le había causado a su hermana.

Markus Geilis había dejado muy clara su respuesta en esa ocasión y en las siguientes en las

que sus caminos se cruzaron en este mismo hospital. No era un hombre que diese su brazo a torcer y, mal que le pesase, ella tampoco era de las que se desdecían, así que… Sería mejor evitar un nuevo encontronazo.

Sin embargo, ya fuese el destino o el jodido karma, lo de salir esa tarde del hospital sin encontrarse con él no iba a ser posible.

Las puertas del ascensor se abrieron y, en el momento en que fue a abordarlo, salió el hombre al que espera evitar. Una vez más se quedó congelada en el lugar, ya fuese por la sorpresa o porque él se había parado también al verla.

—Tori…

Levantó la cabeza y se obligó a cruzar sus miradas.

—Markus —pronunció a modo de saludo y reconocimiento. Se puso de nuevo en marcha y entró en el ascensor. No pudo pasar de la puerta. La férrea presa de sus dedos se cerró en torno a su brazo, evitando que continuase.

—Espera.

Ella bajó la mirada sobre la mano y luego lo miró a él con gesto interrogativo.

—Yo… Lo siento. —La soltó de inmediato, pero no estaba segura de si esa disculpa era por haberla agarrado o por algo más—. Por todo.

—Yo también —admitió, volviéndose ahora por completo hacia él. No sabía qué la sorprendía más, si el que él le hubiese pedido disculpas de esa manera o su forma de responderle —. De verdad.

Él se limitó a asentir con la cabeza y, de algún modo, ese gesto fue suficiente para ella.

—Tengo que irme… —Le dijo señalando el ascensor.

—He visto las flores en su habitación —mencionó él mirándola a la cara—. Gracias.

Desde luego, estaba siendo un momento bastante incómodo para ambos, pero dado que esta era la primera vez en mucho tiempo que intercambiaban unas palabras, no iba a ponerle pegas.

—Ella también es mi *hermana* —murmuró sin acritud, tan solo comunicándole lo que sentía—. Siempre estaré a su lado.

Su asentimiento fue todo lo que necesitó para sentirse un poco mejor.

—Cuento contigo.

Esbozó una pequeña sonrisa y correspondió con una inclinación de la cabeza. Entró en el ascensor y levantó la mano en un gesto de despedida.

—Bien.

Las puertas se cerraron y, por primera vez en meses, Victoria se permitió respirar aliviada.

CAPÍTULO 15

Los vampiros tenían un reloj biológico estupendo para detectar la puesta y salida del sol. Sebastian fue consciente del momento exacto en el que el astro rey abandonó los cielos para echarse una siestecita en este lado del mundo, iniciando su nueva jornada. Si bien ya llevaba un par de horas dando vueltas por sus dependencias, tardó en trasladarse a la casa común, el área de la subterra en el que se unían todos los grupos habitacionales. La distribución era igual para cada una de las cuatro colonias que alojaban a la población vampira existente: un acceso principal a través de la casa *Primera Sangre*, ocupada por una familia humana que ejercía como guardesa. El núcleo principal o corazón del complejo, en el que se encontraban las áreas comunes, así como las dependencias privadas del *Lore* y ocho unidades independientes con capacidad para alojar a varias familias.

La construcción de aquellos grupos habitacionales había sido laboriosa y, en ocasiones, se le había hecho eterna, pero hoy por hoy no podía estar sino agradecido de haber conseguido sacar adelante semejante proyecto de ingeniería. Había requerido de tiempo, de inversiones millonarias y también de sacrificio. No todos los que había traído consigo al Nuevo Mundo estaban hoy aquí. Unos se quedaron por el camino, otros prefirieron seguir adelante en solitario, para quedar únicamente los vampiros que habitaban las instalaciones subterráneas convertidas en tanto en una fortaleza como en un hogar.

Había sido un camino difícil. Prueba de ello eran los pocos que quedaban, pero al menos ahora contaban con un lugar solo para ellos, oculto a los ojos de los humanos y en el que podían vivir sus vidas en paz.

Por supuesto, los vampiros seguían haciendo su vida también lejos de aquellas cuatro paredes. Muchos tenían trabajos fuera de las colonias. Los había que incluso teletrabajaban y estaban aquellos que habían encontrado la manera de cumplir con su labor dentro del gran entramado subterráneo. No eran prisioneros, pero bajo tierra era donde habían encontrado la seguridad frente al implacable sol.

Tan solo *La Nocturna* poseía una distribución algo diferente a las demás construcciones, no tanto en su estructura como sí en su habitabilidad. Dado que este era el lugar de residencia de la familia real, los únicos ocupantes del complejo eran la reina, su guardiana y los *nocturna*s. Y cada uno de ellos disponía de una unidad independiente.

—Buen despertar, *tío Bast.*

Sebastian sonrió a la adolescente que deambulaba por el comedor común, dejando sobre la mesa un par de bandejas de pan recién hecho.

—¿Con qué has sobornado esta vez a Anna? —preguntó. Sabía que Glory llevaba el ritmo de vida humano, lo que significaba que toda su actividad la realizaba durante el día y para ella solo quedarían unas cuantas horas por delante antes de retirarse a descansar. Al menos, en invierno las tardes todavía eran cortas, con lo que había más horas de oscuridad.

—No la he sobornado con nada —replicó, terminando con su tarea para dirigirse a él. La chica era menuda y delgada, pero desde luego no sería por falta de alimento, pues le constaba que comía como una lima—. Digamos que el hecho de haber aprobado ese endemoniado examen la ha puesto de mejor humor.

Se rio entre dientes.

—En ese caso parece que debo felicitarte, ¿no es así?

—Me conformo con un abrazo —le dijo y un instante después, los delgados brazos de la adolescente le rodearon la cintura. La joven humana era la persona más cariñosa que había conocido en mucho tiempo. A Glory le daba igual que tuviese colmillos, que fuese el doble de su tamaño y que llevase una dieta líquida. Para ella, él no era *nocturna*, ni vampiro, era un miembro de su familia y eso la hacía invaluable—. ¿Ves? Salgo de lo más económico.

Su pícaro comentario lo hizo soltar una carcajada.

—Jamás se me ocurriría decir algo semejante de ti, dulzura —afirmó devolviéndole el abrazo y besándola, como siempre, en la cabeza.

—¡Glory Anna Murphy! —El rápido y exigente toque de atención hizo que ambos se sobresaltaran al momento—. ¿Qué modales son esos? Por Dios, hija. Te lo he dicho una y mil veces. Le debes un respeto al *Lore Sebastian.*

—*Buen despertar* a ti también, querida Anna —la interrumpió él. Sabía que la madre de su sobrina adoptiva olvidaría la recurrente regañina en cuanto se centrase en las necesidades de aquellos a los que servía—. ¿Dime que eso que huelo es tu estupendo café?

La humana entrecerró los ojos sobre él, chasqueó la lengua y dejó la cafetera que traía consigo en la mesa.

—Por supuesto que lo es y lo sabéis muy bien —declaró llevándose ahora las manos a las caderas. La matriarca de la *Familia de Sangre* era una mujer menuda y curvilínea, con un espeso pelo castaño oscuro que solía rizársele en las puntas. Y en ese momento estaba clavando sus ojos verdes, iguales a los que había heredado su hija menor, en él con visible reprobación—. Y por lo que más queráis, haced el favor de comportaros como el amo que sois o esa mocosa os perderá completamente el respeto.

—¿Me estás perdiendo el respeto, Glory?

—Nop. Ni un poquito —afirmó la chica con gesto beatífico—. Está intacto. Ni siquiera lo uso.

—¡Glory! —La censuró una vez más su madre.

Una nueva carcajada inundó el comedor, pero esta vez no provenía de su garganta.

—Y esa sincera espontaneidad es lo que nos mantiene vivos, ¿no es así, Bast? —aseguró el recién llegado, deteniéndose junto a la mujer para inclinarse sobre ella y darle un fugaz beso en la mejilla que sabía la incomodaría y sonrojaría hasta la punta del pelo—. Buen despertar, querida Anna.

—Cristo bendito, ¿quiere dejar de hacer eso, Elijah? —acusó ella, frotándose la cara.

—No —declaró él y pasó a revolverle el pelo a la adolescente—. Buen despertar, cariño.

—Buen despertar, tío Elijah —sonrió la chiquilla, visiblemente divertida con aquel despliegue vespertino.

—*Um*. Pan recién hecho —ronroneó el vampiro estirando el brazo para coger una rebanada y empezar a llevarse trocitos a la boca con visible placer—. Dios. Vivo solo para estos momentos, en serio.

—Te creo —replicó él no sin cierta ironía.

—Glory, sube y trae las bandejas con los huevos y el beicon —pidió Anna a su hija, quien no se demoró en acatar su orden.

—Glory aprobó el examen —le comunicó a su compañero cuando la muchacha salió de la habitación.

—Esa es mi chica —asintió orgulloso. No cabía duda de que todos ellos habían adoptado a esa niña.

—Me rindo. Tiro la toalla —declaró la mujer levantando ambos brazos en un aspaviento —. Hagan lo que quieran.

Sebastian sonrió y redujo la distancia que la separaba de la mujer y le tomó la mano con suavidad.

—Sois nuestra familia, Anna. Todos vosotros. Aquí no hay señores ni criados. Somos un solo pueblo, ¿entendido?

La mujer dejó escapar un suspiro, pero vio como su rostro se dulcificaba y sus ojos se llenaban de orgullo.

—Y eso hace que sea un verdadero honor servir a la casa *nocturna*, Sebastian —respondió ella pronunciando su nombre, algo que no solía hacer a menos que fuese acompañado del título de *Lore* unido a él.

—El honor y el orgullo de teneros es nuestro, querida —aseguró y se llevó la mano que sostenía a los labios en un elegante y educado gesto—. Y hablo en nombre de todos. Mi *Sanguia* incluida.

Los ojos verdes de la humana resplandecieron e incluso parecieron humedecerse un poco.

—Gracias, *hijo* —declaró ella y fue tan extraño como agradable escucharse llamar así. No dejaba de ser pura ironía, pues él podría ser su tatarabuelo, pero Anna siempre había tenido un aire tan maternal que los trataba a todos como si fuesen sus propios vástagos.

Bast asintió y dejó que la mujer siguiese con sus quehaceres. Al contrario que su hija, los adultos de la *Familia de Sangre* se regían por sus mismos horarios, lo que suponía estar activos durante la noche y descansar durante el día. Entendía que para los humanos aquello suponía un notable sacrificio, por lo que su agradecimiento era absoluto.

—¿Nix? —preguntó entonces, volviéndose a su compañero.

—Dándole hostias a un saco de boxeo en el gimnasio. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro—. Está de mal humor.

—¿Y eso por qué?

—Las galletas de chocolate.

Se lo quedó mirando sin entender absolutamente nada.

—*Galletas de chocolate.*

—Sí. Se le acabaron.

Optó por no preguntar más. Sabía que no iba a sacar nada en claro de aquella absurda referencia.

—No quiero saberlo. —Se volvió hacia la mesa y se sirvió su primera taza de café antes de sentarse.

—¿Qué es lo que no quieres saber? —Kynan entró en esos momentos en el comedor. Tenía el pelo húmedo. Sin duda acababa de salir de la ducha, y vestía una especie de túnica bordada y pantalones flojos de color claro. A juzgar por su aspecto, estaba claro que tenía una cita fuera de la colonia.

—A Nix se le terminaron las galletas de chocolate —informó Elijah, como si eso lo explicase todo.

—Galletas de chocolate. —El *nocturna* le miró a él y solo pudo encogerse de hombros en respuesta.

—A mí no me mires.

—La marca que las comercializa ha anunciado que ya no las fabricará, así que le han entrado ganas de matar algo —resumió Elijah encogiéndose de hombros—. Tendré que investigar si hay alguna otra marca que las haga con un sabor similar o no habrá quién le aguante.

Ambos se miraron y Kynan llegó a la conclusión, tal y como lo hizo él antes, de que no merecía la pena hacer preguntas.

—Y tú, ¿vas a salir, guaperas? —Elijah cambió de sujeto y le echó un buen vistazo a su

compañero—. ¿Placer o trabajo?

—Myra. De la *Subterra* Wheaton. Me ha pedido que le eche una mano en el grupo de apoyo —mencionó. Myra Ishtar era una consejera, algo así como una especie de asistente social para los vampiros. El hecho de que hubiese pedido ayuda a Kynan implicaba que estaba teniendo problemas con algunos chicos a los que solía ayudar. No eran muchos los vampiros jóvenes con los que contaba la sociedad. Los nacimientos se habían reducido drásticamente, por lo que, según el último censo, en la actualidad contaban con unos veinte niños y diez adolescentes que todavía estaban bastante lejos del *ascenso*—. La comunidad, pero sobre todo los jóvenes, están algo nerviosos tras conocer la noticia de la pérdida de uno de los suyos.

—Mierda… —La respuesta de Elijah sin duda englobaba lo que él mismo pensaba—. En el último año se han estado produciendo más desapariciones de las que me gustaría.

Y de esas desapariciones, solo tenían verdadera constancia cuando se producían en el seno de alguna de las colonias. Los vampiros que habían decidido marcharse y vivir por su cuenta y riesgo no estaban bajo su radar. Lo cual era un jodido problema. Sobre todo cuando había cazadores y esos malditos *nosferu* listos para hacer presa de ellos.

No había manera de saber cuántos de ellos habían caído ya o mutado a esa versión vampírica carente de emociones que comandaba Varys. De los primeros, a veces llegaba alguna información a las colonias, pero de lo segundo…

—Y mucho me temo que tenemos entre manos algunas más, Eli. —Joel apareció con la puerta con Nix pisándole los talones. Los rostros de ambos *nocturna*s eran serios, lo que alertó de inmediato a los presentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bast sin andarse por las ramas.

—La *Subterra* Lake Zurich acaba de emitir una *alerta Crisom* —le informó Nix. El *nocturna* estaba a cargo de la seguridad de las colonias. Él era el que había diseñado los sistemas de seguridad que corrían todas las instalaciones, así como el encargado de su mantenimiento—. Dos vampiros jóvenes, entre los que están el hijo y el sobrino del *Lore* Breiner y dos chicos de la *Familia de Sangre* de la colonia. Fueron atacados anoche en las inmediaciones de Lincoln Park Ave.

—Mierda —siseó Elijah, haciéndose eco una vez más del sentimiento común.

—Al parecer se habían largado a Chicago para celebrar el cumpleaños de uno de ellos en una discoteca. Cuando volvían para coger el coche, algo salió de las sombras y fueron atacados —añadió Joel, dando más información al respecto—. La joven vampira que ha conseguido regresar ha dado la alarma. Está en muy mal estado.

—Parece que los cogieron por sorpresa. Los asaltaron en medio de la avenida —comunicó Nix y lo vio apretar los dientes, señal inequívoca de que estaba rabioso—. La mordieron. Le desgarraron la garganta, pero consiguió huir gracias a la intervención de uno de los chicos. No

sabe qué fue de ellos… O no de todos.

—¡Joder!

—Y ha estado estuvo expuesta al sol de primera hora de la mañana —continuó Joel, componiendo un relato de lo más escabroso—. Por lo que sabemos, se las ingenió para esconderse en alguno de los viejos almacenes del zoo, pero a juzgar por el estado de sus quemaduras, la exposición debió ser bastante prolongada. En cuanto atardeció, parece que logró montarse en el coche en el que habían venido y regresó a la colonia para dar la voz de alarma.

—¿*Nosferu*? —No sabía para qué preguntaba, ya que era obvio, pero aun así requería de una confirmación.

—Esa fue la primera palabra que salió de sus labios.

—Hijos de la gran puta.

—Según la información que facilitó, habría tres de ellos involucrados. —Nix tomó el relevo del relato—. Es posible que hayan matado al menos a uno de ellos. Los muchachos opusieron resistencia para darles tiempo a ellas a escapar, pero nadie más ha regresado aún a la colonia.

—Joder —gruñó y no pudo evitar que la silla acabase en el suelo cuando se levantó de golpe. Aquello pintaba mal, realmente mal. Un ataque producido la noche anterior; eso eran casi veinticuatro horas para unos críos y un par de humanos en manos de unos monstruos. Niños. Jóvenes vampiros. Por el amor de Dios. Cerró los ojos durante un breve segundo, obligándose a mantener su temperamento bajo control. No era momento de empezar a romper cosas, sino de actuar con raciocinio y ejecutar un plan de acción—. Nix. Cámaras de seguridad, de vigilancia, tráfico… Lo que sea que haya en la zona y que pueda brindarnos imágenes de lo sucedido. Elijah, pega la oreja a la emisora de la policía y comprueba si algún humano que coincida con la descripción de los hijos de sangre ha ingresado la pasada noche o durante el día en alguno de los hospitales. Que tu sombra te dé los datos. —El aludido intercambió una mirada con Nix, quien asintió y ambos salieron ya a cumplir con su tarea—. Kynan, cámbiate y prepárate. —Señaló con un gesto y se volvió a Joel—. Encontremos a esos críos.

Vivos o muertos. Aquello no lo dijo en voz alta, pero su hermano de armas lo vio en sus ojos.

—Dalo por hecho, *Lore.*

Sebastian miró la mesa puesta para la primera comida de la noche y pensó en la forma en la que solían torcerse las cosas sin siquiera esperarlo. Sin un segundo pensamiento, arrancó a correr para cambiarse y armarse a fin de salir ahí fuera, encontrar a los jóvenes desaparecidos y, si la diosa fortuna les sonreía, matar a los hijos de puta que se habían atrevido a atacar a los suyos.

CAPÍTULO 16

En las inmediaciones de Park Lincoln Ave
Chicago

—Venga ya. ¡Tiene que ser una broma!

No. El cartel que lucía la puerta no dejaba lugar a la equivocación. La palabra *CERRADO* estaba perfectamente clara, por no hablar del horario que tenía justo debajo; uno que no encajaba con el que ella conocía.

—¿Cuándo demonios han cambiado la hora de cierre? —Aquella tenía que ser la pregunta del millón, pero maldito si ella tenía la respuesta—. Joder. En serio, menuda suerte estoy teniendo hoy.

Victoria dejó escapar un resoplido y calibró sus opciones.

Estaba claro que no iba a conseguir la tarrina de helado que quería quedándose ante esa puerta cerrada, así que no perdió el tiempo y sacó el teléfono del bolso para recurrir a un plan B. Abrió la aplicación de *Google* y buscó cualquier tienda o supermercado que pudiese estar abierto a esas horas de la noche y que le proporcionara lo que estaba buscando.

Nadie le iba a estropear su noche de pizza, peli y helado. Ni hablar.

—Veamos… —Empezó a navegar por los resultados del buscador—. Cerrado, cerrado… Ese me queda demasiado lejos. *Um*, este no me gusta. Oh, espera, este promete. —Comprobó la ubicación y la distancia a la que se encontraba y decidió que podría acercarse allí sin tener que mover siquiera el coche del lugar en el que había aparcado—. Bueno. No está lejos. Son solo un par de calles más adelante.

Levantó la cabeza de la pantalla y se ubicó conforme a la calle y las indicaciones que le daba la aplicación. La zona era la típica de copas, por lo que a esas horas de la noche ya empezaba a haber cierto ambiente y no se encontraría con ningún callejón desierto. No dejaba de ser curioso que ella, quien siempre había huido como la peste de las aglomeraciones, ahora las buscase para no sucumbir al helado miedo que a veces emergía de ese agujero oscuro que tenía en la mente.

—Coge el borrador y limpia la pizarra —murmuró para sí y, mentalmente, hizo justo eso. Borró de un plumazo los aciagos pensamientos que empezaban a colarse una vez más.

Ese tipo de batallas se ganaban día a día. No podía esperar despertarse un buen día y que todo se hubiese solucionado, pues ni siquiera sabía si existía una solución para lo que le había ocurrido. Desde luego, de existir, todavía no la había encontrado.

El miedo que habitaba en su interior era real. Injustificado, quizá, pero totalmente real y en las primeras semanas tras su salida del hospital, la había condicionado por completo. Le había costado mucho poder salir de casa y, sobre todo, hacerlo por la noche, cuando la oscuridad parecía susurrar y jugar con su mente. Por eso había aceptado el puesto de camarera en La Azotea. La mejor forma de superar cualquier tipo de trauma era haciéndole frente, aun si eso suponía darles un continuo electroshock a tus sentidos.

Y hablando de electroshock… Aquella mirada cubierta por cristales rojizos volvió a su mente con la fuerza de un auténtico cañonazo. Era como si el pensar en su lugar de trabajo lo trajese automáticamente a sus pensamientos.

Sebastian.

Cerró los ojos cuando un inesperado y placentero escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Se vio obligada a cerrar los muslos y morderse el labio al notar cómo su cuerpo respondía a ese nombre, pero, sobre todo, al hombre que lo portaba.

No tenía la menor idea de qué le había dado con ese tío, pero no podía quitárselo de la cabeza; lo cual era jodidamente perturbador.

Casi tan perturbador como el hecho de que, al mismo tiempo que la excitaba, también la cabrease como una mona, como si hubiese algo en él que debía saber y, sin embargo, no alcanzaba a tocar… o recordar.

Su cerebro no había sido el mismo desde aquella noche, pero lo que llevaba experimentando esta última semana empezaba a preocuparla de veras.

—Quizá deba pasarme por el hospital para algo más que visitar a Lotte —murmuró para sí.

Si tan solo la idea no le pareciese tan apetecible como sentarse en la jodida silla de un dentista para que le extrajese las muelas, la consideraría.

—Borrador de nuevo, gracias. —Chasqueó la lengua y se concentró en su tarea de esa noche: Conseguir una tarrina de helado.

Calculando que no le llevaría más de unos pocos minutos acercarse a la nueva tienda, se puso en marcha. Desde luego, sus leggins y suéter ancho, con las zapatillas deportivas, no eran el look habitual para salir en una zona de copas, pero dado que no estaba allí para beber y salir de marcha, eso daba igual.

Encontró la tienda minutos después. Un pequeño supermercado 24h en la zona señalada. Era ese tipo de local en el que podías comprar de todo y que no pertenecía a una gran cadena.

Tenía la esperanza de encontrar allí lo que buscaba.

Puso la mano en la puerta y empujó, escuchando al hacerlo la campanilla anclada. La iluminación era bastante deficiente, sonaba una ligera música a través de los altavoces y, a primera vista, diría que ella era la única cliente que había a esas horas. Un chico, no creía que tuviese más de veinte años, permanecía apoyado en el mostrador con uno de esos enormes auriculares que estaban tan de moda en la cabeza y la nariz metida en la pantalla de un ordenador.

—Disculpa… —Llamó. El tipo ni se inmutó. Ni siquiera haciéndole señas. Puso los ojos en blanco y se personó ante el mostrador, agitando la mano lo bastante cerca de la cara masculina como para que el tipo diese un respingo—. Sí, perdona. —Intentó no sonar irónica y fue directa al grano en cuanto el chico se apartó momentáneamente el armatoste de las orejas—. ¿Tarrinas de helado?

—Al final del pasillo. A la izquierda. Verás los frigoríficos al fondo.

—Gracias —sonrió. Desde luego no quería ser desagradable con alguien al que le tocaba pringar en el turno de noche.

El tipo asintió, volvió a colocarse los cascos y siguió a lo suyo.

Cómo se notaba que no iba maquillada y no llevaba la ropa que solía vestir en el bar. No es que en *La Azotea* fuese muy provocativa, pero una camiseta ajustada, una falda o unos leggins que imitaban el cuero, junto con un poco de color en el rostro, parecían marcar la diferencia.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado su propia evaluación y siguió las indicaciones que le había dado. En efecto, las neveras estaban en la zona que le había indicado, pero le llevó un buen rato encontrar una que tuviese helado y no toneladas de cerveza.

—Oh, gracias, Señor, por las tarrinas de helado —canturreó, inclinándose sobre la puerta de cristal y examinando el contenido de las baldas. No se sentía inclinada a tragarse el frío del refrigerador hasta encontrar lo que quería—. ¡Bingo!

Al parecer iba a poder irse a casa con una tarrina de su sabor favorito. Tiró para abrir y, durante una décima de segundo, sus ojos dejaron de contemplar el helado para fijarse en el reflejo que ofrecía la puerta de cristal. Los entrecerró, como si de esa manera pudiese apreciar mejor la imagen, y acto seguido se giró para ver los dos cuerpos que se habían reflejado justo en la esquina contraria a la que estaba.

Abrió la boca, lista para gritar en el mismo instante en que comprendió qué era lo que estaba viendo.

—*No… grites.*

Una voz suave, varonil y al mismo tiempo muy profunda la dejó sin respiración y las palabras. El sonido que estaba a punto de emerger de su garganta se desvaneció y Victoria acabó jadeando como si se hubiese atragantado.

—Cristo… —Acabó graznando sin quitarle los ojos de encima al tipo que había hablado. Podía ver su rostro herido y ensangrentado, incluso bajo la malísima iluminación de la tienda, así como ese pelo negro alborotado, rizándose sobre la frente. Y sus ojos, ¡por Dios bendito! Sus ojos estaban inyectados en sangre—. ¿Qué…?

Él se llevó un dedo a los labios sin dejar de mirarla con una fijación que le puso los pelos de punta e hizo que se llevase la mano de manera involuntaria a esa zona del cuello que no dejaba de picarle. Victoria se estremeció. Había algo en esos ojos, en la manera en la que los fijaba en ella, que la hacía sentirse como una presa ante un avezado cazador y no era una sensación que le gustase especialmente.

Se las ingenió para arrancarse de su escrutinio y se fijó entonces en la chica que yacía en el suelo a su lado. Ella no parecía estar en mejores condiciones que él. Más bien al contrario, pensó al verla inmóvil y con obvias manchas de sangre sobre las piernas desnudas y el demacrado rostro. La muchacha, que no debía tener más de veintitantos años, al igual que el chico, se encogía con visible dolor, pero mantenía los labios apretados en un intento de reprimir cualquier tipo de sonido.

Vendas, esparadrapo, desinfectante, gasas utilizadas y abandonadas a su alrededor… Había un pequeño contingente de material para unos primeros auxilios, pero dudaba que fuese suficiente para arreglar lo que quiera que les hubiesen hecho a ambos.

—*Vete. Coge… lo que viniste a buscar. Paga en la caja y márchate.* —De nuevo esa preciosa y profunda voz la hizo mirar en dirección al hombre. Se encontró con su mirada y se quedó momentáneamente en blanco, como si no pudiese pensar con claridad. Tan solo esas palabras resonando en su mente, haciéndole cosquillas como si quisieran grabarse allí y nada más importase—. *No ha ocurrido nada… raro. No nos has visto. No había nadie aquí…*

—Y una mierda que no… —masculló y se llevó la mano a la cabeza, sintiendo ese incómodo pinchazo que a veces le daba por encima del puente de la nariz, justo entre las cejas—. Oh, joder.

La sacudió como si de esa manera pudiese deshacerse del dolor y, sin saber por qué, terminó caminando con paso decidido hacia la pareja. Sabía que lo más inteligente era dar media vuelta, olvidarse del helado y salir por la puerta. Podía llamar a la policía desde la calle. O a una ambulancia. A ambos, qué coño. Pero no, tenía que ayudarles. No podía dejar a esa chica allí tirada cuando estaba claro que necesitaba asistencia.

Y él también.

—Hijo de perra… —Maldijo y abrió los ojos como platos al ver el tosco vendaje que envolvía el cuello de la mujer y que estaba manchado de sangre. Ahora fue ella la que posó los ojos sobre él—. ¿Qué demonios le has hecho?

El tipo levantó la cabeza y la manera en que clavó en ella la mirada la estremeció de la

cabeza a los pies.

—No… fui yo —respondió con sequedad, a pesar de las obvias dificultades que parecía tener para dejar salir aquellas palabras.

¿Y ese olor? Ahora que estaba cerca de ellos, juraría que ambos olían a cloaca. Y las heridas de él no eran solo en el rostro. Su ropa estaba rasgada en algunas partes y oscurecida con lo que prometía ser sangre seca. No. Ninguno de ellos estaba en buenas condiciones. Entonces, él estiró un brazo lo bastante grueso como para mandarla de un golpe al otro lado del pasillo si quería. Su intención no era golpearla, sino proteger a la muchacha—. No… la toques.

La manera en que siseó y descubrió los labios la dejó momentáneamente en shock. Parpadeó un par de veces y sacudió la cabeza. No, era imposible. Tenía que habérselo imaginado. Entre tanta sangre era probable que se hubiese confundido y él no tuviese…

Lo miró de arriba abajo y sacudió la cabeza.

—Menuda paliza te han dado… —musitó con una mueca. Las peleas y reyertas estaban a la orden del día en Chicago, por lo que no le sorprendía que hubiesen acabado así y aquí dentro. Lo más probable era que estuviesen intentando dar esquinazo a quienes les habían hecho esto.

Él arrugó el ceño y entrecerró los ojos sin dejar de mirarla, como si hubiese algo que le molestase en ella.

—¿Por qué no… obedeces?

Victoria enarcó una ceja e hizo una mueca.

—Porque soy gilipollas y me prometí a mí misma que no dejaría jamás que alguien quedase abandonado a su suerte si yo podía hacer algo para evitarlo —respondió y se sorprendió a sí misma diciendo aquello en voz alta. Nunca se lo había dicho a nadie. Nadie lo sabía. Excepto Lotte. Y solo si ella la había escuchado postrada en su cama de hospital, la promesa que le había hecho en su primera visita. No había podido hacer nada por ella, no pudo evitar lo que quiera que les hubiese pasado a ambas, pero aquello no ocurriría de nuevo—. Mira, amigo. Esto no se arregla con un poco de gasa y esparadrapo. —Señaló a la chica con un gesto—. Tenéis que ir al hospital. Voy a llamar a una ambulancia…

Cogió el bolso solo para que una mano grande y fuerte se cerrase en su antebrazo y ella acabase siendo empujada por el peso del cuerpo masculino contra una de las estanterías de la pared. Él se había movido tan rápido que ni siquiera lo había visto. En un momento estaba tirado en el suelo y al siguiente lo tenía sobre ella. Aunque, a juzgar por la expresión de dolor en su rostro y los temblores que lo recorrían, estaba haciendo un esfuerzo monumental para mantenerse en pie.

—*No. Llamarás.* —Esas palabras fueron como un latigazo en su cabeza. El dolor la hizo encogerse, pero eso no evitó que siguiese mirando esos ojos. No solo estaban inyectados en sangre, sino que el iris también parecía totalmente enrojecido, como si llevase unas lentes de

contacto de ese color—. *No… harás… nada.*

Victoria se quedó helada mirando esos labios ahora descubiertos y manchados de sangre, los dientes blancos y perfectos y esos dos jodidos y alargados colmillos que parecían formar parte de su dentadura. El aguijonazo en la cabeza se repitió, pero fue el miedo que ahora emergía en ella el que la hizo apretarse ella misma contra la estantería en un intento de escapar de aquella amenaza. Se trataba de un miedo primitivo, aquel que surge del desconocimiento y al mismo tiempo de la certeza de que estás presenciando algo que no deberías ver, que no entra dentro de la realidad que conoces.

—*Vete… ahora…* —Insistió esa voz penetrante, como si empujase contra su cabeza, amenazando con partírsela en dos.

El dolor, unido al intenso olor a alcantarilla, estaba a punto de hacerla vomitar.

—Para… —gimió al tiempo que apretaba los ojos. Le dolía tanto que ya no podía soportarlo—. ¡Para!

—Maroon… No…

El dolor remitió al instante, dejando tras de sí tan solo una sensación desagradable. Se obligó a respirar a través de ello, registrando ahora el susurro femenino que había irrumpido en aquel episodio de pura agonía. Se llevó las manos a la cabeza, como si quisiera asegurarse de que la tenía intacta y que el cerebro no se le había escurrido por las orejas o la nariz. Tragó aire, dándose cuenta de que prácticamente estaba reteniendo la respiración, y se obligó a abrir los ojos.

Él ya no estaba sobre ella. Su figura grande y oscura estaba ahora sobre la chica. Le retiraba el pelo de la cara y le hablaba con suavidad.

—Tranquila… Estoy aquí.

Ella cerró los ojos un segundo y, cuando volvió a abrirlos, los clavó en él, como si allí no hubiese nadie más que ellos dos.

—Vete. —La escuchó Victoria—. Vete…

El chico sacudió la cabeza y se las ingenió para cambiar de posición a fin de realizar una nueva hazaña que, no tenía muy claro, fuese a dar resultado en su estado.

—Juntos… o no hay trato… —Lo escuchó murmurar, mientras intentaba recoger aquella pesada carga—. Te lo dije, Liz…

Era poco probable que ninguno de ellos llegase muy lejos, pensó Tori, incapaz de moverse. Estaba paralizada, igual que aquella vez, igual que…

«¡Corre, Tori! ¡Corre!».

La voz de Lotte le atravesó la cabeza como un eco lejano. Se tensionó. Aquel miedo irracional que conocía bien se extendió por su cuerpo y empezó a mirar a su alrededor como si estuviese buscando algo, como si… *Negrura*. Un agujero oscuro e insondable al que se habían

ido sus recuerdos.

Se llevó las manos a la cabeza. Conocía bien esa dolorosa presión en el cráneo, una que llevaba acompañándola el último año, que aparecía cada vez que intentaba recordar algo de aquella noche. Respiró hondo y se empujó con las manos, apartándose de la estantería. Le temblaban las piernas. En realidad, temblaba toda ella y no era para menos.

Miró a su alrededor y, por primera vez, se preguntó cómo era que el tipo del mostrador no había escuchado nada. Vale que tenía aquel armatroste puesto, pero ¿es que no se había dado cuenta de que ella estaba tardando demasiado? ¿No había visto entrar a los chicos?

—Maldita sea. Yo solo venía a por una tarrina de helado —refunfuñó en voz alta, lo que hizo que ambos rostros se volviesen en su dirección.

Los ojos de la chica estaban llenos de dolor, pero sobre todo de angustia. Su visión la impactó, pues era una expresión que conocía bien, ya que la veía cada vez que se miraba al espejo; ella tampoco había podido hacer nada por su amiga.

—¿Cómo puedo ayudaros? —Estaba loca. Se le había frito el cerebro, era un hecho. Debería estar corriendo hacia la salida, no ofreciéndose a ayudarles.

La muchacha le sostuvo la mirada durante un instante, entonces asintió y empezó a recitar unos cuantos números: un teléfono.

—Liz, no. Ella…

—Ayuda… —musitó ella volviéndose hacia él—. Necesitas… ayuda.

No *«necesitamos»*, pensó Victoria. La preocupación de la muchacha era él.

—No. —Fue tajante y cuando la miró había verdadero odio en esos ojos, uno que superaba el dolor—. No sabemos si está con ellos —siseó, desnudando los labios una vez más y dejándola paralizada ante la sola visión de lo que no quería aceptar—. No… no he podido… subyugarla… Su mente… no puedo… yo…

¿Estaba hablando de *su* mente? ¿Qué coño…?

La chica negó con la cabeza y ladeó el rostro hasta encontrarse de nuevo con su mirada.

—Por favor —suplicó.

A la mierda. Victoria se sacó el bolso. Le llevó un par de intentos deshacerse de él y otro más abrir la cremallera y dar con el teléfono. Temblaba como una hoja, tanto que apenas logró desbloquear la pantalla. Una vez que lo consiguió, se los tendió.

—Llama. A quien sea.

Se quedó ahí, tendiéndole el móvil, pero ninguno lo cogió.

—Marca el número… por favor… —susurró ella. Estaba claro que la chica no estaba nada bien y el hablar la agotaba, pero le dictó los dígitos otra vez.

—De acuerdo. Marcando —informó y, tan pronto como empezó a sonar, activó el altavoz —. Está en manos libres.

Un timbrazo, dos, tres… El tiempo parecía haberse congelado mientras todos contenían la respiración a la espera de que alguien contestase del otro lado.

Por favor. Que alguien conteste.

—¿Quién eres y por qué tienes este número?

Victoria dejó escapar un suspiro de puro alivio.

—Er… sí, hola. Verá, soy… Victoria Philips y tengo aquí a dos…

—*Lore.* Soy Maroon. —Habló entonces el chico, a quien también parecían empezar a fallarle las fuerzas—. Tenemos… una situación de emergencia. Elizabeth… está conmigo. Está herida.

—*¿Maroon? Gracias al cielo.* —La voz masculina del otro lado de la línea perdió parte de su dureza al escuchar al chico—. *¿Estáis a cubierto? ¿Dónde estáis?*

El chico hizo una mueca, su rostro empezó a perder color y su agarre sobre la chica se hizo más y más débil.

—*Nocturna* —musitó el chico en un tono de voz tan bajo que no estaba seguro de si lo habían escuchado—. Situación… *Crisom*. Envía… a los *nocturna*. Liz… —Perdió el agarre sobre la chica y esta quedó tendida de nuevo en el suelo, inerte. ¿Había perdido el conocimiento? —. Salva a Liz, por favor.

—¿Maroon? Maroon, ¿sigues ahí?

El chico cayó de lado, los ojos se le pusieron en blanco, casi como si se girasen dentro de sus cuencas y empezó a temblar y convulsionar.

—¡Oh, joder! —maldijo ella, moviéndose inmediatamente hacia él—. No me jodas, hombre. No me hagas esto.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Maroon?

Victoria se dejó caer en el suelo e hizo lo único que se le ocurrió: aferrar la cabeza del chico para que evitase golpearse en el suelo con ella mientras convulsionaba.

—Mierda. Alex. Llama de inmediato a La Nocturna. Maroon y Elizabeth están vivos —escuchó ella a través del teléfono abandonado—. *Maldita sea, ¿qué está pasando? ¿Victoria? ¿Puedes oírme?*

Bueno, ahora le tocaba a ella, pensó mirando hacia el teléfono.

—En estos momentos estoy un poquito ocupada —siseó en respuesta y añadió al momento —. Necesito que envíe una ambulancia. Estamos en un pequeño supermercado de la N Clark St. El número 2135, creo. Cerca de Lincoln Park Ave. La zona de copas.

—¿Quién eres?

—Pues ahora mismo alguien que no sabe qué hacer —aseguró ella luchando con el pánico que la envolvía—. Él… Maroon ha empezado a convulsionar… Oh, mierda. —Las convulsiones habían parado y el chico ahora estaba totalmente inmóvil—. No, no, no. No me jodas, no me

jodas.

—*Victoria, escúchame.*

Ojalá pudiera, pensó, pero en esos momentos necesitaba concentrarse en el tipo que había dejado de sacudirse como si le estuviesen dando descargas eléctricas.

—Por favor, que no esté muerto. Por favor, que no esté muerto —gimió mientras se esforzaba en buscarle el pulso. Nada. Estaba demasiado nerviosa como para encontrarlo, así que pasó a una comprobación más rápida y pegó la oreja sobre su pecho—. Gracias a Dios. —El corazón le latía y, tras comprobar que también parecía respirar, se sintió aliviada—. Respira. Está respirando y el corazón le late. Creo que solo ha perdido el conocimiento.

—*Bien hecho, Victoria. Bien hecho.* —Oyó a través del teléfono y la voz pareció hacerse más melosa y atractiva, invitándola a seguir escuchándola—. *Ahora, necesito que cojas el teléfono y envíes la ubicación exacta de dónde os encontráis a este mismo número.*

Volvía a dolerle la cabeza. Una vez más sentía que algo intentaba empujar en ella, como si quisiera entrar en su mente a la fuerza. Se revolvió, alejándose del chico, y recuperó el teléfono. Colgó. Fue un movimiento instintivo y dio resultado, porque el dolor cesó en el momento.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —resopló, miró a ambos chicos inconscientes y más allá de ellos—. ¿Es que ese tío está sordo como una tapia? A la mierda. —Entró en la aplicación de mensajería, seleccionó la ubicación y la envió al número al que había llamado—. Y todo por venir a buscar una jodida tarrina de helado—. Chasqueó la lengua y marcó a continuación el número de emergencias. No iba a esperar a ver si el que había estado al otro lado de la línea hacía lo propio—. Sí, necesito una ambulancia…

—Eso ya no es necesario, pero gracias.

Alguien le quitó el móvil de las manos y, cuando se volvió para mirar si al fin se había espabilado el imbécil del mostrador, se encontró con unas fuertes y largas piernas enfundadas en vaqueros oscuros y unas Dr. Martens de color rojo sangre. Empezó a subir hacia arriba y lo que vio le cortó la respiración.

—*Está bien, princesa. No vas a recordar nada de esto…* —le dijo el tipo, acuclillándose hasta quedar a su altura. Era inmenso y tenía unas facciones apuestas, pero eran sus ojos, de un vivo color rojo, lo que capturó completamente su atención. No podía dejar de mirarlos—. *Tranquila, todo está bien ahora…*

El dolor apareció de nuevo, justo en medio de las cejas, y era cada vez más agudo.

—Para… —pidió, cerrando los ojos con fuerza. Dolía, dolía muchísimo—. Basta… *¡Basta!*

—Joder.

—Elijah, apártate ahora mismo de ella.

Aquella nueva voz atravesó el dolor que ya empezaba a desvanecerse. La conocía, se dio

cuenta. La había escuchado antes. Era imposible que la olvidara.

Victoria abrió los ojos y lo vio.

No. No se había imaginado su altura, ni su anchura. Era verdaderamente una montaña de hombre, rudo a la par que elegante, incluso vistiendo unos vaqueros y una chaqueta de cuero. La miraba como si le perteneciese, como si ya hubiese decidido que, si alguien iba a romperle el cuello, ese iba a ser él. Pero esta vez no llevaba esas curiosas gafas. No había nada que ocultase el color rojizo de esos iris, ni la intensidad de una mirada de la que le era imposible escapar.

Lo vio acercarse. Caminaba igual que un felino que estuviese al acecho. Se acuclilló ante ella y esos ojos encarnados se clavaron en los suyos.

—*Ven…* —pronunció con esa voz sensual y grave, una invitación a pecar. Vio cómo le tendía la mano y sus labios se movían una vez más—. *Ven a mí, Victoria.*

Tori entrecerró los ojos, luchando de nuevo con esa incómoda punzada que se le había instalado entre los ojos.

—Y una mierda.

Esperaba que su respuesta hubiese sido alta y clara.



Estaba sangrando.

El hecho de que alguien la hubiese hecho sangrar lo removió por dentro de tal manera que, si Joel no se hubiese puesto delante del vampiro en el mismo instante en que le ladró a Elijah, habría ido a por su hermano de armas.

Un pequeño hilo de sangre escapaba de una de sus fosas nasales, acariciando el labio superior, así como le manchaba uno de los oídos.

La ira creció inmediatamente dentro de él. Quería destrozar a quien la hubiese lastimado de esa manera, lo cual era irracional e innecesario. Él estaba aquí para encargarse de los suyos, no de ella y, sin embargo, la humana había sido la primera a la que había acudido.

Se obligó a apartar la mirada de la mujer durante un instante y posarla sobre los chicos próximos a ellos. Kynan y Nix atendían ya a los muchachos. El primero comprobaba sus constantes, así como su estado general, mientras su compañero extraía de una bolsa médica lo necesario para una primera atención a fin de poder evacuarlos a la mayor brevedad posible. Los dos tenían entrenamiento como paramédicos, nada que fuese más allá de hacer algunas curas de emergencia, poner una vía o hacer alguna sutura, pero lo suficiente para evitar perder a alguien

por falta de tiempo.

Joel permanecía de pie a su lado y Elijah se estaría encargando del humano que estaba tras el mostrador. El chico ya había sido subyugado, suponía que por Maroon, aunque al parecer no habían tenido tanta suerte con la mujer ante él.

Devolvió su atención a la chica, la cual no dejaba de mirarle como si fuese un demonio salido del mismísimo infierno.

—Bast. Hay que trasladarlos ya. —Le informó Kynan con semblante serio—. El chico ha traspasado el umbral y está en pleno Ascenso. Creo que tendremos que hacernos nosotros cargo.

Esa no era una noticia que quisiera escuchar, no con alguien en el estado en el que se encontraba el joven vampiro.

—¿Hay rastro de infección?

De ello dependería su respuesta. Lamentablemente, no era algo sobre lo que ninguno tenía poder de decisión.

—No se trata de eso, *Lore* —respondió Nix por él, girando la cara para encontrarse con sus ojos.

—Ambos están limpios —corroboró Kynan enderezándose ya—. Elizabeth va a necesitar una transfusión de sangre inmediata y el chico… *vigilancia.*

—Abre la brecha —ordenó volviéndose hacia Joel—. Sácalos de aquí.

Su amigo bajó la mirada sobre la humana y la señaló con un gesto de la barbilla. La chica parecía estar siguiendo su conversación, visiblemente confundida.

—Bast, tienes que hacerlo.

—Así que es verdad que sois parte de algún tipo de comando especial… —Las palabras musitadas por Victoria hicieron que ambos depositaran su atención en ella—. Vuestros ojos…

—Una mutación genética —dijo Joel encogiéndose de hombros con total despreocupación. Acto seguido se volvió hacia él—. Hazlo ya.

Sebastian frunció el ceño y gruñó.

—Esto está listo. Joel, nos vamos. —Anunció Nix. Con la ayuda de Elijah, acababa de levantar al vampiro del suelo. Kynan llevaba a la otra muchacha en brazos.

—Sebastian… —Una advertencia en sí misma.

—Lo siento. Te vienes con nosotros. —Se volvió hacia Victoria sin más preámbulos.

—¿Qué?

—¿Es una broma?

—¿A *La Nocturna*?

—La madre que te parió —concluyó Joel el despliegue de respuestas con una fulminante mirada dirigida a él. Su hermano no discutió, se limitó a dar un paso adelante y abrir la brecha para que todos ellos pudiesen dejar atrás este lugar y poner a los dos chicos a salvo. Ahora

mismo esa era su prioridad—. Vámonos.

—Espera, ¿ir a dónde? —jadeó ella—. No, no, no. Yo no voy a ningún lado. —Aseguró, echándose hacia atrás en un intento por ponerse de pie—. No os conozco. No os he visto. No he estado aquí. —Se tambaleó y, de no ser por sus rápidos reflejos, había terminado de nuevo en el suelo—. Ay, Dios, mi cabeza.

—Te juro que ya estaba así antes de que intentase subyugarla —le informó Elijah cuando sus ojos se cruzaron por casualidad—. Su mente es… complicada.

—¿Complicada? —preguntó Nix mirando a su compañero.

—No he podido penetrar en ella —admitió el *nocturna*.

—Creo que voy a vomitar —murmuró Victoria, cerrando los ojos con fuerza y arrugando la nariz.

—Nosotros también, como no nos vayamos ya —declaró Elijah apuntando con un gesto hacia la brecha—. Aquí huele a cloaca.

—Son ellos. —Señaló la humana, pero no se molestó en abrir los ojos—. No me encuentro bien… Creo que…

Sebastian la cogió en brazos y la levantó sin esfuerzo. Acababa de perder el conocimiento.

—Eso sin duda facilitará las cosas —masculló Joel, mirándole de forma censurante.

Optó por no decir una sola palabra al respecto e indicó al grupo que cruzase el umbral, cerrando la comitiva con ella en sus brazos.

CAPÍTULO 17

La Nocturna
Bucktown
Chicago

Los alaridos de la hembra se le clavaron en el alma.

Nadie debería tener que recibir la noticia de que uno de sus hijos había sido asesinado y mucho menos si había ocurrido a manos de los *nosferu*. Un joven humano que a duras penas había alcanzado la madurez, una vida arrebatada demasiado pronto y todo, ¿por qué? ¿Por encontrarse en el lugar y momento equivocados? Una inocente salida para celebrar su cumpleaños entre amigos se había saldado con su propia muerte y una desaparición. Por no mencionar a los dos jóvenes vampiros gravemente heridos y el que su hermana pequeña estuviese ahora mismo luchando por su vida en la mesa de un quirófano.

Veinticuatro horas. Esos dos habían conseguido mantenerse con vida las últimas veinticuatro horas, pero el coste había sido descomunal. El estado en el que ambos se encontraban y el hedor que desprendían les indicó que se habían refugiado en el alcantarillado para evitar las horas diurnas; un movimiento inteligente.

Era un jodido milagro que la joven humana hubiese resistido todo ese tiempo, sobre todo después de la forma en la que había luchado ahí fuera. Si Maroon estaba todavía con vida, era solo porque Elizabeth había intervenido y evitado que los *nosferu* se llevasen también al vampiro.

Y por Dios. Si Kynan tenía razón, y no veía motivo para que se equivocase, el que no estuviesen en manos de esos cabrones era la mejor noticia de todas.

Habían visionado los vídeos que correspondían a las distintas cámaras de la zona hasta dar con el momento exacto en que sucedió todo y la manera en que se llevó a cabo. Los chicos bajaban por la avenida en grupo cuando fueron sorprendidos. Los perdieron de vista en el momento en que abandonaron la vía principal y se internaron en el parque Lincoln. Para cuando volvieron a entrar en el rango de alguna de las cámaras, ya se habían dividido. Una de las de tráfico, situadas en la avenida, grabó a una furgoneta oscura deteniéndose ante una de las entradas. Actuaron con rapidez, introduciendo el cuerpo de alguien en el interior del vehículo y acelerando a continuación para largarse de allí. Otra capturó el instante en el que dos figuras se arrastraban, como si se tratase de una pareja de borrachos, por una calle a un par de manzanas de

distancia de la primera.

Sebastian tomó aquella referencia como punto de partida para comenzar la búsqueda. Peinaron la avenida y el parque. Sabían que el hecho de que hubiesen pasado más de doce horas desde el asalto y posterior secuestro les dificultaría la labor de búsqueda. Era una zona bastante transitada durante el día, pero una vez más quedó de manifiesto que los humanos estaban ciegos a la presencia de la muerte incluso si se encontraba ante sus narices.

No olvidaría jamás el momento en que se detuvo delante de aquel contenedor, uno de esos viejos cubos de metal que había en los callejones, y supo lo que encontraría al abrirlo.

Joel había tenido que obligarlo a retroceder y volver a la calle principal para que montase guardia. Kynan y Nix se encargaron de la extracción.

Tirado a la basura como si no valiese nada.

Le habían roto el cuello. Si bien tenía marcas de mordeduras, unas heridas brutales, la causa de su muerte era aquella. Un juguete roto que ya no servía para nada.

Había empezado a verlo todo rojo. Su rabia surgió como un géiser y en ese estado era peligroso para cualquiera. La brusca intervención de Kynan le puso fin con tan solo una frase: *Los hemos encontrado.*

Aquello le devolvió el enfoque y lo centró lo suficiente como para escuchar el reporte. Un segundo después había abierto una brecha de traslado y tres de ellos entraron de manera inmediata. Los otros dos *nocturna* se encargaron de llevar el cuerpo del joven humano de regreso a la colonia. Para cuando volvieron a unirse a ellos, Bast ya se encontraba delante de la última persona a la que había esperado encontrar esa noche.

Victoria era la humana que había llamado a la colonia, el *problema* al que Elder Breiner había hecho referencia cuando avisó de la situación.

El desesperado llanto que siguió a la desgarradora demostración de pena lo hizo dar media vuelta con intención de dejar el lugar. Este era un momento privado, solo para la Subterra Lake Zurich. No era hora de pedir explicaciones ni de interrogar a nadie. Si bien no pensaba dejar pasar aquella ofensa a su raza, no ahondaría en el dolor que estaban padeciendo.

Miró a Kynan, quien se había quedado, junto con Nix y él mismo, para dar las explicaciones oportunas.

—Quédate aquí. Avísame si hay algún cambio en el estado del joven vampiro —pidió. Si lo que sus hombres preveían acababa por confirmarse, tendría que regresar para hablar esta vez con el *Lore* de la colonia con respecto al futuro del chico.

—Putos cabrones… —escupió Nix, con la mirada puesta al otro lado de la puerta.

—Los encontraremos, *hermano*. Así tengamos que levantar cada jodida piedra de Chicago o el maldito mundo, daremos con ellos y pagarán por lo que hicieron —prometió mirando de manera soslayada al *nocturna*—. Te lo juro.

El vampiro asintió, confiando en su palabra. Entonces dio media vuelta y abrió la brecha para regresar a *La Nocturna.*

—¿Bast? —Lo llamó Kynan después de que Nix hubiese cruzado ya—. ¿Quién es *ella*?

—Eso es lo que intento averiguar —respondió con total sinceridad—. Llámame si pasa cualquier cosa.

—Lo haré, *Lore.*

Procuró no hacer una mueca al escuchar su título y atravesó la brecha antes de que esta se cerrase detrás de él. No le sorprendió lo más mínimo encontrarse con el resto de los *nocturna* esperándole. Sabía que antes o después tendría que dar explicaciones de lo que había hecho, aun cuando ni él mismo las tenía.

Había dejado a la humana en brazos de Joel, con órdenes de vigilarla, tan pronto como entraron en la colonia. Acto seguido, él mismo había abierto la brecha para trasladar a los chicos a Lake Zurich y ponerlos en manos del equipo médico que ya los esperaba.

No iba a entregar a Victoria al *Lore* de la colonia. Esa mujer estaba desde ahora bajo su protección y todo lo que tuviese que ver con ella debería tratarse con él.

—La humana tiene que marcharse de aquí. —Elijah no se anduvo por las ramas y fue tajante.

—No sé, Eli. Ni siquiera has podido subyugarla. No creo que sea seguro dejarla ir hasta que arreglemos eso —apuntó Nix cruzándose de brazos, pero su mirada se había posado sobre él —. ¿Sabías que tenía una mente tan poderosa?

—Dudo que ella misma lo sepa —admitió y miró a Joel, el cual se limitaba a dedicarle esa mirada de *«no puedo creer que hayas hecho eso»*.

—Sigue inconsciente —le informó su hermano—. La he dejado en el sofá del salón pequeño y he cerrado con llave.

Asintió en mudo agradecimiento mientras seguían bombardeándole con preguntas.

—¿Por qué tengo la sensación de que no es la primera vez que os topáis con esa humana? —preguntó Elijah alternando la mirada entre uno y otro.

—Porque no es la primera vez que *todos* lo hacemos —apuntó Joel.

—¿Cómo que *todos*?

—Trabaja de camarera en *La Azotea* —corroboró Nix. Dado que había sido él quien le recomendó el lugar a Joel, entendía que la recordase—. Está bien que te gustara el local, Bast, pero la idea es ir allí a buscar lo que necesitas, no traértelo a casa.

—Espera, ¿te alimentaste de ella?

—Tendría que haber sido un tentempié, no un banco de sangre —replicó Joel con evidente sarcasmo—. Pero no estaba hablando de su lugar de trabajo. La primera vez que nos encontramos con ella agonizaba en medio de la carretera.

Nix dejó escapar un largo silbido y Elijah maldijo.

—Mierda. La mujer que encontramos fuera de la vieja cárcel, en Joliet —confirmó este último, dejando claro que la había recordado—. Joder, Bast. ¿En qué mierda estabas pensando? Ella fue sacada de allí por los *Sangre Liberta.*

—¿Y?

—Que puede que la tengan en el radar —concluyó Nix por su amigo.

Ya había pensado en esa posibilidad. Era uno de los motivos por los que era muy cuidadoso con los humanos con los que se relacionaba fuera de la colonia. Y Victoria no era una excepción. Con todo, estaba convencido de haber tenido éxito nublando sus recuerdos con respecto a él y su encuentro en aquel cuartucho.

Entonces, ¿por qué la había traído consigo?

Porque la idea de que cualquier otro vampiro le pusiera las manos encima lo irritaba.

La habían lastimado. La hemorragia nasal y la sangre que le manchaba uno de los oídos eran prueba de que alguien había empujado con fuerza en su mente, intentando superar un bloqueo diamantino. No conocía a muchos humanos que pudieran levantar un muro semejante, no sin darse cuenta, al menos. Hacía falta mucha concentración y saber a lo que se exponían para poder construir algo así y Victoria parecía no darse ni cuenta. Solo reaccionaba al dolor de la intrusión.

—No pertenece a los *sabuesos* —replicó con serenidad.

—¿Y sabe lo que eres? ¿Lo que somos? —Nix lo miró a los ojos al hacer aquella pregunta.

—No —respondió con firmeza.

—Quizá no hasta esta noche —resopló Joel, recordando a todos la posición en la que la habían encontrado—. Maroon no pareció tener mucho éxito en controlarla. Porque deduzco que ese torpe intento fue por su parte. Y no lo culpo, hizo todo lo que pudo en la situación en la que se encontraba. El chico ha empezado a cruzar el umbral antes de tiempo.

Nix asintió en respuesta.

—Ni siquiera ha cumplido los cien —añadió este con un gesto de la cabeza con el que parecía decir *«menuda putada»*—. Si lo sobrepasa, es probable que tengas que reclamarle, *Lore.*

Asintió. Si cruzaba el umbral y ascendía como *nocturna,* pues podría no hacerlo y quedar todo en un *«y si»,* tendría que encargarse de ello.

—¿Cuál fue el último vampiro que traspasó el umbral y acabó en nuestro lado?

—¿Antes o después de la epidemia? —preguntó Joel.

—Dado que ninguno ha venido al mundo después de la epidemia… —señaló Elijah mirando a su amigo—. Diría que pregunta por *«antes»,* excluyéndonos a nosotros.

El hombre asintió.

—Nunca fuimos demasiado numerosos —comentó Joel frotándose la barbilla—. Linux y

Reven fueron víctimas de la epidemia. Y ese tío, ¿cómo se llamaba? El que tenía las pupilas blancas.

—Neron. —Le dio el nombre del *nocturna* en cuestión—. Pero él no cayó en la epidemia, sino bajo la espada del rey Maldito.

—*El Tejedor*. —Nix negó con la cabeza—. Él era uno de los antiguos.

—Sí. Fue quien mantuvo a raya al rey para que Bast pudiese salir de allí con la *Sanguia* y traernos a todos a este lado del mundo —corroboró Joel, recordando el episodio tan bien como lo hacía él—. Siempre fue un hombre… extraño.

—El último que cruzó el ascenso y acabó en el bando de los *nocturna* era un vampiro delgadito. Rubio y parecía estar siempre de mal humor.

—Eon —confirmó. Bast empezó a sumirse más y más en los recuerdos con cada nombre pronunciado. Los rostros venían a su mente, como si no quisieran ser olvidados—. Fue después de que rescatásemos al consorte. Era huérfano. El hijo de un artesano, si mal no recuerdo.

Todavía no había cumplido la centena, pero no recordaba su edad exacta. Empezó a cruzar el umbral y, cuando emergió, su sangre era *nocturna*. Sus ojos claros se volvieron rojos y su don primordial empezó a manifestarse poco después. No llegaron a tratarlo demasiado. No hubo tiempo. Ni siquiera podía decir que tuviese muchos recuerdos sobre él o su estadía entre ellos.

Por entonces era lo habitual. Si pasabas la transición y ascendías como *nocturna*, abandonabas la vida que habías llevado, a los vampiros con los que habías crecido, a tu propia familia, en caso de que todavía la tuvieses, y entrabas a formar parte de la guardia de la reina.

Pero esos eran otros tiempos, otro mundo, y su actual reina tenía poco o ningún interés en tener un cuerpo de guardia a su disposición.

—Cruzaremos ese puente llegado el momento —acabó por responder—. Si asciende y es su deseo, hablaré con nuestra *Sanguia*, pero… Será él quien decida.

—¿Estás seguro? —Nix frunció el ceño—. Si asciende, su don primordial lo hará también y necesitará guía, una que su gente no podrá darle.

—Y nosotros estaremos aquí para guiarle. Pero no voy a obligar a nadie a renegar de quién fue para abrazar una vida que nunca será como la que deja atrás.

Ninguno replicó, lo que significaba que estaban pensando en cómo había sido para ellos el dar ese paso o cómo se vieron obligados a darlo.

—Bien. Volvamos con la humana… —Elijah retomó el tema inicial—. Si lo de nublarle la mente y tapiar sus recuerdos no es una opción, habrá que deshacerse de…

Bast entrecerró los ojos y desnudó automáticamente los dientes. No se dio cuenta de que estaba amenazando a su compañero hasta que Joel le apretó el hombro.

—Sebastian…

—Pues sí que está bien la cosa —murmuró Nix cruzándose de brazos—. Te das cuenta de

lo que esto significa, ¿no?

—Que si soy inteligente, me mantendré a diez metros de distancia de esa mujer —declaró Elijah deteniéndose al lado de su compañero—. Recuérdame que sea inteligente, tío.

—Sí, me doy cuenta —respondió Joel, pues era evidente que la pregunta iba dirigida a él —. Aunque no estoy seguro de que él lo haya hecho.

—No me jodas. —Lo fulminó con la mirada. No estaba dispuesto a ir por allí.

—No soy yo el que está enseñando los colmillos a diestro y siniestro, hermano —señaló el *nocturna*—. La has *elegido* y no precisamente como un aperitivo.

—No sé qué te diga, Joel. Humanos. Aperitivos. Para mí suenan igual.

—Elijah, cállate —respondieron Nix y Joel al mismo tiempo.

—Sí, será mejor que cierre el pico y dé un paso atrás —afirmó el aludido haciendo justo eso cuando posó la mirada sobre él. Por lo general, Elijah solo era molesto, pero en esos momentos lo estaba cabreando a base de bien y no era lo usual—. No he dicho nada, Bast.

Su respuesta fue gruñirle.

—Abajo, *nocturna*. —Joel se puso entre él y los otros dos vampiros, rompiendo su línea visual—. Sabes tan bien como yo que traerla aquí no ha sido una buena idea. Estás violando las reglas que tú mismo impusiste. *La Sanguia* está aquí, Sebastian. Su seguridad debe ser siempre lo primero. Incluso por encima de ti mismo.

Siseó en respuesta a sus palabras, pero sabía que tenía razón. No había nada que no supiera ya, pero parecía olvidarlo convenientemente cuando pensaba en la humana encerrada un par de habitaciones más allá.

No habían hecho más que poner sobre la mesa lo evidente y, por mucho que le jodiese admitirlo, sus actos, conscientes o no, hablaban por sí solos.

El empeñarse en traer a Victoria a la colonia no era sino una conformación más. Después de todo, ¿no estaba completa y absolutamente obsesionado con ella? No se trataba solo de que se hubiese tomado su sangre, esa que sabía cómo un especiado vino añejo, sino que quería volver a hacerlo.

—Mierda. —No le quedó más que admitir para sí mismo la realidad. Después de todo, ¿no acaba de secuestrarla?

—Estás de ella hasta el cuello, *mi Lore*, hasta el cuello —confirmó Joel, cruzándose de brazos—. Pero lo hecho, hecho está, ¿no?

—No creo que ese tipo de elecciones puedan deshacerse después de tomadas —mencionó Nix mirándole de arriba abajo—. Tienes agallas, Bast. Nadie podrá decir nunca lo contrario.

—Buena suerte, hermano, te hará falta de aquí en adelante —añadió Elijah, quien había dejado a un lado su lado graciosillo y hablaba con palpable seriedad.

—Respetaremos y certificaremos tu elección si es necesario —le dijo entonces Joel,

posando la mano sobre su hombro y dándole un apretón.

Se estremeció. Un maldito escalofrío le bajó por la columna y tuvo que admitir para sí lo que ellos ya habían visto: Había elegido a esa hembra humana como pareja de vida.

Mierda.

CAPÍTULO 18

Oscuridad. Algo malo y aterrador se escondía en aquella espesa negrura e iba a por ella. No podía moverse, era como si tuviese los pies clavados al suelo. Escuchó sonidos, gritos de horror y auxilio procedentes de todos lados, pero seguía sin poder dar un solo paso para alejarse de allí.

«¡Corre, Tori!».

La advertencia resonó en sus oídos casi al mismo tiempo que la oscuridad tomaba forma delante de ella. Sintió terror, una sensación visceral que la hizo retroceder, libre al fin de la parálisis y lanzarse en una vertiginosa carrera. No veía nada, no sabía dónde estaba o por dónde iba, solo que algo la perseguía y que la mataría si la alcanzaba. Del mismo modo en que los había matado a todos…

Victoria abrió los ojos de golpe con el grito congelado en la garganta. Se agitó como una loca y el movimiento la hizo caer al suelo. El porrazo fue suficiente para arrancarle el aliento y volverla consciente de cada centímetro de su cuerpo. Se incorporó hasta quedar sentada y barrió la estancia con la mirada, dándose cuenta de que no reconocía nada de aquello.

—Joder… —Se llevó la mano a la cabeza y cerró los ojos al notar de nuevo esa conocida punzada entre las cejas. Era lo bastante molesta como para creer que necesitaría tomarse un par de analgésicos y meterse en la cama hasta que se le pasara. Sin embargo, dicho deseo no parecía estar muy en consonancia con la realidad.

Abrió los ojos con cuidado, como si de esa manera pudiese controlar el latido dentro de su cráneo y recuperar el enfocar su visión. Le llevó varias hondas respiraciones, pero al fin lo consiguió y confirmó lo que ya sabía: no tenía ni puta idea de dónde estaba.

—Qué coño… —Mientras trataba de dar con la respuesta, su mente se despejó lo suficiente para trasladarse a lo que había ocurrido antes de despertarse en este lugar—. Mi tarrina de helado… ¡Los chicos!

Se incorporó de golpe y miró una vez más en torno a ella. Una pequeña sala de estar con algunos sillones, el sofá en el que habría estado tumbada antes de acabar en el suelo, una mesa y

varios muebles que, en conjunto, parecían sacados de algún museo del romanticismo… Incluso la alfombra que cubría el suelo parecía antigua y rematadamente cara. Las paredes lisas estaban cubiertas por un tapiz y un enorme cuadro bastante moderno, que sin duda desentonaba alegremente con el resto del mobiliario. Y no había una sola ventana, solo una puerta a su derecha.

Y estaba cerrada.

—Venga, ya, ¿encerrada? ¿En serio? —jadeó al ver que la manija cedía, pero el bloque de madera no se movía. No se lo pensó dos veces y empezó a aporrearla con tanto ímpetu que, lo que comenzó con unas pequeñas palmadas, se convirtió en una lucha de patadas y puñetazos contra ella—. ¿Hola? ¿Alguien puede oírme? ¡Abrid esta jodida puerta! ¡Abridme, maldita sea! ¡Abrid ahora mismo o…!

El sonido metálico de algo entrando en la cerradura y moviéndose la detuvo en el acto, dio un paso atrás y se preparó para saltarle encima a quien fuese.

La manija bajó y en ese momento la aferró desde dentro, tirando con fuerza y encontrándose al mismo tiempo volando hacia atrás para terminar cayendo de culo.

—Ya era… hora… —resopló. Levantó la cabeza y en cuanto sus ojos se posaron sobre el recién llegado, volvieron a su mente todas y cada una de las imágenes de esa noche.

Su búsqueda de la tarrina de helado. El encuentro con los dos muchachos que parecían haber sobrevivido a algún tipo de pelea. Los ojos inyectados en sangre. Los imposibles y desarrollados caninos en aquella boca y él, mirándola igual que ahora, sin gafas que cubriesen esos iris de un intenso carmesí.

—Sebastian —pronunció su nombre, como si eso lo volviese real y alejase el espejismo.

—Victoria —respondió él con un ligero asentimiento. Entonces dio un paso adelante, luego otro y le tendió la mano.

Tori se quedó mirando esa enorme palma, los dedos largos y fuertes, y sintió que se estremecía por dentro. Cuando aceptó la ayuda para levantarse del suelo, acabó volando hasta terminar de nuevo sobre sus pies. Ese hombre tenía una fuerza descomunal.

—*Er*… Hola. —Fue todo lo que se le ocurrió decir. Era difícil dejar de mirar esos ojos que seguían clavados en ella. Era incapaz de apartar la mirada, pero mantenerla de esa manera era sin duda grosero. En cuanto la apartó, notó el suelo moviéndose bajo sus pies. Fue solo un segundo, pero suficiente como para que extendiese el otro brazo y se sujetase de él—. Vale. Eso ha sido raro.

Más que raro. Sus ojos se desplazaron al fuerte brazo que tenía bajo la mano, aquel al que se había aferrado. Por Dios, ese hombre era cemento armado y además olía muy, pero que muy bien.

—Lo siento, creo que mi cerebro se ha declarado en huelga —le dijo. Ni que esa fuese una

respuesta adecuada en aquellos momentos—. *Um.* ¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste. —Su voz era tan profunda y fuerte como recordaba, una caricia erótica en toda regla. Podría quedarse escuchándole hablar horas y horas—. Intuyo que la intrusión de Elijah fue demasiado para tu mente y decidió desconectarse.

—¿La intrusión de quién? —repitió, sacudiendo la cabeza en un intento por despejarse y centrarse en lo que le estaba diciendo y no en lo bueno que estaba ese hombre—. No, espera… Los chicos. Los muchachos en la tienda, ¿habéis llamado a una ambulancia?

—Están siendo atendidos por nuestros médicos. —Esa respuesta debería haberla aliviado, pero lo que dijo no era lo que ella esperaba escuchar.

—¿Vuestros médicos? —Se llevó la mano a la cabeza y cerró los ojos durante un instante. Si tan solo dejase de palpitarle, podría concentrarse mejor—. Necesito sentarme un momento.

—Por supuesto.

Suspirar de alivio al sentir el sillón bajo su trasero habría sido demasiado vergonzoso, así que contuvo las ganas y trató de que su mente volviese a trabajar en condiciones.

—Vosotros estabais allí… Joel y tú —apuntó y acto seguido frunció el ceño al recordar otro rostro desconocido y realmente apuesto—. Y alguien más. —Alguien que había hecho que le volviese a doler la cabeza. Le había pasado igual con ese chico. El de los ojos rojos. Tori abrió los suyos de golpe y levantó los deslizó sobre el enorme cuerpo masculino ante ella—. Él también tenía los ojos de ese color…

—¿Quién? —le preguntó. Aunque no parecía más interesado en esa respuesta que en cualquier otra.

Varias personas, en realidad.

Por su mente pasaron imágenes del muchacho herido. Sus ojos eran rojos. Aunque en su caso no era solo el iris, tenía un derrame en el área blanca. Y también los de Joel, aunque él solo tenía los iris de color rojo. Y estaba aquel otro tipo, al que no conocía. Todos ellos tenían los ojos de ese extraño tono carmesí.

—Todos… —murmuró centrándose de nuevo en su mirada—. Es una mutación genética. —Las palabras se colaron en su mente, pero no era su voz; alguien había pronunciado aquello—. Alguien dijo… que era una mutación genética.

—Lo es —corroboró él.

Tori se lo quedó mirando fijamente. Primero sus ojos, luego su boca. Sonrió para sí y sacudió la cabeza, convencida de que lo que se le estaba pasando por la mente era tan absurdo como insostenible.

—Vale. Está claro que está pasando algo y me lo estoy perdiendo —dijo más para sí misma que para él—. ¿Quién demonios sois? ¿Un comando del ejército? ¿Seguridad de alguna empresa privada? ¿Trabajáis para una agencia gubernamental? ¿Sois de los *Navy SEALs*?

Él se limitó a enarcar una ceja oscura y acto seguido se limitó a responder con un:

—No.

—Y ya está. Eso es todo lo que tienes que decir —replicó entre sorprendida y divertida. ¿Le estaba tomando el pelo o qué?

Si no lo estuviese mirando, se habría perdido el breve suspiro que escapó de esos sensuales labios, pero era difícil no mirar a ese hombre.

—Primero, dime qué has visto tú esta noche, ¿qué es lo que recuerdas exactamente? —Una vez más hablaba casi sin despegar los labios, como si tuviese alguna dificultad para expresarse o quisiera ocultar algo. ¿Le faltaría algún diente? Lo innegable era que tenía una habilidad única para obtener respuestas inmediatas de ella. En un abrir y cerrar de ojos se encontró relatándole su búsqueda de helado, la aparente ineptitud del empleado de la tienda y su encuentro con los dos pandilleros heridos que se encontró en su interior.

—Llamé al número que me recitaron. El chico, Maroon, habló con alguien. Eso fue antes de darme el susto de mi vida cuando pensé que había dejado de respirar. La persona al otro lado del teléfono se puso un poquito impertinente y le colgué. Y un segundo después aparecisteis los *G.I. JOE* —concluyó casi ahogada. Apenas había respirado entre palabra y palabra, recitándolo todo con rapidez—. ¿Es verdad que están recibiendo asistencia médica?

—Gracias a tu llamada, hemos podido llegar a ellos y trasladarlos de inmediato a una de nuestras unidades médicas —confirmó y, escucharlo una vez más la alivió—. Que salgan o no adelante dependerá únicamente de ellos.

—Fue una pelea entre bandas o algo, ¿no? —mencionó, a sabiendas de que se estaba metiendo en cosas que no eran de su incumbencia—. ¿Cómo pueden hacerles eso a otras personas? ¿Es que tan poco valen sus vidas?

—No ha sido una pelea entre bandas. Los chicos fueron atacados por… algo que no podrías llegar a comprender —replicó entre dientes.

Victoria dejó de escucharle en el momento en que vio como retiraba ligeramente el labio superior al hablar y aparecía algo que no debería estar allí. Un repentino escalofrío le bajó por la columna y la estremeció por dentro, despertando un miedo primitivo que, tan rápido como vino, se fue.

No. No has visto lo que crees haber visto.

Y sin embargo, acabó levantándose de golpe del sofá y, sin mediar palabra se acercó a él y, con la mirada todavía clavada en su boca, le soltó.

—Sonríe.

—¿Disculpa?

—Que sonrías —ordenó.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Estaba genuinamente confundido.

—Porque sería menos bochornoso e intrusivo que pellizcarte el labio superior y comprobar que… —Él dejó escapar un resoplido de risa y el gesto elevó la comisura de su boca, dándole de nuevo un vislumbre de lo que le había parecido ver—. Así que eres de esos imbéciles que se gastan el dinero en ponerse estúpidos implantes dentales.

Verle acariciar la punta de aquel colmillo con la lengua le provocó un nuevo escalofrío que la recorrió por entero y terminó hundiéndose en su bajo vientre.

¿Cómo demonios podía parecerle ese gesto sexy? ¿O cómo no?

—No tengo implantes dentales, Victoria, son parte de mi genética.

Iris rojos, colmillos un pelín desarrollados… Sí, claro, *genética*.

—Y ahora me dirás que también bebes sangre y duermes en un ataúd.

—Duermo en una cama tamaño *King Size* de lo más cómoda —replicó con lo que le pareció un tono de lo más simplista.

—Es bueno saberlo —dijo ella y al ver que él la miraba y enarcaba una ceja en respuesta, sintió que se le encendían las mejillas y se apresuró a añadir—. No creo que hagan ataúdes de tu tamaño.

Un nuevo resoplido brotó de sus labios y con él volvió a vislumbrar de nuevo los blancos y puntiagudos colmillos.

—En cuanto a mi dieta líquida… —continuó él como si estuviese hablando del tiempo y no haciendo una revelación de lo más absurda—. Una vez más se trata de un requisito genético.

—Venga ya. —Le estaba tomando el pelo, estaba clarísimo—. Y ahora vas a decirme que también prefieres morder cuellos.

Se lamió los labios y ese gesto atrajo de inmediato su atención a esa parte del cuerpo masculino.

—Depende de lo íntimo que quiera que sea el contacto —declaró con esa naturalidad que sugería que era algo que tenía tan asumido que se lo creía como si fuese verdad—. Y de quién sea mi donante.

—*Donante.* Ya. Qué bonito.

—No crees ni una sola palabra de lo que te estoy diciendo.

—Sí me creo que duermas en una cama enorme —admitió ella al tiempo que se cruzaba de brazos—. Eso sí me lo creo.

Su forma de sonreír empezaba a gustarle tanto como la sacaba de quicio. Era como si, en cierto modo, se estuviese burlando de ella.

—Oh, tío, estás a *esto* de que te borre esa sonrisita de la cara de una bofetada —le dijo mientras juntaba el índice y el pulgar y mostraba lo cerca que estaba de cumplir esa amenaza—. No sé quién te piensas que eres, pero *esto* no tiene ni pizca de gracia.

Sebastian se la quedó mirando. Incluso ladeó la cabeza para observarla como si en vez de

una mujer fuese un espécimen raro.

—Descubrir la verdad de ciertas cosas, por muy extrañas o inconcebibles que puedan parecer, pocas veces resulta gracioso —replicó él y, con esos ojos topándose de nuevo con los suyos, susurró—. *Ven aquí, Victoria.*

Como si estuviese atada a ese hombre por una cuerda, se encontró moviéndose hacia él y preguntándose al mismo tiempo por qué lo hacía. Entonces esa mano enorme resbaló por su mejilla en una caricia cálida y amable, reteniéndola en el lugar mientras se inclinaba sobre ella.

—¿Todavía lo sientes, no es así? Aun cuando me he esforzado en velarlo, en que no fueses consciente de ello. Lo sigues notando… justo aquí. —Resbaló los dedos sobre su cuello, hasta el punto en el que le latía el pulso y que no dejaba de picarle. La sensación de su contacto fue tal que se estremeció de la cabeza a los pies—. Y no creo equivocarme al decir que también… aquí. —La otra mano le acarició la cadera. Fue solo un roce, pero notó como si la recorriese un relámpago que conectó el lugar que acariciaba con su sexo, humedeciéndola al momento—. Sí, puedo sentir en ti que así es.

A Victoria se le secó la boca. Su mente le gritaba que le diese un empujón o le cruzase la cara de un bofetón, pero, en cambio, se encontró a sí misma inclinándose hacia esa caricia, lo que la mortificó aún más.

—Mierda, Bast… —gimió y no pudo sino avergonzarse por su propia debilidad en lo que se refería a ese hombre. Apenas lo conocía. ¿Cuánto tiempo había hablado con él? ¿Quince minutos? Y aquí estaba ahora, derritiéndose bajo una caricia que anhelaba más de lo que podía siquiera admitir.

—*Tori…* —Susurró el diminutivo de su nombre al oído de tal manera que ella se estremeció de la cabeza a los pies—. Hueles demasiado bien…

—¿Y eso es malo? —Menuda pregunta estúpida. Se flageló a sí misma y decidió que sería mejor cerrar la boca.

—En absoluto, dulzura, diría que es todo lo contrario a malo. Es perfecto —aseguró inclinándose sobre su cuello. Sus labios se detuvieron justo en ese lugar que no dejaba de picarle y notó como deslizaba la punta de la lengua por ese punto concreto haciéndola estremecer.

—Ay, Dios… —Gimió ella y ladeó la cabeza para darle mayor acceso.

—¿Victoria? —Su voz era pura seda, un cálido y erótico ronroneo que le acarició el oído como si lo estuviese haciendo su propia lengua.

—*Um.* —Su cerebro se le estaba licuando y no podía pensar con claridad.

—Voy a *morderte*… —Las palabras se colaron en su mente, pero no tuvieron verdadero significado hasta un instante después—. Seré suave. Lo prometo.

Suave. Sí. Sin duda sería suave y…

Tori jadeó y abrió los ojos como platos cuando notó un agudo dolor en el lado del cuello.

Fue tan rápido como fugaz y al instante quedó relegado por la inesperada e intensa ola de puro calor que la invadió por dentro. Se aferró a él casi sin pensar, buscando un asidero en la repentina deriva en la que se sumergió su mente, y al instante se vio recompensada por los brazos de él ciñéndola, apretándola contra un cuerpo cálido y duro.

No podía respirar, no tenía la más remota idea de a dónde se había ido el aire. Sus pensamientos se volvieron inconexos a pesar de que había algo allí, en lo más hondo de su mente, que parecía hacerle señales. *«Date cuenta de lo que sucede, estúpida»* parecía querer decirle.

Dejó escapar un gemido ante la sensación de sus labios, del tirón que parecían ejercer sobre su carne. Todo su cuerpo se había licuado y ni siquiera estaba segura de sí todavía estaba de pie o si el mundo se había vuelto del revés.

Colmillos. La palabra llegó a ella flotando y, durante un latido, volvió a verle sonreír en su mente de esa manera tan particular. Él tenía colmillos, sí. Unas espectaculares prótesis.

Genética. También tenía una genética espectacular, eso estaba claro. Había muy pocos hombres sobre la faz de la tierra que pudiesen comparársele; al menos que ella hubiese conocido.

Ojos rojos. Inusuales, pero preciosos e hipnóticos. Y no era el único que tenía esos ojos. El muchacho, Maroon. Y esos dos hombres, Joel y el otro tipo. Ellos también tenían un color similar, pero no igual.

Voy a morderte.

¿Morderla? ¿Por qué eso le parecía tan inquietante y erótico al mismo tiempo? Más aún, ¿por qué tenía la sensación de que se le estaba escapando lo más importante? Las piezas del puzle estaban allí, todas y cada una de ellas. Solo tenía que aclararse la mente un segundo y pensar.

El almacén de *La Azotea*. Su boca sobre ella, su cuerpo tan cerca como ahora o aún más.

Mierda, ¿se habían enrollado de verdad? Eso era imposible. Debía haberlo imaginado o quizá fuese uno de esos extraños sueños eróticos que la habían asaltado esa última semana. Con todo, la sensación de estar en sus brazos le resultaba familiar. Su aroma, su boca sobre su cuello, sus dedos… todo era tan familiar.

Oh, joder. Jadeó y se estremeció contra él justo en el momento en que la succión se detenía y esa húmeda y caliente lengua resbalaba de nuevo sobre su piel.

No, esta vez no se trataba de un orgasmo, aunque lo había habido, no ahora, ni aquí, ¿verdad?

Sintió que le flaqueaban las piernas y estaba segura de que se habría caído al suelo si esos fuertes brazos no la estuviesen ciñendo, engulléndola como si quisieran que formase parte de aquel monumento a la masculinidad más pura.

—¿Sebastian? —Consiguió que las palabras saliesen de su atenazada garganta.

—*¿Um?* —Creyó oírlo ronronear contra su cuello, su lengua lamiéndole con suavidad la zona en la que el pulso empezaba a latir cada vez más rápido en consonancia con su estado mental.

—Dime que te has dedicado a dejarme un chupetón y que no has… *er*… probado esa *dieta líquida* de la que hablabas.

—No puedo. —Su voz le sonó más ronca y sensual que nunca—. Aunque todavía estoy a tiempo de dejarte uno, si eso es lo que quieres.

¡Cristo bendito!

Se las ingenió para echarse hacia atrás lo suficiente para buscar su rostro. Y ahí estaba. Esa mirada intensa carmesí, los labios ligeramente separados y los colmillos en su boca, todavía manchados de… *su sangre.*

Victoria se quedó sin respiración, incapaz de apartar la mirada de esos dientes incluso cuando lo vio deslizar la punta de la lengua sobre ellos.

—No me jodas —se escuchó graznar a sí misma—. No puedes ser un *vampiro*.

Sobre todo porque… *¡Los vampiros no existían!*

Su mente gritó aquello con tanta fuerza que casi se queda sorda. Al mismo tiempo, todas las cosas que parecían escapársele entre los dedos, que no alcanzaba a retener, fueron encajando como pequeñas piezas en sus respectivos lugares.

¡Y boom! Lo que había pasado en el almacén volvió con toda nitidez, dejándola una vez más sin respiración.

—No. No es posible. —Abrió los ojos como platos—. Esto es una broma, ¿verdad?

Él negó con la cabeza, le remetió unos mechones de pelo detrás de la oreja y, esta vez, cuando habló, no se molestó en ocultar esas puntas que asomaban más allá de la línea normal de sus dientes.

—El término adecuado para los de mi clase es *nocturna* —le informó con esa voz suave y profunda que tanto le gustaba—. Pero entiendo que tú estás más familiarizada con el término *vampiro*.

Victoria dio un paso atrás. Luego otro, y otro más, hasta salir del círculo en el que la habían retenido sus brazos. Se llevó una temblorosa mano al cuello y notó como dos pequeñas picaduras de mosquito bajo las yemas de sus dedos. La repercusión de aquello le arrebató el color del rostro y la dejó temblorosa y hundiéndose poco a poco en un irracional y primitivo miedo.

—No… No puedo respirar… —jadeó. Y no podía. Los pulmones se negaron a seguir funcionando, dejándola sin el preciado aire que necesitaba—. Oh, Dios. No… no puedo… respi… respirar.

—Victoria. —Él pasó de estar casi a un par de metros de distancia a sobre ella. Sus ojos

analizando su rostro como si buscase algo o esperase encontrarlo—. *Escúchame, céntrate en mi voz…*

Sacudió la cabeza y jadeó en busca de un aire que no entraba.

—*Tori…* —Esa caricia de nuevo, pero ahora en su mente—. *Respira hondo.*

Lo hizo. Inspiró con fuerza y se llenó los pulmones de ese preciado aire para luego dejarlo salir. Repitió la operación un par de veces con tanta fuerza que acabó atragantándose y tosiendo.

—Despacio… —Una mano le frotaba la espalda con un inesperado gesto tranquilizador—. Respira despacio. Eso es. Dentro y fuera.

Sus piernas decidieron que ya era hora de dejar de sostenerla y acabó escurriéndose hasta el suelo, donde se quedó boqueando durante un rato. Esta vez, él se acuclilló frente a ella, como si quisiera asegurarse de que no se moría allí mismo. Y, cuando sus miradas volvieron a cruzarse, no lo pensó, echó el brazo hacia atrás y le cruzó la cara de un bofetón.

—Eres un grandísimo hijo de puta —declaró llena de rabia e incredulidad—. ¿En el almacén del bar? ¿En serio?

CAPÍTULO 19

Así que también recuerdas eso, pensó Bast mirando a la única mujer que era capaz de hacerle perder la cabeza con tan solo su presencia. Se llevó la mano al rostro de manera automática. No sabía qué le sorprendía más, si el guantazo que le acababa de dar o que le estuviese echando en cara que se hubiesen enrollado en aquel cuartucho.

Los ojos verdes de la humana echaban chispas, sus labios estaban separados y respiraba de manera agitada, sin duda porque hasta hacía cosa de unos segundos había sido incapaz de hacerlo por sí misma.

Le entró pánico. En el momento en que fue consciente de que las palabras que salían de su boca no eran un engaño y encajaban con lo que quiera que le estuviese dando vueltas en la cabeza en los últimos minutos, se dejó dominar por el pánico y perdió el control de su respiración.

Por los dioses. *La había mordido*. Había vuelto a beber de ella, aun cuando no tenía verdadera necesidad. Sencillamente, necesitó hacerlo, como si con ello estuviese marcando su territorio y reclamando a la hembra que deseaba. Porque era un hecho, deseaba a Victoria.

La había avisado de lo que iba a suceder y, una vez más, actuó por instinto. Quería sumergirse en su mente y engatusarla de modo que no se resistiera ni fuese consciente de lo que estaba pasando, pero una vez más, la chica le impidió ir más allá de una distracción superficial.

Ella no se resistió porque lo deseaba. Podía oler su deseo aún ahora, a pesar de su evidente cabreo. Su cuerpo estaba listo para recibirlo, para dejarse complacer y alcanzar el prometido placer, pero ni siquiera él era lo bastante estúpido como para dar ese paso ahora.

Estaba claro que la sutileza no era lo suyo. Se parecía más bien a un elefante entrando en una cacharrería, arrasando con todo a bombo y platillo.

Se lamió los labios, todavía notando el regusto de la sangre de la humana, un sabor que no iba a olvidar en la vida.

—Allí… allí también me… mordiste… —continuó ella, echando la cabeza hacia atrás para poder mirarle—. Madre mía. Tengo que estar alucinando. Esto no tiene ningún sentido, así que tengo que estar alucinando o… O quizá sean secuelas tardías del accidente.

—No estás alucinando y no se trata de ninguna secuela del accidente —aseguró arrodillándose ante ella y asentándose sobre los talones—. Y lamento que las cosas hayan salido

de este modo. Mi intención no era esta, te lo aseguro.

—¿Cuál no era tu intención exactamente? ¿Meterme la lengua hasta la campanilla y la mano dentro de las bragas? —repuso con visible irritación. Entonces, como si acabase de ser consciente de lo que había salido de su boca, se sonrojó por completo.

No. Lo cierto es que aquello no había formado parte de sus planes, pero una vez probó sus labios y conoció su sabor, las cosas se le fueron de las manos. Solo buscaba nutrirse y hacer que el momento también fuese agradable para ella, pero el deseo que Tori despertó en él lo cogió por sorpresa y lo hizo perderse en él.

—Disfruté de ese momento tanto como lo hiciste tú.

Y ahí estaba de nuevo, ese vivo sonrojo avivándose en las mejillas. Sacudió la cabeza y miró a su alrededor, a cualquier cosa excepto a él.

—Está bien. Ya es suficiente. —Victoria intentó ponerse de pie, pero sus piernas decidieron no cooperar—. Maldita sea. —Dejó escapar un jadeo y vio la humedad asomando en esos ojos verdes—. No me hagas esto. Quiero salir de aquí… —Volvió a mirar en torno a ella y soltó un resoplido—. ¿Y dónde coño estoy para empezar?

—En *La Nocturna.*

Ella lo miró entonces. Parpadeaba con rapidez para alejar las lágrimas.

—¿Y eso está en Chicago?

No podía revelarle la ubicación exacta, pero podía admitir:

—Sigues estando en Illinois.

La mujer dejó escapar un resoplido.

—Sigo estando en Illinois. Claro. —Lo miró de arriba abajo. Un momento después, esos ojos verdes que parecían estar a punto de echarse a llorar se nublaron con una visible irritación —. Mira, tío. Me da igual en qué mierda estés metido, que te creas… una especie de vampiro o… ¡Qué sé yo! Lo único que quiero es volver a mi casa. Te juro que me olvidaré de tu cara, de tu nombre y de que alguna vez te he visto a ti o a cualquiera que esté relacionado contigo.

Sebastian se limitó a contemplarla unos instantes.

—Los humanos sois las criaturas más testarudas e incrédulas que he conocido en mi vida —admitió al tiempo que la recorría con la mirada—. Incluso si os ponen la verdad delante de los ojos, os negáis a verla.

Si en un instante ambos estaban en el suelo, al siguiente Bast los había trasladado al sofá. Solo hizo falta un parpadeo. Era como un juego de niños para él, pero algo que sin duda sacudiría la mente de su humana. Con ella debajo de su cuerpo, presionada contra el asiento, no podía ir a ningún lado sin que él se lo permitiese.

—Sé que me tienes miedo —añadió cuando ella jadeó, visiblemente aturdida y asustada por el repentino cambio de posición—. Serías una estúpida si no lo hicieras. Es natural temer lo

que no se entiende, Victoria, pero negar lo que sabes, lo que sientes en tu fuero interno… eso no es nada inteligente.

Bajó sobre su boca y la tomó en un lento y suave beso. Quería saborearla, sí, pero también quería que ella lo degustase a su vez. Se mantuvo lejos de su mente, permitiéndole que sintiese cada pequeño instante, cada gesto, incluso si eso significase que le tocase los colmillos con la punta de la lengua. La dejó explorar, pues quería que fuese consciente de todo lo que era y estuvo atento a cualquier signo de rechazo. No iba a forzarla a aceptar algo que no deseaba.

Si bien protestó al principio y notó sus manos sobre su pecho, el ligero empujón se convirtió en una tibia caricia y su boca dejó escapar un suspiro de puro deleite que se tragó la suya.

Cuando puso fin al beso, ambos jadeaban. Ella tenía el rostro arrebolado y los ojos encendidos y él estaba haciendo verdaderos malabares para mantener su dura erección lejos de ese delicioso cuerpo.

—Tu sabor es embriagador, Tori, tanto como el de tu sangre. —Notó el momento exacto en el que el cuerpo femenino se puso rígido debajo de él y la escuchó contener la respiración—. Está bien. Sé que es difícil aceptar algo que para muchos humanos no es más que parte de su folclore, de sus mitos y leyendas. Piensa en mí como en alguien de una raza distinta a la tuya.

—¿Otra raza? —repitió ella con la voz algo rasgada.

Asintió y se echó hacia atrás, dándole espacio.

—No eres la primera humana que tiene constancia de la existencia de los vampiros —añadió, intentando darle la mayor naturalidad posible a sus palabras—. Ni que se relacione con ellos…

La forma en la que miró cambió paulatinamente, como si, más que verle, hubiese llegado a un entendimiento consigo misma o con su mente.

—La muchacha de la tienda, ella es humana, ¿verdad?

—Se llama Elizabeth y sí, es humana —confirmó.

—Pero el chico, Maroon, él…

—Es un vampiro joven… —Y posiblemente *nocturna*, si lograba superar el *Ascenso.*

La manera en la que desvió la mirada le resultó curiosa. Era como si hubiese algo que ella sabía y que a él se le escapaba.

Como fuese, su pequeña humana estaba mucho más tranquila ahora, por lo que decidió dejarla y se bajó del sofá, dándole espacio. Victoria se quedó allí tumbada, mirando al techo durante unos instantes. Entonces sacudió la cabeza y masculló alguna cosa por lo bajo.

—Lo único que quería era comprar una tarrina de helado.

Sebastian se fijó en ella al escuchar el inesperado temblor en su voz. Entonces esas lágrimas que habían estado bailando durante un buen rato en sus ojos empezaron a caer.

No dijo una sola palabra, tampoco se acercó a ella, pues entendía a qué obedecía aquella repentina ruptura. Las emociones de la chica estaban a flor de piel y no había sido una noche fácil. Permaneció de pie, próximo a uno de los sillones, esperando a que la tormenta que él mismo había comenzado terminase.

Y lo hizo, como un cuarto de hora después.

—¿Puedo irme a mi casa?

La pregunta salió como un susurro agotado.

—Sí, por supuesto. No eres una prisionera. —Aunque él hubiese hecho algo tan estúpido como secuestrarla.

Cuando ladeó la cabeza y se encontró con su mirada, estaba claro que ella tenía alguna duda al respecto.

—Te llevaré yo mismo —confirmó. No era necesario que mirase el reloj. El biológico le decía que todavía quedaba tiempo para que amaneciese.

—¿Qué hora es? —Una pregunta curiosa, dados sus propios pensamientos.

—Algo más de las tres de la mañana.

Se incorporó hasta quedar sentada. La manera en que se llevó inmediatamente la mano a la cabeza le indicó que seguía con jaqueca.

—Puedo ofrecerte un analgésico e incluso algo de helado, si te apetece.

Estaba empezando a asentir ante la primera parte de su comentario cuando la palabra *«helado»* captó su atención.

—¿Helado?

Sebastian asintió al tiempo que esbozaba una pequeña sonrisa.

—Nuestra dieta no es solo líquida. —Le guiñó el ojo y, para su regocijo, esas mejillas se colorearon un poco mientras se llevaba la mano al cuello. A juzgar por la manera en la que la vio fruncir el ceño y resbalar los dedos por su piel, las punciones de sus dientes ya debían haber disminuido y no haber quedado rastro alguno de su profanación—. Cerré las punciones.

—¿Cómo?

¿Curiosidad? Ese era un buen comienzo.

—Mi saliva tiene… agentes cicatrizantes. —Se encogió de hombros y utilizó la palabra que tanto le gustaba a Joel—. *Genética.*

—Genética —repitió ella—. ¿Cómo *«he sido creado en un laboratorio»*?

—No. —Si no supiera que lo estaba preguntando en serio, como si fuese una posibilidad, se habría reído—. Tenemos padres y madres. Ya sabes, nacemos y nos reproducimos como vosotros.

Victoria cerró los ojos durante un momento y suspiró.

—Vale. Yo voy a… arriesgarme y confiar… en que no he sufrido ningún aneurisma y esto

no está siendo un extraño sueño que tenga mientras estoy en coma y aceptaré cualquier cosa que puedas ofrecerme para el dolor de cabeza —soltó de carrerilla.

—¿Y helado?

Su asentimiento fue casi tierno, como si no quisiera dar a entender que casi prefería el helado a cualquier otra cosa.

—Gracias —concluyó ella.

—Es lo menos que puedo hacer para agradecerte que hayas cuidado de nuestros chicos —respondió sincero y añadió para sí mismo: *Y de reponer de alguna manera lo que he tomado de ti.*

—Espero que los hijos de puta que les han hecho eso acaben entre rejas. —No lo decía por decir. Bast se dio cuenta nada más mirarla.

—Los culpables obtendrán lo que merecen, te lo aseguro —confirmó caminando hacia ella y tendiéndole la mano una vez más—. Ven. Cogeremos esos analgésicos de camino a la cocina.

Se quedaron unos instantes así: Ella sentada y él de pie. Cuando ya pensó que rechazaría su mano, los suaves dedos se deslizaron sobre su palma aceptando su ayuda para levantarse. Esos ojos verdes volvieron a caer sobre él, mirándole como si pudiesen traspasarle el alma.

—Son bonitos —murmuró.

—¿Disculpa?

—Tus ojos. —Se encogió de hombros—. No necesitas utilizar gafas para ocultarlos. Son bonitos. Extraños, cierto, pero bonitos.

Sebastian sintió una nueva punzada en el pecho, pero esta no tenía nada que ver con la anterior, sino todo lo contrario. Sus ojos carmesí habían sido siempre un símbolo de quién era, del destino del que no podía escapar y una advertencia para cualquier vampiro con el que se encontrase. Nadie lo había mirado de la forma en que lo hacía esta humana y le había dicho algo semejante, lo que hacía que sus palabras fueran tan especiales como únicas. Victoria no veía en el tono de sus iris una diferencia de clase, ni una amenaza, solo un color distinto al común y que le resultaba llamativo.

—Gracias.

Ella asintió con la cabeza y señaló la puerta de la pequeña sala de estar.

—Te sigo.

Unos segundos después, ambos habían abandonado la estancia.

CAPÍTULO 20

Vampiros.

Tori hundió la cuchara en la copa de helado que tenía delante de ella y se la llevó a la boca. No podía creerlo, pero acababa de encontrar una combinación de helados que iba camino de convertirse en su favorita. Tenía que admitir que la sugerencia que le había hecho Joel, cuando sacó las tarrinas y montó aquella maravilla, había sido más que acertada.

Dios mío. Dulce de leche, chocolate belga y avellana del Piamonte. No se iba a olvidar de semejante combinación en la vida.

El hombre había estado sentado a la mesa de la cocina, sumido en lo que quiera que estaba mirando en el *iPad* que tenía frente a él y solo levantó la cabeza al escucharlos entrar.

Sebastian le había conseguido un par de analgésicos que se había tragado con una botella pequeña de agua; ni siquiera se había dado cuenta de que estaba tan sedienta hasta que la vació.

Su acompañante le había preguntado entonces al tipo, al que había conocido una semana antes en la *Azotea*, dónde estaba el helado, como si él no tuviese la menor idea. Aunque claro, después de encontrarse en una cocina industrial en la que había dos frigoríficos dobles de acero inoxidable y una cámara frigorífica, entre otros electrodomésticos de gama alta, hasta ella tendría problemas para encontrar algo.

Recordaba vagamente haber escuchado una retahíla de sabores. Todavía tenía la cabeza algo embotada, por lo que levantó la mano cuando pronunció la palabra mágica: *Chocolate.* Un cubo de un litro salió de la cámara y acabó sobre la mesa que ahora ocupaba, seguido de dos más, a modo de sugerencia de combinación.

Sabía que se había quedado mirando esos ojos rojos, de un tono intenso y algo más claro que los de Bast, pero igual de inquietantes durante más tiempo del debido cuando el tipo sonrió y le hizo un guiño. Lo siguiente que supo era que tenía una copa de helado delante y tres bolas enormes en ella.

Los vampiros no existen.

Cada vez que se decía aquello, su mente evocaba algún momento que le daba a entender todo lo contrario:

Un tío te ha pegado un mordisco en el cuello y tú lo has disfrutado que no veas.

El mismo tío que se ha metido entre tus bragas y te ha masturbado mientras se ha dado un

festín con tu grupo sanguíneo. Y tú lo has flipado.

Y ya no digamos que has podido notar que tiene dos magníficos colmillos cuando te besabas con él en ese jodido sofá.

Pero no, chata, los vampiros no existen.

Después de servirle aquella exquisitez, el compañero, amigo o lo que fuese de Sebastian se había excusado, deseándole a ambos *«buen descanso»*, el equivalente a su «buenas noches», y abandonado la estancia. Desde ese momento se quedaron solos en la cocina, ella comiéndose el helado y el hombretón sumido en sus propios pensamientos.

Viéndolo allí sentado, en un taburete alto, era difícil imaginarse que ese tipo era lo que decía ser. Si obviaba los dientes puntiagudos y los ojos rojos, podía pasar por un hombre corriente. Bueno, quizá no tan corriente, pero desde luego no había nada que gritase en él *«¡Soy un vampiro!»*.

Por otro lado, ¿qué sabía ella exactamente de los *vampiros*?

Nada más allá de lo que había visto en algún documental cultural, las referencias literarias o del cine. No era algo «real», sino una invención, un mito sacado a partir de viejas leyendas y gente flipada que le tenía miedo a la oscuridad.

«Piensa en nosotros como en otra raza».

Una evolución genética. Eso encajaba mucho más con su manera de pensar. Podía incluso encontrarlo plausible, pero luego estaban esos momentos extraños, los recuerdos borrosos, la sensación de control y… La cabeza volvía a darle vueltas.

—¿Comes ajo?

Sebastian levantó el rostro y se encontró con su mirada. Una de esas cejas negras se arqueó mientras curvaba los labios poco a poco en una perezosa y sexy sonrisa.

—Crudo, no. Lo prefiero como acompañamiento de algo o en el pan —aseguró echándose hacia atrás a fin de poder cruzar los brazos sobre ese enorme pecho—. Me encanta el pan de ajo.

Victoria deseó que el suelo se abriese bajo ella y se la tragase en ese mismo instante. Habría sido mucho menos bochornoso que tener que soportar su mirada.

—Lo siento. Ha sido una pregunta estúpida.

—Permíteme que te haga un resumen —le dijo y empezó a levantar un dedo a medida que enumeraba—. Toleramos el ajo. El agua bendita no es más que agua. Los crucifijos son símbolos del cristianismo para nosotros, aunque no puedo decir que practique ninguna religión en concreto. Puedo mirarme en el espejo siempre que quiera y no, bajo ningún concepto, nos convertimos en murciélagos.

Vale. Acababa de devolverle la bofetada y con la mano abierta, mentalmente hablando.

—Y ahora me dirás que también te gusta ir a la playa y tomar el sol. —No pudo evitar sonar sarcástica.

—No. Esa sería la única cosa en la que habríais acertado los humanos. Eso y lo de la atracción física y la subyugación mental. Aunque no estallamos en llamas, ni nos desintegramos en cenizas. Ah. Y una estaca en el corazón acabaría con nosotros y con cualquiera —acotó, sorprendiéndola al admitir aquello—. La luz solar nos produce quemaduras de extrema gravedad, hasta el punto de que una prolongada exposición podría causarnos la muerte.

—Qué putada.

Sebastian se echó a reír y asintió.

—Sí, una putada *enorme* —admitió con cierta ironía.

Ella empezó a sonrojarse ante sus palabras cuando se dio cuenta de que había pasado algo por alto.

—Espera, ¿has dicho subyugación mental?

Su mirada se volvió más intensa, sus ojos encontraron los suyos y el tono de su voz se hizo más profundo y sensual, como si estuviese susurrándole al oído todo tipo de cosas indecentes.

—Tenemos cierta facilidad para imprimir en nuestra voz una especie de compulsión que afecta al sistema nervioso humano, relajándolo o alterándolo lo suficiente como para nublar el entendimiento durante breves periodos. —Su voz era como una caricia y la hacía querer cerrar los ojos para limitarse a escuchar—. Esa sería la versión más inocua de *«la voz»*. Una que la mayoría de los vampiros son capaces de dominar. Después, cuando superan el *Ascenso*, esa habilidad suele desarrollarse. Con un poco de pericia y práctica, podemos deslizarnos en la mente de la persona que tenemos delante y alterar su percepción de la realidad… o nublar ciertos recuerdos.

Nublar ciertos recuerdos… La frase quedó colgando en su mente, replicándose una y otra vez hasta que dejó atrás ese ronroneo envolvente que tenía la voz del hombre. Abrió un poco más los ojos al darse cuenta de lo que eso significaba.

—La madre que te… —Jadeó, dejó la cuchara a un lado y se levantó de golpe—. Eras tú… Ese zumbido, la presión… El no poder pensar con claridad. *Eras tú.*

—Culpable —admitió con una sinceridad que le dieron ganas de coger la cuchara y lanzársela a la cabeza. ¿Cómo podía decir aquello y quedarse tan ancho?

—*¿Culpable?* —Jadeó visiblemente sorprendida—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir al respecto? ¿Te metes en mi cabeza y lo único que vas a decirme es *«culpable»?*

Él hizo una mueca ante su réplica y levantó la mano para detenerla.

—Lo lamento muchísimo, pero… no podía ser de otra manera —se justificó. Su respuesta no le pareció mucho mejor que la anterior—. No puedo permitir que los humanos sepáis de nosotros.

Ella dejó escapar un resoplido de incredulidad y se señaló.

—*Peeeeerdona,* guapo, pero has sido tú el que ha puesto la alfombra roja de lo *paranormal*

aquí —indicó ella—. Primero me muerdes. Luego me dices que eres un *vampiro*…

—*Nocturna* —la corrigió.

—…por no hablar de ese insignificante episodio que tuvimos en el almacén de *La Azotea*. El que no recordé hasta hoy y que estoy descubriendo que es también cosa tuya —señaló visiblemente molesta—. Eso no es *«evitar que los humanos sepan de vosotros»*, capullo.

—No tenías que recordarlo —le dijo y, ahora sí, la cuchara salió volando en su dirección. Sebastian no solo no la esquivó, sino que la cogió con suma rapidez.

—No lances los cubiertos. Y no. Ni se te ocurra tirar el helado.

Tuvo que apretar los dedos en torno a la copa porque era justo lo que quería hacer a continuación.

—Maldita sea, Bast, ¿qué más mierdas me has hecho que no recuerdo? —No pudo evitar sentirse ultrajada al pensar que podría haberle robado sus recuerdos. Aquello era algo que no podía tolerar, no después del accidente.

—No he vuelto a meterme en tu mente, Victoria. Todo lo que recuerdas es todo lo que ha sucedido entre nosotros. —Escucharle pronunciar su nombre completo le provocaba infinidad de emociones, pero lo demás fue un alivio aún mayor—. Solo nos hemos visto dos veces… que tú recuerdes. Una en el bar en el que trabajas y otra hace unas pocas horas. Todo lo que ha pasado desde entonces hasta ahora está presente en tu mente de la manera en que quiera que lo hayas experimentado.

Quería creerle, deseaba con todas sus fuerzas hacerlo y a juzgar por su tono, no encontraba motivo alguno para no hacerlo. Estaba siendo sincero. En realidad, no creía haberle escuchado mentir hasta ahora.

Aunque ocultar cosas podía también llamarse mentir, ¿o no?

—¿Por qué?

Sacudió la cabeza sin entender la pregunta.

—¿Por qué… no querías que… recordase… lo que pasó? —Su propia voz se fue desvaneciendo a medida que dejaba salir las palabras. *¿Por qué no querías que te recordara?* Eso era lo que realmente deseaba preguntarle.

—Son las normas. —Una respuesta parca y escueta.

—¿Y has decidido saltarte ahora esas normas porque…?

—Porque cierta mujer decidió salir a comprar una tarrina de helado en plena noche y terminó en una tienda asistiendo a dos de los chicos que habíamos estado buscando —resumió con naturalidad—. Estabas en el lugar y momento adecuado para que tuviese que suceder de ese modo.

—¿Los estabais buscando? —Frunció el ceño ante aquello, pero entonces recordó la manera en la que respondieron al teléfono, el alivio y la desesperación del hombre que contestó

la llamada—. ¿Qué pasó?

Sebastian se la quedó mirando un momento en silencio y cuando por fin habló:

—Los chicos pertenecen a una de nuestras colonias. Habían salido a celebrar el cumpleaños de uno de ellos a la ciudad y las cosas salieron mal. —Su voz cambió totalmente al relatar aquello. Intuía que había mucho más que no decía—. La llamada que hiciste les devolvió la esperanza a dos familias, Victoria, solo esperamos que puedan conservarla durante mucho tiempo.

—No están bien, ¿verdad?

—Saldrán adelante. —Esa fue su respuesta, más un deseo que una certeza, se dio cuenta.

Un *vampiro* y una mujer humana.

Eso si creía en lo que él le había explicado, en lo que tenía ahora mismo ante ella.

Lo cierto era que esos chicos se preocupaban muchísimo el uno por el otro. No había engaño en aquello. Parecían más una pareja que amigos. Estaba claro que habrían confiado sus vidas a la otra persona y buscado en todo momento su bienestar.

Miró a Sebastian, quien se había levantado para dejar la cuchara que le había lanzado en el fregadero y sacar otra limpia de un cajón. Regresó a su lado y se la tendió.

—Procura no lanzármela —le dijo mirándola con esos bonitos ojos carmesí. Joder. Le había dicho que le parecían bonitos, ¿verdad? Sí. Y era verdad. Sus ojos eran preciosos e hipnóticos.

—No vuelvas a hacerlo. —Las palabras salieron de la boca de Victoria antes de que pudiese pensar en refrenarse—. Nunca. Y mucho menos sin mi permiso.

Esos ojos se deslizaron de su rostro hacia abajo y sintió un inmediato cosquilleo allí donde, presuntamente, la había mordido.

Cristo. La había mordido. Lo había hecho de verdad.

Se estremeció de la cabeza a los pies y no pudo evitar que se le notase.

—Nunca te haría daño, Victoria. A ti no. Jamás —le aseguró y quiso creerle, pues sonaba muy sincero—. Vamos. Termina con el helado. Tengo que llevarte a casa antes de que amanezca.

Tori hundió la nueva cuchara en la copa y se preguntó cómo iba a volver a su vida normal a partir de ahora. Lo más razonable sería olvidarse de todo esto, fingir que no había ocurrido, pero hacerlo equivaldría a dejar de pensar en él.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, giró en la silla y cerró los dedos en la tela de la camiseta del *vampiro.*

—Querré saber cómo están los chicos. —Fue tajante—. No es necesario que me des detalles. Solo avísame de que todo ha salido bien con ellos y listo.

Sebastian retrocedió y se inclinó una vez más sobre ella. Deslizó los dedos en su pelo, cogiéndole el rostro y levantándoselo para que sus ojos se encontrasen una vez más.

—Hay algo que no te he dicho todavía, Victoria —murmuró con esa voz baja y sexy—. Cuando un humano termina envuelto con nosotros de alguna manera, sus noches ya no son solo suyas. Así que las tuyas ahora son mías, señorita Philips. —Su boca estaba ahora a tan solo unos milímetros de la suya—. Todas y cada una de ellas.

Fue una buena cosa que él la besara en ese momento, pues evitó que viese el alivio en su mirada al saber que volvería a verle.

CAPÍTULO 21

En algún lugar a las afueras de Chicago

Dos días después…

Encerrado como un animal. Los barrotes de la jaula eran lo bastante resistentes como para que ni siquiera se hubiesen combado un poco bajo sus desesperados intentos. Estaba atrapado y herido, pero los cortes y magulladuras no eran nada comparados con el creciente terror que habitaba en su interior.

Esos monstruos habían matado a Evan. El cabrón le había roto el cuello como si se tratase de una ramita. Todavía podía ver el cuerpo cayendo al suelo, la cabeza en una posición antinatural, con los ojos abiertos y fijos en algún punto. Sin vida.

Nosferu. Habían salido de la nada y se habían abalanzado sobre ellos como langostas hambrientas. El humano había presentado batalla. Se había lanzado hacia el engendro para proteger a su hermana. Le había clavado su navaja en el cuello, pero esa cosa siguió en pie y… *Crack.* Su amigo cayó muerto.

Lo que había sido una noche de celebración se convirtió rápidamente en una desesperada lucha por sus vidas. Jamás había matado a nadie, pero esa noche se cargó al hijo de puta que asesinó a su amigo y se lanzó sobre el cabrón que estaba desgarrándole el cuello a la vampira. Le había gritado a Serena que huyese, pero nunca llegó a saber si lo había conseguido. Si alguno, además de él, seguía con vida.

Cambió de posición y miró a su alrededor. Dos filas de cajas con barrotes se alineaban paralelas a las paredes. En la hilera de enfrente, un par habían sido vaciadas recientemente. Sus inquilinos, ambos humanos, habían presentado pelea, pero los masacraron sin piedad. Dos más permanecían todavía en sus respectivas celdas, pero no habían pronunciado palabra desde entonces. Y al otro lado de la habitación, como si pensasen que debían mantener a las razas separadas, un par de vampiros famélicos permanecían acurrucados en sendas esquinas. No habían pronunciado una sola palabra, o al menos él no recordaba que lo hubiesen hecho.

El espacio de los contenedores era tan reducido que no podía ponerse de pie, lo que lo obligaba a sentarse o acuclillarse. Ninguna de las dos opciones era cómoda en ese frío y húmedo lugar.

Le habían golpeado por atrás, dejándolo K.O. Para cuando volvió en sí, estaba aquí dentro. Desorientado y dolorido, pero vivo. Y eso era incluso más aterrador. Había escuchado todo tipo de historias sobre los *nosferu* y lo que le hacían a los vampiros que caían en sus manos y no podía sino encogerse sobre sí mismo por ello.

Él no debería estar aquí. No había hecho nada que mereciese el acabar en un lugar semejante. Apenas había empezado a vivir. Le quedaban demasiadas cosas por hacer.

Luchó con las lágrimas y el terror que le clavaba las uñas en el cerebro. Tenía que sobreponerse y pensar. Necesitaba encontrar una salida a fin de evitar acabar como esos humanos. Era consciente de que sucumbir al miedo y al llanto no solo no le serviría de nada, sino que acabaría llamando la atención del cabrón que vivía aferrado al bastón eléctrico. Había visto cómo lo utilizaban sin piedad, introduciéndolo entre los barrotes y asestándole una descarga a uno de los dos humanos supervivientes. También habían torturado de esa manera a los que ya no estaban en las jaulas. El olor a carne quemada lo había impregnado todo, haciéndole vomitar.

¿Eso había ocurrido anoche? No tenía forma de controlar el paso del tiempo en aquel lugar. Solo podía calcular cuando era de día, dado que eran las únicas horas en las que estaban completamente solos. Al principio había intentado dormir, descansar al menos, pero después de despertarse de golpe un par de veces a causa de los gritos, hacía todo lo posible para mantener los ojos abiertos.

Y aquella opción no era mucho mejor, pues era el momento en que el ocupante de la jaula en la esquina contraria a la suya empezaba a canturrear cosas sin sentido.

Había llegado a escuchar como uno de los torturadores le daba una descarga, solo para ser detenido por el que parecía estar al mando en ese agujero.

«El sire los quiere vivos».

Claro que los querían vivos, ¿cómo sino iban a poder hacer que se uniesen a sus filas?

Joder. Había escuchado historias sobre ese monstruo toda su vida. Desde niños se les inculcaba el temor a los *nosferu,* a quienes pintaban como el mal más absoluto. Farsantes,

embaucadores, hombres que en otra hora fueron vampiros y acabaron sucumbiendo al beso del rey maldito.

Sí. Kilian había nacido aquí, en el *Nuevo Mundo*, pero sus padres venían del otro lado y recordaban con claridad el infierno por el que pasaron en su antiguo hogar. Y todo porque *él* les había fallado. La epidemia había regresado con el *consorte*, propagándose como un virus incontrolable que acabó diezmando a gran parte de la población. Esa infección había cambiado también al consorte de la reina Ileana, convirtiéndolo en lo que era hoy en día, el creador de esos monstruos.

Si un vampiro era infectado por la sangre del maldito, ya solo le quedaban dos opciones: superar la infección y regresar como uno de esos seres carentes de alma o la muerte.

Kilian no quería morir, pero la alternativa era abominable. Convertirse en un vampiro sin emociones o empatía, en un verdadero sociópata al que no le importaba absolutamente nada y que tan solo vivía para alimentarse. No. No era el futuro que había ambicionado para sí mismo.

Una década más y habría alcanzado ya la centena. Habría ascendido y fortalecido sus facultades. ¿Es que no iba a ver aquello hecho realidad?

Las lágrimas le picaban en los ojos y la tentación de hacerse un ovillo en una esquina de la caja era cada vez más tentadora. Quizás, si no le doliese tanto cada parte del cuerpo, lo habría considerado. Pero la paliza y los daños recibidos mientras intentaba repeler a esos hijos de puta seguían presentes.

Por favor, que los demás estén a salvo.

Esperaba que las chicas hubiesen podido escapar, aunque no estaba seguro de si Lizzy habría sobrevivido siquiera al primer asalto con aquella bestia. El maldito había despachado a la humana de un golpe, lanzándola como si fuese una pelota contra la vaya del parque. No la había visto levantarse y tampoco había podido ir a ella, pues la segunda de esas bestias había caído sobre Serena, desgarrándole la garganta como un animal. Había sido Maroon el que se había lanzado a por el bastardo. Estaba completamente desquiciado después de ver lo que le habían hecho a Evan. Recordaba su alarido cuando el cuerpo del chico cayó al suelo y la rabia ciega cuando fueron a por Lizzy.

Por Dios. Ellos no eran *soldados*. No tenían entrenamiento militar, ni siquiera sabían una mierda de defensa personal. Eran dos vampiros jóvenes a los que les gustaba ir al gimnasio y alardear frente a las tías. Sí, su fuerza era superior a la de un humano medio, pero eso no era suficiente para enfrentarse a tres criaturas viciosas y bien organizadas.

Los habían cogido por sorpresa. Ni siquiera los habían visto venir. Fue Maroon quien los avisó a todos del peligro, pero no tuvieron apenas tiempo de reaccionar.

¿Lo estarían buscando? ¿Habrían dado parte de su desaparición a los *nocturna*?

Sebastian y los suyos eran letales. Los vampiros más grandes que había visto en su vida y

con una actitud que hacía que no quisieras cruzarte con ellos. Eran los guardianes de *La Sanguia* y los responsables de los vampiros no se hubiesen extinguido como el jodido *dodo*. De niño había pensado que sería genial cruzar el umbral y ascender como uno de ellos, pero a medida que iba creciendo y fue consciente de que esos vampiros eran unos auténticos parias entre los suyos, se le quitaron las ganas.

Desgraciadamente, no tenías elección. Si te golpeaba el ascenso y esa era la carta que te tocaba, te jodías y apechugabas. Con todo, las estadísticas estaban diez a uno del lado de que los vampiros. Lo más habitual es que solo consiguieses afinar habilidades, obtener algún don menor, si tenías suerte, y continuases con tu vida como un adulto.

—¿Sigues ahí, muchacho?

La voz rasgada llegó de un par de jaulas a su izquierda. A él lo habían metido en la que estaba pegada a la pared, con la que en cierto modo tenía algo más de cobijo que el resto. Se movió contra los barrotes y entrecerró los ojos intentando ver al ocupante de la diminuta prisión. La única luz que había allí abajo solía pasarse el tiempo parpadeando y era tan mala que prácticamente no alcanzaba las esquinas. Lo máximo que podías ver eran las siluetas de las cajas y de su contenido.

—Sí —respondió.

—Eras, Kilian, ¿no? —Tosió, algo que solía hacer bastante a menudo—. Aquí abajo llegas a confundir los nombres. No es como si los huéspedes se quedasen mucho tiempo para poder recordarlos.

Su comentario le provocó un escalofrío.

Menuda manera de infundir ánimos.

—¿Cuánto es el tiempo suficiente?

—El que consigas mantenerte con vida —replicó el tipo con una carcajada. ¿Estaba loco? ¿Aquello le hacía gracia?—. Sí. Sin duda, ese es el tiempo que debería importarte.

—¿Qué…? —Tragó y se lamió los labios, intentando encontrar el valor para preguntar—. ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué hacemos aquí?

—¿Hacer? Nada. No hay mucho que hacer dentro de esas jaulas, ¿no te parece? —replicó de nuevo con esa hilaridad que él no encontraba en ningún lado y que hablaba de la falta de cordura del vampiro—. Algunos tienen suerte y se marchan antes. Otros esperamos aquí de manera indefinida a que a *él* se le dé por aparecer. No. No está contento, ¿pero quién lo estaría si cada uno de los experimentos que llevas a cabo sale mal? Menudo gilipollas. —Rompió a reír como si sus palabras les causasen una tremenda gracia—. No son capaces de encontrar reemplazos con tanta celeridad como antaño. No, señor. Es difícil iniciar una *transmutación* cuando no hay vampiros disponibles. *Tic-tac, tic-tac.* Mira cómo marcha el reloj. Se ocultan bien, pero que muy bien. La bestia *nocturna* es inteligente, muy inteligente. —Soltó una

repentina carcajada que le provocó un verdadero escalofrío—. Oh, sí. Le ha quitado lo que más anhela y lo mantiene lejos de su alcance. Siempre supe que ese niño llegaría lejos. Lo lleva en la sangre.

¿De qué mierda estaba hablando ese lunático? Por Dios, estaba claro que tanto tiempo aquí abajo, fuese este cuál fuese, lo había trastornado por completo.

—No te dejes engañar, joven Kilian. Lo que ofrece no es un regalo, es un veneno para el alma —añadió ahora con un siseo. Oyó el sonido de los barrotes, como si el vampiro se hubiese lanzado contra ellos—. Oh, mira… Una rata.

Kilian se estremeció al escuchar el característico chillido de la alimaña, seguido de un crujido, un gruñido y el inconfundible olor de la sangre fresca. Se sacudió con una arcada y se echó inmediatamente hacia atrás. ¿Por el amor de Dios? ¿Se estaba bebiendo una jodida rata?

Necesitando una vez más cambiar de posición. Dejó que su trasero entrase ahora en contacto con el frío y húmedo suelo, apretó los dientes ante el dolor que tiró de sus articulaciones y se acurrucó en una esquina. Esta vez no contuvo las lágrimas. Al menos estaban calientes mientras le bajaban por las mejillas, algo que no podía decir del resto de su persona.

Iba a morir allí abajo. La certeza de ello lo golpeó e hizo que el llanto arreciara. Ocultó la cara en las rodillas, ignorando la agonía de su cuerpo, y lloró mientras rogaba porque alguien viniese a sacarlo de aquel lugar.

CAPÍTULO 22

La Nocturna
Bucktown
Chicago

—Voy a acompañaros.

—Por encima de mi cadáver.

—*Sanguia*, no es necesario…

Cuando Alice quería ser un dolor en el culo, lo era en toda su gloria y no había fuerza sobrenatural o humana capaz de contradecirla. La mirada fulminante que les dedicó a todos y cada uno de los presentes invitaba a intentarlo.

Ninguno de los *nocturna* lo hizo. No eran tan suicidas como él.

—Es mi pueblo. Una *familia de sangre* ha perdido un hijo y una de las nuestras ni siquiera sabe dónde está el suyo. Tenemos dos vampiros jóvenes hospitalizados y una muchacha humana cuya vida pende ahora mismo de un hilo. No voy a quedarme aquí sentada, mano sobre mano.

—*Mi Sanguia*, ellos entenderán que…

—No. —Fue tajante—. Vosotros salís cada noche ahí fuera para proteger a mis vampiros, así que este es mi papel. Su duelo también es el mío.

—No vais a convencerla. Ya lo he intentado —añadió Zuzanna. La guardiana, bien como para emitir ese juicio—. No atiende a razones. Aunque, siendo honesta y sin que sirva de precedente, en esta ocasión he de darle la razón.

—Zanna…

—Nuestra gente necesita seguir creyendo que alguien los mantendrá a salvo y que exigirá venganza sobre aquellos a los que hieran. Es *La Sanguia*, la última hembra *nocturna*. Nuestra reina. Es su deber.

—Mirad. No saldré de la colonia, ¿de acuerdo? —Les concedió, volviéndose a todos y cada uno de los presentes—. Podréis pegaros a mi culo si eso hace que podáis seguir respirando, pero voy a ir y no se hable más.

Habiendo dejado claro el punto que la había hecho abandonar sus aposentos en la colonia y

plantarse en la casa común, Alice dio media vuelta y salió de la sala seguida por su fiel protectora. Su porte era el de una reina, pero para él seguía siendo la mocosa irritante que había prometido proteger.

—Bueno, no se la puede acusar de no hablar claro —mencionó Elijah rompiendo el silencio que había quedado tras su partida—. Al menos esta vez no se ha puesto roja con una de sus pataletas.

—Eli, es nuestra *Sanguia* —le recordó Nix en una brusca llamada de atención.

—Tú lo sabes, yo lo sé y Bast puede certificarlo. —El *nocturna* lo señaló al decir aquello —. La verdad, me ha sorprendido la sensatez que ha demostrado.

—Elijah, no lo estás arreglando.

—Como si alguien pudiera —murmuró Joel mirando ahora en su dirección—. ¿Y bien?

Sebastian le devolvió la mirada a su amigo. Si dependiese de él, la encerraría bajo llave en sus dependencias y seguiría como siempre, pero en estos momentos ella tenía razón y él no podía contradecirla. Los vampiros necesitaban verla, saber que la reina estaba de su lado, los escuchaba y los apoyaba, que entendía su dolor y lo compartía.

Si tan solo las cosas no se estuviesen yendo a la mierda. Ahora podía arreglárselas, pero ¿más adelante? Si alguien llegaba a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, sería un puto desastre. Miró a su alrededor y supo que no podría seguir guardando por mucho más tiempo el secreto. Tendría que reunirlos a todos y ponerlos al tanto de la delicada situación en la que se encontraba *La Sanguia* y la raza al completo.

Pero este no era el momento. Aunque llegaría. Y pronto.

Se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado. Se habían pasado las últimas dos noches tratando de encontrar la maldita furgoneta del secuestro, rastreando la ciudad en busca de un *cadáver*, aunque ninguno de ellos quisiese admitirlo en voz alta.

Solo había una explicación para que los *nosferu* secuestrasen a un vampiro: querían añadirlo a sus filas. Si no estaba invadido ya por la infección y rogando por la muerte, lo estaría pronto. La alternativa era sencillamente intolerable.

¿Pero cómo explicarle eso a su familia?

Los vampiros sabían a qué se exponían en manos de los *nosferu*, pero no era igual conocer las implicaciones que sufrirlas en carne propia.

Alice *debía* de estar allí. Esa familia necesitaba que fuese uno de ellos y no solo un símbolo oculto detrás de un muro infranqueable. Que empatizase con su dolor y compartiese aquellos duros momentos. Y la reina era muy consciente de ello.

—Mierda…

—Que traducido viene a ser un *«ve preparando el operativo»* —interpretó Joel con un suspiro propio. Su hermano no dudó en movilizarlos a todos y distribuir las tareas necesarias—.

Nix, avisa al *Lore Breiner* de la decisión de su majestad. Elijah, ve con él. Kynan y yo escoltaremos a *La Sanguia* y… —Se volvió de nuevo hacia él e hizo una mueca—. Tú puedes poner como siempre esa cara de *«si te acercas mucho o la miras mal, te vuelo la tapa de los sesos»*.

Sebastian siseó dejando a la vista sus colmillos.

—Sabes que tengo razón. —Su amigo se encogió de hombros—. Así que ten cuidado cuando te armes. No hay necesidad de que parezcas… ¿Cómo nos llamó la humana?

—*G.I. JOE* —respondió Kynan, reprimiendo una sonrisa—. Juro que intenté no escuchar, pero, tío… Es capaz de ser muy vehemente.

Entrecerró los ojos. Esos mentecatos habían estado merodeando fuera de la sala de estar mientras se reunía con Victoria. No se fiaban de tener una humana sin vínculos con *La Nocturna* en su territorio. Podían aceptar que él la hubiese elegido, pero no dejarían de vigilarla hasta que se aseguraran de que era de fiar. Y solo podía decir que, en su caso, él habría hecho lo mismo o más aún.

Joel no había estado perdiendo el tiempo en la cocina por casualidad. Estaba acostumbrado a estar siempre cerca de él, listo para contenerle o cubrirle las espaldas. El que pensase que Victoria podía hacer algo contra un vampiro de su tamaño resultaba casi… divertido. Pero su hermano era así. Protector por naturaleza. Y eso no iba a cambiar después de tantos años. Todos habían actuado como se suponía que debían hacerlo, manteniéndose alerta hasta que la llevaron de vuelta a su hogar. Una pequeña casa en el *1722N de Burling Street*, en el vecindario de Lincoln Park, al norte de Chicago.

Él le había dado a entender, antes de sacarla de la colonia, que no iba a estar muy lejos de ella, que mantendría el contacto, pero no había podido ir a su encuentro en las últimas dos noches. Ni siquiera se atrevió a llamarla. Temía que, si escuchaba su voz, acabaría buscándola y en estos momentos no podía permitirse una sola distracción.

—Si ya habéis terminado con los cotilleos de sociedad, *señoritas*, poneos en marcha —ordenó.

Joel sonrió y miró a sus compañeros, corroborando su orden. Nix y Elijah fueron los primeros en cruzar la brecha que abrió el primero.

—Es difícil bajar la guardia cuando recibimos visitas que no están en el programa, Bast, en especial si llegan sin previo aviso —mencionó Kynan, justificando la actitud de todos ellos.

—Juraría que para considerarse una visita, uno recibe primero una invitación, ¿no? —añadió Joel mirándole de soslayo—. No la *secuestra y la trae a casa.*

—Victoria no es una extraña.

Uno resopló y el otro puso los ojos en blanco.

—No. Después de lo que has hecho, ya no lo es —aseguró Kynan guiñándole un ojo—. Es

guapa, por cierto.

Su gruñido fue suficiente advertencia.

—Y parece haberse tomado bastante bien el que le soltases a bocajarro que eras un *vampiro* —añadió Joel—. Muy sutil, como siempre.

—Igual que una apisonadora.

—¿Habéis terminado? —Deslizó la mirada de uno a otro con una clara advertencia—. Tenemos asuntos más importantes en los que concentrarnos ahora mismo.

—Sí, los tenemos —afirmó Kynan y su tono cambió. Dejando de lado el chascarrillo del momento, volvió a lo que los ocupaba—. Alex me envió un mensaje hace un rato. El joven Breiner ha superado el *Ascenso*.

Lo cual, teniendo en cuenta la condición en la que estaba cuando lo encontraron, era un puto milagro.

El momento en el que un vampiro dejaba atrás la niñez y se encontraba ante el umbral que daba paso a la adultez no era un proceso particularmente peligroso. El cuerpo y la mente se iban preparando para ese momento, iniciando una paulatina transición. Los sentidos se agudizaban, las habilidades naturales inherentes a su raza se volvían más potentes y, cuando llegaba el proceso, lo habitual era sumergirse en un profundo sueño de unas cuarenta y ocho horas del que emergías con todo tu potencial al máximo.

En el caso de los vampiros, solía ser con un exceso de energía y un incremento en sus habilidades sobrenaturales, como si hasta el momento hubiesen estado a su más bajo nivel y al pasar el umbral se desbloqueasen completamente. Pero en el caso de los *Nocturna*, ahí las cosas podían ponerse un poco más intensas de lo normal, en especial porque el cambio se producía también a nivel genético. Una nueva tonalidad de ojos, unas necesidades fisiológicas más primitivas y el desarrollo de algún don particular y único, como si de ese modo equilibrase la nueva naturaleza a la que se ascendía.

El hecho de que Maroon Breiner hubiese golpeado el umbral una década antes de lo que era de esperar y que hubiese podido superarlo en sus actuales circunstancias, había sido básicamente una alarma encendida ante lo que se podía esperar como resultado.

—Y su sangre ha mutado —añadió Kynan completando su reporte—. El chico ha ascendido como *nocturna*.

—Lo que confirma lo que supusimos en el momento en que lo encontramos —chasqueó Joel.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó. Una cosa era superar el *Ascenso* y otra el estado en el que había estado el chico.

—La operación de urgencia a la que lo sometieron a su llegada salió bien. Está estable y es de esperar que, en su nueva condición, su recuperación sea cuestión de días —resumió Kynan.

Otra de las ventajas de la sangre *nocturna*, pensó con cierta ironía. Su poder regenerador hacía que cualquier herida o daño, no permanente o irreparable, se resolviese a una mayor velocidad de lo que lo haría cualquier otro vampiro. Si, por regla general, la raza no sucumbía a ciertas enfermedades y se recuperaba con mayor celeridad de cualquier daño o fractura de lo que lo hacían los humanos, los *nocturna*s superaban esas estadísticas—. Alex va a mantenerlo en observación y se hará cargo de su seguimiento.

Alexander Murphy era el médico personal de *La Nocturna* y un cirujano endiabladamente bueno a su edad. El hombre había seguido los pasos de su padre; aunque a ojos de Samuel, su hijo lo había superado y con creces. Sebastian lo conocía desde que llevaba pañales. Lo había visto crecer y convertirse en el hombre que era hoy en día; uno que no tenía pelos en la lengua, ni siquiera cuando se dirigía a ellos.

—Habrá que ir preparando el terreno. Ya sabes. —Miró a Joel y asintió.

Un nuevo *nocturna*. El primero que emergía en mucho tiempo y en un mundo que nada tenía que ver con el que habían dejado atrás. Quería pensar que el chico tendría más oportunidades que las que tuvieron sus compañeros o él mismo en su época, pero había cosas que eran difíciles de superar, incluso para los vampiros.

—Empezaría por hablar con el *Lore* Breiner —sugirió Kynan—. Estaré presente si lo deseas.

No solo se trataba del líder de la colonia Lake Zurich a la que pertenecía Maroon, sino que además era el progenitor del chico y había sido su tutor hasta su *Ascenso*.

Sí, ese iba a ser un encuentro de lo más entretenido, pensó irónico. Sobre todo si Alice estaba bajo su techo cuando le diese la noticia.

—Joder. —Lo que daría por volver a sentarse en un taburete en la cocina sin más preocupaciones que la de ver cómo Victoria degustaba el jodido helado. Tío, no había nada tan erótico como una mujer lamiendo una cuchara—. Está bien. Estate atento, Ky. Necesitaré refuerzos cuando llegue el momento de tratar este asunto con Elder Breinar. Solo por si me entran unas repentinas ganas de arrancarle la cabeza.

Su compañero sonrió y asintió.

—Dalo por hecho.

Miró a ambos vampiros.

—Bien. Acabemos con esto de una vez —declaró y se volvió en la dirección que había tomado Alice unos momentos antes—. Preparaos para escoltar a la reina. Nos iremos en cuanto *La Sanguia* esté lista.



Tenía que concederle una cosa a Alice; no era una mujer que se emperifollara innecesariamente. Se había recogido el pelo rubio en un moño, dejando libre su cuello de cisne. Vestía un conjunto de blusa, chaleco y pantalón de color carmesí oscuro que hacía que sus ojos pareciesen más intensos. Botas de caña alta y una chaqueta completaban un atuendo más propio de una guerrera que de una monarca.

Esta era *«La Sanguia»*. La reina que la raza esperaba ver. La mujer fuerte e inquebrantable que los había acompañado al exilio. Una armadura que contenía a la hembra *nocturna* que día a día perdía su batalla con el destino.

—Os recuerdo que estáis ante vuestra *Sanguia*, *Lore*. Haced el favor de comportaros.

Enarcó una ceja en respuesta al comentario cortante de Zuzanna, mientras acicalaba a su señora.

—Zanna… —pidió la chica, cortando de raíz cualquier posible réplica también de su parte. Entonces levantó la cabeza y lo miró—. ¿Tengo el aprobado?

—¿Lo necesitas de mí, *Sanguia*? —preguntó bajando de nuevo la mirada sobre ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Débil —rezongó la guardiana.

—Perfectamente. —Habló al mismo tiempo la chica. Una mirada fulminante voló de esos ojos rojizos a la mujer—. Estoy bien.

—Llevarás escolta en todo momento. —Optó por ignorar el intercambio entre las dos—. Kynan y Joel te flanquearán.

—Pobrecitos.

—Cuando yo no esté pegado a tu culo, lo estará Joel. Así que no nos causes problemas —continuó, deteniéndose ahora delante de ella—. Has de saber que el joven vampiro que rescatamos ha superado el ascenso y ha regresado como *nocturna*.

Un silencio absoluto cayó sobre la habitación. Alice lo miró por fin a los ojos.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—Alexander Murphy acaba de confirmarlo —le informó—. Era algo que sospechamos desde el instante en que lo encontramos. Sus ojos… ya habían cambiado.

—Pero el joven Breiner no ha alcanzado la centena todavía —mencionó Zuzanna. Estaba al tanto de la identidad del chico. No le sorprendía lo más mínimo, esa mujer siempre lo sabía todo.

—Lo sé —admitió—. Solo puedo suponer que el encuentro que tuvo con los *nosferu* ha acelerado las cosas.

—¿Vais a traerlo aquí?

—Son tiempos nuevos. Voy a darle la libertad de elegir —informó y miró a la *nocturna* rubia.

—Al menos alguien tendrá la oportunidad de hacerlo —respondió sosteniéndole la mirada. Sus ojos se oscurecieron un poco y supo en lo que estaba pensando. En vez de ponerlo en palabras, ella se limitó a asentir con rotundidad.

—Hazlo. Que elija libremente.

—Un *nocturna* entre vampiros —murmuró la guardiana, participando de aquella conversación—. No muchos lo aceptarán, *Lore.*

—Deberán hacerlo si él decide quedarse con los suyos —declaró Alice.

—Los *nocturna* siempre han sido parte de vuestra guardia, *Sanguia*, no sería natural que…

—Podrá decidir libremente —sentenció de manera categórica—. Ese es *mi* deseo.

—Sí, *Sanguia*.

Sebastian se limitó a pasear la mirada de una mujer a la otra, pero no dijo una palabra.

La reina había hablado, no había mucho que pudiese hacer al respecto.

—Entonces, ¿cuándo voy a conocerla?

La pregunta lo llevó a mirarla y enarcar una ceja. Alice había vuelto a posar los ojos sobre él con renovada intensidad.

—¿A quién?

—A tu *Primada*, ¿a quién sino? —le soltó ella—. Sabes que debo darle el visto bueno.

—Y una mierda.

—Es lo que manda la tradición, *Lore* —confirmó Zuzanna. La mujer ni siquiera lo miraba, sino que examinaba cómo había quedado su señora.

A la mierda la tradición.

—Victoria es solo asunto mío.

—Ya lo veremos… —canturreó la chica—. ¿Qué tal estoy?

—Igual que una reina.

—Alice… —No iba a dejar que se saliese con la suya.

—Si me demuestra que es digna de ti, dejaré que la tengas, Sebastian —declaró ella sin mirarle siquiera.

La arrogancia en su voz hizo que sisease y le enseñase los colmillos, algo que su guardiana no se tomó nada bien.

—No en mi presencia, *Lore*. —La mujer se había interpuesto entre él y la reina, sus ojos una clara advertencia de lo que podía pasarle si daba un paso hacia ella en ese instante. Zuzanna

era mucho más que una doncella personal o una maestra, era *La Escriba* y su palabra era casi tan importante como la de Alice o la suya.

—Déjale, Zanna —se rio Alice y la apartó para plantarse ante él. Oh, esa vampira era muy consciente del lenguaje corporal de la mujer y de sus intenciones—. Esto era lo que necesitaba comprobar. —Le dijo al tiempo que levantaba la mano y le rozaba la mejilla con los nudillos—. Estaba deseando verte caer, *Sebastian* y has caído. Si ella es lo que quieres, tienes mi permiso para reclamarla y traerla a nuestro hogar. Pero preséntamela, ¿vale? Quiero conocer a la hembra que ha sido capaz de conquistar ese duro corazón.

Con esa última acotación, apoyó las manos en su pecho y se puso de puntillas para darle un beso en el mentón.

—Vayamos con nuestra gente y hagamos este momento lo más llevadero posible para ellos.

Asintió y escoltó a las dos mujeres de vuelta al centro de la colonia, donde ya esperaban sus dos escoltas.

Bast abrió la brecha y cruzó primero, seguido de la vampira de sangre *nocturna* y su guardia.

—*La Sanguia* está en la colonia —anunció y todos los presentes dedicaron a su reina la bienvenida esperada.

CAPÍTULO 23

Sede de los Sangre Liberta
Illinois

Mierda. Ese cabrón le había disparado en la cara. Ni siquiera parpadeó, levantó el arma y apretó el gatillo. Y se quedó allí, mirando el cadáver, viendo como la sangre se extendía sobre el suelo como un creciente manto carmesí.

—Puto majara. —Markus escuchó el gruñido de uno de sus compañeros.

—Carece de cualquier tipo de empatía. —Señaló Gabriel, sentado, al igual que los otros, en torno a la pequeña mesa de la sala de operaciones—. No muestra emoción alguna, parece un puto robot.

—Un jodido chupasangre y uno lo bastante peligroso como para borrarle del mapa lo antes posible. —resumió Sarik—. ¿Qué sabemos de esa cosa?

—¿Nada? —respondió, deteniendo el vídeo y acercándose al enorme monitor en la pared en el que pasaban las imágenes—. El hijo de perra es como un jodido fantasma. Me atrevo a decir que esto es lo más cerca que hemos estado de verle la cara.

—No es como los otros —murmuró Roman, quien tenía la mirada fija en la pantalla—. No es un seguidor. Esa manera de matar no obedece a un juego, ni tampoco a una necesidad de alimentarse. La víctima ya está infectada. Se está limitando a darle el golpe de gracia.

—Está limpiando la mierda de algún inepto —corroboró Sarik.

Ambos tenían razón. El humano ya estaba muerto incluso antes de que apretase el gatillo. Las venas negras evidenciaban el avanzado estado de la infección; no duraría mucho más. Y el hecho de que en aquel lugar no hubiesen encontrado cuerpo alguno o indicio de su presencia dejaba claro que sí, se había tratado de un trabajo de limpieza.

—Se ve que les ha entrado a ellos también la vena ecológica. Ya sabéis, lo de preservar el planeta y eso.

—¿En serio? —Roman miró a Sarik, quien sonrió en respuesta.

—Cosas más raras hemos visto.

—Chupasangres ecológicos. Hay que joderse.

—¿Seguimos sin saber de dónde ha salido el vídeo? —preguntó a Gabriel, quién estaba delante del teclado.

—Sigo intentando rastrear su origen, pero unas veces me señala China, otras España e incluso, y esto ya es pitorreo, la *Estación Espacial Internacional* —resopló y puso los ojos en blanco—. Desde luego, no se le puede achacar falta de sentido del humor.

—¿Quién coño grabará estas cosas?

Esa era una de las incógnitas que todavía no habían desvelado y que ni siquiera estaban cerca de hacerlo.

El video en pantalla no era el primero que recibían, pero sí que era mucho más inquietante que los dos anteriores. En esa última semana habían recibido tres correos electrónicos con aquellas pruebas y tanto el remitente como el lugar de envío eran desconocidos. Para empezar, ni siquiera deberían haber tenido esa dirección de correo electrónico, pues se trataba de un servidor interno y solo accesible para la orden. Quienquiera que hubiese enviado esas pruebas gráficas, no solo sabía de ellos, sino como hackear sus sistemas a fin de hacérselas llegar a él personalmente.

—No sé cómo tomármelo, en serio —añadió Sarik. Esta noche estaba más inquieto de lo habitual—. Tengo la sensación de que alguien nos está diciendo: *«Aquí tenéis la mierda, haced algo»*.

—Pero ¿quién? —preguntó Gabriel volviéndose hacia él—. Está claro que estos vídeos se han grabado con la cámara de un móvil. Uno bueno, eso sí. El ángulo, la distancia… No está precisamente en primera fila, pero se las ha ingeniado para retratar lo que ocurre. Mi pregunta es, ¿cómo?

—Y por qué —añadió Markus y dejó escapar un resoplido.

—Está claro que las grabaciones no son recientes —añadió Roman haciendo crujir la silla al cambiar de posición—. Hemos revisado esas localizaciones de arriba abajo y no había nada. Es como si estuviésemos yendo un paso por detrás. Muy por detrás.

Sí, él también había tenido esa sensación. Sobre todo, porque dichas ubicaciones estaban bastante alejadas de los cuadrantes que habían estado patrullando últimamente. De hecho, durante esta última semana se ciñeron al centro, donde encontraron claros indicios de la presencia de vampiros. El problema era que todo se limitaba a eso, a indicios. Desde el hallazgo en el Loop, hacía ya doce días, no habían vuelto a toparse con ninguna sanguijuela. Sí, escuchaban que cierto tipo había estado aquí o allá. Los típicos comentarios entre las mujeres e incluso de algún hombre sobre alguien de increíble apostura, abrumadora sensualidad, etc. Pero a pesar de infiltrarse en los lugares, de hacerse pasar en ocasiones por clientes o usuarios anónimos, no habían encontrado a ninguno.

Era como si se hubiesen escondido debajo de una piedra o se estuviesen tomando unas jodidas vacaciones de la ciudad.

—¿Tenemos constancia de algún incremento de actividad en alguna de las zonas fuera de Chicago? ¿En otros estados?

Dado que la orden tenía equipos distribuidos por todo el país, no sería extraño pensar que hubiesen decidido cambiar de coto de caza. En Chicago estaban acechándolos día sí y día también, cazándolos y liquidando esa mierda de la faz de la tierra. Si bien la actividad solía concentrarse en Illinois, lo que los hacía sospechar que su nido podría estar oculto en algún punto del estado, no era la primera vez que ocurría alguna escaramuza fuera de sus fronteras.

—No hay reportes de otras regiones. Ninguna que no sea esporádica, ya sabes.

—¿Podrían estar pensando en cambiar de coto de caza? ¿De mudarse, incluso? —sugirió Roman.

—Difícilmente podrían montarse en un avión, a menos que se metan en una maleta y viajen en la bodega —soltó Sarik—. ¿Te imaginas lo que saldría en el escáner? Pagaría por ver la cara de quien estuviese tras la máquina.

—No digas gilipolleces.

—Para gilipollas el que ha grabado eso. —Su tono se volvió serio, poniendo sobre la mesa el verdadero quid de la cuestión—. O es muy tonto o tiene unos huevos del tamaño de una montaña.

—Y además sabe de la orden. Y más concretamente de ti —añadió Gabriel. Otro punto más a tener en cuenta. Este correo no se lo había facilitado a nadie.

—Eso reduciría las opciones a alguien de aquí —apuntó Roman—, pero no tiene sentido. Nuestras directrices son claras. Sanguijuela que ves, sanguijuela a la que le vuelas la tapa de los sesos. No vas por ahí grabando.

—¿Y por qué se lo enviaron a Markus y no al de arriba?

—Porque no se trata de un *Liberta* —aseguró él. El instinto no solía fallarle y estaba apuntando fuera de aquellas paredes.

—¿Y entonces de quién?

—Eso es lo que tienes que averiguar, Gabe —le dijo a su amigo—. Descubre de dónde vienen esos putos emails y quién está detrás de esos envíos.

El tipo clavó los intensos ojos verdes en él y asintió.

—¿Les vamos a decir algo a los de arriba? —Sarik bajó ahora el tono de voz al decir aquello.

—No. —Su respuesta no cogió por sorpresa a nadie.

—Entonces tendrás que inventarte algo y rápido. —Señaló el *Liberta* al tiempo que indicaba la puerta acristalada con un gesto de la barbilla—. Porque me da que te acaban de llamar.

La puerta se abrió y una mujer joven, curvilínea, de pelo negro y ojos marrones, entró con gesto decidido. No miró a nadie más que a él.

—Markus, Ashby quiere hablar contigo. Ahora.

—Oye, Kim, ¿estás libre esta noche? —le preguntó Sadik.

—No.

Ni siquiera lo miró. Dio media vuelta sobre los altos tacones y se marchó por donde había venido.

—Algún día conseguiré que me diga que sí, aunque solo sea por cansancio.

—Eso o que te meta una bala en los huevos. También por cansancio —resopló Roman poniéndose en pie—. ¿Quieres apoyo logístico? Estoy de humor para mandar al jefe a la mierda.

Markus esbozó una perezosa sonrisa y extendió el brazo en una clara invitación.

—Por favor y gracias.

Roman correspondió a su comentario con un guiño y salió de la sala delante de él.

—Si necesitas más refuerzos, solo grita —sugirió Sarik, cambiando de asiento para ocupar el más cercano a Gabriel. Ambos iban a seguir trabajando en la investigación que tenían entre

manos.

Sacudió la cabeza y optó por seguir a su compañero. Era hora de verse las caras con el majadero mayor. El *Sangre Liberta* que estaba a cargo de la orden y que tenía la última palabra de todo lo que allí se hacía.



Robert Ashby no era alguien a quien pasarías por alto. Si su metro noventa y su aspecto de toro no eran suficientes para causar impresión, las cicatrices que tenía en un lado de la cara y que le atravesaban la nariz, lo harían. Todo en ese hombre era una amenaza, desde su forma de caminar hasta cómo se sentaba. Cada mirada parecía pensada para infundir respeto o sentenciarte a muerte. No había nada amable en el tipo que lideraba la orden de los *Sangre Liberta* y del que se decía que era descendiente directo del *Primer Liberta.*

Otros tres individuos, además de él, constituían la cúpula de su organización. Eran los encargados de mantener los engranajes en correcto funcionamiento, de aprobar los nuevos nombramientos, cuando los había, y de proveer a los cazadores de la logística necesaria para el cumplimiento de su deber. No podía decirse que fuesen los típicos tíos que se sentaban detrás de una mesa y daban las órdenes. Todos ellos habían estado ahí fuera, defendiendo a la humanidad y luchando contra el enemigo. Que ahora hubiesen dado un paso atrás y dejasen que las nuevas generaciones tomasen el relevo no era sino parte del mismo engranaje: *Lo viejo debe dejar paso a lo nuevo y lo nuevo aprender de la experiencia de lo viejo.*

El problema era cuando lo viejo se estancaba en las tradiciones, en hábitos obsoletos y renegaba de nuevas premisas que encajaban mucho mejor con los tiempos modernos. Para los viejos cazadores, todo estaba tallado en piedra; algo con lo que Markus no comulgaba.

Era muy consciente de que Ashby no lo tragaba. Un sentimiento totalmente compartido por él y por su propio comando.

Cuando te metes con un hermano, te metes con todos. Y ese cabrón parecía tener predilección por joder a los suyos.

No. Ninguno se fiaba del viejo *Liberta*. Podía tener una reputación en la orden e incluso un linaje al que admirar, pero desde luego eso no lo hacía merecedor de una mierda a sus ojos. Esa falta de confianza era lo que lo había llevado a mantener el tema del envío de los emails al margen de la cúpula, entre otras muchas cosas. No pensaba darles ningún pedazo de información hasta que estuviese seguro de que, si lo hacía, sería para unir fuerzas y no para que alguien intentase colgarse medallas poniendo en peligro a inocentes.

Roman le pisaba los talones cuando entró en la habitación acristalada que servía tanto de despacho como de sala de reuniones para el alto mando. En cuanto los vio a ambos, la cuadrada mandíbula oscurecida por la barba se tensó y sus ojos marrones cayeron en él con una censura que no tardó en traslucir también de sus palabras.

—¿Ahora los dos os llamáis *Geilis*? —preguntó con esa voz ronca y profunda.

—Cualquier día adopto el apellido —replicó Roman cruzando los brazos sobre su inmenso pecho. Su camarada se limitó a apoyarse en la pared, justo al lado de la puerta. Se plantó allí, dejando claro que no pensaba moverse.

La tensión en la mandíbula aumentó y su mirada se hizo más angosta. La eterna camiseta negra que llevaba se ciñó al musculoso torso y los brazos parecieron abultarse mientras apoyaba ambas palmas de las manos sobre la superficie de la mesa. Seguía llevando el arnés de las armas, aunque sin estas. No dudaba, sin embargo, que el cuchillo que solía llevar atado a la pantorrilla siguiese en su lugar y listo para ser utilizado en caso de necesidad.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste noticias de Quinlan y su equipo?

De todas las cuestiones que se le pasaron por la cabeza para esa llamada, esta no era una de ellas.

—A Quinlan no le tocaba rotación esta semana —mencionó su amigo y él no hizo más que confirmar esa información.

—Intercambió los turnos con Owen —indicó su jefe, remarcando sus palabras mientras clavaba el dedo en la mesa. Ni que tuviesen que estar ellos al tanto de los cambios en los cuadrantes de los demás—. Y eso fue hace dos noches. Jace Quinlan no ha vuelto a reportarse desde entonces. Ni nadie de su comando.

Un inesperado escalofrío le bajó por la columna ante las implicaciones que podía tener aquello. A lo mejor no era nada, pero en su trabajo siempre había que ponerse en lo peor, pues a menudo era el curso de acción correcto.

—¿Qué cuadrante estaban cubriendo?

—El distrito médico.

Lo que significaba que debían haber recibido alguna nueva alerta sobre algún robo a los bancos de sangre del hospital. Si bien no era algo frecuente, de vez en cuando recibían alertas semejantes. Solían ser partidas pequeñas. Plasma envasado que faltaba en los recuentos o no constaba en los abastecimientos.

Nunca habían conseguido pillar a los culpables con las manos en la masa. Las respuestas que daban los empleados o la falta de ellas dejaban claro, sin embargo, quiénes estaban detrás de esos hurtos. Aunque, para qué necesitaban las sanguijuelas una partida de plasma cuando preferían ir por ahí eligiendo a sus presas, no lo tenía tan claro.

—¿Se han reportado nuevos robos? —Roman había seguido su mismo curso de

pensamiento.

—Uno. La semana anterior. Taylor tenía que encargarse de ello. Parece que Quinlan decidió cambiar los turnos sin previo aviso y no se le ha vuelto a ver desde entonces. Ni a él ni a los mentecatos que lleva consigo.

—¿Han desaparecido *cinco* cazadores?

—Eso es lo que estoy diciendo —resopló Ashby, como si el hecho de que estos no se hubiesen reportado fuese culpa suya—. Tu comando ha estado ahí fuera estas últimas noches. ¿No habéis visto nada?

—No nos hemos cruzado con ellos en ningún momento. —Markus respondió con brusquedad—. Ni siquiera estábamos en la misma área. —Cosa que ese cabrón sabía muy bien, pues era obvio que repasaba los cuadrantes de todos—. ¿Cuándo realizaron el último reporte y desde dónde?

—No hubo reportes.

—Joder —siseó Roman.

—¿Y los teléfonos? ¿Los habéis rastreado?

—Apagados, todos ellos.

—¿Cinco teléfonos apagados? No me cuadra —aseguró su amigo, dejando caer la mirada sobre él. No, desde luego, allí había algo que no encajaba—. ¿Es posible que fueran emboscados?

¿Emboscar a cinco cazadores juntos? Poco probable, sobre todo si tenían a Quinlan entre ellos. El tipo podía no tener la mejor actitud del mundo, pero no era estúpido, más bien todo lo contrario. La cúpula solía endosarle a él a los nuevos reclutas, para adiestrarles y enseñarles a moverse ahí fuera. Hasta donde sabía, los tipos que tenía actualmente en el comando llevaban más de diez meses con él, así que se le hacía difícil pensar que todos ellos hubiesen caído en alguna trampa. Y aun así, unos ojos rojos volvieron de inmediato a su mente, provocándole un nuevo escalofrío. Ahí fuera había algo lo bastante peligroso como para causarles problemas si tenían la mala suerte de toparse con ello.

—Eso es lo que quiero que averigües —ordenó Ashby, mirándole a los ojos—. Deja lo que estés haciendo y concéntrate a partir de ahora en encontrar a ese comando. Vivos o muertos. Los quiero de vuelta.

Nadie abandona a un cazador.

No pronunció aquellas palabras en voz alta, pero tampoco hacía falta. La frase quedó colgando en la habitación.

—Informaré a los demás —le dijo Roman tras haber intercambiado una mirada con él. Entre ellos no hacía falta mucho más. Todo el grupo se conocía bien y actuaban en sintonía, adelantándose a las necesidades de los otros.

Una vez que su compañero abandonó la sala, miró al hombre al otro lado de la mesa con gesto serio. Ambos se midieron con la mirada, dejando claro lo que pensaban el uno del otro. Sí. Ashby se desharía de él si pudiese y Markus lo sabía. Solo necesitaba una excusa. A ojos de ese cabrón, se parecía demasiado a su padre y tenía el mismo espíritu ingobernable. Lo de seguir órdenes no se le daba especialmente bien, sobre todo si tenía motivos de peso para cuestionarlas.

—Será mejor que pongas en alerta a todos los *Sangre Liberta* —le advirtió antes de salir tras su hermano de armas.

CAPÍTULO 24

Subterra Lake Zurich
Chicago

—Ahora es uno de los vuestros. A eso se debe esta reunión y la presencia de *La Sanguia* en *mi* colonia.

Elder Breiner era conocido por su diplomacia, así como por su alto estatus en la comunidad vampírica. No solo era el *Lore* de una de las subterra, sino también un importante activo económico para la raza. El vampiro era, como dirían los humanos, un tiburón de las finanzas. Supo jugar bien sus cartas, administrar el dinero y hoy por hoy era considerado un peso pesado. Sus modales refinados y el gusto por la ropa y los complementos caros lo convertían en una especie de *dandi* del siglo veintiuno, una efectiva pantalla tras la que se escondía un hombre cuyo pasado nada tenía que ver con su presente.

Él no pertenecía al desaparecido *Concilium* de los vampiros. Siempre había renegado de semejante estatus.

—Tienes intención de reclamar a mi hijo para que se una a vuestras filas. —Los ojos verdes del hombre se clavaron en él. No había temor alguno a su condición. Por el contrario, casi parecía estar a punto de desafiarle—. Ese es el verdadero motivo detrás de este oportuno despliegue, ¿no es así?

—No.

No sabía a quién le había sorprendido más la respuesta, si al *Lore* o a sí mismo. Pero no estaba diciendo nada que no fuese verdad.

—El deseo de *La Sanguia* de venir a acompañar a las familias dolientes ha nacido de su corazón, del amor que siente por su pueblo —le dijo sin inmutarse lo más mínimo—. Yo me opuse enérgicamente.

El vampiro dejó escapar un resoplido y se llevó las manos a las caderas.

—Te creo. —Su admisión era veraz. Si alguien conocía las maneras de proceder de la realeza vampírica, ese era Elder—. Es el vivo retrato de la reina Ileana.

—Lo sé.

Esa sagaz mirada verde volvió a encontrarse con la suya.

—Es mi primogénito, Sebastian. Mi *único hijo*. —Sus palabras llevaban el peso de la paternidad, pero también el tinte del miedo a perder a una parte de sí mismo. Elder era viudo. Su esposa había muerto pocos años después del nacimiento de su hijo. Era todo lo que le quedaba de la mujer que lo había sacado de un pozo de absoluta miseria. El hombre que ahora tenía frente a él nada tenía que ver con el soldado que había sido en otro tiempo. El que no fuese un cadáver viviente era gracias a ella. No podía siquiera empezar a imaginarse lo que debió haber significado su muerte. O quizá sí, a juzgar por el hecho de que el peregrino pensamiento de perder a la humana que acababa de conocer le provocaba un pánico inconcebible—. Le prometí a Sorcha que cuidaría de él. Que lo protegería con mi propia vida… He estado a punto de perderlo y te presentas aquí dispuesto a llevártelo con los tuyos.

—Él *es* ahora de los míos, Elder —le recordó algo que era necesario que el vampiro tuviese presente—. Ha cruzado el umbral y ha ascendido como *nocturna*. Su lugar está al lado de aquellos que pueden enseñarle *quién* es ahora. Su don despertará pronto, si es que no lo ha hecho ya. Debo asegurarme de que es capaz de controlarlo y cuenta con las herramientas necesarias para hacerlo.

—No ha nacido un *nocturna* en más de setecientos años. —Sus palabras estaban llenas de rabia, de una resistencia que sin duda tenía mucho que ver con sus propias emociones—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

—Solo el destino conoce la respuesta a eso, amigo mío —afirmó con sencillez.

El hombre resopló y le dio la espalda, visiblemente frustrado. Le conocía bien para saber que no le gustaba mostrarse así de afectado, que odiaba no tener el control de las cosas.

—Es tan solo un niño, Bast. Ni siquiera ha alcanzado la centena.

—Y, sin embargo, ha ascendido —le recordó—. Y lo ha hecho en una situación que cualquier otro vampiro no hubiese soportado. Es un guerrero, igual que lo fue su padre hace tiempo.

—Esa época quedó atrás. —Agitó la mano despreciando sus palabras—. Él no ha nacido para pelear.

—Pero lo ha hecho. Gracias a él, la hija de sangre de tu colonia sigue con vida y su familia no ha perdido dos hijos.

Sus hombros cayeron. Todo su lenguaje corporal cambió en el momento en que hizo mención de los recientes sucesos.

—Niños. Eran tan solo un par de niños —musitó, pero en su tono se advertía tanto el horror como la rabia—. Los han arrancado de la vida. A todos ellos.

Sabía que hablaba también por la joven hembra que permanecía en la clínica con pronóstico reservado y el chico que seguía en paradero desconocido; su sobrino Kilian. Había

estado en presencia del *Primado* de Leda, el compañero de vida de su hermana menor. Y la rabia y el dolor que había visto en sus ojos solo eran comparables a su decisión de matar él mismo con sus propias manos a los responsables de lo sucedido.

—Maroon tendrá la opción de elegir. —Dejó caer la propuesta que traía consigo. Era hora de dejar atrás los prejuicios y las viejas costumbres para dar paso a las nuevas. O al menos intentarlo—. *La Sanguia* desea que el joven *nocturna* tenga la oportunidad de elegir si quiere entrar a su servicio o seguir con su vida aquí, en la colonia a la que pertenece.

Levantó la cabeza de golpe y lo miró entre sorprendido y esperanzado.

—No te equivoques, Elder. El chico es ahora uno de los nuestros y yo seré responsable de él —aclaró. Quería dejar muy claro este punto, pues el joven necesitaría de tutela hasta que fuese capaz de acostumbrarse a su nueva naturaleza—. Pero tendrá libertad de elección. Podrá quedarse aquí, seguir con sus estudios o cualesquiera que fuesen sus aspiraciones hasta el momento. Será un *nocturna* viviendo entre vampiros.

Lo cual no era algo que mucha gente tolerase. Sebastian y los suyos lo veían con meridiana claridad cada vez que se presentaban en alguna de las subterra. Sí, había gente que los aceptaba, que le abría sus puertas e incluso los invitaba a cruzar el umbral de su hogar, pero eran una minoría. La mayoría de la raza los veía como parias, como un mal necesario para mantenerles a salvo. Fieros guerreros adiestrados para matar… No tenían ni idea.

Y Maroon Breiner iba a verse también afectado por aquello.

—El chico tendrá que decidir —concluyó—. Le daré unos días para que su recuperación sea completa y entonces volveremos de nuevo sobre este asunto.

No le estaba pidiendo permiso. Fuese su hijo o un completo desconocido, Sebastian era el líder de los *nocturna*, así que el muchacho estaba ahora bajo su jurisdicción.

—No le daré la espalda a mi hijo, Sebastian. Sin importar en qué se haya convertido, no le daré la espalda. —No había vacilación alguna en sus palabras. Su mirada era clara, decidida y supo que hablaba con la verdad, que no se trataba de una postura. El líder de la subterra Lake Zurich había perdido mucho más de lo que nadie sabría jamás. La carga que llevaba a la espalda era lo bastante pesada como para sentir desprecio por sí mismo, pero le conocía y sabía que Elder Breiner, cuando daba su palabra, la mantenía hasta las últimas consecuencias.

—No has cambiado.

El hombre apretó la mandíbula, pero no apartó la mirada.

—Lo he hecho. Más de lo que imaginas.

Negó con la cabeza y sonrió de forma soslayada.

—Lo que tú digas. —Se encogió de hombros y, sin una palabra más, giró sobre sus talones y se dispuso a abandonar la estancia—. Debo volver con la reina.

—Él está muerto, ¿no es así? —Bast se detuvo al llevar al umbral. Ladeó la cabeza lo justo

como para mirarle de refilón por encima del hombro.

—Si no lo está ya, deseará estarlo —respondió con cruda sinceridad. No valía la pena engañar a nadie con la promesa de que el hijo, hermano o sobrino que han perdido iba a regresar. No sucedía así con los *nosferu.*

El vampiro bajó la mirada, pero asintió conforme a sus palabras.

—Exterminadlos —murmuró entonces y cuando volvió a levantar la cabeza, vio en sus ojos el fuego de quién había sido antaño—. Ojo por ojo, *nocturna*. No tengas piedad.

Asintió en respuesta y regresó a sus deberes.

CAPÍTULO 25

Los Túneles
En algún lugar de Chicago

—Por aquí, *sire.*

Había que ver lo mucho que le gustaba a Everett una buena puesta en escena. El *nosferu* habría sido excepcional en el teatro si tuviese al menos una pizca de emoción en el cuerpo. Disciplina no le faltaba. Ni tampoco iniciativa. Era su frialdad extrema lo que empezaba a preocuparle.

No era algo emocional, sino más bien práctico. Varys no necesitaba a alguien que se saliese de la línea marcada. Que no pudiese controlar. Era consciente de que, en el momento en que eso ocurriera, contaría con una baja más entre sus filas. Y eso sí que le molestaba y mucho.

Se suponía que su número debía aumentar, no reducirse drásticamente. Era hora de que tomase cartas en el asunto y se implicase. Había llegado el momento de actuar.

Al parecer, la última incursión de sus hijos había dado sus frutos. La primera en mucho tiempo. No podía decir que le sorprendiese o le provocase emoción. Al igual que un reloj parado, había un par de probabilidades de acertar incluso sin poner mucho énfasis en el intento.

Ahora la pregunta era: ¿cómo aprovechar esa ventaja? Debía ser cuidadoso. No tendría una segunda oportunidad, así que cualquiera que fuese su movimiento debía quedar perfectamente ejecutado a la primera. Había repasado las posibilidades una y otra vez desde que le fue dada la noticia de la captura. Su primer impulso fue dar la orden para que iniciasen la transmutación, pero un pensamiento lo refrenó. Uno al que siguió dando forma durante días hasta llegar a una posible conclusión.

No necesitaba un solo vampiro, sino un jodido ejército. Y, por encima de todo, necesitaba dar con *ella.* Tener una sola oportunidad no era suficiente, así que tendría que utilizar también el juguete que había conservado a su lado desde el principio.

¿Cuántas veces había dado el paso para convertirlo? Las mismas que se había frenado. Siempre en el último minuto. Y la culpa era de esos viejos, los de una vida que ya no le pertenecía ni le importaba.

Había solicitado que fuese trasladado aquí abajo, como parte del atrezo que necesitaba para dar vida a su obra. Debía admitir que había echado en falta su presencia. Era como cuando miras la jaula que siempre ha ocupado el mismo lugar y te das cuenta de que lo que había dentro de ella ya no está. El pájaro había escapado, solo que no de verdad. Lo único que había hecho era cambiar de barrotes.

El hedor empezó a notarse en el aire en el instante en que descendieron por el túnel. Arrugó la nariz de puro disgusto e incluso echó mano del pañuelo que siempre llevaba pulcramente doblado en el bolsillo de la chaqueta. Hoy iba a servir para algo más que como adorno. Se cubrió la nariz y la boca, ahogando de ese modo un poco el hedor con la colonia con la que estaba perfumada la tela. Contempló su entorno, bajó la mirada a sus zapatos e hizo una nueva mueca. Irían a la basura tan pronto como saliera de allí.

Tenía que admitir que era el lugar adecuado para este tipo de empresa. Estaba bajo tierra, protegido de los dañinos rayos de sol y alejado del trajín de los humanos. Nadie bajaba ya a estos túneles y los pocos incautos que lo hacían, ya no volvían a salir; eso si tenían la mala fortuna de toparse con sus *nosferu*.

—Ya casi estamos —le informó el hombre, el haz de la linterna abriéndose paso por delante. No es que ninguno de ellos la necesitase. En realidad, su vista era igual de buena en lugares oscuros que bajo la luz de una lámpara.

Algo pasó correteando sobre sus zapatos. Bajó la mirada justo a tiempo de ver una sucia y enorme rata ocultándose en algún agujero de la pared. Eso era lo que abundaba aquí abajo: ratas, humedad y la sinfonía que ofrecían los gritos y lamentos de los que todavía tenían fuerzas o lucidez para alzar la voz.

No era un lugar que él hubiese elegido para llevar a cabo sus experimentos, pero era uno en el que ningún humano o vampiro husmearía ni por accidente, lo que lo hacía perfecto para las tareas que llevaba a cabo Everett Lison.

El sonido apagado de los alaridos sirvió de guía a partir de ese momento. El sonido se iba incrementando a medida que avanzaba. No podía decir que aquel coro sinfónico evocase alguna emoción. Si acaso traía consigo momentos similares del pasado, aquellos en los que él era el encargado de dejar salir esos alaridos. El tiempo tan solo se limitaba a poner distancia, a enmudecer las voces y desdibujar las palabras, pero no hacía desaparecer tu paso por el infierno.

La agonía se transformó en coloridas amenazas, en gritos dementes que daban pistas sobre la tortura que se estaba realizando allí abajo.

—Dos de los cazadores siguen mostrando resistencia —le informó Everett sin mirarle siquiera, consciente de que le pisaba los pies—. Tres de los *Liberta* han sucumbido a la infección, pero estos dos… su resistencia es asombrosa, *sire*.

Aquel inesperado giro de los acontecimientos lo hizo prestar atención.

—¿Han superado la barrera de las veinticuatro horas?

El *nosferu* se detuvo y se volvió hacia él con gesto adusto. Solo asintió con la cabeza.

—La infección se ha extendido completamente, sus órganos están afectados, pero siguen resistiendo… —Su expresión se volvió meditativa—. Nunca había visto nada igual. Hace setenta y dos horas desde la ingesta de sangre. La infección se ha extendido, pero al mismo tiempo parece que también se ha estancado. En uno de ellos, al menos. El otro cazador grita y pide la muerte, pero este se limita a lanzar amenazas o a impactar su cuerpo contra los barrotes una y otra vez.

—¿Es el nuevo beso?

El hombre asintió.

—Qué interesante. —Más que eso, en realidad. Ningún humano había superado jamás la transmutación. Carecían de lo necesario para hacerlo. El que estos individuos estuviesen aguantando tanto tiempo ponía sobre la mesa una serie de parámetros que no le importaría estudiar.

¿Habría alguna manera de que los humanos pudieran convertirse también en *nosferu*? En quinientos años no había habido un solo converso, pero si este era el resultado del nuevo suero…

—Vigílalo y haz un seguimiento completo de los resultados. Quiero saber por qué ese mono sin pelo está resistiendo más que los demás.

—Sí, *sire*.

Continuaron la marcha hasta que prácticamente podía escuchar de viva voz lo que sucedía detrás de una pesada puerta metálica cerrada. Observó como Everett metía la llave en la cerradura y empujaba.

Si hasta el momento el olor había sido bastante desagradable, en aquel instante se convirtió en algo nauseabundo. Allí se mezclaban aromas a inmundicia, carne quemada y otras cosas que no se molestó en analizar. En cuanto la lámina metálica se hizo a un lado, la sala enmudeció. Su subordinado se hizo a un lado permitiéndole la entrada. Dentro había uno de sus hijos más recientes. Empuñaba un bastón eléctrico en las manos y parecía ser el responsable de crear los gritos que había estado escuchando.

Ahora, sin embargo, ya no había alaridos.

De las dos filas de cajas con barrotes dispuestas en fila a un lado y a otro de la pared solo salían sollozos ahogados, murmullos inteligibles y lo que podría interpretarse como ruegos para que llegase pronto el final.

Varys avanzó hasta quedarse en medio de la sala. La humedad era incluso más intensa aquí. La temperatura parecía haber descendido varios grados en comparación con el pasillo. Deslizó la mirada sobre las pequeñas celdas en las que sus ocupantes ni siquiera podían ponerse en pie y contabilizó siete individuos. Dos de ellos ya eran tan solo un par de cadáveres que

todavía no habían echado a la basura. En una de las jaulas que hacían esquina había un humano encogido que pronto se reuniría con su creador y, a continuación, los dos cazadores. Era imposible no reconocerlos a pesar de lo avanzado de su infección. Esos *Sangre Liberta* tenían un aroma muy particular. Era una marca indeleble que los distinguía de los otros humanos y hacía que se remontase en el tiempo hasta su creador; el mismo que lo había convertido a él en lo que ahora era.

Giró sobre sus pies y se dio la vuelta. Separados por un par de jaulas, se encontraban los dos únicos vampiros que albergaba la lúgubre suite. Posó la mirada en su mascota, pero esta ni siquiera lo miró. Estaba sentado en una esquina y de espaldas a él, tarareando alguna cosa por lo bajo. Entonces le echó un vistazo al otro inquilino. Ah, él era el dueño de los gimoteos. El miedo impregnaba el aire mientras le echaba fugaces vistazos con unos enormes ojos llenos de terror e incredulidad.

—¿Ya has olvidado cómo debes presentarte ante tu rey? —mencionó dando un paso hacia delante.

El chico, pues a todas luces eran un vampiro joven que ni siquiera había iniciado el *Ascenso*, retrocedió sobre manos y pies hasta pegar la espalda contra la pared.

Sonrió. Sus labios simplemente se estiraron dejando a la vista los colmillos. Considerando que había visto suficiente, le dio la espalda y se volvió hacia Everett.

—Será él, pues.

—Sí, *sire*.

—No… Tú no quieres una gallina. —Un inesperado golpe acompañó aquellas absurdas palabras. El vampiro que había estado de espaldas a él se había arrojado contra los barrotes, pegando el rostro entre ellos como si quisiera atravesarlos—. Tú no quieres una gallina. Quieres un zorro. Un zorro, un zorro, un zorro, un zo…

Su cántico terminó abruptamente en un alarido cuando el bastón eléctrico cruzó las barras e impactó en la carne del vampiro.

—Quieto. —Levantó el brazo, impidiendo que el *nosferu* que estaba a cargo de los prisioneros siguiese con su labor. No se trataba de una muestra de empatía, ni siquiera le importaba su sufrimiento, pero era suyo. Un juguete que llevaba consigo mucho tiempo.

El vampiro rompió a reír a carcajadas, como si la descarga no hubiese significado nada para él.

—Yo soy el lobo. Soy el lobo. Soplaré, soplaré y tu casa derribaré —canturreó aferrándose una vez más a los barrotes—. Oh, sí. Una mariposa. Dos mariposas. Sin alas. No vuelan. ¿Por qué no vuelan las mariposas, Varys? ¿Por qué no tienen sus alas?

Esas palabras lo sacudieron, tocaron directamente ese pasado y extrajeron de él unas palabras similares, en un momento distinto, en un contexto distinto.

—*Tic, tac. Tic, tac.* Él ya viene. Él ya viene y te comerá. Él te comerá, te comerá, te comerá. —Sus labios se separaron, dejando a la vista una dentadura sucia, con sangre reseca, sin duda de las ratas que había desangradas en esa pequeña celda. Demasiadas ratas, en realidad.

—¿Quién le ha dado de comer?

—Nadie, *sire*. —El encargado de la sala casi toca el suelo con la cabeza cuando se dobló ante él—. Seguimos vuestras órdenes al pie de la letra. Nada de comida o bebida para los prisioneros que no se la merecen.

Y ninguno se la merecía. No a menos que hablasen y les brindasen la información que querían.

Pero todas esas ratas… Por supuesto, comprendió. Había cosas que no cambiaban, por muy loco que uno se volviese.

—Las has llamado a casa, ¿no es así? —Se dirigió de nuevo a la celda.

El vampiro se limitó a ladear la cabeza de una forma que le recordó a la de un pájaro.

—Casa. Tu casa. Mi casa. Su casa. —Enumeró abriendo los ojos de golpe, entonces empezó a chillar y a sacudir los barrotes. Su mirada dejó la turbidez de la locura y se convirtió en una máscara de puro odio—. Muerte, eres la muerte, Varys, ¡la muerte!

Ah, ahí estaba él. De vez en cuando aparecía y cuando eso sucedía, creía volver a sentir aunque solo fuese un eco de las emociones que había experimentado antaño.

—Lo soy, *Tejedor*. Soy la muerte que camina entre vosotros para traeros de nuevo a la vida.

Aquel despojo empezó a agitar los barrotes con furia, gritó y pateó, convirtiéndose en un huracán de pura ira y desesperación. Pero no duró mucho. Tan pronto como vino se fue y luego ya solo quedaron lágrimas.

Solo era un pobre desgraciado. Quizá, si todavía quedase un gramo de compasión en él, lo mataría sin más dándole una muerte honorable.

—Prepáralo todo —le dijo a Everett—. Lo probaré primero con él. —Necesitaba asegurarse de que lo que tenía en mente funcionaría. Ya que solo tenía una oportunidad para averiguarlo, mejor que ese despojo sirviese a sus planes antes de que tiñese el suelo con su sangre—. Si los resultados no son los óptimos, entonces el joven vampiro recibirá el nuevo beso.

Y, si era lo bastante fuerte, acabaría engrosando sus filas como un nuevo *nosferu.*

—Tengo muchas esperanzas puestas en ti, muchacho, no me decepciones —le dijo al joven vampiro aterrorizado—. Tu rey te necesita.

Pronto, se dijo, pronto obtendría lo que llevaba tanto tiempo buscando y entonces la verdadera meta de su vida estaría por fin a su alcance.

CAPÍTULO 26

Bar La Azotea
Damen,
West Town

A la noche siguiente…

—Joder. Te lo juro. Como vuelva a tocarme otra vez el culo, le clavo un tenedor en las jodidas pelotas.

—¿Quieres que te pase ya el tenedor?

Victoria cogió dicho cubierto y lo agitó en la mano con gesto beatífico. Conocía bien esa clase de hartazgo. Lo llevaba sufriendo desde que empezó a trabajar en *La Azotea* y le tocaba compartir jornada con ese imbécil.

Paul Díaz era el típico *macho* latino: Mucha labia, un cuerpo machacado en el gimnasio, un ego de tamaño descomunal y una confianza en sí mismo más grande aún. Era el típico ligón. Bromeaba con toda mujer que se sentase al otro lado de la barra y les decía lo que querían oír mientras se las comía con los ojos sin disimulo alguno. Oh, se había llevado ya algunas bofetadas, aunque ninguna tan fuerte como la que le dio ella tras sobarle el culo.

Por lo general, no coincidían en turnos. El tipo trabajaba durante el día en otro local que tenía su jefe. En noches como la de hoy, sin embargo, solía venir a echar una mano en *La Azotea*. Desde luego, no se podía decir que fuese un trabajador incansable. Pasaba más tiempo charlando con los clientes que atendiendo comandas.

Movió de nuevo el tenedor delante de la cara de Emily. La pobre la miraba como si no creyese que se lo decía en serio.

—Creo que necesitaría un tenedor más grande —murmuró la chica y ella no pudo más que enarcar una ceja ante semejante respuesta.

—Emi, tendrías suficiente incluso con uno de postre. Dudo que las tenga más grandes.

La manera en que abrió los ojos, como si le hubiese dicho que los extraterrestres existían y

habían aparcado el platillo volante en la terraza, la hizo sonreír. Entonces fue la propia camarera la que sonrió y acabó echándose a reír como si hubiese tardado en coger el chiste.

—Joder. Pero qué razón tienes.

—Lo sé, lo sé. De vez en cuando doy en el clavo —admitió. Miró el tenedor y se encogió de hombros—. También puedes retorcerle los huevos con la mano. Al menos, así no podrá acusarte de usar un arma blanca contra él.

—Lo tendré en cuenta —asintió, dirigiéndose hacia la parte móvil. Victoria optó por quedarse detrás de la barra, ya que tenía experiencia en retorcerle los huevos a ese cabrón, de modo que Emily se ocuparía de la sala y la terraza—. ¿Me pones esos dos *gin-tonics*? Si tengo que pedírselos de nuevo a Paul, los clientes se levantarán y se largarán.

No sabría decirle si eso sería algo malo. Esa noche el bar estaba abarrotado. No habían dejado de servir cócteles y cervezas desde una hora después de la apertura. El ambiente se había animado bastante con un grupo de una despedida de soltera y otro sexteto a los que habían recomendado el lugar durante un tour por la ciudad. Desde luego, el alcohol corría que daba gusto. Eso hacía que estuviese más atenta a todas esas personas, no fuera a ser que la liasen.

Lo cierto es que agradecía la distracción. Al menos evitaba que estuviese mirando cada dos por tres hacia la puerta, esperando a que *él* apareciese.

Tres noches. Llevaba haciendo eso las últimas tres noches. Y también mirando su teléfono a la espera de recibir un mensaje o llamada. Ni siquiera sabía en qué momento lo hizo, pero el nombre *«Sebastian»* aparecía en su agenda con su respectivo número.

¿Cuántas veces empezó a escribir un mensaje para luego borrarlo? ¿Cuántas más se dijo que estaba perdiendo la cabeza y que todo lo ocurrido aquella noche era producto de una alucinación, sueño o incluso un tumor cerebral?

Lo del tumor lo descartó la prueba que le hicieron en el hospital. Con sus antecedentes, no querían arriesgarse. Su cerebro estaba en perfectas condiciones; o tan bien como había quedado tras el accidente. No había rastro alguno de un tumor o cualquier otro daño que diese explicación a lo que había visto y recordaba con meridiana claridad.

Esos impresionantes ojos carmesí. Los desarrollados caninos. Su boca haciendo estragos en su cuello y esa aguda y erótica punzada… Todo había sido real. Del mismo modo en que lo fue el breve interludio que compartió con él en el maldito almacén. Por Dios. No había podido volver a entrar ahí sin morirse de la vergüenza y algo más. Todo su cuerpo se encendía con solo recordar lo ocurrido.

Ven a mí, Victoria.

Cerró los ojos en un intento por quitarse de la cabeza el recuerdo de esa sugestiva y profunda voz. El efecto que tenía sobre ella era devastador. De repente no podía pensar con claridad y todo lo que deseaba era… a él.

Vampiro.

Abrió los ojos de golpe y se llevó la mano al pecho. El corazón le latía a toda velocidad. Su mente volvió a recorrer uno tras otro los momentos que había pasado junto a él. Hablando, escuchando, besándose…

—Joder. Vale ya. —Se amonestó a sí misma y trató de concentrarse en las bebidas que tenía que preparar.

Tendría que estar aterrorizada, temerosa de volver a verle o de cruzarse tan solo en su camino, pero todo lo que sentía al respecto era anticipación… y curiosidad. Y también una genuina preocupación por los dos jóvenes a los que había ayudado en la tienda.

¿Estarían bien? ¿Se estarían recuperando? Dios, esperaba que sí.

Le había pedido a Sebastian que la mantuviese al tanto de la evolución de ambos. O bien no se había producido ningún cambio significativo o él se había desentendido completamente de ella.

No debería importarle. De hecho, lo más sensato sería agradecer que eso hubiese sido lo que había pasado. Su vida ya era bastante complicada sin tener que añadirle el hecho de haber conocido a un supuesto vampiro.

Nocturna. Se corrigió. Ese era el término que había utilizado él para referirse a sí mismo y al grupo de hombretones que lo acompañaban.

No había dejado de darle vueltas a lo ocurrido. Intentaba encontrar una explicación a todo aquello. A su aparición, a su manera de actuar… Desde luego no eran un grupo de amigos que salían a buscar a unos chavales. Y tampoco parecían miembros de una pandilla. Esos tíos actuaban como si no fuese la primera vez que hacían algo semejante, como uno de esos comandos especiales que salían en las series de televisión.

—Hablando de *machos* —murmuró para sí. Cualquiera de esas montañas vampíricas exudaba masculinidad y testosterona por los cuatro costados. Miró de soslayo al hombre que coqueteaba abiertamente con una clienta al otro lado de la barra y no pudo evitar sonreír ante la absurda comparación—. Sería como un ratón bajo los pies de varios elefantes.

Sacudió la cabeza y se apresuró a colocar dos copas sobre la bandeja.

—¿Quién sería como un ratón bajo los pies de un elefante? —preguntó Emily, quien había escuchado sus últimas palabras.

Agitó la mano delante de la cara, restándole importancia.

—Nadie. No me hagas caso. Solo pensaba en voz alta. —Señaló las consumiciones y añadió—. ¿Necesitas alguna cosa más?

—Me da en la nariz que las chicas de la despedida van a querer otra ronda de chupitos —gesticuló con la cabeza en dirección al griterío femenino—. Déjame que lo confirme y te aviso.

Asintió y siguió a su compañera con la mirada. Se detuvo un momento junto a la mesa que

ocupaban, habló con la novia y se oyó un sonoro *sí*. Emily sonrió y se volvió hacia ella con el pulgar hacia arriba.

—Menuda moña van a tener mañana —murmuró para sí. Le dio la espalda a la barra y cogió las botellas que ya había utilizado antes para replicar las bebidas. Tomó nota mentalmente de la ronda que era para anotarla en la comanda y se volvió para dejar ahora unos cuantos vasitos de chupito sobre una bandeja. Apenas había rellenado la mitad cuando notó esa particular comezón en el lateral del cuello. Resbaló los dedos sobre la piel y levantó la cabeza justo para verle atravesar el umbral—. Joder.

Se olvidó de todo, excepto del hombre que parecía haber clavado su mirada en ella a través de esas gafas de cristales tintados de rojo. Ay, Dios. Era incluso más colosal de lo que recordaba, pero se movía con una elegancia innata. Con cada paso parecía estar reclamando el lugar. Al igual que la primera vez que lo vio, vestía con ropa oscura: vaqueros negros, una camiseta ajustada marcando sus pectorales. Esa chaqueta de piel y las pesadas *Doc Martens.*… Una sombra de barba le salpicaba el mentón y definía una oscura perilla del mismo tono que su pelo corto.

Victoria no le quitó los ojos de encima, —lo cierto es que se lo estaba comiendo con la mirada—, hasta que se detuvo en la barra. Justo delante de ella. Entonces, sin mediar palabra, esos dedos fuertes se colaron por debajo de su mano, acariciándole la piel y enderezándola. Estaba evitando que el líquido, que llevaba un rato rebosando el vaso y llenando la bandeja, se derramase también fuera de esta.

—¡Ay, Dios! —Dejó la botella a un lado de inmediato y miró azorada la que había montado—. Joder. Mierda.

Un ligero y ronco resoplido de risa hizo que levantase de nuevo la cabeza y se centrase en él.

—Buenas noches, Victoria.

—Hola… —Sí, vale. Su mente había entrado en momentáneo cortocircuito. ¿Quién podía culparla? Ese tipo tenía una facilidad asombrosa para hacerle papilla el cerebro. Se sacudió el momentáneo estupor y respondió con algo más de coherencia—. Buenas noches, Sebastian.

Esos sensuales labios se curvaron ligeramente, sin despegarse, mientras tomaba asiento en uno de los taburetes. La madera rechinó bajo su peso, pero eso no pareció preocuparle.

—¿Ocupada? —preguntó. Por la manera en la que ladeó la cabeza y bajó la mirada sobre el destrozo que había organizado, supo que le estaba tomando el pelo.

—Acabo de vaciar un cuarto de botella fuera del vaso por culpa tuya —farfulló señalando lo evidente.

—Lo lamento.

—Y una mierda que lo haces… —replicó de manera automática al escuchar el tono risueño en su profunda voz—. ¿Dónde has estado? —*Muy sutil, Tori, muy sutil*—. Quiero decir, te pedí

que me avisases sobre la evolución de los chicos. ¿Cómo están? ¿Ha ido todo bien con ellos?

Victoria le dio la espalda. Se llevó consigo el destrozo para volver a repetir la operación, con rapidez y sin distracciones esta vez.

—Podría decirse que ambos están fuera de peligro. —Le escuchó responder.

—*¿Podría decirse?* —repitió girándose de nuevo hacia él—. ¿Están o no están fuera de peligro?

—Ya ha pasado lo peor. —Sebastian la miró a la cara al decir aquello—. Maroon se encuentra bien.

—¿Y la chica? ¿Elizabeth? ¿Cómo se está ella? —La veinteañera era humana, recordó.

—Estable. —Fue todo lo que le dijo al respecto—. Ha conseguido superar lo peor. El médico que la atiende confía en que termine despertando antes o después.

Aquella noticia la impactó. Por un momento se vio a sí misma en la habitación de Lotte, escuchando esas palabras de boca de uno de los médicos.

—Victoria… —Ni siquiera se dio cuenta de que él había estirado el brazo por encima de la barra y le había cogido la mano hasta que notó sus dedos apretándosela—. Se pondrá bien.

—Dijeron lo mismo de mi amiga Lotte y lleva casi un año en coma —murmuró. Ni siquiera sabía por qué le estaba contando aquello.

—Lizzy es una chica fuerte. Y, gracias a ti, saldrá de esta —aseguró con una rotundidad que la hizo creer a pies juntillas en lo que decía. La caricia de sus dedos sobre la piel la calmó al instante.

—Dios. Te he echado de menos. —Las palabras brotaron de su boca sin pasar por el cerebro. Y eso no era precisamente la mejor manera de actuar.

—Ya estoy aquí —replicó el vampiro en un tono tan bajo y sensual que se estremeció de puro placer.

Tori envolvió sus dedos en torno a los de él, necesitando devolverle esa suave caricia, y sonrió mientras contemplaba la rojiza mirada detrás de las gafas.

—Vuelves a usarlas. —Señaló los cristales con un gesto.

—Es mejor a que la gente se te quede mirando porque tu color de ojos no es precisamente… común —aseguró.

—A mí me gustan.

Esos labios se curvaron un poco más, pero se cuidó de no despegarlos.

—Bast, no me he vuelto loca, ¿verdad? —murmuró al tiempo que se inclinaba sobre la superficie de la barra para hablarle con cierta confidencialidad. Dado el lugar en el que estaban y el ruido de fondo, eso no resultaba sencillo—. Lo que me mostraste la otra noche, lo que… ocurrió…

Él abandonó el taburete, inclinándose a su vez sobre la barra y acortando la distancia entre

ambos hasta que apenas los separaban unos pocos centímetros.

—Permíteme sacarte de dudas.

Esa pecaminosa boca estaba sobre la suya, su lengua empujando a través de sus labios, abriéndose paso con total naturalidad y reclamando un suave y húmedo beso que la dejó sin aliento. Ella gimió en respuesta. No pudo evitarlo y le respondió de la misma manera. Le exploró la boca, acariciando con su propia lengua los puntiagudos caninos que sobresalían de la fila superior. Se estremeció con esa mezcla de involuntario miedo y excitación mientras su mente formaba una única palabra: *vampiro.*

Nocturna. Se corrigió a sí misma otra vez.

Cuando al fin se separaron, él se lamió los labios, inclinó un poco la cabeza, permitiéndole ver esos iris carmesí por encima de las gafas, y dejó que las puntas de los colmillos asomasen al hablar.

—¿Convencida ya?

Asintió con la cabeza, pues era imposible hacer otra cosa.

—Hay que joderse. —El jadeo que sonó a su lado la llevó a entrecerrar los ojos y prepararse para dar una respuesta adecuada—. ¿Así es como trabajas, Tori?

El bajo gruñido amenazador que emergió de la garganta del hombre que la había besado, hizo que su atención recayese sobre él.

—Eso ha sido muy caliente —canturreó alguien más al otro lado de la barra. Esta vez era al menos un comentario alegre y divertido—. Pero mira quién ha vuelto por aquí. Bienvenido de nuevo.

Sebastian, quien había clavado la mirada en el tipo, la apartó con tanta lentitud que parecía estar diciéndole al imbécil de Paul que la interrupción de la camarera acababa de salvarle la vida.

—Emily, ¿verdad? —Su tono cambió ligeramente. Seguía siendo profundo y grave, pero carecía ya de la sensualidad con la que le había hablado a ella—. ¿Qué tal estás?

—No tan bien como tú —aseguró la chica con una amplia sonrisa. Se ruborizó al ver que recordaba su nombre. El disimulado escaneo que hizo del lugar ya sugería cuál sería su próxima pregunta—. ¿Hoy no traes compañía?

El vampiro sonrió, de esa manera tan particular suya y que lo hacía irresistible para quien le mirase.

—Desgraciadamente, Joel tenía cosas que hacer. Y yo no podía esperar más para volver a ver a Victoria —declaró girándose hacia ella. Sin mediar palabra, se llevó su mano, la cual todavía sostenía, a los labios y le besó los dedos—. Es realmente difícil mantenerse alejado de una mujer como ella…

Aquella inesperada declaración casi la atraganta.

—No te pases… —consiguió articular.

—Vaya, *nena*. Nunca dejaste caer que tuvieras pareja. —Paul, que no había dejado de mirar al tipo como si su sola presencia allí fuese una amenaza para él, estiró el brazo en torno a sus hombros, dando a entender algo que no existía—. Con lo bien que nos lo estábamos pasando…

—¿Qué crees que estás haciendo, gilipollas? —Tori fulminó al tipo con la mirada, mientras se encogía para liberarse del tipejo.

—Toca a *mi mujer* y te arranco el brazo, humano.

Todo pasó demasiado deprisa. En un momento los tres miraban al hombre que había hecho tal declaración y, un parpadeo después, Paul estaba con la cara aplastada sobre la superficie de la barra, boqueando como un pez, con el brazo con el que la había rodeado ahora retorcido hacia atrás. Sebastian era el responsable de la mano que mantenía al gilipollas totalmente inmovilizado.

—¿He sido claro? —La voz del vampiro era profunda y llena de amenaza.

—Joder —jadeó Emily abriendo los ojos como platos.

—Hijo de puta… —masculló Paul intentando liberarse—. ¡Me vas a romper el brazo!

—Bast, suéltale —pidió ella, todavía en shock. No por lo que estaba presenciando, sino por la rapidez con la que ese hombre se había movido.

Esos ojos rojos se encontraron con los suyos a través de las gafas y, un segundo después, retiró las manos.

—La próxima vez, no me limitaré a una advertencia.

Tori se estremeció ante sus palabras. No estaba hablando por hablar. Era una promesa en sí misma. No negó que aquella manera de actuar le provocó cierto recelo. Por otro lado, él había hecho algo que no había hecho nadie allí; defenderla.

—No habrá próxima vez —respondió. Si el imbécil de Paul intentaba de nuevo algo parecido, lo dejaría sin pelotas.

—¡Puto chalado! —escupió el agredido, acunándose el brazo contra el pecho—. Voy a llamar a la Policía…

—Tú no vas a hacer nada, imbécil. —Victoria se giró como un relámpago en su dirección y lo taladró con la mirada—. Has sido tú el que me ha puesto las manos encima sin mi permiso. El que ha estado molestándonos repetidamente a Emily y a mí. Así que, a menos que quieras que te denuncie ahora mismo por acoso, volverás a tu rincón y no te acercarás de nuevo a nosotras.

Él la miró de arriba abajo y sonrió con sorna.

—No eres más que una calientapollas…

—Y prefiero calentar la suya antes que perder un par de horas intentando encontrar la tuya —le soltó con total intención.

Nunca había visto a un hombre ponerse tan rojo como lo hizo él en ese momento.

—Ahora, vuelve al trabajo. —Señaló con un gesto a la clienta con la que había estado ligando. Esta parecía estar mucho más interesada ahora en su vampiro que en el camarero—. El cual, por cierto, consiste en servir bebidas…

Con esa última acotación le dio la espalda y se alejó hacia el otro extremo de la barra, decidida a poner tanta distancia como fuese posible entre ambos.

Lo último que quería era ser ella la que diese el espectáculo esa noche. Ya era un verdadero milagro que los clientes próximos a la barra no hubiesen prestado atención a esa muestra de territorialidad masculina.

El responsable de marcar dicho territorio se desplazó con ella, ocupando un nuevo asiento al final de la superficie de madera, justo al lado de la zona móvil por la que entraban y salían del estrecho pasillo.

—No vuelvas a hacer eso. —Lo apuntó con el dedo.

—No tendré que hacerlo si guarda las manos para sí mismo —replicó él con total confianza.

—Solo buscaba tocarte las narices.

—Bien. Lo consiguió —admitió como si aquello fuese un hecho—. Y si es un humano inteligente, habrá captado el mensaje y no volverá a tocarte ni un solo pelo.

Tori entrecerró los ojos, apoyó las manos sobre la barra y se inclinó hacia delante.

—No puedes ir por ahí diciendo que soy *tu mujer*.

La manera en que enarcó una ceja y sonrió, dejándola ver un asomo de uno de sus colmillos.

—Lo eres. Lo cual me da derecho a pregonarlo si quiero. —Se lo quedó mirando sin saber cómo responder a semejante declaración, aunque tampoco parecía esperarlo, ya que añadió—. Te he elegido, Victoria. Eso te hace mía.

Mierda. No se había convertido en un charco de sí misma a sus pies, ¿verdad?

—Y espero que tú también me elijas a mí.

Vale. Si no lo había hecho todavía, con esa demoledora frase lo había conseguido. Ya era un charquito.

—¿Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza? —murmuró. A pesar del ruido de fondo, tuvo claro que la había escuchado.

—Empiezo a pensar que es algo que solo me pasa cuando estoy a tu alrededor —admitió y parecía sincero.

—¿*Um*? ¿Tori? —Las cabezas de ambos se volvieron al unísono hacia Emily. Mierda, se había olvidado de su compañera—. ¿Los chupitos?

—Perdona, Emi. Ahora mismo te paso la bandeja. —No pudo evitar sonrojarse hasta la punta del pelo. Con la escenita aquella se le había ido el santo al cielo.

—Gracias por eso. —Escuchó que le decía la chica a Bast—. Ese cabrón se lo merecía.

Tori se dio cuenta en ese momento de que Paul no solo debía de haber molestado a Emily esa noche, lo que le provocó unas ganas enormes de retorcerle los huevos.

—Si vuelve a acercársete, recuérdale que hay alguien a quien le encantaría arrancarle la cabeza.

La chica abrió los ojos como platos y se quedó mirando al hombre, pero entonces sonrió, dando por hecho de que el tipo solo exageraba. Ella, sin embargo, no estaba tan segura.

Vampiro. El hombre sentado en aquel taburete no era humano y solo Dios sabía por qué reglas se conducía normalmente.

—Lo haré —asintió la chica con una enorme y luminosa sonrisa—. Y, pórtate bien con ella, ¿vale? Tori es una mujer increíble y merece que se la trate como a una reina.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que se sienta de esa manera.

—Me caes bien, Bast. De verdad que me caes bien. —Emily le guiñó el ojo, cogió la bandeja con los chupitos y le pasó otra comanda—. Ponme dos cervezas negras para la terraza.

Bandeja en mano, se alejó con el primer pedido, mientras le preparaba la que acababa de pedir.

—No te he ofrecido nada de beber… —Se volvió hacia Bast. Tan pronto como esas palabras abandonaron sus labios y él se giró a mirarla con esa intensidad, sintió que enrojecía hasta la punta del pelo—. Bebida del bar, me refiero. Esa clase de bebida.

Los labios masculinos tiraron de nuevo hacia arriba en esa particular sonrisa que resultaba tan sexy como enigmática.

—Solo necesito una cerveza, gracias.

Asintió y se giró de inmediato para sacar una botella de la nevera e impedir así que la viese muerta de vergüenza.

—¿Por qué trabajas aquí, Victoria?

La pregunta fue tan inesperada, que, cuando se volvió hacia él y le dejó la cerveza delante, se quedó pensando un momento en la respuesta.

—Necesitaba el trabajo. —Se encogió de hombros—. Puede que no sea el puesto más glamuroso de todos. Ni el mejor sueldo del mundo, pero se ajustaba a mis actuales necesidades.

—¿Qué necesidades? —inquirió llevándose la botella a los labios.

—Tuve un accidente hará cosa de un año. —Las palabras salieron una vez más de su boca por propia iniciativa—. Alguien me atropelló en las inmediaciones de la antigua prisión de Joliet y se dio a la fuga. El impacto fue tan brutal que me pasé tres meses luchando por mi vida en el hospital. Cuando desperté, no recordaba nada de ese episodio. Ni siquiera sabía qué hacía allí esa noche. Esa… amnesia persiste hoy por hoy.

Se encogió de hombros, restándole importancia, y añadió.

—Me quedaron ciertas secuelas. Del accidente. —Se llevó la mano a la cabeza, rozándose la sien con los dedos—. Los sonidos fuertes. Las aglomeraciones. Demasiada luz… Empecé a tener miedo a salir por el día, porque eso significaba que tendría que dormir por la noche. Durante el día me siento… protegida. Como si esa oscuridad ponzoñosa no pudiese atraparme.

Admitir aquello en voz alta, ante alguien que no estaba en coma, fue, con toda probabilidad, el paso más grande que había dado hasta ahora. Sabía que no tenía sentido, que todo aquello formaba parte de su psicosis y que debería estar trabajando en ello para recuperar cierta normalidad en su vida. No era fácil. El pozo oscuro de su mente que se había tragado los recuerdos no la dejaba bajar la guardia.

—Estuve clínicamente muerta dos veces —añadió en un susurro—. Soy prácticamente un milagro con patas. Aunque uno roto.

—No estás rota. Vives y respiras. El que camines durante la noche y no durante el día no es más que un cambio en tu rutina —le dijo él con sencillez—. Y el que ha permitido que nos conozcamos.

Sí. Bien. Aquella tenía que ser otra manera de ver las cosas.

—Sabes, por momentos resultas aterrador, pero en otros puedes llegar a ser de lo más dulce.

—Tienes que ser la primera persona sobre la faz de la tierra que etiqueta como *«dulce»* a un *nocturna* —admitió él y dejó escapar un resoplido de risa—. Más aún. A *mí.*

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Dijiste que eras un… *Nocturna*. Como si eso fuese diferente a… vampiro —susurró la última palabra, como si no desease que la escuchase nadie más que él.

—Lo es —confirmó con naturalidad—. Piensa en ello como una mutación genética dentro de una misma raza. Así como la humanidad tiene miembros con variaciones genéticas, lo mismo pasa con los vampiros. Y los *nocturna* somos una de esas variaciones. Una extraña y escasa. Nuestra condición es algo distinta de la de los demás vampiros.

—¿Cómo de distinta?

—A nivel fisiológico, los *nocturna* compartimos el mismo tono de ojos carmesí y nuestra… dieta líquida la obtenemos directamente de un donante vivo. —La señaló a ella con un gesto de la mano, lo que le provocó un escalofrío, pero no de miedo—. Nuestros sentidos están más desarrollados que los de los civiles y, al pasar el Ascenso, solemos obtener como premio algún don particular y único.

—¿Un don?

Afirmó y señaló con un gesto de la barbilla las servilletas que tenía a su derecha. Tori siguió su indicación y se quedó sin respiración al ver como, una tras otra, las hojas de papel de

color blanco abandonaban su soporte y empezaban a levitar formando una especie de columna que iba en ascenso.

—¡Jesús! —Retrocedió con tanto ímpetu que terminó chocándose de espaldas con la línea de las neveras. Las servilletas fueron descendiendo con la misma cadencia hasta colocarse de nuevo en su lugar bajo su atenta mirada—. Vale. Eso… no lo vi venir.

—Me imagino que no —mencionó él con cierta diversión, lo que hizo que el momento se volviese más distendido. Ella apartó la mirada de las servilletas y la posó de nuevo sobre el hombre.

—Eres realmente lo que dices ser. —Tenía que admitirlo. Era más fácil dudar que creer a pies juntillas en algo que no debería ser posible. Mucho más sencillo encontrar excusas y dudar de todo que aceptarlo y ya.

—Nunca he mentido al respecto —afirmó con esa tranquila aceptación suya. Era como si Sebastian estuviese acostumbrado a decir lo que pensaba y dejar que los demás lo aceptasen o no —. Aunque no son muchos los humanos que saben de nuestra existencia.

—¿Por qué?

—¿Qué ha hecho la humanidad desde el principio de los tiempos? ¿Cómo se enfrenta a aquello que no entiende? ¿Qué hace con todo lo que no entra dentro de sus estándares?

Lo destruye.

No necesitó decirlo en voz alta. No hacía falta más que encender el televisor y ver las noticias: Guerras, hambrunas, incendios, sobreexplotación de recursos… Continuamente se mataban unos a otros y destruían todo lo que encontraban a su paso. ¿Qué no pertenecías a la misma religión? Conflicto al canto. ¿Qué querías anexionar territorios que no te pertenecían? Declaraban la guerra y, en el proceso, morían millones de inocentes.

No había que ser muy inteligente para suponer, que si descubrían que existía una raza distinta y con unos dones inalcanzables para la humanidad, buscarían o su destrucción o hacerse con ellos a toda costa.

—Entiendo tu punto —afirmó Victoria—. No somos precisamente una especie digna de confianza.

—Por el contrario. —La firmeza y convicción de su réplica la sorprendió una vez más—. Hay humanos que se merecen toda nuestra confianza. Las *Familias de Sangre* existen desde el principio de los tiempos. Generaciones de humanos que han estado a nuestro lado desde que puedo recordar, cuidando a los vampiros, velando por nuestros intereses y formando parte de nuestras vidas…

—*Familias de Sangre.* —No comprendía el término.

—En la antigüedad solía haber muchas más que ahora. Servían a los miembros más venerables de la sociedad y adoptaban parte de nuestro modo de vida —continuó. Su tono se

había hecho lejano, como si recordase algo que había ocurrido mucho tiempo atrás—. Hoy ya solo quedan cinco familias. Elizabeth, la joven humana con la que te encontraste en aquella tienda, es la hija de una de ellas. Sus padres han sufrido un duro golpe en estos días. Perdieron a uno de sus hijos en el ataque que sufrieron los muchachos; era el hermano de Lizzy. La llamada que hiciste les ha proporcionado algo de consuelo. Si no hubiésemos encontrado a esos chicos entonces, no sé si podrían haber aguantado un día más ahí fuera.

Sus palabras la estremecieron. Elizabeth tenía un hermano y había muerto en cualquiera que fuese el suceso que los había conducido al estado en el que los encontró.

—Dios mío. —Se llevó la mano a la garganta, sintiendo que se le cerraba.

—Estas últimas noches han sido algo complicadas. Hemos estado intentando dar con los responsables, pendientes de la evolución del joven vampiro y de la humana. Y *La Sanguia* se empeñó en acompañar a las familias en el duelo, lo que significa montar una jodida escolta. —Dejó escapar un resoplido y añadió—. Habría deseado venir a ti mucho antes.

La chica levantó el rostro y lo miró con los ojos cada vez más abiertos, sintiéndose fatal. Sacudió la cabeza y se estiró sobre la barra, cogiéndole la mano.

—Mierda… —Escupió, sintiéndose justamente como eso. Había estado tan obsesionada con él, que ni siquiera se paró a pensar en lo que pasaría con las familias de esos chicos, en el motivo de que las cosas hubiesen acabado de aquella manera. Alguien había muerto, por Dios. Pero ella no lo sabía, ¿cómo iba a saberlo? Se estiró por encima de la barra y cogió la mano del hombre entre las suyas—. Lo siento, Bast. Lo siento muchísimo.

Él bajó la mirada sobre su mano y se la quedó mirando.

—Sí que eres tú —mencionó el vampiro levantando la cabeza para mirarla—. Eres la única capaz de mantenerme a flote cuando todo parece hundirse a mi alrededor.

Sus palabras la sonrojaron. ¿Cómo podía decir eso? Ella no había hecho nada, nada en absoluto.

—Me alegra ser de utilidad —le dijo y esbozó una pequeña sonrisa que esperaba lo animase.

—Eres mucho más que útil, Victoria, eres todo lo que necesito.

CAPÍTULO 27

Sebastian podría pasarse allí sentado toda la maldita noche sin hacer otra cosa que mirarla. La breve conversación que mantuvieron a su llegada se había ido espaciando a medida que pasaban las horas y Victoria tenía que concentrarse en su trabajo. Era eficiente y rápida. Amable, pero sin dar pie a demasiadas confianzas con los hombres. Y eso estaba bien para él. Eran menos humanos que añadir a la lista de los que quería destripar.

El tal Paul al menos había captado la indirecta y no se le había acercado de nuevo. Posiblemente, el que se hubiese metido en su mente y le advirtiese de la mala idea que era relacionarse de maneras que no fueran totalmente profesionales con ambas camareras, tenía mucho que ver. El tipo era de lo más simple. Podría haberle reorganizado el cerebro sin mucho esfuerzo, pero no estaba allí para hacer eso, ni tampoco casaba con su ética. Una cosa era proteger su identidad y la de su raza y otra joder con el cerebro de un humano por el simple hecho de ser lo bastante estúpido como para tocar a su mujer.

Su mujer. Deseaba hacer realidad esas palabras en un plano mucho más íntimo y reclamar a su compañera como su otra mitad. Su polla estaba encantada con aquella idea. Y el resto de él también, pero no deseaba precipitarse. Victoria todavía se inquietaba en su presencia. Había un natural recelo en ella provocado por el desconocimiento y la cautela. Era consciente de que no podía esperar una aceptación plena de buenas a primeras, pero la curiosidad que mostraba en sus preguntas y la forma en la que iba aceptando su realidad era lo bastante esperanzadora como para permitirse ir un paso más allá.

Le gustaba esa curiosidad, la necesidad que tenía de saber, de encontrar respuesta a sus preguntas. Encajaba con su propia forma de ver la vida. Y también admiraba la franqueza con la que hablaba. En especial su manera de compartir con él algo que intuía no había compartido con nadie más.

Victoria no solo no recordaba lo que le había ocurrido aquella noche, sino que ese brutal encuentro había influido en sus rutinas habituales. Aquello cambió por completo el ciclo normal de su vida. La hizo abandonar el sol bajo el que caminaban los humanos para abrazar las sombras. Lo normal habría sido todo lo contrario. Que huyese de la quietud y buscase el bullicio, pero su mente lo había procesado todo al revés.

«He estado clínicamente muerta dos veces».

Había cruzado el umbral, no una, sino en dos ocasiones. Y había vuelto. Ese bien podía ser

el motivo por el que ahora viviese en el mismo mundo que él, uno en el que también podía encontrarse luz.

—Mi otra mitad… —murmuró para sí.

Sonrió pensando en lo que haría a continuación. Tendría que tirar de creatividad, pero tenía muy claro que esa noche no se marcharía del local sin ella.

—¿Está ocupado?

Una voz femenina, con un tono meloso y envuelta en un perfume bastante agradable, fue la carta de presentación que utilizó la mujer para ocupar en el taburete vacío a su lado.

Sebastian la miró de manera soslayada. Era la típica hembra provocativa, que sabía cómo vestirse para ser admirada y llamar la atención de los hombres.

—Soy Laila. —Adelantó una delicada mano, de manicura perfecta y uñas decoradas.

Miró la mano extendida, pero no se la tomó. Se limitó a asentir en respuesta y se llevó su propia cerveza a los labios.

—Hola, ¿te pongo algo?

La mujer levantó la cabeza y ladeó el rostro de tal forma que le recordó a un pájaro. Sus dientes aparecieron en una sonrisa del todo menos auténtica, dejando claro que la intromisión de la camarera no había sido bienvenida.

Bast ahogó un resoplido de risa, se terminó su bebida y dejó con suavidad la botella en la lisa superficie.

—Un *gin-tonic* —pidió y no dudó ni un solo segundo en girarse en la silla e insinuársele de nuevo—. ¿Me permites invitarte a algo?

—Gracias, pero tengo ante mí todo lo que necesito —respondió clavando la mirada en Victoria. La manera en la que se sonrojaba bajo sus atenciones era deliciosa, tanto o más que ella.

Vio por el rabillo del ojo como la mujer saltaba de uno al otro, mirándolos de hito en hito. Casi podía ver su cerebro trabajando a toda velocidad, preguntándose cómo una chica que trabajaba tras la barra de un bar de copas podía competir con ella.

—Oh. —Fue todo lo que dijo. Su mirada, sin embargo, seguía deslizándose sobre él.

—Sí. Oh. —El tono de su humana era casi divertido. Ella tampoco miraba a la mujer, esos bonitos ojos verdes seguían conectados a los suyos—. Lo siento. Aquí mi amigo…

—Su pareja… —corrigió él.

—…suele causar este tipo de estragos con solo sentarse a la barra —concluyó ella, entonces miró a la chica—. ¿Te pongo ese *gin tonic*?

—Sí, gracias —respondió y acto seguido murmuró un—: Perdón.

—No te preocupes. Al menos a ti no te ha soltado un *«¿qué estás mirando?»*, la primera vez que lo viste —replicó Victoria, visiblemente divertida.

—Vas a recordármelo siempre, ¿verdad? —preguntó él en voz baja, dejando que su naturaleza se deslizase en ella.

La manera en que su humana abrió los ojos dejó claro que había sentido lo que él quería transmitirle; una íntima caricia.

—Que no te queda la menor duda —admitió dando un paso atrás y, disimulando de ese modo, la ola de excitación que la recorrió. Su aroma le acarició la nariz, haciendo que desease arrancarla de ese puesto y arrastrarla de nuevo a ese maldito almacén.

—¿Cuándo decías que terminabas el turno? —le preguntó, manteniendo el mismo tono.

—No lo dije… —Declaró, dándole ahora la espalda en un intento por concentrarse de nuevo en su labor.

—*Um.*…

—En media hora. —Emily apareció con una bandeja llena de vasos y botellas vacías—. Yo cierro.

—Emi, no tienes… —Empezó a decirle Tori, pero la chica levantó la mano y sacudió la cabeza.

—El mogollón del principio ya se ha disuelto. El imbécil y yo podemos ocuparnos de lo que queda y cerrar —aseguró la chica—. Tras el toque de atención que le dio *tu novio*, se está portando como todo un caballero. Ver para creer. —Se volvió hacia él y lo apuntó con el dedo—. Gracias, en serio.

—Ha sido un placer —asintió.

—¿Estás segura? —Su humana parecía necesitar cerciorarse de que estaría bien terminar su turno antes de tiempo.

—Disfruta. Tú que puedes.

Con un guiño, la chica dio media vuelta y se dirigió al otro lado de la barra, donde el tal Paul había hecho lo que al parecer no solía hacer en aquel lugar; trabajar.

—Bueno… Parece que terminaré por aquí y recogeré mis cosas —le confirmó ahora a él.

—Perfecto.

Y lo era. Eso le dejaba un par de horas más antes de que amaneciese, tiempo más que suficiente para convencerla de irse con él.

La mujer que se había sentado a su lado, viendo que no conseguiría nada de él, cogió su consumición y abandonó la barra en dirección a la terraza.

—Tengo curiosidad, ¿siempre se te insinúan de esa manera? —mencionó Victoria, quien estaba repasando la superficie de la barra con un paño.

—Mi gente puede resultar atrayente para los humanos. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Tiene más que ver con algo inherente a nosotros que con nuestra apariencia. Hay a quien le afecta más y a quien le afecta menos. Al final te acostumbras a

ignorarles o…

—O decirle a esa persona que se meta en sus asuntos —resumió ella con una mueca—. Vale. Quedas perdonado por ese brusco *«qué estás mirando»* que me soltaste la otra noche.

Dejó escapar un resoplido de risa y ladeó la cabeza para mirarla por encima de las gafas.

—Tú puedes mirarme tanto como quieras, Victoria. Es lo justo. Yo ya lo estoy haciendo.

La sonrisa que le devolvió ella fue tan inesperada como encantadora.

—Voy a cambiarme el uniforme —le dijo dándole un pequeño tirón a la camiseta—. ¿Nos vemos en cinco minutos en el pasillo que lleva a los ascensores?

Asintió en respuesta.

—Te estaré esperando.

Tal y como había hecho durante toda la noche.

Pagó la consumición, se despidió de la encantadora Emily y le dedicó una mirada al tipo que lo hizo saltar en el lugar. No le cupo duda de que a partir de ahora el humano se comportaría de manera adecuada con sus compañeras de trabajo. Dejó el ruidoso local y disfrutó del ambiente más relajado del pasillo. Ni siquiera había llegado a la mitad de este cuando el teléfono empezó a vibrar en el interior de la chaqueta. Lo sacó del bolsillo y puso los ojos en blanco al ver el nombre en la pantalla.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde estás? Faltan un par de horas para que amanezca.

—Soy muy consciente de ello, Joel —replicó mientras se apoyaba de espaldas contra la pared—. ¿Ha pasado algo?

—No hay ninguna novedad con respecto a eso —le informó. Entonces, cómo no, dejó clara cuál había sido la motivación para su llamada—. ¿Estás con ella?

—Sí. —No tenía caso mentir sobre algo que todos tenían más que claro.

—¿Vas a traerla de nuevo a *La Nocturna*?

Ah. Ahí estaba el quid de la cuestión.

—Sí. —Un monosílabo, algo que sabía no le gustaba demasiado a su hermano de armas.

—¿Te he pillado follando? —La pregunta lo hizo poner los ojos en blanco—. Solo se me ocurre esa explicación para tanta sequedad.

—Estoy en *La Azotea*. Victoria ha trabajado toda la noche y la he estado custodiando. —Sí, la verdad es que se había dedicado a eso, disuadiendo a cualquier tío que tuviese ganas de entablar conversación con ella o que la mirase como solo podía mirarla él. Nunca había encontrado tan útil el ser *nocturna* como esa noche, quizá porque nunca le había importado nadie tanto como esa pequeña humana—. Tengo la intención de invitarla a venir conmigo a la colonia…

—¿Una invitación como en *«la subyugo y la mierda los buenos modales»*?

—Te lo estás pasando muy bien, ¿no?

—Déjame disfrutar ahora que puedo, hermanito. —Se carcajeó Joel—. Eres el primero de nosotros que cae. Necesito tomar apuntes para no perderme ningún detalle.

Resopló y se planteó el colgarle el teléfono en ese mismo instante, pero en vez de eso, le mencionó lo que Tori le había dicho con respecto al accidente y la manera en la que había cambiado su forma de vida.

—Puede deberse a algún daño cerebral causado por el accidente o ser tan solo un trauma derivado de lo mismo —mencionó Joel. Su amigo había dejado de lado la diversión y ahora hablaba como el *nocturna* analítico que era—. Es un milagro que haya sobrevivido. Los dos vimos el estado en el que estaba cuando la encontramos. ¿Quieres que le pida a Elijah que se cuele en el sistema y que saque su historia clínica?

Asintió y vocalizó su respuesta.

—Hazlo —pidió y añadió—. Pero que esto no salga de aquí.

—¿En serio, Bast? —Bufó su compañero, como si la sola petición lo ofendiese—. La has elegido como tu *Primada*. En lo que a los demás y a mí mismo respecta, eso ya la hace parte de esta familia. Lo que le pase, también nos importa.

Sí, sabía que así era. Y que la protegerían si llegase a dar el caso de que a él le pasase algo y no pudiese hacerlo por sí mismo.

—Vayamos paso a paso —pidió. Y justo en ese momento vio a la chica saliendo por la puerta del local—. Mi mujer está aquí. Hablaremos en el próximo alzamiento.

—Ah, el amor. Qué romántico…

Le colgó antes de que acabase la frase y devolvió el teléfono al bolsillo interior.

Victoria había cambiado la ajustada camiseta con el logotipo del local y los leggins, que imitaban el cuero, por un suéter, vaqueros y un viejo abrigo que se ceñía a su figura como un guante. Una vez más iba en deportivas, lo que lo hizo preguntarse si ella usaría tacones alguna vez.

—¿Todo bien? —La pregunta lo hizo fruncir el ceño hasta que ella aclaró—: ¿Una llamada?

—Joel —le dijo y esperó a que se reuniese con él. Después de haberse pasado la noche con una barra de bar de por medio, tenerla ahora delante de él hizo que le cosquillearan los dedos por ponerle las manos encima. En especial, quería hundirlos en ese sedoso e indomable pelo corto de ondas castañas.

—¿Va todo bien con los chicos?

Su preocupación por los dos jóvenes a los que había ayudado, aun cuando no los conocía realmente, le daba una idea de cómo era ella.

—Sí. Más bien estaba preocupado por ponerme al tanto sobre la hora de salida del sol —

respondió con cierta ironía—. Ni que no lo supiera.

Tori se detuvo a un par de pasos de él, las manos firmemente metidas en los bolsillos, sus ojos mostrando los pensamientos que le daban vueltas en la cabeza.

—¿Nunca has llegado a ver el amanecer o una puesta de sol? —preguntó con una voz suave, casi podría decirse que cautelosa, como si temiese ofenderle.

—Más veces de las que puedo recordar. —Su respuesta pareció sorprenderle, pues abrió los ojos de par en par.

—Pero tú has dicho… —Sacudió la cabeza y añadió—. ¿No se supone que los vampiros no pueden caminar bajo la luz del sol?

—No es tanto que no puedas hacerlo, como que dicho paseo te provoque unas quemaduras internas y externas que te llevarían directamente a la muerte —admitió con total sinceridad—. El amanecer que yo he visto es ese momento en el que el sol todavía no ha salido, pero el horizonte empieza a dejar atrás el color de la noche y se viste de tonos cálidos. No, no podría quedarme a ver cómo el sol se alza. No sería nada inteligente por mi parte y sí muy peligroso para mi salud. —Y para su vida—. Y con la puesta de sol pasa lo mismo, esos colores naranjas y rosas, como si el cielo estuviese en llamas mientras el astro se oculta… Es una imagen que se te queda grabada en la retina. Y entraña menos peligro que su polo opuesto.

Ella se le quedó mirando, ladeó la cabeza y señaló algo que le hizo sonreír.

—Pues para no poder tomar nunca el sol, tienes un bronceado estupendo.

Los labios se le despegaron en una genuina sonrisa, dejando a la vista sus colmillos.

—Eso también es en parte…

—¿Genética? —sugirió ella sonriendo a su vez.

Sebastian asintió y, no se refrenó más, estiró la mano y cogió una de las suyas, atrayéndola a sus brazos.

—Necesito besarte —declaró y un segundo después era lo que estaba haciendo.

Le encantaba su sabor. Y poder degustarla, con ese curvilíneo cuerpo pegado al de él, era incluso mucho mejor. Se bebió los gemidos que escapaban de su boca, disfrutó seduciéndola con la lengua, buscando una respuesta que no se hizo de rogar y se bañó en el aroma que desprendía su piel, pensando en cuánto mejor sería si ambos estuviesen desnudos.

—Ven conmigo —murmuró en su boca—. Déjame tenerte.

El cuerpo que abrazaba se estremeció contra él, el aroma de su excitación le acarició la nariz. Era sutil, pero estaba ahí, dándole a entender que su pequeña humana lo deseaba tanto como él.

—Pasa las horas del día conmigo, Victoria. —Bast se apartó lo justo para mirarle a los ojos. Quería que viese que no estaba utilizando ningún subterfugio, que lo que salía de su boca era tan solo su deseo de tenerla y no una seducción artificial—. En mi cama…

—¿Esa que no es un ataúd? —musitó ella y él no pudo hacer otra cosa que sonreír.

—Te prometo que es un colchón muy cómodo —aseguró con tono ronco, lleno de deseo —. Y estoy deseando poder compartirlo contigo.

—Diablos, tú no eres de los que se queda sin respuestas, ¿verdad?

—Ven conmigo y descúbrelo —la invitó.

Vio una vez más ese batiburrillo de pensamientos cruzando por su mirada, como si estuviese decidiendo si debía decirle que sí o dar un paso atrás y marcharse.

—*Tori…*

—¿Todo el día? —Su pregunta salió con voz temblorosa, lo cual lo confundió, pero solo necesitó ver de nuevo la vulnerabilidad en esos ojos, la misma que había visto en ella cuando había hablado de sus miedos, y supo a qué se debía.

—Desde la salida a la puesta de sol… —confirmó al tiempo que llevaba los nudillos sobre su mejilla y los dejaba resbalar sobre su piel—. Y de la puesta de sol a la salida de nuevo, si eso quieres.

La chica dejó escapar un resoplido, pero ese temor había desaparecido.

—Demasiadas horas para pasarlas en una cama, ¿no te parece?

—Depende de lo que estés haciendo en ella, dulzura. —Detuvo sus dedos en su barbilla y se la pellizcó con suavidad, levantándole el mentón—. ¿Y bien? ¿Te quedas conmigo?

La manera en la que se mojó los labios y bajó ligeramente los ojos fue de lo más sensual.

—Sí, por favor.

Sebastian no necesitó nada más para abrir la brecha de traslado detrás de ella y hacerlos pasar a ambos a la casa común de la subterra *nocturna*.

CAPÍTULO 28

La Nocturna
Bucktown
Chicago

Si algo le había enseñado la vida a Victoria en ese último año, era a aceptar lo que viniese y aferrarse a ello con las dos manos si es que lo deseaba de verdad.

Y por Dios que deseaba al hombre que tenía delante. El que parecía capaz de embrujarla y volarle la cabeza al mismo tiempo. Porque eso era lo que le hacía él. La desarmaba por completo, haciéndola desear algo que ni siquiera sabía que quería hasta que se presentó bajo su forma.

Un *Nocturna*. Un *vampiro*. La más oscura y letal de las criaturas, según el folclore. Capaz de seducir, engatusar y engañar. Que se bebía la sangre de sus víctimas dejándolas secas. Bien. Quienes habían llegado a esa conclusión debían que estar muy borrachos o no tenían la menor idea de la existencia de los verdaderos vampiros. Lo que narraban eran tan solo cuentos para asustar.

Sebastian no la asustaba. No de esa manera, al menos. Aunque sí la perturbaba. Lo cual tenía sentido, pues él encarnaba todo lo que se suponía que no existía o no debía existir.

Todavía le duraban las palpitaciones que le provocaba estar entre sus brazos, degustando su sabor al calor de ese duro cuerpo. Por no hablar del momentáneo desconcierto de haber estado hacía tan solo un segundo en el pasillo que daba a su lugar de trabajo y encontrarse ahora, dos pasos después, en la vivienda en la que se había despertado cuatro noches atrás.

Él había hecho eso mismo cuando la llevó a casa esa noche y, si bien le había explicado que se trataba de alguna especie de traslado dimensional, hizo dicha experiencia a un lado en su mente, ya que no era capaz de lidiar todavía con esas cosas.

Y estaba claro que hoy tampoco iba a hacerlo.

—Ven… —Se apartó de ella, pero no la soltó. Sus manos quedaron unidas a la distancia del brazo extendido del vampiro, quien la invitaba a seguirle a través de aquel lugar.

Por supuesto, no tuvo ni que tirar de ella para que lo siguiese. Sus piernas empezaron a moverse solas, como si solo necesitasen escuchar su voz.

—Dime que no estás haciendo… lo que quiera que hiciste… esa vez… —murmuró entre el

deseo de seguirle y el recelo de hacerlo bajo algún tipo de coacción.

—Te lo prometí, ¿recuerdas? —le dijo a modo de respuesta—. Nada de trucos. Ni compulsión, ni seducción. Tu mente y tu voluntad son totalmente tuyas.

—Bueno, eso de que *«nada de seducción»* —Lo miró de arriba abajo con total intención —. No creo que tengas un interruptor para apagar lo bueno que estás.

Sebastian se rio. El sonido era ronco, profundo y muy sensual, y por Dios que podría haberse quedado escuchándole reír para siempre.

—Creo que eso tiene más que ver con lo que tú ves al mirarme, que con lo que yo pueda proyectar, Victoria —aseguró y la manera en la que pronunció su nombre la derritió. Desde luego, ese hombre era como un afrodisíaco, porque nunca se había excitado tanto y con tanta facilidad en su vida. ¿Cuándo había deseado a un hombre de la manera en que le deseaba a él? ¿Nunca? El sexo no había sido demasiado llamativo en el pasado, pero él estaba haciendo que todas y cada una de sus reservas se fuesen a la mierda.

Apartó la mirada durante un segundo. Necesitaba poder pensar con claridad y estaba claro que esa capacidad se le había escapado. Se fijó en las paredes, en los cuadros y en los muebles que iban dejando atrás mientras se adentraban en lo que parecía una especie de vivienda anexa de lo más completa.

—Bienvenida a mis dominios —le dijo nada más traspasar la puerta que se abrió sin que él la tocase siquiera, solo para cerrarse en cuanto entraron en aquel lugar—. Estas son mis dependencias dentro de *La Nocturna.*

Y por dependencias, se refería a una enorme estancia, dividida en planta y media. La planta baja, a la que accedieron nada más traspasar la puerta, se abría a un gran salón comedor, con muebles que delimitaban los espacios y murales y estanterías que rellenaban unas paredes carentes de ventanas. Una escalera lateral llevaba al piso de arriba, cerrado tan solo por una barandilla de cristal que iba de lado a lado. Unas cortinas, ahora abiertas, dejaban ver una pequeña oficina y el inmenso dormitorio, cuya cama podía apreciarse desde allí abajo.

El lugar estaba decorado en tonos marrones y azules. Las paredes tenían un suave color arena que resultaba acogedor y, desde los muebles a los juguetitos, como la enorme televisión de plasma que dominaba toda una pared, así como el enorme piano de cola situado en el rincón de la librería, eran de primerísima calidad.

Pero lo que más destacaba sin duda era el aroma, uno que le recordaba al hombre que la abrazó desde atrás y posó la boca sobre su cuello. Tori se estremeció nada más notar sus labios en aquel punto en concreto, pero él se limitó a lamerla y a ascender hasta el lóbulo de la ojera, el cual pellizcó con los dientes.

—La cama está arriba. —Le habló al oído. Su cuerpo reaccionó al momento y su sexo se humedeció aún más—. Y es ahí justo dónde te quiero ahora…

Casi suelta un grito cuando sus pies dejaron de tocar el suelo, hasta que se dio cuenta de que no se estaba cayendo, sino de que el vampiro la había levantado y la llevaba en brazos como si no pesara absolutamente nada. Se aferró a él por instinto y cuando lo miró, se dio cuenta de que ya no había cristales que cubrieran esos preciosos ojos carmesí.

Tan extraños como eran, también le parecían increíbles. Y ahora que los veía más de cerca, podía advertir que el tono iniciaba más claro en el centro y se iba extendiendo hacia fuera del iris en olas más oscuras.

—Son tan bonitos como raros. —Como siempre, su boca iba por libre—. Es una pena que tengas que ocultarlos.

—Ahora no tengo que hacerlo —afirmó. Le hizo un guiño y la subió al piso de arriba, dejándola resbalar sobre su cuerpo antes de que sus pies tocaran de nuevo el suelo.

Y de repente solo eran ellos dos, frente a frente y a los pies de una cama.

Victoria se quedó mirándole, sin saber qué hacer y no porque no lo supiera, sino porque temía que si se movía, si daba un solo paso, aquel hechizo se rompiera. Todo parecía demasiado bueno para ser verdad y, si estaba soñando, no quería que la despertaran.

—Te puedo asegurar que ambos estamos muy despiertos —anunció Sebastian. Resbaló los dedos sobre su rostro, apartándole el pelo y remetiéndoselo detrás de la oreja—, pero estoy dispuesto a demostrarte que esta es la realidad y no un sueño.

—He dado voz a mis pensamientos, ¿no?

Él asintió y, sin mediar palabra, se sacó la chaqueta y la dejó a un lado, lanzándola sobre un mueble como si tal cosa. Tori volvió a quedarse de nuevo sin palabras. La camiseta negra que llevaba por debajo marcaba cada uno de los músculos de ese hombre como si se tratase de una escultura. No había un solo gramo de grasa allí. Todo, desde su ancho pecho, a los duros y definidos abdominales y esos fuertes brazos, era la más absoluta perfección.

La camiseta también voló. *La madre que lo parió*. ¿Ese hombre era de verdad?

Lo era, decidió un segundo después, cuando esas grandes y callosas manos cogieron las suyas y las plantaron sobre la suave y caliente piel de su pecho.

—Puedes tocarme, dulzura, te prometo que, de momento, no muerdo.

Ella tan solo pudo levantar la cabeza y quedarse mirando ese rostro atractivo y visiblemente divertido.

—Si me desmayo, no me lo tendrás en cuenta, ¿verdad? —musitó y notó como su voz era apenas un hilito.

—Respira, Tori, solo respira… —Le dijo antes de inclinarse sobre ella y tomar su boca en un suave y persuasivo beso—. Solo estamos tú y yo. Esto es solo para nosotros. Para ti y para mí.

Cerró los ojos y dejó que su voz la envolviese, que crease esa magia suya que le aturdía los sentidos.

—¿Me dejas desnudarte? —Un suave susurro, una invitación a la que no deseaba negarse.

—Por favor… —Asintió y gimió cuando su boca volvió a tomar posesión de la suya, profundizando ahora el beso.

Las manos masculinas se movieron sobre su cuerpo, acariciándola y moldeándola, al tiempo que cada pieza de ropa iba desapareciendo y más piel quedaba expuesta a su mirada. Por primera vez no se sintió expuesta, sino mimada. No se trataba solo de la manera en que la acariciaba, sino en la que esos ojos se posaban sobre ella, en la que parecían disfrutar de lo que veían, haciéndola sentir hermosa.

Victoria era consciente de que no tenía un cuerpo bonito. Estaba más cerca de una musa de *Rubens*, que de una modelo de revista. Si bien no era de las que se escondía, había dejado de importarle cómo le quedase la ropa. Se limitaba a buscar algo que fuese cómodo y, sí, si podía ocultarle la barriga y el culo, pues mejor. Tenía sus inseguridades, suponía que como todas las mujeres con sobrepeso, pero frente a este hombre completamente perfecto —o al menos a ella se lo parecía—, todo aquello, más que importar, se esfumaba como el humo bajo una sola de sus miradas.

—No dejes que nadie te vea así jamás —lo escuchó murmurar, su voz más profunda y ronca de lo que la había escuchado jamás. Su forma de mirarla era pura lujuria. Sus colmillos asomaban bajo sus labios y a menudo se veía obligado a tragar—. Quiero ser el único que te contemple, que sepa lo hermosa que eres, la deliciosa mujer que ocultas debajo de toda esa ropa.

Sus palabras la conmovieron y avergonzaron al mismo tiempo, algo que él debió notar, pues se encontró con sus dedos debajo de la barbilla, levantándole el rostro para que sus ojos se encontrasen una vez más.

—Lo digo en serio, Victoria, te quiero solo para mí —afirmó con tal rotundidad que solo pudo sonrojarse y asentir—. Te quiero por entero.

Un segundo después sintió que la gravedad hacía su función y ella caía hacia atrás, aterrizando de espaldas sobre la cama. Se quedó sin aliento, agitada, mirando al hombre de pie, todavía con los pantalones y las botas puestas y esa mirada carmesí recorriéndola como si fuese un delicioso helado. Tuvo claro que nunca olvidaría el momento en que lo vio completamente desnudo, en el que posó los ojos sobre la dura y enorme erección que se erguía ante ella.

—Joder…

Sebastian esbozó una particular sonrisa en la que asomaron esos colmillos.

—De todas las formas en las que se me ocurran, dulzura.

Tori tragó saliva y jadeó cuando lo vio subirse a la cama, acechándola como si fuese un animal salvaje. Sus ojos eran más rojos que nunca, sus colmillos más afilados, a pesar de que no parecía que hubiesen crecido en tamaño. El corazón se le aceleró y sintió que se quedaba sin respiración cuando se abrió paso entre sus piernas y quedó suspendido sobre ella, su rostro muy

cerca del suyo.

—Mi dulce y pequeña Victoria —pronunció con un tono de voz tan profundo que le provocó un escalofrío de puro placer—. Al fin eres mía.

Le rozó los labios con el aliento, jugó a besarla sin tocarla y, cuando al fin cayó sobre ella, no se anduvo por las ramas. Le folló la boca con la lengua, como si quisiera borrar el recuerdo de cualquier beso que no fueran los suyos y vaya que lo consiguió. Su ardor la contagió y no dudó en responderle, en resbalar las manos sobre esos duros músculos, aprendiendo los secretos de su piel.

—Bast… —jadeó su nombre cuando él decidió abandonar su boca y empezó a bajar desde su barbilla, pasando sobre su cuello, dejando tras de sí una ristra de besos y mordisquitos que lo llevaron sobre sus pechos, mientras le mantenía las piernas separadas al encontrarse entre ellas.

Su sexo estaba desnudo y expuesto, palpitante por el placer que la recorría. Y cuando su boca se cerró en torno a un duro pezón, pensó que iba a perder la cabeza. Ese vampiro sabía qué hacer con esos colmillos, de eso no le cabía duda. El notar esas puntiagudas cúspides en su carne la estremeció de miedo y también de placer. El no saber lo que él tenía en mente y la conciencia de lo que podían hacer esos dientes la desequilibraron por completo.

—Por favor, Bast… —gimió. Tori no sabía si le estaba pidiendo que la mordiese o que no lo hiciese, lo cual resultaba igual de aterrador.

—Quizá… más tarde —ronroneó él y, si no tuviese la cabeza tan aturdida por la sobrecarga sensorial a la que estaba haciendo frente, habría jurado que se había reído.

Le dedicó un buen rato a sus pechos. Alternó entre uno y otro pezón, torturándola con su lengua y sus dedos, empujándola a tales alturas que estaba segura de que acabaría corriéndose con tan solo las atenciones que le prodigaba al tren superior de su cuerpo. Tori estaba en llamas. Se revolvía bajo él, levantando las caderas, pidiéndole en silencio que le dispensase sus atenciones un poco más abajo. A poder ser, que llevase esa dura polla que había notado rozándose contra ella a su sexo. Estaba como loca por sentirle en su interior, llenándola por completo.

No obstante, Sebastian tenía sus propios planes, como demostró al abandonar sus abusados pezones y descender sobre su vientre. Jugó unos instantes en su ombligo, le acarició el pubis, jugando con el recortado vello que lo cubría y se demoró allí el tiempo suficiente para hacerla enloquecer.

—Oh, por el amor de Dios. Ten un poco de piedad —gimoteó.

Cuando ya pensó que no podía soportarlo más y estaba a punto de mandarlo a la mierda, la boca del hombre cayó sobre su sexo y se dedicó a degustarlo con un hambre voraz. Le abrió aún más las piernas y las empujó hacia arriba, exponiéndola a él. La lamió como si ella fuese un delicioso helado y él un niño que quería alargar lo máximo posible aquel inesperado regalo. Se

tomó su tiempo para hacerle perder la cabeza, porque estaba convencida de que esa era su meta en la vida. Ignoró sus súplicas y se rio cuando intentó amenazarlo creativamente. Estaba claro que el maldito tenía experiencia de sobra en lo que hacía y que disfrutaba de cada segundo del proceso, pero ella estaba a punto de gritar de pura frustración.

—Bast, por favor… Por favor, por favor… Por favor… —Lloriqueó de pura frustración. Necesitaba correrse y cada vez que se acercaba al bendito orgasmo, él se las arreglaba para retrasarlo.

—Córrete en mi boca, Tori… —Su voz, ronca y profunda, fue como un latigazo para sus sentidos. Entonces su lengua volvía a estar allí, sus dedos la penetraron y un segundo después, el tan ansiado orgasmo la barrió de manera demoledora. Él no se detuvo, ni tampoco se apartó. Siguió lamiéndola y chupándola como si no quisiera desperdiciar ni una sola gota de humedad. Mantuvo la cabeza entre sus piernas, torturándola de la manera más deliciosa de todas, hasta que el último temblor del orgasmo se extinguió—. *Um.* Deliciosa.

Ella no podía moverse, se quedó allí tendida, incluso cuando ese vampiro sexual se cernió sobre ella, reptando sobre su cuerpo hasta encontrarse de nuevo con sus ojos.

—¿Sigues conmigo, *Tori*?

Se lamió los labios y cuando abrió la boca para intentar decir algo, su lengua la ocupó, besándola, solo que esta vez lo hizo con suavidad. Un beso lento, sensual, cargado de erotismo y también dulzura. Era como si la estuviese acariciando, cuidando de ella después de haberla enloquecido.

—¿Puedo? —susurró y a su pregunta le siguió la dura longitud de su miembro, bañándose en la humedad entre sus piernas.

—¿Ahora… vas a pedir… permiso? —musitó, elevando las caderas de manera involuntaria, pidiéndole más de aquello.

—Contigo, siempre pediré permiso para las cosas importantes —le aseguró, encontrándose con su mirada—. Porque tú eres importante.

—Capullo…

—Sí, puede que eso también sea un poco —sonrió y ahí estaban de nuevo esos colmillos y, ahora sí, juraría que parecían un poco más largos—. No tienes de qué preocuparte. No te haré daño. Nunca.

—Me lees la mente. —No era una pregunta. Sin embargo, él negó con la cabeza.

—Lo veo en tus ojos, Victoria. —Cuando pronunciaba su nombre completo, parecía darle un significado muy íntimo—. Deseo tenerte y ser uno contigo, deseo…

Tori le cogió el rostro entre las manos y se limitó a decir:

—Sí.

Él sonrió de nuevo y, un instante después, le empujaba la lengua en la boca, seduciéndola

con un hambriento beso, al mismo tiempo que se hundía en su sexo hasta los testículos, dejándola sin respiración.

Cielo santo. Ese hombre no era humano. Bien. No, no lo era. Era un vampiro jodidamente bien dotado y ella iba a morirse de placer en cualquier instante.

—¡Sebastian! —Parecía correcto gritar su nombre en ese momento, al sentirlo dentro de ella, llenándola de tal manera que no creía que pudiese volver a sentirse de nuevo vacía. Nada la había preparado para aquello, ni mucho menos para él.

—Mi dulce y preciosa Victoria —ronroneó él, metiendo las manos bajo sus piernas, empujándoselas hacia atrás para hacerse sitio y llegar, si es que era posible, aún más dentro de ella.

—Oh, Dios. —Tori cerró los ojos por puro instinto, como si quisiera escapar de algo que era demasiado para ella, pero estaba claro que su amante tenía otros planes.

—Abre los ojos, *Victoria.*.. —La engatusó—. Déjame verte.

Ella lo hizo y se encontró con su mirada.

—Sí, así… —murmuró complacido. Lo notó moviéndose en su interior, retirándose lentamente solo para volver a entrar en ella y, durante todo el tiempo, sus ojos se mantuvieron anclados—. Mi niña… Mi dulce y preciosa Victoria.

Por Dios. ¿Podía existir una experiencia más íntima que aquella? ¿Más caliente? Tori se derritió por él, su sexo se humedeció aún más, facilitándole la penetración. Estaba a su merced y lo sabía, pero no le importaba, lo disfrutaba, en cierto modo, en lo más profundo de sí misma, esto era lo que quería. Quería ser poseída de esa manera, sentirse parte de alguien, ser reclamada por alguien.

—Sebastian… —gimió y echó la cabeza hacia atrás, elevando las caderas para recibirlo, aferrándolo en su interior y disfrutando del gruñido de él al hacerlo—. Bast…

—Por Dios, criatura… —Lo oyó farfullar—. Eres fantástica…

Lo que empezó como un suave vaivén, un juego para ver quién volvía loco a quién, pronto se convirtió en algo más enérgico y tórrido. La lujuria se impuso al suave deseo y aquel miembro empezó a entrar con fuerza y rapidez, clavándose en su interior mientras su chica se aferraba con desesperación a las sábanas y gemía fuera de control. Bast la folló, lisa y llanamente, se entregó al desenfreno que ella misma deseaba, impulsándose, llenándola con su polla solo para retirarse y volver a introducirse en su interior. Tori ya no podía pensar, todo lo que alcanzaba a hacer era sentir el placer que recibía, dejándole disponer de su cuerpo como quisiera, pues al hacerlo recibía justo lo que anhelaba. Él se dobló sobre ella, buscando ir más profundo, como si desease clavarla en la cama. Encontró su boca y la devoró, bajó sobre sus pechos y se amamantó de uno de sus pezones sin que ello frenase el ímpetu de sus caderas.

—Seba… Sebastian…

Él gruñó en respuesta, sus colmillos rozando esa dura cúspide, presionando suavemente la piel en una silenciosa advertencia que la dejó sin respiración. Pero no la perforó, no la mordió, le dio un beso y cuando levantó la cabeza y sus miradas se encontraron, supo lo que iba a escuchar a continuación.

—Voy… a… morderte… —Sus ojos se habían oscurecido tanto que eran de un rojo borgoña y sus colmillos habían descendido unas pulgadas.

—¿Bast? —pronunció su nombre con una mezcla de miedo y anticipación.

Se lamió los labios y ascendió sobre su cuerpo. El movimiento de sus caderas había descendido hasta prácticamente detenerse con él profundamente enterrado en ella.

—Te llevaré para siempre en mí —pronunció y su voz sonaba distinta, como si el largo de los colmillos le dificultase hablar—. Para siempre. Y yo estaré en ti, hasta el fin de tu vida. —Bajó sobre ella, notó el aliento en su garganta y no pudo evitar contener la respiración—. *Mía*, Victoria, eres mía.

Se retiró y, cuando volvió a llenarla con su polla, sus colmillos encontraron el paso a través de su carne, conectándoles a ambos de una manera indescriptible.

Tori gritó tanto por el dolor de la fugaz punción como por el inesperado y brutal orgasmo que la recorrió en ese mismo instante. Su cuerpo se tensó, pero eso no pareció importarle lo más mínimo a su amante, quien la envolvió en sus brazos, manteniéndola firme mientras bebía de ella y se enterraba una y otra vez en su sexo. Iba a morirse. Pensó que moriría por la sobrecarga de sensaciones que la recorrían. Su cuerpo ya no le pertenecía, era de él para hacer con él lo que quisiera. Ella ya no era más que una espectadora, alguien que iba a la deriva en un mar de pura lujuria y satisfacción que acabó barriendo su propia conciencia.

Se dejó ir sintiéndose segura entre sus brazos, sabiendo que por una vez había dado, además de recibir, y que ahora su sangre estaba en Sebastian del mismo modo en que él estaba dentro de ella, un lugar en el que se quedaría para siempre. Creyó oírle gritar su nombre mientras se hundía en ella y se quedaba allí, jadeando como si hubiese corrido una maratón. Tori cerró los ojos y sonrió satisfecha.



Sebastian cerró con cuidado las punciones. Lamió la dulce piel del cuello femenino, llevándose todo rastro de sangre, y se dejó caer de lado, satisfecho en todos los sentidos de la vida. Maniobró con cuidado el cuerpo femenino para deslizarlo bajo las sábanas y se reunió con ella,

trayéndolo al resguardo de su abrazo.

Esto iba más allá de cualquier relación sexual que hubiese tenido alguna vez con una hembra, ya fuese vampira o humana. Lo que estaba forjando con Victoria no se parecía a nada que hubiese sentido antes. Se concedió unos momentos para mirarla. Fue consciente del instante exacto en el que perdió la conciencia. La sobrecarga sensorial, añadida a su mordisco, había sido demasiado para su humana. Pero estaba bien. El corazón le latía de nuevo con tranquilidad y la respiración era estable. Se había dormido y lo más probable era que no despertase en un buen rato, horas incluso. Y eso también estaba bien para él. Era su obligación cuidar de ella, asegurarse de que nada malo le ocurría y procurarle felicidad.

Había escuchado alguna vez que unirse a una pareja de vida cambiaba completamente a un vampiro, que lo hacía dependiente y vulnerable, pero no podía ver cómo eso iba a pasarle a él. No cuando la mujer que había escogido era una luchadora. No solo escapó dos veces de la *Parca*, sino que aquí estaba, en su cama, superando sus miedos y reticencias para estar con él.

Victoria era una hembra valiosa y era suya. Total e irremediablemente suya.

Miró a su alrededor y pensó cómo sería tenerla allí, compartir su espacio, verla al despertar y al irse a dormir. Estaría renunciando a su independencia, al lugar en el que se refugiaba, al que escapaba para poder estar solo, pero ¿quería seguir estándolo? No. Quería poder venir a ella, buscarla cuando necesitara compañía. Su sola presencia lo calmaba, estar a su lado lo mantenía tranquilo, más equilibrado de lo que se había sentido en mucho tiempo.

La acercó más a él. Le gustaba tenerla así, tan cerca que podía escuchar el latido de su corazón. Cerró los ojos sintiendo ya la cercanía del amanecer y se durmió.

CAPÍTULO 29

—Tenías razón. Duermes en una cama de lo más cómoda.

Sebastian sonrió sin dejar de acariciar la suave espalda femenina. Su compañera hablaba del colchón, aunque la realidad era que lo estaba utilizando a él y no precisamente a la cama. No es que eso le importase lo más mínimo, el peso de ese cuerpo contra el suyo era mejor que cualquier manta. Victoria había resbalado una pierna por encima de las suyas, pegándose a su costado, encajando bajo su brazo, con el rostro apoyado en su pecho. Los delgados dedos se movían sobre su piel, creando pequeñas figuras, disfrutando de ese momento de paz en la intimidad de sus habitaciones.

Cuando se despertó, apenas un rato antes, lo hizo sintiéndose mucho más ligero que de costumbre. Ni siquiera la percepción de que el sol estaba todavía en lo más alto lo amodorró. Estaba mucho más consciente de lo que lo rodeaba, como si sus sentidos se mantuviesen vigilantes incluso en las horas diurnas. No recordaba lo que era sumirse en un sueño profundo y disfrutar de un largo descanso sin que esto lo hubiese provocado alguna grave herida. Y, sin embargo, con Victoria a su lado y en su cama, acababa de producirse semejante milagro.

—Mucho más que un ataúd, ¿eh?

La escuchó soltar un pequeño resoplido de risa.

—No puedo hablar por experiencia, pero tampoco tengo dudas de que *ese* es un lugar en el que preferiría no tener que dormir jamás —aseguró con rotundidad y no dudó en añadir—. Sobre todo si he de despertarme después.

—Los humanos siempre habéis sido muy creativos a la hora de dar vida a vuestro folclore —mencionó sin dejar de acariciarla—. Ataúdes, crucifijos, ajos, la imposibilidad de pisar suelo sagrado… Y mi favorita. No reflejarnos en los espejos.

—No te olvides lo de convertirse en murciélagos y salir volando… —apuntó ella.

—Eso es demasiado absurdo para tenerlo siquiera en cuenta —resopló—. Y ya no hablemos del cine y de los pseudo vampiros que brillan a la luz del sol.

—Eso fue un fenómeno literario en su momento —se rio ella—. Y lo adaptaron como pudieron… De hecho… Ahora que me acuerdo, esos vampiros también tenían los ojos rojos.

—No insultes.

Victoria se echó a reír. Sus carcajadas resonaron en sus oídos como la más adorable de las melodías.

—No te preocupes, Bast, tus ojos son preciosos y tú no brillas a la luz del sol.

—Me consta que no lo hago. Las consecuencias de una exposición al sol son mucho menos hollywoodienses y no es algo que quiera volver a experimentar —afirmó con un involuntario estremecimiento.

Su comentario hizo que la chica levantase la cabeza, incorporándose a medias para poder mirarle. Su rostro era una mezcla de incredulidad y genuina preocupación.

—Espera, ¿has estado expuesto al sol? —preguntó y casi al instante añadió—. Pero has dicho que esa bola de fuego incandescente es mortal para vosotros.

—Lo es —corroboró—. Una exposición prolongada te quema de fuera hacia dentro, como si estuvieses expuesto a una poderosa radiación. No es agradable y sí muy doloroso. Las quemaduras superficiales pueden tratarse, puedes recuperarte de ellas, pero cuando estas afectan a tus órganos… Ya solo te queda esperar la muerte.

—Dios… —La había impresionado y perturbado, a juzgar por la palidez que ahora recorría su rostro.

—Por eso has resultado vital… —añadió, distrayéndola de sus pensamientos y dándole el mérito que le correspondía—. Si no hubiésemos encontrado a Maroon esa noche, es muy posible que no hubiese sobrevivido a otra jornada diurna.

Victoria arrugó el ceño y casi pudo ver su mente girando a toda velocidad.

—Ese olor a cloaca… —mencionó.

—Suponemos que los chicos se las ingeniaron para ocultarse en la red de alcantarillado —le explicó con un resoplido—. La red de metro posiblemente no fuese lo bastante segura en sus actuales circunstancias. Elizabeth podría habérselas arreglado, pero…

—Ella no lo habría dejado solo —negó ella con una seguridad que le resultó bastante curiosa—. Ni Maroon a ella.

—Desde luego, el joven Maroon le debe la vida a la *hija de sangre* de su colonia.

—*Hija de sangre. ¿E*s el término con el que designáis a los hijos de esas familias humanas de las que me hablaste?

Asintió resbalando la mirada sobre el apetitoso cuerpo desnudo de su mujer.

—Cada subterra tiene una familia a cargo, la de Elizabeth pertenece a la de Maroon.

—Claro, eso tiene sentido.

—¿Qué tiene sentido? —Bast estaba empezando a perder el hilo de la conversación en favor de los suculentos pechos de pezones rosados que estaba admirando.

—Nada. Cosas mías —murmuró y un segundo después volvió a acurrucarse contra él, privándole de las vistas, pero ofreciéndole a cambio todo ese tibio calor pegado al suyo.

El silencio se instaló entre ellos durante un rato, pero no era esa cómoda ausencia de sonido, en la que deseas escuchar el corazón o la respiración de tu pareja, en la que podrías

dormirte con ello. Victoria estaba preocupada por algo y era obvio que la turbaba había nacido de ese intercambio de información.

—¿En qué piensas, Tori? —La escuchó suspirar y una vez más se volvió de modo que sus rostros se encontraron—. Vamos, dímelo.

Se lamió los labios y tras una leve vacilación, la pregunta brotó en voz baja.

—Estas cicatrices… —Deslizó los dedos por las marcas que tenía en el torso y en un costado. Los había sentido delineando las líneas, pero hasta ahora no le preguntó sobre ello—. No son secuelas de algún accidente, ¿verdad?

—No, no lo son —admitió bajando la mirada a la mano femenina que se había quedado quieta sobre su piel.

—¿Eres soldado? —Inquirió.

—Podría decirse que sí —confirmó—. Soy responsable de la seguridad de mi gente. Todos los *nocturna* lo somos.

—Entonces, Joel y ese otro tipo…

—Su nombre es Elijah. —Recordaba su encuentro en la tienda. Su compañero había intentado sugestionarla sin éxito—. Y sí. Ellos también. Kynan y Nix completan el comando. Cuando se ponga el sol te los presentaré oficialmente, quizá entonces dejen de meter las narices dónde nadie les llama.

—Y todos sois *nocturna*. —No parecía una pregunta, sino más bien una reflexión.

—Así es —confirmó.

Victoria dejó escapar un ruidito de aquiescencia, pero por algún motivo no fue suficiente. Estaba claro que su mujercita seguía dándole vueltas a la cabeza y sus próximas palabras se lo confirmaron.

—Cuando dijiste que los que les hicieron eso a los chicos pagarían por ello, no te referías a entregarlos a la justicia, sino a juzgarlos. Vosotros sois esa justicia, ¿no es así? —Ella fue lo bastante valiente como para hacerle esa pregunta mirándole a la cara, así que lo mínimo que podía hacer era pagarle con la misma moneda.

—Sí, eso es lo que somos —corroboró sincero—. He jurado proteger a mi pueblo de todo aquel que amenace su existencia. Somos muy pocos, Victoria, apenas un grano de arena en el basto desierto que conforma la humanidad.

—¿Somos *nosotros* los culpables de que seáis tan pocos? —Había un inesperado dolor en sus ojos, como si hiciera suya la culpa de toda una raza.

—No, dulzura. —Cambió de posición para acariciarle el rostro y mantenerla más cerca—. La humanidad no es la única capaz de destruirse a sí misma. Mi raza cuenta con enemigos que han salido de sus propias filas. Ellos son los responsables de las muertes y de las desapariciones que venimos sufriendo desde hace mucho tiempo. Y son los únicos culpables del asalto que

sufrieron nuestros chicos y de las bajas ocasionadas.

—Dios mío… —El horror de la mujer era genuino, pero en vez de apartarse de él, de querer alejarse de lo que había dicho, lo rodeó con los brazos, como si quisiera protegerle—. Hijos de la gran puta…

Bueno, no podía negar que su chica sabía cómo expresarse en estos casos. Sebastian la atrajo contra él, acunándola. No quería que la oscuridad de su vida se interpusiera entre ellos, que manchase este momento o lugar, pero sabía que no era algo que pudiese tapar con un dedo. Negar aquello, era dejarla al margen de lo que existía ahí fuera y negarle un conocimiento muy real.

—No dejes que esto enturbie tu mente —le susurró al oído y la besó en el cuello—, no se merece uno solo de tus pensamientos. —Volvió a besarla, ahora en la barbilla, luego en la nariz y finalmente en la boca—. Por otro lado, no me importaría mucho que pensases en mí y en esto… —Se abrió paso entre sus piernas y la acarició íntimamente, encontrándola caliente y mojada—. *Um.* Sí. Este me parece un pensamiento mucho más adecuado…

Se arqueó en sus brazos, apretándose contra él con un suave gemido.

—Mucho… mucho más adecuado, sin duda —ronroneó ella buscando también sus labios, para continuar con el beso y darle la bienvenida a una actividad mucho más placentera para ambos.

Se hundió entre sus piernas, penetrándola, aferrándose a ella, pues era el único lugar en el que quería estar en esos momentos. Escucharla gemir en respuesta fue como música erótica para sus sentidos, una que se encargó de que resonara en el cuarto durante todo el tiempo que estuvieron retozando entre las sábanas.

Este era su lugar seguro, pensó, no el dormitorio, ni esta suite, sino ella.

CAPÍTULO 30

Era difícil concentrarse en algo cuando tenías delante a un hombre capaz de poner tu mundo patas arriba. Sebastian había hecho exactamente eso. Desde el instante en que se presentó en el bar, noches atrás, ya no pudo sacárselo de la cabeza. Y aquí estaba ahora, en su cuarto, después de haber pasado las horas más tórridas y maravillosas de toda su vida entre las sábanas.

Se había acostado con un *vampiro*. Aquello tendría que haber sido suficiente para volarle la cabeza, pero la realidad era que estaba viéndolo todo desde una perspectiva muy diferente y también extraña. Su mente asociaba esa palabra a cosas que nada tenían que ver con el hombre que ahora bajaba las escaleras con rapidez y elegancia. Con el pelo húmedo de la ducha y ese delicioso aroma que llevaba una mezcla de tierra y bosque, vistiendo un cómodo pantalón cargo oscuro y una camiseta negra de algodón, junto con esas de *Doc Martens* que ya le conocía, podía pasar perfectamente como un humano. Solo el tono carmesí de sus iris y los puntiagudos colmillos, que asomaban bajo sus labios al sonreír, desvelaban la verdadera naturaleza del vampiro.

Victoria se mordió el labio inferior mientras sentía un cosquilleo en su bajo vientre. Se las ingenió para mantenerse en pie e inmóvil, pues la necesidad de salirle al paso y saltarle encima empezaba a hacerse demasiado real. Y ella no era así, jamás se comportaba de esa manera con los hombres, pero claro, tampoco había encontrado a uno que sacudiese el suelo bajo sus pies.

—¿Lista? —le preguntó en cuanto puso los pies en la planta baja.

—¿Puedo reconsiderarlo? —preguntó, aunque su estómago eligió ese momento para recordarle que necesitaba comer. Una cosa era trabajar por la noche y dormir por el día, pero tenía que alimentarse, sobre todo cuando necesitaba reponer todo lo que había gastado; y no solo en el ejercicio de cama.

Sebastian la había despertado después de su segunda ronda para ofrecerle un tentempié. Para cuando se dio cuenta, se había zampado el zumo de naranja que le había traído y un sándwich de pavo. Acto seguido dio media vuelta y continuó durmiendo como un bebé.

Él había vuelto a morderla. Se había *«nutrido»* con su sangre y, si bien el momento seguía pareciéndole aterrador, también era desconcertantemente erótico. ¿A quién pretendía engañar? ¡Lo había disfrutado como una loca!

Su amante se plantó ahora delante de ella. Seguía sorprendiéndole su constitución, pero quizá más que su altura y envergadura era la manera tan delicada en la que la trataba. El

Nocturna tenía un lado dulce que intuía no mostraba a nadie.

Cuando esos callosos dedos le acariciaron la mejilla y terminaron debajo de su mentón, levantándole el rostro, supo que estaba totalmente perdida.

—Después de que hayas comido como es debido, podrás reconsiderar lo que quieras —le dijo, clavando esos rojizos ojos en ella. Ya no se molestaba en ocultar los colmillos al hablar, lo que también resultaba sexy—. Podemos quedarnos aquí a comer, aunque… no puedo garantizarte que no venga alguien a llamar a la puerta para preguntar si sigo con vida.

Arrugó la nariz ante semejante comentario.

—¿En serio?

—No perdería una apuesta si diese el nombre de Joel como el candidato más probable —aseguró resbalando las manos sobre sus brazos—. Es una costumbre arraigada que tiene desde que éramos niños. Se ha acostumbrado a ser algo así como… mi grano en el culo personal.

—¿Crecisteis juntos?

—Sí. Nosotros dos, sí. El resto se nos unió después de atravesar el *Ascenso* —le dijo y al ver que se la quedaba mirando sin entender, se explicó—. Para los vampiros es el momento en el que alcanzamos la madurez y nos convertimos en adultos.

—¿Es como que te salgan las muelas del juicio?

Él sonrió y esos colmillos asomaron de nuevo.

—Más o menos —replicó en tono divertido—. Entonces, ¿nos unimos a los demás en el comedor o quieres que nos consiga algo para comer aquí?

—No quiero causarte molestias —murmuró avergonzada.

—Tú no me causas molestias, Victoria. Por el contrario, me aportas muchísimo más de lo que puedes llegar a imaginarte.

—¿Cómo por ejemplo? —Dejó que la curiosidad entrase en acción.

—Me aportas paz. —Su admisión le provocó una sensación de calor por todo el cuerpo, pero que nada tenía que ver con la excitación y sí con saber que ella le daba algo así—. Hacía tiempo que no me sentía *yo* mismo. Y es algo que he vuelto a sentir estando contigo. Eres capaz de calmarme, lo cual me sorprende y agrada a partes iguales.

—¿Por qué? ¿Eres un revoltoso?

—Soy *peligroso*. —La forma en la que pronunció esas dos palabras borró la ligereza del momento—. Mi naturaleza es voluble y tiendo… a cruzar ciertos límites cuando estoy en ese estado.

—¿Qué límites? —Estaba claro que era una suicida, solo eso explicaba que le acabase de hacer semejante pregunta viendo el cambio en su voz.

—Unos que no debería traspasar con tanta facilidad, no cuando tengo algo de lo que mis enemigos carecen. *Alma.*

Se estremeció ante la profundidad que alcanzó su respuesta. Cualquier persona en su sano juicio, elegiría ese momento para decir: *«Vaya, se me había olvidado que tenía algo pendiente»* y se largaría con viento fresco. Pero ella no estaba en sus cabales, ya que dio un paso adelante y extendió el brazo hasta tocarle la mejilla con la mano.

—En ese caso, me alegro de serte de utilidad.

Sebastian cubrió su mano con la de él y su expresión perdió parte de esa repentina rigidez.

—Eres más que útil, Tori, eres mía —admitió y volvió a doblarse sobre ella para besarla. Un beso fugaz, esta vez, pero con ese toque de dulzura que la estaba enamorando.

Wow. Espera. ¿Enamorando?

—¿Entonces? ¿Qué quieres hacer? —le preguntó de nuevo, inconsciente de que su mente había sufrido un repentino cortocircuito.

Mierda. No podía ser, si apenas le conocía. Y era un *vampiro*.

Y aun así, ¿cuándo se había obsesionado tanto con alguien? ¿Cuándo se convirtió él en un pensamiento recurrente? Cada noche, desde que le conoció, estaba pendiente por si lo veía aparecer por la puerta del local. Y se decepcionaba cuando llegaba la hora del cierre sin haberle visto. ¿Y esta noche? El corazón se le aceleró con el solo hecho de verlo allí, bajo el umbral. Ni siquiera el haber descubierto qué era y a qué parecía dedicarse mermó lo que despertaba en ella. Más bien todo lo contrario. Admiraba su dedicación, su necesidad de proteger a su propia gente, pues era obvio que les importaba lo que le ocurriese a los vampiros. Había escuchado el dolor en su voz cuando habló de que quedaban muy pocos, la ira al referirse a los monstruos que habían herido e incluso asesinado a esos chicos. Sebastian era un buen hombre, con un gran corazón y puede que también con una carga enorme sobre los hombros.

Y ella se estaba enamorando de él.

—Menudo marrón. —Las palabras dejaron su boca en la forma de un pequeño quejido.

—¿Disculpa?

Sacudió la cabeza y sintió como se acaloraba ante sus propias conclusiones.

—El comedor… —contestó entonces a su pregunta, aunque esta vez fue incapaz de encontrarse con su mirada—. Reunámonos con… ellos. Si hay que arrancar una tirita, mejor hacerlo de golpe.

Giró sobre sus pies, dispuesta a ir hacia la puerta por la que habían entrado la noche anterior, pero Sebastian la retuvo al cogerla de la mano, impidiéndole huir.

—¿Qué pasa, Victoria? —A ese *nocturna* no se le pasaba ni una.

Sacudió la cabeza y se volvió hacia él. Levantó la cabeza y cuando se encontró con sus ojos, vio la suspicacia en ellos.

—Estoy nerviosa y… Lo creas o no, también me da un poco de vergüenza que sepan que estoy aquí… —respondió. No era del todo mentira—. No hay que ser un genio para saber que si

invitas a una chica a pasar la noche… o el día… no es para ver una peli y eso.

—Ellos ya saben quién eres para mí —le dijo con total naturalidad—. Y jamás te faltarían al respeto. Ahora eres parte de esta familia.

Sus palabras le provocaron una punzada en el pecho e hicieron que se le secara la boca.

Por Dios, ¿cómo podía decir esas cosas y quedarse tan ancho?

—¿Vamos?

Asintió. Eso era todo lo que fue capaz de hacer, pues su mente había decidido cogerse vacaciones y ningún pensamiento que atravesaba ahora su cabeza podría considerarse coherente.

Si bien la noche anterior no le había prestado demasiada atención a los lugares por los que habían pasado para llegar a la suite de Sebastian, esta vez Tori se permitió admirar la decoración y maravillarse con piezas que debían costar un riñón. Desde luego, en aquel lugar no habían escatimado en gastos. Se dio cuenta de que la vivienda de planta y media del *nocturna* formaba parte de una mucho mayor que constaba de varios pasillos, así como zonas comunes similares a las de un hotel. Recordaba la enorme cocina industrial en la que había terminado disfrutando del helado, así como escucharle mencionar instalaciones como una biblioteca, sala de audiovisuales e incluso un gimnasio, todo ello en una misma planta. Eso debería haberle dado una idea de lo que significaba la palabra *«comedor»* para el *nocturna*.

Sabías que estabas ante una habitación gigantesca cuando te encontrabas con una larga mesa de madera con capacidad para catorce personas y sitio suficiente como para que, al echar hacia atrás la silla, tuvieses espacio incluso para que pasara un jodido carro de combate. Vale, quizá eso fuese algo exagerado, pero es que no había nada allí que no lo fuese. La decoración era rústica y antigua, nada que ver con la modernidad de la suite de su amante. Incluso había una lámpara de araña en el centro de un techo enmarcado con molduras que hacían juego con las de las paredes. Era como si de un momento a otro fuese a aparecer alguien vestido como en la película *Lo que el viento se llevó*, entrando por la puerta con una enorme crinolina bajo las faldas. Sin embargo, allí no había nadie que tuviese ese aspecto, sino todo lo contrario. En la habitación había suficiente testosterona como para ahogarla.

Cuatro hombres y ninguno de ellos estaba por debajo del metro ochenta y cinco; apostaría su vida por ello. Reconoció a Joel, quién driblaba a un tipo enorme e incluso más alto que él, de pelo negro y corte militar, para dejar sobre la mesa una bandeja con pan recién hecho.

—Joder, Nix. Mueve el culo. —Oyó la voz del compañero de Bast dirigiéndose a la montaña oscura. Este le respondió con el dedo corazón estirado en su dirección.

Elijah, a quien reconoció de su encuentro en la tienda a la que fue a comprar helado, parecía bailar en torno a una mujer menuda, la cual no dudó en darle una buena palmada en la mano para que no tocase lo que estaba colocando de espaldas a ellos en otra bandeja.

—¿Quiere hacer el favor de estarse quieto, Elijah? —La voz de la dama era enérgica, pero

agradable—. Se va a quemar. Están recién salidas del horno.

—Si me quemo será culpa mía, Anna —ronroneó el tipo, visiblemente dispuesto a salirse con la suya.

La mujer bufó y le dijo algo, pero Victoria no la escuchó, pues se encontró con unos ojos rojos fijos sobre ella y una sonrisa amable curvando los labios del cuarto desconocido. Él estaba de pie al otro lado de la sala y dobló el periódico que estaba ojeando para cruzar la estancia con una fluidez de movimientos que le recordó a los de un gato. Vio cómo enrollaba la prensa y, en su camino, les arreó un par de guantazos tanto a Elijah como a Joel.

—Oye, ¿y a ti qué mosca te ha picado? —protestó el primero, volviéndose hacia el tipo, de modo que también entró en su línea de visión—. Vale. Gracias.

—Joder, Kynan —protestó casi al mismo tiempo Joel, hasta que él también se dio cuenta de su presencia.

Sebastian, a su espalda, le posó las manos sobre los hombros y le susurró al oído.

—Y esos cuatro payasos son mis hermanos *nocturna* —le dijo, entonces alzó la voz para que la mujer que seguía de espaldas a ellos la escuchase—. Y la dama que está tan atareada con los bollos, es Anna Murphy. Ella es humana, como tú y pertenece a nuestra *Familia de Sangre.*

Ante semejante presentación, la mujer dio un respingo y se volvió como un relámpago. Se llevó la mano al pecho con gesto de sorpresa, abrió los ojos como si la hubiesen cogido en una falta, pero a continuación esbozó una sonrisa tan bonita y maternal que a Tori se cayó bien enseguida.

—¿A quién llamas payaso, capullo? —replicó el dueño del periódico, deteniéndose ante ellos, pero no tan cerca como para invadir su espacio—. Bienvenida a *La Nocturna*, Victoria. Soy Kynan. —Él también tenía colmillos. Sabía que era una apreciación absurda, puesto que todos eran vampiros, pero se estremeció al verlos asomar mientras hablaba—. A Joel entiendo que ya le conoces. Y esos dos son Elijah y Nix.

—Hola de nuevo —saludó el primero dedicándole un inesperado guiño, al tiempo que conseguía lo que había estado buscando, una magdalena recién hecha—. Nix, saluda y no gruñas.

El aludido miró a su amigo y le dedicó el mismo gesto que le había mostrado antes a Joel. Inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Bienvenida. —Su voz era tan profunda y grave que le provocó un escalofrío.

—Bienvenida de nuevo a la colonia, Tori. Ven, siéntate. Llegáis justo a tiempo para la *primera comida*. —La invitó ahora Joel, retirando una silla del lado izquierdo.

La mujer, Anna, dejó entonces su lugar junto a unas cuantas bandejas llenas de comida y se acercó a ellos mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Bienvenida a *La Nocturna*, querida. —La saludó la mujer, quien no dudó en cogerla de la mano y darle unas palmaditas—. Como ya te ha dicho el *Lore* Sebastian, soy Anna. No dudes

en pedirme lo que necesites. Mi familia y yo estaremos encantados de asistirte en lo que haga falta.

¿Asistirla? Victoria sacudió las manos.

—Oh. No. No hace falta. —Se sonrojó y, casi sin darse cuenta, se apoyó en Bast en busca de refugio—. Quiero decir. Muchas gracias, pero… creo que puedo arreglármelas. Espero.

El *nocturna* se rio a su espalda.

—Anna es la que evita que nos muramos de hambre y nos coma la suciedad. Se encarga de que esta colonia funcione como un reloj —le dijo él—. Si ella me lo permite, después iremos a casa de su familia, para que los conozcas.

Pensó que era imposible abrir más los ojos, pero la mujer desafió esa creencia e inclinó la cabeza en un profundo asentimiento.

—Las puertas de nuestro hogar siempre están abiertas para los *nocturna*s y sus familias —aseguró la mujer, entonces se enderezó y la miró con cariño—. Me encantará tenerte con nosotros siempre que desees subir, Victoria.

Solo pudo devolverle la sonrisa y asentir. Al menos ella era humana, pensó con cierto alivio.

—Gracias, Anna.

La mujer asintió y señaló las bandejas que había dejado a medio preparar.

—Vamos, sentaos. —La mujer indicó la mesa antes de ponerse en marcha.

—Te ayudo. —La propuesta salió de su boca y se encontró volviéndose hacia Sebastian, quien se limitó a dedicarle un guiño, para luego dirigirse a Kynan, quien respondió a su pregunta, cualquiera que esta fuese, con una carcajada.

Los nervios que la habían asolado empezaron a esfumarse a medida que interactuaba con todo el mundo. Desde la amabilidad de Anna, pasando por la amable educación de los *nocturna*, a las bromas y pullas que todos ellos le lanzaban a Sebastian, el ambiente resultó cada vez más agradable y pronto se encontró ella misma respondiendo a esas mismas bromas.

Podía parecer extraño, pero Tori empezó a sentirse como si hubiese llegado a casa después de haberse pasado gran parte de su vida vagando sola por el mundo. Y era una sensación demasiado agradable para dejarla pasar de largo.

CAPÍTULO 31

La Nocturna
Bucktown
Chicago

—¿No vas a exigirle al *Lore* que haga comparecer a su *«Primada»*?

Alice levantó la cabeza hasta encontrarse con el reflejo de Zuzanna en el tocador. Enarcó una ceja y la mujer bufó.

—Te recuerdo que es su deber. Eres *La Sanguia*. Si está considerando unir su vida a la de otra hembra, debe contar con tu aprobación. Siempre ha sido así entre los *nocturna*.

Sí. Esa era la tradición y quizá hubiese considerado seguirla en cualquier otro momento, aunque solo fuese para fastidiarle un poco, pero se le estaba acabando el tiempo y lo último que quería era que él dejase de nuevo a un lado su propia vida para poner la suya primero.

Sebastian llevaba sacrificándose por ella desde antes incluso de su nacimiento. Su llegada había cambiado su mundo y todo lo que vino después limitó su vida a un solo objetivo; mantenerla a salvo. No iba a dejar que renunciase a nada más y mucho menos a una mujer que lo había sacudido igual que si se hubiese aferrado a un cable de alta tensión.

—Este *nocturna* puede elegir a la hembra que quiera, que yo le daré mi bendición.

—Esa hembra es humana, *Sanguia.*

—Una humana que no dudó en ayudar a nuestro pueblo en su momento de mayor necesidad —le recordó. Había sido ella la que se había quedado con los chicos, quien llamó pidiendo ayuda y, dado que seguía junto a Bast, era de suponer que el hecho de que él fuese un vampiro no era algo que le molestase especialmente.

Si alguien con las capacidades del *nocturna* había sido incapaz de penetrar en su mente y subyugarla, no le cabía duda de que estaban ante una mujer formidable. Y a él le gustaba. Mucho. Tanto como para haberla buscado de nuevo y traerla de regreso a un lugar que para él era sagrado.

Nadie entraba en *La Nocturna* sin una poderosa razón. Así que, sabiendo que había llegado

de su mano, no veía el problema.

—Eres demasiado permisiva con él —chasqueó la mujer—. Siempre lo has sido.

—Ya estás tú para regañarle y sacarle de quicio —apuntó y la vampira que llevaba a su lado desde que era una niña levantó los brazos a modo de *«me rindo»*.

—El latido de su corazón ha cambiado, Zanna, ya no se limita solo a bombear —aseguró llevándose la mano al pecho. Había ocurrido un año atrás, un cambio fugaz, imperceptible. Solo duró un instante, pero desde ese momento su cadencia mudó y en estos días ese cambio resultaba más evidente que nunca. Sebastian había encontrado algo que lo cautivaba, que retenía su atención de una forma que no era pasajera. Al fin estaba poniéndose primero, atreviéndose a buscar aquello que deseaba y de ninguna manera iba a permitir que dejara de hacerlo—. La ha elegido a ella y esa elección ha de ser firme, inamovible, para que, cuando llegue el momento, pueda hacer lo que tiene que hacer.

—Tiene que haber alguna manera de evitarlo, Alice. —El que su amiga pronunciase su nombre y no su rango, evidenciaba la preocupación que habitaba en ella.

—Ha comenzado… —murmuró, inclinándose hacia delante para contemplar sus ojos en el espejo. Sus iris eran de un suave color caoba; habían perdido el intenso rojo de los *nocturna*. No podía negar lo evidente. La sangre *nocturna* en sus venas se había ido diluyendo en los últimos cien años. Las pruebas estaban ante sí misma, no había manera de obviarlas. En poco tiempo alcanzaría la nueva centena y culminaría el *Descenso*.

Nadie se había enfrentado a un umbral semejante desde los tiempos de su abuela. No había muchos vampiros que la recordasen, pero sí conocían su historia, cómo le falló a la raza y perdió el favor de su linaje. Una excusa para dar explicación a un hecho biológico del que la gran dama *nocturna* había dejado constancia en su cuaderno privado; el mismo que tenía consigo. Era una de las pocas cosas que había podido traer del *Viejo Mundo*, de la vida que había tenido antes de que se hiciera pedazos.

Una *nocturna* de sangre real estaba expuesta al *Descenso*. Del mismo modo que ascendía cuando cumplía sus primeros cien años y cruzaba el umbral que marcaba el inicio de su vida como adulto, también estaba expuesta a descender. El momento marcaba el relevo de la sucesión. Era el momento en que debía dar un paso atrás para que alguien más ocupase su lugar; *uno desciende para que otro pueda ascender*.

Y por sangre, el único que podía ascender era Sebastian.

Su guardián, sangre de su grande, el primogénito de la reina Ileana engendrado con uno de sus *nocturna*s; el verdadero corazón de *La Sanguia*.

Si Bast hubiese nacido hembra, la sucesión habría sido suya en primer lugar, pero él no solo había nacido macho, sino que además no era hijo del *consorte*. Según sus tradiciones, la heredera de la raza debía ser una hembra. Ella era la que debía engendrar a la siguiente

generación y asegurar así su línea de sangre; ese fue el motivo de su propio nacimiento.

Sus padres nunca habían sido el uno para el otro, aunque no podía decir que no hubiese existido afecto e incluso amistad entre ellos. Ambos se habían entregado a sus deberes, aun cuando sus corazones residían fuera de su unión. Ileana siempre amaría a Nocta, el padre de Sebastian. Y su consorte, él había encontrado a su otra mitad demasiado tarde. La verdadera compañera del rey, su *Primada*, era humana y pertenecía a otro hombre.

Mientras que su madre, la reina, fue capaz de sacrificar su propia felicidad en favor de su pueblo, anteponiendo el cuidado y la continuidad de los vampiros por delante de sus propios deseos, su padre eligió su corazón por encima del bienestar de su gente y eso los condenó a todos; empezando por él mismo.

Fue encarcelado y torturado. Durante largas semanas, los intentos de los *nocturna* para dar con su rey y traerlo de vuelta resultaron inviables. Pero si algo caracterizaba a esos guerreros, a los que muchos consideraban parias, era que cuando hacían un juramento de lealtad, lo llevaban a cabo hasta sus últimas consecuencias.

El hombre al que rescataron ya era una sombra de lo que había sido, más cercano a la muerte que a la vida. Nadie entendió, hasta que ya fue demasiado tarde, que su supervivencia no era cosa del azar, sino un plan bien urdido para diezmar a aquellos que se habían atrevido a reclamar lo que no les pertenecía. El rey regresó a casa trayendo consigo el más cruel de los regalos, uno del que nadie tuvo constancia hasta el final.

La *epidemia* se desató entre la población vampira y diezmó al ochenta por ciento de ellos. Pero a él, portador de semejante enfermedad, no se lo llevó, sino que lo cambió por completo.

El padre que había conocido desapareció y el monstruo que quedó en su lugar era tan aterrador como demente. Todo en lo que podía pensar era en su propia venganza; nada más le importaba. Deseaba acabar con el rey humano que había *«asesinado»* a su amante y clamar venganza en su nombre. Sus súbditos, su reina, su propia hija… Todo quedó en segundo plano o directamente relegado al olvido.

La implacable enfermedad asoló la región principal. A ella solo sobrevivieron los *nocturna*, quienes parecían tener algún tipo de inmunidad, así como aquellos vampiros que estaban en regiones lo bastante apartadas como para no contagiarse de los propios infectados.

Si las cosas se hubiesen quedado así, quizá hubiesen conseguido salir adelante. Habrían conseguido recuperarse y volver a levantarse, pero *él* no lo permitió. Cada elección que hizo, cada decisión que tomó a partir de aquel momento, la falta de emociones y empatía que mostraba los condujo a todos a un camino sin retorno.

Él fue quien creó a los *nosferu*, el que utilizó el conocimiento diabólico que el rey humano había usado en él para experimentar con su propia raza. Nadie lo vio venir, pero las muertes más crueles empezaron a darse por doquier y, entre esas, la de su propia madre.

Con la reina muerta y la heredera sin haber alcanzado todavía su primera centena, decidió que él sería su propio *consorte* y juntos engendrarían una nueva civilización, aquella que se alzaría sobre la humanidad y los destronaría.

Sebastian la rescató esa misma noche. Luchó a muerte con Varys para defenderla y arrancarla de un destino peor que la muerte. Incluso hoy no dejaba de pensar qué habría pasado si los *nocturna* supervivientes, todavía fieles a la sangre de su madre, no hubiesen intervenido.

Jamás olvidaría aquella noche. El dolor y el odio en los ojos de su hermano, la determinación en su rostro mientras escuchaba las últimas palabras del guerrero *nocturna* a quien quería y admiraba por encima de todo:

«Llévate a la heredera. Sácalos a todos de aquí. Llévatelos lejos y protégelos con tu vida».

No tuvo opción. No se la dieron a ninguno de los dos. Así que, con ella como *La Sanguia* y un puñado de *nocturna*s como escolta, reunieron a los restos de su raza, vampiros desesperados y aterrados, y cruzaron el océano, desapareciendo de la vista del infectado rey.

Bast había vivido por y para ella desde entonces. Se convirtió en su protector y en el de aquellos vampiros que habían puesto sus vidas y destino en sus manos. Dejó de ser el hermano mayor para adoptar un papel más impersonal como su *guardia de sangre*. Dejó de vivir su vida para que, de alguna forma, ella pudiese vivir la suya… Así que era su turno de devolverle todo aquello.

Le pasaría el testigo a su hermano. Él era de su sangre. Su gente les debía sus propias vidas, el que los hubiese traído hasta aquí, protegiéndolos y cuidando de ellos como prometió que haría. Ya era hora de que todos avanzasen, de dejar atrás las viejas tradiciones y ofrecer una estabilidad seria.

Sebastian Nocta Sanguia había sido un rey en la sombra y ya era hora de que diese un paso adelante y ocupase el lugar que le correspondía.

Alice parpadeó un par de veces frente al espejo. No. Sus ojos nunca volverían a tener ese tono rojizo intenso. Ya no serían una marca de su legitimidad. En realidad, siempre supo que no sería como su madre, que nunca sería como los demás. Su *Ascenso* lo había dejado claro. Bast se había encargado de ocultar la realidad. Centenario tras centenario se las ingeniaba para disimular que ella no maduraba como los demás vampiros, para hacerla ver delante de su pueblo como la esperanza que representaba, pero eso debía quedar atrás. Era hora de enfrentarse al futuro y hacerlo de una manera honrada, sin subterfugios.

—No queda mucho tiempo.

—*Sanguia.*…

—Tienes que empezar a redactar la orden de sucesión. —No la dejó continuar. Se volvió hacia ella y ordenó—. Tráeme papel, tinta y a ver si encuentras ese feo sello. Imagino que seguirá por aquí, en algún sitio —miró a su alrededor. Este lugar se había convertido en su hogar

y también en su particular prisión. Y todo porque él había llegado a ella en este *Nuevo Mundo*.

Se estremeció al recordarlo y se lo quitó de inmediato de la cabeza. En esos días había sido joven e imprudente, demasiado egoísta e incluso caprichosa. Y la lección que le dio la vida casi le cuesta la vida de su propio hermano. No. No volvería a darle semejante ventaja al *rey maldito*. No le serviría lo que quería en bandeja. Antes moriría que permitir que la convirtiese en una yegua de cría o, peor aún, que asesinase a Sebastian en su desesperación por conseguirlo.

—Él se negará. Lo sabes.

Miró a Zuzanna. Su rostro era impertérrito. Se limitaba a dejar constancia de un hecho.

—No podrá. No le quedará otro remedio que aceptar su papel. No dejará a nuestro pueblo desprotegido —aseguró, llena de confianza—. Además, soy *La Sanguia*. Que patalee todo lo que quiera, pero la orden llevará mi sello y no le quedará más remedio que acatar mis deseos.

—Eres igual que tu madre. Testaruda hasta sus últimas consecuencias —afirmó la mujer. Un resoplido después añadió—. Y él también. Sois dos caras de la misma moneda.

—Así que, ¿al fin lo admites? —Sonrió divertida—. También lo quieres. Aunque sea un poquito.

La mujer apretó los labios.

—Le juré a vuestra madre que vigilaría el camino de su primogénito y cuidaría de su heredera de sangre. No podría decir cuál de las dos cosas ha resultado más difícil.

Alice se rio. Zuzanna había sido la *guardia de sangre* de su madre, la última vampira escriba. No era de sangre *nocturna*, pero si tuviese los ojos rojos, podría muy bien haber pasado por uno de ellos. Estuvo al lado de la reina cuando ambos nacieron y fue a esta mujer a quien su madre encargó el cuidado de sus hijos al regreso de su consorte. Ileana había tenido el don de la visión. Y, si bien nunca confió a nadie el alcance de dicho poder, su hija intuía que ella había sabido lo que iba a sucederle.

No podía dejar de preguntarse por qué no había hecho algo al respecto si conocía su propio destino. Quizá solo fuese un rumor más y en realidad su don no incluía su futuro. Nunca podría saberlo.

—Probablemente cuidarme a mí —respondió al comentario de su guardiana. Alice se levantó y, no sabía si fue por moverse demasiado deprisa o el haberse desequilibrado, pero acabó sentada de nuevo.

—*Sanguia.*…

—Estoy bien… —Levantó la mano para detenerla—. Solo he tropezado con mis propios pies. Soy torpe por naturaleza, lo sabes.

—Nunca se te ha dado bien mentir —resopló.

Ella sonrió y cogió las manos de la vampira entre las suyas.

—Tú lo sabes, yo lo sé y que se quede ahí la cosa —le dijo. Dejando de lado ese momento

de ligereza, adquirió una expresión algo más seria al decirle—. Cuida también de *ella*.

No hizo falta que especificara. El ceño que arrugó la frente de la mujer lo dejó claro.

—Es una *humana* —señaló con cierto disgusto—. ¿Por qué no ha elegido a una vampira? Las cosas serían mucho más fáciles.

—Porque es el corazón el que elige, Zanna, no la cabeza —mencionó, pensando en su hermano—. Y el suyo ha elegido a una mujer humana que es capaz de ver más allá de un par de colmillos y unos inusuales ojos carmesí.

—O que está ciega —replicó la hembra—. Eso explicaría por qué no ha salido corriendo todavía.

Alice se echó a reír al escuchar su tono.

—Le diré que has dicho eso.

—Y yo lo negaré. Con vehemencia.

Sí, lo haría. Pero sus actos no podían ocultar lo obvio. Zuzanna podía ponerse pejiguera, ser dura con Sebastian e incluso un poco crítica, pero jamás haría algo que lo lastimase. Por el contrario, daría la vida por él. Después de todo, ella también le había hecho un juramento a su querido hermano pequeño, el de proteger a su hijo de cualquier mal que le aquejara.

CAPÍTULO 32

Vecindario de Ranch Triangle
Lincoln Park
Chicago

—No sé si me acostumbraré alguna vez a esto.

Victoria miraba a su alrededor, como si el hecho de haber estado hacía un par de segundos en el área de *Butchtown* y encontrarse ahora en el vecindario de Ranch Triangle, a unos metros de la puerta de su vivienda, fuese demasiado para ella. Y, una vez más, no era temor lo que había en sus ojos, sino desconcierto y una chispeante curiosidad.

—Es una sensación de lo más extraña.

Sebastian la vio estirar la mano y palpar el aire, como si pudiese percibir la grieta ya cerrada. Ella no podía ver la apertura en sí, ningún humano podía y tampoco los vampiros, en realidad. Esta era una habilidad de los *nocturna*. Sin embargo, sí podían sentirla, pues era como encontrarse de repente atravesando una inesperada tela de araña que no sabías que estaba ahí. La sensación era breve, la visión se desenfocaba y cuando volvía a la normalidad, ya te encontrabas del otro lado. Solo había que dar un paso y cruzar la línea divisoria desde el lugar en el que estabas al que deseabas llegar.

—En un momento estás ahí y al siguiente… a millas de distancia. —Dejó caer la mano y se volvió hacia él—. Así que… ¿*Bucktown*? Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, creería que me estabas tomando el pelo. Nadie diría que esa vetusta casa es un acceso a… Semejante complejo.

Después de una merecida primera comida, la había llevado a través de la colonia, mostrándole el acceso desde *La Nocturna* a la casa Primera Sangre; la vivienda de sus guardeses. Era consciente de que estaba tomando una decisión irrevocable al mostrarle aquella vía, pero también necesaria. Anna y Samuel Murphy le dieron la bienvenida a su hogar, respondiendo a las preguntas que surgían con toda naturalidad y arropando a la mujer como si fuese una más de

sus hijas.

—Esa es la idea —respondió a su comentario, pero no dejó de examinar sus alrededores, asegurándose de que no hubiese una potencial amenaza a la vuelta de la esquina—. Las subterra necesitan una buena cobertura para poder prosperar.

—¿Y cuántas son en total? ¿Cinco?

—Con *La Nocturna*, son cinco colonias —confirmó volviéndose hacia ella—. Es todo lo que queda de mi especie.

—¿Y esos desgraciados son los responsables? —preguntó acercándose a él. Su voz era íntima, hablaba en susurros, como si alguien pudiese escucharles—. ¿Cómo es posible?

—Me temo que esa es una historia demasiado larga para contártela aquí y ahora —respondió. Señaló la entrada de la vivienda que habitaba, con sus escaleras de forja negra y la jardinera con flores que colgaba de ella. El edificio era de ladrillo rojo, con ventanas blancas. La chica vivía en uno de sus apartamentos.

—Sí, tienes razón. —Hizo una mueca y miró el pequeño reloj de muñeca que llevaba—. Vuelvo a entrar a trabajar en unas horas. Necesito darme una ducha, cambiarme de ropa y poner la lavadora.

Oírla hablar de esa manera lo hizo consciente del hecho de que su mujer vivía aquí sola, sin familia, ni tampoco mascota. Estaba de alquiler, no tenía ninguna casa en propiedad y su vehículo, el cual seguía aparcado en la acera, pues la noche anterior había ido en metro al trabajo, tenía ya unos buenos diez años.

Joel había sido concienzudo a la hora de obtener información sobre ella después de aquel primer encuentro en el bar. No se había limitado a su informe clínico, sino que había ido un poco más allá, investigándola a ella.

Victoria no tenía antecedentes, ni multas de tráfico, ni tampoco familia. Había perdido a su padre siendo una niña y a su tutora le quitaron la custodia cuando solo tenía trece años.

Había pasado su vida en hogares de acogida, hasta que se emancipó a los diecisiete años.

Su vida había sido dura y solitaria. Y la persona más cercana a ella era la mujer que había sobrevivido, si podía llamársele así a terminar postrada en una cama de hospital y en coma, al ataque que sufrieron aquel grupo de humanos en la *Antigua Prisión de Joliet*.

Cada vez estaba más convencido de que la laguna en los recuerdos de Victoria tenía que ver con lo que quiera que se hubiese encontrado esa noche en aquel lugar. Antes o después tendría que hablar con ella sobre aquello, así como de muchas otras cosas, pero por el momento, optó por mencionar algo que dejaba claras sus intenciones.

—Quiero que te quedes conmigo.

Tori, que había estado buscando las llaves en el bolso, levantó la cabeza y lo miró.

—En *La Nocturna* —concretó—. Te quiero conmigo, Victoria.

—¿Por qué? —Empezaba a no sorprenderle ya la necesidad que parecía tener de encontrarle un motivo a todo—. Y no me malinterpretes. Lo de hoy ha estado… Genial, pero… —Dejó de hablar, como si no supiera de qué forma continuar o dudase hacerlo—. ¿Estás seguro de que *esto* es lo que quieres? —Y al decir *«esto»* se señaló a sí misma—. Soy un desastre con patas. ¿Una noche? Sí, claro. Eso está bien, pero… Solo para no llevarnos a equivocación. ¿Me estás pidiendo que me quede contigo, en plan: *llévate el pijama, el cepillo de dientes y esas cosas*?

—El pijama puedes dejarlo aquí, si quieres. Te prefiero desnuda.

—Sebastian, estoy intentando…

—Victoria —pronunció su nombre, interrumpiéndola—. No sé cómo hacer esto de otra manera. Nunca me he encontrado en una situación así y no sé cómo debo actuar. Solo sé que *eres tú* —admitió con sinceridad—. Lo supe cuando te vi detrás de la barra y, después de esta noche, eres la única que encaja en ese lugar. Eres mi elegida, la mujer que quiero a mi lado, a quien deseo incluso ahora… ¿Lo entiendes?

—Joder… —Una de sus respuestas elocuentes, sin duda.

—*Tori.*…

—Tienes una manera extraña de declararte, porque… Esto es una declaración, ¿no?

—Por el amor de Dios. —Sebastian estaba perdiendo la cabeza—. Eres mi mujer, Victoria. Mi *Primada*. Y quiero que lo seas para siempre. Te quiero a ti, solo a ti.

—Bien. Sí. Es una declaración. —murmuró ella y empezó a abanicarse con la mano—. Necesito sentarme.

Y lo hizo. Se aferró al pasamanos y se dejó caer en el último de los escalones.

—Estas cosas no suelen pasarme, ¿vale? De hecho, no me han pasado jamás en la vida. —Levantó la cabeza y lo miró—. Y, sin embargo, aquí estoy. Intentando entender qué demonios me pasa contigo y por qué me estoy enamorando de un tipo que ni siquiera es humano y del que tampoco conozco su apellido.

—*Nocta.* A efectos legales, soy Sebastian Nocta —le dijo, acuclillándose delante de ella—. Los vampiros no tenemos un apellido, somos hijos de… Mi padre se llamaba *Nocta.*

—Yo no me acuerdo de mi padre. Murió cuando yo era muy pequeña —mencionó ella, entonces agitó la mano, desechando aquel comentario—. Pero eso ahora mismo no viene a cuento. Lo que quiero decir es…

—¿Te estás enamorando de mí?

—Eso parece —resopló y lo miró de manera soslayada—. Podría decirse que… Te quiero un poquito. —Levantó el índice y el pulgar y los juntó sin que llegasen a tocarse—. Y el problema es, según yo lo veo, que si sigues siendo… *así* —Lo señaló por entero—. Mañana te querré otro poquito, y pasado otro poquito más y…

—Creo que me gusta que me quieras… *a poquitos* —admitió divertido. Pero era más que diversión lo que sentía en esos momentos—. Y me gustaría querer así también. Hoy un poco y mañana un poco más.

Victoria se lo quedó mirando. Sus ojos parecían estar buscando algo en los de él, entonces y sin previo aviso, levantó el meñique y se lo ofreció.

—Prométemelo —pidió y dobló su dedo—. Si hablas en serio, si realmente lo sientes, enlázalo con el tuyo. Y te advierto, *nocturna*, las promesas deben cumplirse, de lo contrario…

Enlazó su dedo meñique con el de ella.

—Te lo prometo —la interrumpió y buscó su mirada para que viese en sus ojos que hablaba con la verdad—. Mañana te querré un poco más de lo que te quiero hoy. Y pasado un poco más. Y al día siguiente otro poco, y al siguiente…

—Si es que solo a mí se me ocurre cruzarme en el camino de un vampiro —resopló y acto seguido, se soltó de su mano para echarle los brazos al cuello y apretarlo con fuerza contra ella —. De acuerdo. Me voy contigo. Pero… cuando salga del trabajo.

—Te buscaré allí —confirmó satisfecho, envolviéndola a su vez en sus brazos y poniéndolos a ambos en pie—. Ahora, ¿me invitas a entrar?

Victoria se echó hacia atrás y lo miró como si le hubiese dicho que el cielo era verde.

—Espera, ¿eso de que los vampiros necesitáis una invitación para acceder a una vivienda privada es…?

—En realidad lo decía porque quiero *follarte*, Tori —le dijo tras inclinarse sobre ella de modo que pudiese soplárselo al oído—. Y no. No necesito una invitación para entrar en una propiedad privada, ni en una pública… Solo tengo que colarme.

—*Um*… Bien, otra cosa más que tachar de la lista: *«Esto no es Buffy»*.

—No preguntaré.

—Bien. —Ahora fue ella la que se rio y señaló las escaleras—. Adelante, Bast, puedes entrar en mi humilde morada…

CAPÍTULO 33

Los Túneles
En algún lugar de Chicago

Iba a morir. Kilian lo supo en el mismo instante en que *él* apareció frente a la celda en la que se había convertido esa caja. No volvería a ver a su familia, ni a sus amigos; dejaría de existir. Estaba aterrado. Las lágrimas eran unas silenciosas compañeras, una vez que la garganta se le secó a cualquier sonido, bañándole la cara sucia por la mugre acumulada en ese lugar.

¿Cuánto tiempo llevaba allí dentro? ¿Días, semanas, meses?

Al principio había intentado llevar la cuenta, pero cada segundo que pasaba entre gritos, alaridos y ruegos de misericordia empezaron a quebrar su concentración. Se limitó a taparse los oídos en un intento por apagar todo aquello, pero esos ecos seguían resonando en su cabeza incluso cuando todo estaba en silencio.

El *rey maldito*. No era solo un cuento para asustar a los niños, ni tampoco una manera de explicar a los nuevos nacidos el motivo por el que no habían llegado al mundo en la patria de sus padres. Esos ojos rojos, ojos *nocturna*, lo delataron en el mismo instante en que lo tuvo delante, el color tan inusual de sus iris y la ausencia total de emoción en un rostro patricio.

Había sido como mirar a la muerte a la cara, una experiencia que le había sacudido hasta el alma.

Se acurrucó aún más sobre sí mismo y cerró los ojos con fuerza. Con las manos todavía sobre las orejas, empezó a contar en voz baja, como si de esa manera pudiese ahogar los lamentos agónicos de uno de los humanos. Cazadores, habían dicho que eran. Las líneas negras de la infección marcaban cada fragmento de piel que quedaba al descubierto, incluyendo el rostro y también los ojos. Era horrible, aterrador, una manera cruel de morir incluso para aquellos que siempre habían hecho presa de los de su clase.

Uno de ellos de vez en cuando entraba en cólera y se lanzaba contra los barrotes pegando alaridos. Era como si lo que corría por sus venas fuese ácido y lo estuviese quemando por dentro, destruyéndolo poco a poco entre agónicos dolores. Sangre. El olor de la sangre que brotaba de las heridas autoinfligidas no hacía más que despertar su hambre a pesar de la contaminación que

también detectaba en ella. Todo ello era una pesadilla interminable, una de la que no se daba despertado por más que lo intentase.

Kilian apretó aún más fuerte los ojos y se encogió aún más. La letanía que salía de su boca se hizo más intensa, buscando escuchar tan solo el sonido de su voz por encima de todo lo demás.

Ciento cuarenta y nueve, ciento cincuenta, ciento cincuenta y uno…

Se concentró en los números, algo fácil de recordar, de poder seguir el hilo y abstraerlo de lo que lo rodeaba.

Ciento cincuenta y dos, ciento cincuenta y tres, ciento cincuenta y…

Algo sacudió su jaula haciéndolo perder la cuenta. Abrió los ojos de golpe y gimió por puro terror, tardó unos instantes en entender lo que estaba viendo.

Los gritos no procedían de ninguno de los prisioneros. Era el *nosferu* que los había estado torturando el que chillaba igual que un cerdo. Su cuerpo se estremecía como si estuviese anclado a un cable de alta tensión mientras se electrocutaba a escasos centímetros de los barrotes de su caja. Y sobre él, con un rostro demudado por el odio, estaba el vampiro demente. Sus colmillos estaban al descubierto en una grotesca sonrisa de pleno disfrute mientras freía al bastardo. El olor a carne quemada lo hizo vomitar, aunque no tenía nada en el estómago que pudiese expulsar. El espasmódico movimiento del monstruo había llegado a su fin. A todas luces estaba muerto. Desde luego las marcas ennegrecidas en sus ojos demostraban que se los había fundido, posiblemente con parte del cerebro, pero por si acaso el tipo seguía procurándole más y más voltios.

—*Te mataré, te mataré, te mataré…* —Esas eran las palabras que murmuraba el demente, la forma en la que se movían sus labios.

—Creo… que ya… está *muerto*. —El comentario brotó de su boca con dificultad. Había dejado de hablar en el momento en que se dio cuenta de que cualquier palabra atraía la atención del ahora cadáver y del arma que empuñaba su asesino.

Los ojos que se clavaron en él lo dejaron sin respiración e hicieron que se pegase aún más a la pared, si es que eso era posible.

¡Cristo!

Sus ojos eran carmesí. De un rojo incandescente, pero su pupila no era negra, sino blanca.

El tipo ladeó la cabeza de tal modo que pensó que terminaría rompiéndose su propio cuello. Esa enloquecida mirada se clavó en la suya y durante una décima de segundo se vio incapaz de apartarla, de hacer otra cosa que quedarse ahí, más aterrado de lo que lo había estado en toda su jodida vida.

Un parpadeo. Eso fue todo lo que le llevó al ser cambiar de posición, mirar el cadáver de su carcelero y escupir sobre él.

—Te veré en el infierno, cabrón —siseó, sus colmillos al descubierto. Un nuevo movimiento de la cabeza lo llevó a mirar hacia él, o más bien, dentro de la jaula—. Putos bichos.

Bueno, no es que pudiese juzgar en sus actuales circunstancias quién estaba cuerdo y quién no, pero de repente aquel tipo parecía bastante más centrado de lo que lo había estado en el interior de la celda.

—*Brazos y piernas dentro, por favor, mantengan la cabeza encima de los hombros y, ya puestos, no respiren. El vuelo «me las piro vampiro» con destino fuera de la jaula del circo, está a punto de despegar.* —Aquella absurda imitación de las indicaciones de una aerolínea le causó casi más pavor que la expresión desquiciada en un rostro lleno de suciedad—. No muevas un pelo, niño.

Un segundo después, los barrotes a su alrededor parecieron fluctuar para finalmente desaparecer por completo. Kilian se quedó inmóvil, mirando en torno a él sin dar crédito a lo que veía o no veía.

—Bueno, ¿qué? ¿Estás esperando a que te lleve en brazos o algo? —El tipo volvió a ladear la cabeza de nuevo—. Mueve el culo, que mis trucos están sin pilas.

No sabía qué fue lo que lo hizo moverse, si las palabras del tipo o que este lo agarrase de la ropa y tirase de él encima del cadáver. Aquello fue lo que lo hizo reaccionar a la velocidad de la luz, alejándose de esa cosa, arrastrándose en el suelo como una lagartija. La jaula que había ocupado, esa que había desaparecido, volvía a estar en su lugar; intacta y real como la vida misma.

—¿De dónde has salido tú? Es igual. No importa. No quiero saberlo. Mejor no saber nada. Cuanto menos sabes, menos pueden sacarte. Y se les da de puta madre sacarte cosas de la cabeza, sobre todo a ese cabrón cornudo. —El vampiro hablaba solo, estaba claro, porque ni siquiera lo miraba. Ahora su concentración estaba puesta sobre las celdas del otro lado de la sala —. *Um*… Joder o no joder, he ahí la cuestión. Joder, definitivamente, joder.

Avanzó un par de pasos y miró a los individuos que estaban en su interior.

—No. Tú no vas a poder salir de aquí. Esa perra ya ha llamado a tu puerta. Será cuestión de un par de respiraciones más. Lo siento, *chuchito.* —Si alguien le dijese que vería a un vampiro adulto dar saltitos moviendo los brazos delante y detrás como un niño pequeño, le habría llamado mentiroso a la cara, pero ahí estaba él, haciéndolo—. Ah, mi *Querubín*.

—Jódete… puto… chupasangre.

El demente rompió a reír a carcajadas, solo para cortarlas de raíz un segundo después y acuclillarse frente a la caja.

—Yo no insultaría a mis ancestros, si fuese tú —declaró con una repentina seriedad que no esperaba en él—. Y menos ahora que estás tan cerca de ellos. Nunca creí que contemplaría algo semejante. ¿Quién iba a decírtelo, eh? Acabas de obtener el billete que nadie quiere, que ni

siquiera sabían que existe y que te va a llevar al país de Oz cagando leches. Y quédate con lo de *«cagando»*, porque veremos si cuando termines puedes seguir usando ese orificio.

—Estás zumbado.

—Sí, soy consciente de ello. Al menos, a veces. Otras simplemente, mi mente entra en bucle y ya no sé ni mi nombre.

—¿Y ese sería? —Kilian quiso pegarse a sí mismo después de darse cuenta de que era él quien había hecho esa pregunta.

—Para ti, soy el tío Neron, *cachorrito* —le guiñó el ojo y señaló la puerta—. Como ese al que le entró la neura e incendió Roma, pero en mi caso con énfasis en la primera sílaba. Yo siempre primero, obviamente. Venga. Mueve el *culete* y asegúrate de que ahí fuera no hay más imbéciles. Que dudo que los haya después de lo que ha soltado el tenor achicharrado, pero… ¿Ya dije que estoy sin baterías? Venga, *chop-chop.*

Kilian se encontró delante de dicha puerta sin ser consciente de cómo había llegado allí. Las manos le temblaban cuando se cerraron en la llave insertada en la cerradura y la giró. Nadie había engrasado esa cosa en siglos. El sonido que hizo al abrirse pareció retumbar en sus oídos como un cañonazo. Eran sus propios nervios, el temor a que alguien acudiese ante el estruendo que se estaba produciendo, pero del otro lado no había nada más que un largo túnel húmedo y oscuro.

—Ala, mira, si sabes abrir la puerta. —El chico pegó un respingo cuando notó al vampiro a su espalda—. Bien, muy bien. ¿Qué hora es? ¿Alguien lo sabe? No trabajo durante la hora del té.

—Puto pirado… —Escuchó ahora la voz rota del cazador. El tipo estaba también fuera de la jaula y esta estaba entera, al igual que la suya. No entendía nada, pero tampoco creía tener tiempo para pensar en ella—. Sácale. No voy a… —El tipo se tambaleó y habría terminado en el suelo si el vampiro no lo hubiese cogido a tiempo. Se movió con tanta rapidez que parecía haberse teletransportado de un lugar al otro, pero eso no era posible, no a menos que fuese un *nocturna*—. No… no le dejaré… aquí… No abandonas a… un hermano.

—*Nene*, en ese cuerpo ya no hay nada. Su alma ha volado como una palomita. Está muerto. *Caput*.

Esas dos palabras le provocaron un escalofrío.

—No… me iré… sin… él. —Empujó al vampiro o al menos lo intentó, pues acabó sucumbiendo a su propio peso.

—*A quién le importa lo que yo diga, a quién le importa lo que yo haga…* —Empezó a canturrear el vampiro sin venir a cuento—, *yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré…*

—Dios del cielo, ¿de dónde sacáis a estos zumbados? —La pregunta del cazador estuvo dirigida a él. Kilian no sabía qué responder, ni siquiera quería hacerlo, de hecho. Ese hombre era el enemigo y no podía importarle menos lo que le pasara.

—*Oh, capitán, mi capitán* —continuó el tipo soltando toda clase de incoherencias—. *¡Levad anclas! ¡Zarpamos!*

Un escalofrío le bajó por la columna. El pánico empezó a apoderarse ahora de él, como si lo que quiera que lo estuviera manteniendo cuerdo se hubiese esfumado. Se volvió de nuevo hacia el túnel que se abría ante él y pensó en seguir adelante sin esperar a nadie. ¿Por qué habría de hacerlo? La puerta estaba abierta, la salida estaría allí, en algún lugar y él quería huir, quería volver a casa, con sus padres, con sus amigos…

Evan. El recuerdo de su amigo cayendo sin vida al suelo lo hizo gemir. Se llevó las manos a la cabeza e introdujo los dedos en el pelo, queriendo arrancárselo. Le había fallado, no había podido salvarle, no había podido evitar que esos cabrones lo mataran. Las lágrimas volvieron a fluir de sus ojos, nublándole la vista.

—Ya les llorarás cuando estés a salvo. —Alguien le susurró aquellas palabras al oído, se giró y solo vio un par de figuras borrosas—. Es hora de volar, cachorrito.

Nada más pronunciar esas palabras, sintió como si una mano le diese un empujón en medio del pecho, haciéndole perder el equilibrio. La fuerza del impacto lo levantó de sus pies, voló hacia atrás y aterrizó en un suelo mullido, con árboles alrededor, el sonido de vehículos en la lejanía y un cielo oscuro sobre su cabeza.

Kilian se quedó sin respiración. Miró a su alrededor enloquecido, esperando a que alguien saliese de algún rincón y se le echase encima, pero allí no había nadie. Solo estaba él y el oscuro parque en el que se habían internado en un intento por salvar sus vidas.

CAPÍTULO 34

La Azotea
West Town
Chicago

—De verdad, Tori, ¿cuál es tu secreto?

—¿Mi secreto?

—Bien. Me quedó claro que no os conocíais cuando se pasó por aquí la primera vez. Y anoche estuvo todo el tiempo sentado en un taburete de la barra solo para hacerte compañía. ¡Y te defendió de Paul! ¿Tienes idea de lo difícil que es encontrar a un hombre así hoy en día? Si hasta ha venido a acompañarte hoy, por no decir que también ha tenido el detalle de saludarme. Dios, ojalá su amigo hubiese venido también.

Si ella supiera… El tipo por el que preguntaba era un *vampiro*. Más que eso, era parte de una especie de comando de élite dentro de su raza.

Sebastian le había estado respondiendo a algunas cuestiones después de su breve, pero muy satisfactorio, encuentro en su casa. Ese hombre era capaz de hacerla olvidarse de su propio nombre con una sola caricia. Le contó cómo terminó en América. El viaje que hizo desde lo que él consideraba el *Viejo Mundo*, los problemas que había afrontado para encontrar un hogar seguro para los vampiros que vinieron con él. Le habló de cómo una especie de epidemia había matado a un tercio de su población y mutado el metabolismo de unos pocos. Cada pedazo de información que salía de su boca le iba mostrando más de él, de quién era en realidad, y el cuadro final era asombroso.

Su *novio*, ahora estaban en esos términos, tenía varios siglos de edad. *¡Siglos!* Y en apariencia no llegaba ni a la cuarentena. Todavía estaba intentando procesarlo, aunque sabía que le llevaría algo de tiempo comprender el mundo en el que había ido a parar y al hombre del que se estaba enamorando.

Porque eso ya era un hecho. Y uno compartido. Oírle decir que él quería ver a dónde podía conducirles aquello, saber que también sentía algo creciente por ella, era un regalo en sí mismo. Tener a Bast era un regalo.

—Por Dios. Mírate. Jamás te había visto sonreír de esa manera en todo el tiempo que llevo aquí —suspiró Emily—. Te sienta bien estar enamorada. Qué envidia me das.

Victoria se metió el pelo detrás de la oreja en un intento por serenarse y procuró actuar como siempre.

—Lo sé, lo sé. Soy sumamente envidiable y lo seré aún más cuando coloque todas estas botellas por ti en las neveras.

—Oh, sí. Vas a subir de categoría a mi persona favorita de la noche —aseguró la chica, le dio un empujoncito con la cadera y volvió a sus tareas.

No pudo sino reír por lo bajo en respuesta y dedicarse ella también a la labor que había expresado en voz alta que haría. Apenas estaban empezando la jornada, por lo que tardarían un poco en empezar a recibir clientes. Por lo general, hacia el fin de semana era cuando más afluencia había, así que contaban con repetir el lleno de la jornada anterior.

Y hoy no tendrás una distracción enorme y morena sentada a la barra.

La de ayer había sido una noche inusual para Sebastian. Su chico solía pasarse las jornadas *nocturna*s patrullando la ciudad o solucionando algún que otro problema en las llamadas subterra. Era curioso como veías tu propia ciudad de otra manera cuando sabías lo que se ocultaba ahí fuera y solía salir tras la puesta de sol.

Todavía buscaban al chico desaparecido hacía ya seis noches. El amigo de Maroon y Elizabeth, un joven vampiro al que presuntamente secuestraron. La manera en que habló sobre ello le dijo, sin necesidad de más palabras, que no esperaban encontrarlo con vida y eso le revolvió el estómago.

Nosferu. Así los había llamado. Un vampiro corrupto, carente de emociones, cuya única meta era torturar y asesinar. No se podía dialogar con ellos y, en lo que refería a los humanos, eran como miel para las abejas. Poseían una especie de *glamour* que los hacía irresistibles.

¿Cuántas personas habían caído ya en sus redes? Ellos también se alimentaban de la sangre, pero la cosa iba mucho más allá de un sorbito. Esas cosas eran capaces de chuparte hasta la vida. O así lo había interpretado ella tras la gloriosa y aterradora descripción que le dio su *nocturna*.

No había querido dejarla irse sola al bar, a pesar de que llevaba haciéndolo meses. Aunque ahora entendía el motivo. Desde luego, la ignorancia era una bendición. Dejó que la acompañase hasta el local, con la promesa de que esperaría a que volviese a recogerla al final de su jornada. No se quejó, no solo porque quería volver con él, sino porque disfrutaba de la manera en que la cuidaba, de cómo se preocupaba por ella.

Era bonito sentirse así de arropada, pensar que le importas tanto a alguien como para que esté pendiente de ti y de tu bienestar; algo que ni siquiera había podido hacer su propia madre.

Intentaba evitar hablar de su pasado, pensar en él. No era fácil explicar que había tenido

una madre alcohólica a la que le quitaron su custodia cuando solo tenía trece años. Ni que esta decidió suicidarse varios años después.

Se había acostumbrado a valerse por sí misma desde una edad muy temprana, a hacer las cosas a su manera y a estar sola, pero ahora que ese vampiro se había cruzado en su camino, todo estaba cambiando.

Tori era muy consciente, sobre todo después del accidente, de que se estaba limitando a sobrevivir. Había dejado de importarle el hacer cosas, salir a lugares o disfrutar de la vida. Se había acomodado en la rutina, en aquello en lo que no tenía que pensar demasiado y tenía al alcance de la mano. ¿Cuándo había sido la última vez que se había cogido un fin de semana para irse a algún sitio? ¿O para ir al cine? Era como si su vida hubiese quedado en pausa desde aquella noche y todo lo que hiciese fuese dormir durante el día, visitar a Lotte en el hospital y venir a trabajar a *La Azotea* hasta la madrugada.

No había vuelto a sentirse ilusionada por alto, nerviosa e incluso ansiosa por el porvenir hasta que se encontró a sí misma esperando a que ese hombretón atravesase el umbral. Y pensar que le había caído mal nada más verle. Desde luego, Sebastian no había hecho méritos para otra cosa, pero ahora que le conocía un poco, comprendía su proceder. Los vampiros tenían algo atrayente que te hacía fijarte en ellos, lo quisieras o no. Y a ver, si a eso le añadías que ninguno de los *nocturna* parecía un cachorrito abandonado, sino más bien un peligroso oso *grizzly*, pues también influía.

Sacudió la cabeza en un intento por aligerarse la mente. Si se iba a pasar toda la noche pensando en él, no iba a ser capaz de concentrarse en nada más y había venido a trabajar, no a fantasear con los ojos abiertos.

Tal y como había pronosticado, tuvieron otra jornada intensa de trabajo. Hoy parecía ser la noche de las parejas y también de los grupos de amigos en los que alguno tenía ganas de ligar con las camareras. Entre Emily y ella habían rechazado al menos a cuatro tipos y el quinto estaba a punto de ser despachado también, pensó nada más ver al chico, no mucho mayor de veinticinco, que llevaba un rato apoyado en la barra con una pose de lo más hollywoodiense. Ya había intentado entrarle de dos formas distintas sin éxito. Estaba claro que para él no había dos sin tres.

—¿Y la camarera tiene nombre? Podrías decirme eso al menos, ¿no?

—Lo tiene, pero no está interesada —le guiñó el ojo, procurando ser tan solo amable y le plantó delante la consumición que había pedido—. Aquí tienes. Disfruta de la noche.

El chico abrió de nuevo la boca para decir algo, pero ella se movió al siguiente cliente que llamaba su atención un par de taburetes más allá.

—¿Me pones otra, por favor?

—Enseguida.

Sirvió un par de copas más y se trasladó ahora al final de la barra, donde una chica, la cual parecía haber atravesado una especie de tornado a juzgar por el estilo de su pelo, se había sentado.

—Hola, ¿qué te pongo?

La aludida levantó la cabeza. Victoria calculó que debería tener alrededor de los treinta. No era una de esas veinteañeras que salían a tomarse algo con sus amigas, sino más bien una mujer que salía a beber para olvidar la mierda de día que había tenido.

—¿Podría ser un *whisky*? ¿Doble?

—Claro —asintió y se volvió para localizar la botella de la bebida solicitada y coger un vaso limpio para servírselo—. ¿Una mala noche?

Si algo había aprendido trabajando aquí era que mucha gente venía también buscando un poco de charla, aunque solo fuese para desahogarse.

—Una mala vida, más bien.

—Caray, esas son palabras mayores. —Le puso el vaso delante y ella no dudó. Lo cogió y le dio un buen sorbo. Un segundo después estaba tosiendo y haciendo aspavientos. Era un milagro que no lo hubiese escupido la bebida en el proceso—. ¿Todo bien?

—Odio el *whisky* —jadeó en respuesta, dejándola confundida—. Pero como hoy ha sido un día cojonudo para odiar, pues me viene genial.

—Ya veo.

La mujer dejó escapar un resoplido, posó el vaso en la barra e intentó arreglar de alguna manera la maraña de pelo rojizo que, en sus mejores días, debía ser la envidia de cualquier chica.

—No te preocupes por mí. Esa copa me va a durar un buen rato.

Sí, bueno. Victoria no estaba tan segura de ello, pero sabía que no era buena idea meterse en asuntos ajenos, así que se limitó a decirle:

—Estaré por aquí si necesitas algo más —le dijo—. Me llamo Tori.

—Electra —respondió ella y le dedicó una mueca que suponía pretendía ser una especie de sonrisa—. Gracias, Tori. Seguiré con mi *whisky*.

Asintiendo ante su decisión, siguió atendiendo durante media hora más la zona de la barra, para finalmente cambiar el lugar con Emily y pasar a limpiar mesas y recoger los vasos, copas y botellas que iban dejando por doquier. Aprovechó también para salir a la terraza y respirar un poco de aire fresco y contemplar durante unos segundos las vistas. Este había sido uno de los motivos por los que había aceptado este trabajo. Se había enamorado de la vista de la ciudad desde aquí arriba. Era como tener Chicago a sus pies, desde los barrios residenciales más cercanos hasta el área financiera y el Loop, con sus grandes rascacielos que se recortaban en el *skyline*.

Y pensar que ahí abajo, viviendo entre tantos y tantos humanos, había vampiros.

—No elucubres, Tori, no elucubres —se dijo.

Se volvió y terminó de recoger las consumiciones abandonadas, poniéndolas sobre la bandeja. Depositó la última botella, se incorporó y giró con intención de volver al interior, pero tuvo que frenar en seco y dar un paso atrás para evitar chocar con una puerta que se había plantado en medio del camino.

—*Wow*. —Unas manos fuertes y grandes salieron la asistieron al momento. Una acabó bajo el codo y la otra en la bandeja, impidiendo así que ambas saliesen volando—. Despacio, *hermanita*.

Bien. Las puertas no hablaban, se dijo mientras levantaba la cabeza, con una disculpa ya en los labios y la sensación de haber escuchado ya esa voz. Unas gafas de cristales tintados de rojo escondían la mirada risueña de aquel *vampiro*.

—Buenos reflejos. —El comentario llegó del tipo que se encontraba detrás de él. Unos centímetros más alto, pero igual de grande y con la mirada rojiza oculta tras las gafas, reconoció al recién llegado.

—Gracias —contestó el tipo que todavía la sostenía.

—Se lo decía a Victoria, Eli.

El aludido se rio y dio un paso atrás, soltándola y devolviéndole su espacio.

—Qué considerado, tío.

Tori parpadeó y sacudió la cabeza como si estuviese saliendo de un trance. Lo último que esperaba ver esa noche era a dos de los compañeros de su novio en *La Azotea*, pero allí estaban y su presencia de inmediato la puso sobre advertencia.

—¿Ha pasado algo? —preguntó mirando de uno al otro—. ¿Sebastian está bien?

Elijah abrió los ojos un poco, como si no hubiese pensado en la posibilidad de que ella se preocupase al verles allí y al momento levantó ambas manos.

—Oh, no tienes que preocuparte, él está…

—Bast está bien —atajó Nix. El moreno no se andaba por las ramas. El aro plateado en su oreja destelló bajo las luces. El tatuaje que casi le envolvía el cuello parecía mimetizarse con la oscuridad de su ropa.

—Sí. Eso —afirmó el otro *nocturna* corroborando la respuesta de su amigo, entonces añadió—. Nosotros estamos aquí por la cerveza. Fue Nix quien le recomendó este sitio a Joel, por eso trajo a Bast aquí esa vez… Y por lo que parece, fue todo un acierto.

Ella se sonrojó, no pudo evitarlo. La intención de sus palabras era obvia.

—Valeeee… —Fue todo lo que alcanzó a decir. No estaba muy segura de cómo tratar con ellos, pues apenas había intercambiado algunas palabras con ambos unas horas antes. Elijah era sin duda más accesible que su acompañante y le causaba cierto respeto, pero el primero seguía siendo una montaña igual de grande que su *nocturna*.

—Sigue con lo tuyo. —La voz ronca y profunda de Nix la hizo levantar la cabeza para encontrarse con su mirada a través de las gafas—. Solo estaremos por aquí un rato.

Sí, bien. Era bueno saberlo.

—De acuerdo —musitó, entonces señaló con el pulgar por encima del hombro, sujetando la bandeja contra la cadera—. Si necesitáis algo… *Er*… bebida, estaré por allí.

Elijah levantó las manos a modo de indicación de que ya tenían dichas bebidas.

—Como si no estuviésemos, Tori. No te preocupes por nosotros. Nos iremos igual que hemos llegado, sin hacer ruido.

El guiño que le dedicó la tomó por sorpresa y no pudo evitar sentir que se sonrojaba un poco.

Estaba claro que no había ningún *nocturna* que no resultase absolutamente letal y atractivo, aunque ni el uno ni el otro despertaban en ella lo que despertaba Sebastian. Pese a ello, parecían tipos decentes, habían sido muy amables con ella y le habían dado la bienvenida de forma genuina. Sería cuestión de acostumbrarse a su presencia y a interactuar con unos tíos que te doblaban en tamaño.

—Lo dicho. Avisadme si necesitáis algo, chicos.

Elijah asintió.

—Estamos bien, *hermanita*, pero gracias.

«Hermanita».

Las palabras que le había dicho Sebastian sobre su gente volvieron a su mente. Él le aseguró que ahora formaba parte de su comunidad, que era de su familia. Suponía que eso significaba que esos vampiros también la veían a ella como parte de la suya.

Una inesperada calidez se extendió por su interior.

Familia. No había tenido eso en mucho, muchísimo tiempo.

Su padre murió cuando ella era muy pequeña. Su madre no soportó dicha pérdida y se dio al alcohol. Le quitaron su custodia y acabó en un hogar de acogida tras otro. No supo lo que era tener una hermana hasta que conoció a Lotte. Había estado sola todo este tiempo y ahora… ellos le habían abierto no solo las puertas de su casa, sino que la consideraban parte de su familia.

Sonrió, una sonrisa genuina.

—No os vayáis sin despediros, ¿vale?

Su petición pareció coger por sorpresa al más risueño de los dos, pero Nix asintió en silenciosa respuesta, lo que debía equivaler a un *«Ok»*.

Satisfecha con eso, dio media vuelta y continuó con su labor sintiéndose más feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo.

CAPÍTULO 35

Los túneles
En algún lugar de Chicago

Se quitó los ensangrentados guantes de látex con la misma parsimonia de alguien que se ha pasado la última hora arrancando hierbajos en el jardín. Ni siquiera miró dónde cayeron. No le importaba lo más mínimo. Habían cumplido su labor, evitar que se le llenasen las uñas de mugre y tener que lavarse después las manos con uno de esos jabones que nunca quitaban bien las manchas. Ladeó la cabeza, tiró de las perneras del caro pantalón y se agachó para contemplar mejor su obra. Tuvo cuidado de que la sangre que salpicaba el suelo no le manchase los zapatos. Ya se había deshecho de un par y no quería tener que lidiar de nuevo con ese estúpido asesor de imagen. Cualquier día lo desangraría solo como aperitivo.

—¿Todavía no entiendes que no puedes ganar?

El saco de carne y huesos que resollaba en el suelo, en un charco de su propia sangre, había presentado pelea. Había luchado, claro que sí, siempre lo hacía, ¿pero de qué le servía? El resultado era el mismo, aunque puede que no tan sangriento como el de hoy. No. Hoy se había empleado a fondo. Lo mantuvo fuera, atrapado en ese absurdo laberinto, hasta que tiró cada una de las paredes.

—Te lo dije, hermano. Ni siquiera tú tienes el poder de evitarlo. Ya no.

Aunque alguna vez lo había tenido. Hacía mucho tiempo, cuando él todavía tenía emociones y el despojo tirado a sus pies era algo más que un involuntario invitado. Varys miró atrás sin sentir otra cosa que los fugaces destellos de un pasado que nunca volvería. No eran más que imágenes que ya no despertaban en él ni la más mínima curiosidad. Ahora mismo, para él el vampiro no era otra cosa que un apéndice que no conseguía extirpar.

—Reconoceré tu esfuerzo, si eso te place —le dijo a pesar de que tenía serias dudas de que fuese capaz de escucharle en ese momento—. Hoy te has aplicado a fondo. Ya lo creo que sí. Pero ni siquiera tú puedes perderte eternamente en el galimatías que tienes ahí dentro, en ese absurdo mundo del revés que has creado en un vano intento de mantenerme fuera.

Era inteligente. Eso no podía negarlo. Le había llevado años horadar en esa mente,

encontrar los caminos adecuados sin perderse, discernir lo que era real de lo que no y llegar por fin a esa habitación cerrada con llave en la que se ocultaba. Abrirla fue el mayor de todos los desafíos, uno que lo mantuvo entretenido algunos siglos, pero una vez que obtuvo la llave, ya no hubo manera de que lo dejase fuera.

Ahora el vampiro era suyo y tenía la habilidad necesaria para manejar lo que guardaba en su interior.

—Esta vez casi lo consigues, amigo mío. —Simples palabras. Una costumbre arraigada, más bien. El hombre que yacía ante él nunca volvería a verlo como su amigo, sino como el responsable de todo lo que había perdido y de todo lo que le había arrebatado y arrebataría—. Por un instante pensé que te rendirías y le darías la mano a la *Parca*. Me alegra que no lo hicieras, porque esto no ha hecho más que empezar.

Sonrió, le dedicó un último vistazo y se incorporó, dando un paso atrás. Se tomó su tiempo para desenrollarse las mangas de la camisa y alisarse el chaleco. Acercó la tela de su brazo a la nariz e hizo un gesto de repulsión. Necesitaba un baño y quemar ese traje. Ni siquiera la tintorería podría borrar semejante hedor.

—Devuélvelo a la jaula —indicó con un gesto al *nosferu* que estaba junto a él. Le miró de reojo y vio que todavía sujetaba la pistola de grapas en sus ensangrentadas manos—. Nada de agua o comida. Y haced algo con las ratas. Es desagradable ver como mordisquean a los cadáveres.

—Sí, *sire*. —La barbilla prácticamente le tocó el pecho cuando inclinó la cabeza.

Pasó por delante de él sin una segunda mirada y atravesó la puerta abierta que daba al túnel. Everett lo esperaba junto a esta, su expresión igual de anodina que siempre.

—¿Está hecho?

Su subalterno afirmó con la cabeza.

—Bien.

Se volvió para continuar su camino cuando el tipo añadió.

—Su hija ha llamado, *sire* —le informó—. Le he comunicado que estáis en una reunión importante. Ha *exigido* que le devolváis la llamada a la máxima brevedad.

Algo parecido a la sorpresa cruzó por su mente.

Su hija. La misma hembra humana que había decidido conservar en un momento de debilidad y de la que hacía tiempo ya no sabía nada. Electra dejó muy claro que no iba a seguir reconociéndolo como padre, así que el que ahora se hubiese puesto en contacto con él era del todo inesperado.

—¿Ha dicho qué quería? —preguntó.

—No, *sire*.

Miró de manera soslayada hacia la puerta abierta de aquella especie de celda y acto

seguido le dio la espalda completamente.

—Gracias, Everett —respondió haciendo gala de sus buenos modales, aunque no tenía nada que agradecer al *nosferu*—. Estaré en la *Crains*. Mantenme informado de todos los progresos.

—Sí, *sire*.

Sin una palabra más, dejó atrás aquella hedionda cloaca y volvió a la superficie para seguir representando su papel como Edward Alister frente a la sociedad que lo había adoptado como a uno de los suyos.

Humanos. Siempre tan estúpidos y predecibles.

CAPÍTULO 36

Lincoln Park
Chicago

Al mismo tiempo…

—¿Has pensado en cómo vas a abordar el tema con el chico?

—Esperaba que tuvieses un plan de acción para ello.

—El plan de Bast es plantarse delante de él y decirle: *Enhorabuena. Has superado el Ascenso antes de tu centenario y has ganado un billete nocturna. Ya eres un marginado.*

Sebastian miró a Joel de soslayo y resopló.

—Ese chico tiene más problemas que el hecho de haber entrado en nuestra comuna —replicó. Era algo a lo que no había dejado de dar vueltas—. Se ha enfrentado a un jodido infierno y todavía no sabemos de qué es consciente. Han muerto dos de sus compañeros, otro sigue en paradero desconocido…

—Por no hablar del tiempo que Lizzy y él han pasado ahí fuera, huyendo del sol.

—Tener que revivirlo va a ser un duro trago, en especial cuando se dé cuenta de que no todos han podido regresar.

—¿Cómo va la recuperación de la joven vampira?

—Serena tiene una fortaleza envidiable. Sus quemaduras son graves y Alex no sabe todavía si le quedarán marcas permanentes, pero… está viva.

Y eso debía contar como lo más importante, pero estaban hablando de una mujer, de una hembra joven, no de un guerrero. Nadie merecía vivir con semejantes cicatrices, ni en su cuerpo, ni en su alma.

—Si podemos hacer algo por ella, que nos lo comuniquen.

—Ya me he adelantado a tus deseos —replicó Kynan.

—Tú siempre tan…

Bast levantó la mano, haciendo callar al momento a Joel. El viento acababa de traer hasta

ellos un aroma que no habían notado antes, uno que los hizo desenfundar al momento sus armas y empezar a desplegarse por el lugar con milimétrica posición. Llevaban haciendo esto siglos, así que no necesitaban demasiadas órdenes verbales; eran capaces de comunicarse con tan solo un gesto o una mirada.

No estaba seguro de dónde se encontraba el enemigo, lo cual era algo realmente extraño, pues estaba convencido de que el olor que les llegó pertenecía a un *nosferu*. Unos sonidos a su derecha, en plena oscuridad. Algo se movía por allí de manera lenta y pesada. No se molestaba en ocultar su posición, lo que significaba que o pretendían tenderles una emboscada o se habían encontrado con un moribundo.

Desde luego, el lugar elegido no podía haber sido más profético. La idea de cargarse a uno de ellos en el mismo sitio en el que habían dado caza a sus chicos era de lo más placentera. Emitió un suave silbido que encontró respuesta a su izquierda. Esperó a recibir la misma confirmación del lado de Kynan cuando…

—¡Bast!

El grito de su compañero hizo que tanto Joel como él rompieran la formación, abandonando la cautela y se lanzasen dispuestos a atacar. Con la pistola en alto y la pequeña linterna ahora encendida y apuntando por encima del arma, salió en tándem con su hermano para terminar frenando en seco. El haz de luz incidía sobre una figura que permanecía de rodillas y con la cabeza gacha. Kynan estaba a su lado, con el rostro pálido, revisando su hallazgo con desesperación.

—*Cristo*. —Joel se unió a su propia impresión.

—Kilian. —Bast conocía el nombre del chico. Se lo había grabado a fuego, pues quería poder tenerlo presente cuando lo encontrasen y tuviesen que darle el último adiós. Solo que el joven vampiro no estaba muerto. El muchacho que tenían delante respiraba a duras penas.

—Kynan, ten cuidado. —Joel dio un paso adelante, el arma y su respectiva linterna apuntando todavía al chico. Aunque les doliese en el alma, ambos estaban preparados para ejecutar al vampiro si este mostraba rasgos de infección. No podían hacer nada más.

—Está limpio. —El alivio del vampiro pasó también por encima de ellos—. No hay infección.

Si alguien podía detectarlo, ese era su amigo. Era parte de su don, el detectar enfermedades o la presencia de la muerte en los seres vivos, independiente de su raza.

—Gracias a Dios —expresó Joel.

—¿Kilian? Hijo, ¿puedes oírme? —El chico no estaba del todo consciente—. Vamos, muchacho. Estás a salvo.

—Pero cómo… —La pregunta que salió de los labios de Joel podía haber salido de los propios.

El chico dio una sacudida. Echó la cabeza hacia atrás, los ojos abiertos desmesuradamente, levantando al mismo tiempo los brazos como si quisiera protegerse de algo.

—Está bien, está bien… —La voz de Kynan bajó una octava, convirtiéndose en una cadencia sedosa y tranquilizadora—. Soy yo. Mírame. Soy Kynan.

—¿Ky? —El chico abrió los ojos aún más, si es que eso era posible. Las lágrimas acudieron entonces a estos, anegándolos hasta terminar cayendo a continuación por su rostro lleno de suciedad—. Lo mataron, Ky —Tenía la voz rota, apenas era un hilito—. Mataron a Evan. ¡Lo mataron!

El *nocturna* miró en su dirección por encima de la cabeza del muchacho en su dirección. Bast asintió.

—Está bien, hijo, está bien. Estás a salvo. —El hombre se quitó su chaqueta y la puso sobre los enjutos hombros del joven vampiro.

—Lo mataron. Mataron a Evan. Mataron a Evan… —insistió. Entonces se inclinó hacia delante, doblándose sobre sí mismo y rompió a llorar de manera tan desgarradora que se le pusieron los pelos de punta—. Los mataron… Los mataron a todos, a todos.

—No, hijo. Maroon y las chicas están bien, están en casa. A salvo.

Sin embargo, el vampiro no escuchaba y seguía con la misma letanía, murmurando lo mismo una y otra vez, sin escuchar nada de lo que se le decía.

—Está en shock. —corroboró Joel y se volvió en su dirección—. ¿Qué hacemos?

Todos tenían la misma pregunta en mente, una que planteaba un sinfín de posibles respuestas y ninguna les gustaba demasiado.

¿Cómo había llegado el muchacho hasta aquí? ¿Por qué lo habían soltado? Si algo tenían claro, es que apestaba a *nosferu,* así que no había equivocación alguna en manos de quién había estado. Pero no lo habían infectado, no había rastros de toxina o cambio alguno en él que lo marcase como uno de ellos.

En esos momentos no era otra cosa que un niño asustado, pero tenían que cerciorarse.

—Llama a Elijah y Nix. Que rastreen nuestro perímetro —ordenó mirando a su hermano.

—Estoy en ello. —Como siempre, Joel leía sus intenciones incluso antes de que las expresase en palabras—. Tíos. Tenemos un problema. Rastrea mi teléfono y abre una brecha. Necesitamos un rastreo del perímetro. Hemos encontrado al chico. Y está vivo.

Sebastian se acercó entonces al muchacho. Se movió con cuidado, atento a su lenguaje corporal. Estaba aterrado, era como un animal acorralado a la espera de que un cazador le saltase encima y lo destripase.

—¿Kilian? —pronunció su nombre con suavidad, atrayendo esa desenfocada mirada—. Soy Bast. ¿Puedes decirme qué ha pasado?

El chico parpadeó un par de veces, mirándole y entonces, sin venir a cuento, dio un salto

hacia atrás. Empezó a arrastrarse sobre el culo, con sus manos y pies, huyendo de él o de lo que quiera que estuviese viendo en él.

—¡No! ¡No me toques! ¡No te me acerques! —Kynan lo frenó, deteniéndolo—. Por favor… —Se echó a llorar—. No quiero volver a esa caja. No quiero.

—¿Una caja? —musitó Joel.

—Él hizo desaparecer los barrotes. Está loco, pero hizo desaparecer los barrotes. —Lo que decía no tenía orden ni concierto, parecía estar delirando—. Fue él quien nos sacó de allí. No puedo volver, no puedo volver… Quiero irme a casa, oh, Dios, quiero ir a casa.

—Kilian, escúchame —susurró Kynan, atrayendo el rostro del chico hacia él con sus propias manos—. Mírame. Soy yo.

—Ky… —Estaba claro que el joven reconocía a su compañero. Kynan solía pasar tiempo en las subterra, la mayoría de la gente le conocía y se fiaba de él. Posiblemente era uno de los pocos *Nocturna* a los que podía decirse que los vampiros toleraban y con el que incluso simpatizaban. Su don tranquilizador a menudo lo llevaba a trabajar con ellos en traumas y situaciones que no podían afrontar de otra manera. El vampiro confiaba en él y era quien posiblemente podría extraer algo de él—. No quiero volver allí. Los torturaban. Esos demonios los torturaban hasta matarlos. Él nos sacó… Nos sacó.

—¿Quién es él? ¿De quién hablas?

—Un *nocturna*. —La respuesta los cogió a todos por sorpresa.

—El perímetro está despejado —Elijah y Nix aparecieron al mismo tiempo—. Joder. No puedo creer que…

Nix levantó la mano, silenciando a su amigo, detectando el delicado momento.

—¿*Nocturna*? —La voz de su compañero era suave, pero no pudo evitar su sorpresa—. ¿A qué te refieres?

—Sus ojos. Eran rojos. Pero sus pupilas… —Sacudió la cabeza y se encogió más sobre sí mismo—. Estaba loco. Hablaba incoherencias, cantaba cancioncillas infantiles y… Lo silenciaban a base de descargas eléctricas…

—Hijos de puta…

—¿Cómo era ese *nocturna*, hijo? —insistió su compañero—. ¿Escuchaste su nombre?

—Los barrotes de la jaula desaparecieron… —continuó el chico, sin duda metido en su propio mundo de momentánea psicosis—. Eran de acero y desaparecieron… Me dijo que me moviese, que teníamos que irnos… Ese emperador de Roma. Se llamaba como ese emperador de la *antigua Roma*…

—¿De qué coño está…? —musitó Elijah, pero los rostros de varios de ellos empezaron a palidecer, entre ellos el suyo propio.

—Eso no es posible… —Joel sacudió la cabeza y lo miró con los ojos como platos—. Es

imposible.

—*Neron.*… —El nombre salió de sus labios en su trémulo susurro.

El joven vampiro se volvió en su dirección, parpadeó un par de veces, como si estuviese intentando enfocar bien para mirarle. Esta vez no retrocedió, sino que arrugó la nariz, los labios y dejó escapar un quejido.

—Por favor, dime que mis amigos están vivos, que ellos no…

Sebastian dio un paso adelante, miró a Kynan. Asintió y se acuclilló ante el chico.

—Están en casa, esperándote —le dijo con suavidad—. Todos están bien.

No iba a decirle nada más. No era necesario. No en semejante estado, pero aun así, necesitaba una confirmación a lo de ese *nocturna*.

—Kilian, dime. ¿El nombre de ese *nocturna*, era *Neron*?

El vampiro asintió y Bast casi se cae hacia atrás. Se equilibró tan solo porque apoyó la mano en el suelo.

—Ese es el nombre por el que *él* le llamó y el que el *nocturna* utilizó —musitó. Entonces miró a su alrededor, a cada uno de los presentes, como si quisiera asegurarse de que estaba entre amigos y no entre enemigos—. ¿Puedo irme a casa, por favor? Puedo… —El chico empezó a toser y por sus labios corrieron hilos de sangre. Sangre roja, sin infección—. No… No me encuentro bien… Mi estómago… ¿Qué le pasa?

El chico se dejó caer hacia atrás y, siempre atento, Kynan estaba ya sobre él. En el momento en que apartó la camisa, el aire se congeló para todos.

—Malditos…

—Putos monstruos…

—Hay que llevarlo a la subterra. Ya. —Declaró su compañero con una urgencia que evidenciaba lo que todos estaban mirando—. Avisad a Alexander.

—Ve y lleva al médico a la Lake Zurich si no está allí ya. —Se volvió también hacia Elijah —. Y comunica al *Lore* lo que ha pasado.

Su amigo asintió y partió de inmediato.

—Tienes que dejarlo inconsciente —murmuró mirando a Kynan. Este asintió—. De acuerdo. Vámonos.

Las preguntas tendrían que esperar, pensó. Ahora lo importante era atender al joven vampiro y asegurarse de que lo que quiera que le hubiesen hecho, no fuese irreversible. Un último vistazo al vientre del chico lleno de grapas lo hizo apretar los dientes y sentir como sus colmillos se alargaban por pura rabia.

—Bast… abre la brecha.

La oportuna orden de Joel lo ancló e hizo para que todos pudiesen moverse con rapidez.

CAPÍTULO 37

Lake Zurich
Colonia Subterra
Illinois

Si alguien volvía a decirle que tenía que quedarse en la cama, lo mandaría a la mierda. Aunque quizás no hiciera falta. Desde que había despertado en esa estéril habitación, solo necesitaba clavar la mirada en alguien para hacerlo enmudecer. Al principio pensó que se debía al hecho de que hubiese conseguido volver a la subterra con vida, de que fuese uno de los milagros que se habían dado en los últimos días. El Dr. Murphy, sin embargo, fue lo bastante sincero para decirle que no se trataba tanto del milagro de su regreso como de haber superado el *Ascenso* y haber emergido de ello como *nocturna.*

Sus ojos ya no tenían el color con el que había nacido, el de su madre. Ahora eran rojos, un iris carmesí con un borde exterior algo más oscuro. La primera vez que los vio se quedó tan impactado que no pudo ni hablar. Si ya era difícil entender lo que había pasado hasta ese momento, mientras intentaba juntar las piezas de un puzle que cada vez se convertía en algo más macabro, tener que hacerlo sabiendo además que su vida acababa de cambiar drásticamente era demasiado para él. No podía enfrentarse a todo aquello sin colapsar, no después de lo ocurrido.

Maldita sea. Elizabeth lo había conseguido. Les había mantenido con vida a los dos allí abajo, en una jodida cloaca, antes de que él encontrara algo de fuerza para emerger de ella durante la noche y procurarles a ambos ayuda. Sabía que la humana estaba herida. Jamás podría quitarse de la cabeza lo que había visto, la manera en que aquel *nosferu* la despachó como si fuese una brizna de hierba al viento. Era un jodido milagro que no hubiese muerto en el propio impacto, el mismo que descubrirla con las fuerzas necesarias para sacarlos a ambos de aquel maldito lugar antes de que el sol saliese y acabase con él.

¿Pero a costa de qué? Había preguntado por ella una y otra vez, pero solo recibía respuestas como: *«Acuéstate», «No te muevas»* o *«Acabas de pasar por el Ascenso»*. Era como si nadie se atreviese a decirle si estaba viva o muerta. Una vez más, Alex fue el que lo puso al tanto de la condición de la humana. Había sido operada de urgencia. Estaba estable, pero tardaría en

despertar. *Eso si es que lo hacía algún día.* Aquello último no lo dijo, pero Maroon lo escuchó claramente, como si el médico hubiese dado voz a sus pensamientos.

Arrastró los pies, sujetándose de las paredes y alcanzó el umbral de la habitación en la que había averiguado que la tenían. La puerta estaba abierta y, en cuanto se asomó al umbral, se quedó sin respiración. Estaba postrada en una cama de hospital, con un tubo en la garganta y varias máquinas a su alrededor que emitían un rítmico pitido. Estaba pálida, más que nunca. Solo su pelo destacaba contra la almohada, este y las distintas vendas que le cubrían los brazos e incluso la cabeza.

Sintió que le fallaban las piernas y se aferró con fuerza al marco de la puerta.

—*Maroon…*

Un susurro a su izquierda. Arrancó la mirada de la chica y la deslizó hacia el lugar del que había precedido el sonido y se dio cuenta de que había alguien en la habitación. Al verla, sintió que se le quitaba un peso del pecho y al mismo tiempo se le humedecían los ojos.

Serena. Le habían dicho que estaba viva. Había sido ella la que logró dar la voz de alarma, pero el coste para la vampira también fue inmenso. Parecía tan frágil en aquellos momentos con su bata celeste. Llevaba unos apósitos cubriéndole medio rostro, incluso uno de los ojos. La otra parte de la cara la tenía rosácea. Claramente había empezado a regenerarse la piel. Sus manos, incluso sus dedos, estaban vendados, al igual que el cuello y una de sus piernas, pues la otra llevaba una especie de férula. En cierto modo, creyó estar viéndola en uno de sus cómicos disfraces de *Halloween*, como si quisiera emular a una momia.

Le habían desgarrado el cuello. Era un milagro que no se hubiese desangrado y, además, también estuvo expuesta a la luz del sol. Sus daños eran considerables, aunque el Dr. Murphy tenía muchas esperanzas en su total recuperación. Era una vampira, después de todo, lo que significaba que su sanación llevaba menor tiempo que en un humano y los daños, si no eran graves, desaparecerían en cuestión de días. Pero cuando se hablaba de quemaduras por el sol en un vampiro, esas eran palabras mayores.

La vio levantarse y lo hizo tan despacio como si le doliese todo el cuerpo. Se le encogió el corazón y el estómago cuando vio la humedad inundando ese ojo azul cielo. Al momento pensó en el color que ahora tenían los suyos, en su nueva condición, y bajó la mirada avergonzado. La necesidad de dar media vuelta e irse por donde había venido era cada vez más acuciante, pero ni estaba en condiciones de hacerlo, ni pensaba mostrarse como un cobarde, no delante de esas dos mujeres que habían sobrevivido a su mismo infierno.

—Sere, yo… —musitó.

Lejos de volver a sentarse o mantenerse alejada de él, su amiga de la infancia recorrió pasito a pasito la distancia que los separaba y le cubrió un lado de la cara con su mano vendada. Le obligó a levantarla hasta que sus miradas se encontraron. Para entonces las lágrimas ya

corrían por el lado rosado de la cara de la chica.

—Estás… de pie… —El alivio en su tono lo rompió por dentro.

—No… por mucho tiempo.

Ella sonrió y esa sonrisa fue todo lo que Maroon necesitaba para saber que ella seguía viéndole a él. No sus nuevos ojos, ni aquello en lo que se había convertido, solo a él. Y entonces, en su calamitoso estado, le rodeó la espalda con el brazo y señaló la butaca que había estado utilizando.

—Ven… Te ayudo.

Juntos, pasito a pasito, alcanzaron la butaca. Se sentó con cuidado y no dudó en atraer a la vampira junto a él, sobre sus piernas. Ella no lo rechazó. Ambos eran conscientes de que necesitaban sentirse el uno al otro, poder confirmar que los dos seguían con vida después de todo lo ocurrido.

—Serena… —Murmuró su nombre sin saber qué otra cosa decir.

Ella apoyó la cabeza contra su hombro y la voz se le rompió.

—Él nos salvó a las dos… —susurró con la voz llena de dolor—. Evan está muerto. Lo mataron, Maroon. Mataron a Evan.

Tuvo que apretar los dientes para no soltar un alarido. Lo sabía. Había visto cómo sucedía. Jamás podría borrar de su mente aquel momento. El cuerpo de su amigo, su hermano, cayendo al suelo inerte después de que ese monstruo le hubiese roto el cuello. El alarido de Elizabeth al ver caer a su hermano, los gritos de Serena. El humano había protegido a las dos mujeres a costa de su propia vida.

Kilian había ido a por él hecho una fiera y había terminado el trabajo que empezó su amigo dándole muerte. Esos bastardos habían salido de la nada. Se habían abalanzado sobre ellos, atacando a las chicas, pero sobre todo a los humanos. Estaba claro que su objetivo eran ellos dos; los únicos vampiros machos presentes.

—Kilian no ha aparecido todavía… —musitó ella con la voz tomada por las lágrimas—. Y Lizzy, Lizzy no se despierta. No puedo perderla a ella también, Maroon, no puedo.

Esas palabras muy bien podrían haber sido las suyas. Las lágrimas empezaron a deslizarse de sus ojos en silencio.

—No vamos a perderla… —Sacudió la cabeza con vehemencia. Se negaba a hacerlo—. No lo permitiré. No puede dejarnos. No ha luchado tanto para irse ahora. ¿Me has oído, Elizabeth? No puedes irte. Serena y yo te necesitamos.

Yo te necesito, quiso decir, pero no encontró la fuerza necesaria para darle voz.

Ella lo había mantenido con vida ahí fuera. Hizo por él más de lo que había hecho cualquier otra persona en toda su vida. Recordaba sus gritos. Era como verlos a través de la bruma, imágenes inconexas. Liz había estado sobre él, prácticamente gritándole a la cara,

diciéndole que lo mataría si la dejaba. Estaba llorando. Por Dios, había llorado por él y Maroon se obligó a sí mismo a seguir con ella para que dejara de hacerlo. No le gustaba verla allí.

La había arrastrado a esa tienda con la esperanza de encontrar algo con el que poder curarla, cualquier cosa que pudiese ayudarle a mantenerla con vida mientras buscaba la manera de llegar a casa. Si no hubiese sido por la mujer que apareció junto a ellos y los ayudó, ambos habrían muerto.

Nocturna. Ellos habían llegado para rescatarles y llevarlos a casa. Sebastian, su líder. Kynan, al cual conocía de ver con frecuencia en la subterra de Lake Zurich. Los vampiros más cuestionados de la raza eran los que siempre les estaban salvando el culo a los vampiros, los que buscaban a los desaparecidos y se llevaban los gritos y los golpes cuando volvían con un cuerpo inerte.

Y *él* era ahora *uno de ellos*.

Se estremeció y miró a la hembra atada a todas esas máquinas. Si ella estaba aquí y luchando todavía, era porque esos hombres la habían trasladado a tiempo. No podía sino estar agradecido por ello.

—No puedo perderte… —La voz se le quebró, pero ahí estaban las palabras, saliendo por fin—. Por Dios, Liz, no puedo seguir adelante sin ti… No puedo. No podré enfrentarme a esto… a lo que soy si no estás a mi lado para gritarme como siempre. Joder, Lizzy. ¡Joder! —Bajó la mirada a sus propias manos y apretó los dientes—. ¿Esto es en lo que me he convertido? ¿En un paria?

Serena se movió en su regazo, se enderezó y esas manos vendadas volvieron a cogerle el rostro. Sus ojos se encontraron con el de ella y vio la verdad que había allí.

—Eres Maroon Breiner. Eres mi amigo, mi hermano, mi familia —le dijo con voz dura y firme—. Y quien se atreva a decir lo contrario, se va a llevar una patada en el culo que lo mandará al otro lado del país. Unos ojos rojos no van a cambiar eso. Te conozco y ella también. Te necesitamos aquí, *Mar*. Elizabeth y yo te necesitamos ahora más que nunca. Nosotras tampoco podremos superar esto si no estás tú. Ya he perdido a Evan y a Kilian… No quiero perder a nadie más. No quiero.

Abrazó a su amiga. Era todo lo que podía hacer en ese momento para darle un consuelo que él también necesitaba. Se quedaron así, juntos y en silencio, apoyándose mutuamente y esperando a que la mujer que dormía en aquella cama decidiese despertar, cuando una repentina alarma se encendió en algún lugar de aquella área médica.

Un segundo después escucharon voces y lo que parecía imposible sucedió.

—Cuidado… Su estómago…

—Por todos los…

—¿Es él? ¿Está vivo?

—¿Kilian? ¡Oh, Dios mío!

Ambos se incorporaron y se miraron con absoluta incredulidad, pero la confirmación no tardó en llegar. La emergencia médica que se había activado era por el joven vampiro que llevaba ya una semana desaparecido.

CAPÍTULO 38

Horas después…

—¿Bast?

Sebastian levantó la cabeza y se encontró con los ojos marrones de Alex. El médico tenía el pelo castaño revuelto, sin duda de haberse estado pasando las manos a través de él. Se había quitado la bata de cirugía y entró en la sala visiblemente agotado. No le sorprendía. Llevaban esperando varias horas a tener alguna noticia sobre el joven vampiro. El chico había entrado a quirófano nada más llegar.

—¿Cómo está? —Sabía que el hijo de Samuel Murphy no se andaría por las ramas, no con él, al menos.

Echó un vistazo a la puerta abierta detrás de él y Nix se adelantó para cerrarla, dejando al humano a solas con los *Nocturna* y el jefe de la colonia.

—Esos hijos de la gran puta…

Sus palabras ya le dieron una indicación de lo que iba a venir a continuación.

—¿Qué era? —Nix fue directo, como siempre.

El humano lo miró, sacó el teléfono del bolsillo de la bata, lo activó y se lo pasó al *nocturna*. El siseo y el consiguiente exabrupto de su camarada no hicieron más que ensombrecer su humor. Este le dio el aparato a Elijah. Él lo contempló en silencio antes de finalmente dar un paso adelante y mostrárselo.

—Tendría que examinarlo para asegurarme, pero creo que estamos hablando de una especie de explosivo con una posible activación en remoto.

—¿Una bomba? —El *Lore* de la subterra palideció. Dio un paso adelante y miró también la pantalla—. Cristo. Sacad esa cosa de aquí. ¡Ahora!

Sebastian asintió y Nix desapareció al momento por la puerta.

—¿Qué está pasando, Bast? —Alex se lo quedó mirando—. Esto… —Señaló el teléfono con un gesto cansado—. Esto no tiene ningún sentido. ¿Estamos seguros de que quienes han tenido retenido a ese chico son los mismos que han estado causando las infecciones y…?

—Lo son —afirmó interrumpiéndole. Entendía que el humano desconfiara. Jamás le

habían traído nada ni remotamente parecido, pero tanto él como los demás *nocturna* presentes sabían a lo que se estaban enfrentando. Lo habían olido en el ambiente, en la ropa del chico, en esas malditas grapas que le cerraban el estómago desde el ombligo hasta casi el esternón.

—Es un puto milagro que no lo hayan matado al meterle… *eso* —escupió Alex. Estaba realmente cabreado, lo que viniendo de alguien con tanto autocontrol, decía mucho—. Si hubiese sido un humano… Estaríamos hablando ya de un cadáver.

—¿Has encontrado algo más? —preguntó, devolviéndole el teléfono.

—Tejido cicatrizado, algunas zonas externas quemadas… Diría que por electricidad, pero ninguna sorpresa igual de desagradable que la que ocultaban las grapas. —Su tono fue bajando, haciéndose más y más oscuro—. Y Bast, la mayoría de esas… cosas, incluida la cirugía, le han sido practicadas en las últimas horas.

Tuvo que apretar los dientes y respirar hondo para mantenerse en el lugar. Joel, pendiente como siempre de su estado, le posó la mano en el hombro, calmándolo.

—Y puedo confirmar lo que ya os ha dicho Kynan —continuó el médico—. No hay ningún rastro de infección en su sangre.

—Gracias al cielo.

—Entonces, ¿escapó como dice que hizo o lo dejaron escapar? —La pregunta de Elijah se hacía eco de la que él mismo no había dejado de hacerse desde que lo encontraron.

¿Cómo había llegado hasta el parque? ¿Quién lo había llevado hasta allí? Si le habían puesto una bomba, ¿por qué no hacerla explotar en el momento en que ellos aparecieron? ¿Esperaban algo más? Miró a su alrededor y frunció el ceño. Las colonias subterráneas contaban con un sofisticado sistema que inhibía cualquier señal electrónica que no estuviese configurada dentro de sus sistemas. Si esa cosa era controlada a remoto, no habrían podido activarla ni queriendo.

—¿En qué piensas? —inquirió Joel.

—En que hay demasiadas cosas que no encajan, muchos frentes abiertos y un nombre que ni siquiera debería estar en la mente de ese muchacho —aseguró. No tuvo que decir nada más, porque todos recordaban lo que había balbuceado el chico, al que mencionó—. *Neron* está muerto.

O eso es lo que había creído todo este tiempo. El *nocturna* era uno de los que se habían quedado atrás, junto a su propio padre, para contener a Varys de modo que él pudiese llevarse a *La Sanguia* y sacar a todos los vampiros de allí. Ninguno de los dos había sobrevivido. Ese hijo de la gran puta se había encargado de restregárselo tiempo después, la noche en la que intentó secuestrar a Alice.

Y, si de pura casualidad ese hombre estaba todavía con vida, ¿por qué no se había reunido antes con él? ¿Por qué no había vuelto con ellos? Tenía que ponerse en lo peor y suponer que

Varys quizá hubiese conseguido convertirlo, que ya no fuese uno de los suyos, sino un *nosferu.*

Cristo. Esperaba que no. El poder de ese *nocturna* había sido aterrador.

—Si el cabronazo hubiese tenido ese poder en sus manos, ¿piensas que no lo habría utilizado ya para destruirnos? —La voz de Joel volvió a aportarle claridad. Miró a su hermano de armas y asintió agradecido.

—Nos habría borrado del mapa y conseguido lo que quiere hace mucho tiempo —confirmó con un resoplido.

—Tienes que hablar con el chico. —Señaló Elijah—. Es la única manera en que podemos salir de semejantes dudas.

—Acaba de salir de una jodida cirugía —advirtió Alex—. Lo voy a tener en observación las próximas horas, así que ni se os ocurra…

—Tal y como están las cosas, no podemos darnos el lujo de retrasarlo. —Kynan se había mantenido en silencio hasta el momento, pero dio un paso adelante—. Si han pasado de intentar infectarnos a meternos una jodida bomba en el cuerpo, quiero saber quién lo ha hecho y matarlo con mis propias manos. —Bueno, y eso viniendo del *Pacificador* era malo, pero que muy malo, pensó Sebastian mirando a su compañero.

—Tiene razón —afirmó Elijah. Uno tras otro asintieron en respuesta, incluso Nix, que volvió y le confirmó con un gesto que ya se había deshecho de aquella cosa.

—Si Neron está ahí fuera, tenemos que dar con él, Bast —añadió Joel.

Joder, ¿cuándo se habían complicado tantísimo las cosas? Hacía tan solo unas cuantas horas estaba disfrutando de su tiempo con Victoria y ahora, ahora juraría que estaba viendo llegar cabalgando a los cuatro putos jinetes del apocalipsis.

—Esto no puede esperar, Alex. Necesitamos respuestas y él parece ser el único que las tiene —le dijo al médico—. Si está en condiciones de hablar, lo que nos diga puede ser clave para resolver todo esto y dar con los culpables.

El humano lo fulminó con la mirada, dejando claro que no estaba de acuerdo, pero al mismo tiempo sabía que todos buscaban respuestas. Estaban dando palos de ciego y había un muchacho muerto y tres jóvenes vampiros que merecían ser vengados. Todos estaban de acuerdo en una cosa: el responsable detrás del ataque debía pagar con su propia vida.

—Kynan y tú. No quiero a nadie más en la habitación.

Asintió aceptando esa pequeña victoria. Era mejor que nada.

—Tenéis cinco minutos. Si se altera, os largáis. —Los señaló a ambos con el dedo, marcando las normas—. ¿Os queda claro?

—Como el agua —confirmó. Bast se volvió entonces hacia Elder, el líder de la colonia.

—Voy a notificar a su padre que ha aparecido —le dijo el *Lore.* El muchacho era su sobrino y había decidido mantener su llegada en secreto hasta que confirmasen que estaba bien.

Al igual que muchos, habían dado por muerto al chico y el que apareciese ahora en semejantes circunstancias. Sí, mejor ser precavido.

—Hazlo —confirmó y se volvió hacia sus chicos—. Nix, Eli… Comprobad el perímetro de la subterra. Que no os vean.

Nix asintió y, con un toque en el hombro de su compañero, ambos abandonaron la sala.

—Joel… —No fue necesario que dijese nada más. Su hermano captó el mensaje al instante.

—La traeré a casa.

Sería lo mejor. Después de lo que había visto esta noche, no quería a su mujer lejos de él, sobre todo en las horas diurnas, cuando no podía llegar a ella en caso de necesidad.

Kynan y él salieron entonces en pos de Alex, quien se trasladó al área médica. Sebastian sintió casi de inmediato ese cosquilleo de alerta y, a juzgar por la mirada de Kynan, no había sido el único. Ambos habían clavado los ojos en la habitación de la esquina. Haciéndole un gesto a su compañero para que continuase, cambió de dirección y se acercó a la entrada cuya puerta estaba abierta. Se detuvo en el umbral. El joven *Nocturna* estaba sentado en una butaca al lado de la cama de hospital en la que yacía la hija de sangre de la colonia. La chica seguía luchando para mantenerse en el mundo de los vivos.

Volvió a posar su atención sobre Maroon Breiner. El muchacho temblaba como una hoja, aunque no estaba seguro de que se diese cuenta de ello. Tenía los ojos cerrados y la cara demacrada. Cada uno de sus estremecimientos parecía encadenar otro y otro, dejando claro lo que le ocurría; estaba lidiando con el despertar de su don.

Como si hubiese presentido su presencia en ese mismo instante, los ojos del chico se abrieron y levantó la cabeza de golpe, la mirada clavada en su dirección. Eran rojos, de un intenso carmesí, y el borde estaba coronado por un círculo más oscuro. Tardó en enfocar. Le llevó un par de parpadeos, como si se acabase de despertar y su cerebro no hubiese procesado todavía la imagen que veía.

—*Lore* Sebastian… —El instinto lo llevó a ponerse en pie con obvio esfuerzo y pesadez, así que lo detuvo con un gesto de la mano.

—Quédate sentado, hijo.

—Kilian… —Los ojos del muchacho se abrieron un poco más y el temor cruzó su mirada —. ¿Él está…?

—Está vivo. —Lo tranquilizó. Los chicos se habían enterado de la aparición de su amigo, salieron al paso y al médico no le quedó otra que volver a instarlos a regresar a sus habitaciones. Todavía estaban convalecientes.

—Él… está… —¿Infectado? Pudo verlo en sus ojos, en la agonía que había en ese rostro. El chico estaba devastado, era incapaz de ocultar o disimular nada en esos momentos.

—Está limpio —confirmó y entró en la habitación al tiempo que le señalaba con un gesto la nariz. Cogió una caja de pañuelos y se la tendió—. Si luchas contra ello, te sangrará algo más que la nariz.

Entre sorprendido y azorado, ya fuese por su cercanía o por el inesperado gesto, cogió la caja de sus manos y se encargó de la breve hemorragia. Bast aprovechó entonces para darle la espalda y mirar a la chica. La humana estaba demasiado pálida. Aparentemente, parecía estar descansando, pero todos esos monitores y las vías que salían de ella evidenciaban la gravedad de su estado.

Dios. Iba a matar al cabrón que lo había hecho.

Luchando con sus propias emociones, intentó componer su expresión más tranquila al girarse y mirar de nuevo al chico.

—¿Cómo te encuentras? Más allá de lo evidente —preguntó, señalando lo que cualquiera vería al mirarle.

—¿La verdad? No lo sé —admitió el nuevo *nocturna*—. No entiendo cómo… Cómo he llegado a esto.

—Superaste el *Ascenso* antes de tiempo y bajo unas circunstancias que, por lo general, habrían causado la muerte de cualquier vampiro. —Se limitó a mencionar. No había una respuesta para lo que él estaba preguntando. Al menos, él no la tenía—. Eres especial, sin duda.

Él levantó de nuevo la cabeza y sus ojos se le clavaron como ascuas ardientes.

—Especial… —No tenía fuerzas ni para ser sarcástico—. Claro. Y supongo que esa especialidad hace que estéis ahora aquí para decirme que debo unirme a vuestra… comunidad.

—Estoy aquí para averiguar quién os ha hecho esto y hacerle pagar con su propia vida. —Fue la única respuesta que tenía para él—. Ya no eres un niño, no solo porque hayas ascendido, sino porque has sido capaz de enfrentarte a algo que muchos adultos no habrían sido capaces de superar. Sí, ahora eres *nocturna* y espero que eso sea para ti un nuevo camino a seguir y no una carga. Pero esa será tu decisión. Cada uno de los pasos que vayas a dar a partir de ahora, tendrás que decidirlos tú, Maroon.

Sus palabras sorprendieron al chico.

—Pero…

Levantó la mano, interrumpiéndolo.

—Si deseas quedarte en *Lake Zurich*, puedes hacerlo. —La sorpresa amplió los ojos rojizos—. Si deseas venir a *La Nocturna*, tendrás un lugar allí. Ahora, sin embargo, lo primero es que te repongas completamente. Ya habrá tiempo para pensar en tu futuro.

Sebastian inclinó la cabeza a modo de despedida y se dio la vuelta para seguir su camino, pero las siguientes palabras del chico lo detuvieron antes de cruzar el umbral.

—¿Qué le han hecho a Kilian?

No podía decirse que le sorprendiese la pregunta, no cuando ese muchacho, al igual que los otros, había visto de primera mano de lo que eran capaces los *nosferu*.

—No quieres saberlo… —Desde luego, nadie querría oír algo tan perturbador y podía ahorrárselo al muchacho.

—Es mi primo, *Lore*. Mi familia —insistió.

—En ese caso, quédate a su lado y apóyale —sugirió volviéndose hacia él—. Apoyaos los unos en los otros y deja que yo me encargue de todo lo demás.

El vampiro bajó la mirada solo un segundo, entonces volvió a levantarla y pareció un poco más estable.

—Había… Tres de ellos —mencionó con voz bastante estable dadas las circunstancias—. Dos cayeron… Evan acuchilló a uno de ellos en el ojo justo… justo antes de que le partiese el cuello. —La voz se le quebró un instante, pero logró sobreponerse y continuó—. Kilian… Kilian lo remató justo después. Yo… yo maté al segundo…, pero el tercero… Esa cosa era distinta a los demás… —Su mirada vagó sobre la chica inconsciente—. Se la sacó de encima como si fuese una hoja de papel. Su mirada… Parecía uno de nosotros, pero ahí no había nada. Estaba impertérrito. Iba a matarla, a matarnos a todos… —Sacudió la cabeza y acto seguido la hundió entre las manos—. Y Kilian… A él se lo llevaron. Se lo llevaron delante de nuestras narices… Oh, Dios. Quiero que pague… quiero verlo muerto por lo que hizo.

Sebastian retrocedió sobre sus pasos y se quedó frente al chico de nuevo. Esta vez se acuclilló ante él y le aferró los hombros con las dos manos. Su rostro abandonó el abrigo de las manos y lo miró; había lágrimas bañándole la cara.

—Pagará por sus crímenes, Maroon, tenlo por seguro.

Con eso, lo atrajo hacia él y lo abrazó. El chico rompió a llorar, dejando claro que solo era un niño asustado, un vampiro demasiado joven que había visto su vida truncada en un abrir y cerrar de ojos y que no tenía ni idea de cómo lidiar con todo.



Momentos después…

Sebastian salió de la habitación del joven vampiro con una sed de sangre que nada tenía que ver con su propia hambre y sí con la necesidad de desmembrar a esos malditos hijos de puta.

Niños. Habían atacado a un puñado de jóvenes cuyo único crimen fue el de salir a disfrutar de una noche de fiesta con sus amigos. Estaban celebrando un cumpleaños, ¡joder! Y esos malditos desgraciados se cruzaron en su camino truncándole las vidas.

¿Y lo que le habían hecho a ese joven vampiro? Lo habían torturado, utilizaron su cuerpo como un jodido recipiente y el chico ni siquiera recordaba que hubiese ocurrido algo así.

Se detuvo cuando estuvo lo suficientemente lejos del lugar y se apoyó contra la pared, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Kilian había hecho un relato estremecedor. Incoherente a ratos, en el que parecían faltar piezas, unas de las que él no tenía constancia, pero que su cuerpo había revelado durante el examen y la posterior operación. Ese crío no tenía la menor idea de que lo habían abierto y rellenado como a una piñata. No recordaba haber estado en una mesa de operación, ni que alguien se le hubiese acercado con un bisturí y mucho menos con una jodida pistola de grapas.

¿Qué mierda estaba pasando?

Lo que él recordaba y de lo que habló fue de un lugar oscuro y húmedo, de dos filas de jaulas con barrotes de hierro y de una huida que tenía visos de alucinaciones y partes de posible realidad.

No había estado solo allí dentro. Había visto humanos y también a otros vampiros, aunque todos ellos habían muerto de una manera u otra. O eso pensaba. Solo tenía un recuerdo más o menos claro de un presunto cazador infectado, alguien importante por alguna razón que no recordaba y de un vampiro con problemas mentales; un *Nocturna*.

Ojos rojos con pupilas blancas. Grande, pero desnutrido. Se comía a las ratas, había dicho. Y canturreaba incoherencias o lo había hecho hasta el momento de su huida. Él había hecho desaparecer los barrotes. ¿Una nueva alucinación, quizá? Les dijo que ese presunto *Nocturna* había freído a uno de sus carceleros, uno de los que torturaba a los prisioneros con una barra con la que proporcionaba descargas eléctricas. Y entonces, abrió la puerta de la celda y lo sacó de un empujón, haciendo que apareciese al momento en el parque en el que lo habían encontrado.

Estaba claro que alguien había abierto una brecha de paso, lo que daba veracidad al relato del presunto *nocturna*. Pero ¿ese en particular?

Neron.

Había dado por hecho que el antiguo vampiro había muerto en el *Viejo Mundo*, que había sido uno de los que había caído cuando se enfrentó a Varys.

¿No había sido así?

El solo pensamiento de que pudiesen estar ante otra de esas malditas mutaciones le ponía

los pelos de punta.

—Mierda —rezongó, pasándose ambas manos por la cabeza.

—Bast. —Kynan se reunió con él en el pasillo.

—Esto es una gran mierda —incidió sobre lo mismo y miró a su compañero—. Lo que ha dicho ahí dentro…

—Para él es real. Todas y cada una de las palabras que salieron de su boca, para él son reales —confirmó el *nocturna*—. Está claro que han manipulado su mente y ha tenido que ser alguien lo bastante poderoso para…

—Sabemos quién es así de poderoso. —Dios. Quería matar algo.

—Las heridas, las marcas de quemaduras, las descargas eléctricas… —enumeró su amigo —. Las pruebas están en su cuerpo. Todo eso sucedió.

—¿Un *nocturna* de ojos rojos y pupilas blancas? —Dio las señas que el chico había dado, unas que no debería saber. Solo un puñado de vampiros conocían ese rasgo físico en cuestión y la mayoría estaban ya muertas y hacía siglos que eran polvo.

—Me ha sorprendido tanto como a ti.

—Joder… —Se volvió y le pegó una patada a la pared por pura frustración—. ¡Joder!

—¿Ahora vamos a echar la subterra abajo a patadas?

La voz de Elijah hizo que se volviese hacia el otro lado del pasillo para ver regresar a sus dos camaradas. Nix ladeó la cabeza y enarcó una ceja al verlo de semejante humor.

—Hemos hablado con el chico y existe la posibilidad de que lo que dijo sobre Neron sea verdad. Que él siga con vida.

—*No. Me. Jodas.* —Elijah, siempre tan elocuente.

—¿Después de tanto tiempo? —Nix parecía escéptico al respecto—. ¿No será alguna clase de engaño?

—Podría serlo. —Tenían que valorar también esa posibilidad—. Pero hasta que podamos comprobarlo, va a comerme vivo por dentro.

Y no solo a él. Esta información debía guardársela de momento para él, hasta que pudiese estar completamente seguro de su veracidad.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Nix.

—Alex nos ha echado de una patada tan pronto como dio por concluido el interrogatorio —anunció Kynan—. Se acabaron las visitas por hoy.

—¿Su vida sigue en riesgo?

—Es joven y fuerte. Alex tiene esperanzas de que, dada la genética vampírica y sus tiempos de recuperación, acabe superando este trance, al menos a un nivel físico —mencionó Kynan.

—Primero sanar el cuerpo y luego ya veremos qué hacemos con la mente —chasqueó

Elijah—. Putos *nosferu*. Esto se sale fuera de todos los parámetros, tíos, esto está en otra órbita.

Todos asintieron en mutuo acuerdo.

El sonido de un mensaje entrante en su teléfono rompió el silencio que cayó sobre ellos. Sebastian lo sacó del bolsillo y lo miró. Era de Joel.

«Tu Primada está en casa. Sana y salva. Anna la va a cebar como a los cerdos con toda la comida que ha puesto sobre la mesa».

Los labios se le curvaron solos y sintió un inmediato alivio.

—Deberíamos dar por terminada la jornada y retirarnos. El amanecer ya está a las puertas y no vamos a poder hacer nada más por hoy. —Las palabras de Elijah fueron secundadas por gruñidos de sus compañeros.

—Ve con ella. —Kynan le puso la mano sobre el hombro y asintió cuando lo miró—. Me quedaré aquí esta noche. Quiero asegurarme de que el chico está bien.

Asintió, le devolvió el gesto con una palmada y miró a sus compañeros.

—*Nocturna* —gesticuló con la cabeza hacia el pasillo—. A casa.

No necesitó decir nada más. Nix abrió la brecha allí mismo y, uno detrás de otro, abandonaron la colonia para volver a su propio territorio.

CAPÍTULO 39

La Nocturna
Bucktown
Chicago

Victoria se sentó a la mesa sintiéndose extraña. Estar de vuelta en *La Nocturna* y sin Sebastian la hacía sentirse fuera de lugar. Y, desde luego, no era porque tanto Anna como Joel no estuviesen siendo de lo más amables.

Cuando vio llegar al amigo de su novio a última hora de la noche, no pudo evitar pensar que algo iba mal. El *nocturna* la tranquilizó diciéndole que la ausencia de Bast se debía a que había aparecido el joven vampiro que estaban buscando y se estaba encargando de todo. Su novio le había pedido que la recogiese y la trajese a casa.

Miró el plato frente a ella y el reloj de pared antiguo que marcaba la hora exacta. Llevaba haciendo aquello durante más o menos los últimos treinta minutos.

—Llegará enseguida. —La voz de Joel la llevó a levantar la cabeza y mirarle. El vampiro le estaba haciendo compañía, aunque apenas se dedicó a picotear de aquí y de allí—. La última comida es sagrada en esta colonia. Anna nos mata si no estamos sentaditos a la mesa como buenos chicos antes del amanecer. Aunque imagino que para ti, más que la cena, sería como un desayuno muy tempranero.

—Dudo que pudiese meterme nada de esto a la hora del desayuno —mencionó y miró la cantidad de bandejas dispuestas. La guardesa de subterra había estado entrando y saliendo, disponiendo la comida sobre una mesa auxiliar como si se tratase de un bufé.

A ella le había servido una pequeña selección para que fuese *«picoteando»*. Gracias a Dios que el vampiro que la acompañaba se había unido a dicho picoteo.

Joel esbozó una breve sonrisa y levantó el teléfono que tenía entre las manos.

—No te preocupes. Lo que no te comas tú, se lo comerá Bast —afirmó—. Le he enviado un mensaje para avisarle que ya estabas en casa, así que estará al caer de un momento a otro con toda la tropa.

—¿Le has enviado un…?

No llegó a terminar la frase, pues un coro de voces les llegó desde el pasillo. Las puertas del comedor estaban abiertas y no tardaron en atravesarlas los habitantes de la casa.

—¿Qué te había dicho? —Le guiñó el ojo y se volvió con gesto teatral hacia los recién llegados—. Ya te vale, tío. Mira que obligarme a hacerte de niñera.

—Te sienta bien el papel. —La voz de Sebastian fue como una caricia. De repente, toda la tensión que tenía se esfumó y, cuando se giró en la silla, se encontró con esos ojos carmesí clavados en ella. Le dedicó una perezosa sonrisa de lo más sexy mientras se inclinaba sobre el respaldo de su silla y resbalaba un dedo bajo su barbilla—. Merece la pena volver a *La Nocturna* sabiendo que estás aquí para recibirme. Perdóname. Quería haberte recogido yo mismo, pero las cosas se han complicado.

—Joel me ha puesto al tanto —asintió, sintiendo mariposas en el estómago tan solo con escuchar su voz—. Me alegro de que lo encontraseis.

—Yo sí que me alegro… —mencionó bajando sobre su boca—, pero de haberte encontrado a ti.

El beso fue dulce y no precisamente inocente. Se tomó su tiempo, acariciándole los labios

con la lengua antes de penetrar entre ellos y saborearla con delicadeza.

—Ver para creer, ¿eh? —reconoció la voz de Joel y la risa en esta.

—No me jodas. Si nos lo han cambiado —dramatizó Elijah, igual de divertido.

Bast se separó de sus labios y gruñó. La mirada que les dedicó a ambos fue fulminante, pero solo consiguió que se rieran a carcajadas.

—No, sigue siendo el mismo capullo irritante de siempre —se retractó el vampiro con una amplia sonrisa que dejaba a la vista sus colmillos.

—Al 100%.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —resopló él al tiempo que la rodeaba y se deslizaba en la silla contigua a la suya.

—No. —Esta vez fue Nix el que habló. El tipo acababa de entrar en la habitación—. *Buen alba*, Victoria.

—Buen… ¿Alba? —repitió, imitando el extraño saludo.

—Temo que nuestros horarios difieran bastante de los tuyos. —Elijah salió en su ayuda—. Terminamos la jornada, cuando la mayoría de los humanos la comienza.

Asintió. Lo comprendía perfectamente, sobre todo teniendo en cuenta cómo les afectaba a ellos el tema del sol.

—Imagino, entonces, que vuestras jornadas son más largas en los meses de otoño e invierno que en primavera y verano —comentó mirando a su alrededor. Al momento se dio cuenta de que faltaba alguien—. ¿Y Kynan? —Miró de manera fugaz el reloj y frunció el ceño —. Si he entendido bien, todos soléis estar en *La Nocturna* antes del amanecer. Es algo así como una regla no escrita por… obvias razones.

Hubo unas cuantas inesperadas y contenidas sonrisas, así como miradas cómplices entre los hombres.

—Ky se ha quedado en la colonia para vigilar al muchacho que encontramos —le informó Sebastian, señalando casi al mismo tiempo su plato—. Vamos, cena. No deseo interrumpirte.

—No me interrumpes. He picoteado de todo y estoy llena —admitió al tiempo que señalaba la mesa—. Anna ha hecho comida para un ejército.

—Ese seríamos nosotros, chica —mencionó Elijah sentándose a la mesa—. Tenemos un buen apetito.

Nix corroboró su comentario sentándose a continuación del *nocturna*. Esos dos parecían ser bastante cercanos.

—Entonces, ¿el chico está bien?

La sombra que cruzó los ojos de Bast fue fugaz, pero no le pasó por alto. Incluso su tono cambió al responder con una amable afirmación.

—Se pondrá bien.

Vale. Tema espinoso. Un rápido vistazo en torno a la mesa le dejó claro que sería mejor no hacer más preguntas. No era algo que le competiese, después de todo, aunque el hecho de ver a Sebastian así de afectado la inquietaba.

Después del interludio que habían tenido tras la puesta de sol, de las conversaciones compartidas y de haber dado voz a sus respectivos sentimientos, verle ahora tan comedido, puramente educado, la hacía sentirse insegura.

Los hombres se dedicaron a disfrutar de la cena a partir de ese momento. Intercambiaron algunos comentarios y hablaron entre ellos. Sebastian, por su parte, se limitó más bien a picotear y asegurarse de que ella seguía a su lado con pequeñas caricias y miradas.

—¿Estás bien? —Tori posó la mano en su pierna para llamarle la atención. Esos bonitos ojos carmesí la miraron, pero parecían algo más apagados que de costumbre—. ¿Bast?

Su expresión cambió gradualmente. Se volvió más suave y cariñosa. Le cogió la mano que había posado sobre el muslo y se la llevó a los labios, besándole los dedos.

—Ahora sí. —Fue una admisión extraña, pero dicha en un tono y bajo una mirada que le provocó un escalofrío de placer—. Ha sido una jornada… complicada.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó en voz baja, no quería ser indiscreta, ni tampoco molestar a nadie más.

Su respuesta fue echar la silla atrás y levantarse, tirando al mismo tiempo de ella.

—*Buen descanso.* —Anunció él sin mirar a nadie más. Sus ojos estaban fijos en ella.

—Eso ha sido rápido. —Joel tosió, intentando enmascarar una risita.

—Como el rayo —afirmó Elijah igual de contenido.

A Tori no le quedó otra que repetir apresurada aquella fórmula de despedida cuando se vio prácticamente arrastrada hacia la salida.

—¡*Buen descanso* a todos!

Las risas y las voces de los hombres los acompañaron hasta que salieron de la zona común y se internaron en el acceso que daba a la suite privada de su novio. Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegaron a su puerta, este abrió y la empujó con suavidad, haciéndola cruzar el umbral. La hoja no había hecho más que cerrarse a su espalda cuando Bast introdujo las manos en su pelo y le sujetó la cabeza mientras reclamaba su boca.

Fue un beso ardiente, lleno de deseo y necesidad, pero también de una fragilidad inesperada por parte de él. Habiendo estado antes en sus brazos, le pareció que se estaba conteniendo, que había algo que lo refrenaba.

—Sebastian… —Musitó su nombre cuando sus bocas se separaron. Acabó con sus manos sobre el ancho pecho, apoyada en él y buscando sus ojos—. ¿Qué pasa?

—Ha sido una noche de mierda, Victoria. No quiero… traer todo eso aquí. —Su franqueza tenía más que ver con el hombre que empezaba a conocer bien, así que aprovechó sus palabras

para tirar de él.

—¿Sabes? No soy de las que se escandaliza por cualquier cosa —le dijo y señaló lo obvio —. Mírame. Estoy aquí, en brazos de un vampiro de verdad y todavía no he perdido la cabeza.

—Hay peores cosas ahí fuera que yo, créeme.

—Dado que he sido atropellada brutalmente por una de ellas, no me estás diciendo nada que no sepa —replicó con total naturalidad—. Los monstruos pueden aparecer bajo muchos disfraces, Bast, y no todos lo parecen.

Él se la quedó mirando a los ojos, como si buscase algo y pronunció tres palabras que no pensó escuchar jamás saliendo de su boca.

—Yo estuve allí.

—Allí, ¿dónde? —No creía entender a qué se refería.

Él se echó hacia atrás, rompiendo su contacto, y se pasó una mano por la cabeza.

—Esa noche. En Joliet. Cuando aquel todoterreno te invistió, yo estaba allí. —A medida que las palabras salían de su boca y ella comprendía su significado, se fue quedando sin respiración. Su mirada cayó de nuevo sobre ella, clavándose en la suya—. Estábamos buscando a uno de los nuestros. Una de las colonias había notificado la desaparición de un vampiro en las inmediaciones de Joliet. Esa noche salimos a patrullar por la zona y detectamos la presencia de los *nosferu*. Alcanzamos a ver el vehículo que salía a toda velocidad, impactando con algo… y se detenía a los pocos metros.

Tori trastabilló, abriendo los ojos de par en par.

—Lo vimos bajar del vehículo. Era un *nosferu* y parecía tener la intención de regresar sobre sus propios pasos. No entendimos qué estaba haciendo hasta que se detuvo delante de un cuerpo tendido en el suelo.

Se estremeció. Las palabras se iban filtrando poco a poco en su mente, componiendo una imagen que ella desconocía. No podía recordar nada de aquello, ni mucho menos la presencia de Sebastian o de cualquier otro.

—¿Qué…? —Solo podía balbucear. No era capaz de componer una frase a pesar de que su cerebro iba a toda velocidad, haciendo mil y una de preguntas—. No… no lo entiendo. ¿Viste…? ¿Viste quién me atropelló?

El asentimiento que le dedicó fue suficiente para arrebatarle completamente el aire de los pulmones.

—En cuanto se dio cuenta de que estamos allí, intentó huir… —Negó con la cabeza y posó la mano sobre su mejilla, mirándola a los ojos—. Elijah y Nix fueron a por él y le dieron caza. Mataron a ese bastardo.

Abrió la boca tan solo para coger aire y estiró ambos brazos para aferrarse a él y poder mantenerse en pie, porque todo le daba vueltas.

Muerto.

Quien la había atropellado. Estaba muerto.

—Cuando llegamos junto a ti, estabas agonizando. Te morías. —Sus palabras fueron tan impactantes que se sintió desfallecer. Las piernas dejaron de funcionarle, empezó a tambalearse y habría terminado cayéndose si su *nocturna* no la hubiese sujetado.

—Dios mío… —Fue todo lo que acertó a decir. Ella no recordaba nada de aquello. Jamás había tenido una sola pista de lo que había pasado en realidad.

—Sentía la extraña necesidad de quedarme junto a ti, de asegurarme que no te ibas sola… —Su admisión fue igual de impactante que el relato que estaba revelándole—. Fue… No sé cómo explicarlo. No era lo normal para mí. Y esa noche tenía una misión. Llegamos allí buscando a un joven vampiro que llevaba unos días desaparecido. Esperábamos encontrar su cuerpo o bien… liberarlo de su sufrimiento.

Le sostuvo la mirada. Estaba intentando comprender, juntar las piezas, pero le resultaba difícil, sobre todo porque no podía dejar de pensar en que el responsable de su accidente estaba *muerto.*

Y joder, ¡no era humano!

Si se lo hubieran dicho entonces, no les habría creído. Habría pensado que le estaban tomando el pelo, pero ahora… Después de lo que había visto, de lo que tenía delante…

Sebastian continuó ajeno a sus pensamientos.

—Lo encontramos en las instalaciones de la vieja prisión. El cabrón que te atropelló lo había infectado y… Lo que allí había ya no era un vampiro —continuó él con voz dura, lejos ya la empatía que había en su voz al hablar de ella—. No pudimos hacer nada por los humanos que había allí…

—Oh, Dios mío… —Tori sintió que se le congelaba la sangre en las venas.

—Nos encargamos de nuestra tarea y… Debería haberme marchado, entonces, pero volví a dónde estaba esa mujer y me quedé allí, mirándola… No podía… irme. —Le revisó el rostro, como si quisiera asegurarse—. Era a ti a quien miraba. Sabía que ibas a morir, la muerte estaba a tu lado y… No sé por qué, pero no me agradaba la idea de que murieses allí sola…

Se dejó ir. No tenía fortaleza para seguir en pie y permitió que Bast la trasladara al sofá, sentándola y arrodillándose delante de ella, aferrando una de sus manos en las de él.

—Entonces llegaron los *Sangre Liberta.* —Una vez más su tono cambió y había algo incómodo, desagradable, como si el solo hecho de pensar en lo que iba a decir ahora lo incomodase—. Los cazadores humanos debían estar rastreando lo mismo que nosotros. Si me quedaba, tendría que enfrentarme a ellos y eso nunca es buena idea. No quería irme, pero lo hice. —Arrugó la nariz y sus colmillos asomaron en el proceso—. No volví a pensar en lo sucedido esa noche hasta que te vi detrás de la barra del bar y te reconocí. *Estabas viva*. La mujer humana

a la que vi en brazos de la muerte estaba viva y me miraba directamente.

Sacudió la cabeza.

—Toda la mierda de hoy me recordó esa noche —admitió con un profundo suspiro—. Lo que le hicieron a esos chicos, el ver a Elizabeth tumbada en esa cama… Me acordé de la chica que se estaba muriendo a mis pies… De lo que *él* les estaba haciendo, no solo a mis vampiros, sino a todas las personas indefensas que hay ahí fuera. —Su agarre se hizo un poco más fuerte, llegando incluso a dolerle la mano—. Si te pasara algo… Si ahora que te he encontrado, te pierdo de esa manera… Creo que enloquecería. Ya no puedo imaginarme otra forma de vivir que no sea esta, contigo aquí, al alcance de mi mano. Que la de llegar a casa y ver que estás ahí, sentada a la mesa, esperándome. Recuerdo aquel momento, sabiendo ahora quién eras, lo que eres para mí y… Solo deseo haber sido yo quien destrozó a ese bastardo.

Se estremeció por la rabia que escuchó en la voz de su *nocturna*, una visceral y que sabía venía de muy atrás.

—Nadie… Nadie lo encontró. Nadie sabía… No… Nadie… —susurró, consciente de su tartamudeo, de la dificultad que tenía para hilar las palabras, para dar voz a sus pensamientos, pues su incredulidad iba casi a la par del alivio que ahora la embargaba—. Nadie pudo decirme jamás quién hizo aquello o por qué. Era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra… —Cerró los ojos con fuerza y luchó contra las lágrimas que amenazaban con verterse, lágrimas de puro alivio—. Esperaba que algún día… se hiciese justicia, pero… nadie conocía su identidad y no podían asegurarme que no volvería e intentaría hacerlo otra vez…

—Está muerto, Victoria. —Esas manos grandes, callosas, le cogieron el rostro y vio la verdad en los ojos que la miraban, que le aseguraban que era una realidad—. Ese malnacido murió esa misma noche. Lo juro.

Asintió. Le creía. Claro que le creía.

—Nunca he podido recordar nada de aquella noche —continuó ella. Se lamió los labios, saboreando sus propias lágrimas, notando la voz cada vez más temblorosa—. Solo conservo una sensación de miedo atroz, de frío, pero incluso eso no tiene sentido sin un recuerdo, una imagen que lo ancle. A veces… A veces sueño, pero no son más que *flashes* y no consigo hacerme una imagen completa de esa noche.

—Victoria…

Las compuertas se abrieron y se dejó ir, incapaz de detener el llanto.

—No sé qué hacía yo allí esa noche. No sé cómo llegué a ese lugar o por qué mi amiga y los demás estaban dentro de la prisión cuando fueron atacados… —No podía hacer otra cosa que llorar—. Sus cuerpos… El lugar ardió. Dijeron que era un milagro que ella estuviese todavía con vida cuando la encontraron. Charlotte lleva un año en coma y no se despierta. —A estas alturas ya era incapaz de articular palabra, solo lloraba—. Y yo no pude hacer nada por evitarlo, no pude

ayudarla. Oh, Dios. Oh, Dios, Bast. Creí… Creí que nunca… Que no podría decirle que todo había acabado, que los responsables de lo que nos hicieron al fin estaban pagando por sus crímenes…

Él la arrastró contra su cuerpo, la levantó y se sentó con ella, acunándola como si fuese una niña pequeña.

—¿Están muertos? ¿De verdad están muertos?

—Sí, Tori, están muertos —confirmó él con voz ronca—. Los monstruos que atacaron esa noche están todos muertos.

Lloró, dejó salir el dolor, el miedo y se liberó del peso que venía arrastrando todo ese año, uno que había amenazado con ahogarla en más de una ocasión.

CAPÍTULO 40

Victoria llevaba un buen rato escuchando hablar a Sebastian y sentía que lo único que podía hacer por él era abrazarle. El *nocturna* se había abierto a ella en medio del silencio que continuó a su llanto. Ella se había vaciado por completo del lastre que había arrastrado tantos meses. Las preguntas que no dejaba de hacerse al fin tenían respuesta y sí, quizá no fuesen las que había imaginado, pero eran veraces y eso era suficiente. Tal y como le había dicho, no era débil, podía afrontar cualquier cosa y quería estar ahí para él del mismo modo en que el vampiro había estado para ella.

—Así que tienes una hermana.

Sin duda, era una revelación que no se esperaba. Por otro lado, su novio tampoco había entrado en muchos detalles con respecto a su familia. Dada la relación que tenía con el resto de los *nocturna*, supuso que ellos eran lo más cercano que tenía a unos parientes, pero al parecer contaba también con una de su propia sangre.

—La tengo. Media hermana, en realidad —corroboró y dejó escapar un pequeño suspiro en respuesta—. Ella es nuestra *Sanguia*, nuestra *reina*.

Tori levantó la cabeza que mantenía apoyada contra el pecho masculino y se lo quedó mirando, intentando discernir si había escuchado bien.

—Espera. Tu hermana, ¿es *la reina*?

Cabeceó a modo de afirmación.

—Vaya. —Se quedó allí, mirándole sin poder hacer nada más. Su cerebro tardó unos segundos en volver a ponerse en funcionamiento y, cuando lo hizo, la evidencia la golpeó—. Ay, Dios. Espera un momento. Si la reina es tu hermana… tú eres… *er*… ¿Una especie de príncipe o algo?

Negó con la cabeza.

—Soy hijo de la reina Ileana y uno de sus *nocturna*. Mi padre era el *Primado* de la reina; su pareja verdadera. Pero él no fue su consorte. *La Sanguia* Ileana se unió a Varys, tal y como dictaba la tradición. Alice es la hija de sangre *nocturna* de esa unión y la heredera.

—Entonces, si ella es tu hermana pequeña. —Empezó a hilar las cosas—. ¿Eso no te hace el primogénito?

—Sí. Pero en mi pueblo, la línea real es femenina. Ellas son las *sanguia regis*, las que heredan por delante de cualquier varón —le explicó y su voz se volvió algo más afilada, llegados

a este punto—. El consorte fue también el responsable de la epidemia que diezmó a los vampiros.

Recordaba que le había hablado de ello, pero había pensado que se trataba de una enfermedad, no de una persona.

—Él trajo la enfermedad y la muerte a mi pueblo… —Casi podía notar cómo apretaba la mandíbula al pronunciar aquellas palabras—. Su egoísmo y falta de juicio contribuyeron a nuestra destrucción y a su propia caída en desgracia. La enfermedad que asoló a los vampiros obró de forma distinta en él, lo cambió de una manera que ni siquiera soy capaz de explicarme. O quizás ese cambio se produjese incluso antes, en aquel oscuro y lúgubre calabozo del que lo sacamos…

Bast continuó desgranando su pasado, uno del que ella solo conocía las pocas pinceladas que él le había brindado en su momento. A través de su relato pudo ver parte de sus emociones, escuchar en su voz el cariño por la gente a la que quería o quiso, lo importante que era para él cumplir con la palabra dada, el costo que todo aquello había tenido en su vida. Solo era un joven *nocturna* que acabó llevando una carga inesperada y demasiado pesada sobre los hombros, alguien que se vio obligado a lidiar con la desesperación de un hombre y su insana venganza y el futuro oscuro y equivocado que deseaba alcanzar para su raza.

—Les di mi palabra a ambos, les prometí cumplir con lo que exigían de mí. —A estas alturas del relato ya lo notaba cansado, al menos su voz, ya que su mano no había dejado de acariciarla ni un instante—. Así que cogí a mi hermana, *La Sanguia* heredera, reunimos a lo que quedaba de mi pueblo antes de que continuase utilizándolo para sus… fines y crucé con ellos un maldito océano hasta esta tierra que por aquel entonces todavía era joven y salvaje. —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza—. Cuando los primeros *nosferu* empezaron a aparecer a este lado del charco, supe que nos había seguido y que ya no era posible que nos limitásemos a escondernos y sobrevivir. Había muchos de los nuestros que no estaban dispuestos a pasar sus vidas ocultos… Ellos fueron los primeros en caer. Año tras año, desde nuestra llegada a estas costas, hemos ido perdiendo padres, hermanos, hijos… Si te soy sincero, hoy por hoy considero un verdadero milagro que seamos los que somos.

—¿Cuántos…?

—En la actualidad estamos por debajo de los setecientos.

—¿En… total? —No pudo evitar la sorpresa en su voz. Eso era prácticamente estar al borde de la extinción para una raza.

—No sabemos si las familias que decidieron seguir por su cuenta han sobrevivido, sucumbieron o se han unido a las filas de los *nosferu*, pero en lo que se refiere a las cinco subterra bajo nuestra protección… sí.

—¡Joder! Perdón. Es solo que… Bueno, ¡joder!

Sebastian sonrió y la rodeó con los brazos, pero su voz seguía con ese tono agotado.

—Los *nosferu* no nos han puesto las cosas fáciles. Tampoco esa estúpida orden. —Dejó escapar un resoplido—. No son capaces de distinguir un *vampiro* de un *infectado* ni aunque se lo pongan delante. Son perros de caza, entrenados para matar primero y preguntar después.

—*Um*. Ya veo que te caen muy bien los de esa… *er*… ¿Orden?

—Son humanos.

—¿Por qué no me sorprende? —resopló de nuevo—. *La humanidad.* Como siempre dando muestra de su gran inteligencia.

—No los condenes tan deprisa, Victoria. Ellos son los responsables de que hoy estés con vida. —Su admisión fue inesperada y la llevó a pensar en lo que le había contado sobre aquella noche—. Los *Liberta* existen para proteger a su pueblo y puedo respetar eso. Ellos fueron los que os encontraron después de que los chicos y yo dejásemos la prisión. Es obvio que se ocuparon de que recibieseis atención sanitaria. Y no me sorprendería que fueran también los responsables del incendio que mencionaste. Suelen eliminar cualquier rastro que pueda delatar sus actividades o sus encuentros con lo sobrenatural.

—No lo sé… —Negó con la cabeza—. Me dijeron que la policía fue quien nos encontró. De hecho, tuve que lidiar con ello al principio. Era como si me considerasen a mí la culpable, como si el que no pudiese recordar nada me pusiese la primera en la lista de sospechosos. Ni que yo fuese por ahí con un encendedor y un bidón de gasolina. Ni siquiera fumo, por Dios.

—Como bien has dicho, dulzura, la humanidad dando muestra de su gran inteligencia.

Era penoso tener que admitir eso de tu propia raza, pero las cosas saltaban a la vista.

—¿Quiénes son esos cazadores? ¿Lo sabes? —inquirió—. No es para darle las gracias ni nada, simplemente… No quiero cruzarme en su camino, sobre todo si no les caen bien *mi novio* y su familia.

Lo escuchó reír. *Una pequeña batalla*, pensó.

—Sabemos que aquí, en Illinois, operan varios comandos y procuramos no cruzarnos en su camino. Aunque no siempre lo conseguimos. —Soltó tal resoplido que estaba claro que había recordado algo que le molestaba bastante—. La última vez que me crucé con uno, me vi obligado a evitar que terminase como aperitivo de un *nosferu*. No le gustó. El cazador era joven e inexperto. Probablemente no había hecho más que entrar en este mundo.

—Y va y lo salva un *vampiro.* Uy, sí. Eso ha tenido que sentarle de lujo a su ego.

—Nunca lo había visto de esa manera.

—¿En serio?

Sebastian se encogió de hombros y respondió sincero.

—Las sensibilidades de los sabuesos nunca han sido una prioridad para mí.

Sí, podía entender eso. Sobre todo cuando tus esfuerzos estaban centrados en salvaguardar

a su propia gente.

—Y ahora, a todo esto debo sumarle también la posibilidad de que ahí fuera haya alguien al que he creído muerto todo este tiempo —murmuró él y, a juzgar por su tono, estaba claro que era más un comentario para sí mismo que para ella—. Y todavía no sé de qué lado de la balanza va a estar.

—¿Quién?

Se removió debajo de ella, lo cual era una clara señal de que iba a tocar un tema delicado.

—Si lo que dijo Kilian es la verdad, sería el responsable de haberlo sacado del lugar en el que lo tenían. —Su voz se volvió dura.

—¿Por qué habría de mentir alguien que ha estado retenido por alguien capaz de hacerle daño?

—No dudo del muchacho, Victoria, me preocupa lo que puedan haberle hecho creer —admitió con cierta tensión—. Varys, antes de convertirse en lo que es ahora, era un *nocturna* con un particular don; la *persuasión*. Su voz afectaba sobre todo a los humanos y esa habilidad parecen haberla heredado también sus *nosferu*.

—Pero tu chico no es humano, es vampiro, ¿no?

—He visto lo que puede hacer su voz en un vampiro. No es ni de lejos tan poderoso como en un humano, pero… puede llegar a hacer que te plantees cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Que sus decisiones, a pesar de todo el daño que trajeron consigo, eran las correctas después de todo.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, como si fuese necesario para que las palabras que habían pronunciado ganasen efecto. Usar a este enorme vampiro de colchón tenía sus ventajas, como la de estar rodeada en todo momento por sus brazos.

—¿Qué piensas hacer ahora? —La pregunta salió de sus labios unos minutos después—. ¿Qué vais a hacer? —Tenía claro que no era algo a lo que fuera enfrentarse una sola persona. Los *nocturna* no dejarían que Sebastian cometiese una estupidez. O así lo esperaba.

—Con lo que ha hecho, ha cruzado la línea. —Su voz era dura, fría y provocó que se estremeciera en respuesta—. Hasta ahora todo ha sido como jugar al gato y al ratón, pero lo de esos chicos… Les prometí que encontraría al hijo de puta que les ha hecho esto y lo haría pagar. Se lo juré a los padres de Evan y haré hasta lo imposible por cumplir ese juramento.

La dureza y decisión en su voz le provocó una punzada de miedo y, antes de poder contenerse, se incorporó y lo miró a la cara.

—Sé que no tengo derecho a inmiscuirme en esto. Está claro que sabes lo que haces. Llevas haciéndolo desde incluso antes de que yo naciera, pero… —Se mordió el labio inferior. Dudó en hablar, pero al final se lanzó—. No hagas que te maten. No quiero perderte. No puedo

hacerlo. A ti no.

No podía perder al hombre que amaba. Porque lo hacía. Esa era la única verdad, una que estaba justo ahí, latiendo en su pecho a toda velocidad.

—Si haces que te maten… Que Dios te ayude, Sebastian Nocta, porque soy capaz de invocar al mismísimo diablo para que te traiga de vuelta a mi lado —declaró con toda la sinceridad de la que fue capaz—. ¿Te ha quedado claro, *vampiro*?

Él levantó la mano y le acunó la mejilla.

—Ahora tengo un buen motivo por el que regresar a casa cada noche, Victoria. Tú —aseguró, acercándose a su boca—. Y no hay mejor incentivo que ese, dulzura. Ninguno mejor.

Ese beso le supo a gloria, tanto o más que todo lo que vino después.

CAPÍTULO 41

En los suburbios
Chicago

Una semana después…

—Cristo.

Markus se giró al escuchar el sonoro estruendo a su espalda. Roman acababa de asestarle un puñetazo a una puerta metálica por pura frustración. No dijo nada, ni siquiera lo hizo cuando llegó al segundo y la superficie quedó marcada con la sangre de sus nudillos.

—Se romperá la mano si sigue así.

El silencio se mantuvo entre ellos. Ninguno era capaz de decir nada después de lo que acababan de presenciar.

Esto no podía estar pasando. Era algo inconcebible y, aun así, no era un resultado que no hubiesen estado barajando tras cada día que pasaba sin noticias al respecto.

Volvió a mirar en dirección a los dos antiguos contenedores situados junto a la escalera de incendios del edificio. No quería volver a asomarse, pero no hacerlo sería permitir que esos cuerpos siguiesen siendo dos cadáveres anónimos y no dos valerosos y competentes *Sangre Liberta.*

Se unió al equipo forense que estaba a punto de proceder a sacar los cuerpos. En el suelo ya había preparadas sendas bolsas contenedoras. No necesitó darse la vuelta para saber que el hombre que se había detenido a su espalda era Gabriel. Su silencio era la consigna elegida por todo el comando; era como si supieran que en el momento en que alguno abriese la boca, todo se iría a la mierda.

—Con cuidado. —Escuchó que decía uno de los hombres ataviado con un buzo de protección, botas de goma, guantes y mascarilla. El tipo se había introducido en el contenedor para poder maniobrar los cuerpos—. Pesa una jodida tonelada.

Apretó los dientes y estiró el brazo, impidiendo así que el hombre a su espalda diese un

paso más. Negó lentamente con la cabeza. Escuchó el siseo de respuesta, pero sus ojos seguían clavados en aquella especie de grotesco maniquí que hacían pasar por encima del contenedor, cogido por otros dos operarios y depositado sobre una de las fundas contenedoras.

—Por Dios. He visto mucha mierda en mi vida, pero nada que se acerque a esto —mencionó uno de los operarios que había llegado con el grupo de intervención.

—Cállate la puta boca, imbécil. —Su compañero lo fulminó con la mirada, censurando al momento el impersonal comentario.

—Hijos de perra… —Rob Callaghan no fue tan sutil a la hora de dar su parecer. El policía estaba tan verde que no le sorprendería que en cualquier momento se volviese y acabase vomitando. Y no es que no lo hubiera hecho ya. Dos veces. Que él supiera.

—Voy a matarlos —rumió Roman, dando voz a un pensamiento común—. Voy a matarlos a todos.

El tipo parecía haberse calmado lo suficiente como para dejar de aporrear la puerta. No era de los que perdían los papeles, pero la situación actual daba para ello y para mucho más. El soldado conocía a esos tipos y al líder del comando al que pertenecían, el cual seguía todavía en paradero desconocido.

—Tened cuidado. Estáis manipulando cuerpos humanos, no bolsas de basura. —El ladrido de Sarik, quien se había mantenido hasta el momento moviéndose de un lado a otro, supervisando el trabajo de los miembros del equipo de intervención, se plantó delante del segundo cadáver que ya estaban depositando en el suelo y empezó su examen preliminar. Con una frialdad nacida de la experiencia, examinó los cuerpos allí mismo. Dado el estado en el que se encontraban, deberían esperar a los resultados de las autopsias para recabar más datos, pero a primera vista cualquiera de ellos sabía que la infección revelada por esas venas negras había sido la causa de ambas muertes.

—Llevan muertos más de cuarenta y ocho horas —mencionó Sarik—. Y puede que menos de doce en esos contenedores. Es un cálculo aproximado.

La rabia bulló con mayor intensidad en su interior, haciéndole cada vez más difícil mantener el tipo. Roman se dio la vuelta y se alejó a zancadas; no se lo impidió. Sabía que la mente de su compañero estaría ahora mismo en encontrar a los otros dos miembros del operativo al que pertenecían esas dos bajas… o al menos sus cadáveres.

Doce días. Llevaban intentando dar con ellos doce putos días y no habían encontrado nada. Era como si se hubiesen esfumado de la faz de la tierra. Nadie había visto a Jace Quinlan y a su equipo desde que se armaron en la base, como cada jornada, para salir a cumplir con su patrulla. Se había registrado un reporte hecho dos horas después de su salida solicitando un equipo de limpieza, pero no se supo nada más de ellos después de eso. Dos cuerpos, uno humano infectado y otro *nosferu*. Casquillos de las armas utilizadas por los *Liberta* en la zona, pero ni rastro de los

hombres que las habían empuñado. Ese fue el reporte que dio el equipo que intervino para recoger lo que los grupos de intervención solían dejar tras de sí.

Quinlan no era de los que seguían las normas al pie de la letra. Joder, él tampoco, pero era un cazador experimentado y muy protector con los suyos. No se habría metido en algo que no pudiese resolver. Su casa estaba vacía. Ni llamadas, ni mensajes. Nada. Y de sus chicos tampoco.

Era como si hubiesen desaparecido de la faz de la tierra.

—Infectados —confirmó Sarik lo que él y cualquiera podía ver a simple vista gracias a las venas negras en los hinchados rostros. Los ojos eran dos globos blanquecinos, sin vida, sin nada. A pesar de que sus rasgos todavía eran reconocibles, ya no había nada en esos cascarones de los hombres que fueron una vez—. Me ocuparé yo mismo de las autopsias.

Confirmó la decisión de su compañero con un asentimiento. No tenía ni que mirarle para saber que tenían un interés particular por hacer aquello él mismo. Nadie quería que un extraño tocase a uno de los suyos; los *Sangre Liberta* eran hermanos en aquella interminable batalla y lo serían incluso después de la muerte. No dejarían sus restos en manos de nadie más.

Las cremalleras de las bolsas sonaron en el callejón como la campana que pone fin a un evento. Nadie había vuelto a pronunciar una sola palabra y, si alguien lo hacía, hablaban tan bajo que solo se oían murmullos. La policía había acordonado la zona, aunque a esas horas del día todavía no había mucha gente en la calle. O puede que se tratase también de ese barrio en concreto. No era uno de los mejores de la ciudad. El tipo que los encontró venía a bajar la basura y no se llevó una gran sorpresa. Estaban demasiado acostumbrados a los tiroteos, a encontrarse a tipos ajusticiados en medio de la calle como si fuese algo de lo más normal. Había sido él quien dio aviso a la Policía y, una vez vieron lo que había, Callaghan se puso en contacto con la orden.

Cuando llegaron, el poli ya estaba en el lugar vomitando el café, el *donut* o lo que quiera que hubiese comido últimamente.

Markus siguió todo el proceso en silencio, manteniéndose a una prudente distancia, mientras su mente funcionaba a toda velocidad buscando respuestas.

El lugar no había sido escogido al azar. En esta área, las cámaras de videovigilancia de los comercios, así como las de tráfico, no duraban mucho tiempo en funcionamiento. En estos momentos dudaba que hubiera siquiera una sola en activo. Había dos posibles opciones: Los habían matado en las inmediaciones y se habían deshecho de los cadáveres aquí o los trajeron a posta desde cualquier otro punto, solo para despistar. Fuese como fuese, el que hubiese desaparecido un comando entero no era bueno, nada bueno. Lamentablemente, las bajas solían darse. Esos monstruos no eran fáciles de matar, pero hasta ahora jamás se había producido un caso parecido, al menos no en los últimos años.

Dos bajas. Dos hombres que dejaban tras de sí sendas familias, las cuales nunca sabrían exactamente cuál había sido el motivo de su muerte. Se inventarían un accidente de tráfico,

posiblemente un coche que se sale de la carretera y explota dejando el cadáver carbonizado. Habría las suficientes pruebas para confirmar una identidad, pero no tantas como para que las viudas, los padres que perdían un hijo, los hermanos que perdían otro hermano supiesen cómo habían perdido realmente sus vidas. Crearían una bonita y emotiva historia y la lanzarían a los pies de la familia, ocupándose de que no les faltase de nada.

Eso era lo que harían también cuando él no volviese a casa. Se presentarían ante Charlotte para decirle que había perdido la vida en algún trágico accidente. Quizás incluso le entregasen sus cenizas en una bonita urna… Solo que su hermana no se lo tragaría, ella no. Lotte querría indagar, iría más allá; ya lo había estado haciendo incluso antes del accidente. No. Ella ni siquiera se había tragado el «accidente» de su padre, siempre insistió en que *algo* no encajaba en todo aquello.

Y ahora… Ahora era ella la que estaba en una cama de hospital. Y había terminado allí por culpa de uno de esos malditos engendros. No se suponía que las cosas fuesen así. Era él quien tenía que enfrentarse a los vampiros y debía recibir los daños.

Apretó los dientes hasta hacerlos chirriar.

Tenían que erradicarlos de una vez por todas. Debían encontrar ese *«Primero»*, al que los antiguos diarios de la orden señalaban como el único culpable de la infección y el señor de aquellos que moraban al amparo de la noche. Si le encontraban, si acababan con él, sería como cortarle la cabeza a la serpiente y después todo sería mucho más fácil.

¿Pero cómo hacerlo cuando parecía ser más una leyenda que una realidad? No había habido noticias de su presencia o avistamientos de aquella criatura en siglos, al menos no existían registros que lo mencionaran. Y la descripción que se tenía de él era genérica. El rasgo más destacable era que tenía *«ojos rojos»*, pero Markus había constatado por sí mismo que existía más de un vampiro con aquella característica y eran de lejos mucho más peligrosos y también más escurridizos.

Y los antiguos métodos de la orden tampoco estaban dando ya los resultados esperados. De un tiempo a esta parte parecía importar más el atrapar y matar a una de esas sanguijuelas que proteger a las posibles víctimas de sus efluvios.

«Toda guerra tiene sus bajas».

Sí. Pero una cosa eran las bajas inevitables y otra quedarse de brazos cruzados y utilizar a alguien como cebo para la caza sin que importase una mierda esa vida.

Y después estaban esas grabaciones anónimas que seguían llegando a su correo privado.

¿Quién demonios estaba detrás de aquellas grabaciones y por qué se las enviaba a él? ¿Cómo podía estar en posesión de semejante material? Y más inconcebible aún, ¿por qué no estaba muerto?

La última grabación que había llegado difería bastante de las anteriores, sobre todo porque

esta comenzaba dentro de un local de copas de la zona de Lincoln Park. Cualquier ojo inexperto tan solo vería el ambiente, gente sentada alrededor de la barra, moviéndose, charlando... pero el que había grabado aquello se concentraba en un área concreta y en una pareja. Podría haber pasado muy bien por un ligoteo cualquiera… de no ser porque se ve cómo el tipo conduce a la mujer lejos de la barra. El corte siguiente empezaba con la misma pareja fuera, en que terminarían confirmando que era una salida trasera, siendo grabada desde un ángulo bastante malo, pero igual de esclarecedor; sobre todo cuando el presunto Romeo atacó a la mujer con la rapidez de una serpiente. No la mató. No esa noche, al menos, aunque tampoco pudieron averiguar qué fue de ella; la chica no volvió por el lugar.

Les llevó un tiempo identificar el local y dar con su ubicación y unas cuantas noches de patrulla por la zona y de visitas como clientes, pero la paciencia acabó dando sus frutos cuando se encontraron con el vampiro *dandi* haciendo de nuevo de las suyas.

Oh, sí. Había sido muy satisfactorio meterle una bala en la cabeza y sacarlo de la circulación.

Una minúscula victoria en medio de una guerra que parecía no tener fin.

Y todo gracias al *Video Llanero Solitario* que les ayudaba desde las sombras, el cual era una incógnita que les estaba costando mucho despejar. Quien estaba detrás de aquello tenía unos conocimientos informáticos brutales. Gabriel había empezado a sospechar que podrían estar tratando con alguna especie de *hacker*.

Las puertas del furgón fúnebre se cerraron. Sarik intercambió una mirada con él y señaló a Roman con un gesto. No era necesario que dijera nada más. Cabeceó en conformidad y su compañero se volvió para subir a la cabina del vehículo.

—¿Cómo hemos llegado a esto, Markus? —La pregunta de Gabriel era una que no había dejado de hacerse a sí mismo desde hacía ya un tiempo, pero hoy sin duda cobraba mayor relevancia—. Todo un comando. Ha desaparecido todo un jodido comando y, ¿qué tenemos aquí? Dos putos cazadores muertos.

Dos cazadores entrenados y con experiencia en el campo.

—Pasa que esos cabrones han decidido dejar de esconderse y pasar a la ofensiva. —Roman, que había escuchado las palabras de Gabriel, se acercó a ellos. Sus ojos eran fríos y estaban llenos de un odio mortal, así como de un claro deseo de venganza—. Y nosotros deberíamos responder en consecuencia.

—Roman, debemos proceder con cautela. En cuanto Sadik tenga los resultados de las autopsias, podremos tener una idea más clara de…

—Que te jodan, Markus.

—Roman… —Gabriel intentó mediar también, pero el hombre lo fulminó con la mirada.

—Quinlan sigue ahí fuera. Y Maison y Kristof también. —Les recordó a ambos—. Si les

han hecho esto a dos de sus hombres, ¿qué no les habrán hecho a ellos?

Se obligó a permanecer sereno, a mostrarse como el líder que era a fin de inculcar algo de calma en una situación tan tensa. No podía decir que no pensara como aquel coloso, pero necesitaban mantener la cabeza fría. Sus vidas dependían de ello.

—Eso no lo sabemos… —terció Gabriel.

—Joder, Gabe. ¡Eran cazadores! ¡Dos putos cazadores! —Señaló el hombre lanzando el brazo con un gesto hacia los contenedores—. ¡Los arrojaron allí como si fuesen dos pedazos de basura! Si nos quedaba alguna duda de que el comando habría caído en una emboscada, ¡esto lo despeja!

Tenía razón.

—Los encontraremos —le dijo dando un paso hacia él, interponiéndose en su nervioso caminar—. Daremos con ellos así tengamos que levantar cada jodida tapa de alcantarilla de este puto lugar para encontrarlos. Mataremos a los cabrones que han hecho esto, Roman, lo juro.

Los ojos verdes del cazador se encontraron con los suyos.

—Sin piedad, Markus.

No dudó.

—Sin piedad.

—Sin piedad —concordó también Gabriel.

Con las bases de su nueva misión asentadas, los exaltados ánimos dieron paso a una furia contenida y a la planificación de los próximos pasos a dar.

—¿Por dónde empezamos?

—He estado echando un vistazo a las inmediaciones, pero no he visto nada que pueda sernos de verdadera utilidad —indicó Gabriel—. La mayoría de las cámaras o están rotas o las han arrancado de su sitio. Las de tráfico de la calle principal ni siquiera existen. En cuanto me he acercado a la línea de la policía, los curiosos han empezado a alejarse. Está claro que no van a hablar.

—No son del tipo de personas conversadoras —rumió Roman—. No les gusta que la policía venga a meterse en sus asuntos. Aquí se cuece mucho más que algún tiroteo ocasional.

—¿Drogas?

—Drogas, armas, joyas… elige. —El *Liberta* se encogió de hombros—. Tendré que ponerme creativo a ver si alguien ha visto u oído algo raro en las últimas veinticuatro horas.

—Si los han traído hasta aquí, no ha podido ser andando —afirmó mirando a su alrededor —. Han podido entrar perfectamente con un furgón, tal y como hemos hecho nosotros. Imagino que por aquí también habrá camiones de reparto y esas cosas…

Roman resopló.

—Los camiones de reparto se quedan al inicio de la calle —señaló con un gesto—. Los

chicos prefieren bajar ya solo con los paquetes que tienen que entregar a permitir que les desvalijen toda la mercancía. Así que… si alguno ha entrado hasta aquí, ha tenido que llamar, cuanto menos, la atención.

—Empezaremos con eso —confirmó Markus. Era mejor que nada, después de todo—. Gabe, tú date una vuelta por la manzana. Bocas de metro, parkings subterráneos, cualquier agujero en el que alguno de las sanguijuelas podría haberse visto obligado a pasar el día. —Levantó el reloj e informó—. La puesta de sol comienza a las 17:32. Os quiero por parejas a partir de ese momento.

Ambos asintieron.

—Odio el invierno, en serio. Es un patio de recreo para esos cabrones. Ni siquiera puedes apurarlos para que se achicharren un poco.

—Prefiero un tiro en la cabeza. Al menos no huele a churrasco.

Sacudió la cabeza ante aquel intento de chascarrillo para aliviar la tensión y les recordó.

—Os quiero a ambos armados antes de la puesta de sol —les informó. Durante el día intentaban llevar encima lo menos posible. No era plan de tener que vérselas con la policía, pero por la noche, no quería a nadie desprotegido.

—¿Y Ashby? Querrá saber lo que hemos encontrado —le recordó Gabriel.

—Tendrá el informe cuando yo tenga respuestas —zanjó. No estaba de humor para tratar con el imbécil de arriba.

—Nos estamos descolgando, ¿no es así?

La pregunta no lo cogió por sorpresa. Ambos cazadores lo miraron y él asintió con la cabeza.

—Bueno. No puedo decir que me genere conflicto alguno —admitió Roman con un encogimiento de sus anchos hombros.

—Intentemos no saltar por los aires en el proceso, ¿vale? —sugirió Gabriel y añadió dirigiéndose a él.

—Pondré todo mi empeño en ello —confirmó y volvió a mirar de nuevo la hora. Era poco más de la una—. Me pasaré por el hospital.

—¿Ha habido algún cambio? —preguntó su amigo.

No. Ninguno. Y eso era desesperante.

—Sigue profundamente dormida. —Se encogió de hombros—. Las últimas pruebas que le han hecho salieron bien, así que… Supongo que… ella decidirá cuando quiere despertar… si es que lo hace algún día.

—Lo hará —confirmó, posando la mano sobre su hombro a modo de apoyo—. Cuando esté lista, lo hará.

Asintió. No podía hacer otra cosa. Después de todo, ¿no decían que la esperanza era lo

último que se perdía?

Tras comprobar que cada uno tenía claro cuál era su misión, envió un mensaje de texto a Sarik, para que le avisase tan pronto terminase con la autopsia, y aprovechó las últimas horas de luz del día para hacerle una visita a su hermana.

CAPÍTULO 42

Hospital St. Anthony
Chicago

—¿Sabes? Me vendría genial que te despertases ahora.

Victoria observó el rostro tranquilo de Lotte. No había un solo cambio en él, ninguno que le diese una pista de que la chica estuviese más cerca de despertar hoy de lo que lo estuvo la semana pasada.

—Estas últimas dos semanas han sido una completa locura. Por momentos siento como si me hubiese subido en una montaña rusa y el vagón en el que voy fuese a toda velocidad. No me da tiempo a ver lo que hay a mi alrededor, a asimilar lo que veo u oigo… y te juro que hay mucho que asimilar.

Demasiado. Tanto que todavía se pellizcaba para comprobar que estaba despierta y que lo que ocurría en torno a ella no era producto de su imaginación. Y más importante aún, que *él* era real.

—Sé que si le cuento esto a alguien, pensará que necesito inmediatamente internamiento psiquiátrico. Yo misma me habría autodiagnosticado de esa manera si no hubiese visto lo que he visto, pero… tan sorprendente o irreal como parece, resulta ser la realidad. —Sacudió la cabeza —. Estoy divagando. Lo más seguro es que no entiendas nada de lo que estoy diciendo. Por momentos, ni yo misma lo entiendo, pero… Lo que quiero decir es que… joder, creo que de todos los hombres existentes en el planeta Tierra he ido a involucrarme con el más… inesperado de todos.

Se inclinó hacia delante, cruzando los brazos sobre la cama para poder hablarle más cerca. No quería alzar la voz. Dios no permitiese que alguna enfermera de las que anduviese por el pasillo escuchase algo de lo que estaba diciendo, porque entonces la mandaría directa a su médico para que le revisase el cerebro.

—¿Recuerdas que te hablé de cierto capullo que atendí en el bar? Bueno, pues… me lo volví a encontrar en una tienda. Fui a la heladería de siempre, pero había cerrado. Y ya sabes que

no hay noche de chicas sin helado, así que… busqué una alternativa. Pues digamos que nuestros caminos se encontraron ahí. —Y de qué manera, pensó al recordar el sofoco que había tenido con los chicos y todo lo que siguió—. Seguro que te estás imaginando la típica escena de un encuentro en el pasillo de los helados, pero… las cosas fueron un pelín distintas. —Le hizo un resumen de lo que vivió allí, de los chicos que encontró, de lo extraño que parecía el muchacho y de lo que ella pensaba que eran unas prótesis dentales—. Bien, pues no lo eran. Te vas a quedar tiesa cuando te diga esto, pero… estoy saliendo con un *vampiro.*

Decir aquello en voz alta, escuchar su propia voz admitiendo lo que para mucha gente sería una absurdez, la hizo encogerse un poco. Casi esperaba que alguien soltase una carcajada en ese momento, pero en la habitación solo estaban las dos y Lotte no parecía tener intención ni de sonreír.

Estiró el brazo para cogerle la mano a su alcance y se la ciñó con suavidad.

—No sabría decirte cómo he terminado de esta forma, envuelta en todo esto, pero… Lo que sí puedo asegurarte es que, por primera vez en mucho tiempo, siento que no estoy sola —admitió mirando el rostro sereno de su amiga—. Sebastian es… alguien difícil de describir con palabras. Ya sé que te dije que había conocido a un *«capullo»* en el bar en el que trabajo, pero ha resultado ser mucho más de lo que parecía a simple vista. Y no solo por el hecho de que, bueno… De que no es humano. No genéticamente, al menos. Hay algo en él que va más allá de lo evidente, que corre por debajo de la piel y cuando lo descubres es como si todo encajase en su lugar. Mierda, Lotte, lo que quiero decir es que estoy enamorada de él. Me he enamorado de un *vampiro*. Aunque él se identifica como *nocturna.*

Dejó escapar un resoplido. Ya está, lo había dicho. Lo había pronunciado en voz alta frente a su amiga, la cual seguía sin inmutarse.

—Sebastian es… Dios. Es de otro mundo. —Pensar en él la calentaba por dentro de manera instantánea—. Es intenso. Su presencia es capaz de consumir todo el espacio y al mismo tiempo es también sincero, directo y encantador. Si no es por esos impresionantes ojos carmesí y los puntiagudos caninos… Y lo que hace con ellos. Pensarías que estás delante de un hombre común y corriente. Bueno, tanto como puede serlo un tipo que mide más de uno noventa y es ancho como una montaña. Es lo que te decía, cuando estoy con él ya no me siento sola.

Se lamió los labios. Era una sensación difícil de explicar, pero empezaba a ser más y más consciente de ella con cada día que pasaba. Por primera vez en mucho tiempo, pero sobre todo en este último año, sentía que era parte de algo, de alguien. Los *nocturna* la trataban como una más, la hacían sentirse como si hubiese llegado a casa. Y no eran los únicos. La señora Anna y su familia le habían abierto los brazos. ¿Y Alice? Había sido una locura conocerla, sobre todo porque no tenía idea de quién era cuando se la encontró en aquel pasillo, pero se alegraba de haberlo hecho.

—Bast tiene una hermana, por cierto, y no te creerías quién es en realidad —aseguró recordando el momento en que se encontraron.

Había ocurrido a mediados de semana. Salió de la suite para ir a coger un libro a la biblioteca que le mostró Sebastian y en algún momento del camino, debió de girar en el lugar equivocado.

—No me jodas… ¿Me he equivocado?

Desanduvo unos pasos y volvió a la intersección, intentando recordar cuál era la dirección correcta.

—A ver. Se supone que salgo de la biblioteca, giro a la izquierda y…

—Otra vez a la izquierda…

La inesperada y cantarina voz la hizo respingar. Se giró y delante de ella tenía a una guapísima chica rubia en la veintena. Unos enormes ojos castaños con un tono rojizo bastante intenso la miraban con una divertida sonrisa en los labios. Iba vestida casi como ella misma, con unos vaqueros y un suéter, solo que en vez de zapatillas deportivas llevaba una de esas botas peludas de andar por casa.

—Eso si quieres volver a las dependencias de Sebastian —concluyó la chica con amabilidad.

No pudo evitar sonrojarse ante aquel apunte, aun cuando ella no había hecho insinuación alguna. Estaba claro que desde este lugar solo podía acceder a ese punto en concreto o volver a la biblioteca.

—Um… sí. Eso es lo que… estaba intentando hacer —admitió. Pensó que sería mejor decir las cosas como eran a buscar una excusa que solo la haría parecer más culpable.

—No te preocupes. Eres la única mujer a la que le ha permitido poner un solo pie en sus dominios, aparte de a mí, claro. Pero yo no cuento. —Hizo una mueca y sacudió la cabeza. Acto seguido la recorrió con la mirada y parecía encantada con lo que quiera que estaba viendo—. Menudo mentecato. Eres mucho más guapa e interesante de lo que me dio a entender. No sabes lo mucho que me alegra que ese tonto al fin haya encontrado a alguien con quien compartir su vida. A veces se vuelve insoportablemente hermético y tienes que arrancarle las palabras con unas tenazas, pero desde que estás aquí se ha vuelto incluso más sociable.

Victoria no supo cómo responder a eso, aunque ella tampoco parecía esperar respuesta por su parte.

—Estoy hablando demasiado, ¿verdad? —La chica hizo una mueca—. Lo siento. Es que tenía mucha curiosidad por verte y conocerte al fin. Aunque no quería resultar demasiado obvia. Te aseguro que este encuentro ha sido del todo fortuito, sobre todo teniendo en cuenta que Bast está en casa. De hecho, me iba a la cocina a ver si puedo encontrar algo de helado, pero te vi dudando en medio del pasillo y pensé que quizás necesitabas ayuda…

Por Dios. Esa mujer hablaba tanto o más que Lotte, pensó divertida, y fue esa sensación de familiaridad la que la llevó a sonreír y admitir:

—La verdad es que empezaba a sentirme bastante perdida —admitió algo avergonzada—. La Nocturna es mucho más grande de lo que pensé.

—Sí. A mi hermano le gusta idear las cosas a lo grande —mencionó la chica mirando a su alrededor, pero Tori se quedó con la palabra «hermano» y una repentina intuición le robó la respiración—. No te preocupes, terminarás conociendo el lugar como la palma de tu mano. Soy Alice, por cierto.

Sí, su intuición había dado en el clavo.

—Tú eres… Alice —repitió sintiendo que empezaba a perder un poco el color—. ¿Esa Alice?

La chica se echó a reír y fue entonces cuando vio asomar unos pequeños colmillos.

—Ya veo que Sebastian te ha hablado de mí. —No se lo pensó dos veces, acortó la distancia entre ambas y le cogió las manos en las suyas—. Sí, soy esa Alice. Pero ni se te ocurra hablarme de usted, ni tratarme como a La Sanguia. Eres la pareja elegida de mi hermano y eso te convierte en mi hermana. ¿De acuerdo?

Victoria solo pudo asentir con la cabeza y a partir de ahí fue como subirse en un vagón que se lanzaba cuesta abajo y sin frenos. Antes de darse cuenta, estaba sentada a la mesa de la cocina, en la compañía de Alice y con un bol de helado entre ambas. Entre cucharada y cucharada salió la conversación y debían de llevar un buen rato allí, hablando animadamente, cuando su vampiro apareció buscándola.

Nunca olvidaría la mirada que vio en los ojos de Sebastian. Era una mezcla de alivio y felicidad, pero también había una pizca de tristeza que no supo cómo interpretar.

Sacudió la cabeza, haciendo a un lado los recuerdos, y volvió a concentrarse en su amiga.

—Alice es encantadora. Es una gran oradora. Podrías quedarte escuchándola sin hacer otra cosa y nunca te cansarías. La verdad es que me ha recordado un poco a ti. Tiene una actitud positiva ante la vida, siempre parece verle el lado bueno a las cosas y se nota que le importa la gente a su alrededor —enumeró pensativa. Los labios se le curvaron al recordar entonces a la mujer que solía ejercer como su sombra—. No lo es tanto su asistente… o guardiana. Todavía no he entendido muy bien el papel que tiene Zuzanna, más allá de recordarme por momentos a la *señorita Rottenmeier*. Desde luego, es igual de estirada y estricta. Y a juzgar por los piques que he presenciado entre Bast y ella, diría que en realidad no es más que una fachada. No sé, supongo que como soy *«la humana»* en medio de una colonia de vampiros, no entro en su lista VIP.

Tori no perdió la sonrisa y eso era también una novedad, pero no podía evitar sentirse bien al pensar en todos los encuentros que había tenido, sobre todo en esa última semana.

—Te va a parecer una tontería, pero desde que llegué a *La Nocturna*, es como si al fin estuviese en casa —admitió y no pudo evitar emocionarse al recordar el momento que marcó definitivamente esa sensación—. Al atravesar esas puertas he podido dejar atrás el pasado y encontrar la paz que pensé no recuperaría jamás tras el accidente. —Se lamió los labios, se incorporó y se acercó al rostro femenino, acariciándole la mejilla mientras le susurraba al oído—. Están muertos, Lotte. Quienes nos atacaron aquella noche, el monstruo que me atropelló y el que te ha hecho esto, ya no están entre nosotros. Se han ido, se han ido para siempre. —Hizo una pausa para coger aire y mantener las lágrimas a raya—. Sigo sin ser capaz de recordar ese día o qué hacíamos allí, pero ahora sé que todo se ha tratado de estar en el lugar y momento equivocados. No eran humanos. El ser que te atacó en el interior de la prisión no era humano, ni tampoco lo era el monstruo que iba al volante del vehículo que me invistió. Ese cabrón fue el responsable de todo. Fue el que infectó al vampiro que estaba en la prisión y el que no tenía el menor remordimiento en terminar con mi vida, justo después de dejarme al borde de la muerte. Sebastian y los chicos estaban allí. Ellos lo presenciaron todo y fueron quienes acabaron con ese mal. ¿Lo entiendes, Lotte? Murieron esa misma noche. Los culpables de nuestras pesadillas fueron ajusticiados esa misma noche. Ya no existen, Charlotte, ya no tenemos que escondernos, ni mirar por encima del hombro. Ya no están en este mundo ni tampoco en nuestras vidas.

Decir aquello en voz alta era liberador. Saber que los demonios que habían plagado sus pesadillas durante todos esos meses y que la habían hecho temer salir a la calle, pues no sabía si se cruzaría con su asesino, cuando no podía ni recordar su cara, era un alivio inconmensurable.

—Bast también me explicó que quienes nos sacaron de allí y es probable que nos consiguieran asistencia médica fueron un grupo de cazadores. —Hizo una mueca—. Y estoy dividida entre el agradecimiento y el deseo de pegarles un tiro. ¿Cómo le agradeces a alguien que te ha salvado la vida, cuando también es el que no dudaría en arrebatársela a la persona que amas?

Dejó escapar un profundo suspiro y continuó con su exposición.

—Dicen que esos *Sangre Liberta* protegen a los humanos de las mismas cosas que persiguen Sebastian y los *nocturna*, pero al mismo tiempo esos imbéciles no son capaces de distinguir entre los *vampiros* buenos y los *chupasangre* malos. Los denominan *nosferu*. Muy adecuado, la verdad. Dios. Son demasiadas cosas las que tengo que explicarte y algunas todavía no termino ni de entenderlas yo.

Se dio a sí misma unos segundos para poner un poco de orden en sus pensamientos antes de retomar aquel monólogo.

—No importa. Lo que tienes que saber es que estás a salvo, que quien te ha hecho esto no volverá a amenazarte jamás porque está muerto. *Caput*. Ya no existe —insistió en ello—. Esos monstruos ya no forman parte de nuestras vidas. No pueden acecharnos en nuestros sueños ni

aparecerse en nuestras pesadillas porque están muertos. Se ha acabado, Lotte. Así que, por favor, despiértate ya. Te necesito en mi vida. Necesito de mi mejor amiga, de mi hermana… Tú eres la que me da buenos consejos, la que sabe cuándo meto la pata, eres mi familia…

Y esa era la gran verdad de su vida. Charlotte era lo más cerca que había tenido hasta ahora de una familia, la única que había estado a su lado mientras los demás se marchaban y la abandonaban. Ella fue la única constante, la que aguantó contra viento y marea y no podía perderla, ahora no.

—Tienes que despertarte, Lotte. Necesito que conozcas a Bast y le des el visto bueno. —Sonrió al decir aquello—. ¿Lo recuerdas? Me dijiste que si algún día conocía a alguien a quien quisiese de verdad, del que me enamorara perdidamente, tú tendrías que darle el visto bueno. Bien, pues tendrás que hacerlo, porque no soy capaz de imaginarme algo que sea distinto a lo que ahora tengo con él.

La observó en silencio. Se conocía aquel rostro al dedillo y se moría de ganas por ver de nuevo esos ojos azules brillando alegres y risueños.

—Tómate el tiempo que necesites —le susurró al oído mientras le acariciaba el pelo—. Pero, si fuera tú, no tardaría mucho porque… bueno, Sebastian tiene unos hermanos *nocturna* que están muy cañón. Y hasta donde sé, todos son solteros.

Tori se rio de sí misma al mencionarlo.

—Gracias a Dios que no me han escuchado decir esto —admitió para sí y notó cómo se le enrojecía el rostro—. Estoy empezando a conocerles y… Bien. Son encantadores, de eso no me cabe duda. Y además, dos de ellos se han convertido en mis héroes personales; no se lo digas a Bast. Tenías que ver la cara que pusieron Elijah y Nix cuando, sin pronunciar palabra, los abracé. Sí, has oído bien. *Yo* dando abrazos. Ver para creer.

Fue algo espontáneo, que surgió al reunirse de nuevo con ellos en una de tantas comidas. En el momento que los vio, le vinieron a la cabeza las palabras de Sebastian y lo que esos dos hombres habían hecho por ella y no se reprimió.

—Ellos fueron los que acabaron con el monstruo que me atropelló. Eli, que suele tener respuesta para todo, se quedó mudo y con una cara de susto mientras Joel y Bast se partían de la risa. —Su novio le había dicho después que el vampiro los miraba casi como pidiendo que lo rescatasen, porque no sabía qué hacer—. Nix, por extraño que parezca, se quedó allí, sin mover un músculo al principio, pero después me devolvió el abrazo. Nunca pensé que ese tío, con tantos tatuajes y un pendiente en la oreja, con pinta de duro, fuese tan… cercano. Fue incómodo, vale. Pero, si ellos no hubiesen intervenido, si no estuviesen allí, yo no estaría hoy aquí, ni habría conocido a Sebastian. No habría sabido lo que es amar a alguien de esta manera.

Miró a la chica. Seguía esperando una respuesta, se dio cuenta mientras miraba ese pálido rostro. Siempre esperaba a que ella abriese los ojos y la mirase como diciendo *«ya te vale»*, pero

Charlotte seguía durmiendo, sumida en un profundo y, en apariencia, tranquilo sueño.

Los médicos le habían dicho que le hablase, que quizás la estuviese escuchando, así que no dejó de hacerlo desde el primer momento en que cruzó las puertas de esta habitación. En los últimos meses le había crecido bastante el pelo, algo curioso, en realidad, pues siempre se quejaba de lo contrario. Ella estaría encantada de vérselo así. Ojalá abriese pronto los ojos para confirmarlo.

Se levantó de la silla en la que había estado sentada hasta el momento y se acercó a la única ventana. Las flores que había traído aquella mañana le daban el toque de color a la aséptica habitación. Quizá debería traer una planta. Sería mucho más fácil de mantener y podría llevársela a casa cuando despertase. Porque lo haría, su hermana se levantaría de esa jodida cama más pronto que tarde.

La luz del mediodía empezaba a dar paso ya a la del temprano amanecer. Hoy el cielo había permanecido despejado, pero las temperaturas eran lo bastante bajas como para que tuviese que enrollarse la bufanda y bajarse el gorro hasta las orejas al salir a la calle. Echó un vistazo al móvil que había dejado sobre la mesa auxiliar y vio que eran poco más de las tres. Según la aplicación meteorológica, el sol no se pondría oficialmente hasta las cinco y media, lo normal a finales de febrero. Eso le daba unas dos horas y media o incluso tres antes de que su pareja iniciase su día.

La última semana Victoria había adaptado sus horarios a los de *La Nocturna*. No le había costado demasiado, puesto que seguía trabajando en horario nocturno y dormía durante el día, pero con todo, sus procesos mentales seguían buscando el sol como punto cardinal por el que regirse. Se despertaba poco después del mediodía y su cuerpo se activaba al momento, listo para entrar en acción. Al principio había intentado haraganear un poco más, sobre todo porque compartir cada día la cama con cierto vampiro era una experiencia de lo más erótica. Dormir entre sus brazos era una experiencia nueva. Una cosa era el sexo, que era fantástico, sí, pero el poder compartir momentos de silencio o charlas en voz baja entre las sábanas, eso le había permitido acercarse de un modo mucho más íntimo a ese *nocturna*.

Había descubierto, así mismo, que Sebastian no era de los que dormían muchas horas. Solía levantarse temprano, o para lo que un vampiro era temprano dados sus horarios. Su rutina consistía en una comprobación de la subterra, ponerse al día de cualquier problema que hubiese en las otras colonias, planear la jornada de trabajo con el resto de los *nocturna*… En un par de ocasiones los había visto a Elijah o a él mismo sentados a la mesa del comedor ejerciendo de profesores particulares para una adolescente; la hija más pequeña de Anna.

Glory Murphy era la típica quinceañera de la que te enamorabas irremediablemente por su dulzura y su manera de ser. Desde el primer momento en que se vieron, la muchacha la recibió con un abrazo y le dio la bienvenida al lugar. Pronto quedó claro que la chiquilla era el ojito

derecho de todos los vampiros, lo cual no dejaba de ser bastante divertido a pesar de las continuas llamadas de atención de su madre.

Anna le había advertido a su hija, nada más verla, que ni se le ocurriese llamarla a ella *«tía»*. No entendió a qué se refería hasta que escuchó el título de parentesco unido al nombre de cada uno de los *nocturna* de la casa.

Esta niña es incorregible.

Sonrió al recordar la coletilla que escuchaba tan a menudo en labios de la mujer.

Casi sin darse cuenta, Victoria se había mudado a las estancias privadas de su novio. Si bien una parte de ella estaba encantada, porque significaba pasar más tiempo junto a Sebastian, otra parte se cuestionaba si no se habría apresurado demasiado. Pero entonces, atendiendo a lo que pasaba realmente ahí fuera, a lo ocurrido con los chicos de la colonia Lake Zurich, no le parecía tan mala idea estar cerca de los *nocturna*.

Con todo, seguía necesitando de cierta independencia y saber que Bast lo entendía fue lo que la motivó a darle una oportunidad a la relación que estaban estableciendo entre ellos. Humana y vampiro. Desde luego, si querían que esto funcionase a largo plazo, tendrían que amoldarse el uno al otro y también hacer ciertas concesiones.

Y ese era el motivo de que ella estuviese durante las horas diurnas en el hospital, o adecentando su propia casa, dando un paseo o descontando los minutos que quedaban para la puesta de sol, como estaba haciendo ahora.

—Cuando piensas que la vida no puede cambiarte más de lo que ya lo ha hecho, va y te pone a Sebastian Nocta en el camino —musitó.

Como si supiera que estaba pensando en él, el teléfono sobre la mesilla le avisó de la entrada de un mensaje. Supo que era suyo incluso antes de acercarse a mirar la pantalla.

«Buen despertar, Victoria mía.
Te buscaré cuando se oculte el cabronazo.
Avísame si todavía sigues en el hospital para entonces.
Tuyo, Bast».

El cabronazo.

Se rio y sacudió la cabeza. Había sido ella quien le había puesto ese apodo al astro rey y a su *Nocturna* le había hecho la suficiente gracia como para adoptarlo.

Tecleó rápidamente la respuesta.

«Buen despertar, nocturna.
Ahora mismo estoy en el hospital y me quedaré aquí hasta la puerta de sol.

Puedes recogerme en la puerta principal.
Tuya, Tori».

Le dio a enviar y dejó de nuevo el teléfono sobre la mesilla sin poder dejar de sonreír.

Miró a su amiga y chasqueó la lengua.

—Lo sé, lo sé. Tori mandándole mensajitos a un tío. Ver para creer —murmuró, entonces añadió—. Pero lo que es sorprendente, es que sea un vampiro el que me los está enviando.

Sonrió para sí e iba a continuar cuando se quedó completamente quieta, mirando algo que antes no había estado ahí, una ligera curvatura en los labios femeninos.

—¿Lotte? —Se apretó hacia la cama y miró más de cerca el rostro de su amiga. Y que la llamasen loca, pero por Dios que eso parecía una especie de sonrisa—. ¿Lotte, puedes oírme?

No reaccionó o, al menos, no hizo nada que le pareciese demasiado evidente. Los médicos habían dicho que aquellos pequeños gestos podían ser involuntarios, que no era un síntoma de que se estuviese despertando, pero…

—Sí, yo también me reiría si fuese tú —murmuró con suavidad, acariciándole el rostro—. Bien. Esperaré, amiga, esperaré lo que haga falta… pero si quieres conocer a mi vampiro, será mejor que empieces a despegarte de una vez de los brazos de Morfeo.

No estaba segura de si fueron imaginaciones suyas o las ganas de ver una reacción mayor en ella, pero durante una milésima de segundo, le pareció que esos labios se habían curvado una pulgada más.

CAPÍTULO 43

Los túneles
Chicago

Esa maldita bola de luz incandescente al fin abandonaba los cielos. La seguridad de aquello era algo que no podría arrebatarle, pues lo llevaba impreso en sus genes. El ascenso y el descenso del sol era un conocimiento absoluto. No en vano su vida estaba supeditada a su ausencia. La llegada de la oscuridad marcaba el inicio de cada uno de sus latidos, como si durante las horas de luz solo tuviese un órgano inservible que se alojaba en su pecho por puras cuestiones fisionómicas.

Aquello era lo único de lo que estaba seguro, pues todo lo demás que veía, oía u olía podía tratarse de una trampa destinada a doblegarlo y utilizarlo como un títere. Y este maestro titiritero era de los peligrosos, de los que no se conformaban con manipular su cuerpo, sino que también invadía su mente como una ponzoñosa infección.

Oh, sí. Todavía notaba sus dedos hurgando en su interior, extrayendo lo que necesitaba de él, empujándolo a hacer lo que no deseaba, pero impidiéndole al mismo tiempo el evitarlo. No importaba cuánto se esforzase en repelerlo, siempre encontraba la manera de entrar, de envolver los hilos en torno a sus dedos y hacerle dudar de lo que era real y de lo que no lo era. Se apropiaba de su ser y utilizaba su propio don contra él, tejiendo ilusiones e imprimiéndoles el toque de realidad que necesitaba en cada momento; se había hecho un experto en doblarla hasta el punto de que ya no sabías qué era verdad y qué una grotesca mentira.

Y una vez más lo había vuelto a hacer. Relegó su propia conciencia a ser tan solo una espectadora de sus maquiavélicos planes. Podía ver, oír y sentir, pero no tenía la capacidad de actuar por sí mismo. Todo lo que era se encontraba encerrado bajo llave, indefenso mientras su cuerpo y dones estaban a merced del titiritero.

Cómo lo odiaba. Nunca en toda su existencia sintió un odio tan crudo e intenso como el que ardía en su alma. Lo había destruido. Todo lo que un día fue, lo que sintió, vio y padeció en

su nombre se convirtió en un lejano recuerdo, en una ilusión que ya no sabía si verla como real o una quimera. Pero esto… esto lo llevaba todo a un nuevo nivel. Que lo hubiese hecho protagonista de aquella nueva macabra obra, convirtiéndolo en un signo de vergonzosa esperanza, lo estaba destruyendo por dentro. Había visto en su mente lo que deseaba, el propósito detrás de la manipulación, y supo que ya no podía seguir escondiéndose de él. No permitía que aquel a quien una vez quiso como a un hermano usase su vida y su nombre para destruir lo que solo debería proteger.

Si tan solo no estuviese tan débil.

Le había costado mucho más tiempo del que pretendía volver a la superficie y tomar las riendas de su mente, pero todavía tenía que ingeniárselas para reconectarse con su cuerpo. El titiritero había soltado los hilos momentáneamente, pero nunca estaba seguro de si lo había hecho de verdad o era tan solo una alucinación más.

Reconectarse significaba estar a merced de nuevo del dolor y la agonía, sentir dónde había dejado de hacerlo. No era solo recuperar la movilidad de sus miembros, la capacidad de alzar los párpados o volver a llenarse los pulmones de aire. Era saber que si lo hacía se exponía a que *él* se adueñase un poco más de su alma, a dejarle la puerta abierta para que entrase en su mente y clavase los dedos en lo más profundo de su psique.

¿Podía correr el riesgo? ¿Podía acaso no hacerlo?

No. Claro que no. Quedarse de brazos cruzados ya no era una opción, no después de lo que lo había hecho presenciar. Solo esperaba que no fuese demasiado tarde y tuviese que llorar lágrimas de sangre por no haberlo detenido a tiempo.

Hizo el esfuerzo de abrir los ojos. No fue fácil. Los párpados le pesaban demasiado. Una y otra vez solo consiguió obtener una rendija a través de la que ver algo más que oscuridad, pero no era suficiente.

Tienes que hacerlo. Tienes que mover el puto culo. ¡Abre los putos ojos!

Era difícil llevarse la contraria a uno mismo. Nunca había sido muy hábil en ello, así que, fiel a su naturaleza contradictoria, los párpados al fin cedieron a la presión y se encontró con la extraña imagen de los barrotes lisos y duros de su celda de hierro. Solo que no estaban en la posición correcta. Ah, no, espera. El que no estaba en la posición correcta era él. Seguía aplastado contra el suelo como una boñiga de vaca, con la cara encima de la misma apestosa mierda. Fantástico.

Céntrate. Céntrate. No puedes divagar ahora, Querubín, o papaíto volverá y te meterá la mano por el culo como si fueses una puta marioneta y hablará por tu boca.

Agudizó el oído. ¿A dónde se habían ido los sonidos? ¿Le habrían estallado ya los tímpanos? ¿Le habrían arrancado las orejas? Quizá solo se tratase de una treta suya para hacer que se confiase y poder deslizarse de nuevo en su mente. Triste realidad la de no poder confiar

siquiera en sus propios instintos, pero lo que parecía real, quizá no lo fuese.

Despega la puta cara del suelo. Hazlo.

No se movió un centímetro. ¿Por qué? Ah, el cuerpo todavía no le respondía, aún no se había conectado por completo… *¡Su puta madre!* Bien. Asunto resuelto. Ya volvía a estar dentro de su propia piel. El dolor lo recorrió como una marea de lava, pasó de no ser consciente de nada a sentir cada terminación nerviosa que seguía intacta en su cuerpo. Y con cada nervio vino también el conocimiento de cada órgano, de cada articulación y pedazo de carne. No había un solo centímetro de su persona que no estuviese gritando misericordia, aunque nadie lo iba a escuchar, ni aquí abajo ni en el otro barrio.

Se arrastró con pesadez, luchando por permanecer cuerdo en aquel desfile de agonía que parecía haberse quedado con distintos pedacitos de su cuerpo. Se reclinó contra el hierro, usando los barrotes como apoyo hasta que consiguió sentarse. Llegados a este punto, le latía la cabeza y sudaba como un cerdo en el asador, pero era el precio que tenía que pagar, uno de muchos, para conseguir lo que deseaba. A estas alturas, el único sonido que inundaba la húmeda y apestosa estancia era el de su trabajosa respiración. Se obligó a contenerla y agudizó el oído. Al menos ahora ya sabía que no se había quedado sordo si era capaz de escucharse a sí mismo resollando.

Una respiración igual de laboriosa que la suya venía de algún punto a su derecha. Apretando el rostro contra los barrotes, empezó a deslizar la mirada sobre la pared contraria a la que él ocupaba. Una fila de jaulas de metal se alineaba contra ella, celdas perfectas que habían servido de alojamiento a los pobres desgraciados que habían acabado en las manos del puto *Igor*. Vacía. Vacía. Muerto. Vacía… *¡Ahí!*

Ese era el lugar de procedencia del sonido y el responsable de este era lo último que podría esperar encontrarse en un lugar semejante. En realidad, en ese o en cualquier otro, pues el desgraciado que se encontraba detrás de aquellos barrotes ni siquiera debería estar respirando. Varys había conseguido algo de lo que ni siquiera tenía constancia, de lo que nadie allí abajo la tenía. No, ellos no miraban realmente a los ojos de la *Parca* para preguntarle si era el verdadero final, se conformaban con esperar al resultado. Y el resultado previsto de ese pobre desgraciado era el mismo que el de sus dos antecesores; sucumbir a la infección.

Tenía que admitirlo. La hazaña que acababa de realizar el antiguo rey era digna de admiración y también un motivo más para temerle y hacer que la decisión que tomó en su día fuese incluso más definitiva; Varys tenía que morir.

El tiempo se escapa entre los dedos. Tic, tac. Tic, tac.

Céntrate. Se dijo. Cerró los ojos un segundo y apeló a todos y cada uno de sus sentidos, dejando el dolor y la agonía a un lado para buscar aquello que seguía siendo suyo. Antaño habría estado al alcance de su mano con tan solo un pensamiento, pero ahora… ya no era así. Él ya no era quien había sido. Varys lo había fragmentado y vuelto a unir tantas veces que ya no estaba

seguro de quién había sido para empezar.

—*Céntrate, Neron. Céntrate* —musitó, dando forma a las palabras con los labios cortados; un dolor más que añadir a la larga lista de los que sufría.

Su mente era suya. Al menos en este momento. Tenía unas cuantas grietas. Los agujeros de esos maquiavélicos dedos eran un recordatorio de que había perdido la última batalla y sabía que no podía perder esta. Se aferró a ese pensamiento, se envolvió en él y lo usó como un jodido ariete con el que derribar la realidad que permanecía inalterable delante de sus ojos.

La retorció en su mente, cambiándola por la ilusión que deseaba, una que se fue introduciendo poco a poco hasta ocupar su lugar. De repente, cayó hacia delante y su cara se encontró con el frío y nauseabundo suelo. Se habría reído si pudiera, pero había caído en una posición un tanto indigna y la cara le dolía ahora incluso más que el resto del cuerpo. Pero no importaba, lo había conseguido. Los barrotes de la jaula se habían desvanecido y él tenía que arrastrarse fuera de su cárcel antes de que la realidad volviese a imponerse en su lugar. Lo último que le apetecía era estar a medio camino cuando los barrotes volvieran a aparecer; eso sería de lo más contraproducente.

—Estás viejo… para estas cosas. —Escuchar su propia voz en esos instantes lo hizo un poco más consciente de su situación. Ya no había marcha atrás. Si fallaba ahora, todo se iría a la mierda y su vida no era la única que acabaría en un abrir y cerrar de ojos, sino que le seguirían muchas más, empezando por la del moribundo cabrón que había decidido no morirse en el último instante.

Dejar de besar el suelo fue casi agradable, de no ser porque la espalda decidió elegir ese momento para darle un latigazo. Puta celda. Si tuviese tiempo para perderlo cabreándose como un chiquillo, la haría pedazos, pero cada segundo que tenía debía dedicarlo a centrarse en la misión suicida que acababa de imponerse.

Consiguió sentarse el tiempo justo para confirmar su primera evaluación de la línea de jaulas frente a él. Tres vacías, la siguiente la ocupaba el *Querubín* y las que continuaban a esa estaban… Bueno. Sus ocupantes ya no estaban en este mundo.

—Cabrón… hijo de… puta…

Casi agradecía poder soltar unos cuantos tacos sin que eso le granjease una descarga del bastón eléctrico que esgrimía el puto *Igor*. Aunque el ayudante del *Dr. Frankenstein* hacía bueno a ese *nosferu* en cualquier momento del día. Esa mierdecilla demente… Cuando pudiera ponerle las manos encima, iba a disfrutar desmembrándolo parte a parte.

Ponerse de pie, esa era la hazaña en la que tenía que centrarse ahora. Una proeza que se llevó consigo buena parte de sus exiguas fuerzas. Acabó apoyado en una de las jaulas vacías, después de haberla utilizado como punto de apoyo. Le llevó un largo minuto intentar recordar cómo demonios debía mover las piernas y unos segundos más conseguir que estas le obedeciesen

y consiguiesen soportar su peso. Para cuando consiguió moverse, el sudor le chorreaba por la cara y respiraba tan fuerte que estaba seguro de que los pulmones le estallarían de un momento a otro.

Se inclinó sobre la jaula y miró dentro. La mortecina luz de las antiguas lámparas del techo no ayudaba demasiado a la hora de ver bien lo que había en el interior de aquellos barrotes, pero el gruñido que emergió de ellos fue suficiente indicador de que el *Querubín* seguía vivo.

—Lo tuyo no sé si es suerte o una jodida putada, *Querubín* —musitó, pues ya no tenía energía ni para hablar. El tipo que había dentro de la jaula levantó la cabeza y lo miró con unos ojos febriles que le revolvieron las tripas. Las venas negras que recorrían su rostro habían empezado a remitir y solo Dios sabía qué ocurriría cuando lo hiciesen del todo. Que él supiera, ningún humano había superado jamás la infección, pero aquí había uno que no solo parecía haber hecho justo eso, sino que diría que estaba en camino a cruzar el umbral a vete tú a saber qué puto sitio.

¿Quién iba a decirlo? ¿Que uno de los ordenados de aquel estúpido rey humano acabaría en semejante situación? Ese cazador no era como el resto de su comando. Era mucho más.

—Bueno, machote, ahora viene lo divertido —continuó en ese tono bajo, agotado. Se estaba desgastando a pasos agigantados y no tenía tiempo, se quedaba sin él. Se las ingenió para dar un paso atrás de modo que pudiese encontrarse con los ojos del humano—. De acuerdo. Hora de hacer algo más que retorcerte en el suelo. Tienes… joder… tienes que levantar el culo y ponerte en movimiento…

Porque a él no iban a quedarle muchas fuerzas y sabía que no podía dejarle allí.

Si el cazador no colaboraba, tendría que matarlo y era una jodida lástima, pero así estaban las cosas. Mejor quitarse el problema de encima ahora a dejar que se convirtiese en uno de proporciones bíblicas.

—Aquí vamos… —Movió la cabeza en un intento por destensarse el cuello y se concentró en repetir el truquito de antes.

En circunstancias normales, aquello sería un juego de niños. Podría hacerlo hasta con los ojos cerrados y mientras se estaba dedicando a hacer otras cosas, pero después de cómo lo había explotado ese cabrón, el seguir respirando era todo un logro en sí mismo.

Tras unos segundos, que se le antojaron eternos, los barrotes desaparecieron también en esa jaula y una considerable montaña humana cayó de lado con un quejido. Desde luego, no parecía estar en mucho mejor estado que él. La hostia que se llevó contra el suelo fue casi tan patética como la suya propia, pero al menos el humano reaccionó con algo más de rapidez que él. Lo escuchó gemir varias veces mientras se revolvía como un potrillo recién nacido hasta conseguir ponerse de rodillas. Vomitó allí mismo. Un líquido negro y nauseabundo salió de su garganta y empapó el suelo. El hedor era desagradable, pero conocido.

—Hijo de puta… —El humano estaba vomitando la ponzoña que le habían inyectado—. Eso es, *Querubín*, tú échalo todo…

El tipo temblaba como una hoja y habría caído de bruces sobre esa mierda si no lo hubiese sujetado a tiempo.

—¿Qué… coño… me ha… hecho…? —Había una mezcla de furia y horror en los ojos que lo miraron y también terror.

—Lo que les hace a todos los humanos…

Esa mirada febril se clavó en él y le quedó claro que entendía perfectamente que él no estaba en esa categoría.

—Sí, bueno. Supéralo. Como… has podido ver… no eres el único al que ese monstruo ha jodido.

—*Puta sanguijuela…* —Escupió hacia él, pero no llegó a darle. No tenía ni fuerzas para eso.

—Yo que tú cuidaría mi vocabulario, *Querubín*, podrías darte cuenta de que ese insulto ya no me afecta solo a mí. —Dio un paso atrás y se preparó para algo que sabía iba a dolerle y mucho, eso si no lo dejaba inmediatamente fuera de combate. Llegados a este punto, necesitaban largarse al precio que fuese—. *Levántate.*

Fue como clavarse una lanza ardiendo en el propio cráneo y otra en el del humano, pero dio resultado. El cazador se levantó, con dificultad y algo de inestabilidad, pero lo hizo.

—Vale, esa era la parte fácil… —Empezó a fallarle la vista y tuvo que parpadear varias veces para enfocar de nuevo. Le temblaban tanto las piernas que no descartaba que terminase desmayándose de un momento a otro, pero no ahora, ni tampoco aquí. Tenía que poner tanta tierra de por medio como pudiese entre este lugar y sus captores.

—Hijo… de la gran… puta… —Masculló el grandullón, dejando claro lo que pensaba de sus jueguecitos mentales. El tipo tenía una mente robusta. En una situación normal, lo más probable era que ni siquiera él pudiese penetrarla—. Sal de mi cabe…

Se preparó para el último empuje, para darles a ambos la última oportunidad de salir de ese lugar con vida y rogó para tener el poder suficiente para hacerlo. Si no lo conseguía, ambos estarían condenados y también sus respectivas razas.

—*Ven a mí.*

Estaba corriendo un riesgo, sobre todo cuando estaba claro que esa ponzoña no había abandonado por completo el cuerpo del humano, pero si no quería que ambos muriesen aquí y ahora, tendría que hacer un último acto de fe.

Notó su resistencia. El cabrón peleó con todas sus fuerzas, pero su compulsión era más fuerte o quizá solo fuese su determinación por salir de ese lugar y cumplir con su deber. Paso a paso, demasiado lento para su gusto, la montaña humana se acercó a él. No necesitó más que

escuchar el latido de su corazón, sentir la sangre que era bombeada a través de sus venas. Lo atacó como una víbora; rápido y letal. Le clavó los dientes en la yugular y se obligó a beber a pesar del ardor que acompañaba a aquella sangre contaminada. Era como ácido. Todo en él luchaba por echarse atrás, por escupir e incluso arañarse la garganta, pero necesitaba más, solo un poco más. Cuando consideró que sería suficiente, se arrancó del cuello del humano, el cual trastabilló hacia atrás, libre ahora de su yugo.

—Puto chupasangre… —Lo escuchó farfullar. Su odio era tan caliente como su propia sangre, pero, al igual que él, no estaba en un momento propicio para reclamar revancha.

Neron sonrió. Acto seguido, ladeó la cabeza y escupió al suelo. Sangre negra, esa ponzoña mezclada con líneas carmesíes. Iba a tener una jodida indigestión, eso como poco, pero ya se preocuparía de ello después, cuando ambos hubiesen salido de allí.

Extendió el brazo y rogó. Había perdido el conteo de ruegos que llevaba, por ser capaz de abrir una brecha. Un latido de corazón, dos, tres… y la vio, delgada como un fino corte de cuchillo, pero suficiente como para sacarles a ambos de allí.

—Venga, *Querubín*, salgamos de esta puta pocilga. —Lo empujó. Posó la palma sobre el plexo solar del cazador y empujó con fuerza, enviándolo a través de la grieta para seguirle a continuación con un trémulo suspiro de alivio.

Solo había dado el primer paso. Sabía que todavía le quedaba un largo camino por delante, pero lo primero era lo primero. Tenía que deshacer lo que ese hijo de puta había hecho a través de él o muchos morirían en breve, si es que no lo habían hecho ya.

CAPÍTULO 44

Hospital St. Anthony
Chicago

Al mismo tiempo…

Nunca le había parecido tan lento el paso del tiempo como en esa última media hora. La puesta de sol se le había hecho eterna, como si la bola de luz incandescente en el cielo no tuviese la menor prisa por ocultarse en este lado del hemisferio. Se había concedido a sí mismo unos cuantos minutos más para que la oscuridad acariciase la ciudad, pero en cuanto sintió que ya no había peligro, abrió una brecha y se trasladó a las inmediaciones del hospital.

Sabía que Victoria no tenía problema para caminar bajo la luz del sol. En realidad, necesitaba hacerlo. Era bueno para su organismo. Aunque verla partir, sabiendo que si le pasaba algo él no podría asistirla hasta que se pusiese el sol, le provocaba un nivel de ansiedad que no había experimentado hasta ahora.

Tendría que acostumbrarse. No le arrebataría a su mujer esa parte de su vida, no cuando ella ya estaba compartiendo tiempo con él. Tenerla en *La Nocturna* era un alivio y también una novedad. Compartir la cama era una cosa, pero dormirse y despertarse junto a ella cada día, verla interactuar con su gente como una más de la colonia, le proporcionaba una satisfacción y una paz que no había conocido hasta ahora.

Una semana. Un puñado de días en los que la había visto sonreír, sonrojarse, indignarse y refunfuñar, en los que había dado un paso más en la incipiente relación que estaban desarrollando y aprendía más sobre ella.

Victoria le había hablado de su infancia, de la prematura muerte de su padre y de cómo la pena —eso es lo que pensaba ella—, había conducido a su madre a perderse en una botella de alcohol. Su humana era fuerte porque no le quedó otro remedio que serlo. Aprendió a valerse por sí misma para no tener que depender de alguien y evitar así que la decepcionasen. A través de sus palabras conoció la conexión que tenía con esa tal Charlotte y sintió la culpabilidad que, incluso a pesar de conocer ya lo que había ocurrido en aquel lugar, todavía le pesaba en el alma.

El no poder recordar por sí misma los sucesos de esa noche, los motivos que la llevaron hasta ese lugar y el hecho de haber estado en las inmediaciones de la vieja prisión y no en su interior, seguía siendo un lastre para ella. Él intuía que su pareja seguiría sintiéndose así hasta que la mujer a la que había ido a visitar al hospital despertase de su letargo.

Emergió en un callejón a tan solo una manzana del edificio en el que habían quedado en reunirse. En el mismo instante en que puso un pie en la calle, extendió sus sentidos, examinando sus alrededores en busca de cualquier posible amenaza. Lo último que quería era conducir a alguno de sus enemigos cerca de su humana.

A priori el lugar parecía limpio, pero no pensaba confiarse. No había sobrevivido hasta hoy sin ser cauto, en especial en una ciudad que contaba con una alta tasa de homicidios. Al final del día, daba igual en qué lado de la evolución te encontrases. El odio, el deseo de poder y la codicia eran males inherentes a cualquier raza racional.

Dejó atrás el callejón, sacó las gafas del interior del bolsillo de la chaqueta de piel que llevaba encima del suéter, se las puso y avanzó con paso decidido hacia el edificio que se perfilaba al final de la calle. El aire era helado, lo que hacía que no hubiese demasiada gente por la calle a esas horas. La mayoría de los transeúntes con los que se cruzó iban abrigados hasta las orejas, por lo que no le sorprendió que alguno le echase alguna que otra mirada ante su evidente desinterés por las inclemencias del tiempo. Los vampiros solían tolerar bien el frío, mucho más que el calor, por lo que no había visto necesidad de enfundarse en más ropa. Eso le restaría libertad de movimiento y, dado su trabajo, no era algo que necesitase.

Sebastian notó el cambio en el ambiente casi al instante. Se le puso el vello de punta y cada uno de sus instintos se agudizó ante la presencia de algo que podía suponer una amenaza para él y los suyos. Entrecerró los ojos detrás de las gafas y escaneó sus alrededores al tiempo que avanzaba hacia el hospital con la misma tranquilidad que había aparentado hasta el momento.

El repentino pitido del teléfono le informó de un mensaje entrante, lo rescató del bolsillo, le echó un rápido vistazo a la pantalla y volvió a guardarlo; Victoria estaba ya en el punto de encuentro.

A medida que se fue acercando al hospital, la cantidad de gente en las calles aumentó. Oyó algún que otro claxon, alguien protestando por la manera de conducir de los demás y percibió incluso el gruñido lejano de un perro al otro lado de la calle; las mascotas nunca se habían llevado bien con él. Suponía que olían que no era humano.

Y en medio de todo eso, seguía existiendo ese cambio que anunciaba la presencia de algo que lo inquietaba especialmente. No era de extrañar que se hiciese más intenso en el distrito médico. Algunos vampiros solían abastecerse de los bancos de sangre de los hospitales; algo arriesgado, pero que por lo general estaba controlado.

Tan pronto como giró en la esquina y enfiló hacia la entrada principal, su atención se

centró en la mujer que, envuelta en su abrigo, con una bufanda en torno al cuello, un gorro de lana encasquetado hasta las orejas y las enguantadas manos bajo las axilas, se balanceaba sobre sus pies. Sonrió. Era una visión encantadora y el hecho de que fuese suya, la hacía incluso mucho mejor.

Como si presintiese su cercanía, la chica giró la cabeza en su dirección y entrecerró los ojos. Esos dos pedacitos de esmeralda se abrieron y sus labios se curvaron de inmediato en una radiante sonrisa que estuvo a punto de quitarle el aliento.

Joder. En los seiscientos años que tenía jamás se había sentido así. La sonrisa de una mujer no era más que una artimaña, una manera de llamar la atención de un hombre, pero la de ella sería capaz de ponerle de rodillas en cualquier momento. Quizá fuese porque Tori no sonreía mucho, por lo que verla hacerlo lo llenaba de una inesperada calidez.

Mierda. Estaba enamorado de ella. No podía seguir negando lo evidente. Esa dulce humana se le había metido debajo de la piel, sí, pero también se había instalado en su corazón de tal manera que dudaba fuese a salir algún día de ahí.

La amaba. Y ese era un sentimiento tan maravilloso como aterrador, porque ahora tenía una jodida debilidad, una que podría muy bien destruirlo. Si a ella le pasaba algo, que Dios o quién fuese se apiadase del mundo, porque él no dudaría en destruirlo.

Levantó el brazo y agitó la mano a modo de saludo antes de abandonar su posición y dirigirse hacia la escalinata que conducía a la calle. Sebastian la interceptó antes de que terminase de bajar y la atrapó contra su cuerpo, buscando de inmediato su boca para reclamar esos labios como suyos.

Gruñó en su boca, se abrió paso entre sus dientes y la acarició íntimamente, saboreándola como llevaba deseando hacerlo desde que la vio irse en compañía de Samuel esa misma mañana. El patriarca de la *familia de sangre* tenía que hacer algunas cosas en la ciudad, así que se había ofrecido a traerla hasta el centro.

—Buenas noches, *Nocturna* —sonrió ella todavía cerca de sus labios, entonces dio un paso atrás y lo miró entre divertida y confusa—. En serio, Bast, ¿no tenías una chaqueta un poco más invernal o una bufanda? Te lo juro, me está entrando frío solo de verte.

Enarcó una ceja en respuesta y deslizó los labios hacia su oído.

—Estaré encantado de hacerte entrar en calor, Victoria.

Ese bonito sonrojo aumentó el color ya enrojecido de sus mejillas.

—No me quejaré si lo haces… después —replicó ella dándole unas palmaditas en el pecho —. ¿De verdad no tienes frío?

Negó con la cabeza.

—Mi temperatura corporal se regula automáticamente —admitió, encogiéndose de hombros—. Llevo peor el calor extremo que el frío.

—Por eso nunca te veré tomando el sol en la playa, ¿eh?

Sonrió hasta que la punta de sus colmillos asomó bajo el labio superior.

—No verás jamás tomando el sol en ningún lado, dulzura, eso puedo jurártelo —confirmó. Se permitió a sí mismo coger un mechoncito de pelo que le enmarcaba el rostro y lo frotó entre los dedos—. ¿Todo bien con tu visita?

La chica dejó escapar un profundo suspiro y echó un vistazo detrás de ella.

—Tan bien como siempre, supongo. —Ahora fue ella quien encogió los hombros—. He hablado con las enfermeras y no hay cambios. Me he pasado la tarde sentada a su lado, hablándole y poniéndola al día de mis cosas. Le he dicho lo que me contaste sobre esa noche. Quería que supiese que ya no tiene nada que temer, que los que nos hicieron aquello, ya no están en este mundo. —Hizo una pausa, necesitando un momento para lidiar ella misma con esa aceptación—. Le he hablado de ti.

—¿Ah, sí?

Asintió y esa suave sonrisa volvió a curvarle los labios.

—Le dije que había conocido a alguien decente —afirmó con total convicción—. Y que me estaba enamorando perdidamente de él.

—Ya veo.

—Y no sé, quizá fue impresión mía o uno de esos gestos involuntarios de los que hablan los médicos, pero… Joder, Bast. La vi sonreír —admitió en un susurro, como si no se atreviese a decir aquello en voz alta—. Por un momento creí que me estaba escuchando. La llamé, pero… No abrió los ojos.

Y eso le dolía. Podía sentir su tristeza, olerla prácticamente. Era un aroma a lágrimas, aun cuando en sus ojos no había ninguna.

—Pensé que si sabía que esos monstruos ya no estaban en este mundo, se despertaría… —Sacudió la cabeza y dejó escapar un profundo suspiro—. Supongo que es más mi deseo de verla salir de ese maldito coma que otra cosa.

Estaba al tanto del caso de la mujer. Charlotte Geilis. Una humana de veintisiete años que había sobrevivido a un ataque salvaje en la vieja prisión de Joliet. Esa era la versión oficial de la Policía de Joliet, la cual no tenía la menor idea de lo que había pasado en realidad. ¿Cómo podían cuando el edificio había quedado reducido a cenizas por un incendio y los cuerpos que todavía quedaban en su interior estaban calcinados? Los *Sangre Liberta* habían trabajado rápidamente para encubrir lo que había pasado en ese lugar, evitando así que surgiesen preguntas que nadie podía explicar. La mujer había sido trasladada del hospital de Joliet a este, en pleno Chicago, donde llevaba en estado de coma desde hacía ya quince meses.

—Supongo que hay cosas que no pueden apresurarse —continuó ella—. Lo importante es que su estado no ha empeorado, sino todo lo contrario. Así que, solo tengo que esperar a que se

despierte y… las cosas irán bien.

—La quieres.

Ella levantó la cabeza y se encontró con sus ojos a través de los cristales de las gafas.

—Es mi hermana —declaró sin más—. Puede que no compartamos la misma sangre, pero es mi familia. Ella ha estado a mi lado en los buenos y en los malos momentos, ha sido mi mayor apoyo, mi otra mitad… Creo… que tú puedes entender eso.

Sí. Lo entendía perfectamente. Sus hermanos *nocturna* eran lo mismo para él.

—Espero que se despierte y puedas retomar la relación que tenías con ella.

Victoria asintió con la cabeza y, un segundo después se había pegado de nuevo a él, envolviéndole la cintura con los brazos.

—Yo también —la escuchó murmurar—. Gracias, Bast.

Estaba a punto de responder cuando notó ese cosquilleo en la parte de atrás de la nuca que lo alertaba de la presencia de alguien al que no tenía las más mínimas ganas de enfrentar ahora mismo.

—Tori, apártate ahora mismo de él.

Desde luego, esas no eran las palabras que esperaba escuchar de boca del recién llegado. Su mujer se sobresaltó al escuchar su nombre, aflojó su abrazo y se volvió al mismo tiempo que él hacia el recién llegado.

El *nocturna* confirmó sus sospechas. Lo que había sentido en las inmediaciones era la presencia de uno de esos cazadores humanos, pero no esperaba que el tipo en cuestión fuese este *Sangre Liberta.*

CAPÍTULO 45

—Tori, apártate ahora mismo de él.

Cuando detectó la presencia de un vampiro, Markus no esperaba que su búsqueda lo llevase a la entrada principal del hospital en el que estaba ingresada su hermana. Pero lo que sin duda no se le había pasado por la cabeza era que presenciaría algo como esto.

El alma se le había caído a los pies al ver a Victoria echándose a los brazos del vampiro, reconociéndolo como alguien muy cercano a ella. Todavía se le revolvía el estómago por el beso presenciado entre ellos. Deseó con todas sus fuerzas haberse equivocado, que el tipo que abrazaba a la mujer no fuese una de esas sanguijuelas, pero no solo era un vampiro, sino que… era *él*.

Vio el inmediato reconocimiento en los ojos ocultos tras unas gafas de cristales tintados de rojo. Un truco barato para ocultar el tono inhumano de los irises de la sanguijuela que clavaba la mirada en él. La mujer a su lado había aflojado su abrazo y lo contemplaba a su vez con una mezcla de sorpresa y vergüenza; como si el que la hubiese encontrado besuqueándose con alguien fuese un problema.

—¿Markus? —Ella pronunció su nombre, arrugó la nariz y enarcó una ceja como si tuviese problemas para entender la orden que le había dado—. Pero qué…

—Apártate de él. Ahora. —La crudeza de su voz la hizo fruncir el ceño. Sacudió la cabeza y se adelantó con intención de salirle al paso, pero el vampiro se lo impidió—. Quítale tus sucias manos de encima.

El engendro se limitó a dar un paso adelante, interponiéndose en el camino de la chica, a quien no le quedó más remedio que detenerse.

—Así que eras tú —mencionó él. La manera en que curvó los labios en una particular sonrisa le puso los pelos de punta y activó cada uno de sus instintos de cazador.

—Aléjate de ella. ¡Ahora! —No alzó la voz. Aquel no era un lugar en el que pudiese actuar con total libertad. Tenía que proceder con cuidado. Lo último que quería era que alguien más saliese herido.

—¿Pero tú de qué vas? —jadeó la chica, sus ojos verdes clavados en él mientras intentaba rebasar a la montaña que se había interpuesto ante ella—. ¿Has perdido la cabeza o qué?

—*Victoria…* —El vampiro pronunció su nombre y cuando levantó la cabeza y lo miró, este se limitó a negar con un gesto—. Retrocede, por favor.

—Pero… —Era obvio que estaba confundida. Ese desgraciado debía haberla subyugado ya.

—Hijo de… —Masculló en voz baja y se llevó la mano al interior de la chaqueta. Tenía que mantener la cabeza fría, pero era difícil cuando lo que tenía ante él era a alguien conocido. No se trataba de una víctima cualquiera. Ese cabrón tenía a la mejor amiga de su hermana bajo su control.

—Yo no lo haría si fuese tú, *Liberta.* —Por Dios. Era él. No le cabía la menor duda. Esa voz… No olvidaría jamás esa voz. Con todo, el vampiro parecía estar más interesado en mantener las distancias que en provocarle—. Victoria está conmigo.

—Y una mierda —siseó, arrancando su mirada de la del tipo para posarla en la mujer, pero esta ya no miraba en su dirección, sino que su gesto pasmado estaba sobre la sanguijuela.

—¿*Liberta*? —Los ojos verdes se volvieron entonces sobre él en una mezcla de incredulidad y asombro antes de volverse de nuevo hacia su acompañante—. ¿*Esos Liberta*? ¿Me tomas el pelo?

—Le conoces. —No era una pregunta.

—Pues claro que le conozco —resopló ella y estiró el brazo, señalándolo con la mano enguantada—. Él es…

Markus negó con la cabeza, clavó los ojos en ella y dio un nuevo paso adelante, solo para que el vampiro la escudase de nuevo con su propio cuerpo, interponiéndose entre ambos.

—Victoria. Escúchame —insistió, ignorando al tipo para atraer la atención de la chica—. Escúchame bien. Sea lo que sea que te haya dicho, no es verdad. No puedes confiar en él. Por favor, ven aquí. Ese… hombre es peligroso.

—Bast, por el amor de Dios —bufó ella, dirigiéndose ahora al vampiro—. ¿Me quieres decir qué está pasando aquí? Estás diciendo que Markus es…

—Es uno de los cazadores de los que te hablé —confirmó el tipo, mirándole de soslayo al decir aquello—. Un *Sangre Liberta.*

—¿Va en serio? —Victoria volvió a poner los ojos sobre él y repitió la misma pregunta con más vehemencia—. ¿Va en serio? ¿En serio?

—El humano que tienes delante es el líder de *aquel* comando —añadió clavando de nuevo esos ojos sobre él. Incluso a través de los cristales tintados de las gafas podía sentir la intensidad de su mirada.

Humano. Había utilizado la palabra humano como si ella pudiese comprender que estaba ante alguien que no lo era. Y también había reconocido un término que no debería de ser de dominio público. ¿Qué mierda estaba pasando allí? ¿Qué había hecho ese maldito con ella?

—Un momento… —La chica se quedó quieta, sus ojos verdes abriéndose desmesuradamente mientras los clavaba sobre él como si no lo conociese, como si ya no lo

estuviese viendo a él—. Tú… ¿Tú estuviste allí? ¿Fuiste *tú*? —Se volvió como un resorte de nuevo hacia el vampiro y parecía tener problemas para pronunciar las palabras—. ¿Lo fue? ¿Fue *él*?

El vampiro se limitó a asentir, entonces ladeó la cabeza y lo miró al responder en voz alta.

—Parece que el mundo es un jodido pañuelo.

La chica se tambaleó y acabó apoyándose en el tipo, quien se movió con una rapidez sorprendente, resguardándola bajo su brazo.

—¿Estás bien? —¿Eso era preocupación? No, por Dios. Esas cosas no tenían emociones, no se preocupaban por nada ni por nadie—. ¿Victoria?

Markus empezó a moverse solo para detenerse en seco cuando vio la mirada amenazadora del vampiro puesta ahora sobre él. El mensaje era claro: *«Da un paso más y estás muerto»*.

—Estoy… en *shock*. —Esas fueron las palabras que salieron de la boca de la chica. Levantó la cabeza y cuando se encontró con sus ojos, esta vez vio en ellos una mezcla de incomprensión y también una pizca de dolor—. Es que no… No entiendo nada.

—Tori, mírame. —Pidió una vez más, pero esta vez imprimió un tono más suave a su voz, el mismo que solía usar con su hermana cuando intentaba que fuese razonable—. Mira, no sé qué historia te ha contado este… tipo, pero puedo asegurarte que no es la verdad. Por favor, cielo, retrocede y entra en el hospital. Quédate en el edificio hasta que yo…

Ella negó con la cabeza. Había una mezcla de incredulidad y consternación en su mirada, como si no pudiese creer que le estuviese hablando a ella.

Maldito hijo de puta. ¿Qué le has hecho?

¿Cuándo se habrían cruzado sus caminos? ¿Cuánto tiempo llevaría ella ya bajo el embrujo de ese engendro? No podía ser mucho. Sus respuestas eran bastante estables, no parecía absorta como había ocurrido con otras víctimas.

¿Cómo había ocurrido esto? ¿Cómo no se había dado cuenta de lo que estaba pasando? Maldita sea. Todo era culpa suya. Tenía que haberla protegido, cuidar de ella, pero ¿qué había hecho? La acusó, la apartó a un lado, la culpó de todo cuando…

—Ya veo… —El vampiro dejó escapar un pequeño bufido, bajó la mirada sobre la mujer a la que mantenía a su lado y la miró—. ¿Él es importante para ti?

La chica parpadeó un par de veces, como si estuviese intentando despejarse la cabeza y acto seguido respondió:

—Markus es el hermano de Lotte —mencionó y lo siguiente lo dijo mirándole a los ojos —. Es importante para su hermana. —Sus palabras fueron como un dardo directo—. ¿De verdad eres… un *Sangre Liberta*?

Se quedó callado, pero al parecer el vampiro no tenía problema en responder por él.

—Lo es —confirmó.

—De puta madre —resopló ella. Sacudió la cabeza y se despegó del tipo para poder ganar algo de espacio, entonces empezó a señalarlos a ambos alternativamente—. Ahora, la cuestión no es que yo lo conozca o me importe, sino, ¿cómo narices es que os conocéis los dos? Porque está claro que esta no es la primera vez que os veis.

—No, no lo es. —El chupasangre estaba de lo más parlanchín, al parecer.

—¿Y bien? —inquirió ella mirándole de nuevo—. ¿No tienes nada que decir al respecto?

—¿Sabes lo que es *él*?

La pregunta que le lanzó hizo que Victoria diese un respingo y acto seguido entrecerrase los ojos. La suspicacia apareció al momento en su mirada.

—Lo sé —afirmó con rotundidad—. Y tú, está claro, que también lo sabes si eres lo que Sebastian dice que eres.

Sebastian. ¿Así era como se hacía llamar la sanguijuela?

—¿Es así? ¿Eres un *cazador*?

Cazador. No había utilizado el término *Liberta*. Por el amor de Dios, ¿qué demonios estaba pasando aquí? ¿Qué demonios se traía entre manos el chupasangre?

Markus tuvo claro al escuchar las próximas palabras de la amiga de su hermana que esta no necesitaba una respuesta.

—Joder, Markus. ¡Venga ya, hombre! —Esta vez echó a andar directa hacia él. La tenía lo bastante cerca como para estirar el brazo y cogerla, para apartarla al momento del vampiro, pero cuando este se quitó las gafas y sus ojos rojos entraron en contacto con los suyos, supo que hacerlo podía resultar en su propia muerte.

Mierda. Tenía que haber llamado a los demás y no dejarse llevar por su vena vengativa.

—Ponle un solo dedo encima y lo pierdes. —La advertencia del vampiro fue clara.

Victoria resopló y se giró lo justo para mirar sobre el hombro.

—Haced el favor de bajar la testosterona… —replicó y sentenció volviéndose de nuevo hacia él—. Los dos. —Tori se detuvo a un par de pasos, de modo que quedó entre ambos, y señaló el edificio a su espalda—. Estáis delante de un hospital.

—Estaré encantado de seguir con esta conversación en cualquier otro lugar en cuanto tú entres en el puto edificio —le dijo optando por dejar de lado la sutileza, pues estaba claro que, al igual que con su hermana, el ir por las buenas no funcionaba con ella—. Entra de una jodida vez. *Obedece.*

No se movió un milímetro del lugar en el que estaba. De hecho, se llevó las manos a las caderas y lo miró como si le importase poco o nada lo que saliese de su boca.

—¿Me estás dando una jodida orden? ¿A *mí*? —La chica entrecerró los ojos y lo fulminó —. Vete a la mierda, Markus Geilis.

—Victoria, no tienes ni puta idea de dónde te has metido. Ese tío es…

—Un *nocturna* —replicó antes de que pudiese terminar y avanzó de nuevo en su dirección, solo que esta vez, el vampiro no se quedó al margen—. Y es *mi* novio.

Sintió como si recibiese un puñetazo en el estómago al escuchar aquello.

—Te ha abducido completamente… —Era un hecho. La mujer solo hablaría de esa manera si hubiese perdido la cabeza por completo. Pasó sobre ella para clavar los ojos en el desgraciado —. Acabas de firmar tu sentencia de muerte.

—¿Tú crees? —La lacónica respuesta lo hizo apretar los dientes.

—Oh, por el amor de Dios —resopló ella y se volvió una vez más hacia atrás—. ¿Así es como os comportáis normalmente entre vosotros? Porque si es así, no me extraña que ambos bandos estéis a la gresca.

—Puedo decir, sin llegar a equivocarme, que esta es la conversación más larga que he mantenido con un cazador, dulzura.

—Por regla general, no hablo con las *cosas* que *agonizan bajo mis botas.*.. —Markus no se midió a la hora de responder. Para todos los efectos, no estaba hablando con ella, sino tomándole las medidas al vampiro.

—¿Las *cosas* que agonizan bajo tus botas? —La indignación de la chica pronto se convirtió en una caliente y vibrante rabia. Y era una que ya había probado en carne propia. Victoria poseía un mordisco letal cuando se trataba de usar la lengua para castigar a alguien—. Esas *cosas*, como tú las llamas, son las responsables de que tanto Lotte como yo misma estemos vivas. Él, Sebastian, hizo lo que ni la Policía ni tú pudisteis hacer, matar a esos malditos monstruos. Porque las *cosas* que nos atacaron a tu hermana y a mí, esas sí que son monstruos.

La chica señaló al vampiro.

—*Su* gente me salvó la vida después de que un cabrón sin alma, uno que sí debería agonizar bajo tus botas, me arrollase con un puto coche. Ellos fueron los que estuvieron allí y evitaron que ese bastardo me rematara después de semejante hazaña. Y fueron también ellos los que se cargaron al maldito monstruo que atacó a Lotte antes de que acabase con su vida. —Tori se había plantado delante de él y sus ojos brillaban de rabia contenida, de dolor y decepción—. No vuelvas a pronunciar semejantes palabras sobre mis amigos delante de mí, Markus, porque no tienes ni puta idea de lo que estás haciendo. *Él* no es una *cosa*. Bast es una persona que vive, respira y padece, igual que tú y yo.

—¿Pero tú escuchas lo que dices? —Se fue hacia ella—. ¡Estás hablando de un puto vampiro!

—*Mi* vampiro —sentenció la chica—. Y sí, Mark, sé muy bien lo que estoy diciendo.

Si pudiese ponerle las manos encima, la estrangularía. Pero como no era posible, levantó la cabeza y clavó los ojos en él.

—¿Esto es a lo que te dedicas? ¿A alterar la mente de una pobre chica traumatizada para

convertirte en su héroe?

El vampiro no llegó a abrir la boca, no tuvo que hacerlo porque Victoria levantó la mano y le cruzó la cara de un bofetón.

—¡Eres un maldito hijo de la gran puta! —Escupió llena de rabia—. *Ella* no te merece. No te merece en absoluto.

Markus apretó los dientes y cerró con fuerza los puños, limitándose a mirarla. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella no tenía la culpa de hablar de aquella manera. Había caído en las redes del vampiro, eso era todo. La había subyugado y…

—Harías bien en hacer caso de sus palabras, *Liberta.* —El vampiro no se había movido del lugar y no parecía tener intención de hacerlo—. Esa noche no habríais llegado a tiempo, no para salvarlas.

Markus lo fulminó con la mirada, dispuesto a sacar el arma que llevaba en la sobaquera y olvidarse de la prudencia.

—Había una mujer de pelo castaño y ojos azules en el edificio principal. La encontré cerca de la entrada… —continuó el vampiro, ignorando su silenciosa advertencia—. Ella llevaba una pequeña cadenita con una cruz en torno al cuello. La corrupción que se cobró las vidas de sus tres acompañantes se habría cobrado también la suya.

Sus palabras fueron como un mazazo y también el recuerdo de uno de los momentos más aterradores de su vida. La descripción del tipo lo llevó de vuelta a aquella noche, al momento en que entraron en la prisión y Gabriel gritó su nombre. Cuando atravesó esas puertas… Lotte estaba en el suelo y llevaba, como siempre, la cadenita que él le había regalado en uno de sus cumpleaños.

No. No podía haber sido él. ¡Cualquiera menos él!

Clavó la mirada en Victoria. Tenía que ser ella. ¿Había recordado lo que ocurrió esa noche? ¿Sabría ya qué había pasado realmente allí dentro?

—Fuiste tú. Se lo dijiste tú, ¿no es así? Recordaste lo que…

La chica negó con la cabeza con firmeza.

—No. Sigo sin recordar lo que pasó esa noche, pero… —Se volvió hacia el vampiro y no dudó en asentir—. Le creo. Todo lo que me ha dicho hasta ahora sobre esa noche… Coincide.

Sacudió la cabeza, obcecándose en no aceptar lo que incluso él sabía desde el momento en que llegaron allí; alguien se había adelantado dando muerte a los responsables de aquel múltiple asesinato. Si los que cometieron semejantes atropellos hubiesen seguido con vida cuando sus cazadores y él mismo llegaron a la zona, puede que hubiese sido demasiado tarde para la mujer que tenía ahora delante de él y para su propia hermana.

—No se puede confiar en la palabra de un vampiro, Tori. No escucharás jamás una verdad que salga de sus labios —aseguró clavando la mirada en chupasangre, entonces se giró hacia

ella.

Markus volvió a verse a sí mismo junto a un cuerpo que agonizaba, inclinándose sobre su boca para escuchar una única palabra: *Lotte.*

Apretó tanto los puños que sintió como se le clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—De los míos, por otro lado… —continuó él y dio voz a algo que había estado atormentándolo durante todos estos meses—. Si esa noche llegué a tiempo para salvar a Charlotte, fue porque me susurraste su nombre mientras agonizabas en el suelo de esa carretera. Te abandoné allí, en medio de un charco de sangre, para salvarla a ella. Hasta hoy, hasta este mismo instante, he sentido remordimientos por haberte abandonado para que murieses sola, pero viéndole ahora a su lado… Siento que lo más piadoso habría sido terminar entonces lo que ellos empezaron.

Markus fue muy consciente del impacto que tuvieron sus palabras en ella, del horror en sus ojos y el dolor que inundó sus pupilas, así como del gruñido que escapó de la garganta de aquella sanguijuela. Clavó la mirada en la mujer a la que acababa de apuñalar en el corazón y no mostró piedad alguna.

—No vuelvas a acercarte a mi hermana. No vengas a verla, no entres en su habitación, ya no eres bienvenida —sentenció con frialdad—. Para nuestra familia, estás muerta. Moriste en esa sucia carretera. —Sus ojos se alzaron hasta encontrarse con los del vampiro y lo previno—. Voy a ir a por ti. Me da igual lo que me cueste o el tiempo que me lleve, pero no descansaré hasta meterte una bala en la cabeza.

La frialdad que encontró en la mirada rojiza lo estremeció hasta la médula, pero no dejó que se le notase.

—Y nos llamáis monstruos… —Fue todo lo que dijo antes de envolver a la pálida mujer con el brazo y atraerla contra él, ocultándola de su vista—. Vuestros antepasados tenían razón. La humanidad hace tiempo que se extinguió en esos que se hacen llamar a sí mismos seres humanos.

Markus se limitó a sostenerle la mirada mientras el vampiro empezaba a retroceder, llevándose a la chica con él. Sabía lo que pretendía. Había gente suficiente como para perderse entre ella y darle esquinazo. Y quizá lo hubiese conseguido si estuviese él solo, pero estaba claro en la descoordinación de la chica que no estaba en condiciones de moverse por sí misma. Una parte de él deseaba poder llegar a ella, arrancársela de los brazos y rogarle que lo perdonara por las duras palabras que había pronunciado en su contra, pero la otra, la de la *Sangre Liberta* que corría por sus venas, solo quería destruir al vampiro.

Avanzó por cada paso que ellos retrocedían, hasta que la abrupta llegada de una ambulancia y los médicos y enfermeras que salieron por la puerta, directos hacia esta, los separaron como un río de lava. Para el momento en que logró rodearles y desenfundar, el

vampiro ya no estaba a la vista.

—¡Mierda! —Devolvió el arma a la sobaquera, asegurándose de que nadie hubiese sido consciente de semejante desliz, y se lanzó a por el móvil que tenía en el otro bolsillo. Lo sacó y estaba a punto de marcar cuando le entró una llamada. Iba a rechazarla, pero vio el nombre en la pantalla y sintió un inmediato escalofrío.

Miró la pantalla, miró el edificio delante de él y el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

No. No podía ser. Él no podía moverse tan rápido, ¿verdad?

—No, no, no, no… —Le temblaban las manos cuando descolgó. Sus piernas ya se habían puesto en movimiento y corría de regreso al interior del edificio—. ¿Doctor Petersen? ¿Qué sucede? ¿Charlotte está bien?

—Señor Geilis, necesito que se pase por el hospital lo antes po…

—Estoy entrando —le informó—. Mi hermana. ¿Mi hermana está bien? ¡Dígame algo, joder!

No esperó a escuchar la respuesta, evitó los ascensores, se dirigió como un loco a las escaleras y subió a la velocidad de la luz. La presencia del vampiro en ese lugar, sus palabras, Victoria…

No, Charlotte no, por favor.

Casi se lleva por delante a una enfermera y arrolla a un par de médicos en su prisa por llegar a la habitación.

—Señor Geilis. Lo siento. Tiene que…

Markus se aferró al marco de la puerta. Un agónico grito le quedó atascado en la garganta mientras se dejaba caer de rodillas ante la habitación de su hermana.

Con el pelo castaño claro enmarcándole el rostro y las delicadas manos cruzadas sobre la tripa por encima de la sábana, Charlotte parecía un ángel inocente, uno que le sonrió en cuanto posó los ojos azules sobre él.

Su hermana estaba despierta.

CAPÍTULO 46

Rosenhall Drive
Lake Zurich
Illinois.

Un vecindario tranquilo, lleno de árboles y áreas verdes. El típico sitio que los humanos habitaban con sus perfectas familias, en casas de clase media-alta, con sus buzones comunitarios en las aceras y algunas farolas lo bastante espaciadas como para que su luz apenas iluminase el área bajo ellas. Eran las luces propias de las viviendas las que señalaban la ubicación de cada una de ellas, los grandes bloques de edificios unidos entre sí en los que debías fijarte bien en los números para saber dónde terminaba una vivienda y comenzaba la siguiente.

Un truco inteligente esconderse a plena vista. Solo eran unos vecinos más, aunque los inquilinos de al lado no tuviesen la menor idea de que compartían cubo de basura con sus propios predadores.

—El final del hilo viene de aquí.

De uno de esos ramales sin salida, cuyo cartel de entrada indicaba la existencia de un bloque de seis viviendas. Era una calle sin salida, con una zona verde justo detrás, demasiado insignificante para dar cabida a la cantidad de vampiros que sentía en las inmediaciones.

Allí había una comunidad. No una familia, ni siquiera un pequeño grupo, sino una comunidad entera cuya energía era lo bastante intensa como para marcar el lugar como la típica cruz en un mapa.

—Astuto, muy astuto.

A la vista y al mismo tiempo ocultos. Bajó la mirada al suelo, al cemento bajo sus impecables zapatos, y sonrió. Habían supuesto que estarían bajo tierra, ocultos del inclemente sol, pero no valoró el que lo hicieran en comunidades. Aunque, tal y como solía decirse, el número hacía la fuerza y al mismo tiempo facilitaba el cuidar los unos de los otros.

Enfiló por la entrada en silencio, echando fugaces vistazos a las casas iluminadas a ambos lados. Algunos vehículos ya estaban aparcados en la entrada, otros dentro de los garajes, cuyas puertas seguían abiertas. Llegó al final del acceso sin que nadie le saliese al paso. Su vista *nocturna* era perfecta y podía ver a través de la densa oscuridad que engullía la zona verde que se

extendía más allá del linde de la propiedad.

Doscientos veinte, doscientos sesenta y doscientos cuarenta. Los números marcaban cada una de las entradas del edificio de dos plantas de ladrillo y piedra, mientras que la parte superior, con tejados a dos aguas, destacaba por sus líneas sencillas y la gran cantidad de ventanas que poseía.

Estaba claro que los vampiros no habitaban esas casas. Durante el día sería imposible moverse en su interior, así que eso confirmaba sus sospechas de que tenía que haber más, mucho más bajo sus pies.

Se alejó de la zona de la entrada y penetró en las sombras de la descendente área verde. No era necesario que se escondiese, su presencia no sería detectada, no en esos momentos, no cuando todavía corría por sus venas parte del don que le había robado al ilusionista. En realidad, ni siquiera estaba en ese lugar, no físicamente, pero poseía todos y cada uno de los sentidos que habría tenido de ser así.

La puerta de uno de los garajes se abrió de manera automática. Las luces del vehículo que ronroneaba en su interior cruzaron el área y atravesaron las sombras a escasos metros de su posición. El corazón empezó a latirle a un ritmo más rápido al sentir la otra esquina del hilo que había seguido hasta aquí. El cebo estaba en el interior del vehículo de lunas tintadas. Podía sentirlo con la misma claridad que sentía el latido de los dos vampiros que viajaban en su interior.

Siguió el coche con la mirada mientras abandonaba el garaje y salía de la entrada para tomar la vía principal y alejarse en la noche. No importaba. El muchacho había ejecutado su papel a la perfección, metiéndose en el personaje, aprendiéndose las líneas que habría pronunciado a cada paso del camino. La ilusión no tenía fisuras. En su mente las cosas transcurrieron tal y como estaban guionizadas y el resultado era que había vuelto al hogar después de caer víctima de los enemigos de su raza.

—Solo hay que darles lo que quieren ver… —musitó para sí, observando de nuevo el edificio ante él—. Ponles sobre la mesa una historia plausible y un nombre real y todas las abejas irán directas a la miel.

Y eso era lo que Varys había hecho. Darles a los *nocturna* lo único que los haría salir de su escondite y mantenerse ocupados con una búsqueda épica. Neron se había ganado la fama que tenía por una buena razón. El guerrero inquebrantable, el fiel guardián de la casta de sangre, todos los vampiros que hubiesen sobrevivido en este impuesto exilio recordarían al más poderoso de los *Nocturna* y mano derecha de su rey.

Sebastian no le daría la espalda a su mentor. El ilusionista se había encargado de enseñarle al príncipe sin corona los antiguos ideales, así que estaba seguro de que, en cuanto oyó de boca de su cebo que el viejo *nocturna* seguía con vida, movería cielo y tierra para dar con él.

Entrecerró los ojos sobre la fachada empedrada y observó la puerta de madera que mantenía a los intrusos fuera de la casa. No le cabía duda. El sonido de la vida latía en su interior. Su gente estaba ahí dentro, soterrada, convertida en reo de la voluntad de alguien que no tenía el derecho ni el poder para guiarlos y ya era hora de liberarlos.

Se llevó la mano al bolsillo interior del abrigo de cachemira que le resguardaba del frío invernal, uno que en realidad ni siquiera sentía, y sacó el teléfono móvil. Marcó y se llevó el aparato a la oreja.

—Ha llegado la hora de reunir al rebaño —pronunció nada más escuchó como se descolgaba del otro lado—. Está reunido en el 240-260 de *Rosenhall Dr.* en *Lake Zurich*. Trae contigo solo a los mastines más cualificados, Everett. Quiero de vuelta todo mi ganado.

Entregada la consigna, devolvió el aparato al interior de la prenda, se alisó las solapas y abandonó el lugar con la misma parsimonia con la que había llegado hasta él. No fue hasta dejar la casa, ahora marcada, atrás que se permitió a sí mismo abrir una brecha y regresar a su fuerte. El poder, del que una vez fue su amigo, se diluía ya de sus venas. Se estaba drenando a pasos agigantados, por lo que, si quería dar ese último paso, el que lo acercaría de forma definitiva a ella, tendría que darse prisa. Después de esa noche, ya no quedaría un solo gramo del don que había hurtado y tampoco podría volver a drenar a la fuente. El estado en el que lo dejó la última descarga no había augurado mucho futuro para el *Nocturna*, con lo que lo más probable es que estuviese a punto de expirar, o lo habría hecho ya, en el suelo de una de esas mugrientas jaulas.

No encontró un solo gramo de tristeza o arrepentimiento en su ser al pensar en ello, ni siquiera de nostalgia o abatimiento. No le importaba. Neron, a quien una vez consideró un hermano, había cumplido con su cometido. Ya no necesitaba nada más de él. Ahora, tenía que poner toda su atención en dar con ella, en llegar hasta donde quiera que estuviese y sabía exactamente cómo hacerlo.

La sangre, llamaba a la sangre.

CAPÍTULO 47

Vecindario de Ranch Triangle
Lincoln Park
Chicago

—Él fue el cazador al que le salvaste la vida, ¿no?

—Lo fue. —La admisión de Sebastian era tan lacónica que supo que no iba a decir nada más al respecto. El *nocturna* parecía sereno, pero Victoria empezaba a conocerle un poco como para darse cuenta de que la manera en que apretaba la mandíbula era un claro signo de que estaba cabreado. El vampiro no exteriorizaba su mal humor a voz en grito. Por el contrario, su ira corría fría y rápida, otorgándole una mirada mortal… La misma que bailaba ahora en esos ojos carmesíes—. Fue hace años. Era un hombre joven, aparentemente sin experiencia y con un carácter explosivo. Entonces, tenía alma. Ahora solo tiene un enorme agujero lleno de amargura.

Eso no podía discutírselo, no cuando ella había sido el blanco directo de tal amargura no hacía ni media hora.

Sus palabras la impactaron. No supo cómo reaccionar a la brutalidad de su voz o a la dureza de esas frases, así que se quedó sin nada que decir. Aún ahora, seguía sin estar segura de cómo sentirse al respecto. Escucharle decir que hubiese sido mejor que se muriese entonces había sido demoledor, pero el hecho de que él supiese lo que había pasado entonces y la hubiese culpado todos estos meses por la suerte que había corrido su hermana… Eso no sabía cómo tomárselo.

¿Tanto la odiaba?

«Si llegué a tiempo para salvar a Charlotte, fue porque me susurraste su nombre mientras agonizabas en el suelo de esa carretera».

¿Qué había querido decirle con eso? ¿Qué ella sabía que Lotte estaría en el interior del edificio? ¿Cómo? Si tan solo pudiese recordar algo de aquella noche.

Victoria se llevó las manos a la cabeza y se presionó las sienes como si de esa manera pudiese exprimir la respuesta.

—Bast. Me dijiste que me encontraste agonizando en la carretera, en el exterior del recinto

de la prisión —musitó, llamando la atención del *Nocturna*—. ¿Recuerdas si entonces estaba consciente?

Los ojos rojos de su pareja se clavaron en ella y poco a poco, la mirada amenazadora que proyectaban se fue suavizando.

—¿Tanto como para susurrar un nombre, quieres decir? —Su vampiro captó al momento su línea de pensamiento y le dio voz.

Asintió a la espera de su respuesta.

—La humana que me encontré esa noche no tenía ni fuerzas para hablar, pero ¿quién sabe qué puede emerger de unos labios que están a punto de expirar su último aliento? Una voz conocida, un pensamiento… No sabes qué puede desencadenar una respuesta final, si es que hay tiempo para eso —respondió sentándose a su lado en el sofá. Le pasó el brazo en torno a los hombros y la atrajo contra él.

Echó la cabeza hacia atrás y lo miró.

—No puedo recordar nada de eso, pero… —Hizo una pausa, eligiendo con cuidado sus propias palabras—. Si hubiese sabido que Lotte estaba allí dentro y corría peligro, no la habría abandonado. Nunca dejaría atrás a mi hermana.

—Muchas veces pensamos en cómo actuaríamos en tal situación, pero no es hasta que te ves realmente en ella y eres consciente del verdadero peligro que tomas una decisión. Y en ocasiones puede ser contraria a tus deseos —le dijo con total sinceridad—. Lo que encontramos allí dentro… No es algo que quieras quedarte a contemplar. El instinto suele mandar, especialmente cuando se trata de tu propia supervivencia.

Entendía su razonamiento, pero pensar que había dejado atrás a su amiga de manera consciente, eso era… demasiado doloroso para aceptarlo como una posibilidad. Por muy razonable que fuese.

—Nunca he sentido que fuese importante para nadie, no hasta que conocía a Lotte —confesó en voz baja, poniendo sus más íntimos y dolorosos pensamientos al descubierto—. Si esa noche hubiese muerto en la carretera, no le habría importado a nadie. Salvo a Charlotte.

—A mí sí me habría importado —gruñó, volviéndose para mirarla. Sus ojos carmesí clavándose en los suyos con una intensidad que la estremeció—. No sé por qué, pero ese día y en aquel lugar, tú ya empezaste a formar parte de mí. Si no te hubiese vuelto a encontrar, es probable que llevase tu recuerdo conmigo, aunque solo fueses una cara anónima.

Las lágrimas que hasta el momento habían permanecido lejos, bloqueadas al igual que sus emociones, le picaron en los ojos.

—Menos mal que me encontraste —murmuró con voz rota, cediendo de mala gana a la presión que le comprimía el pecho—. Mierda, creo que voy a llorar.

—Hazlo. Saca todo lo que llevas dentro. Seré tu ancla. —La ciñó contra él, manteniéndola

pegada a su cuerpo, al abrigo de su calor, envuelta por su aroma—. No dejes que un puñado de palabras te robe las emociones. Si quieres llorar, llora. Si deseas gritar, grita. Es tu derecho, nadie puede arrebatarte tu manera de sentir, Victoria. Y si después quieres matarle, te dejaré mi arma y te enseñaré cómo y dónde disparar.

Dejó escapar un resoplido, pero sonrió. No podía evitarlo. Sebastian sonaba muy convencido de ello y, conociéndole, empezaba a sospechar que hablaba en serio.

—No pienso dejar que me afecte la crueldad de alguien que hiere a otra persona solo porque no es capaz de mirarse al espejo y aceptar su propia culpa —declaró. Aunque le temblaba un poco la voz y las lágrimas seguían cayendo de sus ojos, sabía que decía la verdad—. Su odio no iba dirigido a mí. No sé cómo explicarlo, pero sentí… que lo estaba dirigiendo contra sí mismo a pesar de las palabras que me dedicó.

—Algunas personas son incapaces de aceptar una verdad que tienen delante porque es demasiado dolorosa de afrontar, así que intentan darle la vuelta, aunque eso signifique hacer daño a alguien más.

—Al final todo se reduce a una única verdad universal —admitió sorbiendo por la nariz—. Markus Geilis es un puto gilipollas. Y si piensa que voy a dejar de visitar a Lotte solo porque el muy imbécil esté con síndrome premenstrual, la lleva clara.

—No creo que eso sea fisiológicamente posible.

—¿Que sea un puto gilipollas?

—El síndrome premenstrual es una condición femenina.

—Sí. Y es una pena. Algunos tíos se volverían más tolerantes si sufriesen aunque solo fuese una vez en su vida el ciclo menstrual.

—No pienso responder a eso.

El comentario la hizo sonreír, pero las compuertas ya se habían abierto y necesitaba dejar salir toda la mierda que llevaba dentro. Podía decirse a sí misma que estaba bien, que no le afectaba, pero las lágrimas que le empapaban la cara decían algo muy distinto.

—Me siento como la mierda ahora mismo, Bast —admitió con un quejido—. Y me jode que un puñado de palabras me hagan sentir de esa manera. Como si no fuese más que una bolsa de basura que no merece ni que la recojan del suelo.

—Lo mataré. —Dios. Si no le conociese, le daría miedo escuchar la rotundidad con la que pronunció esas dos palabras. Su *Nocturna* era muy capaz de hacerlas realidad, de hecho, solo parecía necesitar un empujoncito para llevarlo a cabo.

—Nada de muertes, Sebastian —chasqueó la lengua y le hincó un dedo en el pecho—. El mundo está lleno de gilipollas y no vamos por ahí cargándonoslos a todos. Se extinguiría la raza humana si lo hiciésemos.

—Y eso sería malo, claro.

Tori sorbió por la nariz, se limpió los ojos con las manos a fin de poder enfocar mejor y lo miró.

—¿Podéis vivir sin… ya sabes… ingerir sangre humana?

Negó con la cabeza.

—Entonces vais a tener que seguir tolerando a la humanidad un poco más.

—Tolerar a la humanidad es una cosa, Victoria. Librar al mundo de algún que otro *Sangre Liberta* no me parece un mal plan en este preciso momento.

—No pierdas el tiempo. Tienes cosas más importantes de las que encargarte.

—Podría hacerle un hueco a esta, créeme.

Soltó un resoplido de risa. Era extraño llorar y reír al mismo tiempo, pero algunas veces el vampiro se comportaba de manera tan… arcaica, que le producía una mezcla de diversión y ternura.

—Mejor hazme un hueco a mí y quédate aquí conmigo un rato sin hacer nada más. Así, tal y como estamos ahora. —Se apoyó de nuevo contra él y aspiró su aroma—. No dejaré que un puñado de palabras me quite la felicidad que he encontrado desde que estás en mi vida. Me niego a dejar que algo así pase. Que le den a Markus y a su amargura.

—Y esa es la Victoria a la que deseo escuchar… —le aseguró—. Eres una guerrera, nunca serás nada menos que eso.

—Una guerrera que moquea y se está secando las lágrimas en tu camiseta. —Se obligó a sonreír al decir aquello, por lo que dicha sonrisa no duró mucho—. Pero que volveré a ese hospital mañana mismo, como que me llamo Victoria que lo haré. Es *mi hermana* la que está en esa cama de hospital y no voy a abandonarla.

—Me gustaría verle intentando detenerte…

Puso los ojos en blanco ante la clara alusión a una posible represalia por su parte.

—Nada de muertes, Bast.

Chasqueó la lengua y aclaró:

—Estaba pensando en ti retorciéndole los huevos… —admitió. Entonces juraría que lo notó tensarse y soltar un resoplido—. No. Mala idea. No quiero que toques un solo centímetro de los genitales de ese hombre. De ninguno en realidad. A excepción de los míos. Esos sí puedes tocarlos cuando quieras.

Tori ahogó una carcajada en el pecho de su novio.

—Eres mía, Victoria, solo mía —le dijo empujándola de espaldas sobre el sofá y cubriéndola con su inmenso cuerpo—. Tus manos solo estarán sobre mí, ¿de acuerdo, dulzura?

—Siempre, *nocturna*, eso siempre —sonrió y se olvidó de las lágrimas que todavía le bajaban por las mejillas cuando los labios del vampiro tocaron los suyos y se dedicaron a hacer que se olvidara de todo lo que no le causase un maravilloso y caliente placer.

CAPÍTULO 48

Cementerio de Lake Zurich
Illinois

Al mismo tiempo…

Kilian le tendió la mano a Serena para ayudarla a salir del coche. Sus dedos, envueltos por un fino guante de piel, aceptaron su apoyo. Parecía tan frágil con el abrigo que la cubría desde el cuello hasta casi las rodillas. No era su estilo, ni tampoco lo necesitaba para abrigarse en esta fría noche. Había cambiado su manera de vestir para ocultar las cicatrices que le habían dejado las graves quemaduras provocadas por la exposición al sol.

Le impactó escucharlo de sus labios. La manera en la que se había ocultado durante el día, para subirse al coche en cuanto cayó la noche y volver a la subterra a dar la voz de alarma. Ella fue la que dio aviso de lo ocurrido y se activó al momento el protocolo de búsqueda. Al relato de la vampira se le unió el de Maroon. Lizzy y él no habían tenido mucha mejor suerte. De hecho, la joven humana de la familia de sangre seguía en la clínica de la colonia y su estado era lo bastante grave como para que su amigo no se separase de su lado.

Todos habían atravesado el maldito infierno y estaban vivos para contarlo; si es que se le podía llamar vida a lo que tenían ahora mismo.

—¿Estás bien? —susurró solo para oídos de la chica, mientras la puerta del otro lado del coche, donde iba el conductor, se cerraba. Kynan los había traído a ambos hasta el cementerio después de escucharlos hablar sobre la necesidad de hacer aquella visita, pues ninguno de los dos se sentía todavía con fuerzas de ponerse al volante.

Los ojos claros se deslizaron a su alrededor y, a pesar de que notó cómo se estremecía, asintió.

El campo estaba lleno de tumbas. Era un lugar solitario para recordar a quienes ya no estaban. Los humanos elegían enterrar así a sus difuntos o depositar sus cenizas para tener un lugar al que ir a visitarles. Los vampiros no eran tan apegados a la muerte. Si alguien pasaba al otro lado, se le recordaba en privado y se le llevaba en el corazón, pero hoy, el poder estar aquí y decir adiós a su amigo era algo que tanto Serena como él necesitaban. Sobre todo a él.

Evan había luchado con uñas y dientes para defender a su hermana y a Serena. Había entretenido y atacado a ese monstruo para que no se acercase a ellas. El joven humano sacrificó su vida, una que tan solo estaba empezando, para que ellos tuviesen una oportunidad de continuar con las suyas.

Le habría gustado que Maroon hubiese aceptado su invitación para venir con ellos, pero la había declinado. Su primo seguía lidiando con sus propios demonios y el inesperado resultado de su Ascenso. Por si no hubiese sido suficiente con todo lo que le habían hecho durante su encuentro con aquellos *nosferu*, el chico había iniciado el Ascenso antes de lo esperado, quedando a merced de la imparable transición. Que hubiese sobrevivido en el estado en el que se encontraba, posiblemente tuviese que ver con que hubiese vuelto a este mundo como *nocturna*. La primera vez que vio esos ojos rojos se quedó sin respiración. Estaba impactado, pero de igual modo, el chico que había debajo de esa intensa mirada seguía siendo el mismo con el que había crecido, con el que se metía en líos y a quien quería como a un hermano. Una alteración genética no iba a cambiar eso.

Con todo, el vampiro, ahora *nocturna*, ya no era como había sido unas semanas antes, se había vuelto más hosco y malhumorado, eso cuando no caía en un profundo silencio del que ni Serena ni él eran capaces de sacarle. La mayor parte del tiempo lo encontraban sentado en la butaca que habían dejado en la habitación de Lizzy, lugar en el que ellos mismos solían detenerse; la necesidad de mantenerse todos juntos parecía al mismo tiempo algo que también necesitaban.

El *Nocturna* rodeó el coche y se quedó a unos pasos de ellos, permitiéndoles cierta privacidad. El vampiro era una montaña, pero su presencia siempre les aportaba cierta tranquilidad. Había estado presente durante prácticamente toda la semana, escuchándoles y apoyándoles como siempre. No era un extraño para nadie de la colonia y, en lo personal, había agradecido y mucho el contar con él.

—¿Todo bien, chicos?

Serena lo miró y asintió, pero por la manera en que se apoyó aún más en él, supo que la realidad era una muy distinta. La rodeó con el brazo, tanto para mantenerla cerca como para apoyarse él también en ella. Ambos se habían negado a usar una muleta o un bastón, aun cuando eso les facilitaría moverse, mientras no recuperasen por completo sus fuerzas. Lo último que querían, al menos en su caso, era parecer aún más enfermo de lo que se sentía.

Kilian se llevó la mano de manera automática al estómago y se estremeció al pensar en la larga cicatriz que tenía allí. Todavía le bajaba un sudor frío por la espalda cada vez que recordaba el inesperado interrogatorio al que lo habían sometido poco después de despertarse en la clínica. Le habían operado de urgencia para extirparle «algo» que le había sido implantado. El shock de escuchar aquello solo fue comparable al que lo sacudió cuando se dio cuenta de que no tenía conciencia de haber sido intervenido con anterioridad. No tenía un solo recuerdo en su mente de que le hubiesen abierto, ni uno solo. Todo lo que recordaba era estar en esa maldita y sucia jaula y ver o escuchar cómo torturaban a los otros prisioneros. Recordaba incluso haber sentido él mismo el horrible dolor de esa vara eléctrica, pero… no tenía constancia de que lo hubiesen abierto en canal para meterle Dios sabía qué en su interior.

Se obligó a respirar hondo para alejar la bilis que ya le subía por la garganta. Si bien la cicatriz de la operación seguía fresca y se iba curando con rapidez, todavía se sentía débil y, en ocasiones, incluso enfermo. Las pruebas que le habían repetido esa misma semana no habían arrojado nada nuevo. La respuesta médica era siempre la misma; estaba limpio, solo necesitaba reposo y tomarse las cosas con calma.

—De acuerdo. —El *nocturna* no se molestó en cuestionar su respuesta. Avanzó un par de pasos, encendió la linterna que llevaba consigo e iluminó el sendero cimentado que discurría de manera sinuosa entre las lápidas—. Seguid el sendero hasta el final. Lo encontraréis a la izquierda. Os esperaré aquí.

—Gracias, Kynan —murmuró Serena, aceptando la linterna que le tendía el vampiro. A continuación, intercambió una mirada con él y ambos empezaron a recorrer el camino en silencio.

En realidad no necesitaban del haz de luz para guiarse en la oscuridad. Su visión *nocturna* era perfecta, pero ambos querían mantener las sombras a raya.

—¿Estás bien? —La pregunta que él le había hecho salió ahora de los labios de la vampira.

—¿Lo estamos alguno de los dos?

Serena sacudió la cabeza y se agarró de su brazo.

—Quiero pensar que solo es una cuestión de tiempo, que las cosas irán mejorando a medida que pasen los días, que cuando Lizzy despierte… —Apretó los labios y dejó escapar un pequeño suspiro—. No sé qué voy a decirle cuando despierte.

—No tienes que decirle nada, será suficiente con que te quedes cerca de ella, al menos al principio —respondió pensando en sí mismo. En lo que había sido para él tenerla a ella y a Maroon cerca después de abrir los ojos. Saber que ellos estaban con vida, poder verlo, lo había aliviado en medio de tanto dolor.

—¿Crees que se despertará? —inquirió en voz baja, casi como si temiese que las palabras fuesen una afrenta en sí misma hacia el destino.

—Tiene que despertarse. —No concebía otra respuesta—. Si la perdemos a ella también, temo que solo sea el comienzo.

—Maroon.

Asintió al escuchar el nombre de su primo.

—¿Tú lo sabías? —insistió la chica.

Negó.

—Siempre se han llevado como el gato y el ratón. Quiero decir. Todos queremos a Lizzy, incluso cuando nos saca de quicio, pero ella es la hermana de Evan y él era… era nuestro amigo. —Se encogió de hombros—. Se supone que las hermanas de un amigo están vetadas, pero… No lo sé. Nunca vi ese interés en él, no hasta ahora.

—Ella lo salvó. Lo mantuvo oculto durante el día a pesar de estar herida… —musitó Serena—. Se han mantenido vivos el uno al otro… Eso es lo que me dijo Maroon el primer día. Pero después… Se encerró en sí mismo y ya no he podido llegar a él. Temo que si ella no despierta…

—Se despertará —aseguró—. No vamos a perder a nadie más, Sere, esos monstruos no nos quitarán a nadie más.

Kilian les había contado a los *Nocturna* todo lo que recordaba. Se obligó a regresar a ese lugar, a presenciar de nuevo todo aquello con tal de darle a los guerreros todo lo que pudiesen necesitar para dar con esos hijos de puta a fin de liquidarlos.

Si gritabas, ese cabrón de mirada ausente y fría te pegaba una descarga. Si llorabas, descarga. Incluso si permanecías en silencio, acurrucado en una esquina, sin hacer nada para llamar su atención, acababas recibiendo una descarga. Lo había visto una y otra vez y cuando ya no pudo soportarlo más, lo escuchó incluso aun tapándose los oídos. Los gritos de los humanos, las súplicas y, finalmente, la nada cuando ya estaban muertos.

Y luego estaba ese soniquete continuo, las absurdas cancioncillas que canturreaba el vampiro alojado un par de celdas más allá. El mismo que lo había sacado de aquel horrible lugar y lo lanzó de vuelta al parque en el que empezó todo.

Había abierto una brecha, algo que solo podían hacer los *Nocturna*.

Neron. Su nombre resultó ser conocido por los vampiros de ojos rojos. Más que eso, el tipo era alguien importante. Alguien a quien creían muerto desde antes de que sus padres dejasen el viejo mundo y se instalaran en América.

Ahora era a él a quién buscaban.

Cerró los ojos con fuerza durante unos instantes y se llevó la mano a la cabeza. Hoy le estaba molestando especialmente, al igual que el estómago.

—Lizzy se despertará y, cuando esté lo bastante recuperada, los cuatro vendremos de nuevo a visitarle —le dijo a la chica—. Pero ahora, tendrá que conformarse con nosotros dos. Se

lo debemos.

La chica asintió y juntos avanzaron en silencio entre las sombras de las lápidas de distintos tamaños y formas que cubrían aquel viejo cementerio de la ciudad. Recorrieron el sendero hasta el final de este y luego tomaron la dirección que les había indicado Kynan. El haz de luz de la linterna se deslizó sobre las lápidas hasta que dio con un nombre: *Evan Trudel.*

Ninguno dijo nada. Una lápida de mármol negro con unas palomas talladas que alzaban el vuelo marcaba el lugar de descanso de su amigo. Era extraño ver su nombre y pensar que él estaba allí, que sus cenizas reposaban en ese suelo.

Contempló la efigie de las palomas talladas con tanto mimo que parecían dos pájaros de ónix congelados en el tiempo. Casi podía imaginarle como una de ellas, dispuesto a lanzarse a los cielos para volar libre por siempre.

Serena se soltó de su brazo y se apoyó en el borde de la piedra. Se acuclilló a su lado, los dedos enguantados deslizándose sobre el nombre allí grabado.

—Hola, Evan —susurró y su voz se volvió más suave, a pesar de la ronquera que ahora poseía—. Soy Serena. Estoy aquí con Kilian. Los dos estamos bien. Y Maroon y Lizzy… ellos también están bien. Están… en casa. Todos hemos podido regresar a casa.

Las palabras de su amiga lo llevaron a acercarse él también. Se agachó, dejando que sus rodillas tocasen el césped.

—Ya puedes cruzar el umbral y alzar el vuelo, hermano —murmuró, su propia voz tocada por un sinfín de emociones—. Las chicas están bien y en casa. Maroon y yo también seguimos de una pieza. Lo conseguiste, Evan, todos hemos vuelto a casa.

Él había dado su vida por ellos, así que lo menos que podían hacer era decirle que su sacrificio fue en vano. Un *«gracias»* no era suficiente, no englobaba la enormidad de lo que había hecho, por lo que solo les quedaba pedirle que siguiese adelante y no siguiese preocupándose por ellos.

—Cuidaremos de Lizzy por ti —continuó—. Maroon y yo la protegeremos con nuestras vidas, lo juro, hermano. Cuidaremos de ella y de Serena por ti.

—Estaremos bien —aseguró la vampira. Las lágrimas le corrían ahora por las mejillas arreboladas por el frío, deslizándose incluso por la piel enrojecida que cubría con el pelo en un lateral de la cara. Era la única parte de su cuerpo que no podía ocultar de otra manera y que le había dejado el beso ardiente del sol—. Nos cuidaremos entre nosotras y volveremos a sonreír, te lo prometo. Solo… solo danos algo de tiempo, ¿vale? Te prometo que cuando volvamos, las dos estaremos sonriendo.

Serena se dejó ir de lado, sentándose a un lado de la lápida y él la imitó haciendo lo propio del suyo. De ese modo, la tumba quedó entre ambos. Kilian agradeció la oscuridad que los envolvía y que enmascaraba los involuntarios gestos de dolor que le cruzaban el rostro. No

estaba seguro de que pudiese disimularlos delante de la vampira. La cicatriz del vientre le tiraba y notaba un ligero ardor en su interior. No era una sensación nueva, pero sí lo bastante molesta como para que no le importara chutarse algo para el dolor y echarse después una larga siesta. Estaba cansado, agotado, en realidad. Esta salida en coche y el paseo de unos cuantos metros lo habían dejado muy agotado.

Su amiga siguió hablando en voz baja. Ella parecía tener más éxito que él mismo en encontrar las palabras adecuadas, así que la dejó llevar el peso de aquel monólogo. Intervino alguna que otra vez, para confirmar sus palabras y hacer sus propios comentarios, pero empezaba a sentirse verdaderamente enfermo.

—…te lo prometo, Evan. Aprovecharé al máximo esta nueva vida que me regalaste, así que ya no te preocupes más por mí. Seguiré adelante, pase lo que pase, seguiré adelante.

Asintió. Era toda la confirmación que podía dar en esos momentos.

El silencio cayó entonces sobre ellos y fue extraño, casi opresivo, pero al mismo tiempo bienvenido. Ninguno sabía qué más decir, así que optaron por permanecer callados, tan solo haciéndose mutua compañía.

—Kilian, ¿va todo bien? —La preocupación en la voz de su amiga lo llevó a sacudir la cabeza. Empezaba a sentirla embotada y le costaba concentrarse—. ¿Kilian?

—Sí, yo… —Rompió a toser. Algo no iba bien. Se llevó la mano al vientre y notó un calambre en su interior—. Mierda.

Escuchó el susurro de la hierba, los pasos torpes de la vampira antes de dejarse caer a su lado.

—Dios mío, estás ardiendo… —La escuchó murmurar y entonces, algo cambió a su alrededor, como si el aire se hubiese espesado y le costara hacerlo entrar en sus pulmones—. Oh, señor… ¡Kynan! Oh, Dios mío. Está bien. No te muevas, voy a…

Kilian dejó de escuchar su voz durante unos segundos. Un inesperado y ardiente dolor se extendió por todo su cuerpo, haciéndole apretar los dientes para contener un grito. Apretó tan fuerte la mandíbula que prácticamente la hizo rechinar.

—¡Kynan! ¡Kynan, ven! ¡Es Kilian! ¡Kilian está…!

Una vez más las palabras de una exaltada Serena se perdieron en el mar de aquella horrible agonía. No había sentido nunca nada igual, era como si le corriese ácido por las venas, como si su cuerpo se estuviese desintegrando de dentro hacia fuera.

—*Lo lamento…* —Una voz ajena, pero no del todo extraña, le llegó desde lejos—. *Es todo culpa mía… Libéralo.*

En medio de la confusión y el ardiente dolor que lo envolvía todo, aquella voz hizo que su mente se agrietase y estallase en pedazos. Como un cristal que es atravesado por una piedra, algo se hizo añicos en su cabeza y unas fugaces imágenes volvieron a su mente.

«Me abrirás las puertas». Era *él*. Reconocía su voz. Vio su rostro, sus dedos aferrándole las sienes. *«Serás mi heraldo»*.

Él había estado allí, en aquel lugar. Sus ojos eran rojos, de un intenso carmesí.

«Sire».

Así le había llamado el *nosferu* de ojos fríos, el que se había quedado a mirar mientras otro torturaba a uno de los cazadores.

«Volverás a nacer». Su voz era como una canción de cuna, una dulce melodía que ocultaba el horror y el terror que había sentido cuando esas gotas caían en su boca y le bajaban por la garganta. *«Tengo muchas esperanzas puestas en ti, hijo mío»*.

Sangre. Su sangre. El rey maldito le había dado su sangre, al igual que lo hizo con todos los encerrados en aquellas celdas. Locura. Muerte. Todo volvió con claridad, la realidad se impuso a lo que solo había sido una ilusión y comprendió la enormidad de todo aquello.

—No… —Se atragantó. No podía hablar. Se estaba ahogando, estaba…

—Oh, Dios… Oh, Dios…

¿Serena estaba llorando? No podía verla. No podía llegar a ella. Ni siquiera podía moverse. Había demasiado dolor, demasiado fuego, no podía respirar… Se estaba muriendo.

—…está bien, Kilian. No luches, ya ha acabado todo. No dejaré que siga haciéndote daño.

Las palabras se filtraron en su mente como si hubiesen sido susurradas allí. Conocía esa voz. *Kynan.* El tono del *nocturna* era como un río de agua helada que se deslizaba sobre él, apagando el fuego que lo quemaba por dentro.

—Estoy aquí… —La voz de Serena. Sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero sonreía. Ella le estaba sonriendo—. Estoy aquí…

—*Él*… estaba… allí —Volvió a ahogarse y tuvo que tragar. Algo se le deslizó por la garganta, era como ácido, pero se esforzó por añadir—. Él… él… Yo… no quería… no quería…

—Está bien, todo está bien —asentía ella, las lágrimas bañándole la cara. ¿Qué era esa sombra? ¿Quién estaba detrás de ella?

No podía enfocar bien, pero sabía que allí había alguien y su presencia era buena. No la percibía como algo malo, sino como algo bueno.

¿Evan?

Era su amigo. Evan estaba allí. Y lo supo. Supo que este era el final. Su rostro era una máscara de serenidad. Lo vio asentir lentamente y le tendió la mano en una silenciosa invitación.

Me estoy muriendo.

No obtuvo respuesta, pero tampoco la necesitaba. Sabía que era así. El rey le había dado su sangre. Lo engañó para utilizarlo en su propio beneficio. Estaba infectado. Siempre estuvo infectado, pero lo enmascaró. El poder que le robó a ese vampiro. Ahora lo recordaba. Los chillidos, la resistencia, el miedo y el horror en aquellos ojos rojos, la culpa por no poder hacer

nada por evitarlo.

Luchó por mantener los ojos abiertos, pero los párpados le pesaban demasiado y estaba cansado, demasiado cansado.

«Voy a matarlo… Juro por Dios que lo mataré…»

«Descansa, ahora, hermano. Nos encontraremos en la otra vida».

«Ve en paz, Kilian. Estaremos bien. No te preocupes por nada. Ve con Evan».

Las voces se entremezclaron y dejó de distinguir quién decía qué. El dolor fue remitiendo hasta que no fue más que un lejano recuerdo. La oscuridad empezó a abrazarle como una amiga, perdió la capacidad de ver, de oír, de conectarse con la vida.

Y Evan seguía allí, esperándole. Y estaba en paz, tal y como lo estaría él.

Serena. Lizzy. Su primo Maroon. Sí. Él las protegería a ambas. Maroon cuidaría de las dos chicas a partir de ahora y Evan y él los esperarían al otro lado, para volver a reunirse cuando cruzasen el umbral.

Sonrió a su amigo, asintió con la cabeza y fue hacia él dejando atrás la vida que había tenido, a la gente que había conocido, y lo hizo en paz, pues sabía que los que quedaban resistirían y seguirían luchando, pues ese era su sino.



—¿Kilian? —Serena se quedó mirando ese rostro surcado de venas negras—. ¿Ki? —No obtuvo respuesta y supo que no la obtendría. Su amigo y hermano acababa de dejar este mundo para cruzar al otro lado—. Ve con Evan, hermanito. Dale un beso de mi parte y esperadnos en la otra vida.

—Ese cabrón… merece morir… lenta y dolo…rosamente…

Ladeó el rostro y miró al recién llegado.

Había aparecido renqueando, como salido de la nada. La única advertencia de su llegada fue el hedor que desprendía, uno que comprendías nada más ponerle los ojos encima y ver su estado andrajoso. Era un vampiro y estaba en pésimas condiciones. Aun así, no dudó en dejarse caer al lado de Kilian cuando este cayó al suelo, convulsionando.

«Lo lamento. Es todo culpa mía». Había musitado con voz rota, pesarosa, antes de ponerle la mano encima y murmurar. *«Libéralo».*

Y entonces, el cuerpo de su amigo se cubrió con esas venas negras, la sangre se presentó en sus ojos y nariz como imparables hemorragias. Fue como si le hubiesen despojado de un velo y todo lo que había debajo, la realidad que ocultaba apareciese de golpe.

Serena supo quién era el recién llegado en cuanto el vampiro levantó la cabeza y se encontró con su mirada de dolor; esos ojos rojos de pupilas blancas eran inconfundibles. La descripción que había hecho el joven sobre el tipo que lo había ayudado a salir de su encierro concordaba con el que tenía ahora frente a ella.

Kynan, quien había acudido a su grito con la rapidez de un parpadeo, frenó en seco al ver al tipo. Su expresión era la de alguien que creía haber visto a un fantasma o presenciado como un muerto se levantaba de la tumba. Fue una reacción fugaz, pues se recompuso enseguida para dar paso al hombre tranquilo y metódico de siempre.

Todo ocurrió demasiado rápido, tanto que aquello le parecía más bien una pesadilla que la realidad. No había manera de negar lo evidente; iba a perderlo a él también.

El *Nocturna* que los había acompañado, superado el primer instante de sorpresa, maldijo en voz alta y se dejó caer junto al chico. Empezó a susurrarle, lo que calmó la agonía que recorría y hacía que Kilian se retorciese de dolor. En ese momento supo que había llegado el momento de despedirse e hizo lo que ninguno de ellos había podido hacer por Evan.

Le cogió la mano y se acercó tanto como pudo a él, esperando que pudiese verla a pesar de esa ponzoña negra que le empañaba la mirada y sonrió. Quería que al menos tuviese eso, que supiese que ella y los demás estarían bien. Le habló hasta que se le rompió la voz, a través de las lágrimas que no dejaban de caerle por el rostro, hasta que la muerte volvió para reclamarle.

—Ese monstruo no puede… seguir viviendo… No después de… esto… —siseó el recién llegado. El hombre habría terminado desplomándose en el suelo si el *Nocturna* no se hubiese movido como un rayo para sostenerlo—. Me robó… Kynan —murmuró mirando al Nocturna, cuya identidad evidentemente conocía—. Me drenó… para… esto. —Su rostro cambió y, durante una milésima de segundo, vio una profunda agonía en él—. *Varys*. Él… hizo esto. Él quiere… quiere a *La Sanguia.* Va a por ella. Y a por… los vampiros. No hay tiempo…

No terminó de pronunciar la última palabra cuando la soledad del cementerio fue interrumpida por una miríada de pitidos que escaparon al unísono de los teléfonos móviles.

Serena palideció una vez más. Conocía esa alarma. La había escuchado una sola vez en la vida, cuando se implementó y se hizo una prueba para comprobar su alcance y funcionamiento.

—*Lake Zurich.*… —susurró, mientras tanteaba a ciegas el bolsillo de su abrigo, intentando sacar el maldito aparato.

—Ya ha empezado… —musitó el recién llegado.

Kynan palideció al retirar su propio teléfono y ver el mensaje que se repetía en la pantalla en un intenso color rojo.

—No…

—Es *Lake Zurich* —musitó, ella girando su teléfono hacia los *nocturna*—. Es la alarma de emergencia para evacuar la colonia. Solo suena si…

—Está bajo un asalto —confirmó Kynan en apenas un hilo de voz.

El horror la inundó, drenándole todo el color del rostro.

—¡Sácalos de allí! —pidió el vampiro, luchando con su propia agonía—. *Nosferu*… Iba a enviar… a sus *nosferu*… a recuperar a su rebaño… Él… él lo envió a casa para eso, para poder seguir el rastro del poder… que me robó.

Santo Dios. Serena intentó levantarse, pero falló estrepitosamente, cayendo de nuevo frente al cuerpo sin vida de su amigo.

—*Lizzy*… *Maroon*… —No podía perderles, a ellos no—. Tengo… tengo que ir a casa… tengo que sacarles de allí… Tengo… tengo…

—¡Ve! —El *nocturna* herido alzó la voz, clavando una mirada ardiente en su amigo—. Sebastian… Busca a Sebastian…

Kynan maldijo y marcó rápidamente en su teléfono.

—No os mováis de aquí —ordenó, echándole un fugaz vistazo al vampiro en el suelo y a ella—. No dejaré que pierdas a nadie más. —Con ese último comentario, giró sobre sus pies y habló al aparato para un segundo después desaparecer. Había usado una brecha de traslado.

—Cumplirá… su palabra —murmuró el vampiro mirándola con esos enigmáticos ojos—. Kynan es de los que siempre… cumple su palabra. —Se esforzó por moverse y cuando vio que no podía, se limitó a arrastrarse hasta poder tocar el cuerpo del joven vampiro que los acababa de dejar—. Que tu paso al otro lado sea apacible, hijo, y las almas de nuestros antepasados te reciban con los brazos abiertos.

Serena se unió a su plegaria y, esta vez, haciendo acopio de sus exiguas fuerzas, se quitó el abrigo y cubrió el cuerpo de su amigo con él.

—Te quiero, hermanito —susurró antes de luchar ahora por ponerse en pie y dirigirse a dónde estaba el *nocturna*—. Necesitas ayuda, ¿qué puedo hacer?

No se quedaría de brazos cruzados. No huiría. No volvería a escapar de nada. Nunca más.

Esos ojos extraños se posaron en ella durante un breve instante. Entonces respondió.

—Seguir en pie, joven *valquiria*, seguir en pie.

CAPÍTULO 49

Subterra Lake Zurich
Illinois

Al mismo tiempo…

Maroon se detuvo delante de la puerta. Ella seguía sumida en esa profunda inconsciencia. Sus heridas evolucionaban favorablemente o esa era la mierda que le decían los médicos.

Es humana.

Esas dos palabras salían a colación cada vez que se quejaba de la falta de avances, de que todavía no despertaba, que no había abierto los ojos. El hecho de que hubiese prescindido ya del tubo endotraqueal y respirase por su cuenta era a todas luces un avance, pero no era suficiente. La frustración empezaba a convertirlo en un capullo irritante, lo cual, unido a su arrogancia natural y sus propios problemas, hacía que el hecho de que ahora tuviese los ojos rojos fuese más una molestia que un síntoma de algo bueno.

Tenía que admitir que tanto sus amigos como su familia le facilitaron las cosas al no tratarlo de manera diferente. No había culpa en sus palabras, no le reprochaban nada, ni lo miraban como si fuese alguien distinto al que siempre había sido, pero no era necesario que lo hiciesen cuando era él mismo el que notaba las diferencias.

Quería culpar a los sucesos acontecidos. A la falta de respuestas, a cualquier cosa que no lo llevase a mirarse directamente en el espejo y ver que el único responsable de su actual actitud era él mismo.

Kilian lo había invitado a unirse a Serena y a él en la visita que habían decidido hacer al cementerio en el que la familia de sangre había decidido dar sepultura a su primogénito. Era una costumbre humana, la manera en que tenían los humanos para dar sepultura a sus muertos y recordarlos con el tiempo. Sus amigos querían despedirse, algo que ninguno había podido hacer durante el sepelio; ni siquiera él. Pero Maroon no era capaz de presentarse ante una lápida fría y presentar sus respetos al hombre que había sido como un hermano para él, no mientras su hermana de sangre siguiese atada a una cama de hospital. ¿Cómo podía siquiera mirar su nombre

o dirigirse a él sabiendo que le había fallado a la persona más importante de su vida? Ambos podían haberse pasado la vida peleando como el gato y el ratón, pero estaba claro que se querían. Le debía a Evan mantener a Lizzy en el mundo de los vivos y ayudarla a seguir adelante, no solo por su mejor amigo, sino por él mismo. Esa joven mujer había puesto en riesgo su propia vida al ayudarle a conservar la suya. Podría haberse ido en cualquier momento a buscar ayuda bajo la luz del sol, pero en vez de eso, lo había arrastrado bajo tierra, donde el maldito astro rey no pudiese terminar lo que un *nosferu* había empezado.

No estaba preparado para enfrentarse a Evan, todavía no.

Dejó atrás el umbral de la habitación y se dirigió hacia la butaca que se había convertido en algo así como una extensión de sí mismo. Pasaba tanto tiempo sentado en ese lugar, que prácticamente le habían asignado ya su nombre. Al menos ahora podía moverse con cierta soltura, sin que le doliese cada paso o se agotase con solo ir de un lado a otro de la habitación.

Ventajas de ser un *nocturna*.

Sus sentidos se habían agudizado, su voz se había hecho más profunda y poderosa, algo de lo que no fue consciente hasta que la usó sin querer en una de las enfermeras humanas y su cuerpo sanaba con mucha más rapidez. Todavía notaba el tirón de las cicatrices de las heridas más graves, así como la de la cirugía de urgencia que le practicaron, pero no era nada comparado con el dolor continuo de los primeros días.

Lo que sí seguía con él era esa sensación de sobrecarga, como si siempre estuviese nervioso y le molestase todo, incluso su propia piel. Sebastian le había dicho que no luchase contra ello, que se relajase y lo dejase fluir, pero ni siquiera sabía qué coño tenía que dejar fluir. Se sentía como si navegase por la cubierta de un barco que no deja de moverse y eso no hacía gran cosa por mejorar su humor.

Se acercó a la cama y contempló el rostro pacífico de Elizabeth. Le habían trenzado el pelo, posiblemente su madre, quien había estado aquí más temprano. Joan Trudel parecía haber envejecido de golpe en un par de semanas. Era como si se hubiese apagado, perdiendo parte de la energía que solía caracterizarla. Norman, su marido, aguantaba el tipo, sin duda por ella, pero cualquiera que lo mirase sabía que también portaba el peso del duelo.

Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. Un toque ligero que lo conectaba con ella o, al menos, creía que así lo sentiría. Era su manera de decirle *«estoy aquí»*.

—¿Cuándo piensas despertarte, *Bella Durmiente*? —preguntó en voz baja.

Unas veces le costaba expresarse. Otras podía pasarse un buen rato hablándole, contándole anécdotas de él y su hermano. No quería que lo olvidase, ni él tampoco olvidarle, así que tiraba de sus recuerdos para darles voz. En otras ocasiones, Kilian y Serena se les unían y permanecían los cuatro en la habitación, para desesperación de alguna de las enfermeras, que insistía en que la *«paciente»* debería descansar.

Desde que Ki abrió los ojos tras traerlo a la colonia, Serena y él se habían turnado para hacerle compañía. Su tío solía quedarse también al lado de su hijo, pero a veces abandonaba la habitación en un intento por ocultar las lágrimas. No podía culparle. Después de escuchar lo que le hicieron, era un milagro que siguiese con vida.

La mayor preocupación para todos era el hecho de que su primo no tuviese ni un solo recuerdo con respecto a la presunta intervención quirúrgica que le habían practicado, según creían los médicos, poco tiempo antes de que hubiese conseguido escapar. Una huida que había llegado de la mano de un nombre que había sacudido a los *nocturna*, así como a su propio padre.

Recordaba escuchar el nombre de Neron cuando era niño y siempre unido a alguna hazaña. Él había sido uno de los *nocturna* al servicio de la reina Ileana. Un guerrero de la vieja escuela, leal hasta la médula y que todos habían dado por muerto.

La descripción que había dado Kilian del susodicho *«vampiro pirado»* hacía que fuese un poco difícil ver a aquel tipo demente como un héroe de guerra. De un modo u otro, estuviese cuerdo o no, su primo juraba y perjuraba que si no hubiese sido por él, seguiría pudriéndose en una de aquellas jaulas con barrotes.

Animales. Lo habían encerrado como a un animal. Y no solo a él. En aquella especie de sótano, había vampiros y humanos, la mayoría de ellos muertos o en proceso de encontrarse con su creador.

Dejó a un lado sus elucubraciones y fue a ocupar el asiento próximo a la cama. Volvía a dolerle la cabeza. Era más una molestia que un dolor en sí mismo, pero hacía que le palpitasen las sienes y le doliesen los ojos.

—Y aquí viene de nuevo el jodido martillo neumático… —Farfulló. Echó la cabeza hacia atrás y se llevó los dedos a las sienes. No había hecho más que empezar a masajeárselas cuando algo lo detuvo en seco. Abrió los ojos y miró a su alrededor como si pudiese ver algo, aunque no estaba seguro del qué—. ¿Qué coño…?

Abandonó la silla y se movió de un lado a otro de la habitación. Había algo en el ambiente. No sabía qué era, nunca había sentido nada como aquello, pero no le gustaba. La sensación era similar al cosquilleo que provocaba la electricidad estática, solo que venía acompañado con algo más espeso y agobiante.

Sus sentidos, ya amplificados desde su ascenso, parecieron avivarse aún más.

—Algo no va bien… —Era puro instinto, la certeza de que lo que percibía en el ambiente no debería estar allí—. Joder… Esto es una m…

No terminó la frase, pues una estridente bocina empezó a sonar por doquier, obligándole a taparse los oídos y sisear. Le llevó un segundo sobreponerse al inesperado ataque a sus oídos y otro que su cerebro registrase el significado de aquella sirena; era la alarma de evacuación de la subterra.

Aquello no podía ser un simulacro.

—Se ha producido una brecha en la seguridad.

Jamás se movió tan rápido en su vida. En un momento estaba en medio de la habitación y al siguiente retiraba las vías de los brazos de la chica, hacía a un lado las sábanas y la arrancaba de la cama. Peligro. La sensación era cada vez más clara, era como si pudiese palparlo en el aire, saborearlo y no era nada agradable, por el contrario, empezaba a recordarle demasiado a lo que se habían encontrado en las inmediaciones del club.

Los *nosferu* habían entrado a la colonia.

Aseguró la carga que llevaba en brazos y abandonó la habitación. Pronto empezó a escuchar los primeros gritos, seguidos de golpes, muebles volcándose y pasos, pasos de personas que corrían. Habían alcanzado la *Casa Común*. Estaban en el corazón de la colonia, lo que quería decir que debían haber rebasado la casa *Primera Sangre.* Un escalofrío helador le bajó por la columna, apretó con más fuerza a la chica que llevaba en sus brazos y envió una plegaria a los cielos rogando que todos estuviesen bien. Si habían alcanzado la unidad central, fuese quien fuese el atacante, tendría acceso a las unidades independientes.

—Joder… —Maldijo mientras avanzaba por uno de los corredores en sentido contrario a todo aquel ruido. Necesitaba llegar a uno de los túneles de evacuación. Por suerte, el sol se había puesto hacía tiempo, con lo que no había peligro de salir a la calle.

Apenas llevaba recorridos unos cuantos metros cuando escuchó los primeros disparos y más gritos. Estos venían desde algún punto por delante de él. Se quedó quieto, apretó a Elizabeth contra su pecho, protegiéndole la cabeza mientras el corazón se le aceleraba. No podía moverse, estaba aterrado. El recuerdo de aquella noche volvió como una marea e inundó su mente. El latido de su propio corazón empezó a replicársele en los oídos y lo notó también en sus sienes a medida que el miedo corría libre por sus venas.

Y entonces, lo vio. Apareció corriendo, armado como un jodido comando del ejército, con chaleco antibalas y un arma en los brazos. Se detuvo en seco y cuando lo miró, sus ojos se abrieron con visible sorpresa. Los labios empezaron a curvársele y los colmillos de aquel monstruo quedaron a la vista.

—Pero qué tenemos aquí…

Maroon dio un paso atrás, luego otro, sin apartar los ojos de aquel maldito.

—Tranquilo, muchachito. Hemos venido a liberaros. Os llevaremos de vuelta a casa —aseguró con una convicción que solo podía venir del fanatismo—. Ven. No te haré daño.

Continuó retrocediendo, sus ojos clavados en él. El latido en sus sienes iba a más, el dolor de cabeza aumentaba y no era capaz de ahogar el murmullo que se le había metido en los oídos. El *nosferu* seguía hablando, pero él ya no lo escuchaba, no podía.

«Déjalo salir. No te contengas».

Las palabras de Sebastian volvieron a su mente en ese momento, como si fuesen unas instrucciones precisas, algo a lo que tenía que prestar atención.

«Respira, Maroon. Solo respira».

Inspiró hondo y se llenó los pulmones de un perfume que no debería haber estado ahí, que no pertenecía a la subterra y que lo hizo arrugar la nariz y replegar el labio inferior. Eso era lo que había olido también entonces, cuando los habían atacado, cuando ese malnacido lanzó a Lizzy por los aires y aquel otro ser mató a Evan.

No podía volver a pasar por aquello, no podía permitir que le hiciesen más daño a sus amigos, ni a su familia, ni…

La presión en su cabeza se hizo tan insoportable que pensó que acabaría por volársela de los hombros. Cerró los ojos un segundo y, cuando volvió a abrirlos, dejó que todo lo que llevaba dentro se derramase fuera de él. Se imaginó a sí mismo como una presa que abre las compuertas para vaciarse y lo dejó salir.

—Vete… al… infierno —le dijo. El monstruo que se había acercado hasta estar casi al alcance de su mano se detuvo de golpe. Abrió los ojos de par en par, como si no pudiese hacer otra cosa y acto seguido empezó a sangrar. Sangre negra y fétida escapaba ahora por sus ojos, nariz y boca… Hasta que fue el mismo individuo el que empezó a caerse a trozos, como si fuesen las piezas de un macabro puzle.

La cosa cayó sobre sus rodillas. O al menos lo hizo la parte inferior del tronco, que se separó de la mitad superior como si hubiese sido cortado por una afilada cuchilla. La otra parte del cuerpo cayó hacia atrás y Maroon se quedó horrorizado al ver esos ojos inyectados de sangre que miraban al techo sin ver nada.

Acababa de matar a un *nosferu* troceándolo por la mitad.

—Cristo… —jadeó.

El sonido de nuevos disparos lo sobresaltó y fue todo lo que necesitó para ponerse en movimiento. Pasó por encima de los pedazos del tipo y avanzó a trompicones por el corredor que llevaba al centro de la colonia. No había otro modo de salir de esta área si no era pasando por allí, pero lo que fue encontrando por el camino lo dejó sin respiración. Se topó con dos cuerpos más seccionados, una pierna cortada a la mitad, una cabeza y medio torso por otro lado y lo que parecían tres partes de un mismo individuo por otra parte. Entre medias, había dos vampiros muertos, uno de un disparo en el corazón y otro con el cuello roto, a juzgar por la manera antinatural en la que había quedado. Los reconoció. Era uno de los matrimonios de más edad de la subterra y posiblemente de toda la raza. Edgar, así si llamaba él, le había contado infinidad de historias del *Viejo Continente* cuando era niño… Y ahora, yacía muerto a sus pies junto a su esposa.

Tragándose la bilis, pasó por encima de los *nosferu* troceados y apuró el paso hasta salir al

centro. Aquello era una matanza en toda regla.

—*¡Maroon, retrocede!*

Escuchó la voz de su padre, se giró para buscarle con la mirada y lo vio caminar de espaldas, descargando la munición de una pistola sobre un *nosferu* que corría hacia él como un auténtico monstruo demente. Tenía los colmillos al descubierto y la boca llena de sangre. El engendro recibió una andanada de disparos, pero no se detuvo, no había manera de derribarlo.

—¡Papá!

—¡Vete! ¡Sácala de aquí! —le gritó, se volvió a mirarle tan solo un segundo y acto seguido se lanzó hacia el pirado—. ¡Vamos!

—Dios… —Apretó los dientes, sintiendo una mezcla de ira y desesperación, así como ese miedo atroz que no lo abandonaba. Giró sobre sus botas y se apartó todo lo que pudo de los combatientes para continuar hacia el único lugar que parecía despejado, pero apenas llegó a la entrada cuando lo vio por el rabillo del ojo.

—¡Maroon! ¡Sal de aquí! —insistió una vez más su padre, que estaba despachando al *nosferu*. En la vida le había visto luchar de ese modo, pero estaba claro que sabía lo que hacía. Con todo, lo que acababa de vislumbrar desde uno de los accesos laterales lo clavó en el lugar.

—Tú…

Una mezcla de rabia y odio desmedido empezó a girar en su interior. Conocía ese rostro, esos ojos inexpresivos y la ausencia total de emoción. Era él, el hijo de puta que casi mata a Lizzy y a él mismo.

—Vaya. Así que esto es lo que estabas destinado a ser. —Lo miró de arriba abajo e hizo una mueca cuando se fijó en lo que llevaba en brazos—. Ah. Ya veo. Todavía queda uno.

El comentario lo estremeció hasta la médula. Aferró aún con más fuerza a su compañera y dio un paso atrás, en el mismo instante en que su padre aparecía entre ellos.

—Retrocede. Vamos, hijo. Márchate.

¿Estaba loco? Ese monstruo era…

—Padre, no puedes… Él…

—Vete, Maroon. ¡Ahora!

El *nosferu* ladeó la cabeza, alternó la mirada de uno a otro y esbozó una perezosa sonrisa.

—Vaya, Elder, así que el joven *nocturna* es tu hijo. Si lo hubiese sabido, habría tenido mucho más cuidado. Sobre todo, dado lo que ha obtenido al superar el *ascenso.*

Espera, ¿ellos se conocían?

—Hijo de la gran puta… —gruñó su padre—. Fuiste tú. Todo este tiempo has sido tú, maldito.

El *nosferu* sonrió, pero su sonrisa era una mueca en sí misma, no había nada allí.

—Todavía estás a tiempo de corregir tu error, Elder. Ven a casa. Tu hijo y tú. Los dos

podéis volver al rebaño. El *sire* lo entenderá, te perdonará… Ven a casa.

—Ya estoy en casa —declaró mientras retrocedía de modo que pudiese mantenerse en todo momento entre ese psicópata y ellos—. Vete. Saca de aquí a Elizabeth. Si la quieres, no permitas que nada ni nadie te la arrebate.

Con eso, su padre se lanzó hacia el *nosferu*, haciéndolo retroceder en un ataque rápido. Ni siquiera supo de dónde sacó el cuchillo, pero en un momento estaba en su mano y al siguiente clavado en el hombro de aquel malnacido.

—¡Maroon, corre!

Su padre lo miró mientras se lanzaba hacia una de las paredes y presionaba algo que estaba oculto entre el relieve de las molduras. Al instante supo lo que había hecho y se quedó lívido. La sirena empezó a sonar de nuevo y esta vez bajaron unas compuertas de acero que sabía no se levantarían hasta que se desactivara el sistema de protección.

—*¡Maroon!*

Su nombre llegó esta vez como un latigazo. Se volvió y vio a Kynan junto a los otros *nocturna*.

—¡Mi padre está enfrentando al *nosferu* que casi nos mata a todos!

—Y una mierda. —Nix se deslizó como un rayo por debajo de la compuerta que bajaba, seguido de Elijah.

—Kynan, sácalos de aquí —ordenó el líder de los *Nocturna*.

—Mantenla a salvo. —El vampiro de ojos rojos lo empujó y, por primera vez, entendió a lo que los *nocturna* llamaban brecha de traslado. La sintió a su espalda, una ruptura en el espacio y, en tan solo un parpadeo, se encontró del otro lado. Estaba al aire libre, junto a un puñado de vampiros que habían conseguido salir también de la subterra. Habían sido evacuados de su propio hogar.

CAPÍTULO 50

Subterra Lake Zurich
Illinois

Unos momentos antes…

Sebastian esperaba no tener que escuchar nunca el intenso pitido que emergía de su teléfono. El sonido inundó el pequeño salón de la casa de Victoria y, en un abrir y cerrar de ojos, pasó del sofá en el que había estado retozando con su mujer al aparato que buscaba en su chaqueta.

—¿Qué es eso?

—Problemas —replicó de manera inmediata. Cogió el dispositivo y confirmó con desasosiego que en efecto era la alarma de la colonia, replicándose en los teléfonos de todos los vampiros.

—Eso se parece a los mensajes de alerta que envía el estado cuando hay alguna emergencia. —Victoria, bendita fuera, ya se estaba vistiendo a toda velocidad—. ¿Es *La Nocturna*?

No. La subterra central estaba bien protegida y en estos momentos dos de sus compañeros estarían cerrando a cal y canto la unidad que pertenecía a *La Sanguia*.

—Lake Zurich —le dijo apagando la alarma y conectando a continuación el manos libres mientras hacía una llamada. Él tampoco perdió el tiempo y se vistió con rapidez—. Joel. Informa.

—Ha saltado la alarma de Lake Zurich. No sabemos… Espera… —Escuchó voces. Era Kynan y estaba alterado.

—¿Dónde está Bast?

—Lo tengo al teléfono.

—Te escucho, Ky.

—Es *Lake Zurich*. Los *nosferu* la han tomado. Kilian, el chico, ha muerto. Infectado.

—¿Cómo? Pero eso no es posible. No tenía…

—Era una ilusión. Neron la ha levantado. El chico ha estado muerto desde el principio.

¡Joder! ¿Munición?

¿Neron? ¿Una infección?

—Oh, Dios. —Tori jadeó a su lado. Sus ojos abiertos con horror, sus manos subiendo de inmediato a los labios para ahogar un gemido.

—Espera, ¿has visto a Neron? —Esa era la voz de Elijah.

—Varys se ha apropiado de su don y lo ha utilizado para crear una ilusión —continuó el *nocturna* que acababa de darles la noticia. Intentaba ser conciso mientras lanzaba la información a toda velocidad y, a juzgar por el sonido, se estaba también armando hasta los dientes, al igual que sus hermanos—. Era una trampa. Buscan a los vampiros. Quieren recuperar el rebaño.

—Hijo de la gran puta…

—Voy a matarlo… —Se volvió como un resorte y vio el miedo en la cara de su mujer—. Te necesito a salvo. Te quedarás en *La Nocturna*.

Ella no discutió. Asintió con la cabeza y le dio la mano al momento.

—¿Dónde está Neron?

—No está en condiciones de luchar. —El tono de Kynan indicaba que había mucho más que decir, pero no era ni el momento ni el lugar.

Sebastian no esperó. Cogió el teléfono, la chaqueta y abrió una brecha de traslado directa a su territorio. Nada más atravesarla sus compañeros se desplegaron a su alrededor. Ya tenían las armas listas, incluidas las suyas.

—¿Cuántos son?

—No lo sabemos, así que iremos con todo —declaró Nix ciñéndose los guantes.

Ya lo creía que lo harían.

—Oh, joder… —El jadeo de su mujer atrajo las miradas de todos, pero no perdieron el tiempo en explicaciones o en lamentos.

—Joel. —En cuanto pronunció su nombre, su amigo asintió y ya estaba enlazando la cintura de su chica cuando esta lo miró—. Alice y tú os quedaréis con Joel. Todo irá bien.

—¿Bast? —Ella se detuvo un segundo, negándose a avanzar y lo miró—. Ten cuidado. Todos. Por favor.

Cada uno de ellos asintió mientras él se grababa la imagen de su compañera antes de que su hermano se la llevase consigo. Joel se quedaría aquí para custodiar a la reina y a su pareja.

—¡Vamos! —Anunció abriendo una nueva brecha—. ¡Atentos!

Cruzaron a toda velocidad, moviéndose en perfecta sincronización como estaban acostumbrados. Un vistazo, eso fue todo lo que necesitó Bast para tomar conciencia de lo que tenían en frente. El lugar apestaba a *nosferu*, pero también a muerte. Elder estaba enfrentando a… ¡Joder! Apenas vio el cuchillo antes de oírle gritar el nombre de su hijo y lanzarse hacia una de las paredes, presionando el relieve oculto en las molduras. Iba a accionar el sistema de

extinción contra incendios, el cual sellaría con puertas de hierro de varios centímetros cada uno de los accesos desde la Casa Común.

—¡Maroon! —Kynan gritó el nombre del chico, quién llevaba a una joven humana en brazos.

La desesperación del muchacho era palpable en su rostro, pero había algo más, el eco inconfundible de un poder desatado.

—¡Mi padre está enfrentando al *nosferu* que casi nos mata a todos!

Las compuertas estaban bajando ya, amenazando con aislar a los dos combatientes.

—Y una mierda. —Nix se lanzó como un demente, deslizándose por debajo de la compuerta, seguido de cerca por Elijah.

—Kynan, sácalos de aquí —ordenó y se volvió justo a tiempo para ver la compuerta completamente cerrada.

—Mantenla a salvo. —Su compañero abrió una brecha detrás del joven *nocturna* y lo empujó a través de ella, entonces la cerró y se volvió hacia él—. ¿Es él? —preguntó ahora su hermano con un inmenso odio ardiéndole en los ojos.

Asintió. Solo lo había visto un instante, pero había sido suficiente.

—Ese hijo de puta sigue vivo. —Y al parecer había matado al hijo de sangre de esta colonia, herido a otros dos jóvenes y secuestrado a un cuarto, el cual acababa de dejar este mundo—. Pero no por mucho tiempo más.

Iba a hacerlo pedazos. Pagaría en carne y sangre lo que había hecho a su gente, no descansaría hasta cumplir la promesa que les hizo a esos chicos. Pero antes, tenían que asegurarse de que habían conseguido escapar todos los miembros de la colonia o que el cierre de seguridad no dejaba en compañía de aquella escoria.

Por fortuna, las puertas no eran a prueba de la brecha y podían atravesarlas sin mayores problemas. Haciendo tándem con Kynan, se movió con rapidez y rastrearon cada pulgada del lugar. Apenas se detuvo unos instantes en uno de los corredores que partía de la enfermería al encontrar lo impensable, tres cuerpos desmembrados con una precisión de bisturí.

—Joder. Le guste o no, ese niño tendrá que venir a *La Nocturna* —declaró Kynan deteniéndose junto a él.

Ninguno tenía duda alguna de dónde había surgido semejante poder, el espacio todavía crepitaba con la huella del joven vampiro. Gruñó en aceptación. Después de esto, no le quedaría otro remedio que trasladar a Maroon y mantenerlo estrechamente vigilado, al menos hasta que supiese controlar el infernal don que había obtenido.

—¡Bast!

No necesitó más advertencia, en un momento estaba de pie entre los cadáveres y al siguiente estaba despachando a uno de esos cabrones que se había quedado atrapado junto a sus

víctimas. Una de ellas tenía un visible desgarro en el cuello, mientras que la otra estaba muerta, con la mirada perdida.

La rabia le corría por las venas, pero no podía detenerse y recrearse en esa muerte. Era necesario que terminasen rápido aquí para poder cubrir a sus *nocturna*.

Le metió una bala entre los ojos y el cuerpo cayó hacia atrás, muerto en el acto.

—Sácala de aquí —señaló al vampiro que todavía estaba con vida.

Segundos. Fue todo lo que necesitó Kynan para abrir una nueva brecha, trasladar a la herida y volver para continuar con su tarea.

El tiempo pasaba demasiado lentamente. La subterra era enorme, todas la eran, pero no podían dejar nada al azar. Cadáveres y más cadáveres, vampiros asesinados y cinco *nosferu* más con los que tuvieron que enfrentarse antes de poder concluir que habían barrido cada una de las siete unidades.

Ya solo quedaba una y a medida que se acercaban a la unidad norte, la casa de la familia de sangre de la colonia, fueron conscientes de cuál había sido el punto por el que entraron.

—Dios… No. —Kynan se vio obligado a retirarse del umbral que separaba el pasillo de acceso a la colonia de la casa habitada por los humanos. El *nocturna* cayó contra la pared, la golpeó un par de veces con la nuca y dejó escapar un bajo alarido que le laceró el corazón.

Sabiendo lo que se iba a encontrar, Sebastian se revistió a sí mismo con su impermeabilidad y atravesó el umbral. Lo que allí vio quedaría para siempre grabado a fuego en su mente.

Se obligó a cruzar habitación tras habitación hasta la puerta principal de la casa, que encontró abierta. Con una lentitud nacida de la necesidad de contención y la sangre hirviéndole de pura rabia en las venas, sujetó el pomo y tiró hacia dentro hasta cerrarla. Giró la llave en la cerradura y dio media vuelta para volver sobre sus pasos sin pronunciar una sola palabra.

Esta noche, no iba a dejar un solo *nosferu* con vida en la subterra y que Dios le ayudara, porque después iba a ir a por el monstruo que estaba detrás de semejante matanza.

Kynan, cuyo rostro era una máscara pétrea carente de emociones, algo impensable en el más empático de todos los *nocturna*, ya había abandonado la pared y esperaba para abrir de nuevo la brecha en aquel mismo lugar.

Asintió con la cabeza y, tras crear la apertura, ambos entraron en el círculo cerrado a cal y canto que se había formado en el corazón de la subterra.

Elder estaba todavía en pie. Sangraba por varios cortes, incluido uno bastante feo en la cara y juraría que le habían metido un tiro en la pierna, pero el vampiro había presentado una importante batalla, a juzgar por cómo estaba su oponente.

Nix y Elijah habían sacado los cuchillos, lo que significaba que estaban dispuestos a devolverles corte tras corte a ese cabrón. Y a juzgar por el estado del *nosferu*, ya habían recibido

algunos.

—Los ha matado… —Kynan respondió a la mirada de Elijah y este apretó la mandíbula. Cuando volvió a mirar al *nosferu* que tenía en frente, sus ojos brillaban con una promesa de muerte—. Ha masacrado a la *familia de sangre*…

Elder cerró los ojos, el dolor se le reflejó en la cara, pero no dejó salir ni un solo ruidito de su boca.

—Y a vampiros —añadió él avanzando hacia aquel hijo de puta—. Has matado a tus propios hermanos.

El vampiro corrupto ante él levantó la cabeza en un gesto que recordaba bien. Siempre había sido arrogante, lo bastante como para creerse por encima de las normas, para desafiar su autoridad y poner a su gente en peligro. Y lo había conseguido. Apenas unos meses después de haberlos traído al *Nuevo Mundo*, Everett, Lord Lison, uno de los miembros más influyentes del ya desaparecido *Concilium*, se negó a seguir bajo su *«yugo»* y abandonó la *Primera Comunidad* llevándose con él catorce familias.

Hoy, no quedaba un solo de esos vampiros. Todos ellos habían caído víctimas de los primeros ataques perpetrados por los *nosferu* en su nueva tierra. Dado que algunos habían desaparecido y no se los había vuelto a ver, dieron por hecho de que habrían sido víctimas de los experimentos de Varys. Sabía que algunos habían sido convertidos, pues se habían enfrentado a ellos con el paso de los años, pero esta era la primera vez que se lo encontraba a él.

Sus ojos eran fríos y no había ni una pizca de emoción en esos rasgos aristocráticos cuando los posó sobre él.

—¿Hermanos? No, Sebastian. Mis hermanos están siendo conducidos de vuelta al rebaño que les hiciste abandonar —respondió con esa voz que recordaba bien, aunque ahora carecía de la vivacidad de antaño—. Lo que yace bajo tus pies es la escoria inservible a la que convertiste con artimañas. —Deslizó la mirada hacia Elder y sacudió la cabeza—. Siempre fuiste débil, Elder. Te creías todas las mentiras que salían de su boca, seguiste al hombre equivocado, ¿y qué es lo que has ganado? —Después de dirigirse a él, miró a sus *nocturna*—. Perros entrenados, lejos queda la grandeza de los guerreros que servían con lealdad y devoción a nuestro rey.

—Yo no tengo rey, ¿tú tienes rey, Nix?

—No. No tengo de eso.

—¿Kynan?

—No.

—¿Sebastian?

—Yo solo tengo una reina —declaró con firmeza—. Mi lealtad y devoción son y serán siempre para *La Sanguia*.

—Él la quiere de vuelta, ¿sabes? —le dijo volviéndose ahora hacia él—. Quiere lo que le

has robado.

—Dado que no he robado nada, no creo que pueda devolvérselo.

El *nosferu* chistó y sacudió la cabeza.

—No tendrás que hacerlo. Él irá a ella y ella no se resistirá. La sangre llama a la sangre.

—Y los gilipollas a los gilipollas —chasqueó Elijah—. ¿Qué? ¿Dejamos la cháchara y nos lo cargamos de una puta vez? Me está cabreando escuchar tantas tonterías juntas.

—No hay más ciego que aquel que no quiere ver… —replicó el hombre en medio de la sala—. Abrid los ojos, *nocturna*, abrid los ojos y contemplad el poder de vuestro verdadero rey.

La hoja del cuchillo brilló, todos se prepararon para el ataque, pero este no llegó, ya que el filo acabó deslizándose por su propia garganta. La sangre que brotó de la herida era roja, no negra como habría esperado de un *nosferu* y el cuerpo que colapsó y empezó a empapar el suelo con el líquido carmesí tampoco pertenecía al taimado Lord Lison.

El hombre que yacía muerto en el suelo de la subterra de Lake Zurich era un *Sangre Liberta*.

CAPÍTULO 51

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

La muerte era la mejor amiga de la guerra. A ella no le importaba de qué raza fueses, qué ideales siguieses, si eras rico o pobre, joven o viejo. Se presentaba rápida y sin avisar, golpeando con la dureza de quienes la invocaban con sus acciones. La *Parca* no tomaba decisiones, era una consecuencia de ellas, la más amarga y destructiva de todas. Ella no era quien lanzaba cohetes y destruía ciudades enteras, ni quien ponía un arma en la mano de un muchacho y lo enviaba a combatir, no era la que clavaba una ponzoñosa aguja en la vena de un drogadicto, ni maltrataba a un hombre hasta arrebatarle la vida. Esas eran las personas, seres que presumían de ser racionales, de poseer conocimiento y que, sin embargo, cuando llegaba el momento de mostrarlo, se escondían detrás de miles de pretextos.

No. La muerte no tenía la culpa de lo que pasaba en el mundo. Los culpables eran todos los que intervenían para que hiciese acto de presencia.

Victoria se rodeó a sí misma con los brazos mientras caminaba de un lado a otro de la antesala de aquella habitación. De vez en cuando miraba la enorme lámina de metal tachonado cerrada a cal y canto, una pesada puerta de acero capaz de contener la detonación de una bomba o quizá incluso un jodido cataclismo. Y ella estaba del lado de dentro, donde la *Dama Blanca* no podía llegar o donde los que allí se reunían pensaban que no podía hacerlo.

No quería estar aquí. Se estaba ahogando y no era por falta de aire. El corazón le latía más acelerado que nunca y no encontraba el sosiego necesario para hacerlo bajar de pulsaciones. No estaría tranquila hasta que lo viese de nuevo delante de ella.

El amor no era suave y tierno. El amor era doloroso y aterrador. Era un corazón que se marchitaba si no recibía los cuidados necesarios y que le abría los brazos al miedo cuando debería mantenerlo alejado. Y ella tenía miedo, un terror real y absoluto a lo desconocido, a la ausencia de respuestas y no saber que estaría pasando al otro lado de esa puerta, en un lugar al

que no podía llegar y en el que ni siquiera sabía si querría estar.

—Volverá. Nada lo mantendrá alejado de ti.

Se volvió hacia el hombre que pronunció esas palabras y se encontró con esos ojos rojos que le recordaban que no era humano. Era *Nocturna*. Un vampiro. Un ser que hacía tan solo veinte días era parte del folclore de algún país, un mito literario y no la aterradora realidad en que se había convertido. Hace cuatro semanas, ella era tan solo la camarera de un bar de copas, una humana ajena a la existencia de esta otra realidad, alguien que se levantaba a media tarde para prepararse para entrar a trabajar por la noche y volver a casa poco antes de que saliese el sol. Cuatro semanas atrás no habría estado tan asustada como lo estaba ahora, con los nervios de punta y rogando interiormente porque el hombre del que se había enamorado volviese a su lado del mismo modo en que se había marchado; vivo y sin un rasguño.

Veinte días atrás se había limitado a sobrevivir a un día tras otro, pero hoy… Hoy solo quería que esa jodida puerta se levantase y Sebastian la abrazase, porque la alternativa no le parecía nada bonita. *Nop.* Ni un poco.

—Más le vale que lo haga —musitó en respuesta al comentario de Joel y siguió con sus idas y venidas. No podía estarse quieta, necesitaba mantenerse en movimiento, pues de lo contrario empezaría a gritar como una loca y a aporrear esa jodida lámina de acero—. Más le vale. Sí. Más le vale.

—Tori… —Una delicada mano acabó sobre su hombro, deteniéndola en seco. Se dio la vuelta y se encontró con la mirada de un tono caoba oscuro de Alice. El tono rojo de sus ojos había vuelto a perder intensidad. Ya eran mucho más castaños que hacía tan solo una semana—. Ven. —La cogió de la mano y la llevó consigo al otro lado de aquella antesala, desde donde accedía a las dependencias de *La Sanguia.* Alice tenía un minipiso para ella sola.

Zuzanna cruzó la mirada con ella en cuanto entraron, pero no dijo una palabra, aunque era evidente por su lenguaje corporal que también estaba tensa.

—Siéntate. —Alice la llevó al salón y le indicó el sofá—. Zanna, por favor. Tráenos un té.

—No quiero un maldito té —replicó Tori y giró sobre sí misma, pero no se movió—. Joder, Alice. Iban armados hasta los dientes. ¡Armados! —Una cosa era saber lo que Sebastian le había dicho con respecto a lo que hacía cada noche que salía ahí fuera y otra muy distinta estar presente mientras un grupo de tíos se enfundaba todo tipo de armas por todo el cuerpo. ¡Parecían un puto comando de élite de los que salían en las películas! ¡Y ella lo había presenciado como una horrible realidad!

—Son guerreros, ¿qué esperabas que llevasen encima? ¿Florecillas?

Las palabras de la guardiana de la chica la irritaron sobremanera, pero no por el contenido, sino por la condescendencia con la que las pronunció.

—Quizá en tu mundo la gente vaya por ahí, armada hasta los dientes, guapa, pero en el mío

no —gruñó en respuesta. Estaba encendida, el miedo le había soltado la lengua y le daba lo mismo la manera en la que esa estirada la miraba.

—Este es ahora tu mundo, *Primada* —replicó la mujer encogiéndose de hombros—. Si esperabas otra cosa, quizá deberías haber evitado acostarte con el *Lore* de *La Nocturna*.

—¡Zanna! —Alice dio un paso adelante con gesto censurador.

La mujer la ignoró y se plantó delante de ella. No dejó de mirarla a los ojos.

—¿Vas a decirme que en tu mundo no hay muertes? ¿Qué los humanos no asesinan a otros humanos por venganza o incluso por celos? ¿Qué no asesinan a vuestros niños y mujeres por el simple hecho de habitar en un territorio que desea alguien más? ¿No tenéis guerras? ¿No tenéis…?

—¡Vale! Lo he pillado, gracias —resopló irritada. Extendió el brazo en un gesto desesperado y señaló—. Pero una cosa es saberlo, verlo a través de las jodidas noticias, que pase a kilómetros de distancia de ti, y otra muy distinta estar en medio de ello. Eso cambia la perspectiva de cualquier persona y la vuelve un poquito histérica. ¡Así que perdona si no me siento a tomar un puto té con Alice cuando sé que el amor de mi vida y sus hermanos están ahí fuera enfrentándose a vete tú a saber qué mierda!

—La misma mierda que, según tengo entendido, casi acaba con tu vida. —Señaló la mujer —. El que no lo haya hecho tendría que darte algo de perspectiva sobre tu propia fortaleza, Victoria. Y sobre la clase de mal que no podemos permitir que siga haciéndole a otros lo que intentaron hacerte a ti. Lo que le hicieron a ese hijo de sangre de Lake Zurich o a ese joven vampiro. *Lore Sebastian* está ahí fuera para combatir aquello que nadie más que los *nocturna* pueden combatir. Y no lo hace por deporte, ni diversión, sino para proteger lo que queda de su raza. Él protege lo que es suyo y eso ahora también te incluye a ti. Si quieres ayudarle, confía en sus capacidades y en las de sus camaradas y no te conviertas en su próxima preocupación.

Le sostuvo la mirada un buen rato y asintió con la cabeza en silenciosa confirmación.

Entendía el punto de la mujer y, desde luego, no pensaba convertirse en una preocupación ni para Sebastian ni para nadie. Pero no podía fingir que lo que ocurría a su alrededor no le importaba, que no la afectaba. Ella no era así. Su vida *nunca* había sido así. Y ahora se encontraba en medio de una especie de guerra civil o como quiera que llamasen a esa pugna por el poder, el territorio o la gente que parecía acrecentarse entre los dos bandos.

Era muy consciente de que los *nosferu* eran los malos aquí. Los monstruos no solo hacían presa entre los vampiros, sino que les daba igual llevarse también por delante a los humanos. Tal y como le recordó Zuzanna, ella había estado allí, había sido víctima de uno de esos demonios y el que estuviese viva… Más que fortaleza, era un puto milagro. Quizá todo hubiese sido producto del azar, de estar en el lugar y momento equivocados, pero también era consciente de que ese instante de su vida había marcado el rumbo para llegar a este momento.

Si ella no hubiese estado allí, si no la hubiesen atropellado, Sebastian no la habría encontrado. Sus caminos no se habrían cruzado entonces y no sabía si, de haberlo hecho después, ella habría tenido la misma predisposición que tuvo a la hora de aceptar todo esto. Hoy más que nunca estaba convencida de que su mente solo había bloqueado los recuerdos de aquella noche, que lo que quiera que hubiese pasado seguía ahí, en su cerebro. Ese incomprensible miedo con el que había vivido hasta ahora, las sombras en sus pesadillas, las sensaciones… todo ello venía de lo ocurrido entonces y, probablemente, sería lo mismo que habrían sentido o estarían sintiendo las víctimas de esos monstruos.

—No pretendo ser una carga para nadie y, desde luego, no lo seré para Sebastian. —Acabó diciendo en voz alta—. Pero soy humana y el *nocturna* que está ahí fuera es *mi* hombre. Así que, si mientras él está ahí fuera, combatiendo o haciendo vete tú a saber qué, yo quiero ponerme histérica, lo haré. No soy capaz de comportarme como una perra fría y carente de emociones, lo siento. Pero tranquila, tampoco soy de las que se echa a llorar a moco tendido cuando las cosas van como el culo. Pefiero emprenderla a golpes con una puta puerta de metal.

Dicho eso, giró sobre sus talones con intención de desfogarse haciendo exactamente eso, pero no llegó a dar ni un solo paso.

—¿Tan mal se ha portado contigo esa *puta puerta*, dulzura? —preguntó Sebastian, de pie en el umbral—. Dime si quieres que la mate por ti.

Victoria no pronunció una sola palabra. Se quedó allí, recorriéndole con la mirada, dejando que su expresión y sus ojos hablasen por ella al ver las manchas oscuras en su ropa, las salpicaduras rojas sobre su piel…

—Estoy bien, Tori. No es mía.

Dejó escapar un gemido de puro alivio y corrió hacia él, saltándole encima sin miramientos. Le envolvió los brazos en torno al cuello y le confesó:

—Te quiero. —No podía esperar ni un segundo más para decírselo. No quería que, si volvía a salir ahí fuera, lo hiciese sin saber que su corazón le pertenecía a él y solo a él.

Él ladeó el rostro, hundió la cara en su cuello y notó cómo aspiraba, como si necesitara llenarse con su aroma. Entonces sintió sus labios contra la piel desnuda y el breve beso que depositó allí.

—¿Sebastian? —Era la voz de Alice.

Se separó de ella con tanta lentitud que parecía estarse despegando de su cuerpo. Y de muy mala gana, además. La miró un instante a los ojos, asintió con un gesto apenas imperceptible y entonces se volvió hacia su hermana—. *Mi Sanguia.*

—¿Qué ha pasado? —Alice dio un paso adelante y su postura cambió por completo. Esta era la reina, la mujer que estaba a la cabeza de los vampiros, no la hermana y la amiga—. ¿La Subterra…?

—La han arrasado. —No vaciló al dar su respuesta, una que los hundió a todos en un sobrecogedor silencio.

Victoria se estremeció. La dimensión de aquellas palabras tardó en penetrar en su mente. Tuvo que bucear en la información que le había brindado su pareja en el pasado y recordar el número de vampiros que moraban en cada una de las colonias subterráneas. La repentina palidez de las dos mujeres presentes en el salón se duplicó en su propio rostro y fueron sus labios los que emitieron un bajo:

—Oh, Dios mío.

—¿Bajas? —A Alice le falló un poco la voz, pero se las ingenió para mantener el tipo. La forma en la que estaba enfrentándose a aquello era admirable, sobre todo por su juventud.

Sebastian, por su parte, dejó escapar un profundo suspiro y su lenguaje corporal cambió al momento. La tensión en él era evidente, la rabia palpable en esos ojos carmesí y en su voz al responder:

—Han asesinado a treinta vampiros en el interior de la subterra, después de masacrar a la *familia de sangre* que guardaba la entrada. —Tori se llevó las manos a la boca, silenciando su propio horror—. Creemos que ya estaban dentro cuando se activaron los avisos. Hemos contado veinticinco supervivientes, entre los que hay varios heridos, algunos de gravedad, pero faltan quince personas… entre ellos un par de niños de corta edad. El joven Kilian ha muerto. En realidad, llevaba muerto desde que lo rescatamos. Todo fue una cortina de humo para… *esto.*

—¿Qué quieres decir con que llevaba muerto desde que lo rescatasteis? —inquirió Zuzanna.

El *nocturna* clavó su mirada fría en la mujer.

—Estaba infectado. El poder que Varys robó de uno de sus prisioneros contuvo la enfermedad como parte de la… ilusión.

—¿Ilusión? Entonces, Neron… —La voz de Alice se quebró, la esperanza en sus ojos era tan intensa que la sorprendió.

—Está vivo…

—Oh, Dios… —La vampira se llevó la mano sobre el pecho y trastabilló, pero era obvio el alivio que le había supuesto escuchar aquello.

—…y en casa —Terminó Bast haciendo que los ojos de su hermana empezasen a vidriarse por las incipientes lágrimas—. Ha vuelto a casa, Alice.

La chica apretó los labios y asintió. Su mirada sobrepasó a su hermano, a su guardiana y atravesó el umbral de la habitación como si pudiese ver más allá.

—Y hay algo más que debes saber. Que todos debéis saber —corrigió mirando no solo a su hermana, sino también a la mujer que siempre la acompañaba—. Lord Lison forma parte de las filas *nosferu.*

—¿Qué?

—Hijo de la gran puta… —Bueno. Esta tenía que ser la primera vez que veía a la reina de los vampiros jurar de aquella manera. Alice siempre era muy correcta, dulce incluso, por lo que no le pegaba semejante respuesta.

—Maroon Breiner lo reconoció como el tipo que los emboscó y secuestró a Kilian —informó con voz dura y letal—. Creemos que puede haber dirigido el asalto. Estaba en la colonia, enfrentándose al *Lore* Breiner cuando llegamos, pero… al final las cosas dieron un giro inesperado. El lord Lison que teníamos delante no era el verdadero, sino una ilusión. El hombre se cortó la garganta allí mismo y cuando golpeó el suelo… —Sacudió la cabeza—. Varys ha capturado a varios *Sangre Liberta*. Un comando, posiblemente. Los ha ido exterminando a todos. Neron reconoció al tipo que se suicidó como uno de los humanos que ocupaban las jaulas de las que había hablado el joven Kilian. El cazador ya estaba infectado y pensó que estaba muerto… Supone que Varys todavía tenía suficientes reservas del poder que le robó como para mantener la ilusión y llevar a cabo esta inesperada incursión.

—Por todos los dioses… —jadeó Zuzanna, cuyas noticias la sacaron de su habitual estoicismo—. Lison vivo y parte de los *nosferu*. Neron también ha regresado de entre los muertos y ambos han estado, todo este tiempo, en manos del *consorte maldito*. —Sacudió la cabeza, como si necesitase quitarse de encima la incredulidad y retomó algo que había dicho Sebastian—. ¿Has dicho que faltaban quince personas de la colonia?

—Planearon el asalto para *«recuperar al rebaño»* —dijo el *nocturna* y sus palabras podían haber sido perfectamente cubitos de hielo, por la frialdad con la que las pronunció—. Neron nos ha dicho que Varys pretende recuperar a su pueblo y traerlos de nuevo a su lado y bajo su liderazgo. El lugar que cree que le corresponde por derecho.

—Lo está haciendo por mí… —murmuró Alice consternada—. Los está cazando porque yo no he ido a él…

—Ni irás. —Zuzanna se volvió como un resorte y no dudó en plantarse delante de su señora—. Si tú caes, *Sanguia*, toda la raza caerá contigo.

—Ya está cayendo, Zanna, ¿es que no lo ves? —La vampira se pasó la mano por el pelo rubio, rastrillándolo hacia atrás—. Ha encontrado una de las colonias, ¿qué evitará que encuentre las otras? ¿Cómo los protegeré? Ya no tengo… no soy…

—*Sanguia.*… —Bast dio un paso hacia su hermana, pero ella abrió los brazos de par en par.

—¡Estoy descendiendo, Sebastian! ¡Estoy en pleno *descenso*!

—No. —Negó él con vehemencia, lo cual no hizo más que enfurecer a la chica.

—¡Mírame! —Alzó la voz con desesperación—. ¡Mírame, maldita sea! Ya ha empezado…

—*Sanguia.*… —El horror se reflejó en el rostro de la guardiana.

La chica dejó caer los brazos y sacudió la cabeza con visible agotamiento, pero a pesar de

ello, en sus ojos había una firme decisión.

—Negarlo no servirá de nada, hermano mío —declaró la mujer—. Ha llegado la hora, Sebastian. Tienes que ocupar mi lugar.

CAPÍTULO 52

«Tienes que ocupar mi lugar».

Cinco palabras que marcaban su destino con una dureza y claridad como ninguna otra cosa lo había hecho antes. Cinco malditas palabras a las que volvió a dar la misma respuesta de siempre, la única que tenía:

—No.

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejar de ser tan cabezota? —rezongó su hermana—. ¡No tenemos alternativa! ¡No hay más mujeres de sangre real! Tú eres el único que todavía conserva la *sanguia regis* corriendo por las venas.

—No soy de tu linaje. Mi padre…

—Tu padre fue un hombre de honor. Amó a nuestra madre por encima de todo y la antepuso, a ella y a nuestra gente, a su propia felicidad —replicó Alice al tiempo que lanzaba el brazo como si quisiera señalar a alguien—. Nocta cumplió con su deber, ¿y qué hizo mi padre,

Bast? Nuestro querido rey consorte. ¿Qué fue lo que hizo él? ¡Nos condenó a todos eligiendo su propia felicidad por encima del bienestar de toda una raza! ¡Nos abandonó!

No podía refutar lo que ambos sabían.

—Tienes a los *nocturna* de tu lado. Ellos atestiguarán la pureza de tu sangre, como también lo haré yo —insistió Alice—. Nuestra gente necesita un líder que pueda guiarles, Sebastian y que se mantenga a su lado en los momentos difíciles, no alguien que ha pasado toda su vida encerrada entre cuatro paredes. No quieren un símbolo, quieren un hombre de carne y hueso que luche por y con ellos tal y como acabas de hacer tú.

Solo había una forma de poner punto y final a este asunto ahora mismo, sobre todo cuando tenía cosas mucho más acuciantes e importantes de las que encargarse.

—Soy un soldado, *hermana*, no un rey —sentenció y, como tal, se llevó el puño al corazón e inclinó la cabeza en un gesto de sometimiento—. He terminado mi reporte. Ahora, si me disculpas, debo volver ahí fuera para ocuparme de ciertas cosas. Hemos traído a los heridos y a los supervivientes de Lake Zurich a *La Nocturna* y necesito encontrarles un lugar para alojarse.

—¿Los has traído a *La Nocturna*? —La censura en la voz de Zanna era evidente y entendía su respuesta, pero tal y como estaban las cosas ahora mismo, este era el lugar más seguro—. ¿Has perdido el juicio? La *Sanguia* reside aquí.

—Y también lo hacen otros cinco *nocturna*, con lo que será el lugar perfecto para mantener a salvo a todas esas personas —declaró Alice pasando entre ellos con total decisión. Su hermana había aceptado ese alto el fuego para dedicarse por completo a socorrer a su gente—. Tenemos dos unidades familiares vacías y con suficiente espacio para alojarlos a todos. —Recordó dejando atrás el área privada de su alojamiento para detenerse ante la enorme plancha de metal que todavía mantenía el área completamente aislada del resto de la Subterra—. ¿En serio? Tu mujer la odia, por cierto.

—Mi mujer no odia la puerta, sino el hecho de que la mantenga a ella dentro y a mí fuera —rezongó y no pudo evitar mirar entonces a Victoria, la cual había permanecido callada durante el intercambio que habían protagonizado Alice y él.

—En realidad estaba a punto de emprenderla a patadas con esa cosa antes de que hicieses tu truquito de *«ahora estoy, ahora no estoy»* y aparecieses aquí dentro, *cariño.*

Te quiero. Ni por un momento había obviado esas dos palabras que le había susurrado ella mientras lo abrazaba. Quería devolvérselas. Porque sí, él también la quería y no concebía una vida que no fuese a su lado. Deseaba que lo supiera, que lo escuchase de su boca y no solo lo viese en sus ojos o lo notase en sus caricias. Ella necesitaba oírlo y él pronunciarlo, pero una vez más, tendrían que esperar al momento en que pudiesen estar a solas; algo que parecía imposible el día de hoy.

Sacó el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y accedió rápidamente al sistema

electrónico del cierre de la colonia que manejaba, entre otros lugares, desde su teléfono. Un segundo después, el sonido del mecanismo de la puerta empezó a escucharse y la pesada plancha de acero se retiró a su lugar.

—Alice. Tú te quedarás aquí hasta que comprobemos que no tenemos ningún polizón entre los rescatados. —Confiaba en Elder, pero dado el caos que se había generado y los heridos a los que había que atender, tuvieron que actuar con premura y dejar a todo bajo la supervisión del único hombre al que no vacilarían en seguir.

Ella no protestó. Se limitó a asentir con la cabeza y acto seguido se volvió hacia su guardiana, con la que intercambió algunas palabras. Odiaba tener que darle la razón, aun si solo lo hacía en su mente, pero la realidad estaba ante sus ojos y ya no podía negarse a afrontarla. Podía resistirse todo lo que quisiera y negarse a sus peticiones, pero su hermana tenía razón. Había empezado su *Descenso* y tenía el presentimiento de que era posible que acabase sucumbiendo al umbral mucho más pronto de lo que cualquiera de ellos desearía.

—¿Cómo puedo ayudar? —Victoria le puso la mano en el brazo, un pequeño toque de atención que lo hizo volverse hacia ella—. Ya he avisado de que hoy no iré al bar. No podría concentrarme ni aunque quisiera, así que… Aquí estoy si me necesitas.

Sebastian deslizó los dedos por la suave mejilla de la chica y se inclinó hacia delante, apoyando su frente en la de ella durante unos segundos.

—Siempre voy a necesitarte, Victoria, siempre —aseguró al tiempo que le acariciaba la piel con el pulgar. Ladeó la cabeza y le acarició la oreja con los labios—. Te quiero, dulzura. Más de lo que pensé que llegaría a amar a alguien. Lleva mis palabras contigo. Ya no estás sola. Ahora somos dos.

Cuando volvió a mirarla, le brillaban los ojos.

—Somos dos. Lo tengo.

Sonrió y, como ya era costumbre entre ambos, enlazó sus dedos en los de ella.

—Maroon está aquí con Lizzy —le dijo, sabiendo que su dulce humana se sentía conectada de alguna manera a esos dos chicos—. Su familia… La ha perdido por completo en esta incursión.

—Oh, Dios… —El dolor asomó en los ojos verdes, pero asintió, comprendiendo sin necesidad de más palabras lo que le estaba diciendo—. De acuerdo. Lo entiendo. Estaré ahí.

—Maroon acaba de… experimentar la apertura de su don… —Y era algo que no había visto en toda su vida, un poder letal que debía ser controlado a toda costa—. Necesito que permanezca tranquilo hasta que los chicos y yo podamos hacernos cargo.

—Veré qué puedo hacer —admitió ella con gesto pensativo—. Algo se me ocurrirá.

Estaba seguro de que así sería.

—Lamento traer esto a nuestra casa, Victoria, pero…

Ella negó con la cabeza y le apretó la mano.

—Mira. Puede que no entienda bien lo que pasa ahí fuera, que me aterre hasta el infinito verte… Joder. Armado como *Rambo*, pero… Tú eres el que sabe lo que hace, Bast, así que mientras vuelvas conmigo después de cada noche que tengas que salir ahí fuera, estaré bien. Histérica, seguramente, pero bien.

Asintió en respuesta y, como uno, salieron del área de *La Sanguia* para internarse en el centro de la colonia y ocuparse de aquellos que acababan de perderlo todo.

CAPÍTULO 53

Los túneles
Chicago

Una buena planificación requería de tiempo y cuidado. Precipitarse solo conducía al fracaso. Si algo debía ser hecho, merecía la pena hacerlo despacio para que el resultado fuese óptimo y cualquier posible margen de error se redujese al mínimo.

Había sido muy cuidadoso con cada una de sus elecciones, con cada paso que había dado para llegar a este punto y hoy, por fin, empezaba a ver que toda esa paciencia había valido la pena. Estaba cerca, mucho más cerca de lo que lo había estado en siglos. El éxito de la incursión de esa noche lo acercaba un poco más a la meta definitiva, al premio que llevaba intentando alcanzar desde hacía tiempo.

La ilusión que tejió con tanto esmero había dado sus frutos. Ninguno de ellos había sido capaz de atravesar el velo y ver la realidad que se escondía debajo. Habían dejado entrar al lobo que llegó disfrazado de inofensivo cordero y le permitieron reposar en sus verdes prados, dejando su huella por doquier. Ahora sabía lo que tenía que buscar. Ya conocía el secreto tan bien guardado que había mantenido a los vampiros ocultos no solo de los humanos, sino de él. No era de extrañar que sus *nosferu* apenas tuviesen éxito en sus intentos por reclutar adeptos, pues estos vivían hacinados en casas subterráneas de las que solo emergían de vez en cuando.

Al final, su pueblo seguía viviendo de la misma manera en la que lo había hecho en el pasado. La diferencia ahora estaba en que no habitaban en una ciudad subterránea, tallada en el interior de una extensa montaña. Sebastian había elegido una ciudad llena de humanos, un coto de caza adecuado a las necesidades de los suyos, lo bastante grande y ruidosa como para poder campar a sus anchas durante la noche y mantenerse a resguardo durante el día.

Había descubierto una, pero tenía que haber más, muchas más, y en una de ellas le aguardaba la hembra prometida, alguien a quien ahora sabía bien cómo encontrar.

Y pensar que todo este tiempo la solución había estado delante de él, a su lado, acompañándole.

Oh. Iba a pagar por esconderle semejante artimaña. Pagaría por haberse atrevido a tocar lo

que le pertenecía, lo que era suyo y solo suyo. Solo necesitaba volver a hundir los dedos en su cabeza, conectarse a ese poder y buscar ese último hilo, la última de las ilusiones que todavía quedaban en pie. Se había dado cuenta cuando se rompió la del chico. Era como si le despojasen de una piel vieja y apergaminada y lo que había debajo resplandeciese tanto que actuaba como un faro en medio de la oscuridad. Lo sintió una segunda vez cuando su señuelo se abrió la garganta, tal y como le había instruido. En el momento en que la vida lo abandonó, la ilusión se quebró y fue como un punto de luz en la vasta inmensidad que lo conectaba con un lugar. Era fugaz, pero suficiente como para encontrar la ubicación exacta y recuperar lo que era suyo.

No requeriría mucho de él. Tomaría aquello que necesitaba y lo mataría. De un modo u otro, Neron desaparecería de su vida, dando fin a la conexión que todavía le unía a un lejano pasado que ya no significaba nada para él.

Hizo una mueca mientras se internaba en aquel apestoso túnel. Everett iba a tener que buscarse un lugar más adecuado para llevar a cabo las transmutaciones. La *Crains* estaba lista y sus entrañas preparadas para dar la bienvenida a la heredera y al pueblo de ambos. Él los conduciría a la verdadera libertad y cuando ella fuese suya, entonces podría dar inicio a la siguiente parte de su gran plan.

Arrugó la nariz asqueado por el olor. La puerta estaba abierta, con lo que la fetidez envolvía el corredor posterior.

—Everett. Deshazte de esta pocilga. El laboratorio de la mansión puede…

Sus palabras quedaron en suspenso cuando atravesó el umbral de la puerta y vio que la habitación estaba completamente vacía. Las jaulas estaban cerradas, pero en su interior no había nada. No quedaba nadie.

Una corriente de ira helada le recorrió las venas. Era la única emoción que lo calentaba por dentro y le hacía sentir algo más. Se acercó a la jaula en la que había estado su prisionero, introdujo el brazo entre los barrotes y tanteó el aire como si pensase que su inquilino podía haberse hecho invisible.

—*¡Arg!* —Emitió un grito de rabia que no tenía nada de humano. Sus ojos se abrieron cada vez más hasta que los orbes amenazaron con salírsele de las cuencas. Lanzó el brazo y azotó el aire, como si lo cortara. Nada cayó, ninguna ilusión había cambiado el lugar. Allí no había nada, ni tampoco nadie—. No… ¡No!

Se volvió como un rayo, abrió sus sentidos a todo lo que lo rodeaba, buscó un maldito hilo que le dijese hacia dónde había ido su prisionero. Se dirigió hacia la puerta y se detuvo nada más cruzar el umbral y tanteó el espacio vacío delante de él con los dedos.

Alguien había abierto una grieta en este lugar, había roto el espacio para trasladarse a otro sitio, un poder que solo estaba en manos de los *nocturna*. Extendió el brazo y reabrió la cicatriz que había dejado su último usuario. Un paso después salió al frío aire nocturno, en medio de un

grupo de tumbas. Reconoció el lugar. Era el punto que había marcado el hilo de su ilusión, el punto exacto en el que el joven vampiro sucumbió a la ponzoña, al no haber superado la transmutación.

No había sido la muerte la que había quebrado el manto. Había sido *El Tejedor* el que había liberado el velo para permitir entrar a la Parca.

Un grotesco y demencial alarido abandonó su garganta y resonó en la noche. La rabia lo consumía, haciendo que viese todo de color rojo. Desnudó el labio superior y siseó a la noche.

—¡Neron! —rugió su nombre como un loco.

Lo buscó. Echó mano de cada gramo de poder en él, se concentró hasta que prácticamente pudo sentir cada latido de corazón humano en varios kilómetros a la redonda, pero ni uno solo de esos golpes pertenecía al corazón de su *nocturna*.

Se había ido. Su conexión con él había desaparecido por completo. *El Tejedor* estaba fuera de su alcance, se había liberado de su yugo y, además, había recuperado su poder.

CAPÍTULO 54

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

Su presencia era como un faro en medio de la oscuridad. Podía sentirla tirando de él, como si fuese el otro extremo de una cuerda a la que estuviese conectado. El hilo tejido hacía tanto tiempo seguía en pie, aunque se estaba deshilachando y solo había una explicación para ello: Su *Sanguia* había iniciado el *Descenso*.

—Necesito verla. —Las palabras salieron de su boca cuando ya había hecho las sábanas a un lado e intentaba ponerse de nuevo en pie. Una hazaña en sí misma, cuando apenas tenía fuerzas para hacer otra cosa que seguir respirando.

—Esperaría que el tiempo te hubiese vuelto más juicioso, pero veo que sigues igual.

Sebastian. Su presencia era como un duro bloque de granito, inquebrantable. El joven que él recordaba se había convertido en un hombre cuyo poder se había incrementado con el paso de los siglos hasta resplandecer como una segunda piel. El heredero sin corona, primogénito de la reina Ileana, hijo de Nocta y guardián de la raza. No era sorprendente que Varys no hubiese obtenido grandes resultados en su búsqueda. El hombre que ahora se encontraba ante él lo había impedido y seguiría haciéndolo hasta el final.

Neron consiguió sentarse en la cama, que ya era más de lo que había podido hacer en el último par de horas. Kynan había regresado al cementerio en compañía de Joel. Los *nocturna* se habían hecho cargo del cuerpo del joven vampiro, así como de Serena y él mismo, trasladándolos a lo que le habían presentado como *La Nocturna.* Era un refugio subterráneo, una compleja construcción y un fuerte en sí mismo. No podía ser menos cuando era el lugar en el que custodiaban a la última hembra *nocturna* de sangre real de su raza. Esto era lo que buscaba Varys. Lo esperaba encontrar a través del joven vampiro al que había torturado e influenciado a través de su propio don.

La *Sanguia* no había estado en ese lugar, pero a juzgar por lo que le había dicho su antiguo camarada, el resultado de aquella incursión no se había saldado a favor de los vampiros. Se había producido una treintena de muertos, había heridos entre los supervivientes y más de una decena

de desaparecidos. Esto último era lo más preocupante, pues él sabía bien lo que el enajenado rey iba a hacer con todos esos vampiros.

Le habría gustado poder decirle al joven *nocturna* dónde estaban exactamente, dónde se encontraba Varys ahora mismo, pero en el momento en que se libró de su yugo, también cortó de raíz el vínculo que durante tanto tiempo lo había unido a él. Era necesario para poder protegerla a ella.

Los ojos carmesí del hombre que permanecía en pie al lado de su cama lo recorrieron en una minuciosa inspección. Sabía lo que estaba viendo, en lo que se había convertido. Era piel y huesos, estaba famélico, tanto de sangre como de comida, la masa muscular que una vez había cubierto su cuerpo hacía siglos que se había ido y su mente, esa todavía tenía que ver si podía repararla de alguna manera. Por el momento, todo lo que podía hacer era usar hasta el último gramo de poder que le quedaba para tejer una ilusión en torno a este lugar y aislarlos de cualquier posible injerencia exterior. Proteger a la familia real seguía siendo su primera y única prioridad.

—Has… crecido. —La respuesta del hombre fue soltar un brusco bufido y, acto seguido, lo ayudó a ponerse en pie, sosteniéndolo sin esfuerzo—. Mucho.

—Sé lo que has hecho. Lo siento como si fuesen un jodido millar de hormigas en torno a *La Nocturna* —mencionó mientras dejaba que él lidiase con sus propios pies y piernas, para que se mantuviesen estables bajo su cuerpo—. Deberías reservar tus fuerzas para cuando realmente las necesitemos.

—Las necesitáis ahora —sentenció, mirándole de soslayo. Odiaba sentirse tan débil, tan inútil. No era bueno para su ego, pero después de haberse pasado las últimas semanas encerrado en una jodida jaula de dos por dos, ese debería ser su menor problema—. Varys no ha dejado de buscarla desde que te la llevaste, Sebastian…

—Y si no ha podido dar con ella hasta el momento ha sido gracias a lo que hiciste en su momento —replicó el hombre, pero no dudó en añadir—. Aunque debo decirte que tu ilusión se ha ido debilitando. Hubo un momento en que pensé que se había roto. Él la encontró… Desde entonces ha estado protegida dentro de estas paredes.

El tejido de la ilusión que creó se había tambaleado. Sí. Por supuesto. Y sabía el momento exacto en el que había sucedido eso. Fue el día en el que Varys lo había apuñalado y había comparecido ante el umbral que lo llevaría al otro lado. Sin embargo, no era su hora. *Ella* se lo recordó y no le quedó más remedio que regresar.

—*Necesito* verla… —insistió y clavó sus ojos en los de él—. Ahora.

El chico al que ayudó a criar, al que había querido como si fuese su propio hijo, soltó un resoplido y asintió.

—Lo sabes, ¿no es así? —El tono confidencial de su voz le dijo que no era algo que

quisiera que otros escuchasen.

Asintió con la cabeza mientras se esforzaba en poner un pie delante del otro. No fueron muy lejos. El cosquilleo que provocaba en su piel la apertura de una brecha le indicó que estaba a punto de cruzar a otra estancia o lugar. Su entorno cambió, aunque no demasiado. Abandonaron una habitación para encontrarse ahora en una especie de antesala.

—¿Cuánto hace que empezaron los cambios? —preguntó apoyándose en el chico.

—Hace unos meses, pero las cosas se han ido precipitando de manera vertiginosa en estas últimas semanas —dejó escapar un resoplido—. No dice una palabra, pero creo que está ya ante el umbral.

No. Todavía no lo estaba, pero acabaría allí en cuanto él levantase el velo tejido en torno a ella, permitiendo al tiempo seguir su curso.

—En todo este tiempo ella no ha madurado, su don no se ha manifestado y no ha cambiado físicamente. —Las palabras de Sebastian eran una acusación en toda regla.

—Lo sé —confirmó y eso hizo que el *nocturna* se detuviese en seco—. Lo hice para protegerla.

—*Cuatrocientos años*, Neron.

Cerró los ojos con fuerza, sintiendo el peso de la culpabilidad inundando su alma.

—No debió haber sido así. No era como tenían que salir las cosas.

—Te quedaste atrás para morir… —Una nueva acusación, llena de ira y amargura y esta tampoco podía negarla.

—Mi deber es protegeros a Alice y a ti —replicó volviéndose para enfrentar la condena del muchacho, pero en sus ojos solo encontró rabia contenida, una que no iba dirigida a él—. Se lo juré a vuestra madre y a tu padre.

—Eres un hijo de la gran puta.

Dejó escapar una amarga risa y asintió. No iba a negar lo evidente.

—Alice… Ella no puede evitar el *Descenso*, ¿no es así?

Negó con la cabeza.

—No, Bast. Es la ley de la sangre real *nocturna*. Una reina desciende para que otra ascienda.

—No tenemos *otra* reina.

—Pero sí un *rey*.

A juzgar por la mirada matadora y el resoplido que escapó de él, no era la primera vez que el joven *nocturna* escuchaba aquello. Sebastian Sanguia Nocta nunca había sido alguien que disimulase sus emociones. Ya de joven había sido visceral, propenso a actuar primero y pensar después y, al ver ahora su dura contención, suponía que eso había cambiado, aunque no demasiado.

—Es tu derecho de nacimiento, muchacho y, a menos que tengas una hija de la que yo no tenga constancia, tras el *Descenso*, tú Ascenderás —declaró y añadió—. ¿La tienes?

—No. —Fue tajante.

—Entonces ve preparándote, *majestad.*

El juramento que soltó lo habría hecho reír si tuviese fuerzas para ello, pero necesitaba reservar las que le quedaban para enfrentarse a la mujer que acababa de aparecer ante ellos. Había escuchado el sonido de sus pisadas y ahora ahí estaba, tal y como la recordaba. El pelo rubio le caía suelto sobre los hombros, su piel era blanca, inmaculada y sus ojos… esos ojos eran un signo inequívoco de que ya estaba ante las puertas del umbral de su *Descenso.*

La *Sanguia* de los vampiros estaba a punto de perder su condición como *Nocturna*.

—Mi reina —inclinó la cabeza con profundo respeto—. Perdóname por haberte hecho esperar.

—Gracias a los cielos. —Su voz era suave, melódica, no había cambiado un ápice—. Sí estás con vida.

En un momento la estaba contemplando, allí en pie, con esos ojos caoba abriéndose de par en par y al siguiente estaba rodeado por ella y por Sebastian, los dos chiquillos a los que había jurado proteger contra todo y todos.



—Estás hecho una mierda.

Neron hizo una mueca sin poder negar lo evidente. Agradeció el estar sentado, aun si eso lo hacía sentirse como un inútil frente a esa mujer. Zuzanna podía ser implacable, tanto con su cuerpo como con su lengua, y recordaba haber temido mucho más lo segundo que lo primero.

—Lo que viniendo de ti es todo un cumplido, querida.

La mujer puso los ojos en blanco y se volvió hacia su señora.

—Estás segura de que deseas hacer esto, *Sanguia.*

Alice, quien permanecía de pie en medio de un elegante salón, asintió con la cabeza. Sus ojos se volvieron hacia su derecha, donde se encontraba su hermano y protector. La tensión en Sebastian era palpable, pero sabía que acataría lo que decidiese su reina.

—Estoy segura —confirmó en voz alta—. Es la hora, Bast. Lo sabes. Siempre lo has

sabido.

Él no dijo nada, pero tampoco parecía hacer falta. Los dos hermanos se comunicaban con la mirada, diciéndose mucho más de lo que podía pronunciarse con palabras. El *nocturna* estaba tenso. Eran claras las ganas que tenía de luchar, de oponerse, pero acabó asintiendo con la cabeza, dándole su beneplácito.

—El tejido ya se está deshilachando… —añadió él mirando al chico. Había hablado ya con ambos, no solo para pedirles perdón por haberlos abandonado hasta el momento, sino para arrojar luz sobre las muchas incógnitas que habían formado parte de sus vidas hasta el momento. Sus hebras eran las culpables de que la joven *nocturna* hubiese permanecido congelada en el tiempo, que su cuerpo no hubiese madurado, manteniendo su juventud y su don permaneciese dormido a pesar de haber atravesado el umbral del *Ascenso*. El *Ascenso* y el *Descenso* de una hembra *nocturna* era algo sobre lo que ni siquiera él podía actuar. Acabarían sucediendo de una manera u otra a pesar de sus manipulaciones, así que todo lo que podía hacer ahora mismo por ayudar a Alice era retirar las fibras que ya habían empezado a romperse y liberarla por completo para que pudiese atravesarlo con el máximo de garantías—. Habría seguido su curso incluso si no lo hubiese retirado.

Los ojos carmesíes del *nocturna* se clavaron en él. La ira seguía allí, en el fondo de esa mirada, pero también había otra emoción, un brillo que desapareció tan pronto como parpadeó.

—Hazlo —confirmó de modo que quedase constancia de que no iba a oponerse—. Termina con esto para que ella pueda ser libre.

Vio por el rabillo del ojo como su hermana suspiraba de alivio. Esto era lo que ella deseaba en el fondo de su alma, lo que siempre había añorado, la libertad de la que había carecido hasta el momento, la vida de la que la habían privado. Solo esperaba que el destino tuviese a bien concedérsela después del *Descenso.*

Con todo, no iba a decirlo en voz alta. Ellos no necesitaban saberlo, no les robaría eso también. No sería él quien tejiese a partir de ahora el camino de esa niña. La joven vampira debería aprender a tomar sus propias decisiones y a vivir con las consecuencias de estas. Al igual que él.

Haciendo acopio de todas sus reservas, empezó a desentramar los hilos, liberando hebra tras hebra como si estuviese aflojando un apretado corsé. Cuando estuvo lo bastante suelto, se imaginó cogiendo aquella deshilachada urdimbre y la rasgó con ambas manos. El inmediato jadeo en busca de aire de la chica confirmó que su trabajo estaba hecho.

—Oh, Dios. —La chica se llevó la mano al pecho mientras intentaba respirar—. Joder… Eso… Joder.

—¿Estás bien? —Sebastian ya estaba allí, examinándola con ojo crítico, casi al mismo tiempo que Zanna le frotaba la espalda a la chica—. ¿Alice?

—Dejadla respirar, par de gallinas cluecas —chasqueó él. Pero fue todo lo que alcanzó a hacer. Apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿Neron?

—Solo necesito… un momento.

—Necesitas mucho más que eso, viejo idiota —replicó Zuzanna con un gruñido—. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha bebido?

—Anna le ha alimentado nada más llegó —confirmó Sebastian.

—No ha sido suficiente —resopló la guardiana—. ¿No tenemos alguna unidad de plasma?

—No servirá —negó Bast. Su voz empezaba a convertirse en un lejano murmullo en sus oídos. Mierda. ¿Estaba tan débil?—. Es *nocturna*. Necesita beber directamente de la vena.

—Puede beber de la mía.

No reconoció esa voz, aunque era dulce y también cálida. Tenía algo que lo hizo querer abrir los ojos de nuevo, aunque ni siquiera era consciente de que los había cerrado.

—¿Cómo has…?

—Ahora no hay tiempo para eso —respondió la recién llegada. Un segundo después escuchó el correr de la sangre, el latido acelerado de un corazón y se vio envuelto por un inesperado aroma a rosas salvajes. Algo suave y caliente le rozó los labios, olía demasiado bien y sentía la sangre corriendo justo detrás—. Vamos, muerde. No pueden perderte ahora que te han encontrado, ninguno de nosotros puede perderte.

Neron sintió que los colmillos se le alargaban por el hambre, el estómago le dio una punzada y, antes de poder resistirse, se aferró a la frágil muñeca. Notó el pulso bajo el pulgar, notó el estremecimiento del cuerpo femenino a pesar de la distancia y, aferrándose a un resquicio de cordura en medio de aquella vorágine, musitó:

—Gracias.

Cuando clavó los colmillos y la sangre tocó su lengua, perdió la noción de todo excepto del preciado líquido rojo que empezó a bajarle por la garganta y nutrir su hambriento organismo. Se dejó ir, sellando los labios sobre la herida y bebiendo para saciar su sed, la cual no parecía tener fin. *Despacio*. Su mente intentaba aferrarse a la lucidez a pesar de todas las grietas que tenía del maltrato al que había sido sometida todos esos siglos. *Para.* Tienes que parar ya. No quería soltarla, no quería dejarla ir. Necesitaba más. El hambre que sentía era voraz, pero no podía permitirse sucumbir, él no era un monstruo. *¡Para!*

Se arrancó de la vena, jadeando. Su vista volvía a ser clara, lo suficiente como para ver la carne desgarrada que todavía encerraba entre sus manos.

—Dios… —gimió y se apresuró a curarla con la lengua. Gracias a Dios que su saliva tenía agentes cicatrizantes—. Lo siento —musitó sobre su piel, uniendo a su saliva una brizna de su poder y sellándolo sobre su piel como un apósito—. Yo lo… siento.

Neron se encontró con unos ojos marrones con motas doradas detrás de unas gafas de montura de pasta. Las mejillas en ese rostro ovalado estaban encendidas y los labios ligeramente separados. Vio como estos últimos se fruncían en una mueca y notó como retiraba el brazo de entre sus manos y lo sacudía un poco.

—*¡Auch!* —soltó ella. Más que dolor, había cierta ironía en su voz.

—Scarlett, ¿estás bien?

—De puta madre —replicó la humana. Porque eso era lo que era la chica, una humana marcada. Una *hija de sangre*. Se subió las gafas sobre el puente de la nariz con un gesto y se incorporó, ya que se la había encontrado de rodillas. Aceptó la mano de Sebastian y dejó que este la examinara como lo haría con un miembro de su propia familia—. Estoy bien, Bast. Solo necesito… beber un litro de agua y comer algo. Sé cómo funciona esto.

—La madre que te… —El *nocturna* se detuvo para no terminar la frase.

—Sí. Hablando de ella. Ni se te ocurra contarle sobre esto. Y a mi padre menos —sentenció la chica. Se echó el pelo de un oscuro tono castaño hacia atrás y solo entonces se volvió hacia él—. ¿Lo que te dije? Lo dije en serio. —¿Lo que le había dicho?—. Me voy. Ni siquiera he estado aquí. Y… Alice. —Se volvió ahora hacia la *Sanguia*—. Cuando tengas un momento me gustaría enseñarte algo que he dibujado, ¿vale?

La aludida clavó la mirada en la mujer y asintió.

Sin añadir nada más, deslizó la mirada sobre cada uno de los presentes en esa habitación y se marchó de la misma manera en que había llegado; en completo silencio.

—¿Qué coño acaba de pasar aquí? —murmuró Zuzanna como si no se atreviese a alzar la voz.

Sebastian se limitó a pasarse una mano por el pelo corto con gesto frustrado.

—Vais a volverme loco entre todos, lo juro —sentenció el *nocturna*. Acto seguido se volvió hacia su hermana, la recorrió de la cabeza a los pies con la mirada y ordenó a su guardiana —. Vigílala. Y tú, ni se te ocurra protestar. —Alice, que había abierto la boca, la cerró de golpe y sus ojos se entrecerraron de fastidio. Sin embargo, el chico no había terminado, ya que tenía para todos, incluso para él—. Esa era Scarlett. Una de las *hijas de sangre* de nuestra familia.

—Y una incógnita con piernas la mayor parte del tiempo —añadió Zuzanna al tiempo que sacudía la cabeza y volvía a prestarle atención a Alice—. ¿Estás bien?

La vampira asintió.

—Sí —confirmó y cuando lo miró, había agradecimiento en sus ojos—. Me siento… mucho más ligera.

Le sostuvo la mirada y puso sobre la mesa la única verdad que tenía para ella, para todos los presentes.

—Estás ante las puertas del *Descenso*, Alice —le recordó—. No hay manera de evitar eso.

—Lo sé, Neron, pero ahora estoy preparada para afrontarlo. —Tras pronunciar esas palabras miró a su hermano y las confirmó—. De verdad.

Él asintió a su vez y la manera en la que resbaló los dedos sobre la mejilla de la chica dejó palpable el cariño que había entre ambos. Sebastian no se había limitado a ejercer de guardián de la *Sanguia*, también había estado a su lado como *hermano*.

—Si me necesitas… —murmuró él.

—Te llamaré —confirmó ella y acto seguido le dio un empujoncito—. Estoy bien. Zanna y yo nos ocuparemos de cuidar a Neron, así que vuelve con nuestra gente y ocúpate de lo que necesiten. Y, cuando termines, ve a que Victoria te de mimitos. Te los has ganado.

El *nocturna* puso los ojos en blanco y acto seguido se volvió hacia él. Su expresión se endureció, dejando claro que su amabilidad estaba únicamente dirigida a su hermana.

—¿Podrás soportarlo?

Enarcó una ceja ante el sarcasmo presente en su voz y esbozó una pequeña sonrisa.

—Me quedaré a vigilarla —respondió y pudo ver como la tensión se diluía un poco del cuerpo del vampiro—. Ve a cumplir con tu deber.

Sebastian cabeceó de manera afirmativa y, tras echarle un último vistazo a las dos mujeres, abandonó el lugar a través de una nueva brecha de traslado.

—Bueno. Ahora que estamos solos… —dijo mirando a su *Sanguia*—. ¿Me vas a decir quién es esa tal *Victoria* y por qué habría de darle *mimitos* al *nocturna*?

La sonrisa de Alice fue tan espontánea y luminosa que le cambió el rostro por completo.

—Oh. Es la *Primada* de Sebastian —respondió y acto seguido se inclinó sobre él como si quisiera compartir con él un secreto—. Mi hermano al fin se ha enamorado.

¡Mierda!

Neron se echó a reír a carcajadas.

De repente, todo tenía sentido. Claro que sí, ahora todo tenía completo sentido.

CAPÍTULO 55

—Bast.

Sebastian se detuvo al escuchar su nombre. Joel y Nix se acercaban a él. Ambos llevaban el cansancio en el rostro, así como una indudable tensión. Sus compañeros seguían en estado de alerta, igual que él mismo.

—¿Qué mierda le has hecho a *La Nocturna*? —Nix no se anduvo por las ramas. Si alguien podía sentir ese particular hormigueo en el ambiente, era él.

—No he sido yo. —Levantó ambas, desentendiéndose del suceso.

—El *Tejedor*. —La comprensión fue inmediata y cuando él se lo confirmó con un gesto, ambos *nocturna* parecieron liberarse un poco—. ¿Cómo está Neron?

Esa era una pregunta difícil de responder, pues no era su estado físico el que les preocupaba, sino su mente. Sobre todo después de que le hubiese contado a Kynan que Varys lo había utilizado para manipular al chico y poder así perpetrar el asalto a la subterra de Lake Zurich. Él mismo había estado pendiente de ello durante todo el tiempo que permaneció a su lado, por no mencionar el estelar momento protagonizado por Scarlett; iba a estrangular a esa muchacha.

La *hija de sangre* no debería siquiera estar en las dependencias de *La Sanguia*. Hoy no, al menos. Verla aparecer lo sorprendió, por no hablar de su actuación. La mayor de las hijas de Anna no era una donante regular, ni tampoco una persona que confraternizase demasiado. Solía pasar más tiempo encerrada en su estudio, en la casa *Primera Sangre*, que pululando por *La Nocturna*. Por ello, su presencia y, más aún, su proceder, lo desconcertaron.

Neron era inestable, en el mejor de los casos. A pesar de su obvia desnutrición, del agotamiento y los claros signos de tortura, era uno de los vampiros más peligrosos que conocía y el descubrir que se había pasado todo este tiempo en manos de Varys no era algo que lo tranquilizase.

Y, sin embargo, el *nocturna* se había controlado a sí mismo en el preciso momento en que pensó que tendría que intervenir. Había hecho gala de una contención y fuerza de voluntad que le daba ciertas esperanzas de cara al futuro. Eso, unido a que su primer pensamiento fuese proteger la colonia por encima de su propio bienestar, hablaba en su favor.

—Mucho más estable de lo que había podido pensar dadas las manos en las que ha estado todo este tipo.

—¿Estás seguro? —No se tomó mal la duda en la voz de Joel.

—Scarlett ha ido a él de manera voluntaria y le ha dado sangre.

—¡Qué coño!

—Esa niña está loca.

Los dos *nocturna* se pisaron al responder y no pudo más que estar de acuerdo con ambos.

—Sí y rotundamente —contestó a ambos—. Necesitaba ver a Alice, así que lo llevé con ella.

—Y ya veo que tú tampoco estás mucho más cuerdo —resopló Joel.

—¿Aún te das cuenta ahora? —Nix miró a su hermano con gesto irónico, pero este lo ignoró.

—La *Sanguia* está ante el umbral del *Descenso*. —El silencio que cayó sobre todos ellos era tan espeso como para cortarlo con un cuchillo—. Neron ha revocado la urdimbre que tejió sobre ella a fin de que pueda enfrentarse a ello con todas las garantías.

—Joder. —Joel se pasó la mano por el pelo corto y sacudió la cabeza.

—¿Ocuparás su lugar? —Los ojos rojos de Nix se encontraron con los suyos—. Ya veo. Esto va a ser interesante.

—Y una mierda —gruñó en respuesta. Negarse a lo evidente no iba a cambiar las cosas, pero aceptarlo como un hecho era demasiado para él en esos momentos—. ¿Han sido ya alojados todos los supervivientes? —Prefería cambiar de tema y centrarse en lo más importante ahora mismo—. ¿El *Lore* Breiner? ¿Los heridos?

—Elder ha decidido utilizar solo una de las unidades familiares de la colonia. Dice que hay espacio de sobra para todos ellos —le informó Joel.

—La gente no va a querer dividirse, no después de lo que acaban de afrontar. Muchos han perdido parte de sus familias, otros han visto cómo secuestraban a alguno de los suyos… Están todavía en shock por lo sucedido. —Nix resopló—. Alex ha decidido habilitar la segunda unidad como clínica provisional. Tenemos nueve heridos, tres de ellos en estado grave. Ningún infectado. En cuanto a la *hija de sangre* de la familia, Maroon se ha negado a soltarla y dejar que la examinasen hasta que apareció Victoria. Los tres están ahora en la enfermería. Y hemos recuperado el cuerpo del chico, Kilian. Es necesario que… nos encarguemos de él.

El vampiro había estado infectado todo el tiempo. Su condición no había sido visible a causa de la ilusión que había tejido Varys a través del don de Neron, pero una vez que esa urdimbre había desaparecido, el tiempo había retomado su curso.

—¿Su familia?

Joel negó con la cabeza.

—El padre ha caído. Elder y su hijo son ahora mismo los parientes más cercanos que tiene —añadió su amigo—. Se lo he comunicado al *Lore*. Quiere estar presente para despedirse. He

prometido avisarle cuando todo esté preparado.

Asintió en respuesta.

—Prepáralo. —No podían darse el lujo de esperar más. Era necesario que los muertos encontrasen su descanso final.

—¿Preparamos también la subterra? —Se encontró con los ojos de Nix tras decir aquello y volvió a cabecear en afirmación—. Solo a los vampiros. La escoria la quiero fuera.

—Sí, *Lore*.

—¿Clausuramos Lake Zurich, entonces?

La casa *Primera Sangre* había sido violada. Sus habitantes, masacrados. La subterra comprometida. No podía arriesgarse, no cuando tenían tres colonias más que salvaguardar. Iba a tener que contar con Neron, en cuanto el *nocturna* estuviese algo más recuperado, para proveerle de las mismas protecciones que había puesto sobre *La Nocturna*. Era necesario que cada una de las colonias de los vampiros fuese impenetrable, que lo que había ocurrido en Lake Zurich no volviese a suceder.

—Sí. —Tomó la única decisión posible—. Lake Zurich ha sido comprometida y no podemos arriesgarnos a perder a nadie más. —Y mucho menos cuando había quince vampiros desaparecidos que muy bien podían estar ahora mismo en manos de ese maldito cabrón—. Activa el protocolo para soterrarla y avísame cuando esté hecho —le dijo a Nix y acto seguido se volvió hacia Joel—. Voy a ver a nuestro joven *nocturna*. Tendremos que buscarle alojamiento.

—Que se quede con mi módulo. Me mudaré al de Elijah hasta que dispongas algo definitivo.

—En cuanto se desocupe el que estamos utilizando como hospital de campaña, podremos disponer de esa zona —confirmó Joel.

—De acuerdo —asintió y se volvió a Nix con un gesto de la cabeza—. Gracias.

El *nocturna* cabeceó.

—¿Lo vas a tutelar tú? —inquirió Joel.

—Por el momento —confirmó y añadió—. El poder que tiene a su disposición es… infernal. No puedo arriesgarme a que se descontrole, se haga daño él mismo o… corte en pedacitos a alguien que no sea un *nosferu.*

—Avísanos si necesitas refuerzos. —Con un firme apretón sobre su hombro por parte de cada uno de sus compañeros, continuaron adelante para cumplir con sus respectivos encargos.

Sebastian dejó atrás el área octogonal central de la colonia y se dirigió al espacio en el que habían montado una pequeña enfermería con un consultorio y una habitación adyacente con dos camas. Se asomó por la puerta y se encontró a Alexander Murphy sentado detrás del escritorio, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. El médico humano estaba visiblemente agotado y no era para menos.

—¿Alex?

El hombre bajó la cabeza y posó sus ojos marrones sobre él. Levantó el brazo y señaló con el pulgar la habitación adyacente.

—Los tienes ahí dentro —le informó el segundo *hijo de sangre* al tiempo que se levantaba y echaba un vistazo al reloj—. Hemos montado un hospital de campaña en la unidad este y pedido refuerzos a las otras subterra. Tex y una de sus enfermeras están aquí echando una mano. —Tex Lincoln era el médico residente en la subterra Wheaton. Era un vampiro de la nueva generación. Nacido aquí, en los Estados Unidos, había estudiado la carrera de medicina y se había ido especializando por su propia cuenta en todo lo que pudiese afectarles a los vampiros. Alex y él se entendían a las mil maravillas y en estos momentos cualquier ayuda era bien recibida—. El resto de las ya se han ofrecido a enviar todo el material médico que podamos necesitar y prestarnos la asistencia que necesitemos. Están en alerta tras lo ocurrido en Lake Zurich y a la espera de información.

Y eso era un sutil recordatorio de que debía tener una videoconferencia con los líderes de las otras dos subterra lo antes posible. Pero eso tendría que esperar al menos una hora más. Sus protocolos eran claros y, en el momento en que lanzó la alerta, todas las colonias bajo su custodia echaron el cierre y no volverían a levantarlo hasta que se les informara de que el peligro había pasado. Si era necesario, podían aguantar semanas sin ver la luz de la luna. En estos momentos, lo primero era atender a las personas que tenía aquí, procurarles cobijo y curar a los heridos. Después, podría buscar venganza.

—Gracias, Alex —le dio una palmada a su amigo en el brazo y señaló con un gesto la habitación continua—. Me ocuparé primero de esto.

El médico asintió y salió de la clínica.

Sebastian se acercó al umbral de la puerta y la escena que se encontró allí lo hizo sonreír un poco.

—Se quedaron dormidas —murmuró Maroon, quien estaba de pie al lado de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si estuviese custodiando a las tres mujeres que estaban en ese momento en la habitación.

—Ya veo —respondió en el mismo tono. Elizabeth ocupaba una de las camas. La *hija de sangre* no había despertado. Su palidez era extrema y volvía a estar conectada a una vía de suero y un par de máquinas que parecían medir la tensión arterial y el ritmo de su corazón. La vampira que había estado con Kilian y Neron yacía acurrucada en la otra cama contra el cuerpo de su propia compañera. Victoria estaba profundamente dormida, abrazada a la muchacha como si quisiera protegerla incluso durante su sueño. Era una imagen que le provocó una punzada en el pecho e hizo que se enamorase un poco más de ella. Gesticuló e indico al chico que lo siguiese fuera, aunque ninguno se alejó mucho de la puerta—. Gracias por protegerlas.

Los ojos carmesí del joven *nocturna* se clavaron en él.

—No estoy muy seguro de quién ha estado protegiendo a quién ahí dentro, *Lore*.

Enarcó una ceja ante su forma de dirigirse a él, pero el vampiro parecía dispuesto a encontrar sus propias respuestas.

—¿Es verdad? —preguntó y señaló con un gesto a la habitación—. Serena dijo que… Que Kilian estaba infectado.

—Sí, es verdad. Lo utilizaron como señuelo. Él no era consciente de nada. Lo utilizaron, Maroon. No fue culpa suya.

—Lo sé. Se habría matado a si mismo si tan siquiera lo hubiese sospechado —afirmó con una seguridad nacida del conocimiento, entonces disparó una nueva pregunta—. ¿Está muerto? ¿Ese hijo de puta está muerto?

Bien. Aquello iba a ser un poco más difícil de explicar, porque ni siquiera él sabía muy bien cómo ocurrió lo que pasó ante sus ojos. Solo tenía hipótesis, conjeturas en base a los conocimientos que poseía del poder del *Tejedor*.

—El *nosferu* al que identificaste como el responsable del ataque de esa noche en Chicago no era quien se coló en Lake Zurich. —Le explicó lo que había pasado, cómo el tipo se había cortado el cuello y lo que había provocado la ilusión—. Conocemos su identidad. Llegó a América durante el éxodo. Era miembro del *Concilium*, de los que decidieron separarse del grupo y seguir por su cuenta. Lo habíamos dado por muerto, pero a la luz de los recientes sucesos, ha quedado claro que no solo no lo está, sino que ahora es uno de ellos.

El joven se tensó, giró sobre sus pies y descargó un puñetazo contra la pared. Entendía su frustración, pero esa explosión de repentina ira activó también una alerta en él.

—Maroon, relájate. Respira hondo.

El muchacho estaba temblando. Podía sentir su poder exudando de su piel y era tan afilado como un jodido cuchillo. Pese a todo, lo vio tomar aire profundamente y dejarlo salir a continuación con lentitud. Estaba claro que no era la primera vez que tenía que controlarse a sí mismo. En cuanto lo hizo, su don volvió a estar bajo control.

—Yo… yo creo que los corté. No sé ni cómo lo hice. Uno de ellos estaba allí, venía hacia mí y de pronto… —Cerró los ojos y se llevó la mano al estómago como si quisiera retener una arcada—. Fue como si algo lo hubiera troceado. Y no fue el único. Había dos más. No los llegué a ver, estaban al otro lado del corredor, pero su aspecto era el mismo. Cortes limpios. Esos cabrones se habían desarmado como un puto puzle.

Sacudió la cabeza, visiblemente consternado.

—¿Y si en vez de ser *nosferu* hubiesen sido vampiros inocentes? Podrían haber sido miembros de mi colonia y yo… —Se estremeció—. Ni siquiera sé cómo lo hice. ¿Cómo puedo estar seguro de que no volverá a ocurrir y acabaré hiriendo a gente que me importa? Dios. No

quiero este tipo de poder. No es un jodido don, es como la guadaña de la muerte.

—No elegimos los dones que tenemos cuando superamos el ascenso, Maroon, solo surgen y lo único que podemos hacer al respecto es aprender a controlarlos y asegurarnos de que si los usamos, sea para proteger y no para hacer daño —resumió con total sinceridad—. Ya conoces cuáles son los riesgos y las consecuencias del don que se ha despertado con tu sangre *nocturna*. Ahora es el momento de aprender a mantener el control sobre él. Una vez hecho eso, si lo deseas, podrás ejercitarte para encauzarlo.

Sebastian extendió el brazo en un gesto que abarcaba el espacio.

—El mundo en el que vivimos no es tan seguro como suelen pensar los vampiros bajo nuestra custodia. Si lo ven así es porque los *nocturna* nos encargamos de mantener a raya el mal que acecha a nuestra raza. —No iba a endulzarle los oídos ni restarle dureza a la realidad. El chico que tenía ante él era ahora de los suyos y necesitaba ser consciente del mundo real—. Los monstruos están ahí afuera. Y tú, por desgracia, ya te has encontrado con ellos cara a cara. Ahora eres un *nocturna*, eres de los míos. Te adiestraré para que puedas protegerte a ti mismo y a aquellos a los que quieres. No te obligaré a luchar. Dios sabe que no enviaría ahí fuera a ninguno de mis hermanos si pudiese evitarlo, pero sí que necesito que seas capaz de controlar el poder que tienes, por ti y por quienes estén a tu alrededor.

El vampiro bajó la mirada sobre sus propias manos y su voz sonó casi irónica.

—Supongo que lo de elegir ya no es una opción, ¿eh?

—En esto no. —Negó tajante—. Pero podrás decidir si quieres salir ahí fuera o quedarte aquí dentro cuando hayas aprendido a manejar… esa *guadaña*.

El nuevo *nocturna* asintió con la cabeza y acto seguido le tendió la mano.

—Trato hecho.

Bast miró su mano y se la estrechó como lo haría con cualquiera de sus chicos.

—¿Has comido algo? ¿Y ellas? —preguntó señalando con un gesto hacia la habitación.

El chico sacudió la cabeza.

—Creo que ninguno teníamos hambre… —admitió echando un vistazo en la misma dirección—. Ella… Ella nos salvó la vida a Liz y a mí en aquella tienda. Y hoy… fue como si supiese exactamente por lo que estaba pasando Serena. Es como si también conociese el infierno…

—Lo conoce, Maroon —afirmó con dureza—. Victoria casi muere a manos de un *nosferu* hace cosa de un año. Si alguien sabe lo que significa mirar a la muerte a la cara y decirle «hoy no», es mi *Primada*.

El vampiro posó sus nuevos ojos carmesí sobre él y asintió.

—Es una mujer extraña, pero agradable. Me cae bien —admitió en voz baja, casi como si estuviese admitiendo algo sorprendente.

—Vosotros también a ella —afirmó. Entonces adoptó un tono más serio para ponerlo al tanto de lo que iba a ocurrir en las próximas horas—. Están preparándolo todo para darle el último adiós a tu primo. No te voy a mentir. No es el chico que has visto esta mañana, la infección…

—Lo entiendo. —Su respuesta fue igual de seria—. Quiero estar allí. Los dos estaremos allí.

Sabía que se refería a la joven vampira, así que asintió.

—En ese caso, despertémoslas. —Lo invitó a entrar en la habitación.

Unos minutos después, tanto la joven vampira como Victoria estaban de nuevo en pie. Serena confirmó que deseaba estar presente, tal y como había dicho Maroon. Y aunque Bast le sugirió a su compañera que se retirase a su residencia, ella se negó. Si los chicos y él iban a pasar por aquello, y consentían que hubiese una humana presente, les acompañaría.

Ver el agradecimiento en los ojos de los dos muchachos fue todo lo que necesitó para acceder a tu petición. Lo supiese o no, su *Primada* acababa de convertirse en miembro de pleno derecho de la sociedad vampira a ojos de su gente. Y eso, para un humano, era el mayor honor que podía rendirle su pueblo.

CAPÍTULO 56

Mansión Crains
Barrington
Illinois

—*¿Lord Lison?*

Los ojos que se clavaron en él lo hicieron con una mezcla de incredulidad y horror. Era difícil pasarlo por alto, pues había hecho que la fila de vampiros se detuviese. Los lloriqueos y los ruegos seguían resonando aquí y allá, así como los alaridos que pegaba alguno de ellos cuando intentaban hacer algo tan absurdo como luchar o escapar.

Era una pena que hubiera acumulado dos bajas. Una de ellas había sido inevitable, un aviso para todos los demás, la segunda, esa ni siquiera había estado en sus manos. Al vampiro le había dado un ataque al corazón y había tenido la osadía de morirse allí, justo delante de sus narices.

¿Desde cuándo se morían los vampiros de un ataque cardíaco? Estaba claro que la progenie que había nacido en el *Nuevo Mundo* no poseía la fuerza de sus antepasados.

Sostuvo la mirada al hombre que había frenado el avance de la fila. Reconoció sus facciones, en su mente se formó un nombre y, como si se tratase de una película a cámara lenta, se vio a sí mismo sentado en una mesa con él. Era otra época, una que no le provocaba más que aburrimiento y una sensación de irritación que no le aportaba beneficio alguno.

—Dios mío. Sois vos. Estáis vivo. —El hombre lo miró de arriba abajo—. ¿Cómo…?

—La muerte solo encuentra a los débiles, Clerys, a los demás nos tiene reservada una nueva vida, una de la que tú también disfrutarás —declaró con total desinterés. Hizo un gesto con la cabeza hacia delante y miró el resto de la fila—. Hasta ahora habéis vivido bajo el yugo del impostor, pero ya no debéis seguir escondiéndoos. Vuestro rey os espera. Lleva siglos esperando a que su pueblo se reúna de nuevo. Él es quien os ha liberado. ¡Él es el que os devolverá la libertad!

—¡No la toques! ¡No la…! —El sonido del bastón eléctrico resonó en algún punto más allá de su posición.

—¡Bastardo! —Chilló alguien más. Lloros, nuevos gritos… La sinfonía volvía a

imponerse al bendito silencio.

Puso los ojos en blanco, retrocedió hasta el lugar en el que ahora yacía un cuerpo en el suelo. Se estaba doblando por la mitad haciendo muecas de evidente dolor, así que no estaba muerto. Bien. Sus órdenes habían sido claras.

—Levántalo. —Se volvió hacia uno de sus subordinados—. Nuestro *sire* no quiere que se dañe al ganado. Lo necesita intacto.

—¿Ganado? —clamó alguien más, pero una mirada suya fue suficiente para cortar aquello de raíz.

Miró de nuevo toda la fila y las puertas abiertas de una de las entradas traseras de la enorme mansión al oeste de Barrington. El edificio era inmenso, una bonita fachada en la que representar el papel que su *sire* había elegido para sus negocios con los humanos, pero lo realmente admirable de aquella construcción era lo que se encontraba en sus entrañas, varios pisos por debajo de la línea del suelo.

Este era el reino de Varys, el lugar en el que deseaba que volviesen a reunirse los vampiros. Deseaba tener de vuelta a su pueblo, aquel que le había sido arrebatado por las mentiras y los engaños de los *Nocturna*.

A su juicio, ninguno de estos vampiros merecía todavía el honor de cruzar esas puertas, pero sus órdenes habían sido claras. Deseaba tener a su gente al alcance de la mano. Las jaulas y los sótanos estaban bien para los humanos y esos asquerosos cazadores, para los vampiros menores, pero entre estos todavía había linajes que merecían la pena ser tenidos en cuenta. Ellos serían los primeros en probar el nuevo beso.

Su señor había estado muy alterado cuando lo escuchó unos momentos antes. Había estado tan seguro de poder sacar por fin a la luz a la *Heredera de Sangre*, que verse ahora privado de esa posibilidad lo había enajenado. *Las jaulas estaban vacías*. Su *juguete favorito* había desaparecido. No quedaba nada allí abajo, ni siquiera el cadáver de los últimos cazadores con los que había estado jugando.

Debía admitir que estaba sorprendido de que el vampiro hubiese escapado en el estado en el que estaba. La última vez que lo vio estaba prácticamente muerto. El rey había estado drenando su don a fin de darle forma a su elaborado plan. Uno que había salido a pedir de boca.

No importaba. Su señor contaba ahora con una cantidad aceptable de candidatos a la transmutación. En cuanto comenzase con el proceso y sus filas se incrementasen, volvería a sentirse satisfecho.

—Llevadlos dentro. Con cuidado. Son invitados —declaró y empezó a dar órdenes a los tres *nosferu* que lo acompañaban.

Las bajas que habían sufrido en el asalto habían sido importantes, pero era necesario hacer algunos sacrificios para conseguir aquello que se deseaba. Era una pena que entre los elegidos no

estuviese Elder. Su antiguo camarada habría sido un premio muy jugoso. No había esperado que formase parte de ese lugar y menos aún que fuese el líder de la comunidad, pero ¿no era eso lo que siempre había sido? ¿Un zángano a las órdenes de aquel *Nocturna*? No. No habían podido atraparle, pero en su lugar habían reunido una buena cosecha.

Se fijó en un par de vampiros jóvenes, mucho más que los que habían emboscado fortuitamente aquella noche en las inmediaciones de Lincoln Park. Aquel había sido un golpe de suerte. Y, a pesar de todo, esta noche podía contarse como un nuevo éxito.

—Vamos. Que sigan andando.

Volvió sobre sus pasos e ignoró las palabras de aquel que se había dirigido a él en primer lugar. No tenía tiempo para perder con charlas intrascendentales, sobre todo cuando no podían importarle menos su contenido. Señaló con un gesto de desprecio los dos cuerpos de los vampiros muertos y ordenó.

—Deshaceros de eso. —Indicó a uno de los *nosferu* más cercanos—. Y cuando hayáis terminado. Quiero que limpies también el sótano. Deshaceos de las jaulas y de todo lo que encontréis. Nadie debe saber que hemos estado allí.

No esperó contestación, fue hasta el final de la fila y señaló ahora el furgón en el que habían trasladado a todos los vampiros.

—Desinfectadlo. Lo último que necesitamos es a esa escoria de cazadores humanos husmeando nuestros vehículos.

Comprobó por última vez que todo iba como debía y, una vez satisfecho, adelantó al grupo y penetró él también en las entrañas de la mansión. Tenía que prepararlo todo para las transmutaciones. El *sire* había expresado su deseo de que se llevaran a término cuanto antes.

CAPÍTULO 57

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

Horas más tarde…

—¿Cómo lo soportas? Enfrentarte a esto día tras día. O noche tras noche. —Victoria estaba sentada en la mesa de la planta baja de las dependencias de Sebastian en *La Nocturna*. Se habían refugiado allí hacía tan solo unos momentos, después de la vorágine de las últimas horas. Unos cuantos bocadillos y algo de fruta componían la cena que ninguno de los dos había sido capaz de tocar.

Estaba impactada. Decir lo contrario sería mentir. Se había mantenido en pie a base de adrenalina, de buscar cosas que hacer, en dónde ser útil, pero ahora que se había terminado, se sentía agotada y desconectada del mundo.

No estaba preparada para enfrentarse a algo como aquello. Dudaba de que alguien lo estuviese alguna vez. Decenas de personas asustadas: vampiros jóvenes, adultos, mujeres, hombres, adolescentes… Incluso había visto un par de niños que no tendrían más de diez años, al menos en apariencia. El miedo y la incomprensión en sus rostros, los llantos y también la rabia, muchísima rabia ante un ataque cruel e injustificado, era lo que más se había encontrado en aquel grupo de refugiados.

¿Y Serena? Esa joven vampira había pasado por un maldito infierno. ¡Había visto morir a su amigo, por el amor de Dios! Le acompañó en sus últimos momentos, sabiendo que no podía hacer nada más por él que permanecer a su lado. Todavía se le encogía el corazón al recordar su llanto, la impotencia y la rabia que la llenaban. Ella era una de las chicas a las que habían atacado hacía semanas. Estaba muy unida a Maroon y Elizabeth, así como a los dos jóvenes que ya no estaban entre ellos.

¿Y la pareja con la que se había topado en aquella pequeña tienda? La angustia del vampiro, ahora *nocturna*, era palpable. Se había negado que nadie tocase a la chica a la que mantenía en sus brazos. Siseaba a cualquiera que se les acercase. Estaba en shock por lo presenciado en Lake Zurich. En honor a la verdad, no pensaba que consiguiese llegar a él, captar su atención, pero Maroon la recordaba. Fue un momento difícil, pero logró que permitiese que atendiesen a su compañera y a él mismo.

La angustia del nuevo *nocturna* venía dada también por su imposibilidad de evitar lo sucedido. El ataque fue repentino y brutal. En un abrir y cerrar de ojos estaban dentro, las alarmas sonando por toda la colonia. Mataban a todo aquel que opusiese resistencia o atacase a esos monstruos. Habían masacrado a la *familia de sangre* de la subterra; la familia de Lizzy.

Bastardos. Monstruos carentes de sentimiento o de compasión. Eran asesinos despiadados y ella lo sabía bien, pues lo había sentido en sus propias carnes hacía casi un año.

Por primera vez se alegró de no recordar nada de lo ocurrido ese día, porque de haber sufrido algo semejante a lo que pasó en la colonia, no estaba segura de si hubiera sido capaz de salir adelante.

—¿Cómo eres capaz de salir ahí fuera cada noche sabiendo de lo que son capaces esos demonios?

—Porque no hacerlo sería como matar con mis propias manos a la gente que deseo proteger —respondió su *nocturna* en voz baja—. Te acostumbras a vivir de esa manera, a sobrevivir para poder luchar a la noche siguiente y estar ahí para los que te necesitan. —Levantó la cabeza y la miró. Sus dedos se enredaron en los de ella y Victoria solo pudo agradecer el contacto—. Gracias por cuidar de los chicos. Sé que Maroon no te lo puso fácil al principio. Alex me lo dijo.

Negó con la cabeza y le ciñó la mano.

—He estado ahí. Sé lo que es sentirse como si te hubiesen arrancado el alma y no haber podido hacer nada para evitarlo —admitió en voz baja—. No tengo recuerdos, pero el miedo… Ese sigue presente incluso después de un año. Es una sensación que todavía me invade por dentro y sé que pertenece a *ese* momento.

—No dejaré que vuelvas a padecer algo semejante, Victoria. Jamás.

—Ojalá hubiese podido hacer algo más —musitó.

—Estuviste con ellos, dulzura. Los escuchaste, les diste apoyo y te mantuviste a su lado. Eso es lo único que necesitan ahora mismo —le aseguró, buscando su mirada—. No es fácil enfrentarse a algo como esto. Dios. Ni siquiera deberías haberlo presenciado. Tendría que haberte mantenido lejos de aquí, pero…

Negó con la cabeza.

—Si este es el lugar en el que debes estar, entonces es donde yo también estaré. —Se giró

en la silla de manera que quedaron uno frente al otro. Solían sentarse así, lado a lado, como si de esa forma estuviesen siempre al alcance de la mano—. Tú eres todo lo que tengo, Bast. Ni loca voy a deshacerme de ti.

Los labios masculinos se elevaron ligeramente, pero no llegó a sonreír.

—Conserva esa línea de pensamiento y haz mías tus propias palabras —le dijo con su habitual rotundidad—. Ni loco te dejaría hacerlo.

Fue Tori la que sonrió al escucharle y se inclinó hacia delante en la silla. Alzó el brazo y le tocó la barbuda mejilla con la mano al tiempo que se perdía en esos ojos color carmesí.

—Te tomo la palabra.

Sebastián tomó su mano entrelazada con la suya y se la llevó a los labios. Se la besó con ternura y se la llevó después al corazón. Podía sentir su latido a través de la ropa, una cadencia tranquila que nada tenía que ver con la vorágine sufrida en las últimas horas.

—¿Vais a volver a salir? ¿A buscarles?

Sabía que no habían perdido un segundo en rastrear a los hijos de puta que habían masacrado la colonia. En cuanto se dio la voz de alarma de que los *nosferu* no se dedicaron solo a matar a quién encontraron en su camino, sino que se llevaron también a algunos de los habitantes de la colonia, salieron en su búsqueda. Sebastian se había coordinado con su grupo de *Nocturna*s, dividiéndose entre atender a los supervivientes y formar partidas de búsqueda. Desafortunadamente, estas no habían dado resultado.

Tanto los malditos monstruos como los vampiros secuestrados se esfumaron de la faz de la tierra sin dejar rastro alguno que seguir.

Había escuchado cómo su amante se lo decía al señor Breiner, el líder de la colonia atacada y padre de Maroon. La desesperación e impotencia del vampiro eran palpables y quedó también de manifiesto durante la videoconferencia que mantuvieron a puerta cerrada con los líderes de las otras tres subterra. El cruce de acusaciones había traspasado las puertas de la sala. Esa gente tenía miedo, podía oírlo en las airadas voces. Nadie quería que lo ocurrido en Lake Zurich se repitiese en otras regiones. Sugerencias, posibles planes de evacuación… Todo se convirtió en un guirigay, hasta que alguien dio un golpe sobre la mesa y zanjó la discusión con duras y frías palabras. Desde luego, Sebastian sabía cómo hacerse oír y a los demás no les quedó otra que escuchar.

Joel la había encontrado allí, en el pasillo. El *nocturna* se limitó a ponerle la mano sobre el hombro con suavidad, señalar la puerta cerrada y decirle:

—Bast es el *Guarda de Sangre* de la raza. Su palabra es ley. Para esos idiotas, lo que sale de su boca es lo equivalente a lo que sale de la boca de *La Sanguia*. Rezongarán como niños pequeños durante un rato, pero acabarán por acatar sus órdenes.

Y al final parecía ser que así habría sido, pues cuando se abrieron las puertas, tanto el señor

Breiner como su pareja parecían algo más tranquilos y decididos. Había sido en ese momento cuando él la había visto. El *Lore* de Lake Zurich se había retirado para ocuparse de su gente y su novio la había acompañado a sus dependencias, donde la dejó para ir a la cocina y coger algo de cena para ambos.

Desde el momento en que volvió, estuvieron aquí, mirando la comida, incapaces de darle un solo bocado a nada de aquello.

—Tenemos a Elijah y a Nix haciendo un nuevo barrido, pero la realidad es que la cosa no pinta nada bien —respondió él a la pregunta que le acababa de hacer—. Neron cree que el poder que Varys le drenó podría haberse agotado ya, pero mientras exista una posibilidad de que conserve todavía unos hilos del *Tejedor*… No voy a arriesgar a nadie más. Las colonias estarán en modo alerta y en confinamiento absoluto hasta que podamos blindarlas como a *La Nocturna.*

—Vale. Ahora recuerda que soy humana y vuelve a explicármelo, pero como si fuese para tontos —le dijo esbozando una irónica sonrisa—. Lo siento, pero es que solo he pillado la mitad. ¿Entiendo que alguien *teje* cosas?

Sebastian se la quedó mirando. Suponía que no sabía si le estaba tomando el pelo o lo preguntaba en serio. Decidió que era lo segundo, ya que asintió con la cabeza.

—Mis disculpas, Victoria. —Cubrió sus manos enlazadas con la libre y se inclinó también hacia ella. De ese modo estaba tan cerca que cuando respiraba, era él quien le llenaba los pulmones—. El don de Neron es uno de los más raros y preciados con los que cuenta mi raza. Tiene la capacidad de *tejer ilusiones.* Piensa en ello como en uno de esos toldos que a veces cubren los edificios en restauración. Por fuera exhiben la imagen que quieren que veas, pero detrás sigue existiendo la realidad. Su don es similar, pero a una escala mucho mayor y física. La ilusión que teje se percibe como la realidad, aun cuando no lo es.

—Así que es como *David Copperfield,* pero en vampiro y con superpoderes de la hostia.

—*Nocturna*. Uno de los más viejos.

—¿Cómo de viejo?

—Lo bastante como para que te dé vueltas la cabeza —le dijo. Entonces se volvió hacia la mesa, cogió uno de los bocadillos cortados en triángulos y se lo acercó a los labios—. Muerde.

—*Um.* Creía que eso lo hacías tú. —Y de nuevo, su cerebro iba por libre.

—Es tarde para ti y no has comido nada —ignoró su comentario e insistió—. Un mordisco. Vamos.

Se rindió y le dio un bocado. El fuerte sabor del queso crema le estalló en la boca y acabó gimiendo sin poder evitarlo. Dios. Estaba riquísimo. De repente, su estómago decidió recordarle su presencia y gruñó, corroborando las palabras de su novio. Si bien todo lo sucedido hasta ahora le había quitado el apetito, la tranquilidad de este momento y el sabor del queso despertaron su apetito.

—Por Dios. Esto está buenísimo.

Ver cómo los labios del vampiro se curvaran hacia arriba la hizo sentirse mejor. Sebastian había estado muy serio, con visibles signos de preocupación, así que arrancarle aunque fuese un amago de sonrisa era de lo más satisfactorio.

—Soy consciente de que no tengo vuestras… *er*… capacidades, pero si puedo ayudar en algo… —mencionó después de tragar la comida. No quería ser una carga para él, quería compartir sus cargas.

—Me ayudas quedándote aquí, así de cerca y dejándome alimentarte —aseguró girando el bocadillo en sus manos para ofrecerle la parte que no había sido tocada todavía—. Tú eres el aire que necesito para respirar.

—En ese caso me encargaré de que nunca te falte —le dijo y mordió de nuevo el bocadillo. Masticó con cuidado, tragó y se lamió los labios—. Me quedaré tan cerca que solo tendrás que respirar para tenerme dentro de ti.

—Me gusta tenerte dentro de mí —aseguró con esa voz profunda y sexy que la derretía por dentro—, tanto o más de lo que me gusta estar dentro de ti.

—Dios. Si pretendes que me termine el sándwich, no digas esas cosas… —Gimió y él se rio. Una risa sincera, breve sí, pero de las que a ella le hacían cosquillas por el placer de oírla—. No te rías. Es la verdad. No me concentro.

—Y tienes que concentrarte.

—Oh, sí —asintió. Le quitó el sándwich de entre los dedos y se lo acercó ahora a él—. Muerde, *nocturna*.

—Ahora quién está diciendo cosas peligrosas —replicó, pero no vaciló, separó los labios, dejando a la vista la punta de sus colmillos y le pegó un pequeño mordisco al bocadillo—. Termínatelo. Vamos.

—Dios. Mira que eres mandón. Y lo peor de todo es que eso me pone. —Se metió en la boca lo que quedaba del bocadillo y suspiró—. Si es que solo a mí se me ocurre enamorarme de un vampiro. Si hasta me gustan tus colmillos.

Sebastian reprimió una sonrisa.

—Te quiero. —Se lo quedó mirando, intentando grabarse el rostro que tenía ante ella tal y como era ahora—. De verdad. Te has metido aquí dentro y ya no soy capaz de sacarte. —Se llevó la mano al pecho, tocándose el corazón—. Es posible que no sea lo que tú esperabas encontrar, que mi vida sea insignificante en comparación con la tuya. Desde luego, está claro que los humanos no vivimos tantos años como vosotros y… Joder. Ahora que lo pienso. Eso podría ser un problema de aquí a unos cuantos años, ¿verdad? Mierda… Pero yo… Yo te quiero. De verdad.

Su edad. ¿Cómo demonios no se había dado cuenta de eso? ¿Cómo no había pensado en

ello? Él tenía seiscientos años aun si aparentaba estar en la treintena y ella, bueno, solo tenía veintisiete. Eso le dejaba, ¿cuánto? ¿Un par de décadas por delante para estar con él antes de que su diferencia de edad se hiciese demasiado evidente? Porque su vida seguiría adelante, pero él…

—No hay nada insignificante en ti, Victoria. —Le cogió el rostro entre las manos y evitó así que su mente siguiese divagando—. A mis ojos eres perfecta. Tu vida será mi vida durante el tiempo que tengamos. Te quiero, dulzura, sean cuales sean las consecuencias.

—¿Sean cuales sean?

—Sean cuales sean.

—Es una forma de amar bastante arriesgada, Bast.

—Es la única en la que sé amarte —aseguró resbalando ambos pulgares sobre la piel de sus mejillas, luego sobre sus labios, en los que también clavó la mirada—. Y estoy dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para hacerlo.

—Hasta las últimas consecuencias —repitió ella y, al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, supo que muy bien habían podido salir de su propia boca. Porque ella estaba dispuesta a hacer lo mismo—. Sí, creo que esa forma de amar encaja con nosotros.

—¿Tú crees? —Su voz se volvió aún más profunda y ronca.

—Sí, *nocturna*, porque yo estoy dispuesta a amarte de la misma manera —confirmó y puso todo su corazón al decirlo—. Hasta las últimas consecuencias.

Él se la quedó mirando con una intensidad inusual, como si estuviese buscando en sus ojos y al mismo tiempo quisiera decir algo.

—¿Lo juras? —La pregunta abandonó sus labios con un anhelo que le acarició el alma, el mismo que veía ahora en su mirada—. ¿Hasta las últimas consecuencias?

Cogió una de sus manos, arrancándola de su rostro y la llevó sobre su propio corazón, cubriéndola a continuación con la suya.

—Lo juro, Sebastian Nocta, hasta las últimas consecuencias.

Él asintió un segundo antes de bajar sobre su boca y besarla con un ardor y una ternura que le estremeció el alma. Bast la arrancó de la silla, tirando de ella hacia arriba al tiempo que se levantaba. La aupó, obligándola a enlazar las piernas en torno a su cintura mientras la sujetaba por los muslos.

—Te necesito —gruñó contra su boca y ella gimió en respuesta—. Ahora, *Tori*.

—Soy tuya, mi amor —respondió ladeando la cabeza para acariciarle la oreja con los labios—. Siempre.

—Seguiremos con la cena… Después —rumió él. Se alejó de la mesa y lo próximo que supo es que ya no se encontraban en la planta de abajo, sino en el piso de arriba y que estaba a punto de dejarla caer de espaldas sobre la cama.

CAPÍTULO 58

La amaba. ¿Cómo no hacerlo si ella encarnaba todo lo que alguna vez había anhelado?

La desnudó despacio, disfrutando de cada pedacito de piel que quedaba expuesto y de la sensual respuesta de su cuerpo. La idea de arrancarle la ropa y hundirse entre sus piernas le daba vueltas en la cabeza, pero con ella quería esto, quería conocer cada una de sus reacciones, aprender qué era lo que la ruborizaba, qué la volvía loca de placer. Ella merecía ser amada y no solo follada. Quería que supiese a través de su tacto lo que significaba para él la valiosa joya en la que se había convertido.

Le gustaba su cuerpo y el aroma de su piel. No había un solo centímetro de ella que no le pareciese precioso, que no le resultase encantador y que no se muriese por saborearlo. Esta mujer le provocaba un hambre atroz; lo volvía famélico de algo que solo podía encontrar entre sus brazos. Ella era su *Primada* a todos los efectos, la hembra para él, pues ya no podía imaginarse en brazos de otra. Victoria era su compañera, su amante y su esposa. Punto. Y si alguien lo cuestionaba, tendría que enfrentarse a él.

Se deshizo de su ropa y de la de ella, hasta que todo lo que quedó fue piel contra piel y las sábanas sobre el colchón. Recorrió cada pequeña cicatriz que encontró y tuvo que luchar consigo mismo y con la ira que bullía en su interior ante el recuerdo que evocaban. Le gustaría poder resucitar al bastardo solo para poder desmembrarlo con sus propias manos.

Haciendo a un lado esos psicóticos pensamientos, se concentró en su mujer y en el placer que encontraba recorriendo sus pechos con la lengua. Los duros pezones de un suave tono canela llamaron su atención y no dudó en prodigarle la atención adecuada. Oírla gemir era como música en sus oídos. Le gustaba ese ronco sonido que salía de su garganta cuando estaba excitada; era de lo más sexy.

Se recreó en sus pechos, masajeándolos, preguntándose cómo se sentiría enterrado entre ellos, moviéndose contra esa suave piel. Su imaginación se disparó y la excitación lo recorrió como un relámpago. Su miembro pulsó de pura necesidad, tan duro que dolía. Su Victoria estaba hecha para el placer, para darlo y para recibirlo. Sus respuestas eran sinceras, instintivas, no había maquinaciones detrás de sus actos, en muchos aspectos era incluso pura. Y eso lo llevaba a preguntarse qué clase de estúpidos habrían dejado escapar a una mujer semejante.

No importaba. Ahora ella era suya. De nadie más. Iba a asegurarse de que disfrutase en su cama, de llenarla de placer y dicha, de verla feliz. Sí, eso era lo que deseaba darle, lo que quería

que ella encontrase a su lado.

Tener esa clase de pensamientos era tan extraño para él, pero al mismo tiempo sentía que era lo correcto. Era lo que deseaba de ella.

Hasta las últimas consecuencias.

Sí. Iría hasta las últimas consecuencias para mantenerla a su lado, para conservar lo que había nacido entre ellos.

—Bast… —gimió su nombre, contoneándose bajo él.

Sonrió contra su pecho, abrió la boca y deslizó una vez más la lengua en torno al pezón para luego succionarlo. Ella se arqueó debajo de él. Sus caderas empujaron hacia arriba, tentándolo, diciéndole sin palabras lo que deseaba, pero él se decantó por seguir disfrutando de esos ricos pezones.

La tentó con la lengua, la sintió temblar ante la presencia de sus colmillos y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sucumbir a la pura lujuria y morderla allí cuando notó la sangre corriendo por sus venas. Sus sentidos se agudizaban durante el sexo. Su oído se volvía más fino y podía incluso oler el líquido herrumbroso que ya lo había nutrido con anterioridad. No había vuelto a beber de nadie más desde que la probó a ella. El solo pensamiento hacía que se revolviese algo en su interior. Quería su sangre, la de nadie más, y su cuerpo parecía estar completamente de acuerdo con su mente en ese punto.

—Dios… Me tientas más allá de la razón, dulzura —admitió con la voz ronca de deseo—. Me está costando un mundo no ceder ante la tentación… —Le azotó el pezón con la lengua una vez más a modo de explicación—. Quiero morderte y beber de ti. Justo aquí.

—Ay, Dios… —Bast sonrió contra su pecho al escuchar su respuesta. La sintió estremecerse debajo de él, pero también olió su excitación, su sexo segregando todavía más humedad ante sus palabras—. No digas… esas cosas… a menos que pienses cumplirlas, *Nocturna*.

Gimió contra su pecho y succionó una vez más el pezón en su boca. La idea de alimentarse de ella de esa manera era sumamente erótica, pero lo sería todavía más cuando estuviese enterrado hasta la empuñadura en ese prieto y caliente sexo.

—¿Me das permiso, amor? —Su voz se hizo más profunda. Sabía que estaba dejando que su naturaleza se deslizase en ella, pero no podía evitarlo. Era parte de él, su huella—. ¿Puedo morderte… aquí? —La lamió una vez más y ella gimió, arqueándose contra su boca.

—Oh, sí.

Bast dejó el endurecido pezón solo para prodigarse las mismas atenciones al otro, todo ello mientras se hacía hueco entre sus piernas y resbalaba los dedos por su sexo.

—O quizá… aquí. —Le dio un nuevo lametón, lo que la hizo respingar debajo de él—. *Um*… No me decido, Victoria.

—Joder, Sebastian, deja de jugar… ¡Y hazlo!

Ahogó la carcajada que le surgió de la garganta contra su pecho. Sus manos habían bajado ya a sus caderas y la atrajo hacia él de un tirón. Cuando volvieron a subir, le recorrieron los muslos, hasta detenerse en la unión posterior de sus rodillas y las mantuvo allí, manteniéndole las piernas separadas y flexionadas en una posición que la dejaba totalmente a su merced.

—Eres demasiado sexy, Victoria, demasiado apetitosa… —declaró en el mismo tono que había utilizado antes—. Creo que voy a devorarte entera.

—Ay, Dios. —Su erótica desesperación lo hizo sonreír una vez más. Esa mujer le había hecho sonreír más veces en un par de semanas de lo que lo había hecho cualquiera en sus seis siglos de vida—. Bast, por lo que más quieras…

—A ti, Victoria, te quiero a ti —admitió sincero. Empujó contra ella, su polla lista para sumergirse en ese húmedo coño—. No hay nada que quiera más en estos momentos. —Y con esa última declaración se hundió en ella. Su boca volvió entonces sobre el otro pezón, aquel que había despertado inicialmente su hambre. Notó la vena palpitando bajo su lengua y no lo pensó. Hundió sus dientes en la tierna carne hasta que la rica sangre inundó su boca y obnubiló su mente.

—¡Sebastian!

La sintió apretándose en torno a él, su sexo empapándolo con su humedad, regalándole un primer e inesperado orgasmo que lo empujó a moverse dentro de ella. La aferró como si fuese una presa que no quisiera soltar, gruñó de puro placer mientras chupaba y tragaba lo que necesitaba de su pecho y sus caderas empujaban y se retiraban, montándola a placer.

Victoria se aferró a él. Sintió como le clavaba las uñas en los brazos, escuchó sus jadeos, sus gritos mientras su sexo lo ceñía y sus piernas, ahora libres, se cruzaban sobre sus caderas. Se ancló a él de la misma manera en que él se había anclado a ella, lo reclamó con su cuerpo de la misma manera en que lo hacía con su sangre y cuando la escuchó gritar su nombre por segunda vez, la acompañó hundiéndose tan profundo como podía en su sexo, corriéndose en su interior.

Se obligó a parar de beber, a desprenderse de su carne y empezó a curar las punzadas de sus dientes con lentas pasadas de la lengua. Le mimó la piel, tomándose su tiempo, limpiando todo rastro de sangre mientras seguía unido a ella tan íntimamente como podían estarlo un hombre y una mujer.

—¿Sigues conmigo, *dulzura*?

La respuesta de la chica fue una especie de gemido que debía significar *«sí»*.

Bast terminó con sus cuidados y se retiró despacio de su interior. Solo entonces se dejó caer de espaldas sobre la cama y la atrajo sobre él, lo que le permitía rodearla con los brazos y mantenerla muy cerca. Le acarició el pelo y buscó su rostro para reclamar ahora sus labios en un lánguido beso.

—¿Todo bien? —insistió. Podía oler la satisfacción sexual en su cuerpo, percibir su relajación, lo que significaba que no estaba sufriendo dolor alguno—. ¿Tori?

—Estoy muerta. —Farfulló ella. Sin embargo, su rostro lucía una sonrisa tan grande que no pudo evitar sonreír en respuesta—. Eso ha sido… Por favor, muérdeme cuando quieras.

Sebastian se echó a reír, volviéndose de lado de modo que ahora ambos pudiesen mirarse el uno al otro.

—Esa es una oferta peligrosa, amor mío —aseguró él, contemplando ese hermoso rostro. Los ojos verdes de su mujer brillaban más que nunca.

—Quiero asegurarme de que no muerdas a nadie más —murmuró ella pegándose a él, dejando que sus manos resbalasen por su pecho—. No de esta manera, al menos. Eso solo a mí.

—Créeme. No tengo en mente practicar esto con otra mujer que no seas tú —corroboró—. Tú eres todo lo que necesito. Ahora y siempre.

Una de esas peregrinas manos había llegado a su rostro y le acariciaba el mentón, deslizándose hacia su mejilla.

—Te quiero, Bast —le dijo mirándole a los ojos—. Me alegro tanto de haberte encontrado.

Le devolvió la caricia, acunándole el rostro, rozándole el pómulo con el pulgar.

—Es una alegría que comparto, mi Tori —aseguró inclinándose sobre ella para tomar sus labios—. Te quiero. Más de lo que jamás pensé que podría llegar a amar a alguien.

Y, por si le quedaba alguna duda, la empujó de espaldas sobre el colchón y volvió a demostrárselo.

CAPÍTULO 59

Alice dejó el tenedor a un lado y apartó el plato. No podía dar un solo bocado. El estómago se le revelaba con solo pensar en dar otro mordisco a la lasaña o a cualquiera de las cosas que habían dispuesto para ella. Tampoco es que tuviese hambre. Todo lo ocurrido le había arrebatado el apetito. No podía dejar de pensar en toda la gente que había al otro lado de aquellas puertas, lo que habían perdido y la manera en que lo habían hecho.

Habían irrumpido con todo, asesinando, mutilando, hiriendo y secuestrando a los mismos miembros de la raza que un día había jurado proteger. La habían corrompido desde dentro, utilizando a un joven vampiro como señuelo, convirtiendo su vida en un infierno para dejarle morir como un perro.

Se le encogió el corazón. En su fuero interno sabía que esto no era más que el principio, que Varys seguiría golpeando una y otra vez, que no descansaría hasta que estuviese de nuevo a su lado. Él se lo había advertido. Ella era lo que quería y no descansaría hasta tenerla, hasta convertirla en su reina. Un eufemismo para lo que realmente deseaba; que fuese su yegua de cría.

Contuvo las ganas de vomitar. Su propio padre. Él no la había mirado como tal la última vez que estuvieron cara a cara. La lujuria en sus ojos rojos era tan intensa como su demencia. Fue en ese mismo instante en el que supo que lo había perdido para siempre, que el ser que estaba ante ella ya no era el consorte de la reina Ileana, que no era el hombre que la había mecido en sus brazos cuando solo era una niña, que la había amado como un padre ama a su hija. Ese vampiro había muerto en el calabozo en el que lo habían mantenido prisionero. Lo corrompieron hasta el punto de haber perdido su alma y ahora no era sino un monstruo.

Y ese monstruo debía ser detenido a toda costa. Su sola existencia era un riesgo para su propia gente. No podía permitir que siguiese sembrando el caos, que en su locura destruyese a más vampiros intentando convertirlos en esas abominaciones.

Se levantó del asiento y salió del saloncito en el que solía hacer sus comidas. Llevaba casi toda su vida confinada en esta residencia, limitada a moverse tan solo dentro de los confines de *La Nocturna* desde el día en que sus caminos se cruzaron en el *Nuevo Mundo.* No. A ella no la habría matado, pero a Sebastian… Su hermano era, a ojos de Varys, el único responsable de todo, el ladrón que se había llevado a la heredera de sangre robándole a él, al verdadero rey, lo que le pertenecía por derecho.

No. Si alguien había robado algo aquí, era *él*. Le había arrebatado su libertad, el poder

sentir el aire en el rostro, el ver las estrellas en el cielo nocturno, el descubrir un mundo al que ya solo podía acceder a través de las fotografías, los vídeos y las películas que encontraba a través de internet. Varys la había convertido en una prisionera, pero eso estaba a punto de acabarse. Ese monstruo no seguiría condicionando su vida, ya no.

Cruzó habitación tras habitación a paso firme. Las puertas que conducían a la sala de recepciones previa a sus dependencias estaban abiertas y podía escuchar los murmullos de una conversación. Reconoció la voz de Zuzanna, como siempre, irónica y rezongona. Tenía que estar sacando de quicio a alguno de los *nocturna*; ese era su pasatiempo favorito.

No había llegado ni a la mitad del salón cuando sintió que le fallaban las fuerzas. La habitación empezó a darle vueltas y estiró el brazo, aferrándose a lo primero que encontró. No podía mantenerse en pie, las piernas se le doblaron y cayó al suelo con un golpe sordo. La vista empezó a nublársele y sus oídos captaron un leve zumbido que juraría estaba dentro de su cabeza. Intentó abrir la boca y pedir ayuda, pero no emitió un solo sonido. El cuerpo empezaba a pesarle más y más. Era como si una parte de ella estuviese intentando desprenderse de él, como un traje que ya no le quedaba bien. Era una idea extraña, pero acertada dentro del remolino que giraba en su cabeza. Terminó despanzurrada en el suelo, o al menos juraría que su cabeza acababa de entrar en contacto con la alfombra y no de manera delicada. No podía moverse. A duras penas conseguía mantener los ojos abiertos, los párpados le pesaban demasiado.

¿Voy a desmayarme?

No. No se trataba de eso. El conocimiento inundó su mente como si siempre hubiese estado allí y este fuese el momento en el que debía ser expuesto.

El Descenso.

Su propia voz cobró vida en el interior de su mente. Intentó luchar contra el tirón, pero ya no había más tiempo. Estaba delante del umbral y había llegado el momento de que cruzase al otro lado.

CAPÍTULO 60

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

Una semana después…

Una semana. Siete jodidos días sin rastro de los vampiros secuestrados, ni tampoco de cadáveres. No sabía si la falta de lo segundo era un alivio o un motivo mayor de preocupación. Después de lo que Varys había conseguido, ponerse en lo peor parecía lo indicado, aun si no era lo más tranquilizador.

Sebastian se quedó mirando el mapa que tenía encima de la mesa. Las cinco colonias estaban marcadas en él, ahora con una equis encima de una de las ubicaciones. Lake Zurich ya no existía. La *Nocturna*, Wheaton, Mokena y Hobart eran ahora todo lo que quedaba de la raza vampira, al menos que él supiera. Hacía tiempo que se le había perdido a la pista a los nómadas, vampiros que decidieron dejar la seguridad del grupo y emprender sus propios caminos. Muchos de aquellos habían caído a lo largo de los años, pero no todos. Al menos, no que él tuviese conciencia. Si había alguno de los suyos ahí fuera, esperaba que estuviese a salvo.

—He terminado de tejer las salvaguardas en Hobart. —Neron, quien estaba a su lado, señaló la ubicación en el mapa. El vampiro todavía no estaba en óptimas condiciones. Necesitaría de tiempo, una buena alimentación y una regular ingesta de sangre para recuperarse o, al menos, volver a estar en forma. Pese a ello, había sido el primero en dar un paso adelante y echar mano de sus exiguas fuerzas para ir protegiendo una por una las colonias. *La Nocturna* había sido la primera y, a lo largo de la semana, se le habían ido sumando las demás. Su agotamiento era evidente, pero con esta última tarea concluida, podían empezar a relajarse—. Las cuatro subterra están ahora fuera del alcance de Varys. Aunque le revelasen su ubicación, ni sus *nosferu* ni él tendrán acceso a ellas.

Esa había sido una de sus preocupaciones de esa semana. Que los rehenes que tenía en su

poder pudiesen darle ese tipo de información. Después de todo, los vampiros tenían conocimiento de cada una de las colonias. Había familias que, ya fuese por matrimonio u otros motivos, abandonaban una región para trasladarse a otra, por lo que siempre estaban en contacto. Si la localización de cualquiera de ellas cayese en sus manos, podría repetirse el horror de Lake Zurich, algo que no podían permitir.

—No sabrán ni que están delante de sus puertas, si llegase a darse tal caso.

Asintió ante la rotunda confirmación y se permitió respirar con cierto alivio.

—Ya era hora de que tuviésemos alguna buena noticia —admitió en voz alta y volvió la cabeza hacia el corredor, como si pudiese ver lo que había más allá de aquel pasillo.

—Dale tiempo. —Se volvió a mirarle y Neron afirmó con la cabeza, corroborando su propia sugerencia—. Está atravesando el *Descenso*. Cuando cruce el umbral, volverá a nosotros.

—Una semana, Neron, lleva una jodida semana en ese estado… —indicó con un resoplido —. Es demasiado tiempo.

—¿Y cuánto crees que te llevó a ti el *Ascenso*? —le recordó y notó un deje irónico en su voz—. Tu padre y yo estuvimos haciendo turnos para velarte, del mismo modo en que ahora los hago yo con esa irritante mujer para velar a tu hermana. Emergerá cuando tenga que emerger.

No era lo mismo. Los vampiros no iniciaban el *Descenso*. Eso solo era cosa de los *nocturna*, más concretamente de las hembras que perpetuaban el linaje real. El final de un camino que por lo general conducía al final de su reinado. Solo sabía de una mujer de sangre *nocturna* que hubiese llegado a atravesar el umbral y esa fue su abuela. Su madre no había llegado a experimentarlo; la habían asesinado antes de que llegase a ese punto.

Dios. Cuando Zuzanna le había dicho que había encontrado a Alice tirada en el suelo y fría como un témpano de hielo, se le paró el corazón. Por suerte, Victoria estaba en ese momento a su lado y su presencia fue suficiente para mantenerle en pie. Neron fue el que puso algo de cordura en el impactante y enloquecedor momento, diciéndoles a todos que *La Sanguia* había comenzado el *Descenso*. Pero de eso hacían ya siete jodidos días.

—Me siento impotente… —admitió en la privacidad de aquella sala, frente al hombre que había sido como un segundo padre para él.

—Todos nos sentimos de esa manera, hijo, todos —aseguró. Notó la mano que se posó sobre su hombro y en posterior apretón—. Solo confía en que todo saldrá bien y que la volverás a tener a tu lado. Mantente firme, Sebastian, pruebas como esta son las que te prepararán para lo que viene.

Lo miró de soslayo y el vampiro sonrió de soslayo al ver su expresión.

—Tendrás que ir haciéndote a la idea, muchacho. Eres el próximo líder de la raza.

—Alice…

—Alice superará la prueba y cuando atraviese el umbral, te tocará a ti ocupar su lugar.

No se molestó en replicar. No servía de nada. Solo conseguiría enfurecerse aún más.

Diablos. Tendría que haberse quedado en la cama, con su mujer. Al menos allí no existían los problemas, ni parecía que el mundo estuviese a punto de irse a la mierda.

Echó un fugaz vistazo al teléfono que había dejado sobre la mesa y cuya pantalla se había encendido para notificarle la entrada de un mensaje. Victoria había salido antes de la puesta de sol. Estos últimos días había estado aquí, en *La Nocturna*, a su lado, con su gente. Se había volcado en ayudar en todo lo que podía, dejando de lado su propia vida, su trabajo, su piso. Él no deseaba que perdiese parte de lo que la hacía ser ella, así que en la última conversación que tuvieron entre las sábanas, la instó a salir durante el día, momento en el que sabía que estaría segura incluso si él no podía ir a ella. Le había enviado un mensaje cuando llegó al piso, diciéndole que aprovecharía para embalar algunas cosas. Al final, después de lo ocurrido en Lake Zurich, Victoria había consentido en mudarse de manera permanente a *La Nocturna*. Conservaría de momento el piso en *Ranch Triangle*, pero haría su vida aquí, junto a él.

Su *Primada* era una mujer razonable. Mantenía la mente abierta y no dudaba en preguntar aquello que no entendía. No era de las que se guardaba las cosas, lo cual agradecía, sobre todo cuando la asaltaban las dudas, como había ocurrido hacía algunos días con respecto al futuro de una relación que todavía estaba dando sus primeros pasos.

Victoria lo amaba. Le había dicho que estaba dispuesta a quedarse con él mientras la quisiera a su lado. Le preocupaba su propia mortalidad, el hecho de que ella fuese humana y por ende envejeciese mucho más pronto que él. Sebastian no se había parado a pensar en ello hasta que lo mencionó aquel día y desde entonces no había dejado de darle vueltas a la posible solución; una que se consideraba un tabú, pero que podría unir su vida a la de él. Sin embargo, hacerlo equivaldría a que, si uno de los dos moría, el otro le seguiría de inmediato. Se irían juntos. Si no se lo había dicho todavía era tan solo por cómo estaban las cosas. Necesitaba que ella estuviese segura de que podía afrontar el mundo en el que él vivía, la manera en que lo hacía y sobre todo viese la clase de vida que le aguardaba junto a él.

La amaba. La amaba tanto como para estar dispuesto a renunciar a ella llegado el momento si con eso aseguraba su bienestar y su felicidad.

Por el momento se contentaría con aprender a conocerla, descubrir qué cosas la hacían reír y cuáles llorar. Aprovecharía cada momento que tuviese a su lado y lo viviría como si fuese el último, pues no conocía otra forma de hacerlo.

—¿Tu mujer?

La pregunta de Naron lo sacó de sus pensamientos y lo devolvió al presente y al hombre que le acompañaba.

—Sí —afirmó. Abrió el mensaje y lo leyó—. Está en la ciudad. Va a pasar la noche en La Azotea.

—¿*La Azotea*?

—Un bar de copas. Es camarera. Nix le recomendó el local a Joel y se ha convertido en una parada obligatoria.

—¿Por las copas o por las camareras? —sonrió el *nocturna*.

—Ambas —confirmó sin pudor—. Fue allí donde volví a verla.

—El destino puede ser muy caprichoso —mencionó el acompañante con gesto misterioso, entonces señaló—. ¿Habéis encontrado algo nuevo ahí fuera?

Negó con la cabeza. Esta última semana no habían hecho otra cosa que dar vueltas por la ciudad sin éxito alguno. Habían estudiado las cámaras de vigilancia del vecindario en el que se ubicaba la subterra de Lake Zurich, pero no habían servido para nada. La noche en la que se había llevado a cabo el ataque, todos los dispositivos de la zona se habían estropeado o apagado, algo que sin duda ya estaba planeado de antemano. Así que no tenían pista alguna que seguir, por lo que se estaban limitando a peinar cuadrante por cuadrante toda la maldita área, sin que se encontrasen con un solo *nosferu* ni por casualidad.

—Es como si se los hubiese tragado la tierra —admitió, visiblemente frustrado—. Se han esfumado. Ni siquiera tenemos constancia de su presencia en las áreas que siempre suelen frecuentar. Se han metido en un puto agujero y no parecen muy dispuestos a salir.

—¿Y los vampiros secuestrados?

—Ni rastro. Ni vivos, ni muertos. Y eso no sé si resulta esperanzador o he de considerarlo un mal augurio.

—Lamentablemente, estando Varys de por medio y habiendo vislumbrado sus motivaciones, la ausencia de noticias, buenas o malas, no es un buen síntoma —admitió Neron con gesto pensativo—. Se ha convertido en un ser obsesivo. Está decidido a recuperar lo que cree que le pertenece por derecho, a hacer resurgir a los vampiros tal y como fueron en el pasado, pero con más poder. Está convencido de que él es el salvador de la raza, el que puede llevar a los vampiros a un estado superior… —dijo y sacudió la cabeza—. No queda nada el hombre al que juré servir y proteger, Sebastian, nada del rey al que un día llamé hermano.

—Ese hombre murió en aquel calabozo, Neron —afirmó con rotundidad—. Nuestro rey perdió algo más que la cordura en ese lugar. Le despojaron de su alma.

Y un ser sin alma no era alguien digno de hacerse llamar *«padre»* ni mucho menos *«rey»*.

—Lo sé, hijo. Créeme. Nadie mejor que yo sabe eso después de haber pasado estos últimos siglos a su lado.

La sola idea era aterradora. Todavía le parecía un milagro que Neron estuviese allí y que su mente, a pesar de que él decía que estaba en un estado precario, conservase la lucidez.

—Si tan solo hubiese sospechado que tú…

—No vayas por ahí, Sebastian. La culpabilidad es el peor de los cánceres existentes —lo

interrumpió con brusquedad—. Hiciste lo que tenías que hacer, lo que se te ordenó hacer. Proteger a la *heredera de sangre* y a nuestro pueblo. Si los vampiros están todavía sobre la faz de la tierra, es porque tienen un líder que ha sabido estar a la altura.

Optó por no responder y, por segunda vez, volvió a mirar en dirección al pasillo que llevaba a las dependencias de Alice.

—No puedo perderla a ella también… —murmuró en voz baja, dando voz a uno de sus grandes temores—. Les prometí que la cuidaría y protegería.

—Y lo has hecho —aseguró el antiguo *nocturna*—. Pero ahora es su turno de luchar. Esta prueba debe enfrentarla ella sola. Y saldrá victoriosa, estoy seguro de ello.

Le miró de soslayo y asintió.

Neron señaló entonces el mapa que tenían encima de la mesa.

—¿Hay algo más en lo que pueda contribuir?

—Vigila a Alice mientras estoy fuera —pidió, sabiendo que el hombre iba a permanecer igualmente al lado de *La Sanguia*, pues era un juramento que llevaba en la sangre—. Y si sucede cualquier cosa…

—Te avisaré. Sí, lo sé. —Hizo un aspaviento con la mano—. Venga, *Querubín*. Vete de una vez. Yo cuidaré el fuerte. Haz lo que tengas que hacer.

—Borra esa palabra de tu vocabulario antes de que consigas que alguien te mate —le dijo. Ya había escuchado alguna amenaza al respecto y, conociendo a quién la había proferido, no le sorprendería nada que la llevase a cabo. O lo intentase, al menos—. Algunos no se toman demasiado bien tanta… efusividad.

El *nocturna* se limitó a esbozar una sonrisa irónica.

—Dile a Nix que se relaje, que yo ya andaba por el mundo cuando él todavía iba en pañales.

—Neron, tú andabas ya por el mundo cuando *todos* íbamos en pañales.

El hombre abrió la boca, como si pretendiese replicar esa gran verdad, pero chasqueó la lengua y asintió.

—Sí. En lo que se refiere a vosotros, es verdad. —Con ese último comentario, dio media vuelta y se dirigió al pasillo al que él no había dejado de echar fugaces vistazos—. Me hacéis sentir viejo, en serio. Qué depresión.

Sebastian optó por callarse una vez más. El hombre se había comportado así desde su llegada. En un momento parecía centrado y le recordaba al guerrero que fue una vez y al siguiente empezaba a divagar como si su mente estuviese dañada. Sin duda, el tiempo que había pasado al lado de ese malnacido le había pasado factura y su deriva mental era otra cosa que añadir a la lista, cada vez más larga, de cosas por las que iba a hacerle pagar con la vida al corrompido rey.

Dejando escapar un suspiro, le echó un último vistazo al mapa y repasó con rapidez los cuadrantes por los que iban a desplazarse esa noche. Hasta el momento había evitado el distrito médico, dejándolo en manos de Elijah y Nix. Lo último que necesitaba era encontrarse en su camino al *Sangre Liberta* que había increpado a su mujer; no podía asegurar que no le arrancase la cabeza solo por el placer de verle sin ella.

Los *nocturna* estaban ya sobre aviso. Les había puesto al día del encuentro que habían tenido con el cazador en la entrada del St. Anthony Hospital y los lazos que se entretejían entre Victoria, su amiga Charlotte y el *Liberta*. Victoria les había dejado claro a todos ellos su punto: *No matar al Cazador Gilipollas.*

Su humana no había vuelto a visitar el complejo hospitalario desde entonces. Según sus propias palabras, su amiga tenía a gente a su alrededor continuamente y se encargarían de que estuviese bien.

«Lotte no me necesita en estos momentos, Bast. Tú sí».

El convencimiento de Tori hizo que cerrase el pico y no dijese una sola palabra. De hecho, había llegado a la conclusión de que la mejor forma de responder a su mujer era besándola, algo que hacía con sumo placer.

Y Dios, lo que daría por hacer eso ahora mismo.

Sonrió para sí, sacudió la cabeza y él también abandonó la sala para reunirse con sus compañeros y prepararse para la batida de esa noche.

CAPÍTULO 61

Hospital St. Anthony
Chicago

Charlotte estaba despierta. Cada vez que se presentaba en el umbral de la habitación y veía esos ojos azules posándose sobre él, sentía una mezcla de alivio y culpabilidad. Su hermana había vuelto y, a la luz de los resultados de todas las pruebas que le realizaron esa semana, sin rastro de algún posible daño cerebral.

Lotte estaba muy lúcida, lo bastante como para que lo primero que saliese de su boca nada más posar la mirada sobre él fuese: *¿Cómo está Tori?*

Lo supo en ese mismo instante. Su hermana recordaba lo ocurrido aquella noche con total claridad. La angustia en su mirada era una prueba contundente y solo empezó a diluirse cuando le aseguró que su amiga estaba bien. Con todo, no dijo una sola palabra al respecto y él tampoco insistió. Su visible agotamiento y la continua presencia de médicos y enfermeras le procuraron una especie de tregua durante los primeros días, pero esta se terminó en el mismo instante en que ella fue consciente de su situación; había pasado el último año en coma y en la cama de ese hospital.

En ese mismo instante se desató la locura. Empezó a gritar, a llamar a Victoria, entró en tal estado de histeria que tuvieron que sedarla. Después de ese episodio y bajo los efectos de los calmantes, dormía más horas y sus periodos de lucidez eran tan alelados que amenazó a todo el maldito cuerpo médico con sacar a su hermana del hospital y llevársela a otra clínica si no le suprimían semejante medicación.

Los últimos tres días habían sido tranquilos. Ella empezó a ser consciente de lo ocurrido, del tiempo que había pasado en el hospital, pero cada vez que él intentaba preguntar por aquella noche, se cerraba de tal manera que no le sacaba una sola palabra. De hecho, lo único que decía era: *Quiero ver a Tori.*

Alguna de las enfermeras debía de haberse ido de la lengua. A pesar de que les había pedido, de manera explícita, que no hablasen de la mujer y sus visitas al hospital, su hermana se había enterado de ello y fue a partir de ese momento en el que empezaron las preguntas.

¿Por qué no ha venido Tori? Sabe que estoy despierta, ¿verdad? ¿Has hablado con ella?

A Markus empezaban a acabársele las excusas y la insistencia de su hermana empezaba a pasar de la preocupación a una clara acusación.

Maldita sea. No quería a esa *traidora* cerca de su hermana.

Se había coordinado con su comando para que el hospital estuviese custodiado las veinticuatro horas, para que siempre hubiese uno de ellos en las inmediaciones o en la misma habitación del hospital. No se fiaba de que la chica no intentase hacerle una visita, aun si no sabía la nueva condición de su hermana. No obstante, ninguno había reportado su presencia, ni la había visto cerca del lugar, lo que lo llevaba a pensar en que esa maldita sanguijuela debía estar controlando su mente.

—¿Vas a decirme de una buena vez por qué Tori no ha venido en toda la semana? —Charlotte fue directa como una bala. Sus ojos azules lo perforaron como un proyectil y se mantuvieron sobre él. A su hermanita se le había acabado la paciencia—. ¿Qué demonios has hecho, Mark? ¿Qué le has hecho a Victoria?

Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Dónde está?

—Ella está bien. —O tan bien como podría estarlo bajo la influencia de ese jodido vampiro —. Ocupada.

—Y una mierda —protestó la chica, echando chispas por los ojos—. Llámala. Con tu teléfono. Ahora mismo. Delante de mí. Si tan ocupada está que no puede ni venir a verme después de haberme pasado un puto año durmiendo, quiero escucharlo de su boca.

Cerró las manos hasta convertirlas en puños y se las ingenió para no soltar lo que tenía en la punta de la lengua.

—Eso no va a suceder. Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella.

—Hijo de la gran puta… —Se revolvió en la cama, dispuesta a tirarse al suelo si hacía falta. Apenas había empezado la rehabilitación el día anterior y solo porque les había dicho a los médicos que o salía de esa cama andando o saldría arrastrándose como un gusano—. ¿Qué le has hecho, Markus? ¡Qué le has hecho!

—¡Es peligrosa, joder!

Lotte se quedó inmóvil, sus ojos se abrieron de par en par y lo miró como si pensase que había perdido la cabeza.

—¿Qué le ha pasado? —El miedo empezó a bailar en su mirada—. Mark, ¿qué le ha pasado a Tori?

—¿Qué te pasó a ti esa noche, Charlotte? —Le devolvió la misma pregunta, pero dirigida a ella—. ¿Qué mierda hacías en ese lugar? ¿Qué hacíais las dos allí?

La chica se lo quedó mirando durante lo que le pareció una eternidad, acto seguido volvió

a cubrirse con las sábanas y se dejó caer contra las almohadas.

—Maldita sea, Lotte. ¡Casi mueres allí dentro! —La acusó al tiempo que caminaba hacia la cama. No quería alzar la voz. Lo último que deseaba era que alguna enfermera entrase a ver qué pasaba. Necesitaba respuestas, joder, y las necesitaba ya.

—Lo habría hecho si *ella* no hubiera vuelto.

Y de todas las respuestas que podía haberse imaginado, esa no era una de ellas.

—¿Qué quieres decir?

Charlotte cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, se pasó una mano por el pelo rizado y suspiró.

—Solo iban a grabar un programa sobre fantasmas en la vieja prisión. La idea era investigar el pasado del lugar, escuchar las anécdotas que nos contase la guía, quizá grabar algún eco residual, una psicofonía, pero… —Sacudió la cabeza—. Lo que nos aguardaba allí dentro no era ningún fantasma. Esa podredumbre… era real.

Markus sintió que se le encogía el estómago al escucharla. Era la primera vez que oía algo semejante de sus labios.

—Lo percibo, ¿sabes? —susurró con un tono más calmado, casi agotado en realidad. Abrió los ojos y lo miró desde aquella posición acostada—. Percibo cosas y energías que no deberían estar ahí. Papá lo sabía. Era el único que lo sabía y me obligó a ocultarlo. No podía hablar de ello con nadie. Y entonces él murió. Y yo lo supe, Mark. El mismo día en que abandonó este mundo, lo supe.

Un inesperado escalofrío le bajó por la columna vertebral.

—Él no falleció en ese accidente de coche, ni tampoco ese día. —La seguridad en su voz era aplastante, al igual que la acusación que había en sus ojos—. Fue antes. Fue en otro lugar y con violencia. Y *yo* lo vi.

—¿De qué estás hablando? —Se acercó más a ella, atraído por unas palabras que jamás esperó escuchar de su boca.

—Vi esa cosa en torno a él. Vi la oscuridad y la ponzoña cerniéndose sobre nuestro padre —musitó solo para sus oídos—. Y es la misma podredumbre que veo a veces sobre ti. Lo mismo que esa noche rondaba por ese lugar. Intenté avisarles, sacarlos a todos de allí. Le grité a Tori que corriese, que huyese de ese sitio. Esa oscuridad se acercaba a nosotros, cayó sobre los chicos, los oí gritar y pensé… Dios mío, creí que iba a matarme a mí también. No era humano. Por Dios, *eso no era humano*… —La chica empezó a temblar, se envolvió con sus propios brazos y pudo ver en su mirada que estaba rememorando aquel momento—. Y entonces, Victoria estaba allí. La muy estúpida había vuelto. Iba a matarla, sé que iba a matarla… pero no lo hizo. Esa… cosa se quedó inmóvil. Se la quedó mirando y pronunció algo… Ese… engendro podía hablar. Fue tras ella, creo… creo que incluso la golpeó y yo no pude hacer nada. ¡No pude hacer

absolutamente nada por ella!

Su hermana rompió a llorar como una niña, cubriéndose el rostro con las manos.

—No pude hacer nada por ninguno —gimió desesperada—. No percibí su presencia hasta estar dentro y entonces… Para entonces ya era demasiado tarde. Iba a matarnos a todos. E iba a matar a Tori. Lo supe en cuanto lo vi. Esa oscuridad iba a matarla.

Markus se quedó completamente inmóvil, incapaz de reaccionar ante las palabras que salían de la boca de su hermana. Quería creer que estaba delirando, que todo era producto de alguna alucinación, del estrés, pero su relato no tenía fisuras.

«Percibo cosas y energías que no deberían estar ahí».

¿Cómo era posible?

«Papá lo sabía».

¡Hijo de la gran puta!

Lotte tenía *Sangre Liberta.* Ella también era una cazadora y su padre lo había sabido todo el tiempo y la había obligado a ocultarlo. A ocultar su don.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Cómo no había sabido que su hermana…?

Cómo saberlo cuando se había esforzado tanto en mantenerse lejos de ella, cuando la había abandonado. Solo buscaba protegerla de todo esto y, sin embargo, lo único que consiguió fue que ella misma se metiese en cosas que no podía entender, para las que no estaba preparada y que no sabría cómo repeler.

El linaje corría por las venas de los varones. Eran ellos los que heredaban el legado de la caza. Eso era lo que se creía. Lo que estaba escrito en el diario del *Primer Cazador*, lo que la Orden proclamaba a voz en grito.

Y a la vista estaba que era una creencia arcaica que debía ser revisada.

¡Joder!

—Fue culpa mía, Mark. Ella no quería venir, pero yo insistí —continuó su hermana entre sollozos—. Es culpa mía. Lo que ocurrió esa noche es todo culpa mía. Tenía que haberlo percibido. Tenía que haber sacado a todo el mundo de allí mucho antes. ¡Si están todos muertos, es solo culpa mía! Tori casi muere por lo mismo.

Rodeó la cama y se sentó en el borde, atrayendo el delgado cuerpo contra su pecho, abrazándola mientras sollozaba y se estremecía presa del llanto.

—Lo siento. —Le rodeó con los brazos, pegándose a él—. Lo siento, lo siento, lo siento… No pude hacer nada. No pude hacer nada por ellos. No pude ayudar a mi *hermana.* No pude. —Había verdadera desesperación en su voz—. No pude…

—Está bien, Lotte. No fue culpa tuya. Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya —le aseguró con voz ronca—. Esos malditos monstruos son los únicos culpables.

—Necesito verla, Mark. Tengo que ver a Tori —insistió con un desesperado quejido. Se

apartó de él, buscando sus ojos mientras le aferraba la camiseta con ambas manos—. Tengo que pedirle perdón. Debo explicarle que…

—Ella no recuerda nada, Charlotte. —Las palabras que había guardado para sí surgieron ahora de su boca—. Victoria no tiene recuerdos de lo que ocurrió esa noche. —No propios, al menos. Solo contaba con lo que ese vampiro le había contado y que, maldito fuera, encajaba con lo que él y los suyos habían encontrado al llegar allí. Y el relato de Charlotte acababa de añadir otra pieza al puzle, uno que poco a poco iba completando una imagen aterradora.

—¿Qué? —Su sorpresa era mayúscula.

—Su mente está en blanco. Ni siquiera sabe cómo llegó allí esa noche o qué hacía allí —admitió en voz alta—. A ella… —Hizo una pausa, luchando consigo mismo y con lo que era, dudando en dar aquel paso o seguir callando. ¿De qué le había valido guardar silencio hasta ahora? ¿Qué le había hecho eso a su hermana? Dejó escapar un profundo suspiro y se arriesgó. Era hora de poner todas las cartas sobre la mesa—. Ella fue quien te salvó la vida.

Markus le habló de lo ocurrido esa noche, de su cometido como *Sangre Liberta*, de la herencia familiar y de dónde venía. Le contó absolutamente todo. Su llegada a Joliet, su encuentro con una moribunda Victoria, el susurro que lo llevó hasta ella… e incluso el hecho de que su amiga, aquella a quien consideraba una hermana, estaba ahora bajo la influencia de aquellos a los que había jurado dar caza.

Cuando terminó, Charlotte estaba incluso más pálida que antes, sus ojos abiertos con una mezcla de horror y sorpresa. Empezó a sacudir la cabeza en una continua negativa, balbuceando cosas sin sentido, entonces lo miró y lo que vio fue una absoluta confusión.

—Oh, Markus, ¿qué es lo que has hecho?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—¿De qué…?

Le aferró las manos con tanta fuerza como era capaz.

—*Él* no es el enemigo —negó con vehemencia—. El hombre de ojos rojos es el *destino* de Victoria.

—¿Qué?

—*Le vi*. Le vi una y otra vez junto a ella. —Lo que decía no tenía el menor sentido—. *Soñé con él, Markus*. Desde el mismo instante en que conocí a Tori, los vi juntos. Supe que era su destino. Por eso insistí tanto en que viniese a Joliet. Fue allí donde los vi. Por eso le grité que huyese. Creo… creo que incluso le pedí que lo buscase. Oh, maldita sea, hermano. ¿Qué coño has hecho?

—Lotte, ese hombre es un *vampiro*. Es uno de *esos* monstruos.

—No, Markus, no lo es. —Negó con vehemencia—. Los monstruos *matan*, no *salvan* vidas.

Sus palabras fueron como una sonora bofetada, un amargo recordatorio de aquello contra lo que llevaba años luchando.

—Llama a Tori ahora mismo, Markus Geilis, y dile que venga. O te juro por Dios que será la última vez que me oigas hablar, porque no te dirigiré la palabra en lo que me reste de vida.

La mirada en esos ojos azules, que eran un duplicado de los suyos, le dijo que su hermana hablaba muy en serio.

—Mierda. —Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón, buscó el número en los contactos y marcó.

CAPÍTULO 62

En algún lugar subterráneo
Chicago

Jace Quinlan creía que había terminado en el infierno y convertido en uno de sus demonios.

Bien, no estaba muy lejos de la realidad. El cautiverio y la tortura que había sufrido a manos de ese bastardo podían ser comparables con el puto Hades, pero el que hubiese sobrevivido además a la ponzoña que le habían hecho tragar era un maldito milagro.

Neron se inclinó sobre el hombre que descansaba sobre el jergón. Su cuerpo había perdido masa muscular, tenía la piel fría y juraría que más oscura que la última vez que lo vio. Aunque tampoco podía asegurarlo. La suciedad y el hedor que lo cubrían no eran precisamente un aliciente para acercársele. De lo que ya no quedaba ni rastro eran esas venas negras que le habían cubierto el rostro y cada pedazo de piel expuesto. La ponzoña que lo había envenenado había sido expulsada de su cuerpo. O absorbida. No estaba seguro. De lo que no tenía dudas era de la naturaleza del ser que permanecía inmóvil en aquel jergón.

Ya no era humano. El cazador, uno de los raros hallazgos con los que se había hecho

Everett en alguna de sus incursiones *nocturna*s, había abandonado su humanidad para unirse al mundo de la noche. El tipo había sobrevivido al veneno y este lo había recompensado mutándolo en lo que a todas luces parecía ser un vampiro. Más que eso. Los irises de los ojos que lo habían mirado a través de aquellos barrotes y que parecían inundarse con la negra ponzoña eran rojos como la sangre, un tono que aún ahora conservaban. La negrura había desaparecido de la parte blanca, lo que hacía, si cabe más intenso ese particular color.

Humano, vampiro y nocturna.

Si no lo hubiese visto con sus propios ojos, no lo habría creído posible. Pero aquí estaba. Una mutación perfecta o, casi tan perfecta como podía ser algo como esto. Había percibido algo extraño en él. Al principio pensó que podía tratarse de su propia locura o de algún efecto secundario derivado de la posesión de Varys, pero a medida que se volvía un poco más consciente lo vio como el imposible que era.

Sacarlo de allí era el primer paso, uno que le costó tanto que llegó a pensar que ambos acabarían sucumbiendo en el intento. Su sangre estaba contaminada. Beber de él había sido una temeridad, pero también su única vía de escape. Así era como le había unido a él, como era capaz de percibir su presencia incluso a kilómetros de distancia. *Sangrar* a un hermano era prácticamente un tabú.

Tomar la sangre de un igual equivalía a una especie de pacto, a crear una hermandad que te mantenía atado por siempre a ese individuo. Podías rastrearle, percibir incluso su dolor, así como también el momento exacto de su muerte; era como sentir que te arrancaban un pedazo del alma del pecho. A todos los efectos, acababas unido por un cordón umbilical a otra persona, lo cual era una auténtica jodienda cuando querías darle esquinazo y mantenerte fuera de su radar.

Se sacó la correa de la bolsa de la nevera portátil de encima y la depositó detrás de él. Había tomado prestadas un par de bolsas de cero negativo de la remesa que había llegado esa semana para los refugiados de Lake Zurich. No sabía si daría resultado, pero era lo mejor que tenía dadas las circunstancias, ya que dudaba que el *Querubín* quisiera estrenar sus nuevos caninos clavándolos en la vena de algún humano.

El *neófito*, por llamarlo de alguna manera, necesitaba sangre. Podía sentirlo como si fuese su propia sed, una necesidad fisiológica del organismo mutado que ahora habitaba en el cuerpo del *Sangre Liberta*.

Miró a su alrededor haciendo una mueca ante aquellas cuatro paredes. Desde luego, Chicago tenía lugares de lo más interesantes en el subsuelo, algunos convenientemente olvidados, como este viejo depósito. Desde luego, era mucho más confortable que el sumidero al que habían ido a parar en primera instancia. Desde luego, era un milagro que el mestizo hubiese aguantado dos días con sus noches en ese lugar; ese fue el tiempo que le llevó lograr ponerse en pie por sí solo. Esperaba encontrar a su nuevo amigo fiambre, todo hay que decirlo, pero el tipo

era más duro de lo que pensaba. Estaba claro que no tenía la más mínima intención de morirse.

Y dado el costo que tendría para él, mejor que ni lo intentase.

—De acuerdo, *Querubín*, hora de despertarse y meter algo de *Rock & Roll* en ese cuerpo —masculló. Se acercó con cautela, por si acaso su nuevo colega decidía ponerse en plan sociópata y quería rebanarle el cuello. Lo empujó con un dedo y el tipo ni siquiera se movió—. Venga, hombre. No pretenderás que te dé yo el biberón.

Le puso la mano sobre el hombro y el humano se sacudió como un terremoto. Se revolvió sobre el jergón, hasta casi caerse al suelo, y lo miró con ojos abiertos de par en par. Allí había miedo, desconcierto y una rabia tan caliente que chamuscaba. Había desnudado los dientes y siseaba como un animal salvaje que se ve amenazado.

—Soy yo. —Levantó ambas manos y se mantuvo inmóvil—. Ya sabes. Tu nuevo mejor amigo, barra hermano, barra *«hay que joderse»*.

El cazador no cambió de posición, siguió mirándole igual que a una amenaza, aunque Neron no estaba muy seguro de si fuese capaz de ver algo en realidad. La única luz existente procedía de una pequeña lámpara de pilas que había mangado de *La Nocturna.* Moviéndose con mucho cuidado, llevó un brazo hacia atrás y empezó a tantear en busca de la nevera hasta sacar una de las bolsas.

—De acuerdo, amigo, es hora de tomarse un pequeño refrigerio —le dijo al tiempo que traía hacia delante la bolsa. Vio el momento en que esos ojos rojos entraron en contacto con el plasma, la manera en que estos se abrieron con horror ante la reacción fisiológica que notó procedente de ese cuerpo. Hambre cruda. Sacudió la cabeza, como si quisiera deshacerse de esa sensación. Incluso cerró los ojos y se echó hacia atrás en un intento por alejarse de la tentación.

—No. —La palabra brotó de sus labios de manera lastimosa—. ¿Qué…? ¿Qué me has hecho?

Bien. Su capacidad vocal estaba intacta. Ceceaba un poco, lo cual era normal dado que nunca antes se las había tenido que ver con un par de colmillos en la boca, pero solo necesitaba acostumbrarse. Y a juzgar por su pregunta, su mente también parecía bastante estable.

—No he sido yo, *Querubín*. —le dijo volviéndose con el mismo cuidado para sacar una pajita. Se había traído el kit completo—. El tío elegante, atractivo y tan venenoso como un áspid es el que se lleva el premio en el programa *«Cómo joder a un humano y matarlo en el intento»*. La cosa es que contigo lo de *matar* no le salió mal.

Esos ojos volvieron a enfocarse en él como si intentase seguirle la conversación, algo bastante complicado en esos momentos, porque sentía su mente resquebrajándose. Mierda. Necesitaba volver a *La Nocturna*. Bajo las protecciones que había tejido podía controlarse mejor.

—Ahora. Aquí. Piensa que es un… zumo de tomate o algo así —le dijo, adelantando la bolsa. El olor de la sangre tenía que estar haciéndole cosquillas en esos colmillos—. O mejor

aún. No pienses nada. Tápate la nariz y adentro.

El horror inundaba sus facciones. Estaba temblando de asco, de rabia y también de hambre. Bajó la mirada a sus propias manos, se miró como si esperase verse distinto, quizá con escamas, cola o algo así. Pero el caso es que no era un demonio, solo un vampiro, mestizo o lo que fuera, hambriento.

—No… ¡Aléjate de mí! —Dio un furioso manotazo y la bolsa salió volando. Se estrelló contra el suelo, el líquido derramándose e impregnando el lugar con ese herrumbroso aroma—. Oh, Dios. Oh, Dios.

Bueno, hora de ponerse serio.

Neron cogió otra bolsa, otra pajita y echó mano de su voz, tejiendo una ilusión a su alrededor. Proyectó una imagen calmante, un entorno seguro para el chico, y dejó que la compulsión fuese haciéndose con la voluntad del mestizo.

—*Jace. Tienes que beber*. —Pronunciar su nombre fue lo que atrajo su atención—. *Está bien. Ahora todo está bien. Solo tienes que respirar hondo. Ya no estás en aquella jaula. Ellos no pueden hacerte daño. Puedes relajarte, muchacho. Les has ganado, has escapado.*

Lo vio luchar contra la compulsión, lo que evidenciaba una voluntad poderosa, pero él lo era mucho más y, sobre todo, no tenía todo el día, así que se dejó de sutilezas y ordenó:

—*Bebe.*

El cuerpo del nuevo vampiro estaba rígido. Todo en él se resistía a moverse, a estirar la mano hacia la bolsa, pero la necesidad fisiológica del hambre de sangre se impuso a todo lo demás. Casi sintió pena al ver su expresión derrotada, la solitaria lágrima que resbaló por su rostro en el momento en que cerró los labios en torno a la pajita y empezó a succionar.

No hizo falta nada más. Neron aflojó su agarre sobre él, pues el hambre tomó el mando haciéndole estrujar la bolsa como si de ese modo pudiese tragársela más rápido.

—Bien, hermanito, bien —murmuró complacido y sacó otra bolsa, le clavó una nueva pajita y se la tendió cuando terminó con la primera—. Recuerda respirar, chico. Eso también es importante.

No respondió, pero tampoco era necesario que lo hiciese. Por ahora solo necesitaba que él bebiese y se nutriese. Le quería saciado y centrado para todo lo que iba a venir después. Porque sin duda iba a ser un duelo en toda regla, uno que Neron tenía que asegurarse de ganar.

Le entregó una tercera bolsa y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, esperando paciente a que su nuevo amigo se terminase la comida para poder pasar a cosas más importantes.

—Cuando termines, hablaremos.

Nada más terminarse la tercera bolsa de plasma, con la cara contraída por el horror del conocimiento de lo que acababa de ingerir y esa caliente rabia, masculló:

—*Que. Te. Jodan.*

Neron sonrió.

—Ya sabía yo que nos íbamos a llevar muy bien.

CAPÍTULO 63

Vecindario de Ranch Triangle
Lincoln Park
Chicago

¿Cómo podía alguien volver a su vida cotidiana cuando todo lo que conocías ya no tenía sentido? Victoria se quedó en medio del salón, un lugar en el que había estado tantas veces que no tendría que resultarle tan ajeno, pero era así. Toda la casa parecía distinta, más… solitaria. Aquí nadie aparecía por una puerta, te guiñaba el ojo o te invitaba a comer Doritos. No empezaba a oler a chocolate o pizza. O cómo, al igual que tantas veces esta última semana, te cruzabas con personas que necesitaban un abrazo, una palabra amable o tan solo ser escuchados. La desgracia había golpeado con fuerza a una de las colonias y su dolor, rabia e impotencia afectaban a toda *La Nocturna.*

Necesitaba esto. Darse un respiro, volver a estar entre sus cosas, caminar bajo la luz del sol, pero incluso habiendo disfrutado de ello, sentía que ya nada era lo mismo. Que este ya no era su sitio. Quería *volver a casa*.

Miró las cajas de cartón que había ensamblado y empezado a rellenar. Solo eran tres y ni siquiera grandes, suficientes para meter en ellas toda su vida. No era de las que acumulaban cosas. De hecho, solía deshacerse de la mayoría a medida que pasaban los años. A veces era más fácil librarse de ciertos recuerdos o momentos de su vida sin tener objetos que se los recordasen, así como avanzar sin que nada te retuviese en un lugar.

Una mudanza. Si pensaba en ello, era una decisión un tanto precipitada. Su parte racional, esa que apenas había asomado la cabeza para decir *«sigo aquí»*, seguía canturreando la palabra *«vampiro»* y haciéndose la pregunta de *«¿por qué no estás corriendo por tu vida?»*. Cualquiera en su sano juicio habría al menos pensado en ello más de un par de minutos e incluso se hubiese tomado un tiempo para digerir la locura que se había desatado a su alrededor. Suponía que era todo cuestión de ser práctica en la vida. Había dado con un hombre que la trataba bien, que la valoraba y escuchaba lo que decía. Era educado y amable, tierno a su manera y sobre todo sincero. Sebastian podía pertenecer a otra raza, tener unos hábitos alimenticios… particulares y ser letal en el más oscuro de los sentidos, pero ella estaba a salvo con él. Se sentía a salvo. Y eso

era mucho más de lo que había podido decir en ese último año e incluso antes. La manera en la que la protegía, sin coartar su libertad, era más de lo que podía haber deseado jamás.

Habría quien diría que no era sensato enamorarse de alguien a al que hacía tan solo un par de semanas que conocías, que era una locura irse a vivir con él; sobre todo teniendo en cuenta la clase de mundo en el que vivía. ¿Pero acaso su propio mundo era más seguro? ¿Estaría a salvo manteniéndose lejos de él? No. Si la muerte quería encontrarte, le daba igual en dónde te escondieses o a qué bando pertenecieses, así que ¿por qué no vivir y ser feliz el tiempo que estuvieses sobre la faz de la tierra?

Quería sentirse amada, para variar. Quería ser amada por él. Y tenía la fortuna de que fuera así, de que el *Nocturna* la hubiese elegido a ella como la mujer a la que quería mantener a su lado. Bast no le había puesto una pistola en la sien para que hiciese las maletas y se quedase con él. La decisión nació de la necesidad de permanecer a su lado, de poder disfrutar del tiempo que pudiese tener justo a él. Era obvio que ambos tendrían que acostumbrarse a compartir el mismo espacio, a convivir, algo que ocurría antes o después con cualquier pareja que decidía irse a vivir juntos.

Al final, su decisión se resumía a una única pregunta: *¿Dónde quieres estar ahora mismo?*

La respuesta era clara y la tenía justo en frente, resumida en esas cajas abiertas, en la ropa pulcramente doblada sobre el sofá o la selección de sus libros favoritos, aquellos de los que no quería desprenderse. Quería estar donde estuviese Sebastian y compartir su vida, durase los años que durase, con él.

Victoria continuó guardando sus cosas durante un rato más. Había encendido la televisión por eso de tener algo de ruido de fondo y sentirse menos sola. A pesar de que el día empezaba a arañar ya alguna hora de luz, la noche era implacable y la oscuridad inundaba ya la ciudad. Desde su ventana veía el alumbrado público de la calle ya encendido, alejando las sombras y recordándole también su rutina de los últimos meses.

Y ese era otro cambio sobre el que pronto tendría que tomar una decisión.

A principios de semana había llamado para decir que estaba enferma y que faltaría unos días al trabajo. Con todo lo que ocurría a su alrededor, sus prioridades estaban cambiando y también sus necesidades. Quería estar disponible para los chicos. Estos últimos días había pasado gran parte del día con Serena y con Maroon, acompañándoles, escuchándoles, haciéndoles saber que estaba allí para ellos. Las noches de charlas, de silencios y abrazos se habían convertido casi en un ritual al que se les habían ido uniendo otras personas. A pesar de no pertenecer a su comunidad, de no ser como ellos, la habían aceptado y se habían abierto a ella. Por primera vez en mucho tiempo se sentía útil y no solo una carga o una imposición para alguien más.

Quería estar ahí para ellos, para Sebastian, para Alice… para las personas que le habían abierto las puertas de su mundo y la habían recibido con los brazos abiertos. Quería seguir

sintiéndose útil y, en estos momentos, lo era más en la subterra que detrás de la barra de un bar.

Por otro lado, también estaba su necesidad de trabajar, de tener cierta independencia económica, pues no quería sentirse una carga para nadie. Si bien tenía sus ahorros, estos no le iban a durar toda la vida. Con todo, era posible que hubiese llegado también el momento de plantearse un reajuste en sus horarios.

Sí, muchas cosas en las que pensar y planes que hacer, pero por el momento afrontaría la jornada de hoy. Dejaría todo listo para trasladar sus cosas a la colonia cuando su pareja se reuniese con ella y ya vería qué hacer con todo lo demás.

Estaba precintando al fin la última de las cajas cuando el teléfono empezó a sonar. Abandonó lo que estaba haciendo y cruzó la habitación para desconectarlo del cargador y ver el nombre en la pantalla.

De todas las personas que podía esperar que la llamasen, él no era una de ellas.

Markus Geilis. El último encuentro con el amigo de su hermana la había dejado tocada, aunque el shock acabó convirtiéndose en indignación y cabreo a lo largo de los siguientes días. Así que ahora, al ver su nombre en la pantalla, solo tenía ganas de estrangularlo.

Respiró hondo y se preparó para decirle dónde se podía meter su número.

—¿Qué pasa? ¿Se te olvidó algún insulto o amenaza y me llamas para que no te quede en el tintero? —No esperó a escuchar el saludo del otro lado de la línea o lo que tuviese que decirle.

—Tori…

—Bueno, veo que mi nombre todavía no lo has borrado de tu…

—Ven al hospital. *Es Lotte.*

Esas dos únicas frases fueron suficientes para que se tensase y un inesperado escalofrío le bajase por la espalda.

—¿Qué ha pasado? —Se le atragantaron las palabras, el miedo subió por su garganta con suma rapidez—. ¿Lotte está bien?

—Ven lo antes posible. Te espero.

Sin otra palabra más, colgó, dejándola con el corazón latiendo a toda velocidad y la cabeza dándole vueltas.

—¡Serás hijo de puta! —Estalló. Pero no perdió un segundo en coger el bolso, el abrigo y la bufanda y salir disparada por la puerta para personarse lo antes posible en el hospital—. Por favor, que ella esté bien. Por favor, no me quites también a mi hermana.

CAPÍTULO 64

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

Más escalones. ¿Cuántos había bajado ya?

Recordaba haber empezado hacía mucho tiempo, siglos en realidad. Su viaje había comenzado cuando solo era una niña. Había visto a su madre, incluso contó con unos momentos para hablar con ella. ¿Qué le había dicho? Sus palabras le habían calentado el corazón, la habían hecho sentirse más ligera, pero era incapaz de replicarlas.

Continuó descendiendo, peldaño tras peldaño, deteniéndose tan solo en los descansillos en los que la esperaba algún recuerdo, alguna etapa de su vida, algún mensaje. Y con cada vez que se ponía en marcha, se sentía más ligera y al mismo tiempo distinta, como si el tiempo que la había congelado en vida la hiciese avanzar en aquel interminable descenso.

Vio el ascenso y la caída de su padre, su dolor y su odio. Lo vio perder el alma, entregarla a cambio de venganza y perderse en ella. Vio a su hermano, como había sido cuando ambos eran niños y en lo que el destino le obligó a convertirse tras pasar el *Ascenso*. Lo vio luchar para salvarla, para salvarlos a todos. Contempló su miedo, su desolación y desesperanza, pero también lo vio sobreponerse, levantarse y liderar a un pueblo arrasado.

Y se vio a sí misma, a su lado, tal y como debía haber sido y nunca fue. No vio un alma vieja atrapada en el cuerpo de una niña, sino a la mujer en la que se habría convertido si la urdimbre tejida por Neron no la hubiese escudado del mundo.

Continuó bajando y, con cada nueva parada, volvió a recordar cada momento de su vida, sus decisiones, sus errores y sus aciertos, la gente que había estado a su lado, que había formado parte de su camino, y lo volvió a ver a él.

Se detuvo en aquel escalón, más oscuro que ningún otro, y miró a los ojos al padre que tuvo una vez, pero allí no había alma, solo una enorme negrura que lo engullía todo. Volvió a verse a sí misma bajo el cielo estrellado, en el campo a las afueras, en medio de una ciudad que empezaba a levantarse en aquel nuevo y salvaje mundo. Y una vez más no era una niña, sino la mujer que habría debido ser. Se convirtió en espectadora de un evento pasado, en testigo de una

lucha de voluntades y escuchó una vez más las palabras que allí se pronunciaron, unas que no merecía la pena repetir.

El pasado y el presente colisionando para dar forma al futuro. Entonces no se había percatado del mensaje, pero ahora lo veía con tanta claridad como los peldaños que encontraba bajo sus pies. Siempre había estado allí, desde el principio de los tiempos. No hacía falta más que saber interpretarlo.

En todos aquellos pasos, año tras año, siglo tras siglo, siempre descendiendo, siempre poniendo un pie delante del otro, nunca sintió hambre, sed o cansancio. Ella no existía, no en realidad. Era su mente o quizá su alma la que estaba realizando el viaje, la que consentía en recorrer ese camino con tal de llegar al final.

Avanzó sin prisa, pero sin pausa, como si el ritmo lo marcasen los latidos de su propio corazón. Dejó atrás los días de la niñez, de la adolescencia, el momento de su *Ascenso*, uno que había llegado y se había ido sin despertar ningún don en su interior. Pero lo tenía, estaba aquí con ella, guiándola en esa interminable escalera e indicándole qué era lo que debía ver. Cumplió una centena tras otra, las vio pasar entre barrotes de amor y protección que la mantenían a salvo, pero privada de la ansiada libertad, y vio también el momento en el que los hilos del tiempo empezaron a deshilacharse, preparándose para el presente, uno que estaba a punto de alcanzar. Sin embargo, antes de llegar al final del viaje, tenía que hacer una parada más, la más importante de todas, aquella que ofrecería una elección a su futuro.

Un paso. Otro. Otro. Otro. Y otro más.

Los peldaños de la escalera empezaron a hacerse más anchos. Le costaba más avanzar, pero eso no impidió que siguiese bajando, que luchase por abrirse paso y llegase al siguiente descanso, aquel que prometía ser el último, pues ya podía ver el arco del umbral final.

Sus pies se clavaron al suelo, como si alguien los retuviese allí. Miró a su alrededor. Ya no era una niña, ni siquiera era una reina. Todo lo que había sido había pagado el peaje y ya tan solo le quedaba una gota de sangre *nocturna* en las venas, el pago final para poder cruzar el umbral. Tenía que seguir, debía llegar al final, pero este lugar la llamaba, pronunciaba su nombre y no le quedó más remedio que responder.

«Permíteme ver y elegir».

Como si de un telón se tratase, la nada más absoluta en la que se encontraba su escalonado camino se abrió para revelarle a *él*. Los pies, antes fijos al suelo, se desprendieron en cuanto dio un paso en aquella dirección. No abandonó el descansillo, se quedó justo en el borde, fuera de su alcance y al mismo tiempo lo suficientemente cerca como para que la viese.

Y él la vio.

Se giró como un resorte. Sus ojos rojos se abrieron de par en par con una mezcla de asombro y desagradable lujuria. La recorrió con la mirada y supo lo que veía; a la niña que había

sido, ahora convertida en la mujer que debió ser.

«Has venido».

«Me has llamado».

Lo vio ladear la cabeza. Seguía siendo un hombre tremendamente atractivo, tal y como lo había sido en el pasado, pero un aura ponzoñosa lo envolvía, como un aura negra que hedía sin remedio.

«No estás aquí. No realmente».

Escuchó la contrariedad en su voz, vio su inmediata rabia, pero no le contestó.

«¿Por qué me niegas mi derecho? ¿Por qué te niegas a ser la reina que estás destinada a ser a mi lado? Eres mía, Sanguia, mía».

Negó con la cabeza. No. No lo era.

«¿Dónde estás? ¿Cómo has llegado hasta mí?».

«Debes parar. Esta no es la manera de salvarles».

«No existe otra manera».

«Sí. La hay. Pero no está en tus manos. Nunca lo ha estado y nunca lo estará».

Su rostro se convirtió en una máscara de pura frialdad. Alargó el brazo, sus dedos extendiéndose hacia ella.

«Ven a mí, Alice. Deja de resistirte y ven a mí». Su voz era como un témpano de hielo que se iba resquebrajando. *«Si quieres salvarle, abandónalo todo y ven a mí. De lo contrario, él será el siguiente».*

Esos dedos estaban más y más cerca, tanto que casi podía sentirlos como algo real y no una visión.

«Tu palabra». Las palabras abandonaron su boca con la firmeza de una promesa, sabiendo que lo que pronunciase ahora sería cumplido. Ni siquiera el destino podría interponerse. *«Dame tu palabra de que mantendrás al príncipe nocturna al margen de tu venganza e iré a ti».*

Esos ojos rojos se abrieron ante su capitulación. Sabía que no podía mentirle, era algo que siempre había sabido. Pasase lo que pasase, ambos compartían la misma sangre, el mismo linaje, así que sus palabras eran sus votos. Si lo prometía, estaba obligado a cumplirlo.

«Ven a mí. Sé mía. Entrégame tu vida libremente y tendrás mi palabra de que mantendré al bastardo al margen de mis asuntos».

Alice elevó la barbilla, le sostuvo la mirada y asintió.

La sonrisa que curvó aquellos labios fue de pura satisfacción, pero no había ninguna emoción en ella, ni en el resto de ese hermoso rostro. Se volvió y, mientras el telón de la nada volvía a caer de nuevo, reanudó su descenso. Si hasta ahora había sido fácil bajar, ahora cada peldaño le costaba la vida misma. Las piernas empezaron a flaquearle en la recta final, el cuerpo lo sintió más y más pesado a medida que avanzaba, los ojos le escocían y la visión empezó a

emborronársele. Recurrió a toda su fuerza de voluntad para seguir moviéndose, puso un pie detrás de otro hasta que finalmente descendió el último escalón y se detuvo ante el arco de pulida piedra blanca que marcaba el final de esta dura piedra.

Respiró hondo, clavó la mirada en la neblina blancuzca que ocultaba lo que quiera que la aguardase al otro lado y dio ese último paso para cruzar el umbral.

Alice dejó escapar un jadeo y acto seguido aspiró con todas sus fuerzas para llenarse los pulmones de aire. Abrió los ojos y el color de un cielo estrellado sustituyó el eterno blanco en el que había estado sumida todos esos siglos. Reconoció la pintura. Había sido creada hacía unos cuantos siglos por uno de sus *nocturna*, alguien que poseía una gran sensibilidad debajo de la dura coraza con la que se revestía.

—Oh, Dios. —Escuchó que alguien susurraba. Era una voz femenina, notó su alivio casi al mismo tiempo que sus dedos sobre la frente—. ¿*Sanguia*? Gracias a los cielos.

Parpadeó un par de veces y ladeó la cabeza, la cual notó que le palpitaba ligeramente.

—Al fin despiertas. —Ojos rojos, pupilas blancas. Un nombre empezó a abrirse paso en su mente y con él llegó el conocimiento y los recuerdos—. Bienvenida, Alice.

—Neron… —La voz se le quebró. Tenía la garganta seca, áspera. Ladeó la cabeza al otro lado y vio ese otro rostro querido, uno que había estado a su lado desde que era una niña. Desde antes incluso—. Zanna.

—*Sanguia.*… —La sonrisa de la mujer fue lo más bonito que vio en mucho tiempo.

—No. Ya no. —El comentario de Neron hizo que volviese a mirar en su dirección—. Has atravesado el *Descenso*.

Sí. Lo había hecho.

Y había un motivo de peso para ello, uno al que debía hacer frente lo antes posible.

Intentó incorporarse solo para cerrar los ojos y hacer una mueca. Dios. Se le iba a partir la cabeza en dos.

—Despacio, querida. No quieras montarte ya en el toro.

—¿El… toro? —Se las ingenió para mirar a Neron.

—Para el rodeo. —Le dijo el *Nocturna* y cuando lo miró, vio en sus ojos una comprensión y aceptación que iba mucho más allá. El vampiro levantó la cabeza y miró a Zuzanna—. A la *Bella Durmiente* le vendría bien un poco de agua.

—Lo que le irá bien es que salgas de aquí de una puta vez.

—Aún encima que te he ayudado a hacer de enfermera durante toda la semana.

—¿Toda… la semana? —miró a la mujer.

La vampira asintió y le sirvió un vaso de agua de una jarra que tenía convenientemente preparada en la mesilla de noche.

—Has estado fuera de combate los últimos siete días —confirmó su guardiana y la ayudó a

incorporarse para beber. En cuanto el frío líquido le tocó la garganta, agradeció el frescor.

Una semana. Y para ella había sido como volver a vivir toda una vida.

Neron le puso la mano sobre el hombro y la miró.

—Tómatelo con calma, ¿vale? —pidió. Entonces dio un paso atrás y la contempló como quien mira a alguien que ve por primera vez—. Ileana estaría orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Tras mencionar el nombre de su madre, el *Nocturna* dio media vuelta y salió del dormitorio tarareando algo en voz baja.

—Sobre todo porque ahora te pareces más que nunca a ella. —El comentario de Zanna hizo que Alice se volviese hacia la mujer y enarcase una ceja—. El *Descenso*… Neron ha dicho que ha corregido lo que debía ser corregido.

—¿Qué… quieres decir?

La mujer le dedicó una sonrisa un tanto triste, entonces se alejó y cuando volvió traía consigo un pequeño espejo.

—Será mejor que lo veas por ti misma.

El objeto pasó de unas manos a las otras y cuando lo levantó para mirar su reflejo, Alice fue consciente de varias cosas. Ya no tenía los ojos rojos. Ni siquiera caoba. Eran de un suave color marrón y su rostro ya no era el de una adolescente, sino el de una mujer adulta cuyas facciones se asemejaban bastante a las de su difunta madre.

Ya no era *nocturna* y el *Descenso* le había devuelto lo que el tiempo le había robado.

CAPÍTULO 65

Hospital St. Anthony
Chicago

Al mismo tiempo…

—Gabriel, será mejor que me dejes pasar.

—Está bien, Gabe. La he llamado yo.

Fulminó con la mirada al hombre que le había cortado el paso e hizo otro tanto con el que acababa de salir de la habitación de su amiga. Markus había cerrado la puerta tras de él, lo cual no podía ser una buena señal.

A Victoria le latía el corazón a mil por hora. Había saltado del *Uber* a toda velocidad y estuvo a punto de arrollar a una pareja que salía por la puerta en su prisa por llegar al vestíbulo. Los ascensores estaban, como siempre, en alguna otra planta y la espera entre llamarlos y esperar a que bajasen la hizo mirar en varias ocasiones hacia las escaleras. Tuvo que obligarse a respirar un par de veces y serenarse, lo último que necesitaba era que le diese un ataque de ansiedad y que los médicos tuviesen que atenderla.

Para cuando salió en la planta correspondiente, estaba atacada de los nervios y el hecho de que Gabriel Hills la interceptase, cortándole el paso, no hizo nada para calmar sus alterados nervios; más bien todo lo contrario.

Pedirle que se apartase de su camino había sido lo más suave que tenía en la boca en esos momentos y solo porque había un par de enfermeras presentes que les prestaron atención. El hospital no era un lugar para armar escándalos, ni para pegarle una patada en la espinilla a un tío que rondaba el metro ochenta y te doblaba en tamaño.

La mirada del hombre ya no era cálida ni amable como lo había sido antaño. Había desconfianza en sus ojos, como si no pensase que ya no era la misma de siempre. Lo más sorprendente de todo fue darse cuenta de que eso la decepcionaba. El tipo siempre había sido

amable y educado con ella, por lo que esta repentina frialdad no hizo más que confirmar la idea que le había estado rondando la mente: Él también era un *Sangre Liberta*.

Markus se adelantó, encontrándose con ella a un par de pasos de la puerta. Su expresión era indescifrable, volvía a revestirse con la seriedad y dureza que ya había visto en él otras veces, pero al menos no lucía el desprecio con el que la había encarado la última vez. Los ojos azules, iguales a los de su hermana, se deslizaron más allá de ella, como si estuviese esperando ver a alguien más.

—He venido sola —le informó. Y si lo había hecho, no era por él, sino porque no había podido pensar en otra cosa que en Lotte y en llegar al hospital. Sebastian le había dejado claro que no le gustaba la idea de que estuviese cerca de los cazadores e insistió en que, si quería ir a visitar a su amiga, le avisase para que pudiese acompañarla él o alguno de los *Nocturna*. Entendía que él solo quería protegerla, pero para retorcerle los huevos a alguno de estos imbéciles, se bastaba solita—. ¿Qué le ocurre a Lotte? ¿Está bien? ¿Su estado ha empeorado?

La mirada azul cayó ahora sobre ella y, durante un segundo, creyó ver algo parecido a la culpa en sus ojos. Esa no era una emoción que quisiera ver en Markus, no cuando estaba en el hospital y acababa de llamarla para pedirle que viniera. No lo pensó, se echó hacia delante y le cogió de la camisa.

—Por el amor de Dios, Markus. ¿Qué le ha pasado a Charlotte? ¡Contéstame! —La angustia se instaló en su pecho y las lágrimas empezaron a picarle en los ojos—. Ella… Ella no…

Él sacudió la cabeza en una lenta negativa y acto seguido señaló la habitación.

—Ve. Te espera.

El tono de su voz, la manera en que apartó la mirada… Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla mientras sentía que algo se le rompía por dentro. Nunca le costó tanto dar unos pocos pasos y con cada uno de ellos no hacía más que rogar, a quién quisiera escucharla, que no le quitase a su amiga. Le temblaba la mano cuando la posó sobre la manilla de la puerta y empujó para abrir la pesada puerta.

Poco a poco, la madera fue cediendo y empezó a ver la habitación en la que había pasado horas y horas hablando a la mujer sumida en una profunda inconsciencia. La ventana, el jarrón con las flores que ya necesitaban un cambio, la mesilla con el peluche rosa y… Lotte sentada, con el pelo rizo enmarcándole el rostro, vuelto hacia la puerta.

—Mark, más te vale ir a buscarla o…

Su voz, aquella que no había escuchado en más de un año, esos bonitos ojos azules abriéndole ligeramente al verla, llenos de luz y de vida. Y de lágrimas, las cuales afloraron en el mismo instante en que las suyas le corrían por la cara.

—Tori… —Escuchar su nombre fue como una descarga eléctrica.

—Estás… despierta.

Ella asintió y abrió los brazos en un gesto que no necesitaba de más explicaciones.

Victoria rompió a llorar allí mismo, abandonó el cuidado con el que había entrado y cruzó la habitación para envolver a su hermana en un apretado abrazo.

—Gracias, Dios, gracias —susurró, maravillándose de ese inesperado milagro.

—Lo siento. Lo siento mucho, Tori —escuchó sollozar también a su amiga, cuyos brazos la apretaban contra ese cuerpo delgado y frágil—. Perdón.

—No… No te despertabas —balbuceó ella entre sollozos—. No lo hacías.

—Ya sabes que soy de las que se les pegan las sábanas —bromeó, pero seguía llorando.

—Dios, cómo me alegro de que hayas vuelto —admitió y, por primera vez en mucho tiempo, sintió alivio al estar en esta habitación—. Voy a matar a ese hijo de puta… ¡Creí que te había perdido!

La escuchó resoplar.

—Te lo juro. Yo he querido estrangularlo tan pronto colgó el teléfono. Voy a matarlo. En cuanto tenga fuerzas para rodearle el cuello con las manos, lo asfixiaré.

Victoria rompió a reír y se separó lo justo para ver esos ojos abiertos, el rostro tan mojado como el suyo, pero con una enorme sonrisa que la hizo sonreír a su vez.

—Te he echado de menos, *hermanita*.

Lotte asintió y empezó a secarse la cara con las manos.

—Perdón por haberte hecho esperar. Por haceros esperar a todos, pero… —Sorbió por la nariz y sacudió la cabeza—. Me ha costado un poquito volver a este lado —afirmó. Entonces le cogió las manos y se las apretó al tiempo que la miraba con renovada intensidad—. Pero ya estoy aquí y todo irá bien a partir de ahora. Le has encontrado, así que ya estás en el camino que debías estar.

La sonrisa de Victoria vaciló ante esas extrañas palabras, pero su amiga no había terminado.

—Gracias a Dios que pudiste encontrarlo.

¿Encontrar?

—¿De qué…? —Empezó a preguntar, pero su amiga la interrumpió.

—Tu hombre de ojos carmesí —respondió bajando la voz, como si le estuviese contando un secreto. Entonces sacudió la cabeza y su expresión cambió a una de profunda pesadumbre—. Dios, Tori. Lo siento. Si hubiese sabido lo que nos esperaba allí, jamás te habría arrastrado conmigo a Joliet. Solo quería que encontrases a esa persona. Jamás quise poner tu vida en peligro. Si te hubiese pasado algo…

A Victoria empezaba a darle vueltas la cabeza. Las palabras de Charlotte eran inconexas y al mismo tiempo resultaban perturbadoras.

—¿Cómo sabes…? —Según empezó a pronunciar aquello se calló. ¿Sería posible que Lotte la hubiese escuchado mientras estaba inconsciente?—. Espera, ¿me escuchabas? Quiero decir, te conté cosas mientras estabas inconsciente, pero…

—¿Ah, sí? —Parecía genuinamente sorprendida.

—Nunca he hablado tanto en mi vida —admitió sincera.

La chica se llevó la mano a la frente y se la frotó como si algo le molestase.

—No lo sé… —Frunció el ceño y negó con la cabeza—. Markus dice que ha pasado un año desde que entramos en la prisión abandonada, pero… Dios, para mí es como si eso hubiese ocurrido ayer.

Parpadeó varias veces seguidas. Intentaba aclararse la mente y asimilar lo que le decía Lotte. El hecho de que estuviese allí, delante de ella y hablando, era ya de por sí, todo un shock.

—¿Recuerdas… lo que pasó ese día?

Ella asintió y notó cómo le apretaba las manos, las cuales seguían entre las suyas.

—Markus me dijo que no recordabas lo que ocurrió esa noche…

—Ni siquiera sé cómo llegué allí o por qué —admitió y era algo que la había estado carcomiendo por dentro durante todo este último año—. Lotte, ¿qué hacíamos allí? ¿Por qué estábamos en Joliet?

Su amiga bajó la mirada a las manos unidas de ambas y lo que salió de su boca le produjo un escalofrío.

—Estábamos en Joliet porque tenías que reunirte con la única persona capaz de evitar tu muerte —murmuró. Cuando levantó la cabeza y se encontró con su mirada, Victoria sintió que le bajaba un escalofrío por la espalda—. Sé que siempre has tenido tus reservas con respecto a mis… *percepciones*, pero son reales, Tori. Yo te vi con él en la prisión de Joliet. Con ese hombre de ojos rojos. Y él te estaba alejando de la muerte.

Ese hombre de ojos rojos.

Hacía un año, escuchar eso de boca de su amiga habría hecho que pidiese cita para que le hiciesen un escáner cerebral. Con toda probabilidad, habría hecho lo mismo si esas palabras hubiesen salido de su boca tan solo unas semanas atrás, pero hoy, después de todo por lo que había pasado, no podía evitar creer en sus palabras.

—Se llama *Sebastian* —respondió ella con suavidad, devolviéndole el apretón a su amiga —. Y, Lotte, él no es…

—Lo sé —afirmó con una bonita y tierna sonrisa. Entonces señaló con un gesto hacia la puerta cerrada de la habitación—. Y también sé lo que el cazurro de mi hermano ha estado haciendo. Todo está mal, Tori. Las cosas no tenían que haber salido así. Bueno, él y tú sí, pero lo demás… Todo está mal.

—¿Qué quieres decir?

—Esa noche, en la prisión, había algo que no debería estar allí —mencionó ella, su rostro palideciendo ante el solo recuerdo—. Se suponía que solo íbamos a investigar sobre fantasmas y eso, ya sabes. —No, no tenía la menor idea. No lo recordaba—. Eddie había estado saliendo con Maggie, la guía del lugar, y consiguió que nos abriese las puertas de la prisión después de la hora de visitas. Esa cosa no debería haber estado allí. Esa ponzoña, la oscuridad… Cuando entramos en el edificio principal, sentí que algo iba mal, que no era como debía ser, pero cuando pude darme cuenta de qué sucedía, ya era demasiado tarde. Nos atacó… Esa… figura, ser… lo que fuese… Oí los gritos, sentí sus muertes y entonces… Sé que te grité que huyeras, que lo buscases…

«Encuéntrale».

La palabra surgió como un *flash* en su mente con la voz de Lotte. Ya la había escuchado antes. Era uno de esos recuerdos fugaces que a veces emergían de la oscuridad.

—Nos atacó… Creo que me lanzó contra algo… No lo recuerdo bien… —Su amiga frunció el ceño y se frotó la frente—. Pensé que… que iba a matarme, pero entonces… tú volviste y esa cosa se lanzó sobre ti y… —Negó con la cabeza—. Lo he repasado una y mil veces durante estos últimos días y, Tori, esa cosa se detuvo delante de ti. Pronunció algo. No sé el qué. Y fue hacia ti… Te grité, intenté avisarte, pero… esa cosa te alcanzó, creo que te empujó o algo. No lo sé… creo que me desmayé porque no recuerdo nada más a partir de ese momento…

Victoria repasó sus palabras, intentando visualizarlo, que su mente se aclarase, pero todo lo que obtuvo fue una punzada entre los ojos.

—No… No me acuerdo de nada de eso. —Dios, ¿podía ser más frustrante?—. No lo recuerdo. Yo… Bast me dijo que estaba en el exterior del recinto de la prisión cuando el *nosferu* me arrolló.

—*¿Nosferu?*

—Un monstruo —simplificó—. Vampiros sin alma, sin emociones, pura negrura y ponzoña.

—Igual que lo que había allí dentro… —murmuró su amiga.

No. No era lo mismo. O no todavía, al menos. Eso era lo que le había explicado Sebastian con respecto a esos monstruos. Un vampiro podía morir por la ponzoña o convertirse en uno de esos demonios sin alma.

—El ser que había en el edificio… Ese chico era un vampiro o lo fue antes de que ese veneno lo contaminase y le hiciese perder la cabeza —mencionó, intentando encajar las piezas —. Él fue el que asesinó a esas personas, el que te atacó… el que atacó a todo el mundo dentro de la prisión. Pero el monstruo que me atropelló, el cabrón que estaba dispuesto a rematarme… ese era un *nosferu*. *Ellos* son los verdaderos enemigos. Unos hijos de puta sin alma capaces de

cometer las mayores atrocidades que puedas llegar a imaginar.

Ellos eran los responsables de lo ocurrido en la subterra de Lake Zurich, ellos y el hombre que los lideraba.

—Markus me lo dijo… lo que ese vampiro tuyo le contó cuando os vio en la entrada del hospital.

—*Nocturna* —aclaró mirando a su amiga—. El chico de ojos rojos que dices haber visto junto a mí es un *nocturna*. También es un vampiro, pero… de otra clase. No tenía idea de nada de esto, Lotte. Estas últimas semanas, casi todo el mes ha sido… una jodida locura.

—Dímelo a mí, que no llevo ni una semana despierta y me da vueltas la cabeza.

Sus palabras la dejaron helada.

—¿Has dicho una semana?

Su amiga dejó escapar un resoplido y señaló con un gesto hacia la puerta.

—Ese mentecato se ha pasado los últimos siete días dándome largas —rezongó su amiga al tiempo que fulminaba la puerta con la mirada—. Cuando desperté, pregunté por ti. Estaba aterrada de que esa cosa te hubiese hecho algo. Ni siquiera sabía que había pasado un puto año. Debí montar un buen sarao, porque apenas recuerdo nada de los siguientes días. Creo que me sedaron. Llevo los últimos días exigiendo respuestas sin éxito. Hoy ya se me hincharon las narices y amenacé a mi hermano con hacer estallar la *Tercera Guerra Mundial* si no me decía qué coño estaba pasando. Media hora después el imbécil te llamó y aquí estás.

Una semana. Su amiga llevaba despierta una jodida semana y Markus no le había dicho una sola palabra al respecto. Y con toda probabilidad habría seguido siendo así hasta que la propia Lotte la contactase.

Lo que pasó a su llegada no fue un hecho aislado. El cazador le dejaba claro que no confiaba en ella ni en aquellos con los que se relacionaba. ¿Seguía pensando que el *nocturna* la había abducido o alguna estupidez por el estilo?

Lotte tenía razón. Todo estaba mal. Ni los *Sangre Liberta* confiaban en los vampiros, ni los vampiros en los cazadores. Sebastian no la quería cerca de los *«sabuesos»*. No confiaba en ellos. Y Markus no la quería a ella cerca de su hermana por la misma razón. ¿Cómo iban a confiar unos en los otros cuando se habían declarado enemigos naturales?

—No me habría dejado entrar. Si hubiese venido por mi cuenta o incluso acompañada por uno de ellos, ninguno me habría dejado acercarme a esta habitación —murmuró en respuesta a sus propios pensamientos—. Para Markus y Gabriel, soy el enemigo.

—¿Gabe está ahí fuera? —La sorpresa en la voz de Charlotte era más que evidente.

—Sí. Y tuvo la feliz idea de cortarme el paso.

—¿Conserva los huevos?

—Solo porque había un par de enfermeras delante y no me apetecía dar un espectáculo —

confirmó. Y porque el imbécil de Markus no le había dicho que Lotte se había despertado, lo que la había tenido en modo histérico hasta que cruzó la puerta—. Él y los otros amigos de tu hermano han estado rondando el hospital durante todo este año. No he hablado mucho con esos tíos, pero Gabriel… Bueno, él ha sido igual de amable y correcto que siempre… hasta hoy.

—Otro que se va a la lista de *«me lo cargo»* —aseguró ella hundiéndose un poco más en las almohadas. Dejó escapar un suspiro y ladeó la cabeza para mirarla desde esa posición—. *Un año*. Has estado lidiando con todo esto tú sola durante un puto año.

Sonrió de soslayo y señaló la cama. Lotte se hizo a un lado con una sonrisa, dejándole sitio.

—Fue… difícil. —No iba a endulzarlo. Charlotte la conocía lo bastante bien como para saber cuándo mentía—. No tenía idea de qué era lo que había pasado. Me desperté en el hospital mucho tiempo después de que me ingresaran. He estado clínicamente muerta dos veces y para el personal médico soy, a todas luces, un milagro andante. Conozco a prácticamente media plantilla de este ala. He tenido miedo durante mucho tiempo. El no recordar, el no saber qué había ocurrido, el por qué estábamos allí… Es horrible no saber, Lotte. Horrible. Me hice mil y una preguntas y, si no fuese por Sebastian, es posible que siguiese sin saber nada de lo que había ocurrido hasta ahora. —La miró, ambas seguían cogidas de la mano, como si temiesen que al soltarse algo pudiese separarlas de nuevo—. No fui yo quien la que lo encontró. Si no él a mí. Dos veces. La primera fue en ese lugar, me estaba muriendo… o eso me dijo. Y la segunda fue en *La Terraza*, un bar de copas en el que trabajo.

—¿Estás trabajando en un bar de copas? ¿Ese cabrón lo hizo? ¿Te despidió?

Claro. Ella no tenía idea de qué había sido de su vida ese último año. Tori le hizo un resumen de cómo habían sido esos meses tras salir del hospital, de cómo había cambiado, del miedo que seguía viviendo en su interior. Le habló de su encuentro con Bast, de cómo lo había increpado y cuál fue su respuesta. Continuó con su siguiente encuentro y la manera en la que todo su mundo cambió drásticamente a partir de ese momento. Se abrió en canal, contándole absolutamente todo, compartiendo con ella como lo había hecho en el pasado.

—Estaba metiendo mis cosas en cajas cuando recibí la llamada del imbécil de ahí fuera. —Señaló con un gesto de la barbilla la puerta—. Te juro que voy a apuñalarlo en las pelotas. Cuando llegué y le pregunté… Estaba preparada para encontrarme con lo peor.

—Lo dicho. Yo me lo cargo —confirmó su amiga con un profundo resoplido—. Si es que no se puede ser más obtuso.

—Está preocupado por ti. No se ha separado de tu lado en todo este tiempo —le informó —. Puede ser un capullo la mayor parte del tiempo, pero de lo que ya no tengo dudas es de que te quiere. Solo… Supongo que estaba igual de frustrado que yo porque no te despertabas.

—No tenía derecho a culparte por lo ocurrido… —murmuró ella aferrando su mano, sus

cabezas juntas, apoyándose mutuamente—. Fui yo la que nos condujo a ese lugar esa noche. Fui yo la que te estuvo dando la lata una y otra vez para que me acompañases. Santo Dios. Podrías haber muerto. Las dos podríamos haber muerto esa jodida noche a manos de esos monstruos.

—Pero estamos aquí —le recordó, quedándose con lo importante—. Las dos. Y podremos contárselo a nuestros nietos.

—¿Te imaginas? ¿Las dos sentadas en butacas contiguas, en el asilo de ancianos, mientras deleitamos al resto de la residencia con nuestro enfrentamiento con la muerte?

Victoria la miró. Estaba a punto de echarse a reír a carcajadas cuando algo la atravesó. Durante un eterno segundo se quedó sin respiración. Lotte se incorporó de golpe y empezó a recorrerla con la mirada como si pensase que iba a morirse allí mismo.

—¿Tori?

Se llevó la mano a cabeza y gimió. Tuvo que cerrar los ojos, pues el dolor era tan intenso que a duras penas podía ver algo.

—¿Tori? Victoria, háblame. —El pánico en la voz de su amiga penetró en su mente.

En cuanto llegó a su cenit, el dolor empezó a decrecer, a desvanecerse poco a poco. No era la primera vez que sentía algo similar, pero nunca había sido tan fuerte.

—Dame… un segundo… —Consiguió arreglárselas para hablar—. Solo… un segundo.

—¿Qué mierda ha sido eso? —La escuchó sisear.

Ya solo le quedaba una sorda palpitación en las sienes y, como otras veces, esta también se estaba diluyendo. Pronto desaparecería por completo.

—Una… consecuencia… del atropello… que sufrí aquella noche —murmuró sintiendo que ya podía abrir de nuevo los ojos e incluso moverse—. Hacía… hacía mucho tiempo que no tenía… uno de estos episodios.

—¿Estás bien?

—Sí —confirmó y la miró—. Perdón por asustarte.

Sacudió la cabeza y cogió una de sus manos en las de ella.

—*Si tú estás bien, las dos estamos bien* —mencionó, usando una frase que habían repetido a menudo en el pasado cuando alguna de las dos estaba mal.

—Estoy bien —confirmó y añadió, intentando quitarle hierro al asunto—. Ahora entiendo que no quisieras despertarte, esta cama es demasiado cómoda.

El alivio inundó los ojos de Lotte cuando la miró.

—¿Verdad que sí? Creo que preguntaré si puedo llevármela a casa. ¿Crees que la tendrán en color rosa?

Victoria se echó a reír a carcajadas ante una respuesta que solo podría haber salido de esos labios.

—Dios, cómo te echaba de menos —afirmó pegándose más a ella—. Este año ha sido una

mierda sin ti.

—Ya estoy de vuelta, *hermanita*, ya estoy de vuelta. Y vas a poder deshacerte de mí ni con agua caliente —aseguró acercándose también.

Sonrió y se quedó donde estaba, disfrutando de tener a Charlotte de nuevo con ella.

CAPÍTULO 66

Mansión Crains
Barrington
Illinois

La había sentido. Había estado al alcance de su mano, tan cerca que casi pudo tocarla. Su S*anguia*. Su Alice. La hembra *nocturna* que le estaba destinada, la única que se sentaría a su lado como su reina.

Ella iba a ir a él. Oh, sí. Por supuesto que lo haría. Estaba en su naturaleza el ser compasiva, el desear el bien de los demás por encima del propio. ¿No había sido también así Ileana? ¿Capaz de sacrificarse a sí misma antes de que siguiese haciendo daño a alguno de los suyos?

Le había pedido que no tocase al bastardo. Su lealtad era admirable, pero poco práctica. Él no necesitaba al príncipe de sangre, pero Sebastian no iba a quedarse de brazos cruzados mientras se llevaba a la heredera. Bien. Fuese como fuese, su palabra era ley y, una vez dada, estaba obligado a cumplirla siempre y cuando las condiciones estipuladas se mantuviesen.

Si ella se entregaba a él tal y como le había exigido, su hermano quedaría fuera de sus planes. El *nocturna* no le interesaba, eran ella y su sangre lo que necesitaba para culminar su venganza.

Dejó atrás sus habitaciones y penetró en el corazón de la mansión. Mientras la edificación externa servía a propósitos más humanos, bajo sus cimientos se encontraba su verdadero reino. Había llegado a este pedazo de tierra siguiéndola a ella, buscando la joya que le arrebataron y en el proceso había descubierto que el lugar era mucho más que suciedad y rocas. El mundo era antiguo y poderoso, lo aprendió de la peor de las maneras, encerrado en una celda a merced de la locura de un rey humano. El amo de su compañera, la única mujer que había deseado más que a ninguna otra cosa, que lo hizo obsesionarse con tenerla para sí, aun si para ello debía robarla a otro hombre. Era suya, su otra mitad. O eso habría pensado entonces.

Pagó cara su osadía. Fue maldito y convertido en algo que no comprendía, que no podía aceptar, que despreció hasta que sus emociones se apagaron y con ello llegó la absoluta

insensibilidad. Fue mejor así. Apagar el dolor de un amor perdido, de una vida truncada, dejar atrás la culpabilidad por la traición y el fracaso. Abrazó la nada y la convirtió en su herramienta y sustento, se nutrió con la rabia, que le proporcionaba el combustible necesario para su venganza, y siguió adelante con una nueva meta en mente.

No había sido un camino fácil, pero incluso de los tropiezos y los fracasos podía extraerse algo de aprendizaje. Y él aprendió, se nutrió de todo el conocimiento a su alcance y le dio forma, adaptándolo a sus propias necesidades, moldeándolo con precisión milimétrica hasta obtener lo que deseaba.

Estaba cerca, cada vez estaba más cerca de conseguir la fórmula que le daría la ventaja que necesitaba sobre sus enemigos.

La puerta blanca apareció ante él poco después. Era la única que poseía ese color en esta parte del complejo. Todas las demás eran de color caoba, fuertes planchas de madera exquisitamente talladas por uno de sus artesanos. Era curioso cómo algunos de sus *nosferu* todavía encontraban placer en lo que habían dejado atrás, como si el recuerdo fue suficiente para ellos. Aunque podía tratarse también de la necesidad primaria de complacer a su *sire*, a su creador, a aquel que les había abierto las puertas a una vida alternativa.

Sí, el rey sabía lo que hacía cuando permitió que lo liberasen de la celda en la que lo había retenido. Era su venganza, su modo de hacerle pagar el que la mujer con la que estaba desposado no lo amase, sino que prefiriese a un ser de la noche por amante. Había herido su orgullo, le había golpeado donde más le dolía y el miserable pensó en devolvérselo multiplicado por mil.

El Alquimista. Así era como le conocían en su pequeño y selecto círculo. Un humano con acceso a conocimiento y poderes a los que nunca debería haber tenido acceso. Un ladrón que se había apropiado de lo que pertenecía a otros para hacerlo suyo y crecer en poder. Entonces le había odiado, deseando día tras día una dolorosa muerte para él. Hoy, sin embargo, le entendía.

Qué ironía que aquel que lo había destruido fuese también el que le había concedido la mayor de las libertades.

Posó la mano sobre la lisa superficie y notó el cosquilleo bajo la palma. Ahí estaba, una corriente de poder ancestral que había desenterrado y tejido hasta convertirla en su sierva. Sintió su reconocimiento y la cerradura. La hoja se abrió permitiéndole la entrada a su propio laboratorio.

Aquí había empezado todo. Cuatro paredes llenas de símbolos, estanterías y libros antiguos, así como un completo surtido de equipos de última generación. Lo viejo no estaba reñido con lo nuevo, aquí no, más bien al contrario, se complementaban a la perfección.

Echó un rápido vistazo a su alrededor. Sabía exactamente lo que había venido a buscar. Era algo que llevaba con él desde el principio y que solo había utilizado una vez. Necesitaba tenerlo encima. Quería llevarlo cuando ella viniese por fin a él. Tan pronto lo localizó, esbozó una

sonrisa satisfecha. Hacía mucho tiempo que no sentía esta… anticipación o el cosquilleo en las yemas de los dedos. Deseo, ansiedad, una imperiosa necesidad de obtener al fin lo que le correspondía por derecho y que nunca debería haberle sido arrebatado.

Satisfecho consigo mismo, dejó atrás su lugar de trabajo y se preparó para su próximo encuentro.

Ella vendría. Pronto. Y él la estaría esperando.

CAPÍTULO 67

Hospital St. Anthony
Chicago

Sebastian tuvo un mal presentimiento en el mismo instante en que salió de la brecha en el salón del piso de Victoria y no encontró a su mujer donde se suponía que debía estar. Las cajas en las que había metido sus cosas estaban allí, pero todavía quedaban objetos aquí y allá: una taza de té a medio beber y un sándwich a medio comer. Parecía como si hubiese salido de manera inesperada, dejando todo a medio hacer.

Se llevó la mano al teléfono, desbloqueó la pantalla en busca de algún mensaje que no hubiese visto, pero no encontró nada. Frunció el ceño y la llamó. Respondió al tercer tono.

—*¿Bast?*

Escuchar su voz disminuyó la tensión que se había apoderado de su cuerpo.

—¿Dónde estás, dulzura?

—*Mierda.*

Sí. Bien. Esa respuesta era sin duda lo que necesitaba escuchar en esos momentos. No requirió de nada más para hacerse una idea exacta de dónde se encontraba su mujercita.

—¿Tu amiga está bien? —Procuró sonar tranquilo y no como si se lo estuviesen comiendo los demonios.

«¿Es él?».

«Dame un momento, Lotte. No quiero que me mate antes de darle las buenas noticias».

Puso los ojos en blanco al escuchar la conversación ahogada del otro lado de la línea. Su mujer debía de haber tapado el auricular.

—¿Y esas buenas noticias cuáles serían, Victoria?

«Dios. No me extraña que se te caigan las bragas con semejante voz».

«Porras. Con las prisas y el momento psicosis me olvidé de decirle que había venido al hospital».

Y parecía decirlo en serio. Si algo le gustaba de su compañera es que no mentía, aunque

eso no evitaba que estuviese ahora en un lugar al que ambos habían convenido que no volvería si no era con escolta.

—*Que Lotte está despierta.* —Su voz sonó ahora clara y también resignada—. *Lo siento, Bast. Me llamó Markus y, por su tono de voz… pensé lo peor. Me vine volando y cuando llegué… mi hermana estaba sentada y con los ojos abiertos de par en par. He estado con ella todo este tiempo. Estoy bien. El imbécil uno y el imbécil dos se han comportado bien. Se han quedado en el pasillo y…*

—¿Estás sola con tu amiga en la habitación?

—*Eh… Sí.*

—Perfecto.

Sin otra palabra, cortó la llamada y abrió una brecha justo al punto exacto en el que sentía a su compañera. Al haberse estado nutriendo de la sangre de Victoria, podía localizarla en cualquier lugar.

—*¡Hostia puta!*

—*¡Joder!*

Su pareja se volvió, casi diría que lista para enfrentar a cualquier amenaza, pero acabó maldiciendo al verle allí.

—No podías quedarte donde se suponía que íbamos a encontrarnos, ¿eh? —Le dijo él recorriéndola con la mirada. Era un acto reflejo comprobar que estaba bien, tanto como el asegurarse de que, en efecto, no había sabuesos en la habitación.

—Te voy a poner una campanilla, lo juro.

—Me gustaría verte intentarlo.

—*¡Hijo de puta!* —El exabrupto emergió al momento del hombre que por poco derriba la puerta en sus prisas por entrar en la habitación. Y no fue el único. El cazador que le pisaba los pies casi lo derribó al hacer lo mismo.

—*Sanguijuela* —siseó el segundo cazador, sus ojos entrecerrándose sobre él.

Sebastian se movió para colocarse entre Victoria y los recién llegados.

—¿Qué clase de modales son esos? ¿Acaso os he invitado a entrar? No. En realidad, siquiera os he oído llamar a la puta puerta —chistó la mujer que permanecía recostada en la cama. Su agotamiento era evidente. Estaba demacrada y muy delgada, pero sus ojos eran limpios e inteligentes.

—Ya estamos otra vez… —resopló su mujer, quien no dudó en rodearle, sortear el brazo que levantó para impedírselo y plantarse entre ellos con las manos en las caderas—. Mirad. Estamos en la habitación de un hospital. Lotte está agotada y él…

—Es *mi* invitado —sentenció la chica y acotó—. Y no estoy tan agotada. Hola, soy Charlotte, por cierto. Tú debes ser Sebastian. Estoy encantada de que hayas encontrado a mi

hermana. Cuídamela bien, ¿vale?

Si no creyese que esos dos perros se le echarían encima, se habría reído de buena gana por la situación tan absurda en la que se encontraban. En vez de eso, la miró y asintió con la cabeza.

—El placer es mío, señorita Geilis. Me complace verla despierta. Victoria ha estado muy preocupada por su salud.

—Dios. ¿Había más de dónde encontraste a este, Tori? —preguntó la chica mirándole entre asombrada y divertida—. Es todo un caballero y encantador, además. De estos hay pocos.

—Es un *vampiro* —gruñó el hermano de la chica.

—*Nocturna.* —Lo corrigieron ambas mujeres al mismo tiempo. Sin duda estaban sincronizadas.

—Es una *sanguijuela.*

—Y tú un *besugo.* —Afirmó la dueña de la habitación, fulminando al segundo *Liberta* con la mirada.

El tipo entrecerró sus ojos verdes sobre ella, pero no replicó.

—Bueno… —Victoria recuperando la atención de los presentes—. ¿Qué tal si empezáis por respirar hondo, os calmáis y mantenemos esta inesperada reunión como personas civilizadas?

Una vez más, Sebastian redujo la distancia entre él y su mujer, manteniéndose pegado a su espalda. Si cualquiera de los dos cazadores intentaba algo, solo tendría que sacarlos a ambos de allí a través de la brecha.

—Estaré encantado de hacerlo cuando esa *sanguijuela* deje de respirar… —declaró Gabriel.

—Relájate, *chucho* —replicó él mirando de manera insultante al humano. Sabía que no era buena idea caldear los ánimos, pero su vena territorial estaba activada ante la presencia de su pareja y esas dos potenciales amenazas.

—Bast —pidió su chica volviéndose hacia él—. Ya es suficiente.

—Ni siquiera he empezado. —Y era verdad, no lo había hecho.

—Markus. Él no es el enemigo. —La rotunda declaración vino de la chica que estaba en la cama, la cual, a juzgar por el ruido de la tela de las sábanas, parecía tener la intención de abandonar su reposo—. Maldita sea, no me obliguéis a ponerme de pie y daros una hostia a cada uno.

—Ni se te ocurra levantarte. —El primer cazador abandonó su posición para asistirla. Su compañero se movió, ocupando una zona más próxima a la cama de hospital, por si se le ocurriese atacar a la pareja.

—Lotte, quédate dónde estás. —Victoria se dirigió también a su amiga, pero esta vez no le permitió alejarse de él. Le rodeó la cintura con el brazo y la atrapó contra él.

—No. —Fue lo único que dijo en cuanto su mujer se volvió con una protesta en los labios

—. No te quiero cerca de él.

Ella enarcó una ceja en respuesta y resopló:

—Créeme, no tengo ningún interés en estar cerca de ese imbécil.

—Bien.

—Y pensar que me lo estaba perdiendo… —Ambos escucharon las risas procedentes de la cama—. Ay, Dios. Creo que me duele aquí cuando me río.

—Pues no te rías —resopló el cazador, quien había conseguido que volviese a recostarse y la arropaba con una delicadeza inusitada en alguien tan letal—. Y, por favor, quédate en la cama.

—Claro que sí, *guapi* —resopló ella, ignorándole, pues su atención volvió a caer sobre su amiga y él mismo—. Sí. Esto era justo lo que tenía que pasar. Justo así. Aunque debo decir que la realidad supera la visión. Madre mía, pedazo montaña de hombre. No me extraña que estés loquita por él.

—Sí, bueno. En estos momentos me lo estoy replanteando —rumió ella levantando la cabeza y entrecerrando los ojos al mirarle—. Estamos un pelín territoriales, ¿no?

Enarcó una ceja, fingiendo no saber de qué hablaba mientras la ceñía un poco más contra él.

—¿Solo un poco? —Charlotte se rio por lo bajo.

—Esto es demasiado… —resopló el segundo cazador, quien miró a su compañero como si esperase alguna indicación. Este negó sutilmente y la tensión en la habitación pareció descender.

—Tienes lo que has venido a buscar —dijo el tal Markus, dirigiéndose ahora a él—. Llévate a tu *concubina* y…

—¿Perdona? —Tori empujó contra su brazo. Podía imaginársela como a una gata con el pelo erizado—. ¿A quién llamas tú concubina, imbécil?

—Si es que cada vez que abres la boca, sube el pan, Markus —resopló la enferma—. Ignóralo, Tori. Hoy tiene la imbecilidad subida.

El tipo fulminó con la mirada a la chica, la cual se limitó a sostenérsela para terminar echándole la lengua.

—Guárdate tus miraditas asesinas para alguien que las admire, hermanito.

—¿No te recuerda a alguien? —murmuró Victoria y levantó la cabeza para mirarle con una expresión de profunda ironía—. Te daré una pista. Empieza por *A* y acaba por *lice*. Y es tu hermana.

—Muy graciosa.

—¿También tienes una hermana? —preguntó Charlotte, sus ojos azules se posaron sobre él con curiosidad.

—Sí. Los *vampiros* también tenemos familias —respondió casi sin darse cuenta de que lo hacía. Por alguna razón se sentía compelido a responderle. Había algo en esa mujer que le

generaba una extraña confianza, como si supiese que podía confiar en ella, que no le traicionaría —. Padres, madres, hermanos… Nacemos como cualquier otro ser humano… Y morimos de la misma manera.

La expresión de la mujer mundo a una profunda tristeza.

—Tori me habló de las pérdidas que tu gente y tú habéis sufrido recientemente. Lo lamento, de verdad.

Asintió con la cabeza a modo de aceptación ante sus palabras y miró de soslayo a los cazadores. Estos parecían un poco perdidos, cosa que no parecía gustarles demasiado.

—Aquellos a los que cazáis han atacado a nuestras familias. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese pensar mejor en lo que estaba haciendo. Jamás habría brindado esa información voluntariamente y mucho menos a dos hombres que se dedicaban a perseguir y dar caza a los vampiros. Pero por algún motivo, sentía que debía hacer aquello, que tenía que exponer la verdad.

—Cazamos a los de *tu* clase —gruñó el segundo cazador, mirándole con visible irritación.

—Y os equivocáis al hacerlo. —La réplica de Tori estaba imbuida con una pasión descarnada, nacida del dolor que había presenciado en esos últimos días—. Los que han llevado a cabo un acto tan vil, masacrando a familias enteras, a mujeres y niños inocentes, son unos monstruos carentes de alma y emociones a los que no les importa si eres humano o vampiro. Son pura corrupción y se les conoce como *nosferu*. Mi pareja y su gente no tienen nada que ver con ellos y, sin embargo, los atacáis.

Sacudió la cabeza con vehemencia y resopló, dando un nuevo paso hacia ambos, alternando la mirada entre uno y otro.

—¿Acaso sabéis realmente *qué* son los vampiros? ¿*Quiénes* son? ¿Tenéis la más mínima idea de a quiénes perseguís y dais caza? —Negó—. No. Claro que no. No sois capaces de distinguir a la escoria de los que solo buscan vivir sus vidas en paz. Todo lo que hacéis es mirarles y, si tienen colmillos o sus ojos son de otro color, vais a por ellos. Pues, ¡últimas noticias, caballeros! Los *vampiros* no son los que matan indiscriminadamente, hieren a los humanos y a otros vampiros. Esos son los *nosferu*, unos carroñeros sin alma.

No había manera de detenerla y tampoco quería hacerlo; su compañera solo estaba diciendo la verdad.

—He pasado esta última semana con una joven vampira que ha perdido a toda su familia, que ha tenido que presenciar cómo asesinaban a sus amigos delante de sus narices. —La voz se le quebró, dejando salir la rabia y el dolor que había experimentado a través de todas aquellas personas con las que había estado en contacto—. Esos hijos de la gran puta han masacrado a toda una familia. ¡Y eran humanos! ¡Humanos, joder! Su hija… Ella lleva ya dos semanas en coma y cuando despierte tendrá que enfrentarse al hecho de que está sola, porque esos monstruos han

matado a su padre, a su madre y a su hermano. Los *nosferu* no hacen distinciones entre ellos y nosotros. Carecen de alma, de empatía, pero vosotros… ¡Vosotros sois humanos, joder! Si tanto os preocupa la humanidad, empezad a distinguir quién es aliado y quién enemigo, porque de lo contrario acabaréis convirtiéndoos en los mismos monstruos que nos dan caza a todos.

Los dos hombres mantuvieron los ojos sobre su *Primada*, sus expresiones frías, imposibles de leer.

—No pierdas el tiempo, Victoria. Los *Sangre Liberta* hace tiempo que olvidaron el propósito para el que fueron creados en primer lugar —mencionó trayendo de nuevo a la chica contra él, donde podía protegerla en caso de un posible ataque—. Sois jóvenes. No se os puede culpar por los pecados de vuestros antepasados, pero nadie evitará que seáis juzgados por los propios.

Sus palabras las tomaron como una afrenta, pues la tensión y la rabia inundarpm rápidamente sus ojos.

—Los hijos no deben ser los culpables de los pecados cometidos por sus padres —murmuró Charlotte y se recortó contra las almohadas. Esa humana no podía más. Estaba al borde del agotamiento.

—No. No deberían —concordó Tori con voz dura.

—Deberíamos dejar esto aquí y ahora —le dijo él, y señaló a su amiga—. La señorita Geilis parece haber tenido una tarde extenuante. No deberíamos seguir molestándola por más tiempo.

—Tienes razón. —Su mujer soltó un suspiro, se relajó y le dio un toquecito en el brazo. Una mirada a esos ojos verdes y la dejó ir. Quería despedirse de su amiga y dejarla descansar—. ¿Ves? Esto es lo que te pasa por dormir como una marmota. Te pierdes lo mejor.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replicó la chica y rodeó con sus brazos a Tori, quien hizo lo mismo—. No te separes de él. Pase lo que pase, mantente a su lado. Es el único lugar en el que siempre estarás segura.

—Créeme, no hay otro sitio en el que quiera estar —susurró ella de vuelta. Intercambiaron un par de comentarios más y se separaron—. Volveré tan pronto como pueda, ¿vale? De todas formas, si necesitas que venga antes, quítale el teléfono y llámame.

Charlotte se rio entre dientes y asintió. Entonces ladeó la cabeza y lo miró. Extendió el brazo en su dirección en una silenciosa petición.

—Por favor… —Añadió y acto seguido fulminó a los cazadores, quienes ya se movían dispuestos a no dejar que sucediese tal contacto. Para su sorpresa, ambos se detuvieron y mantuvieron la posición, aunque podría jurar que estaban rabiando por dentro.

Sebastian miró a Tori, que sonrió y asintió, manteniéndose todavía al lado de la cama de su amiga. No le quedó otra que acercarse y aceptar esa mano tendida.

—Gracias por encontrarla —le dijo la chica. Sus ojos parecían incluso más intensos a esta distancia—. Y por favor. No la dejes, no permitas que se vaya. Ella es también tu destino.

El contacto fue breve, pero extraño. Cuando la dejó ir, estaba inquieto, incómodo, como si alguien hubiese hurgado en su interior.

—Te llamaré, ¿vale? —Se despidió Tori y la chica asintió con la cabeza. Entonces, su mujer se volvió hacia los cazadores y, antes de que pudiese detenerla, se plantó ante ellos. Su mirada cayó sobre el hermano de la humana—. Cuida de ella. Eres lo único que tiene. Si te pierde a ti también, la habrás dejado completamente sola. —Miró a su compañero y asintió con la cabeza, nada más. Por fin dio media vuelta y se refugió entre sus brazos—. Podemos irnos.

Miró a ambos hombres y, tras abrir la brecha a su espalda, retrocedió llevándose a Victoria con él y juntos abandonaron el hospital para regresar a la pequeña vivienda de su mujer.

—Vale. Ya puedes gritarme y decirme lo inconsciente y…

No la dejó terminar, bajó sobre su boca y la besó, cosa de la que siempre disfrutaba.

—Te quiero —le dijo en respuesta a sus palabras—. Si te llega a pasar algo… Que los dioses se apiaden de los hombres, porque yo no lo haré. Jamás.

—Mierda, Bast. Tenías que cabrearte, no decirme cosas bonitas.

—Me cabrearé después —aseguró y tiró de ella de nuevo contra él—. Ahora solo quiero volver a besarte.

Y eso fue lo que hizo. Una y otra vez. Besarla hasta dejarla sin aliento.

CAPÍTULO 68

Cerró la puerta de la habitación con cuidado. Su hermana estaba profundamente dormida, agotada después de todas las emociones por las que había pasado en las últimas horas.

—¿Qué mierda ha pasado ahí dentro, Markus?

Ojalá pudiese explicarlo, pero mucho se temía que estaba igual de perdido que su amigo. Había preocupación en la voz de Gabriel y no por lo que había ocurrido, sino por lo que no ocurrió.

Dos *Sangre Liberta* y un vampiro en una habitación. Parecía el comienzo de un mal chiste, uno que no tenía ni pizca de gracia.

Había sentido el instante en que esa sanguijuela se personó en el cuarto. Jamás se movió más rápido en su vida y con menos precaución. Si hubiesen sido más, si él tuviese otras intenciones… Su hermana estaba allí dentro y, verla interactuar con esa *cosa*…

—*Nocturna* —pronunció en voz alta, haciéndose eco de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Ya van dos veces que le escucho que lo llaman de esa manera.

—¿Y?

—*Nosferu*. —Siguió enumerando, como si necesitase llevar la cuenta de los términos que le eran desconocidos. El nombre no le era completamente ajeno. Aparecía en los registros de la orden; *Nosferatu*, les llamaban ellos. Uno de tantos nombres que se les otorgaban a los vampiros.

—Mierda, Mark. Sé por dónde vas y no es un camino que quiera recorrer —mencionó Gabriel, pasándose la mano por el corte de pelo de estilo militar—. Ese tío es una *sanguijuela*. Has visto el color de esos iris. *Rojo*. Tal y como se los describe en los diarios cuando se hace referencia a *El Primero*.

—Él no es *El Primero.* —Cuando los antiguos *Liberta* hablaban de *El Primero* en los diarios, asociaban su presencia a una entidad oscura, heladora y ponzoñosa. No había notado nada de eso en compañía del vampiro. De hecho, ni siquiera poseía la misma huella que la escoria a la que daban caza—. No es como las *sanguijuelas* a las que solemos dar caza…

—No. Esta es muchísimo más peligrosa —corroboró Gabriel mientras se alejaban por el pasillo, buscando un lugar más tranquilo en el que hablar. Lo último que necesitaban era que alguna enfermera o médico pegase la oreja y escuchase algo que los enviaría directos al pabellón psiquiátrico—. Tanto o más que las palabras que salen de su boca. Es hábil, no me cabe duda,

sabe cómo expresarse y hacerte dudar…

—¿Has dudado de la contundencia de sus palabras o de su veracidad?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de apartarla y emitir un bajo siseo.

—No estoy seguro de qué era verdad y qué me gustaría que no lo fuese —gruñó y apuntó —. Lo que tengo claro es que Victoria sí le cree. La influencia del vampiro sobre ella es absoluta. Has visto lo mismo que yo ahí dentro. La chica está fuera de juego, le pertenece por completo.

Sí. Le pertenecía. Pero era más que eso, la manera en que se había interpuesto delante de ella, en que la atraía contra él, se parecía más a un acto de protección que de posesión. Lo había visto en su primer encuentro de hacía una semana y hoy se había repetido. La mirada en sus ojos era pura amenaza. Un claro «*tócala y estás muerto*».

Entonces estuvo dispuesto a creer que ella estaba bajo su embrujo, que la había seducido completamente, pero la forma en la que lo enfrentó esta vez… Su manera de hablar, la mirada en sus ojos… La había visto antes. E iba dirigida también a él.

Tori lo había increpado de esa manera en el pasado y por aquel entonces estaba convencido de que no tenía relación alguna con el enemigo.

«Los monstruos matan, no salvan vidas».

El relato hecho por Charlotte sobre sus recuerdos de aquella noche, del motivo para acabar en aquel lugar era… demencial. Y, sin embargo, ahí estaban los tres, como si fuesen piezas de un tablero de ajedrez destinadas a cruzarse unas en el camino de las otras.

Se obligó a volver al pasado y a esas primeras salidas como cazador, al miedo generado por la inexperiencia, a las malas elecciones y a uno de sus primeros encuentros cara a cara con las sanguijuelas a las que había jurado eliminar de la faz de la tierra.

Él había estado allí, mirándole con esos ojos rojos, los mismos de los que se hablaba en los diarios cuando se referían a *El Primero*. Vio el brillo del cuchillo, la hoja preparada para encontrar su objetivo, pero no fue él. Se clavó en el cuello del *vampiro* que estaba a punto de poner fin a su caza cuando apenas había dado comienzo.

«La muerte es demasiado buena para alguien como tú, cazador. Vuelve cuando hayas aprendido a usar tu arma con cierta destreza».

Lo había hecho sentirse como un chiquillo inexperto. Le golpeado en su orgullo y, por más que le jodiese admitirlo, sabía que si él hubiese llegado un segundo más tarde, ahora no estaría aquí. Charlotte se habría quedado completamente sola, con un don que, ahora que sabía de su existencia, podría haberla conducido a la muerte.

Vivir aquel día había significado seguir combatiendo, mejorar y ascender dentro del gremio, obtener su propio comando y estar allí la noche que su hermana casi pierde la vida a manos de los monstruos a los que debían cazar.

—Ella no estaba mintiendo —declaró dejando salir las palabras—. Fuese cierto o no lo que

salió de su boca, creía en ello. Victoria estaba convencida de todo lo que decía.

—Lo que indica el nivel de lavado de cerebro que le han hecho —señaló su compañero. Se resistía tanto como él a aceptar una posibilidad cada vez más amarga—. Tío. Los vampiros son *vampiros*. Punto. No hay sanguijuelas buenas y sanguijuelas malas. Todos viven para lo mismo; consumir a los humanos.

¿Estaba intentando creerse sus propias palabras? La intensidad en la voz de Gabriel venía de la rabia, no del convencimiento absoluto que solía esgrimir. De todos ellos, era el más cabal, el que pensaba antes de actuar. No daba un paso en falso y ahora… Ahora el suelo parecía estar moviéndose bajo sus pies. Bajo los de ambos.

—¿Lo crees o es lo que quieres creer?

—Joder, Markus. No puedo permitirme creer en lo contrario o todo lo que hemos hecho hasta ahora, todo en lo que he confiado con mi vida, empezará a venirse abajo como un castillo de naipes. —Lo miró con una intensidad nacida de lo más profundo de sus convicciones—. Mi fe en la orden se está tambaleando. Si le doy pábulo a lo que se ha dicho ahí dentro, si me permito tener en cuenta sus palabras… No sé si podré seguir haciendo lo que he estado haciendo hasta ahora. No de la misma manera.

Y ese era el resumen perfecto de lo que él mismo sentía en ese preciso momento.

—*Pruebas*, Markus. Si hay algo de verdad en lo que se ha dicho ahí dentro, yo quiero *pruebas* —concluyó Gabriel y, una vez más, estuvo de acuerdo con él.

—Entonces las cosas se reducen a la siguiente cuestión —dijo mirando la puerta cerrada de la habitación al otro lado del pasillo—. ¿Ignoramos todo lo que se ha dicho ahí dentro o añadimos una muesca más a todo lo que nos hemos cuestionado ya sobre la Orden?

Los ojos verdes de su compañero se encontraron con los suyos y vio la misma división que debían mostrar los suyos.

—Dímelo tú —murmuró en respuesta—. ¿Nos quedamos como estamos o buscamos esas pruebas?

Seguir apoyando la labor que se había venido realizando siglo tras siglo desde la fundación de la orden de los *Sangre Liberta* o cuestionar la dirección y sus anticuados métodos y averiguar si lo que habían dicho Victoria y el vampiro *nocturna* era verdad y no un truco más. Ellos ya habían empezado a desconfiar, a obrar bajo sus propios instintos, pero aceptar o tan siquiera valorar lo que se había dicho en esa habitación, lo que había dicho *el enemigo*, como una posible realidad… Eso podía hacer saltar por los aires todo en lo que habían creído hasta el momento y el motivo por el que salían cada noche a cazar.

—Esa decisión no me corresponde tomarla solo a mí —respondió finalmente. Echó un nuevo vistazo a aquella puerta cerrada y añadió—. Es hora de reunir al comando y poner todas las cartas sobre la mesa.

CAPÍTULO 69

La Nocturna
Colonia subterránea
Chicago

Una vida. Eso era lo que le estaba devolviendo el reflejo del espejo. El resumen de una vida que ni siquiera había podido vivir. Recorrió con sus nuevos ojos, que en realidad eran viejos, la imagen que tenía ante sí. Las líneas juveniles se habían ido dando paso a la adultez. Su piel seguía siendo pálida, su pelo igual de rubio, pero ahora tenía el rostro más henchido y el cuerpo era el de una mujer y no el de una adolescente, aunque a su juicio seguía faltándole algo de relleno.

Era extraño mirarse y reconocerse a sí misma a pesar de no haberse visto nunca con esta apariencia. En cierto modo era como si siempre hubiese estado allí, como si en su mente hubiese seguido creciendo, viendo el mundo a través de estos ojos castaños que ahora le devolvían la mirada. Ya no había rojo alguno en ellos, solo un suave color marrón con motas doradas. Ya no eran *nocturna*, porque ella ya no era *La Sanguia*.

Lo sentía en su interior. Era como si le hubiesen arrebatado algo, pero más que faltarle, se notaba ligera, más ella misma. Ladeó la cabeza y aguzó el oído, pero lo único que llegó a captar fue el ruido que hacía Zuzanna al otro lado de sus dependencias. Le había pedido que la dejase sola para familiarizarse con su nuevo yo, pero sus intenciones estaban lejos de ser tan inocentes.

No. Lo que habría escuchado antes con tanta nitidez, ya no estaba allí. El latido del corazón de su raza ya no llegaba a ella. No sabría cuántos corazones latían al unísono o si alguno dejaba de hacerlo. Ya no volvería a alegrarse cuando un nuevo latido naciese para unirse a los demás, ni a entristecerse en el momento en que dejasen de latir. Ya no era su cometido, ni tampoco su legado. Ese sería entregado a la siguiente *Sanguia* cuando atravesase su *Ascenso*; si es que eso llegaba a suceder alguna vez.

No importaba. Su pueblo seguía contando con su príncipe, un guerrero *Nocturna* que los había salvado de la extinción y los había traído a este nuevo mundo. Estaba todo listo para notificarlo a los líderes de las colonias, para hacerlo oficial entre todos los vampiros. El linaje de

la reina Ileana continuaría a través de su primogénito; su nuevo rey.

Tendría que hacerse con una corona para él. Sería divertido verlo poner caras cuando se la ciñese en la cabeza. La suya, la que había pertenecido a su madre, era demasiado femenina para un rey y la del consorte, esa se había perdido antes de cruzar el mar. Y tampoco es que quisiera verla en la cabeza de su hermano. No teñiría su reinado con la sangre que había derramado su propio padre.

—Supongo que no importa qué corona porte mientras la gente sepa que en su corazón siempre los ha llevado a todos ellos —murmuró. Su voz también había cambiado. Seguía teniendo el mismo timbre, sí, pero ahora era más normal, sin ese toque melódico. Y lo cierto es que le gustaba mucho más. Levantó la mano y siguió su reflejo. Posó los dedos sobre el cristal y los extendió hasta hacerlos encajar con su réplica—. Ha llegado la hora de acabar con esto…

Él ya estaba allí fuera, esperándola. Podía sentirlo. Era como estar conectada a él por un hilo invisible, uno que siempre había estado ahí y que no notó hasta ahora.

No. En realidad sí hizo. Hacía mucho tiempo y durante un breve instante. La única vez que estuvo frente a él siendo *La Sanguia* y no la hija del consorte. Había esperado ver a un padre, a un protector, pero del vampiro que recordaba, de aquel que la cogía en brazos y le leía cuentos cuando era una niña, ya no quedaba nada. Lo supo en el mismo instante en que posó la mano sobre su piel. El frío extremo, el hedor de la ponzoña, la falta de emociones en esos ojos del color de la sangre. No. Aquel *ser* la había mirado con lujuria, con codicia. La hizo sentirse sucia, contaminada y más insignificante de lo que se sintió jamás. Bajó la mirada sobre la muñeca derecha, como si pudiese ver todavía la huella oscura de sus dedos, la quemadura que había dejado impresa en ellos con tan solo su contacto.

Alice dejó caer el brazo y se giró dándole la espalda al espejo.

Era hora de terminar con todo aquello, de poner fin a su búsqueda y dar un final al encierro al que ese hombre la había obligado.

Dejó atrás el vestidor y regresó a la habitación en la que había una serie de prendas sobre la cama. Se estuvo debatiendo entre unas y otras, sorprendiéndose al ver que algunas de ellas le quedaban pequeñas o las llenaba demasiado.

—Acabemos con esto —musitó enfundándose unos leggins y poniéndose un suéter por encima de la camiseta.

—No le va a hacer ni pizca de gracia lo que tienes en mente.

Pegó un respingo y se giró rápidamente. El corazón le latía a toda velocidad en el pecho, poniendo de manifiesto el susto que acababa de pegarle el hombre que había aparecido en sus habitaciones. La puerta estaba cerrada por dentro, con lo que sabía que había entrado de otra manera.

No pudo evitar sentir cierta nostalgia al verle de nuevo. A pesar de su evidente cambio

físico, sus ojos seguían siendo igual de enigmáticos, distintos a los de cualquier otro *Nocturna*. Tenerle de nuevo entre ellos, sentir su presencia, era un regalo en sí mismo, pero el verdadero obsequio había venido de su mano, al levantar el velo bajo el que estuvo protegida todo este tiempo.

—Si quieres provocarme un ataque al corazón, casi lo consigues —resopló.

Neron puso los ojos en blanco y empezó a caminar hacia ella. Cuando retiró la mano que tenía tras la espalda, se dio cuenta de que él sabía muy bien por qué estaba allí y para qué.

—*Uh-hum.* Vas a necesitar esto. —Le enseñó un par de zapatillas nuevas que traía colgando de un par de dedos—. Algo me dice que las tuyas se te han quedado pequeñas.

Miró las zapatillas y luego al *nocturna*. Desde luego, estaba teniendo problemas para meter los pies en sus viejas Nike. Mientras había podido arreglárselas con algunas prendas de ropa, incluso rescatando un sujetador deportivo que nunca utilizaba porque no lo daba llenado y ahora sí, el tema del calzado era un caso aparte. Había ganado al menos un número, lo que hacía que su empresa de escabullirse de La *Nocturna* en unas zapatillas que le quedaban demasiado justas no resultase precisamente cómodo.

El antiguo vampiro se plantó ante ella y las balanceó frente a sus narices.

—Póntelas.

—¿No me vas a decir que no lo haga?

El hombre dejó escapar un resoplido y se encogió de hombros.

—Tú guardas mi secreto y yo guardo el tuyo —le dijo mirándola ahora a los ojos—. Tu don ha despertado.

No era una pregunta, sino una afirmación, así que asintió en respuesta.

—Lo ha hecho.

—Y sabes lo que ha ocurrido, así como lo que va a ocurrir. —De nuevo, no fue una pregunta. Él lo sabía. Era consciente de que había estado allí, viéndolo a través de sus ojos. Había sido testigo de su cautiverio, de lo que Varys le había hecho, de lo que Neron había tenido que hacer para encontrar su propia libertad. Sabía qué y a quién ocultaba, pero no cómo se desarrollarían los eventos futuros. Solo sabía lo que debía hacer para que el *Nocturna* pudiese continuar su camino. Solo eso.

—No es tanto lo que vaya a ocurrir como… ver el camino que deberías seguir —admitió al tiempo que cogía las zapatillas de sus manos—. Gracias. Por no detenerme.

—No puedo hacerlo —respondió encogiéndose de hombros—. No volveré a tocar los hilos de tu destino. El precio que has tenido que pagar hasta ahora ha sido demasiado alto, *Sanguia*.

Ella negó con la cabeza.

—Ya no lo soy. Tú mismo lo dijiste.

—Yo digo muchas cosas. Algunas que debería callar —aseguró y la apuntó con el dedo—.

Pero voy a pecar de arrogante y advertirte una última cosa.

—Adelante. —Lo invitó a ello. Alice se sentó de nuevo en el costado de la cama y empezó a ponerse las nuevas zapatillas. Le quedaban perfectas—. Soy toda oídos.

—*Vas a morir.*

Sus dedos se detuvieron sobre los cordones. No levantó la cabeza. No lo miró. No era necesario.

—Lo sé.

Ella también lo había visto. Había tenido la prueba en sus manos, una que obligó a su creadora a destruir como si nunca hubiese existido.

Soltó un bufido.

—¿Y qué piensas hacer para evitarlo?

Levantó la cabeza y lo miró.

—Nada. —Sus palabras fueron sinceras, un dardo directo al centro del corazón de ese hombre, que hizo una mueca al sentirlo—. Es el camino que tengo que seguir, porque es el que dará paso a muchos otros.

—Mierda, Alice.

—¿Qué vas a hacer tú con tu *Querubín*?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Eres igual que tu madre. —Fue su respuesta—. Y *él* no te merece.

—No. Pero se lo he prometido —admitió en un susurro—. Si voy a él, dejará en paz a Sebastian.

—¿Y tú le has creído?

—Compartimos la misma *sanguia regis*, Neron. Nuestra palabra…

—…es una ley escrita —concluyó con un asentimiento—. Se va a cabrear de lo lindo, ¿lo sabes, verdad?

—¿Cuál de ellos?

—La lista es demasiado larga, niña, demasiado larga —aseguró mirando al techo—. Mierda. Tendría que haber hecho algo para que las cosas fueran de otra manera. Lo siento, Alice.

—Hiciste lo que pudiste, Neron. No tengo nada que reprocharte —afirmó ella. Terminó de atarse los cordones y se incorporó. Un segundo después sus manos estaban entre las suyas—. Yo sé cuál es mi camino. Soy consciente de lo que tengo que hacer y de cuáles serán las consecuencias de mis actos. Tú solo… Haz tu parte.

—¿Me estás pidiendo que rompa las reglas, *Alice*?

—Te estoy pidiendo que dejes que sea *él* quien elija su propio destino. —Se puso de puntillas y, tirando de la camiseta del hombre para obligarle a inclinarse, lo besó en la mejilla—. No te separes de Zuzanna y mantenla en *La Nocturna*. Protégela, Neron, su misión es igual de

importante que la tuya.

Alice se apartó del antiguo vampiro y, con el conocimiento que ahora poseía, abrió por primera vez una brecha de traslado al mundo del que había estado alejada durante tantos siglos.

—Buena suerte, Alice. —Le deseó el hombre, inclinando la cabeza mientras se llevaba el puño al corazón.

Le sonrió por última vez y cruzó al otro lado, hacia el cielo nocturno y el aire libre que tanto había extrañado.

El mundo la recibió con los brazos abiertos. Una infinidad de olores, colores y sonidos la recibieron incluso en medio de la noche. Podía no ser el escenario más bonito de todos, pero esta era la libertad para ella, una que ya empezaba a saborear.

—*Has venido.*

No le sorprendió escuchar esa voz; la esperaba.

Se volvió despacio y se encontró con unos ojos del color de la sangre, llenos de anhelo, resbalando sobre ella.

—Aquí estás por…

Sus palabras se diluyeron y fue consciente del momento exacto en el que lo supo. Esos ojos que una vez había encontrado hermosos y cariñosos empezaron a abrirse más y más hasta que dieron la impresión de querer saltarle de las cuencas. Su expresión perdió esa sombra de anhelo, pasó a la incredulidad y finalmente se formó una máscara inexpresiva de la que rezumaba la ira.

—¿Qué has hecho?

Sí. Ahí estaba. Justo en su voz. Fluyendo como una cascada.

Levantó la cabeza, elevó la barbilla y lo miró como la reina que había sido. La que él le obligó a ser a raíz de su traición.

—Lo que tenía que hacer para destruirte —declaró con firmeza y dio un paso adelante—. He dejado de ser *La Sanguia.*

CAPÍTULO 70

La Nocturna
Bucktown
Chicago

Al mismo tiempo…

Conocer los hechos que iban a producirse no era lo mismo que dejar que ocurrieran. Neron tenía eso en mente cuando abrió las puertas de la biblioteca y se encontró a Zuzanna sentada a la mesa con un fajo de papeles sobre el escritorio. Reconoció el sello impreso al final de cada una de las hojas de pergamino y olió la tinta con la que aquella firme mano iba redactando las leyes que regían a los vampiros.

Ella nunca había dejado de ser *La Escriba*, pensó al verla inclinada sobre la hoja, dibujando con sumo cuidado cada una de las palabras que darían voz al decreto de la última reina. Podía haber jugado a ser la protectora, la institutriz e incluso la guerrera, pero debajo de la piel siempre sería la herramienta de la historia que debía ser contada.

—No deberías romper tu palabra, Neron. Un hombre de valor la mantiene hasta el final.

Su voz sonó suave, libre del borde acerado que solía contener cada vez que se dirigía a él.

—No veo necesario decir algo que es evidente que sabes ya —declaró mientras cerraba las puertas detrás de él y caminaba hacia la mujer. Se detuvo a un lado del escritorio y vio cómo las líneas cobraban forma en el papel. Lo leyó solo porque sus ojos reconocieron las palabras, pero no osó pronunciarlas en voz alta. No debía hacerlo, no hasta que estas se hicieran realidad.

—Su destino estaba escrito desde hace mucho tiempo, desde antes incluso de que viniese a este mundo y se convirtiese en una hija y en una hermana —le dijo ella. Llevó la pluma al tintero y la mojó con suavidad antes de volver a su labor inicial—. De que hubiese ascendido como reina y descendido como *La Sanguia*. Ella es la que teje su propio tapiz ahora, quien mueve los hilos de lo que será el futuro de muchos o tal vez solo de unos pocos. Es su elección, siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Así que le arrebataremos *algo* solo para poder entregarle *algo* —murmuró, siguiendo con la mirada cada nueva palabra que iba empapando aquel papel—. *Uno desciende para que otro pueda ascender*.

Levantó la cabeza y ladeó el rostro hasta que sus ojos se encontraron.

—Es como ha sido desde el principio de los tiempos y como seguirá siendo hasta el final de ellos —confirmó y volvió a prestar atención a su trabajo—. Si mueves el culo y haces lo que tienes que hacer, claro está. Sino… Me habrás jodido una buena mañana de trabajo.

Dejó escapar un resoplido de risa.

—Hay cosas que nunca cambian y tú eres una de ellas, maldita víbora.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas? —Levantó la mano que tenía libre e hizo un gesto de elegante despedida—. Cierra la puerta cuando salgas y no levantes aire. Es de lo más molesto.

—Espero que Sebastian decida prescindir de tus servicios en el futuro. Eres insoportable.

—*Dijo el burro hablando de sus orejas*.

Neron ahogó una sonrisa y se dobló por la cintura, dedicándole una burlona reverencia que ella no podía ver, pero que una vez más se había ganado. Cuando giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta por la que había entrado, su semblante carecía ya de todo asomo de risa. Se avecinaban momentos oscuros, de lágrimas y sangre derramada. Nadie volvería a sonreír en una buena temporada.

CAPÍTULO 71

En algún lugar a las afueras de la ciudad…

La tenía frente a él. Después de tanto tiempo buscándola, Varys la tenía frente a él, pero no era ella. *¡No era ella!* No se trataba de que su cuerpo hubiese madurado, pues su belleza era incluso mayor de lo que lo había sido en el pasado. No era lo que había ganado, sino lo que había *perdido*. La ausencia estaba en su sangre, la pérdida de lo que era, de lo que nació para ser.

¡La muy perra había atravesado el Descenso!

Ya no era *La Sanguia*. Su sangre ya no era *nocturna*. La hembra que permanecía de pie y altiva ante él no era más que una vampira que había renunciado a su derecho de nacimiento. Podía compartir su linaje, ser de su misma estirpe, pero todo lo que la hacía especial, todo lo que él necesitaba de ella, se había perdido para siempre.

La satisfacción que le había inundado nada más verla aparecer se fue drenando para dar paso a la ira. Era una emoción caliente que se abría paso a través de sus heladas venas, que emergía como un géiser, haciéndolo rememorar lo que era estar a merced de las emociones, de cualquier emoción.

Sí. Hacía mucho tiempo, en otra vida, ver la criatura en la que se había convertido le hubiese reportado placer, se le habría hinchado el pecho de orgullo. Una parte de él, esa que había relegado para siempre, ya no era otra cosa que un fantasma en una esquina de su mente, estaba satisfecho con este devenir de los acontecimientos. Pero esa parte se había extinguido, había sido extirpada para dar paso a una mente racional, a un propósito mucho mayor que la venganza, uno a la que no había renunciado, pero que había quedado relegada a un segundo lugar para dar paso a la meta que estaba persiguiendo.

Le había sido arrebatado todo. Su posición, su título, el poder y la gloria que había ostentado le redujeron a ser una bestia que ya no merecía su nombre. Lo maldijeron y lo aislaron, ¿y ahora ella se atrevía a presentarse delante de él de esta manera? *Ella*, quien debía haber permanecido a su lado, reconociéndole como su rey y señor, volvía ahora despojada de todo para que él la tomase a cambio de olvidarse de la existencia del *bastardo* de su antigua reina.

—Has venido a mí unida por la promesa de la sangre, como una hija devota que acude al

llamado de un padre —pronunció clavando la mirada en esos ojos apagados, demasiado comunes para ser considerados interesantes—. Has venido porque tu sangre te obliga, del mismo modo en que me obliga la mía a atender tu llegada.

Avanzó hacia ella. Sus lustrosas botas marcaban cada paso como golpes de tambor sobre el cimentado camino del parque. No había nadie más que ellos allí, al igual que no lo hubo en aquel primer encuentro varios siglos atrás. Lo único que había cambiado era el paisaje, la configuración de la ciudad que crecía a pasos agigantados y, por supuesto, ella.

—Una vez fuiste mi hija… —Se detuvo ante la vampira, escudriñando su rostro como si pudiese encontrar en él la respuesta a alguna gran pregunta—. Una vez, hace mucho tiempo, fuiste algo más…

—Una vez tú fuiste mi padre. —La réplica de ella fue suave. Sus ojos mostraban un anhelo al que no fue capaz de responder, pues no lo hacían sentir absolutamente nada—. Una vez, hace mucho tiempo, te quise como tal. Pero ahora, ahora no eres más que una sombra corrupta sobre todos nosotros, un mal que se esconde entre las sombras, que asesina, que roba, que…

Ni siquiera fue consciente de que le había rodeado el cuello con una mano hasta que vio sus propios dedos oscuros en torno a la suave y blanca piel. Tiró de ella hacia arriba, obligándola a ponerse sobre las puntas de los pies. En esa posición su rostro era más cercano. Había algo en él que le resultaba familiar, que tiraba de esa nostalgia que pertenecía a un fantasma.

—Ahora ya no eres nada… —concluyó mirando esos ojos que se iban abriendo un poco más a medida que le apretaba la garganta. Sus pequeñas manos se clavaron en las suyas, intentando liberarse de su agarre—. Lo que te había hecho especial se ha ido. Qué gran decepción has sido, *Alicendra.* ¡Qué gran decepción!

El jadeo que escapó de la boca de la vampira se unió a la calidez de la sangre que empapaba la mano que sujetaba el cuchillo hundido hasta la empuñadura. No se movió y tampoco la soltó. Varys se quedó allí, sujetándola por el cuello con una mano, empujando la antigua hoja ceremonial con la otra en su vientre, mientras contemplaba como la vida iba abandonando poco a poco los ojos de la vampira a la que había codiciado hasta hoy.

CAPÍTULO 72

La Nocturna
Bucktown
Chicago

Al mismo tiempo…

—Tu amiga es… interesante.

Victoria, que estaba tumbada entre sus piernas, levantó la cabeza y llevó el brazo hacia atrás para acercarle a la boca otro de esos adictivos aperitivos con los que la había conquistado Elijah. Su chica había encontrado una cesta sobre la pequeña mesa de la cocina con una nota manuscrita. Anna les había preparado la cena y su amigo había hecho de recadero. A los platos de la que ya consideraban el ama de llaves de *La Nocturna*, se le había sumado un paquete de *Doritos*.

Después de una oportuna sesión de sexo contra la pared, habían cenado y se habían trasladado al sofá, con esa dichosa bolsa a modo de postre.

—Todavía no me puedo creer que esté despierta —admitió Victoria llevándose ahora uno de esos triangulitos a la boca—. Cuando recibí esa llamada… No esperaba encontrarme con ella sentada en la cama, como si tal cosa. Demonios. Nunca olvidaré ese momento, Bast. Fue como si me hubiesen quitado una losa de varias toneladas de encima. Llegué a pensar… Con el paso de los meses y al no ver una clara mejoría, pensé…

—Que no se despertaría —completó por ella.

Sí. Había visto ese temor en los ojos de su pareja cuando hablaba de la chica del hospital y lo entendía. Era el tipo de miedo que él sentía cada vez que salían ahí fuera y alguno de sus *nocturna* tardaba más de la cuenta en reportarse o no llegaba a casa cuando tenía que hacerlo.

Eran su familia. Más que amigos. Hermanos. La posibilidad de perder a alguno de ellos era insoportable.

—Sí —corroboró Victoria y volvió a echar la cabeza hacia atrás, para mirarle—. Por eso era tan importante para mí ir a verla. A pesar de que él estuviera allí.

Ciertamente, la presencia de los *Sangre Liberta* no era algo que le hiciese especial gracia, pero después del encuentro que habían tenido en esa habitación de hospital y la forma en la que los enfrentó su mujer, casi les daban pena. Casi. Tori podía ser muy vehemente cuando quería y lo había hecho enarbolando la verdad, lo cual era, si cabía, más impresionante aún. Quizá todo aquello no hubiese servido de mucho, pero si habían conseguido ponerles la mosca detrás de la oreja, se conformaría con ello.

No esperaba firmar una alianza con los sabuesos, ni mucho menos, pero había dicho la verdad. Los cazadores eran demasiado jóvenes, maleables y la orden a la que pertenecía tenía una larga estirpe a sus espaldas. El hacer que se cuestionaran sus propias normas podría resultar incluso beneficioso a largo plazo.

—Markus puede comportarse como un imbécil, pero quiere a Lotte y haría cualquier cosa para protegerla —añadió su mujer, revolviéndose entre sus piernas, buscando ahora una posición más cómoda. Desde luego, parecía dispuesta a utilizarlo de colchón. Sebastian no pensaba quejarse. Le encantaba tener ese cuerpo pegado al suyo—. Imagino que es lo mismo que harías tú por Alice. —Ladeó el rostro y lo miró—. ¿Ha despertado ya?

Negó con la cabeza.

—No lo había hecho cuando abandoné *La Nocturna*. —Y era algo que lo tenía intranquilo —. Neron y Zuzanna se están turnando para velar su sueño. Me avisarán tan pronto como pase el *Descenso.*

—Lo superará. —Victoria lo rodeó con sus brazos, un gesto que le transmitía una íntima calidez—. Sé que lo hará. No te dejará. Hará hasta lo imposible por volver a tu lado. Lo sé. —Levantó el rostro y le guiñó el ojo—. Yo lo haría.

—Me alivia sobremanera escuchar eso, amor mío —aseguró y se inclinó sobre ella para besarla en los labios—. No podría seguir adelante si no estás conmigo. Mi vida ya no sería vida sin ti.

—Mientras este siga latiendo, no habrá fuerza humana o sobrenatural que pueda alejarme de ti, Bast —declaró llevándose la mano al corazón.

—Me encargaré de que nunca deje de hacerlo.

—Confío en ti, *nocturna* —afirmó contenta. Miró el paquete de Doritos que todavía tenía consigo. Se lo enseñó a modo de pregunta y cuando negó, lo dejó caer a un lado—. Lo he estado pensando y voy a dejar el trabajo en *La Azotea*.

—¿Eso es lo que quieres? —No podía decir que le sorprendiese la decisión. La última semana había sido difícil para todos, pero para ella había tenido un costo emocional demasiado grande. Lo notaba cada vez que terminaba la noche y se acercaba el amanecer. No era la primera

vez que tenía que recogerla en brazos de algún lugar en el que se había quedado dormida para llevársela a la cama. Su mujer había estado al lado de cada uno de los refugiados de Lake Zurich, acompañándolos, escuchándolos… y ya no digamos con Serena, Maroon y Lizzy, que seguía dormida, ignorante de que su familia ya no estaba con ella. Victoria intentaba seguir el ritmo, adaptándose a sus horarios, pero era difícil vivir durante las horas sin luz cuando toda tu vida lo habías hecho bajo el sol.

—Cogí ese trabajo para intentar mantener alejado el eco del accidente y funcionó. Me ayudó a mantenerme en pie durante todo este tiempo, pero ahora… —Sacudió la cabeza—. Ya no soy la misma. Me he sentido mucho más plena ayudando a todas esas personas de lo que lo hice alguna vez detrás de la barra del bar. Y, no te voy a mentir. También necesito recuperar algunas… horas de luz. Mi reloj biológico se ha vuelto loco. Mis ciclos de sueño se han ido a la mierda y… Bueno, quiero poder pasar tiempo contigo cuando estás despierto y fresco como una lechuga. Soy consciente de que me he estado quedando frita cuando no es ni la hora de cenar… *er*… el desayuno para ti.

—Lo sé —asintió, resbalando el brazo sobre su espalda en una tierna caricia—. Ajustaremos nuestros relojes para que sean compatibles. No quiero arrebatarte el sol. Soy consciente de que los humanos lo necesitáis para regular vuestro organismo. Además, sé que en esas horas diurnas estarás a salvo de lo que acecha en la oscuridad. Eso hace que me quede mucho más tranquilo si no puedo ir a ti. Tanto como deseo tenerte conmigo, también quiero que seas feliz, Victoria. Eso es lo más importante para mí.

—Eres el vampiro para tierno que…

Su mujer no terminó la frase. Se llevó la mano a la cabeza y se encogió, gimiendo.

—¿Victoria? ¿Qué…? —Sebastian se incorporó, preocupado por ella cuando él mismo sintió que le faltaba el aire y el corazón se le detenía en pleno latido.

—Dios… —jadeó su mujer, resbalando al suelo desde el sofá—. Mi cabeza…

El órgano en su pecho volvió a latir, pero su cadencia era distinta, como si hubiese perdido la guía que le dictaba cómo debía hacerlo. Una repentina oleada de frío penetró en sus venas, distribuyéndose por todo su cuerpo mientras su mente y sus sentidos cobraban conciencia de lo que estaba pasando.

—Alice… —El nombre de su hermana salió de los labios de su *Primada* en el mismo instante en que se formaba en su mente. Sentaba en el suelo, con los ojos abiertos de par en par, levantó la cabeza y repitió con un gesto de puro desconcierto—. Es… es Alice.

Su hermana estaba despierta, se encontraba fuera de *La Nocturna* y él acababa de sentir los dedos de la muerte acariciándole el corazón.



Victoria se quedó congelada ante la escena que transcurría como a cámara lenta a unos cuantos metros de dónde Sebastian los había hecho aparecer.

No reconocía el lugar, tampoco podía ver gran cosa en medio de la oscuridad, pero eso no importaba ya que lo verdaderamente importante se desarrollaba bajo el área iluminada bajo aquella farola.

Sangre. La sangre goteaba de la mano masculina que se retiró de un tirón, arrancando la hoja del cuchillo hundida en el cuerpo de la mujer. Esta se sostenía en pie solo porque él la mantenía de esa manera al sujetarla del cuello.

Alice.

Incluso a esa distancia reconoció el color dorado de su pelo. Pero no era solo eso, de alguna manera lo había sabido incluso antes, en el mismo instante en que sucedió.

El horror la paralizó. Tori era incapaz de moverse, no podía dejar de mirar a la pareja, intentando entender por qué estaba ocurriendo aquello. Su mente no dejaba de repetir una y otra vez: *¿por qué?*

Los dedos se fueron abriendo uno tras otro y la fuerza de la gravedad hizo el resto, tirando de la mujer hacia el suelo, donde quedó tendida como una muñeca rota. La cabeza le cayó hacia un lado, su pelo rubio desparramado mientras esos ojos, ahora castaños, parecían conectar con los suyos a través de los metros que las separaban.

No. Esa no podía ser Alice. La chica a la que conocía era mucho más joven. Sus iris eran rojizos, de un suave tono caoba en los últimos tiempos. Esta no era ella y, sin embargo… Sí lo era. Lo sabía, en su fuero interno sabía que esa mujer era… *su nueva hermana*.

El Descenso.

No supo de dónde vino tal información, pero ahí estaba, abriéndose paso en su mente.

Siguió con la mirada clavada en esos ojos extraños y al mismo tiempo conocidos. Quería gritar, moverse, correr hacia ella, lo que fuese, pero no podía moverse. Todo lo que podía hacer era sostenerle la mirada, como si estuviese conectada a ella y de algún modo pudiese acompañarla en ese paso final.

La vio mover los labios.

Dios mío, ¿estaba viva?

«Una desciende para que otra pueda ascender».

Como si el tiempo se hubiese mantenido en suspense desde el instante en que la vio y solo

ahora reanudase su paso, el nombre congelado en su boca cobró vida.

—¡Alice! —Fue un alarido de puro terror, pero no salió de sus labios, sino de la garganta de su pareja.

Vio a Sebastian esprintar en una enloquecida carrera hacia la vampira.

«Quédate junto a él, hermana. Quédate junto a él».

Los labios de Alice ya no se movían, los ojos de su nueva amiga empezaron a cerrarse, pero Tori escuchó con claridad su voz una vez más dentro de su cabeza.

«Protégelo».

—*¡No!* —Su voz brotó al fin, resonando como un cañonazo en el solitario lugar.

Su alarido hizo eco en el solitario parque, acompañado de una inesperada carcajada que no tenía cabida en aquel momento de dolor. El asesino levantó entonces la cabeza y ella se encontró con unos ojos rojos como la sangre en un rostro atractivo, pero carente de empatía. Le bajó un escalofrío por la espalda cuando él le devolvió la mirada. La macabra sonrisa que le había estado curvando los labios vaciló y le pareció ver como abría la boca y movía los labios para decir algo, pero un segundo alarido de rabia cercano a él lo interrumpió.

—¡Estás muerto!

Sebastian.

Su pareja había llegado al cuerpo de su hermana. En un momento lo vio acuclillado ante ella y al siguiente volaba hacia el asesino, quién había retrocedido varios metros, como si quisiera disfrutar de aquel morboso encuentro entre carcajadas.

El mortal silencio del lugar fue quebrantado por el sonido de unos disparos, de gruñidos inhumanos a los que siguieron nuevos gritos procedentes de distintos lugares.

—*¿Alice? Santo Dios.*

—*¡Bast!*

—*¡Hijo de la gran puta!*

—*¡Matadlo!*

El corazón empezó a latirle más y más rápido en el pecho. El miedo afloró de aquel oscuro lugar que ocupaba en su mente, llenando el pozo en el que se encontraban sus recuerdos para luego desbordarse.

La muerte. La muerte estaba allí de pie, esperando, preparándose para llevarse a alguien consigo esa noche de la misma manera en que lo había hecho entonces.

«Huye». La voz emergió de lo más oscuro de ese pozo. *«¡Corre, Tori!».*

Sacudió la cabeza y se aferró las sienes sintiendo que esa negrura la consumía, pero en realidad lo que estaba haciendo era abandonar el agujero para que pudiese ver lo que había dentro.

Y allí estaban, con la claridad que les daba el haberlo vivido en carne propia, de haberlos

visto con sus propios ojos, los recuerdos de aquella aciaga noche.

«Aquí hay algo malo. Puedo sentirlo. No es como siempre. El ambiente es mucho más espeso y… No, esto no está bien».

Palabras de Lotte. Ella la había convencido para visitar esa noche la antigua prisión. Estaban con un par de amigos suyos, uno llevaba una cámara, el otro… El otro quería demostrar que allí había algo; fantasmas.

«¿Qué es?». Recordaba su propia ansiedad, su necesidad de que alguien le respondiese, que le dijese que todo aquello era una broma. «¿Qué mierda está pasando? No. No quiero estar aquí. Quiero irme. Vámonos. Lotte, esto ya no tiene gracia...».

«No deberíamos estar aquí». Había notado el miedo en la voz de su amiga. La vio girar con rapidez y acto seguido clavar los ojos en ella. Sus labios se movieron y recordó que le había susurrado: «Encuéntrale».

Ese era el motivo por el que Charlotte había insistido tanto en que la acompañase a aquel lugar, uno que se había callado para sí, pues temía que si se lo contaba, pensaría que estaba loca. Y sí, sin duda lo habría pensado. En ese momento, sí.

Ella la empujó entonces sin miramientos, dirigiéndose a todo el mundo.

«Tenemos que irnos… ¡Fuera!». Lotte no había dejado de gritar, incluso la empujó para que se moviese, para que saliese de aquel lugar.

«¿Pero qué…?».

«¡Tenemos que largarnos de aquí ahora mismo!».

Linternas. Las linternas habían dejado de funcionar en algún momento y la oscuridad se adueñó de todo, convirtiendo aquel lugar solitario y abandonado en algo aterrador. Con la opresiva negrura llegaron los sonidos. Los exabruptos y jadeos de sus compañeros, siseos y golpes cuando ellos intentaban retroceder desde la posición en la que se encontraban. Allí dentro había algo, algo malo y que no podía discernir entre las sombras.

Su linterna, la cual parecía resistirse a apagarse como las demás y se limitaba a parpadear, captó un movimiento en la oscuridad del corredor. Sin embargo, antes de que pudiese fijar bien la vista y ver de qué se trataba, esta también sucumbió y se apagó.

Gritos. Más golpes. Cristales rompiéndose.

«¡Corred!».

Lotte. Ella era la que gritaba a todo el mundo para que se pusieran a salvo. «¡Corre, Tori!».

Algo le rozó el rostro. ¿La brisa? ¿Otra cosa? No veía en la oscuridad, el miedo era cada vez más sofocante y se encontró huyendo, avanzando a trompicones, chocando con todo hasta que sintió que una puerta cedía bajo sus manos y el aire frío de la noche le abofeteaba en la cara.

«¡Lotte! Lotte, ¿dónde estás?».

La buscó. La buscó con desesperación, pero fuera no había nadie. Ninguno había salido de aquel lugar. Y los gritos… Dios mío, lloros, alaridos… Todos venían de dentro del edificio.

No podía dejarla allí. No podía abandonar a su hermana. No le haría a Lotte lo mismo que le habían hecho a ella.

Ahora lo recordaba con claridad. El móvil que había rescatado del bolsillo de la chaqueta, la luz de la linterna del aparato despejando las sombras y los gritos desesperados, seguidos de golpes y de silencio.

«¿Lotte?». Ya no podía ni gritar. El miedo le había paralizado las cuerdas vocales, pero no podía irse de allí sin ella. No la dejaría atrás.

Recorrió el lugar, se internó más allá de lo que habían llegado en un principio y entonces la vio. Su amiga tirada en el suelo y… eso sobre ella.

«Dios mío».

Ella la escuchó, ladeó la cabeza y vio el horror en sus ojos, la sangre en su rostro, en sus labios y aun así consiguió gritarle que se marchase.

«¡Tori, vete!».

No se movió. No podía hacerlo. Estaba completamente paralizada y entonces esa cosa levantó la cabeza y… Era un rostro humano. Sus ojos estaban inyectados en sangre, tenía venas oscuras por toda la cara y la boca desnuda y manchada de sangre mostraba unos enormes colmillos.

La vio. Cargó contra ella. Era como un animal. Avanzó a cuatro patas durante los primeros metros para luego incorporarse. Pensó que saltaría sobre ella. Cerró los ojos, lista para morir allí mismo, pero solo captó una hedionda fetidez y una respiración cercana a su oído. Estaba muerta de miedo, empezó a sollozar y esa cosa pronunció algo…

«¿Sanguia?».

Abrió los ojos. No supo de dónde sacó las fuerzas o cómo lo hizo, pero abrió los ojos y se encontró con ese rostro a tan solo unos centímetros de su cara.

«Ve-te».

Un segundo después se encontró volando hacia atrás; la había levantado del suelo y empujado a través del pasillo. Soltó un alarido tan grotesco que el miedo tomó el mando. Resbaló en su intento por ponerse de pie, le dolía la cabeza, pero no podía detenerse. Corrió en la oscuridad, perdió la cuenta de las veces que se terminó en el suelo y tuvo que volver a ponerse en pie. Se esforzó en ver a través de la negrura, forzando los ojos llenos de lágrimas hasta que consiguió enfocarse en un punto de luz que parecía bailar en la distancia. Esprintó hacia lo que reconoció como algo seguro, se movió tan rápido como le permitían las piernas o al menos eso fue lo que creyó estar haciendo; para entonces su mente había dejado de registrar

nada que no fuese el intenso y anulador terror que la invadía.

Luz. La luz de las farolas. Se fijó aquella meta y no se detuvo hasta encontrarse de nuevo en plena calle, deslumbrada ahora por un brillo mucho más intenso y que se le echó encima sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

El impacto fue brutal. La levantó del suelo, lanzándola por los aires para acabar golpeándose contra la carretera. No podía respirar, no podía… Nada… Debía de haber perdido la conciencia, porque no recordaba nada más.

Victoria se llevó las manos a la cabeza como si de ese modo pudiese evitar que le estallase.

Recordaba. *Lo recordaba todo*. Esa noche horrible de hacía más de un año.

—¡Victoria!

—¡Tori!

Su nombre resonó en el silencioso parque, pero estaba demasiado aturdida para prestarle la debida atención.

—*Sé quién eres.*

Abrió los ojos de golpe.

Era ese mismo rostro, a escasos centímetros ahora del suyo. Una mirada del color de la sangre, que destacaba en unas facciones exóticas, se prendió de la suya, clavándola en el lugar. Parecía estar escudriñando en su interior, como si pudiese ver dentro de ella. El pelo negro se le rizaba sobre las cejas. No lo llevaba demasiado largo, ni tampoco de manera descuidada; era casi elegante. Y esa boca… La vio curvarse en una inesperada y creciente sonrisa que dejó a la vista un par de colmillos. Pero esta no era más que una mueca en un rostro que parecía esculpido en granito, una belleza sin alma de la que emergía una frialdad ponzoñosa.

—*Una Desciende para que otra pueda Ascender.* —Su voz era como un ronroneo suave y erótico, pero a ella le provocó una arcada, como si supiese que cualquier cosa que pudiese ofrecerle ese hombre fuese puro veneno. Su apostura era una ilusión, una trampa para atraer a sus víctimas, pero debajo no había nada—. *Oh. No, querida. Nunca una sucia humana.*

Lo vio en sus ojos. La rabia, pero también una insondable pena, una que no tenía que ver con ella. Su frialdad era cortante, dolorosa, pero fue ese inesperado aguijonazo de ardiente calor que le atravesó el pecho el que la dejó sin respiración.

—*¡Noooo!*

Una sonora carcajada le zumbó en los oídos. No había alegría alguna en ese sonido, como tampoco lo hubo antes, solo una profunda ira que nacía de lo más hondo de aquella ponzoña.

Trastabilló. Tori se encontró retrocediendo, como si le costase mantener la verticalidad. Pero solo duró un par de pasos.

—*¡Victoria!*

Sebastian. Esa era su voz. Siguió tambaleándose. No… No podía respirar. ¿Por qué? Bajó

la mirada para entender el motivo y entonces lo vio. La empuñadura de un cuchillo sobresaliendo del centro de su pecho.

Oh, Dios.

Eso fue lo último que consiguió registrar su cerebro antes de que su cuerpo decidiese desconectarse y empezase a desplomarse. No llegó a tocar el suelo. Algo paró su caída. No. Algo no. Los brazos de alguien.

—No, no, no. —*Sebastian*. Era su voz. Aunque nunca la había escuchado con semejante pavor—. ¡Ayuda! ¡Por el amor de Dios, traed a Alex!

—Bas…t. —Intentó hablar, decirle que estaba bien, que no pasaba nada, pero no le salían las palabras. La garganta no le funcionaba.

—*Shh.* No hables, mi amor. Todo está bien. Vas a estar bien.

Lágrimas. Había lágrimas en esos preciosos ojos carmesí. Estaba llorando.

—¡Cristo!

Más voces.

—Bast. Déjame… Oh, mierda.

¿Kynan? Sí. Ese era Kynan. Pero, ¿dónde estaba? ¿Por qué no lo veía? ¿Y Bast? ¿Dónde estaba Sebastian?

—Ba… st.

Un rostro borroso entró en su área de visión.

—Estoy aquí, amor mío. A tu lado. —Lo escuchaba lejos, cada vez más lejos—. No me dejes, Victoria. Por favor, no me dejes. No me dejes.

¿Dejarle? Ni hablar. No iba a dejarlo. No iba a irse a ningún lado. Solo necesitaba… Solo necesitaba un minuto y podría…

«Quédate con él».

Lotte. ¿Dónde estaba su amiga? Ella sabría qué hacer. Siempre sabía lo que había que hacer.

«No lo abandones, hermana».

Alice. Oh, Dios. Alice estaba allí.

Estaba sonriendo y parecía feliz.

¿Alice?

«Aférrate a él, Victoria. Aférrate a él y no lo dejes. Te necesita, siempre te ha necesitado y siempre te necesitará».

La chica se incorporó y le dio la espalda. Iba a irse.

No. No te vayas. No puedes irte…

«Quédate con él, Tori. Quédate con él».

Sí. Me quedaré con él. No te preocupes. Yo estaré siempre aquí.

Si tan solo pudiese abrir los ojos…

«Hazlo».

Esa voz. ¿Conocía esa voz?

«Solo tienes una oportunidad».

Frío. ¿Por qué hacía de repente tanto frío?

«…tabú».

«No me dejes, Victoria. No me dejes».

No quería irse. Si ella se marchaba, ¿quién cuidaría de él?

«Perdóname, amor mío».

¿Por qué? Le habría gustado preguntarle, pero ya no podía hablar, ni tampoco ver, ni oír.

No quiero irme. No quiero dejarlo.

«Vive, Primada, vive por él».

Victoria asintió o creyó hacerlo antes de que la oscuridad se la tragase por completo.

CAPÍTULO 73

Instantes antes…

Muerta. Alice estaba muerta.

Sebastian estaba ciego de ira. Lo único que quería era matarlo, despedazar a ese monstruo por lo que había hecho.

¿Cómo había sucedido aquello? ¿Qué hacía Alice fuera de *La Nocturna*? ¿Cuándo había superado el *Descenso*?

Preguntas que no tenían cabida ni en el aquí ni en el ahora. *Matar*. Eso era todo lo que había en su mente, lo que hacía correr la sangre por sus venas. Alternó su arma con el cuchillo y, cuando perdió la primera, se lanzó con todo lo que tenía a por ese desgraciado.

Tenía que haberlo matado mucho antes. No debió dejarlo vivir. Ni siquiera tendría que haber ayudado a sacarlo de aquella maldita celda.

Era culpa suya. La epidemia, las muertes que vinieron después, los *nosferu*. Si hubiese atravesado el corazón de Varys cuando pudo hacerlo, ahora su hermana estaría viva.

Su hermana. Lo había sabido en cuanto se le paró el corazón durante un solo latido. Alice había completado el *Descenso* y había sacrificado su derecho de nacimiento. Ya no era *La Sanguia* de la raza, pero aun así su don, aquel del que había carecido todos estos años, era lo bastante fuerte en ella como para haberlo notado nada más poner los pies en este lugar.

—Has perdido tu joya, *Nocturna* —le dijo Varys, reteniendo su ataque—. El *Descenso* nos la ha robado a ambos.

—Nunca fue tuya, bastardo.

—Tenía que haberte matado cuando todavía eras un niño —replicó el rey maldito con una frialdad nacida de la anulación de sus emociones—. Habría sido un acto misericordioso. Y no serías la carga que fuiste todos estos siglos.

Un tajo y un empujón lo enviaron hacia atrás, pero eso no lo frenó. Ni siquiera se inmutó. Bajó la mirada sobre la camisa oscura y cuando volvió a levantar la cabeza no había ni una sola mueca.

—Siempre has sido un hombre dominado por tus emociones —declaró. En sus labios

apareció una sonrisita. Un segundo después había desaparecido del lugar en el que estaba para aparecer detrás de él y girar el cuchillo en la mano con una precisión milimétrica.

Lo cortó a la altura de las costillas. El dolor fue inmediato, la sangre brotó del tajo y acabó desnudando los colmillos mientras se volvía para levantar su defensa y contrarrestar cualquier nuevo ataque. Pero Varys ya no le estaba haciendo frente ni a él ni a sus *nocturna*.

Sus hermanos habían sentido, al igual que él, la presencia de Alice, así como su inminente muerte. Se habían trasladado en un parpadeo al lugar, pero había sido tarde, demasiado tarde para todos.

A Sebastian se le paró el corazón por segunda vez en pocos minutos. De espaldas a él y frente a su mujer. Allí era donde se había trasladado Varys.

—¡Victoria! —Echó a correr como un loco hacia ella, incapaz de concentrarse lo suficiente como para abrir una brecha.

—¡Tori! —Joel, el más cercano a la posición de la chica, se lanzó también a la carrera, al igual que el resto de los *nocturna*.

—*Sé quién eres*.

Bast lo vio todo a cámara lenta. Era como si no pudiese avanzar más rápido, como si no fuese capaz de concentrarse para abrir una brecha con la suficiente rapidez para llegar a ella.

—*Una Desciende para que otra pueda Ascender* —La voz de Varys le acarició los oídos, casi como si lo que le estaba susurrando a su mujer se lo estuviese diciendo a él también. Estiró el brazo, el grito formándose ya en su boca mientras veía como giraba la empuñadura de aquel cuchillo en la mano y se inclinaba hacia delante—. Oh. No, querida. *Nunca una sucia humana.*

—*¡Noooo!*

Varys dio un paso atrás, lo miró a los ojos con algo que solo podía considerarse fría satisfacción y emitió una sonora carcajada al ver el horror que sin duda se estaba reflejando en su propio rostro. Un segundo después, sin que ninguno de ellos pudiese interceptarlo, lo tragó una brecha.

Sebastian se lanzó a por su mujer en el mismo instante en que la veía trastabillar hacia atrás. Estaba desconcertada, parecía no entender qué ocurría y entonces la vio bajar la cabeza y mirarse el pecho del cual emergía la empuñadura de un cuchillo.

—¡Victoria!

La cogió entre sus brazos antes de que tocara el suelo. Su cuerpo, era como un peso muerto y boqueaba, como si fuese incapaz de llevar aire a los pulmones. La sangre le corría por los labios y sus ojos empezaban a desenfocarse.

—No, no, no. —El miedo lo envolvió, clavándole las garras con una fiereza que no había padecido jamás. Se volvió, mirando a todos con gesto desesperado—. ¡Ayuda! ¡Por el amor de Dios, traed a Alex!

—Bas…t.

El corazón se le encogió al escuchar ese hilo de voz.

—*Shh.* No hables, mi amor. Todo está bien. Vas a estar bien.

Ay, Dios. No podía perderla. Ahora no. A ella no. Las lágrimas le inundaron los ojos, impidiéndole ver con claridad.

—¡Cristo! —Joel cayó de rodillas a su lado, sus manos moviéndose sin saber cómo ayudarle.

—Bast. Déjame… —Kynan estuvo allí también, pero sus palabras dejaron claro lo que no podía aceptar—. Oh, mierda.

No. No podía estar pasando esto. ¡No podía!

—Ba…st.

Más sangre. Se estaba ahogando.

—Estoy aquí, vida mía. A tu lado. —La estaba perdiendo. Esos bonitos ojos ya no le miraban, apenas podía oírla y su corazón, ese estaba muriendo al igual que ella—. No me dejes, Victoria. Por favor, no me dejes. No me dejes.

—No puedo. Joder. Está más allá de mis capacidades. —Kynan sonaba derrotado. No era así como quería escuchar a su hermano, no a él.

No, no, no. Por favor. No. Que alguien la ayudara. ¡Quién fuera!

—Bast… —La mano de su hermano acabó sobre su hombro. Levantó la cabeza y vio lágrimas también en los ojos de Joel. No. No podía perderla. A ella no.

Sacudió la cabeza con una firme negativa.

—No puedo perderla. No puedo. Tiene que haber algo que podamos hacer. Tiene que haber algo. —Él nunca rogaba, nunca imploraba, pero ahora estaba dispuesto a todo con tal de no perderla—. Joel, tiene que haber algo que hacer. Tiene que haberlo.

—Lo siento, hermano. —Las lágrimas se deslizaron por el rostro de su amigo, su hermano de vida—. Yo no…

—Sí. Hay algo que puedes hacer, Sebastian. —Se volvió como un relámpago al escuchar aquello y se encontró con Neron arrodillado a su lado. Esos extraños ojos de pupilas blancas se clavaron en él—. Eres el único que tiene potestad y poder para realizar el *Rito*.

El Rito. Aquellas dos palabras trajeron a su mente el significado de algo que se consideraba *tabú* entre los suyos. Nadie había llevado a cabo esa ceremonia desde tiempos de sus antepasados y, sin embargo…

—No puedes estar hablando en serio. —Nix, quien permanecía al lado de Elijah en silencio, dejó escapar sus primeras palabras.

—El tiempo corre, hijo. —Neron no apartó la mirada de él—. *El Rito* es lo único que puede retenerla en este mundo, pero solo si ella desea permanecer en él.

Cruzar la línea. De eso se trataba todo esto. De dar un paso más y aceptar quién era y qué era, pues solo un *nocturna sanguia regis* podía llevar a cabo dicho ritual.

—Lo que le estás sugiriendo es *tabú.* —Nix no estaba de acuerdo con aquella sugerencia —. Nadie ha realizado el ritual en… milenios.

Victoria se sacudió en sus brazos. No podía respirar. El cuchillo seguía clavado en su pecho, impidiéndole llevar aire a los pulmones y conteniendo al mismo tiempo la hemorragia.

No tenía minutos, solo segundos para tomar la decisión; una decisión por los dos.

—*Una Desciende para que otra pueda Ascender*. —Volvió a escuchar las palabras que había dicho Varys, pero esta vez vinieron de una voz femenina. No tenía que volverse para saber que era *Zuzanna*—. ¿Vas a dejar que su sacrificio haya sido en vano?

Se encontró con la mirada de la guardiana y vio en sus ojos un dolor que lo ensombrecía todo.

—Solo tendrás una oportunidad —susurró y señaló a su mujer con un gesto, indicándole que la pusiera en el suelo—. Decídete o despídete.

Dejó el cuerpo de su Primada en el suelo y posó la mirada sobre el cuchillo que le sobresalía del pecho. Sus dedos rodearon la empuñadura y eligió.

—No me dejes, Victoria —susurró, esperando que ella pudiese oírle, que pudiese sentir el amor que sentía por ella—. Y perdóname.

Extrajo la hoja de su pecho de un tirón y, con el mismo filo con el que ese malnacido la había atravesado, se abrió su propia muñeca y dejó que su sangre corriese libre. Cerró los labios sobre la herida y succionó, llenándose la boca con su sangre para luego bajar sobre la de ella y verterla en su interior, rogando porque ella pudiese tragarla.

La vertió también en su herida, en el horrible desgarro que había dejado el cuchillo.

—Vamos, amor mío. No puedes dejarme, Tori, no puedes —susurró y repitió la operación, inundando por segunda vez la boca de su mujer con su propia sangre, asegurándose de que aunque solo fuese una pequeña cantidad le bajase por la garganta.

—Kynan, échame una mano. —Escuchó a Neron moviéndose ahora a su alrededor—. Hay que sellar esa herida, ya ha perdido bastante sangre. Necesitamos que su corazón no se detenga y siga bombeando.

Ambos *nocturna* se colocaron en torno a ellos dos y trabajaron con rapidez y al unísono para restallar la herida en su pecho y mantener el corazón errático de su pareja bombeando.

—No puedes detenerte ahora —añadió, dirigiéndose ahora a él—. Tienes que completar el ritual. No puedes fallar un solo día.

No era necesario que dijese nada más. Conocía el ritual, estaba impreso en sus genes, por si llegase el momento en que tuviese que echar mano de él.

—*La cuna de sangre* —asintió con lentitud. Sabía lo que eso significaba. Lo que debía

hacer y los peligros que aquello entrañaba, no solo para su amada, sino para él mismo—. Sé lo que debo hacer.

—Bien —añadió Zuzanna mirando a los vampiros presentes—. Necesitará que alguno de sus hermanos *nocturna* le asista.

—Yo lo haré —declaró Joel. Lo miró y asintió, dejando claro que no dejaría que nadie más ocupase ese lugar—. Hasta el final. Ese fue mi voto, ¿recuerdas?

Hermanos hasta el final. Ese había sido el voto que habían hecho ambos incluso antes de pasar por el *Ascenso.*

Asintió con la cabeza, aceptando lo que Joel le ofrecía y que los uniría como verdaderos hermanos de sangre.

—En ese caso, iros ya. —Lo apuró Neron—. Tienes que mantener el ritual hasta el final. Si lo rompes, no habrá una segunda oportunidad, Sebastian.

Lo sabía. Era una vez o ninguna. Y aun así, el éxito de ello dependía de la fortaleza de su *Primada* y de la suya propia. Debía unir dos vidas en una sola, para toda la eternidad. Si cuando terminase, Victoria despertaba o no, solo el destino podía decirlo.

Recogió el cuerpo de su pareja en sus brazos y se levantó con Joel a su lado.

—Encontradle. —Una orden firme, ya no la de un hermano *nocturna*, sino la del *Heredero de Sangre* que el destino había decretado que fuese. Volvió la cabeza en dirección al lugar en el que había caído su hermana y vio a Zuzanna, la cual se arrodillaba ahora a su lado, cuidando de su cuerpo en la muerte, como lo había hecho durante la vida. No quería dejarla allí, pero aquella ya no era Alice. Solo era una cáscara vacía. Su espíritu ya era libre y viviría para siempre en su recuerdo—. Buscad debajo de cada piedra, en cada agujero, alcantarilla, metro… *Destruidlos a todos*. No dejéis ni un solo *nosferu* con vida, ni un solo infectado. Y traedlo ante mí, *nocturna*, encontrad a ese bastardo y traed su cuerpo ante mí.

—Sí, *sire.* —Contestaron todos al mismo tiempo, inclinando las cabezas y llevándose la mano, ahora con la palma abierta, sobre el corazón. El signo de lealtad al rey de sangre.

Miró por última vez a su dulce hermana. Una solitaria lágrima se unió a todas las derramadas en su honor. Ya habría tiempo para que pudiese llorar a sus muertos. Ahora debía concentrar todas sus fuerzas en completar el rito y traer de vuelta a su mujer.

—Vamos, hermano —miró a Joel y abrió una brecha que los conduciría a los tres al lugar que tan solo los *nocturna* de sangre real y aquellos destinados a ser sus hermanos de sangre podían pisar.

CAPÍTULO 74

Templo Sanguia Eternae
Localización desconocida

El miedo era una de las emociones más peligrosas que existían. Podía acabar con la esperanza en un abrir y cerrar de ojos, te robaba el aliento y la vida, algo que Sebastian estaba experimentando en ese mismo instante.

Temblaba. Por primera vez en su vida, todo él temblaba. El corazón le iba a estallar en el pecho de la rapidez con la que le palpitaba. Su mente era un caos. Las imágenes de los últimos minutos se repetían una y otra vez, enloqueciéndole. Se obligó a hacer a un lado la rabia y el lacerante dolor. Ya habría tiempo para la venganza y para llorar a su hermana. Ahora, sus pensamientos y su fuerza debía centrarlos en salvar a la otra mitad de su alma, la cual agonizaba en sus brazos.

Nada más poner un pie en el templo, sintió el peso de los siglos y los milenios sobre sus hombros. Algo en él conectaba con ese lugar, como si lo estuviese esperando y, al mismo tiempo, le advertía que al entrar allí se exponía también al juicio de la vida y la muerte. La línea entre ambas era tan delgada que sentía como si tuviese un pie sobre cada una de ellas.

Era extraño conocer un lugar sin haber puesto jamás los pies en él. Esta vetusta cueva de piedra, con columnas talladas y símbolos cuyo significado se había perdido en el tiempo, solo era accesible para aquellos en los que por sus venas corría la *sanguia regis*. Aventurarse a venir aquí era un abierto desafío a las leyes por las que todos los vampiros se regían, así como a la propia Parca.

Deslizó la mirada por la estancia. Contó nueve columnas talladas que iban del suelo a un techo en forma de bóveda en el que se habían grabado los símbolos de una lengua olvidada ya hacía mucho tiempo. El olor a tierra fresca y humedad le acarició la nariz, así como también lo hizo el de la sangre. Era un aroma apenas imperceptible, viejo, de otra época. O épocas. Aun sin haberlo visto, sabía que eran varios los que habían acudido aquí en busca de un milagro, dispuestos a desafiar al destino.

Caminó hacia el ara de piedra que se elevaba en el centro. Joel permanecía a su espalda,

silencioso. Había un aire de reverencia en él, pero también una fuerte determinación. El nocturna estaba aquí por su propia voluntad y sabía que nada ni nadie habría conseguido convencerle de quedarse atrás.

Bast dejó su preciada carga sobre la cama de piedra. La palidez extrema de Victoria lo aterraba. El errático latido de su corazón evidenciaba lo cerca que estaba de pasar al otro lado, algo que no podía permitirle. Él no era nada sin ella. Ahora lo sabía. Si se iba, no tardaría en seguirla. Se entregaría por completo a la ira que se revolvía en su interior como un furioso dragón e iría a por Varys con todo lo que tenía. Le mataría, no podía haber otro resultado y, cuando lo hubiese hecho, abandonaría este mundo para poder encontrarla allí donde quiera que fuese.

—No me abandones —le susurró al oído, sus brazos todavía envolviendo ese pequeño cuerpo. Era consciente de que lo que estaba a punto de hacer cambiaría para siempre su relación, que la estaba privando de elegir por sí misma, pero no podía perderla a ella también. No podía—. Vive por mí. Por nosotros. No me dejes solo, Tori, no me abandones.

Joel seguía sus pasos de cerca, su presencia firme como una roca. Su amigo estaba allí por él. Por los dos. Su hermano nocturna nunca le dejaría bajar solo a los infiernos; le acompañaría aunque solo fuese para traerlo de vuelta. Siempre había sido así y siempre lo sería.

—Vive, amor mío —le susurró una vez más. Se apartó de ella lo justo para volver a abrirse la herida de la muñeca y dejar que su sangre fluyese—. Vive y regresa a mí.

Llevó el corte a los labios femeninos y le susurró al oído unas palabras que estaban grabadas en su ADN, una oración nacida de la tierra y que no había sido pronunciada jamás fuera de estas sagradas paredes. Se unió a ella. A su mente y a su espíritu, la arropó con todo el amor que sentía por esa valiente criatura y la obligó a ingerir su propia sangre, haciendo que el preciado líquido inundase su boca y se deslizase después por su garganta. La ayudó a tragar. Era necesario que lo hiciera, que su cuerpo recibiese lo que le ofrecía por propia voluntad. Él sería su sustento, su línea de vida durante las próximas nueve jornadas. La sangre nocturna que corría por sus venas le pertenecía a ella, inundaría su cuerpo, la ataría a la noche y, si Victoria consentía, también a él para el resto de sus vidas.

No sería una tarea sencilla y tampoco había garantías de que el ritual culminase con éxito. Todo dependía de su fuerza de voluntad y de la de ella, de que pudiese mantener alejada a la muerte o acabase sucumbiendo también a la Parca. Era un equilibrio precario en el que tres vidas serían puestas a prueba.

—No puedo perderte… —musitó. Las lágrimas bañándole el rostro. Ya le daba igual llorar y que alguien las viese. El corazón le sangraba, su alma gritaba de dolor y pena, el miedo no hacía sino arañarle por dentro—. No puedo dejarte ir. Perdóname, amor mío, pero no puedo permitir que me abandones.

Mantuvo su palabra y su intención fue firme con cada nuevo día que dejaban atrás. El tiempo se volvió una eternidad en aquella sala rocosa. Allí no existía el día o la noche, no podías entregarte al sueño, al hambre o al cansancio, ni siquiera podías dejar que existieran. Nada debía hacerle flaquear, no si quería que los tres que habían entrado en este lugar saliesen de él.

—Bebe, hermano mío. Por ella, por ti, por todos nosotros. —La voz de Joel era como un susurro en medio de la bruma del dolor y el agotamiento. El nocturna era el que lo anclaba a la cordura, el que evitaba que la bestia que habitaba en su interior, la que gritaba de ira y rabia por lo que le habían hecho, por lo que le habían arrebatado, se descontrolase y buscase la venganza que tanto deseaba. El aroma de la sangre lo llamaba poderosamente, lo hacía adentrarse en un intercambio prohibido y aceptar la vida carmesí que le ofrecía su hermano para mantener alejada la oscuridad y viva la luz.

Bast hundió los dientes en la carne como lo había hecho ya en las pasadas jornadas. El líquido herrumbroso le tocó la lengua y descendió por su garganta, calmando un hambre primitiva. Su hermano era su fuerza, su conexión con la vida y la cordura, su ancla en medio de un ritual que podría acabar con él y llevarse a su Victoria para siempre. Joel estaba dando su propia vida con el fin de que los dos pudiesen sobrevivir. El noble nocturna estaba dispuesto a unirse a él, forjar un vínculo que solo se rompería cuando la *Parca* viniese a cortarlo con su guadaña y que los mantendría unidos para toda la eternidad.

Los vampiros no tomaban la sangre de otros vampiros. Estaba prohibido, se consideraba un tabú. Era correr un riesgo innecesario, sobre todo porque significaba compartir tu vida, tus pensamientos más íntimos, lo que eras con otra persona y forjar un vínculo que te ataría a esta hasta la muerte. Pero para los nocturna, transgredir las normas parecía estar a la orden del día y, en su caso, tanto Joel como él, estaban dispuestos a desintegrarlas si con ello él podía mantener a Victoria a su lado.

Bast se obligó a dejar de beber. Lamió la herida, cortando el flujo de sangre que manaba, y agradeció a su hermano con un gesto antes de volverse de nuevo a la mujer que yacía inerte sobre la fría cama de piedra.

—Vuelve a mí, Tori —le susurró con voz ronca, agotada después de días y noches enteras de ruegos y súplicas. Se abrió de nuevo su herida, una a la que ya no daba tiempo a cicatrizar, y siguió alimentando a su compañera con su propia vida—. Vuelve a mí.

CAPÍTULO 75

Mansión Crains
Barrington
Illinois

Un mes después…

Los demonios habían enseñado los dientes. El área metropolitana de Chicago, así como sus alrededores, se había convertido en el coto privado de caza de los *nocturna*. Patrullaban desde la salida hasta la puesta de sol, apurando cada hora hasta ponerlos a todos contra las cuerdas.

La cantidad de bajas que habían tenido en los últimos treinta días era el equivalente a las de los últimos seis meses. Poner un pie fuera de la mansión era ahora lo equivalente a enfrentarse a una sentencia de muerte segura. Doce de sus hermanos habían caído bajo el fuego y la ira de esos vampiros asesinos, un recuento demasiado grande para una comunidad en rápido declive.

Everett examinó la estéril habitación y las camas alineadas en una de las paredes. Cinco camas. Cuatro de ellas ocupadas. La quinta acababa de ser desocupada. Era el mejor recuento con el que había contado desde que empezó a experimentar con el nuevo *Beso*.

Cuatro transmutados. Tres hombres y, por primera vez, una mujer. Ese era el gran milagro, uno que todavía no había podido compartir con su *sire*. El rey llevaba los últimos treinta días aislado, sin ver ni hablar con nadie. Las últimas órdenes que había impartido llegaron a él al principio de ese voluntario encierro. Desde entonces le había transmitido cada situación semanal a través de una puerta cerrada. Sabía que seguía con vida porque todos ellos lo estaban, porque sus corazones latían y a veces escuchaba la ira de Varys detrás de aquellas puertas.

La vida de *La Sanguia* se había extinguido. La reina de la raza había atravesado el *Descenso* perdiendo en el proceso todo lo que tenía de valor para su *sire*. Hasta donde sabía, no existía relevo generacional. La hembra no había engendrado descendencia, así que la corona estaba vacía. Por ahora.

Una Desciende para que otra pueda Ascender. Ese era el lema de la sangre real, un equilibrio que se había mantenido a lo largo de generaciones. Se mencionaba en los antiguos manuscritos. El linaje de sangre *nocturna* emergería con el próximo *Ascenso*. Cualquier hembra vampira joven que estuviese a punto de cruzar el umbral o que fuese a hacerlo en los próximos años, ocuparía ese lugar y el ciclo comenzaría de nuevo. Solo era cuestión de tiempo. Su *sire* podría hacer realidad su gran obra con la próxima *Sanguia*, una que le pertenecería por completo a él y a todos sus hijos.

Pero hasta que ese momento llegase, el heredero de sangre *nocturna*, el primogénito de la reina Ileana, ocuparía el lugar dejado por la mujer para mantener la balanza hasta que la siguiente hembra *nocturna* se alzase.

Una serie de ligeros gemidos procedentes de la primera de las camas llamó su atención. Dejando sus elucubraciones a un lado, se dirigió al joven vampiro que permanecía atado de pies y manos a la cama. Las líneas negras del beso ya se habían retirado de su rostro. Su color, aunque algo pálido, era correcto y el hecho de que siguiese respirando era el indicativo definitivo de que había completado la transmutación. Pronto podría abandonar el lecho y unirse a sus otros dos hermanos.

Miró a los tres vampiros siguientes y le prestó especial atención a la hembra. Su reacción al nuevo beso había sido visceral, había luchado con uñas y dientes contra la invasión para finalmente caer en un profundo sueño. Las líneas negras habían desaparecido de su cuerpo hacía ya dos días. Todavía no había emergido, pero era tan solo cuestión de tiempo que lo hiciera. La primera *nosferu*, la primera de esta nueva era. El *sire* estaría más que complacido.

Seis nuevos miembros para su comunidad, renacidos de los vampiros que habían rescatado del nido subterráneo en Lake Zurich. Siete se habían quedado por el camino, demasiado débiles para alzarse, además de las dos bajas iniciales. Pero esas habían sido necesarias para hacer que los demás se comportasen. Esta era su gente. Una vez fueron sus hermanos y volverían a serlo con la gracia de Varys.

Tras comprobar que sus pacientes seguían el proceso de recuperación adecuado, abandonó la habitación y se trasladó al piso superior para atender a los invitados humanos de su señor. Era necesario seguir manteniendo la ilusión frente al mundo empresarial. Esos inútiles despojos tendían a entrar en pánico si las cosas no se conducían con la misma precisión de un bisturí y, por mucho que le sedujese la idea de arrastrarlos abajo y utilizarlos como conejillos de indias, la ley del rey era clara; ningún humano debía conocer jamás el reino que se estaba gestando bajo sus propios pies.

Se detuvo ante uno de los espejos del corredor. Comprobó que la corbata estuviese en su lugar, el nudo perfecto y el traje sin una sola mota de polvo. El pelo también era importante; un signo de distinción al que no todo el mundo le dedicaba el tiempo necesario. Sí, esta era la

imagen que el ganado quería ver, una con la que se sentía segura, pues les hacía recordar a un miembro de la manada.

Estudió su rostro y probó varias expresiones. Era útil cuando carecías de emociones y necesitabas proyectar un estado de ánimo adecuado. Con una estudiada sonrisa curvándole ligeramente los labios, memorizó cada pequeño gesto y se dispuso a atender la cena de negocios de esa noche.

CAPÍTULO 76

La Nocturna
Colonia Subterra
Chicago

—Toma.

Joel levantó la cabeza y se encontró con un vaso de zumo de naranja en manos de Kynan.

Su amigo se dejó caer sobre la silla del comedor con gesto agotado. Tenía el pelo revuelto, la ropa arrugada y todavía llevaba los arneses y las armas encima. A Anna le daría un ataque si los viera así en el comedor, o quizá habría sido así antes, cuando en La *Nocturna* no estaba envuelta en una especie de sudario.

No había risas, ni buen humor, solo caras largas y expresiones de pena o profunda preocupación. No podía culparlos. Él mismo sentía como si le hubiesen arrancado el corazón del pecho y lo cortasen en pedacitos.

Alice se había ido para siempre. Varys la había asesinado sin que ninguno de ellos pudiese hacer nada para evitarlo.

Victoria se debatía entre la vida y la muerte. Sebastian se la había llevado después de completar el ritual y no tenía la menor idea de dónde estaba. Nadie lo sabía. Ni siquiera Neron y eso los tenía a todos con los pelos de punta.

Si ella no superaba la prueba, si no conseguía atravesar el umbral y pasar el Ascenso, no solo perderían a la humana, perderían también a su rey. Porque eso era Bast ahora, *El Sanguia* de la raza. El puto rey de los vampiros. La ley ya había sido promulgada. El sello de la última reina figuraba en cada una de las hojas que les presentaron a los *nocturna* y a los líderes de las subterra para dar fe de la sucesión. Alice lo había dejado todo preparado para este momento, como si supiera de antemano lo que iba a pasar…

Y posiblemente así hubiera sido.

La reina había descendido y, en el proceso, había accedido al don que se le había negado cuando ascendió. O eso era lo que les había comunicado Neron.

El viejo vampiro se había vuelto bastante taciturno. Pasaba algunas noches fuera, no sabían si patrullando al igual que ellos o en algún otro lugar y cuando estaba en *La Nocturna*, no hacía más que pasearse de un lado a otro con expresión preocupada. No había mentido al decir que no tenía idea de dónde estaba Sebastian, su frustración era evidente.

Y Zuzanna. Ella apenas abandonaba las dependencias de su señora y si lo hacía, era como ver a un espectro paseándose por la colonia envuelta en una túnica índigo con capucha que le ocultaba hasta el rostro. Esa era su manera de guardarle luto a Alice.

Sus compañeros de armas no estaban mucho mejor. Habían tomado las órdenes del rey a rajatabla y salían con la puesta de sol y no volvían a casa hasta que despuntaba el amanecer. Peinaban la ciudad de punta a punta, metiéndose en los más hediondos agujeros, buscando debajo de cada piedra, pero no había rastro del asesino.

Las batidas, sin embargo, les permitieron limpiar la ciudad de algunos *nosferu*, pero eso no era suficiente. No cuando además habían encontrado los cadáveres de seis de los vampiros secuestrados. Cuatro de ellos mostraban las marcas de la ponzoña y los otros dos habían sido asesinados. Recuperar sus cuerpos y traerlos a sus familias para que pudiesen darles el último adiós había sido lo único que pudieron hacer por los refugiados que habían acogido.

En el último mes, algunos de ellos habían decidido abandonar *La Nocturna* y trasladarse a las otras subterra ahora que toda la red estaba protegida por el *Tejedor*. El *Lore* de Lake Zurich había acompañado a cada uno de ellos, pero él, al igual que Serena, Maroon y Lizzy, había decidido quedarse aquí.

La *hija de sangre* al fin había despertado. Su regreso al mundo estuvo marcado por las pérdidas de toda su familia. Un golpe demasiado duro para quien era apenas una niña. Todavía recordaba los alaridos que había escuchado a su regreso, los desgarradores sollozos y el silencio, el mutismo en el que se sumió la chica durante la semana siguiente.

La muerte era poco para ese hijo de puta.

Miró el vaso de zumo que tenía en las manos. No era fan de los cítricos, pero el querido doctor los había incluido en su dieta para *«recuperar»* todo lo que había perdido en los nueve días en los que asistió a su hermano. El ritual requería de una gran cantidad de sangre *nocturna*. Si bien, para llevarlo a cabo, era necesario que la sangre que se aportaba a la *Ascendente* fuese de línea real, alguien debía abastecer al rey.

Bast había sido una mezcla de agonía, locura y rabia durante ese tiempo, pero también un pilar inquebrantable para la mujer a la que estaba decidido a traer de vuelta a su lado. La *cuna de sangre* era un tabú para los vampiros. No estaba permitido convertir a un humano, pues su sangre era veneno para ellos, a excepción de la de los *nocturna*. La suya podía crear un vínculo de vida. Un solo sorbo a su pareja elegida y sus vidas quedarían entrelazadas, lo cual era una bendición y una maldición al mismo tiempo. Una vez hecho, no podía deshacerse. Y si uno moría, el otro

también. Cuando un *nocturna* amaba, lo hacía para siempre.

Y su hermano amaba a Victoria. La amaba tanto como para condenarse por toda la eternidad si la joven humana no regresaba a él.

Bebió incluso sin ganas. Kynan no había dicho una sola palabra desde que se había sentado y tardaría en hablar. La impotencia era una carga pesada y desagradable. Saber que no podías hacer nada resultaba frustrante.

—¿Has ido a ver a los chicos?

Su amigo se había hecho cargo de Maroon en ausencia de Sebastian. El joven *nocturna* había ingresado en sus filas con un poder letal y era imperioso que aprendiese a manejarlo o, como muy pronto, a contenerlo. Nix había estado trabajando también con el chico y, a juicio del vampiro, los progresos estaban siendo razonables. No podían esperar que dominase su don de la noche a la mañana, pero el saber que no trocearía a nadie por accidente o abriría una brecha en medio del suelo de *La Nocturna* era una buena noticia.

—He visto a Maroon. Estaba descargando su frustración con uno de los sacos de arena del gimnasio —mencionó y acto seguido se miró, señalándose a sí mismo con un gesto de la mano —. En cuanto me dé una ducha, iré a ver a las chicas.

—¿Elizabeth?

Todos los miembros de la colonia se habían volcado con la *hija de sangre*, en especial los humanos. La familia de Samuel se había ofrecido a acogerla en la casa *Primera Sangre*, pero hasta el momento la chica seguía ocupando una de las unidades familiares que habían quedado vacías. Serena, la joven vampira, estaba con ella y Maroon nunca andaba demasiado lejos de ambas. Esos tres chicos estaban unidos por algo que muy poca gente podía entender. Habían atravesado el puto infierno y vivido para contarlo.

—Dando pequeños pasos hacia la recuperación —mencionó y dejó escapar un suspiro—. Va a ser un camino largo y muy duro, pero esa chica tiene un espíritu fuerte. Por lo pronto hemos conseguido que abandone su mutismo y empiece a salir de la habitación. Scarlett también ha logrado que salga fuera durante el día. Un par de horas, en el parque que tenemos al lado.

Dejó escapar un suspiro propio de alivio.

—Al menos alguien avanza —murmuró. Se volvió hacia su amigo y preguntó—. ¿Nix y Eli siguen fuera?

—No. Han entrado conmigo. Nix se ha ido directo a sus dependencias y Eli ha ido a hablar con Neron.

—¿Piensa lanzarle de nuevo el cuchillo a la cabeza?

El *nocturna* gruñó.

—*Él lo sabía*, Joel. Sabía que Alice había despertado del *Descenso* y dejado *La Nocturna*. —La acusación estaba presente en su voz. Estaba en la de todos ellos desde el momento en que

tanto Zuzanna como él admitieron que sabían que Alice iba a encontrarse con Varys. Era el pago por su *Descenso*, uno necesario, habían dicho.

«Llevaba toda su vida ansiando ser libre y esta era la única forma en la que sabía que podría conseguirlo». No pudo evitar rechinar los dientes al replicar en su mente las palabras que había recibido de boca de Neron. *«Siempre estuvo destinada a este momento, Joel. Tardase más o menos en llegar, el final sería el mismo»*.

—Se sacrificó para que nuestro rey y la raza puedan continuar —pronunció en voz baja, recordando las palabras que había pronunciado el viejo vampiro. Alice había dado su vida para que Sebastian y Victoria pudiesen vivir, para que los vampiros tuviesen un futuro. Joel lo había visto con sus propios ojos allí abajo, al ver la manera en que su hermano rogaba a su mujer que despertase, que no le dejase solo. Alice tenía que saberlo, tenía que haber sabido que esto ocurriría—. *Una Desciende para que otra pueda Ascender*. Es el lema de la sangre real *nocturna*, el legado de sus reinas.

Su compañero siseó. La mirada que le dedicó contenía una rabia y dolor que conocía bien, porque habitaban también en su interior.

—En estos momentos yo tampoco soy fan de esos dos, Ky, pero, por mucho que me duela admitirlo, tienen razón —afirmó recostándose contra el respaldo de la silla—. Míranos. Nuestro rey está desaparecido en combate. No sabemos si su *Primada* ha conseguido superar la prueba y *Ascender* o tendremos que preparar otra despedida. Y si es esto último, que el cielo nos proteja a todos, hermano, porque podría ser el fin para nuestra raza.

El *nocturna* resopló, pasándose la mano por el pelo con gesto desesperado.

—Necesitamos a Sebastian de vuelta —admitió él, echando la cabeza hacia atrás—. Los *Lore* de las colonias no hacen más que preguntar cuándo van a poder comparecer ante el rey. A Elder se le están acabando las excusas y a mí también. Pronto la gente empezará a sospechar que algo va mal porque su nuevo monarca no ha salido de *La Nocturna*. La baza del luto no va a aguantar mucho más.

No. Estaba claro que no podrían seguir manteniendo la ilusión durante más tiempo. Solo esperaba que, cuando llegase el momento de levantar el telón, el rey estuviese ocupando su trono y no se encontrasen con un asiento vacío.

—Maldita sea, *hermano*… —murmuró Joel alzando la mirada al techo—. ¿Dónde coño estás? Es hora de volver a casa…

Y si era en compañía de su mujer, mejor.

Al menos entonces todos en *La Nocturna* podrían volver a respirar tranquilos.

CAPÍTULO 77

El Refugio
Montes Apalaches

Su pecho subía y bajaba al compás de una lenta, pero pacífica respiración. Aquello era suficiente para que su propio pecho imitase el movimiento, llevándole aire a los pulmones. Se había convertido en una obsesión para él y lo sabía, pero habiendo estado a punto de perderla varias veces en los primeros nueve días de aquel infierno, no podía evitar querer comprobar que seguía con él.

Y lo hacía. Victoria había superado el periodo más difícil de aquel trance. Había atravesado el umbral y comenzado el *Ascenso* hacia su nueva vida. Sentirse feliz y culpable al mismo tiempo parecía haberse convertido en su pasatiempo favorito, uno que lo atormentaba como nada lo había hecho antes. Solo esperaba que cuando al fin abriese los ojos, pudiese perdonarle que hubiese elegido por ella sin preguntarle primero.

Se tumbó a su lado en la cama de tamaño *King Size*, sobre las sábanas de color verde menta que la arropaban. Había retirado el cobertor al notar que su piel empezaba a perlarse de sudor. En los últimos días el cuerpo de su compañera había experimentado infinidad de cambios. Podía sentirlo en su interior, en la silenciosa agitación que no cruzaba el plano físico, pero se movía en el psíquico. Tori estaba luchando. Incluso ahora, a punto de terminar su camino, seguía esforzándose por aceptar la nueva vida a la que iba a emerger.

Los colmillos, pequeños y delicados, habían estallado ya en su boca, expulsando los dientes humanos que ocupaban el lugar. Su piel era más luminosa, más sedosa, como si hubiese recibido un tratamiento de spa y su peso, esas ondas de color castaño se habían aclarado aquí y allá, ganando en brillo y salud, así como también un par de centímetros en longitud. Nada demasiado evidente. Ese bonito y curvilíneo cuerpo seguía siendo igual de sexy que siempre. La única diferencia estaba en la cicatriz estrellada, como si un meteorito hubiese impactado contra su pecho, que marcaba el lugar exacto en el que ese maldito la había apuñalado.

Le acarició la marca con los dedos y acto seguido la cubrió con la sábana, protegiéndola

incluso de los recuerdos.

—*Te estoy esperando, Victoria* —le susurró como tantas otras veces—. *Ven a mí, amor mío. No me hagas esperar más.*

Cada nuevo día que pasaba sin verla abrir los ojos era una tortura, pero se consolaba sabiendo que estaba con vida y había superado lo peor.

Se acomodó a su lado, rodeándola con el brazo para mantenerla cerca y paseó, por millonésima vez, los ojos por aquel privado refugio. Las ventanas estaban pintadas sobre la pared, mostrando un paisaje diurno, con el sol a punto de ponerse en la línea del horizonte. Había un par de estanterías con libros en una esquina, una pequeña mesa redonda y dos sillas en otra, un armario y algunos cuadros. La alfombra que cubría el suelo de madera, así como la cama y las respectivas mesillas de noche, completaban aquella pequeña y sencilla habitación.

Su refugio. Uno que no era conocido por nadie más que él. Este era el lugar al que solía venir cuando necesitaba estar solo de verdad, cuando deseaba alejarse del mundo de ahí fuera y de todas las complicaciones que traía consigo. Lo había construido al mismo tiempo que se levantaban las subterra, lejos del mundanal ruido y de la contaminación de las grandes ciudades. Había aprovechado unos túneles naturales horadados en el interior de la montaña por la acción del agua y se había construido su propio pequeño hogar. Había sido complicado instalar el sistema de ventilación, así como las distintas cañerías que necesitaba el baño, pero había sido ingenioso y bastante ocurrente, pues quería provocar un impacto mínimo en la montaña. Le había llevado tiempo, pero ahora entendía que este sitio siempre estuvo en su mente para ella.

No podía concebir una vida en la que esa mujer no estuviese en ella. No era capaz de imaginarse el futuro sin Victoria a su lado, no podía enfrentarse a todo lo que sabía que encontraría a partir de ahora ahí fuera si su dulce *Primada* no estaba con él. Se lo había susurrado. Cada día, a cada hora, una y otra vez. Le habló de sus sueños y sus anhelos, le contó cómo quería formar una familia con ella, si el cielo tenía a bien hacerles ese regalo. Le habló de amor, de lo cómo había descubierto ese sentimiento dentro de él gracias a ella, de cómo se había quedado prendado de cierta camarera cuando esta tuvo la osadía de replicarle aquella noche… Y le pidió que volviera. Le rogó una y otra vez que no le dejara, que le diese una oportunidad. Que le perdonase por haber elegido por ella, por haberla traído de vuelta de esta manera, pero no podía dejarla ir, porque si lo hacía, él la seguiría.

—Así que ya ves, cariño mío. Te necesito aquí, a mi lado, enseñándome a ser mejor persona, a apreciar las pequeñas cosas que tú aprecias, a ver el mundo a través de tus ojos… —le susurró al oído—. Te necesito, Tori. Por favor, vuelve a mí, dulzura, vuelve…

Se inclinó sobre ella y le acarició los labios con los suyos, notándolos tibios. Cerró los ojos y respiró su aroma, uno del que jamás se cansaba.

—Abre los ojos —le rogó—. Por favor, mi amor, abre los ojos.

Era tan frustrante no poder hacer nada más por ella. La espera resultaba igual de dolorosa que la incertidumbre. Saber que seguía respirando era lo que todavía lo mantenía cuerdo.

—Vamos, Tori, vuelve conmigo —pidió acariciándole ahora la mejilla con los dedos—. Te necesito, vida mía, te necesito más que…

Y entonces ocurrió. Su pecho se hinchó ante una inesperada y profunda respiración. Los rosados labios se separaron para dejar entrar una generosa cantidad de aire y ella abrió al fin los ojos.

—¿Victoria? —Se apartó un poco para darle espacio y permitirle respirar, pero no dejó de tocarla, de bebérsela con la mirada—. Tori.

Parpadeó unas cuantas veces, como si estuviese intentando aclararse la vista, movió los labios, ya fuese porque quería decir algo o por la simple necesidad de comprobar que cada parte de su cuerpo funcionaba. Al fin, esos preciosos ojos se centraron en él, en su rostro, y el reconocimiento llegó al mismo tiempo que la sonrisa que se dibujó lentamente en su boca.

—Bast…

Asintió con la cabeza, pues las palabras se le habían quedado atoradas en la garganta.

—Bienvenida de vuelta, mi amor.

La sonrisa se mantuvo. Parpadeó un par de veces más, como si le costase mantener los ojos abiertos, pero se negase a cerrarlos de nuevo. Vio como la punta rosácea de su lengua emergía entre los labios, mojándoselos, así como el momento exacto en el que descubrió algo raro en el interior de la boca.

—Ah… —Empezó a ejercitar la mandíbula, desnudando el labio superior como si necesitase confirmar lo evidente—. ¿Bast? ¿Por qué… tengo… colmillos?

Había más curiosidad que miedo en su voz.

—Porque has *ascendido*, amor mío.

—¿*As*… qué? —Cada vez que hablaba, se pasaba después la lengua por la fila dental superior—. Sí… Son colmillos.

Dios. Estaba demasiado aliviado de verla al fin despierta e interactuando con él como para pensar en explicarse claramente en ese momento.

—Lo son —corroboró acariciándole la mejilla con los dedos—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé. —Movió la cabeza de manera casi imperceptible en una negativa. Miró en torno a ella, sin duda examinando la habitación, y frunció el ceño—. ¿Dónde estoy?

—En *nuestro* refugio.

Le dio tiempo para que observase lo que la rodeaba.

—Estoy… confusa —admitió volviendo a posar los ojos sobre él—. ¿Qué ha… pasado? ¿Por qué…?

No había llegado a terminar la frase cuando sus pupilas se dilataron y abrió los ojos como

platos. La escuchó jadear con fuerza y al momento la vio intentando incorporarse. No dejaba de mirar a su alrededor de manera enloquecida…

—Alice… ¿Dónde está Alice? —jadeó—. Él… la apuñaló… Éll… él la mató… Ay, Dios…

Sebastian se movió con rapidez, arrastrando la sábana con ella al envolverla entre sus brazos.

—*Shh.* Está bien, cariño. Está bien.

—Oh, Dios mío. ¡Oh, señor! ¡La mató! —Rompió en sollozos, temblando como una hoja —. Bast, él la mató… La… mató.

—Está bien, mi amor. Pagará por ello. Pagará por lo que os ha hecho a las dos.

Sus palabras debieron activar algo más en su mente, porque acto seguido se quedó completamente inmóvil y tiesa como un palo entre sus brazos.

—Él… Lo vi… Ante mí… —La notó revolverse, llevándose una de las manos al pecho, bajando la mirada hacia el lugar en el que ahora tenía aquella particular cicatriz—. Me… Oh, joder. Lo hizo… Me… me apuñaló. Yo… recuerdo… recuerdo la empuñadura… Yo… ¡Ay, Dios! ¿Estoy muerta? —La expresión de puro susto que tenía en la cara lo hubiese hecho reírse en cualquier otro momento, pero en este solo le creaba unas ardientes ganas de volver ahí fuera y encontrar a ese hijo de puta, si es que no lo habían encontrado ya, y apuñalarle repetidas veces en el corazón.

—No, Victoria. No estás muerta.

—¿Seguro? —Por Dios, estaba temblando de nuevo.

—¿Crees que podría dejarte morir? —Le cogió el rostro entre las manos y se acercó hasta que sus ojos estuvieron al mismo nivel—. ¿Qué iba a perderte ahora que al fin te he encontrado? No podía hacerlo, amor mío, no podía dejarte ir.

Las lágrimas caían por su rostro sin control, los temblores continuaron, pero en esta ocasión ella lo rodeó con los brazos, pegándose tanto a él que no le sorprendería si acababan fundiéndose en uno solo.

—No quería irme. No quería dejarte. Ella… ella me pidió que no lo hiciera, que no te dejara. Y yo no quería hacerlo. —Sus palabras se mezclaban con el llanto—. No quiero estar separada de ti, no quiero, Bast. No quiero que me alejen de ti.

—Nadie podrá hacerlo jamás, amor mío —le juró mientras le acariciaba la cabeza intentando calmarla—. Nada ni nadie nos separará jamás, Tori. Somos uno y lo seremos hasta el fin de nuestras vidas.

No sabría decir cuánto tiempo permanecieron así, quizá hasta que las lágrimas de su mujer dejaron de caer, pero no podría asegurarlo. Era incapaz de soltarla, del mismo modo en que ella se negaba a dejarlo ir. El verla al fin despierta era lo único que aliviaba el dolor que había estado

manteniendo a raya, aquel en el que no se permitió pensar o sentir hasta ahora que ella mencionó lo ocurrido.

Su hermana. Había perdido a Alice. *Él* la había asesinado delante de sus narices, sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Y a punto estuvo de arrebatarle también a Tori.

Maldito seas por siempre, Varys.

Cerró los ojos con fuerza y se obligó a respirar a través de la rabia, a empujarla de nuevo a su interior, pues en este momento no tenía cabida. Victoria. Ella era lo más importante ahora, su primera prioridad. Era necesario que supiese lo que había hecho, la línea que se atrevió a cruzar, pues era algo que la afectaba directamente.

—Tori…

—Lo recordé… —Las palabras de la chica pisaron su propia respuesta—. Lo que ocurrió aquella noche en la *prisión*. —Y de todas las cosas que esperaba escuchar de su boca, esa no era una de ellas—. Me miró a los ojos, Bast. Esa… cosa… el vampiro… me miró a los ojos y me llamó… *Sanguia.* —La chica se desembarazó de su abrazo y se echó hacia atrás para poder encontrarse con su mirada—. Fue como… como si durante una milésima de segundo, quién quiera que hubiese sido en el pasado, volviese a su ser y… me pidió que me fuera, me lo rogó… —Sacudió la cabeza, visiblemente perturbada—. Volví por Lotte. Fue entonces cuando me lo encontré. Iba a atacarla hasta que me vio y… Creo que apartó de un empujón… Hui. Salí del edificio y terminé cruzándome con aquel vehículo… Pero él… él me llamó *Sanguia.*

Sebastian supo al mirarla que lo sabía, que de algún modo, ella lo sabía.

—Sebastian, ¿soy… una vampira? —El miedo bailaba en sus ojos junto con una pizca de curiosidad y casi diría que comprensión.

—Eres sangre de mi sangre —pronunció mientras le acunaba el rostro con la mano. Le rozó la ceja con el pulgar, bajándolo luego sobre el pómulo, todo ello sin dejar de mirar esos ojos que ya no eran los de un humano—. *Mi Sanguia*. Has superado el *Ascenso* y vuelto a mí como *nocturna*, amor mío.

Empezó a boquear como un pez. Intentaba buscar las palabras, pero era obvio que no las encontraba.

—Lo siento, Victoria. Tenía que haberlo consultado contigo, haberte pedido permiso, pero… no podía perderte. A ti, no. Nunca. —Le acunó el rostro con las dos manos y contempló esos preciosos ojos carmesí que ahora lo miraban—. Soy consciente de lo que te he arrebatado, soy el único culpable de ello y entenderé que no desees permanecer a mi lado por el crimen que he cometido, pero…

No pudo decir una sola palabra más porque esa pequeña mujer se libró de sus manos y asaltó su boca, haciéndolo callar. Se deleitó con su beso, con ese cuerpo pegado de nuevo al suyo y la dulzura del inesperado acto.

—Nunca. Jamás. Me pidas perdón por mantenerme a tu lado, Sebastian Nocta —murmuró ella contra sus labios, sus ojos volviendo a encontrarse con los suyos—. Nunca te disculpes por devolverme la vida, amor mío. No hay mayor regalo en el mundo para mí que ese, que poder pasar el resto de mi vida junto a ti.

Todo el peso y la culpa que le oprimían el pecho, el miedo y el dolor que había experimentado en las últimas semanas se desplomaron.

—Oh, Bast. No llores. —¿Estaba llorando? Ni siquiera se había dado cuenta de ello. Esas manos le acunaban el rostro con tanta dulzura, que no sentía nada más—. Estoy aquí. Estoy bien… Aunque creo que acabo de morderme el labio por dentro con un colmillo.

Aquella admisión le arrancó una risita, la primera en todo aquel infernal infierno.

—No te rías. —El comentario trajo consigo una expresión de lo más cómica. Obviamente estaba buscando con la lengua la herida—. Por Dios. ¿Cómo podéis hablar bien con esto en la boca?

—Te acostumbrarás —aseguró, zafándose de su caricia, solo para devolverle el gesto y besarla en los labios—. Te quiero. Para siempre.

—Adoro esa manera de querer —confirmó dedicándole una bonita sonrisa en la que afloraron esos colmillos—. Y ahora sé que podré quererte de la misma manera. Para siempre.

Asintió en respuesta y la acomodó en su regazo, envolviéndola con la sábana y manteniéndola en todo momento pegada a él. Permanecieron en esa posición durante un buen rato, como si ambos necesitasen tiempo para asimilar que volvían a estar juntos.



—Todo esto parece una pesadilla y no… la realidad.

Sebastian se sentó al borde de la cama y le puso un vaso de agua en las manos. Tori ahora llevaba una de sus camisetas, la cual era lo bastante amplia para cubrirla casi por entero. Necesitaba hablar con ella, explicarle algunas cosas de su nueva naturaleza, y había esperado que el no tenerla desnuda le ayudase a concentrarse, pero… ella era increíblemente sexy llevase lo que llevase encima.

—Lo sé, dulzura —asintió y le indicó que bebiese—. Necesito que bebas, Victoria. Tu organismo debe empezar a funcionar de nuevo después del *Ascenso*.

Se llevó el vaso a los labios y tomó un generoso trago.

—Bueno. Al menos el agua sigue sabiendo a agua.

—Tus papilas gustativas no deberían haberse visto afectadas. Son tus sentidos los que empezarán a afinarse si no lo han hecho ya y es posible que sientas la piel algo más sensible durante un tiempo —le informó señalando de nuevo el vaso para que bebiese—. Y… lamento haberte robado el sol.

Ella sacudió la cabeza, dejó el vaso encima de la mesilla de noche y se volvió hacia él.

—Nunca he sido una chica de playa, así que… —Sonrió. La sonrisa, sin embargo, no le duró mucho. La preocupación bailó en sus ojos y la vio bajar la cabeza para mirar por dentro del hueco de la camiseta—. Yo… Supongo que ahora también deberé llevar… una dieta líquida.

Y esa era sin duda la parte que sabía le causaría rechazo. Su mente seguía siendo humana y pasaría mucho, pero que mucho tiempo, hasta que todo lo que había aprendido a lo largo de la vida humana se convirtiese tan solo en un recuerdo. No podían cambiar lo que había sido durante veintisiete años, pero él estaba dispuesto a hacer los ajustes que fuesen necesarios para que se adaptase a su nueva vida.

—Ahora eres *nocturna*. Si bien la comida te sostendrá, te proveerá de nutrientes y energía, tu cuerpo necesitará de sangre para seguir funcionando correctamente —intentó suavizar lo que para él era algo fisiológico, un hecho irrefutable—. Ya te has estado nutriendo de mí desde el inicio de tu viaje. Te he dado mi sangre para traerte de vuelta. Esa es la que corre ahora por tus venas y será la que sacie tu sed. Solo seremos tú y yo a partir de ahora.

La tensión se diluyó un poco y juraría que incluso la escuchó suspirar de alivio.

—Solo tú. Vale. Esto está bien —murmuró, casi como si quisiera convencerse a sí misma de ello—. Aunque tendrás que enseñarme… Dios. Esto es una locura y… Joder, es que me dan arcadas solo de pensar en… *Uf*. —Se estremeció—. Pero lo haré. Soy una persona adulta y sensata. Puedo con esto. Ahora tengo colmillos y podré estar contigo para siempre, así que… no es un mal trueque.

—Seguro que no.

—¿Bast?

—¿Sí?

—Creo que voy a vomitar.

—Respira hondo.

—No es eso… —Se llevó la mano a la boca—. El agua… No quiere quedarse dentro.

Y no se quedó. Tan pronto como se alejó, acabó vaciando el líquido en el suelo.

—Oh, Dios.

—Tranquila.

—Me duele el estómago —gimió llevándose la mano al lugar por encima de la camiseta.

—Necesitas beber.

—¿Es que no ves que acabo de vomitar el agua?

—Agua no, cariño, necesitas *sangre*.

Lo miró con los ojos como platos.

—Oh, mierda.

No era extraño que, tras el *Ascenso*, los vampiros necesitasen de una inmediata ingesta de sangre. Victoria acababa de despertar. Su organismo había estado sometido a una serie de cambios, adaptándose a su nueva naturaleza y ahora requería de sustento. De hecho, era una buena noticia que el hambre hiciese acto de aparición, pues quería decir que todo había ido bien.

—Ven conmigo. —Le tendió la mano y esperó paciente a que ella diese el paso. No iba a presionarla, quería que se sintiese en todo momento al mando.

Cuando los delgados dedos entraron en contacto con los suyos, la notó temblar. Fue un estremecimiento breve, provocado por el nerviosismo y por esa conciencia humana que rechazaba lo que para un *nocturna* era tan natural como respirar. Él volvió a la cama, se sentó en el borde, separó las piernas y tiró de ella hacia abajo, sobre la alfombra.

—Siéntate aquí. —La ayudó a acomodarse, dejándola de espaldas a él, de modo que le permitiese inclinarse hacia delante y rodearla con los brazos. O susurrarle al oído, como hizo en ese momento—. Me gusta esta posición. Tiene unas vistas privilegiadas.

Tori echó la cabeza hacia atrás y él no disimuló dónde había posado su mirada.

—Serás capullo… —chistó ella—. Ya te vale.

Sonrió y se inclinó de nuevo, esta vez para darle un beso en un lado del cuello.

—Solo quiero hacer las cosas fáciles para ti —aseguró ciñéndola ahora por debajo de los senos, envolviéndola con sus brazos—. Puedo entender que tu mente se revele ante algo que no resulta natural para ti, que puede ser incluso… desagradable.

—Bueno. No me estás pidiendo precisamente que me toque un chupito de vodka —suspiró ella, relajándose al momento entre sus brazos—. ¿Y si no me gusta? ¿Y si me dan arcadas? O peor, ¿y si vomito?

—No lo harás. —Aspiró su aroma, el cual parecía ahora incluso más intenso—. Tu cuerpo sabe lo que necesita, reaccionará a ello de forma natural. Es como cuando tienes sed y sabes que el agua te calmará la sed.

—El agua me ha hecho vomitar.

—Te prometo que mi sangre no lo hará —aseguró mientras desenredaba los brazos y desnudaba ambas muñecas ante ella—. Beberás de aquí. Lo haremos despacio, solo para que puedas constatar por ti misma que es algo que te resultará natural.

—Lo dudo mucho —rumió, pero sus manos estuvieron entonces alrededor de sus muñecas, acariciándole la piel—. De hecho, creo que ya ni me… duele. Podemos dejarlo para…

—Victoria —susurró su nombre, dejando que su voz lo matizase, convirtiéndolo en una sensual caricia.

—Eso es hacer trampa… —gimió echando la cabeza hacia atrás y encontrándose con su mirada—. No juegas limpio.

—Te compensaré… —le dijo, retirando ambas manos—. Después.

El gemidito que escapó de su garganta lo puso a tono al momento. Tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse en la tarea que tenía por delante, en lo que era importante en ese instante para no sucumbir.

Sebastian se llevó la muñeca a la boca y perforó la piel con uno de sus colmillos, abriéndola lo suficiente como para que brotase un hilo de sangre. Fue consciente del respingo de Victoria, así como de la manera en que ladeó la cabeza; su nariz debía haber captado el aroma.

—Es fácil… —Se inclinó sobre ella y le acarició la oreja con los labios. Al mismo tiempo, llevó la muñeca que se había abierto delante del rostro femenino y la mantuvo lo bastante cerca para que pudiese notar el aroma herrumbroso—. Solo tienes que poner la boca sobre el corte y succionar.

—Esa sugerencia es… muy perturbadora, *Nocturna*.

—Deja de resistirte y hazlo. —Le acarició la parte de atrás de la oreja con la nariz—. Sé que tienes sed. Bebe, amor. Hazlo por mí. Déjame sentir tus labios sobre mi piel, tu boca llevándome muy dentro de ti…

Ella gimió y sacudió la cabeza.

—Ay, Dios. No sé si podré… —masculló—. No te ofendas, Bast, pero me da un asquito…

Se rio entre dientes y continuó susurrándole.

—Cierra los ojos. —Pidió y esperó a que lo hiciese—. Respira profundamente. —Una orden tras otra, las fue cumpliendo—. ¿Lo hueles? Es nuestra vida, la de los dos. Déjame darte esto, Victoria, déjame darte lo que no le he dado a nadie más.

Le acercó la muñeca ahora ensangrentada a los labios y susurró una vez más.

—Desliza la lengua por mi piel —ronroneó con total intención—. Estás hambrienta y yo puedo saciarte.

—Tu… puta madre, vampiro… —maldijo ella antes de obedecerle. Notó la caricia sobre su piel, tímida al principio, recelosa, hasta que su cuerpo reconoció lo que necesitaba y se relajó. Su boca se cerró entonces sobre la herida y notó una nueva pasada, otra y una pequeña succión.

—Bebé, mi amor —murmuró deslizando la mano libre sobre su pelo con dulzura—. Somos solo tú y yo. Puedes beber y saciar tu sed.

Notó el primer rechazo. Su mente humana empezaba a rebelarse, a ser consciente de lo que estaba haciendo, pero su lado *Nocturna*, ese que acababa de despertar, se hizo con el mando. El hambre ganó la batalla y Sebastian sonrió cuando sintió los nuevos incisivos de su mujer hundiéndosele en la carne. Las manos de ella lo aferraron ahora con fuerza, como si no quisiera que le quitase lo que con tanta desesperación necesitaba y, antes de que pudiese darse cuenta de

ello, Victoria empezó a beber, nutriendo su cuerpo con la sangre que la mantendría con vida a partir de ahora.

La tensión que la había envuelto hasta el momento empezó a decrecer. Su cuerpo se fue relajando a medida que ingería el más importante de los nutrientes, recostándose contra él. Le permitió beber, sabiendo que no estaba tragando con glotonería, sino más bien tomándose una copa a sorbos y, cuando calculó que sería suficiente para una primera ingesta, la llamó, enseñándole cómo restañar la herida para que esta dejase de sangrar.

Había esperado algo de oposición de su parte, que como primeriza que era, se negase a soltar su vena, pero Victoria siguió cada una de sus indicaciones con suavidad, moviéndose lentamente, casi como si estuviese ebria.

—Eso ha sido… como beberse un buen vino —musitó dejándose ir contra sus piernas.

—¿Estás bien? —Le apartó el pelo del rostro y la vio ruborizada.

—Sí. —Volvió la cara hacia su mano, restregándose mimosa contra ella—. Creo que tengo un colocón de la hostia.

—No te diré que no —admitió y se inclinó para recogerla del suelo, alzándola sin esfuerzo para sentarla en su regazo—. Se irá pasando poco a poco. Tu cuerpo lo asimilará.

Asintió con la cabeza. Se le empezaban a cerrar los ojos.

—Estás cansada.

—Un poco —admitió acurrucándose contra él, buscando una posición más cómoda.

—Vamos a acostarte —le dijo y se levantó con ella en brazos para meterla dentro de la cama.

—¿Bast? —Le cogió la mano y abrió los ojos, su mirada somnolienta buscándole a pesar de todo.

—Dime.

—Acuéstate conmigo —pidió—. No quiero estar sola.

—No estarás sola nunca más, Tori, siempre estaré contigo.

Una dulce y satisfecha sonrisa le curvó los labios.

—Te quiero, mi *Nocturna*.

—Y yo te quiero a ti, *Sanguia mía*.

Su mujer suspiró y se sumió en un tranquilo y reparador sueño al que no dudó en acompañarla bajo las sábanas. Pronto tendrían que volver al mundo real, a los reencuentros y a las despedidas, a las obligaciones de las que ya no podrían escapar, a la batalla que se había iniciado ahí fuera… Pero hasta ese momento, disfrutaría del regalo que el destino le había concedido y de la mujer que lo encarnaba.

CAPÍTULO 78

Chicago
Illinois

Tres días después…

La noche nunca había sido tan luminosa ni tan ruidosa como ahora. Sus sentidos agudizados se habían vuelto completamente locos en cuanto atravesó la brecha de traslado que abrió Sebastian a la ciudad. Le llevó unos buenos cinco minutos poder quitarse las manos de los oídos y abrir los ojos sin sentir que estos iban a saltarle de las cuencas.

Respirar. Esa era la clave. Esa y la mano que había estrujado durante toda esa lucha consigo misma para encontrar el equilibrio. Tenía suerte de que su *nocturna* tuviese huesos de acero y ella no hubiese ganado super fuerza en esta nueva encarnación.

Decir que se sentía distinta sería quedarse corta, pero una parte de ella seguía todavía siendo la misma y eso era lo que la ayudaba a mantener los pies sobre la tierra y no enloquecer con todos esos corazones que parecían latir al unísono en su cabeza.

Su gente. Su nueva familia. Estaba escuchando el latido del corazón de cada uno de los vampiros que había ahí fuera. Unos sonaban cerca, otros más lejos, pero todos golpeaban a un mismo ritmo, el que ella llevaba en el pecho. Había tenido que cubrirse los oídos ante toda esa percusión que la había asaltado de repente. Era como si hasta entonces hubiese estado dentro de una caja cerrada e insonorizada y, en cuanto volvió a poner los pies en Chicago, el mundo hubiese explotado al unísono.

Esto era de lo que le había hablado Alice una vez, de lo que había sentido en el pasado, cuando podía abandonar *La Nocturna*. De todos los corazones que le recordaban, por qué seguía latiendo el suyo y por qué el confinamiento al que se había visto obligada no era tanto un castigo, como una manera de protegerlos a todos.

Ella había sido *La Sanguia* de la raza, su reina, su corazón, un símbolo para un pueblo que había abandonado todo para acompañarla en su viaje al otro lado del océano.

Una Desciende para que otra pueda Ascender.

Esa frase seguía resonando en su cabeza con la voz de un asesino, pero ya no era a Varys a quien veía pronunciando aquello al mirarla, sino a Sebastian, el cual había perdido a su hermana y, a pesar de ello no dudó en cruzar la línea prohibida de su pueblo a fin de traerla de vuelta para que se quedase junto él.

Una se había ido para que otra pudiera quedarse. Como la esperanza que nunca muere, que siempre prevalece por encima de todo. Puede que no hubiese nacido vampira, que no fuese de linaje real, pero había superado el *Ascenso*, había vuelto a la vida para acompañar a Sebastian en el difícil camino que tenía por delante. Llevaba su sangre en las venas, la marca de los *nocturna* en sus ojos y era la última hembra *nocturna* en pie, lo que la convertía en la nueva *Sanguia* de los vampiros.

Se estremeció. Cuando lo ponía todo sobre la mesa, le entraban unas ganas tremendas de dar media vuelta y echar a correr, pero entonces miraba al hombre que tenía a su lado, el que estaba ahora de pie junto a ella, y se le pasaban.

Él había sacrificado todo por mantenerla a su vera y ella no lo dejaría jamás.

—Son muchos. Unos cerca, otros lejos. Laten al mismo ritmo —murmuró volviéndose hacia él—. ¿Tú puedes escucharlos?

Asintió con la cabeza.

—Siempre he podido hacerlo —le confesó llevándose su mano a los labios para besarle los nudillos—. Siempre los he escuchado, por eso no podía dejarlos allí, a merced del hombre que los había traicionado, que se hacía llamar *«su rey»* y que todo lo que les ofrecía era dolor y muerte. No creí que me siguieran. No a mí, pero sí la seguirían a ella, a su heredera de sangre. Le prometí a mis padres que cuidaría de Alice, que la mantendría a salvo… Por eso la traje conmigo, por eso me esforcé tanto en protegerla, pero al final… le fallé.

Victoria se volvió hacia él sacudiendo la cabeza en una rotunda negativa.

—Tú no le fallaste —sentenció—. Alice vivió gracias a ti. Estuviste a su lado en todo momento, te comportaste no solo como un súbdito o un soldado, sino como su familia, como su hermano. Puede que la conociese tan bien como tú, pero sé que cuando hablaba lo hacía con la verdad, que sus palabras eran sinceras. Y te quería, Sebastian, te adoraba. Para ella eras un héroe, una inspiración. Y sé que, fuese lo que fuese lo que la llevó a ese lugar y a *él*, esa noche, fue para salvarte a ti y a todos los que amaba.

No podía quitarse de la cabeza aquella visión, la de la vampira sonriendo antes de dar media vuelta e irse. Había sido ella la que le pidió que se quedase junto a él, que no lo abandonase y sonrió porque sabía que nunca se daría por vencida.

Compartió con su pareja esos momentos mientras estaban en el refugio, contándole lo que creía haber visto, las palabras que Alice le había dedicado. Bast había sonreído con tristeza, pero

a partir de ese momento tuvo claro que se sintió mucho más ligero y que la culpabilidad que podía haber sentido quedó atrás.

Su hermana se había ido en paz y eso era todo lo que su *nocturna* necesitaba saber.

—*Una se va, para que otra pueda quedarse* —murmuró él mirándola a los ojos—. Esa es la ley y el destino de las mujeres *nocturna*. Mi hermana se fue para que yo pudiera tenerte. Nunca podré agradecerle lo suficiente el sacrificio que hizo por mí.

—Por los dos, amor mío —sonrió y cedió a las ganas de abrazarle. Tori nunca había sido una mujer dada a los abrazos, pero con su vampiro era igual que si fueran dos pedazos de un imán que se atraían mutuamente—. Yo haré todo lo que esté en mi mano para estar a la altura del regalo que me ha hecho.

—Los dos lo haremos, dulzura, los dos lo haremos.

No les quedaba otra, pensó ella con un suspiro interior. Sebastian la había puesto al tanto de cómo estaban ahora las cosas. Tras la muerte de Alice, el liderazgo de la raza recaía sobre él. Y ella, como la nueva *Sanguia*, era su consorte.

De camarera en un bar de copas a consorte del rey de los vampiros.

Sí, todo muy normal.

Todavía le daba vueltas la cabeza y eso que su pareja le había concedido un margen de tres días antes de volver al mundo que habían dejado atrás.

Él le había dicho que quería darle algo de tiempo para acostumbrarse a su nueva condición. Era consciente de que, una vez que volviesen a *La Nocturna*, el ritmo vertiginoso que habían llevado en esas últimas semanas volvería a devorarlos y deseaba darle un respiro.

Lo que olvidó convenientemente decirle era que llevaban alrededor de un mes fuera, sin que nadie supiese del paradero de ambos.

Bast le habló de las durísimas nueve jornadas a las que se enfrentó para llevar a cabo el ritual que permitía a un *nocturna* de sangre real convertir a un humano en vampiro. Era un momento peligroso, que no siempre daba resultado y que requería de un gran sacrificio de sangre.

Joel había sido ese sacrificio. Él le había suministrado sangre a su pareja, mientras Sebastian le entregaba a ella la suya. Su hermano, pues ahora eran *hermanos de sangre*, había estado a su lado en los momentos más duros de su vida y con este último regalo, el vínculo entre ambos se había vuelto inquebrantable.

Tenían mucho que agradecer a ese vampiro. Los dos.

Setenta y dos horas. Tres días. Eso era lo que había podido arañar su novio para poder estar juntos tras su despertar, pero lo habían aprovechado al máximo. Victoria iba a atesorar los momentos vividos allí durante el resto de su vida. Sabía que serían un ancla a la que aferrarse cuando las cosas se pusieran cuesta arriba.

Respiró hondo y se llenó los pulmones con el aire de la ciudad que había marcado su vida para siempre. Chicago siempre tendría un lugar en su corazón, sin importar lo que pasase en los años o siglos venideros.

Daba vértigo pensar en que a partir de ahora su vida estaría ligada a la de su vampiro, que viviría tanto como él. Pero también era tranquilizador, pues sabía que nunca estarían solos, ya que se tendrían el uno al otro hasta el final.

—Es hora de volver a casa… —le susurró él al oído—. Prepárate.

Ladeó la cabeza para mirarle, pero su *nocturna* tenía la mirada clavada al frente y un segundo después entendió el porqué.

—Un teléfono. —Joel se llevó las manos a las caderas y alternó la mirada entre uno y otro. ¿No había un jodido teléfono donde estabais?

—Debería darte vergüenza. Hacerme pasar por esto —chasqueó Elijah y acto seguido se volvió hacia ella y la apuntó con el dedo—. No más *Doritos* para ti, *hermanita*.

—Se te acabaron las vacaciones, *sire* —añadió Nix y a ella le dedicó una leve inclinación de cabeza—. *Sanguia*.

—Os veo bien. —Neron tenía una particular sonrisa en los labios mientras los observaba.

—Espero que hayas descansado, *sire*, te esperan unas cuantas reuniones por delante —mencionó Kynan antes de volverse a ella y, tras posar la palma de la mano derecha en el corazón, inclinó la cabeza ante ella—. Me alivia verte de pie, Victoria.

No pudo evitarlo. Tori rompió a reír a carcajadas allí mismo. Las lágrimas acudieron a sus ojos en una mezcla de felicidad y alivio, así como de una pizca de pena, porque había alguien a quien le habría encantado ver entre ellos.

Todavía sonriendo de oreja a oreja, con los colmillos asomando, se volvió hacia su otra mitad.

—Bast. —le dijo con el corazón henchido por la presencia de su nueva familia—. Bienvenido a casa.

Su vampiro le devolvió la sonrisa y enlazó el brazo alrededor de su cintura.

—Bienvenida a casa, Victoria. Bienvenida a casa.

Ambos se volvieron para ver a los cinco hombres que se habían acercado a ellos formando un semicírculo. Como uno solo, los *nocturna* se llevaron la mano derecha al corazón, posaron la palma sobre él y clavaron una rodilla en tierra mientras inclinaban la cabeza en un gesto de respeto y fidelidad ante el nuevo rey de los vampiros y su consorte.

El grito de los vampiros fue unánime y la hizo sonreír aún más al escucharles:

¡Bienvenidos a casa!

CAPÍTULO 79

Hospital St. Anthony
Chicago

Al día siguiente…

—¿Lista para irnos?

Charlotte se volvió desde la ventana. Estaba, una vez más, con el teléfono pegado a la oreja y, a juzgar por su expresión de desaliento, supo que nadie contestaba del otro lado.

Tori había desaparecido. Se había esfumado de la noche a la mañana y para él solo existía una explicación posible. Su hermana, sin embargo, estaba convencida de que su amiga seguía viva y que regresaría antes o después. Para ser honestos, podría haber considerado esa explicación durante la primera semana, pero hacía ya un mes que nadie sabía nada de ella. Ni tampoco del vampiro que la acompañaba.

Eso sí le pareció extraño. Casi tanto como el no haber sentido su presencia en la ciudad. Aunque no podía decir lo mismo de sus víctimas. No se había producido un solo ataque a los humanos. Las señales de destrucción que encontraron pertenecían a esos ponzoñosos vampiros. No quedaba ni rastro de sus cuerpos, pero sí la huella de sus muertes; unas nada agradables.

Quién hubiese estado cazando ahí fuera esas últimas cuatro semanas lo había hecho con una rabia y letalidad abominable. Metódicos, fríos, carentes de piedad, al menos con aquellos a los que habían marcado como presas.

Y ni una sola víctima humana. Al menos ninguna a la que pudiese achacársele una muerte irregular.

Markus estaba empezando a valorar la posibilidad de que ese tipo, Sebastian, hubiese dicho la verdad. Que la fiera defensa de Victoria no hubiese sido parte del embrujo que tenía el vampiro sobre ella. Gabriel seguía teniendo dudas al respecto, a pesar de lo que habían descubierto últimamente. Cuando compartieron la información con los demás, Sarik preguntó qué droga se habían metido y, en el caso de Roman, él lo tenía claro: *los vampiros eran los*

enemigos y punto. No había enemigos buenos y enemigos malos. Solo *sanguijuelas* a las que había que dar caza y destruir.

Pero eso había ocurrido hacía semanas, antes de que sus desavenencias con la Orden empezaran a hacerse cada vez más palpables, en especial desde el encuentro que mantuvo con Robert Ashby.

Jace Quinlan seguía sin aparecer, mientras que los miembros de su comando sí lo habían hecho. El último de sus hombres fue encontrado a las afueras; un cadáver con evidentes signos de infección y de tortura. Se había dado la orden de cancelar la búsqueda, dando al líder del comando como *«desaparecido»,* algo que chocaba estrepitosamente con el lema de la Orden de *no dejar a un solo cazador atrás.*

Se había enfrentado a su jefe por ello y su respuesta había sido lo bastante reveladora como para reafirmar sus intenciones:

«Concéntrate en mantener con vida a tu comando cuando salgáis ahí fuera y deja de husmear. No eres imprescindible, cazador. Nadie lo es».

Una amenaza en toda regla. Si necesitaba un motivo para recelar aún más de la Orden, se lo habían puesto en bandeja.

La noticia tampoco cayó bien entre sus camaradas. Si amenazas a un cazador, los amenazas a todos. Y no había nada que motivase más que el que te dijesen que no hicieses algo para hacerlo aún con más ahínco.

Todos se pusieron a investigar por su cuenta y empezaron a salir a la luz más situaciones inusuales. Así como restricciones que nunca se habían dado. Hasta ahora, cualquier cazador había tenido acceso a los diarios del *Primer Cazador*, así como a los registros que existían sobre la orden desde hacía siglos. Pues los de arriba habían cambiado aquello. Ahora se requería de un permiso especial para acceder a los archivos y, a juzgar por el mal humor de Sarik, no era algo que tuviesen en mente dar.

Una pena que a su amigo no le gustase un pelo que le dijesen *«dónde podía o no entrar»*. No sabía cómo lo había hecho el bastardo, pero un par de semanas después de aquello se presentó con un pendrive con todos los diarios digitalizados.

«No son tan tontos como pensaba. Al final, incluso esos cazadores polvorientos están a la última. No sé qué se traen entre manos, Markus, pero no puede ser nada bueno cuando están retirando algunos de los manuscritos».

¿Qué mierda había en aquella habitación llena de libros antiguos para que de repente la Orden quisiera deshacerse de su contenido u ocultarlo, como parecía ser el caso?

Había cosas que no encajaban y el relato de los diarios… Solo había leído los primeros tomos hacía unos años y ni siquiera enteros. Fue tras su encuentro con el *Nocturna*, pues quería saber más sobre *El Primero*. En ese momento tenía demasiada prisa como para pausarse en la

lectura y en cada párrafo, más aún para perder el tiempo en lecturas personales de hacía siglos, pero esos mismos escritos son los que ahora hacían que la conversación que se produjo en esta misma habitación de hospital le picase como un jodido sarpullido.

Toda historia contaba con al menos dos puntos de vista, el del *cazador* y el del *cazado*, y por algún motivo, en el del cazador había demasiados agujeros, como si hubiesen borrado o alterado algunos de sus recuerdos. Así que, si quería tener la imagen completa de aquel puzle, necesitaba conocer también la parte del cazado.

Su hermana dejó escapar un resoplido, apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

—Ojalá alguien respondiese, aunque solo fuese para decirme que está bien —resopló. Cogió el bastón que le habían recomendado para ayudarse a caminar hasta que ganase mayor fuerza y renqueó mientras se deslizaba hacia él.

Era un milagro verla ya en pie y moviéndose. Todavía le quedaba un largo camino por delante hasta estar de nuevo al cien por cien, pero esas últimas semanas Charlotte había dejado claro que estaba dispuesta a conseguirlo más pronto que tarde. Las sesiones de rehabilitación para que pudiese volver a ponerse en pie, caminar y, en definitiva, recuperar la movilidad tras un año completamente inmóvil, habían sido duras, pero no por ello se había rendido. Estaba decidida a salir del hospital por su propio pie y no en una silla de ruedas. Y a la vista estaba que lo había conseguido.

—Y ni se te ocurra insinuar de nuevo que está muerta, porque sé muy bien que no es así —le advirtió ella apuntándole con el dedo—. Tori es una luchadora. No dejará que nadie la aparte de su destino.

Un destino al que su hermana no dejaba de hacer referencia, pero que nunca clarificaba.

Era extraño estar ante Lotte de esta manera. Sin máscara, sabiendo que no necesitaba cuidar sus palabras, que ella conocía el mundo del que había intentado mantenerla al margen todos estos años. Más aún, Charlotte poseía una sensibilidad psíquica única y eso sí que era algo que debían mantener en secreto. La Orden no podía enterarse de ello o la querrían en sus filas. Y por ahí no estaba dispuesto a pasar.

Por suerte, la chica estaba de acuerdo con él en eso. No quería saber nada de la orden. En realidad, no quería saber nada de *una organización que no era capaz de distinguir a los verdaderos monstruos de los vampiros inocentes*. Palabras suyas, no de él.

Temía que ella tuviese razón, que lo que le daba vueltas en la cabeza, lo que ese vampiro y su mujer habían dicho, fuese verdad. Si llegaba a confirmarlo, si encontraba las pruebas que lo respaldasen… toda su vida se vendría abajo como un castillo de naipes y aquello en lo que había creído hasta el momento habría sido una enorme patraña.

La minúscula posibilidad existente de que hubiese estado dando caza a inocentes lo

carcomía por dentro y aumentaba el desapego que empezaba a experimentar hacia la orden de los *Sangre Liberta.*

—No he dicho una sola palabra —replicó y cogió la bolsa con las cosas de la chica para dejar por fin el hospital.

Charlotte iba a volver a casa, a su piso. Él había mantenido el pago del alquiler mientras estaba en el hospital, pues no quería que se encontrase sin tener a dónde ir cuando dejase el hospital. Había llegado a pensar que este día nunca llegaría, que acabaría perdiéndola, pero aquí estaba a punto de dejar el infierno atrás.

—Mejor. Porque cada vez que abres la boca últimamente, muere un conejito.

Markus puso los ojos en blanco y no dijo nada. Había conseguido, después de insistir e incluso llegar a amenazarla, que le permitiese quedarse con ella, al menos hasta que estuviese lo bastante recuperada como para valerse por sí misma. Le había sugerido que se viniese ella a su casa, pero su negativa había sido rotunda.

«No intentes reparar en unas semanas lo que has dejado de lado durante años».

Su respuesta le había escocido, pero no era nada que no fuese verdad. La había dejado sola, se apartó de ella para protegerla y, sin embargo, a la vista estaba que no le sirvió de nada. Sabía que no podía deshacer lo hecho, solo intentar arreglar las cosas y dar tiempo al tiempo.

Dejaron atrás la habitación, se despidieron de algunas enfermeras y del doctor que habían atendido a Lotte durante toda su convalecencia y se reunieron con Gabriel en la entrada del edificio. Su amigo se había ofrecido a llevarles a casa y él no había puesto objeciones. No le importaría dejar de ser el blanco de los dardos de su hermana durante un rato.

El *Liberta*, sin embargo, no estaba solo. Permanecía al lado de un hombre de mediana edad, con el pelo negro en el que destacaban ya algunas canas y unos inquisitivos ojos marrones que se dirigieron en ese momento hacia ellos. Detrás, un *sub,* con las lunas pintadas, aguardaba con las luces de emergencia encendidas.

—Tori… —murmuró su hermana y arrancó a caminar, apoyándose en el bastón, para reunirse con el tipo.

¿Qué coño estaba pasando aquí?

Markus se adelantó y Gabriel hizo otro tanto.

—Lo envían… *ellos*. —El *Liberta* le dio toda la información que necesitaba de un solo golpe—. Victoria ha solicitado veros a Charlotte y a ti. Ya le he dicho a este buen hombre que no vais a ningún lado sin mí.

—¿Tori está bien? —La chica ignoró a todos los presentes y se dirigió al desconocido, el cual posó la mirada sobre ella con una expresión amable.

—Victoria se encuentra bien de salud —confirmó el hombre y los miró a ambos—. Soy Samuel Murphy. Como le he explicado ya a Gabriel, soy el guardés de *La Nocturna* y estoy aquí

a petición de la señorita Victoria y de mi *Lore,* Sebastian. A Tori le habría gustado recibirla ella misma, pero se está recuperando todavía de una larga convalecencia.

—Ella está bien. Menos mal. Eso es todo lo que necesitaba saber ahora mismo. —El alivio de su hermana era evidente—. Muchas gracias por venir a decírmelo, señor Murphy.

—Llámeme Samuel, señorita.

—Solo si usted me llama Charlotte. —Convino ella con una enorme sonrisa. No sabía cómo lo hacía, pero esa chica era capaz de conquistar a todos de aquella manera—. Bueno. ¿Nos vamos entonces? Necesito ver a Tori ya.

El hombre sonrió, levantó la cabeza y lo miró con una obvia pregunta en los ojos.

—Le aseguro que nada malo le pasará a usted o a su hermana, señor Geilis —mencionó el hombre y señaló a su amigo—. El señor Hills ha dejado claro que los acompañará.

Una invitación de un vampiro y de la mejor amiga de su hermana a vete tú a saber a dónde.

Desde luego, no era el más apetecible de los planes, pero dado todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, esta podía ser también la única oportunidad que tuviese para obtener respuestas. Era un riesgo, sí, pero tendría a Gabriel para cubrirle las espaldas y proteger a Lotte en caso de que las cosas se pusiesen jodidas.

Miró a su amigo, quien se encogió de hombros, dejándole claro que era su decisión.

—Puedes quedarte aquí si quieres, Markus —le soltó su hermana caminando hacia la puerta de atrás del coche—. Pero yo voy a ver a *mi hermana*.

Puso los ojos en blanco, respiró hondo y asintió hacia el hombre.

—Aceptamos la invitación.

Samuel cabeceó satisfecho y se movió para abrirle la puerta a la chica.

—Suban, por favor.

Media hora después, tras conducir a través de la ciudad, de hacer algunos cambios de sentido y paradas, llegaron a su destino. No tenía ni idea de dónde estaban y eso lo ponía nervioso. Las lunas del coche no dejaban ver hacia fuera, por lo que podían haber cruzado de punta a punta o haber vuelto al mismo lugar del que salieron. A juzgar por la maniobra final y la inclinación del vehículo, diría que estaban entrando en un garaje subterráneo.

El motor se apagó y, tras escuchar la puerta del conductor abriéndose y cerrándose, siguió la de su lado.

—Bienvenidos a *La Nocturna.*

Esa no era la voz del hombre que los había recogido.

Mierda.

Preparándose para tener que defender a su hermana si era necesario, bajó del coche y se encontró cara a cara con un vampiro. Sus ojos, al igual que los de Sebastian eran rojos. Y no era el único presente. Había otro tipo más, tan grande como este y con el mismo tono de ojos.

Nocturna.

Los dos hombres exudaban peligrosidad. Eran guerreros, de eso no le cabía la menor duda, y no parecían más contentos de tenerles allí de lo que estaban ellos.

—¡Jesús! —Escuchó jadear a su hermana. No se había molestado en esperar. Había bajado del coche y estaba ya detrás de él—. Y me lo quería perder. Oh, tío. Esto se avisa, hermanita. Madre del amor hermoso.

—Bienvenida a *La Nocturna*, señorita Geilis. —La recibió el mismo tipo que le había saludado en primer lugar—. Soy Joel. Hermano y compañero de Sebastian. Victoria nos ha hablado mucho de usted.

—Llámame Charlotte, por favor —pidió ella y no dudó en tenderle la mano—. Es un verdadero placer conocerte, Joel. Perdona mi interés, pero también eres *nocturna*, ¿verdad?

El vampiro le devolvió la sonrisa, sus colmillos asomando ligeramente y asintió.

—Así es —corroboró y le estrechó la mano con delicadeza. Entonces señaló a su acompañante, presentándoselos a ambos—. Él es Kynan. Los acompañaremos al centro.

—¿Tori se encuentra bien? —inquirió ella—. No es que no me fíe de lo que me ha dicho el señor Murphy, pero…

—Ella está bien —corroboró el tal Kynan. De los dos hombres, él era el que emanaba una extraña tranquilidad que invitaba a bajar la guardia—. Te está esperando.

—Es por aquí… —Joel extendió el brazo en una educada invitación, aunque tanto Gabriel como él podían advertir que ambos vampiros estaban preparados para reducirles si intentaban algo raro.

Bueno. Se habían metido en la boca del lobo. Ya era oficial.

Por su parte, Charlotte se dedicó a parlotear con los vampiros y, para su sorpresa, ambos respondieron a las palabras de la chica con amabilidad y educación, manteniéndose siempre una distancia prudencial de ella.

Desde el garaje, en el que contabilizó tres coches, incluido el que los trajo hasta aquí, así como una moto de gran cilindrada, atravesaron una puerta con teclado electrónico. Esta conectaba con un pasillo lo bastante ancho como para que caminasen tres personas hombro con hombro. El corredor llevaba una ligera inclinación que dejaba claro que estaban internándose bajo tierra. A todas luces era un complejo subterráneo. Contó un par de puertas más. Una de ellas, la dejaron atrás y entraron por la segunda, por la cual accedieron al interior de una cómoda y lujosa vivienda. Arte, muebles, no era demasiado recargado, ni tampoco parecías estar en un mausoleo, aunque tenía un toque del viejo mundo mezclado con las comodidades modernas. Era similar a estar en la recepción o los pasillos de un buen hotel.

—Caray, esto es… precioso —murmuró Lotte mirando a todas partes.

—Gracias —contestó el tal Kynan, y les indicó que siguiesen adelante por el corredor.

—No me sorprende que no les encontrásemos —murmuró Gabriel mirándole de soslayo.

—¿Nos estabais buscando? —Joel se dirigió a ellos en el mismo tono, dejando claro que les había escuchado.

Markus se encontró con esos ojos rojos y sintió que le bajaba un escalofrío por la espalda, pero para su propia sorpresa acabó respondiendo con honestidad.

—Sí. Esperaba encontrarme a tu amigo y que nos resolviese algunas dudas.

Joel enarcó una ceja y acto seguido asintió. Su expresión cambió, como si hubiese mudado su opinión sobre él.

—Así que al final estáis dispuestos a escuchar a la otra parte de la historia. —El comentario del vampiro parecía más un pensamiento propio que una respuesta.

—Digamos que *estoy* dispuesto a descubrir cuál es la verdad en todo esto —concluyó dejando claro que era su opinión la que contaba allí.

El tipo se limitó a asentir una vez más y no volvió a pronunciar palabra hasta que llegaron a unas puertas dobles de madera.

—Chicos, tenéis visita. —Avisó antes de golpear con los nudillos.

Se escuchó el correr de las sillas, algunas voces y un instante después las puertas se abrían de par en par. Un tercer vampiro, con el mismo tono de ojos, solo que sus pupilas eran blancas, apareció llenando el umbral antes de hacerse a un lado y permitirles ver a las dos personas que estaban sentadas a una amplia mesa de comedor.

—Ya están aquí. Bien, bien —dijo el tipo. Sus ojos se clavaron en los suyos y, durante un largo segundo, Markus no pudo ni moverse—. Ya era hora, muchacho, ya era hora.

Con esas palabras, se inclinó ante la chica, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Tú debes de ser la encantadora, Lotte.

—Neron, deja a mi *hermana* en paz.

La mujer arrastró la silla hacia atrás y se levantó, pero no se movió de allí. Su mirada había descendido sobre él a modo de disculpa antes de trasladarse a Charlotte.

—Markus… —Gabriel había sentido lo mismo que él, incluso antes de verla.

Ojos rojos. Unos pequeños colmillos asomando en el lugar de los caninos mientras hablaba, incluso había un ligero seseo en su voz. Y su presencia… El poder que desprendía era intenso y ardiente, pero con una calidez que nada tenía que ver con la frialdad de los vampiros.

Y, sin embargo, eso era Victoria ahora. Uno de ellos.

—Gracias por aceptar mi invitación —dijo la chica, su voz algo vacilante—. Yo… habría querido ir a verte antes, pero…

—Serás tonta —murmuró su hermana, golpeó el suelo con el bastón y empezó a caminar hacia ella—. No me llamas, no me escribes, desapareces durante todo un jodido mes… Ya te vale, Tori, ya te vale.

Victoria dejó escapar una risa, pero sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Me ha costado un poquito regresar, Lotte. Perdón.

La chica sacudió la cabeza y se plantó delante de ella como si le importase un bledo que el ser que tenía delante ya no era humano. Para Charlotte, ella seguía siendo *su hermana*.

—Lo importante es que has vuelto, Tori. Eso es lo único que importa aquí, ¿verdad, Sebastian? —Miró al vampiro que se había levantado también y permanecía detrás de su mujer.

—Verdad, *Lotte*, verdad.

El rostro de la chica se iluminó al escuchar el diminutivo de su nombre en boca del vampiro y acto seguido se dirigió a su amiga. Dejó caer el bastón mientras le abría los brazos.

—Ven aquí, anda. Y ni se te ocurra volver a dejarme atrás nunca más.

—Nunca, Lotte, lo prometo. —La ahora vampira le devolvió el abrazo y, al verlas juntas, Markus supo que nada cambiaría jamás entre esas dos mujeres. Sin importar quién fueses o en qué se convirtiesen, eran dos partes de un todo y no había fuerza humana o sobrenatural que pudiese separarlas—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Pero ya no más —declaró la recién llegada y añadió con su habitual desparpajo—. Ya me puedes ir preparando una habitación. Chica, menudas vistas que tienes aquí.

Victoria se echó a reír y ambas miraron a los hombres que tenían a su alrededor.

—Bien, supongo que mientras ellas se ponen al día, nosotros podríamos hablar. —Sebastian se dirigió ahora a él, señalándole la mesa que había estado ocupando con su mujer.

—Para eso he venido —confirmó dando un paso adelante—. Quiero escuchar vuestra versión de la historia que parece habernos unido hace siglos.

El vampiro los miró a su compañero y a él y asintió.

—Caballeros, tomad asiento. —Los invitó a compartir su mesa—. Hay mucho de qué hablar.

EPÍLOGO

La Azotea
Damen
West Town

Unas noches después…

—Es extraño estar aquí. Parece que hubiese pasado toda una vida desde que te vi entrar por la puerta y me dijiste: *«¿Qué estás mirando?»*.

—Nunca vas a olvidar mis malos modales de esa noche, ¿verdad?

Victoria sonrió, pero tuvo cuidado en no mostrar los colmillos. Le costaba, sobre todo cuando estaba con él, pues sentía que lo único que quería hacer era mostrar su felicidad ante el resto del mundo.

—No sé, Bast. Me conquistaste con esa rudeza y esos… malos modos. —Se burló—. O puede que fuesen tus gafas. No dejé de preguntarme de qué color serían los ojos que había debajo.

—Y tampoco paraste hasta averiguarlo —le recordó.

—Me enamoré de tus ojos en el mismo instante en que los vi. Son tan especiales, tan únicos… Al igual que el hombre que los posee. Aunque eso he tardado un poquito más en averiguarlo —aseguró al tiempo que deslizaba los dedos por la abotonadura de su camisa—. Pero ha merecido la pena. No podría pedir una noche eterna más perfecta que esta. Ahora sé que podré pasar el resto de mi vida contigo.

—Mi vida, mi amor, *mi Sanguia.* —Enumeró él, resbalando los dedos sobre su mejilla, apartándole el pelo detrás de la oreja—. Mi pareja para toda la eternidad. Eres mi *Primada*, mi

esposa y mi eternidad. Mi mayor milagro, Victoria mía. Mi mayor milagro.

Le envolvió la cintura con la mano libre para poder acercarse más a él.

—Milagro… —murmuró pensando en lo que sí era un verdadero milagro—. Ojalá Alice estuviese aquí para contemplar el milagro que has conseguido. Por primera vez en la historia, los *vampiros* y los *cazadores* unidos contra un enemigo común. Pensé que nada podía sorprenderme ya, pero… ¡Esto es de otro mundo!

Sebastian resopló.

—La verdad es un arma poderosa, amor mío, cuando se esgrime muy pocos pueden permanecer impasibles ante ella —aseguró y notó como la besaba en la cabeza—. Markus es un hombre de honor, fiel a sus ideales. Estaba equivocado. Las enseñanzas que promueve la orden no son las correctas. No es la verdad. Y ha sido lo bastante inteligente como para verlo y hacerse preguntas.

—*Um.*.. El *Liberta* empieza a caerte bien, Bast.

—Nunca me ha caído mal…

—Querías matarlo.

—Eso no significa que me caiga mal…

Tori se echó a reír.

—Joder, Bast. Si te entran ganas de matar a los que no te caen mal, a saber qué harás con los que sí lo hacen.

—*Exterminarlos*, amor mío. Exterminarlos hasta que no quede de ellos ni el recuerdo.

Varys. No era necesario que pronunciara su nombre. Ella sentía exactamente lo mismo y no podía evitar desear que sus *nocturna*s lo encontrasen y lo sacasen del agujero en el que estaba escondido para hacerle pagar por todo el daño que les había hecho.

No pudo evitar pensar en Lizzy y en todo lo que había perdido. En Serena. La joven vampira nunca volvería a ser la misma. En Maroon. Lo que había visto el nuevo *nocturna* lo había marcado para siempre. En Kilian y Evan. Ellos nunca podrían disfrutar de un nuevo cumpleaños junto a sus amigos. En todos los vampiros de Lake Zurich cuyas vidas se habían visto truncadas de una u otra manera, de tantos y tantos hijos e hijas, padres y madres, hermanos y hermanas cuyas vidas habían sesgado esos malditos *nosferu*.

Y en Alice. La dulce y tierna Alice cuyo destino estuvo escrito desde su nacimiento y al que se enfrentó a sabiendas de lo que le ocurriría. Neron y Zuzanna se lo habían dicho a ambos tan pronto como regresaron a casa. Fue difícil de entender y mucho más aún de aceptar, pero de algún modo supieron que esa era la verdad, el curso natural de los acontecimientos.

Habían perdido a mucha gente y tardarían tiempo en reponerse de esas pérdidas. Pero también habían recuperado a otras muchas personas y a ellas les debían seguir en pie y no rendirse.

Bajó la mirada a la cerveza en su mano y después la levantó para ver el *skyline* de la ciudad que se recortaba en el horizonte. Las vistas de Chicago desde este lugar eran un regalo para la vista, uno del que esperaba estuviese disfrutando también su antecesora, estuviese donde estuviese.

Levantó la botella hacia los edificios iluminados y hacia la noche en general.

—Por ti, Alice. Porque allá donde estés, al fin te sientas libre —murmuró. Deseaba con todo el corazón que así fuese.

—Por Alice —asintió su *nocturna* y unió su botella a la de ella en un íntimo brindis—. Disfruta de tu libertad, hermana mía.

Chocaron las cervezas y bebieron en honor a la querida *Sanguia* de los vampiros y por todos aquellos que habían abandonado el mundo antes de tiempo.

FIN